

A white silhouette of a man walking towards the right, set against a dark blue background with faint musical notes and staves. The man is wearing a jacket and trousers.

MIAM JAY

DEFINITIVAMENTE

NO EL  
CHICO  
BUENO



Nova Casa Editorial

# **Definitivamente no el chico bueno**

Niam Jam

# Índice

[DEFINITIVAMENTE NO EL CHICO BUENO](#)

[Sinopsis](#)

[Introducción](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

# Sinopsis

¿Qué ocurre cuando un sueño se convierte en una pesadilla?

Música, fama, los mejores escenarios alrededor del mundo e incontables admiradoras eran parte de la vida de James Wolf. Pero vivir bajo los reflectores no es tan sencillo ni tan glorioso como parece. Cuando tantas personas creen tener el derecho a opinar e incluso intervenir en tu vida las cosas pueden salirse de control. Y eso James lo sabe mejor que nadie.

En algún momento la fama se convirtió en su maldición, y la soledad, en su refugio. Las malas experiencias le hicieron levantar barreras a su alrededor y ahora no tiene intención de permitir que nadie las traspase, pues sabe de antemano lo mal que podrían resultar las cosas si eso sucediera.

Lo que James ignora es que evitar eso no siempre está en sus manos... Incluso aunque trate de hacerlo con todas sus fuerzas.

James amaba lo que hacía.  
Su música...  
Compartir el escenario con sus amigos...  
Sus fans...  
Y amaba a Bonnie.  
Era feliz... hasta que ella se fue.  
¿Qué ocurre cuando un sueño se torna en pesadilla?  
La fama se convirtió en su maldición...  
Y la soledad... en su refugio.  
En medio de su amargura, James conoce a Emma.  
Ella era todo lo que él no necesitaba en su vida.  
Y sin embargo estaba ahí...  
empujándolo a un peñasco de contradictorias emociones.  
Ella era solo una chica que no pertenecía a su mundo.  
Volverse a enamorar no fue su elección...  
Luchar contra ello, esa era una opción.

# Introducción

Después de la partida de Bonnie, la vida de James se ha vuelto un monumental cataclismo. Sobreviviendo diariamente a mujeres que no le interesan, a la fama que lo está asfixiando y a sus propios pensamientos que lo torturan, James sólo puede encontrar breves momentos de paz en las amarillentas páginas del que se ha convertido en su libro favorito.

Todos conocen a J-Wolf, pero, ¿quién es en realidad James Wolf?

Frío, sarcástico y, sobre todo, dueño de una amargura que le oxida el alma, James conoce de la más absurda y ridícula manera a Emma, una chica que dista mucho de parecerse a las exuberantes mujeres con las que ha tratado en los últimos tiempos.

La llegada de Emma a la vida de James pondrá a su de por sí caótico mundo, sus pensamientos y a un corazón que parecía olvidado en los confines de su ser, a tambalearse al borde de un peñasco de contradictorias emociones.

Él no planea dejar que Emma sea la persona que llegue a conocerlo realmente, ya no hay nadie a quién él planea permitirle eso, pero lo que sí desea dejarle bien en claro a todos es que él definitivamente no es el chico bueno...

# Prólogo

*Nueva York, 25 de octubre del 2009*

¿Sabes cuál era la cosa más malditamente buena del mundo? Cuando abría los ojos y la encontraba a ella durmiendo entre mis brazos. Amaba tenerla entre mis brazos como no había amado nada en los últimos años de mi puta vida.

¿Ella y yo? Eso se sentía como un maldito paraíso perfecto. Ocho meses habían sido suficientes para que me atrapara. ¿Demasiado pronto? No lo sabía, pero es que nunca creí que encontraría a alguien que me entendería de la forma en que ella lo hacía; ninguna de las chicas con las que salí antes de ella lo hicieron, al menos.

Nosotros estábamos más allá de cualquier relación que hubiese existido en el pasado, a veces me daba la alarmante impresión de que habíamos sido diseñados para estar juntos, por loco que eso sonara.

Todavía la recordaba perfectamente enfundada en el vestido rojo de la primera vez que la vi cuando nos topamos en el ascensor. *Ese malditamente sexy vestido rojo*. Su cuerpo era el sueño de cualquier chico y su cara... su cara era la de un ángel. Caí por ella al instante. No sabía su nombre, quién era, qué estaba haciendo en Beat ni absolutamente nada... pero sabía que me arrepentiría si no lo averiguaba.

Seguí mis instintos, le hablé. Ella dijo que estaba en la empresa por un contrato de aprendiz. Algo sobre la mierda que había comenzado Daniel para preparar gente antes de lanzarlos a los escenarios. No había tenido la oportunidad de involucrarme

demasiado en ese proyecto, pero lo hice cuando apareció en mi vida Bonnie Gatewood, la hermosa rubia del vestido rojo que tenía el sueño de convertirse en actriz.

La misma rubia que justo ahora estaba acostada en mi cama y tenía un lugar asegurado en mi corazón. Mierda. Ni siquiera me creía que esa frase acabara de pasar por mi cabeza, pero era cierto. ¿Cuán fuerte sonaban esas palabras? Demasiado. Tanto que asustaba.

Nunca me había resultado fácil abrir mi corazón a los demás, dejarlos entrar a mi vida, pero con Bonnie me sorprendí a mí mismo haciéndolo.

Sonreí y llevé una mano hasta su rostro con cuidado para apartar las hebras de su cabello rubio claro que le caían encima. Ella se removió y lentamente abrió los ojos. La sonrisa que me dio hizo a mi corazón saltarse un latido.

Mierda, la quería. Mucho. Y no deseaba separarme de ella ni un minuto más, así que lo haría... Le pediría que se mudara conmigo. ¿Era loco? Muchísimo. ¿Peligroso? Tal vez. Las fans estaban comportándose extrañas con respecto a nosotros teniendo una relación. Habían pasado algunas cosas que, debía admitir, asustaban como la mierda. Pero no me importaba. Quería a Bonnie y cuidaría de ella. Habíamos atravesado más de ocho meses juntos, podíamos hacer el resto.

La propuesta estaba formándose en mi garganta, yo estaba listo para pedirle que lleváramos nuestra relación al siguiente nivel, pero ella me ganó la palabra.

—Es hora de que me vaya —dijo, un poco demasiado seria para mi gusto. Fruncí el ceño y me encorvé para alcanzar sus labios.

—Podrías quedarte —susurré contra su boca—. Puedo prepararte

el desayuno.

—No, estoy hablando en serio, James.

Ella me apartó de encima y se levantó de la cama. La observé desconcertado mientras recogía su ropa y comenzaba a vestirse. Bueno, no había que ser muy listo para saber que algo no marchaba bien.

—¿Qué está pasando? —pregunté con el ceño fruncido, mirándola desde la cama.

Bonnie terminó de deslizarse dentro de sus pantalones, se puso sus sandalias y luego vino hasta mí. Se sentó en mi regazo y colocó sus brazos alrededor de mi cuello. No pensaba en eso como algo bueno puesto que ella seguía seria como el infierno.

Mi ritmo cardíaco ya comenzaba a descomponerse por la incertidumbre. ¿Qué mierda ocurría? Eso era todo lo que yo quería saber.

Bonnie se inclinó y empujó su boca contra la mía en un beso duro que estaba consiguiendo nublar mi mente y despertar otras partes de mi cuerpo.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —me preguntó cuando terminó con aquel beso.

—Lo sé —respondí, acercándome a obtener más de sus labios, pero ella se echó para atrás, negándomelos—. ¿Qué pasa? —volví a fruncir el ceño.

—Es hora de que me vaya —repitió la misma mierda de antes.

—¿Tienes algo que hacer en Beat hoy? Puedo llevarte y luego desayunamos juntos...

—No, James —ella puso su mano en mi boca—. Lo que quiero decir es que tengo que irme. De Nueva York. *Vaya* irme.

—¿Qué? —pestañeé, no quería creer lo que acababa de escuchar—. ¿Irte?

Ella asintió.

—Te amo, James. Y créeme, no quiero dejarte, me dolió profundamente tomar esta decisión, pero tengo que hacerlo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué es lo que está mal? —pregunté, desesperado y asustado como el infierno—. Lo que sea, podemos resolverlo juntos. Lo resolveremos, tú solo...

—No lo puedes arreglar, James. —Negó con la cabeza—. Esto está fuera de tus manos. Sé que no eres culpable, pero...*esas chicas*. —Supe de inmediato a quién se refería. Era consciente de que mis fans habían sido un constante obstáculo en nuestra relación, habíamos tenido problemas debido a ellas, pero resultaba difícil asimilar que precisamente ellas fueran la causa de que me estuviera dejando—. Yo... lo siento, de verdad lo siento, pero es que no puedo soportarlo más. Ya no... —sollozó.

Sacudí la cabeza, aturdido.

No podía hablar en serio, ella no podía solo dejarme. No podía creer que eso fuese real.

—¿Te hicieron algo otra vez, Bonnie? —Ella se mordió los labios y bajó la mirada—. Dime qué fue. Mierda, nena, ¿qué? Voy a encargarme de ellas, lo prometo, esto tiene solución. Yo...

Ella negó con la cabeza.

—Tengo miedo James —gimoteó y un nudo se instaló en mi garganta, toda la impotencia cayendo sobre mis hombros en ese momento—. Estoy jodidamente aterrada y no puedo seguir viviendo así. Ellas están locas, me odian, yo... no puedo seguir. Necesito

seguridad. Con ellas alrededor propagando su odio hacia mí no puedo tener eso. Un día van a terminar matándome en serio. Yo... no puedo con esto, no puedo. —Apretó mis mejillas entre sus manos y lágrimas corrieron por las suyas—. Te amo, James. Más que a nadie. Y lamento que esto esté pasando, pero...

—*Chisttt, chisttt*—negué con la cabeza, enjugando sus lágrimas con mis pulgares—. No tienes que hacer esto, no tienes que irte. Hallaremos una forma de...

—¡No hay una forma, James! —gimió—. No por ahora. Necesitamos poner algo de distancia, que ellas se olviden de mí al menos por un tiempo. Las cosas solo van a ponerse peor si seguimos como hasta ahora.

—Yo... —humedecí mis labios y parpadeé, mi cabeza embotada no podía pensar con coherencia.

—Debes comprenderme, James, debes hacerlo.

Asentí en automático.

—Bien, yo... bien. —Sorbí la nariz—. Nos iremos juntos, entonces. Vamos a estar lejos por un tiempo, hablaré con Mike y Dan, ellos comprenderán y..

—No —ella negó suavemente—. La música es tu vida, cariño. Amas lo que haces. No puedes abandonar eso y mucho menos a tus amigos. No por mí. Ustedes se irán de gira el próximo mes. No puedes solo renunciar a ello e irte conmigo, tienes que pensar con claridad, por favor. No permitas que esas chicas egoístas te quiten todavía más.

» Prométemelo, James, prométeme que vas a quedarte donde te corresponde y continuarás haciendo la música que amas. Y entonces yo te prometo a ti que voy a luchar contra este miedo que siento para

poder volver a ti. Pero no podré hacerlo sintiéndome responsable de arrebatarte tu sueño. Así que prométemelo, James, te lo ruego.

Ella me miró a los ojos con insistencia. Yo no podía decirle que no a esa mirada.

Aun cuando quería gritar que no lo haría, que nunca podría prometer algo como eso porque no quería dejarla ir, le respondí exactamente lo que ella deseaba escuchar.

—Te amo —susurró con una sonrisa triste, sujetó mi rostro entre sus manos y presionó su boca contra la mía rápidamente.

Ese último beso suyo me supo amargo, a las lágrimas de una despedida para la que yo no estaba preparado.

Bonnie se fue de mi vida sin ningún otro aviso.

Tenía mi corazón en sus manos... y ella solo se fue.

# Capítulo 1

*Madison Square Garden, Manhattan, Nueva York*

*16 de julio del 2011*

Caminaba a toda prisa escoltado por tres hombres de seguridad y Lia, quien gruñía sobre cuán irresponsable era yo y cómo deseaba golpearme, pero no lo hacía porque no había jodido tiempo para eso. Traté de bloquear sus reclamos de mi cabeza mientras me deslizaba dentro de la camiseta de algodón gris que ella acababa de darme.

—Ten. —Me tendió ahora la chaqueta negra de cuero con estoperoles—. Rápido. No hay tiempo para cambiar tus puñeteros pantalones, subirás así.

—Bien —gruñí de mala gana mientras deslizaba los brazos en la chaqueta.

—Los demás están en sus lugares. Date prisa —insistió, la idea de ahorcarla sonaba estupenda en mi cabeza en este momento—. Y después quiero saber dónde coño se metió tu estúpida nueva asistente.

—Ya no tengo una estúpida asistente. —Le di una sonrisa torcida y el rostro de Lia casi se puso verde, estaba a punto de soltar un montón de mierda para mí—. *Ap, ap, ap*—la detuve, levantando mi mano y enfatizando hacia mi oído los gritos que se oían—. ¿Oyes eso? Son furiosas fanáticas esperando por mí.

Lia hizo una mueca y me lanzó el micrófono inalámbrico casi golpeando mi cara, pero fui unos segundos más rápido, sujetándolo a tiempo cuando todavía estaba en el aire.

—Lleva a tu culo a su lugar ya mismo —gruñó.

Oí a Michael Dunn, nuestro manager, llegar justo cuando yo me adentraba a la plataforma que me correspondía para salir al escenario.

La voz en mi oído habló a través del apuntador. El chico preguntó si todos estábamos listos para hacerlo. Sabía de antemano el procedimiento de esto, así que me limité a levantar un pulgar para la cámara que sabía estaba grabándome y enviando todos mis movimientos a una transmisión en vivo para la gente del staff.

El chico que hablaba en mi oído comenzó la cuenta regresiva.

Tres...

Dos...

Uno...

La plataforma en la que estaba parado comenzó a ascender a un ritmo constante, la estructura interior del escenario desapareció de mi vista y fue reemplazada por la imagen del humo en el que estaba envuelto, la lluvia de chispas artificiales que los técnicos habían instalado para nuestra entrada y la marea luminosa de fanáticas que comenzaron a gritar con más fuerza cuando aparecimos en escena. Sí, no estaba solo en esto. Sabía perfectamente que si volteaba a mi derecha podría ver a Carter y a Blake, y si lo hacía a mi izquierda encontraría a Logan y a Eric.

Los cinco estábamos juntos esto.

El intro de la canción comenzó a sonar a mis espaldas. Sabía que allí atrás estaba ubicada la banda de acompañamiento para nosotros. Lo odiaba. Mis dedos se encogieron ante el recuerdo de rasgar las cuerdas de la guitarra. Quería malditamente mucho mi guitarra ahora mismo, pero tenía que apegarme a lo planeado.

Era perfectamente consciente de que el hecho de que nos obligaran a usar una banda de acompañamiento era culpa mía. Y también era mi culpa que Daniel y Mike estuviesen presionándome tanto con el asunto de tener un asistente personal, lo que en realidad quería decir que ellos querían que yo tuviera una niñera que me siguiera a todos lados y se asegurara de que yo hiciera las cosas bien, que no me metiera en problemas.

Yo no quería una puta niñera, y hasta ahora conseguirme una no se les estaba dando nada bien a ese par.

Sacudí mi cabeza, alejando los pensamientos que me agobiaban, y me concentré en lo que tenía que hacer. Cerré los ojos, sintiendo la música vibrar en mis venas, y uní mi voz a las de los chicos en el momento correspondiente.

Podía oír los gritos de las fanáticas mientras, con los ojos cerrados, dejaba que las palabras burbujearan fuera de mi mente y viajaran a través de mi garganta.

Era en este momento, *solo en este brevísimo momento*, que me permitía olvidar todo lo que estaba mal en mi vida y entregaba lo bueno que quedaba de mí.

No era mucho, de todos modos. Pero incluso aunque no tenía mi guitarra en el escenario, cantar me ayudaba a liberar un poco de mi alma.

Dos canciones más tarde, la primera estrofa de *Party animal* fue suficiente para que los gritos se volvieran más intensos y el primer sostén cayera al escenario.

Era el inicio de una noche de locos.

【◆◆◆】

—¡Así se hace hijos de puta! —gritó Logan eufórico, caminando

de espaldas para chocar los puños con todos, uno por uno, mientras íbamos a los vestidores—. ¡Al estilo Bad Boy, cabrones!

—Cierra tu maldita boca, Price —lo calló Lia, viniendo hacia nosotros junto a Mike, ambos con una enorme sonrisa de satisfacción en la cara—. Felicidades, chicos. Lo hicieron bien.

—¿Bien? —replicó Logan—. Estuvimos de puta madre. Tú, Lia Banfield, no nos des un jodido "bien" solamente.

Lia rió mientras rodaba los ojos y le decía alguna otra cosa a Logan. Ellos comenzaron a discutir sobre lo que sea que ella replicara y Carter intervino, poniéndose del lado de Lia. Esos dos tenían algo sobre ser mejores amigos, pero como el infierno que Carter Lee estaría contentísimo de meterse en las bragas de esa fastidiosa y mandona mejor amiga suya. Yo sospechaba, incluso, la posibilidad de que él tuviera sentimientos algo más profundos por ella. Sentimientos que Carter juraba, a quien le preguntara, que no eran reales. ¿Por qué él lo negaba con tanto ahínco? Tal vez porque era verdad que no existían... o quizás porque todavía no se sentía listo para un nuevo romance después de terminar con Bethany, la que fue su novia por alrededor de cinco años, o podría ser también que sencillamente él comprendía los riesgos que conllevaba tener una nueva relación estando en la posición en la que cualquiera de nosotros nos encontrábamos.

Yo sabía eso también.

—Tú y yo tenemos que hablar —gruñó Mike, el manager de la banda, mientras me señalaba—. Andando, James. Sin peros.

Bufé, malhumorado, y lo seguí de mala gana.

Joder. El sermón que se aproximaba era sin duda algo que debía agradecerle a Lia Banfield. Esa chica ni siquiera tendría que seguir en

la empresa, se suponía que ella había entrado solo como practicante durante una temporada, pero al final Daniel le había ofrecido un empleo fijo. Por fortuna ella no trabajaba siempre con nosotros..., a decir verdad, no tenía ni puta idea de cuál era su función real dentro de Beat, pero Mike a veces la usaba de apoyo cuando teníamos eventos como el de hoy o cuando simplemente quería delegar deberes.

Seguramente ella le había contado ya del fracaso de mi última asistente. Si bien yo me negaba a tener una, el hecho de que ellas no duraran más que un par de días se debía a su ineficiencia a la hora de contratarlas. Daba la impresión de que el requisito primordial para darles el empleo, al menos a las últimas dos, era que ellas fueran fanáticas empedernidas con una imaginación muy grande para inventar historias de amor entre nosotros y querer llevarlas a la realidad.

Mike y yo nos detuvimos en el cuarto de sonido, el último de los técnicos estaba saliendo cuando nosotros llegamos. Mike se volteó hacia mí y me miró ceñudo, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Lia mencionó lo que le dijiste antes de subir al escenario, James.

Por supuesto que ella lo hizo, no esperaba menos.

—Sí, le dije que había enfurecidas fanáticas esperándome para salir.

—¡Estoy hablando de la jodida asistente! —rugió Mike, su rostro enrojeciendo rápidamente. Era fácil conseguir que él enrojeciera, dado que su piel era demasiado blanca, aunque no tan pálida como la mía—. ¿Por qué ella no está aquí? —prosiguió, intentando calmarse.

Me encogí de hombros de forma despreocupada.

—Ella no es más mi asistente —expliqué con calma, a pesar de que sabía que eso solo lo cabrearía más—. Acordamos que no es profesional trabajar con la gente que follas... —Volví a encogerme de hombros—. Se ha ido, Mike. Tú y Daniel tienen que aceptar que yo teniendo una asistente es algo que no va a pasar.

Bueno, follar no era con exactitud lo que habíamos hecho, pero el argumento servía. Y además ella sí que lo había intentado, sí, debía admitir que la chica puso todos sus esfuerzos en llevarme a la cama.

Mike enrojeció más que antes, si es que eso era posible, y comenzó a vociferar y maldecir furiosamente hasta provocarme un fuerte dolor de cabeza.



Nueve días más tarde tenía una nueva niñera de la cual deshacerme. En esta ocasión, sin embargo, no se trataba de una chica que pestañeaba hacia mí y abría los botones de su blusa para dejarme ver sus pechos con el fin llamar mi atención, no, era el turno de un chico. Uno que llevaba gafas y nos miraba a todos con desprecio, como si nadie estuviera a su nivel.

Por los comentarios que soltaba entre dientes cada tanto, yo estaba seguro de que él sentía que desperdiciaba su precioso cerebro en un trabajo de mierda como ir detrás de mí recordándome mis compromisos.

Bueno, la puerta estaba muy grande para que se largara a cualquier sitio donde pudiera explotar todo su potencial. A mí tampoco me apetecía que me siguiera como un perrito faldero, menos aun cuando no era capaz de controlar la mierda que salía de su boca.

Y por esa misma razón, porque no pudo morderse la puta lengua

unos minutos atrás, terminé explotando contra él.

El muy imbécil dejó en claro que consideraba que cualquiera que se dedicara al medio artístico era automáticamente un idiota haciendo dinero fácil solo por tener una cara bonita. Y, bueno, para su mala suerte él le dijo eso a un idiota «cara bonita» muy malhumorado al que sus palabras pusieron de un humor todavía peor.

Estrellé mi puño en su cara y lo mandé a la mierda.

—¡Coño, James! —Logan apretó mi hombro y le dio una mirada al tipo que salía de la sala de ensayos despotricando y amenazando con demandarme—. ¿Qué demonios pasa? ¿Por qué le has pegado al señorito "*me metieron un palo en el culo*"? Digo, es jodón a morir, pero... ¿romperle la nariz?

Me solté de su agarre con un bufido.

—Les dije que no quiero niñeras —fue toda mi respuesta.

—James...

—Nos vemos luego, Logan.

Tomé mi celular y mis llaves y me fui a casa antes de que Michael tuviera la oportunidad de joderme por culpa del estirado y su nariz posiblemente rota.

## Capítulo 2

Sentí el vacío en mi pecho otra vez. Casi nunca se iba, en realidad. Siempre allí, recordándome la pérdida, recordándome la impotencia y mi incapacidad de mantener conmigo a los que amaba.

Miré por encima de mi hombro a la chica que estaba profundamente dormida en la desarreglada cama y el remordimiento me golpeó con fuerza.

Mi cabeza dolía como el infierno y estaba seguro de que la jaqueca se quedaría por el resto del día, pero al menos ya no tenía que preocuparme por ella.

Era la cuarta asistente en fracasar (la primera después del estirado con el que Mike tuvo que lidiar por más de dos semanas para convencerlo de que no me demandara y se fuera feliz con una jugosa cantidad de dinero en los bolsillos), y también la que duró menos que cualquiera. A esta chica le tomó únicamente dos días de insinuaciones, de enseñarme sus faldas cortas y blusas escotadas, antes de traerme a su apartamento para tratar de que yo le quitara la ropa.

Y, para ser honesto, se la quité... pero no para hacerle lo que ella deseaba. Sabía que era jugar sucio hacerle creer que había pasado algo diferente a la realidad, pero prefería que fuera de ese modo. De todos modos, ella tampoco era precisamente una fiel seguidora de las reglas.

Mike me juró antes de presentármela que ella no era otra fanática aspirante *agroupie*, prometió que a duras penas sabía quién era yo,

pero la credencial en su bolso que la identificaba como una *Good Girl* [1] registrada en el fanclub oficial de la ciudad decía todo lo contrario.

Y si ese pequeño detalle sumado al hecho de que ella se me insinuara desde el primer instante no era prueba suficiente, las paredes repletas de afiches de Bad Boy en su habitación no podían ser más evidentes.

Me puse mis botas y alcancé silenciosamente el buró ubicado junto a su cama, rebusqué en el cajón hasta hallar papel y un lapicero. Rápidamente garabateé unas líneas para que ella las encontrara al despertar.

*[Gracias por lo de anoche, pasé un gran rato contigo. No creo que deba repetirse, sin embargo. Y me parece que estarás de acuerdo conmigo en que el trabajo será demasiado incómodo después de lo que hicimos. No quise despertarte esta mañana para despedirme, parecías realmente cansada.*

*Por favor quedémonos solo con los buenos recuerdos,*

*James W]*

Di una mirada alrededor a su habitación y sentí náuseas. Estaba asqueado de mí mismo. ¿En qué momento había acabado de esta manera, haciéndole creer a una chica, a una fanática, que nos habíamos acostado? ¿Habría yo terminado acostándome con ella de verdad si la hubiese dejado continuar? ¿Habría traicionado a Bonnie de esa manera?

Ella prometió que volvería. Había pasado alrededor de un año con diez meses desde que ella se marchó y yo seguía dentro de este círculo vicioso e interminable de añorarla, de mirar a la puerta esperando verla aparecer. ¿Cuándo lo haría?

Suspiré, pellizcando el puente de mi nariz, y recogí la basura de la papelera para sacarla a la calle. No podía dejar cabos sueltos, ella

podría preguntarse por el preservativo usado y yo tenía que tener una coartada.

La humedad y el calor estival me recibieron al salir del edificio de tres pisos donde se quedó durmiendo la que hasta ayer fue mi secretaria por dos días.

Eché la basura en el contenedor dispuesto para ello y subí a mi auto sin perder el tiempo.

Cuando llegué a mi apartamento, ese al que me mudé el año pasado tras volver a Nueva York al término del tour mundial que la banda emprendió a finales del 2009, la ducha tibia que me di no me hizo sentir mejor como esperaba. Ni siquiera la comida que Marie preparó para mí me reanimó un poco. Hoy era uno de esos días en los que me sentía emocionalmente demolido, y sabía muy bien qué era lo único que podía hacer en un momento como este.

—No has comido nada —observó Marie cuando me encontró levantándome de la mesa para llevar el plato al fregadero.

Traté de sonreírle un poco. Ella era probablemente la única persona por la que yo haría un esfuerzo por sonreír en estos momentos.

—Casi no tenía hambre —me excusé—. Iré a leer un rato, Marie.

Ella esbozó una mueca y pasó una mano por su cabello entrecano, que se encontraba recogido en un moño alto. Me di cuenta de lo preocupada que ella estaba por mí, la expresión en su cara era inocultable. Mierda, yo odiaba preocuparla. Marie era como una madre para mí, yo solo quería que ella fuera feliz, por eso la mandaba cada que podía a pasar una temporada con su familia. Y por lo mismo le compré un apartamento para que pudiera irse de vez en cuando, porque estar tanto tiempo conmigo no le hacía bien a nadie.

Por supuesto que esa no fue la razón que le di en su momento; Marie aceptó mudarse de mala gana, únicamente porque le rogué que lo hiciera, pero aún pasaba muchas noches aquí conmigo.

Me incliné hacia ella y besé su frente antes de decirle que se tomara el día libre. La oí suspirar mientras yo entraba a mi habitación, donde me encerré con intenciones de no salir en todo el día.

El antiguo libro verde de pasta dura con el título «*Historia de dos ciudades*» escrito en color dorado sobre su lomo estaba en mi buró. Lo había leído unas noches atrás, pero siempre lo mantenía allí, a mi lado, a la espera. Cogí el libro mientras me recostaba contra la cabecera acolchada de mi cama. Solo el hecho de sentir entre mis dedos la textura de la cubierta fue instalando una sensación de tranquilidad en mí.

Las páginas se encontraban algo amarillentas ya por el paso del tiempo, no sabía con exactitud cuánto había pasado desde que el libro había sido leído por primera vez, pero calculaba que esos eran muchos años. La fecha de la edición e impresión databa de 1985, lo que me daba una idea de la larga vida que había tenido. Al menos podía decir que yo había cuidado este libro tan bien como me lo prometí cuando llegó a mis manos el año pasado.

Abrí el capítulo uno del *Libro primero* en seguida, encontrándome con las ya conocidas palabras.

*«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por*

*el camino opuesto».*

—Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada —repetí en voz alta para mí mismo.

Todo... pero nada.

¿Por qué esa frase siempre se sentía como mi propia historia?

Todo y nada. Eso era lo que yo tenía.

Cinco capítulos más tarde, mi celular sonó. No sentía ganas de contestar, pero el tono de llamada me estaba fastidiando en serio. Terminé por devolver el libro a mi mesita de noche con un bufido y respondí a la puta llamada de una vez por todas.

—¿Qué pasa? —atendí de mala gana.

—¿Dónde estás?

Era Daniel Johnson, el director ejecutivo de Beat. Mi momento de paz traído por el libro había terminado. Daniel y yo habíamos tenido una relación cercana, casi de familia, desde que lo conocí varios años atrás, pero era consciente de que nos habíamos alejado por mi culpa y ahora las cosas no estaban bien entre nosotros. El problema con el asistente estirado al que golpeé lo hizo cabrear a tal punto que a duras penas me había dirigido la palabra después de eso.

—Estoy en casa.

—Pues quiero que traigas tu maldito trasero a la empresa, ¿entiendes?

Me mordí el interior de las mejillas. Yo había provocado que las cosas se pusieran así entre nosotros y ahora él se había cansado de mí, ahora de verdad sonaba enojado. Era lo justo, lo que merecía.

—Bien —gruñí.

Podía fácilmente responder la amabilidad con agresión, y la agresión con más agresión. ¿En qué momento había llegado a esto?

Ya lo sabía, sabía a la perfección el momento exacto en que mi vida había sido volteada de cabeza. Bonnie se marchó y yo me quedé con un desastre más grande del que podía manejar. Yo era ese desastre.

Daniel ladró otra cosa al teléfono, pero no le presté atención. Corté la llamada y aventé el celular lejos. Quería aventar y destruir todo lo que me rodeaba. Estaba cansado, estaba harto y ni siquiera estaba seguro de que con exactitud.

Me vestí a regañadientes y tomé las llaves del Bentley, sospechaba que la urgencia de la llamada se debía a la chica a la que había abandonado horas antes con la nota.



Pisar a fondo el acelerador del auto era un placer en estos días, la adrenalina de correr por la ciudad a toda velocidad, con la muerte pisándome los talones, se había convertido en otra forma de desahogo. Eric decía que me había vuelto autodestructivo. Tenía razón, pero yo no lo iba a aceptar en voz alta.

Se suponía que estaba bien, quería seguir fingiendo que lo estaba, aunque fuera solo para engañarme a mí mismo porque todo el mundo parecía darse cuenta de que en realidad nada estaba bien conmigo.

Media cuadra antes vi parpadear el semáforo, esperé y conté hasta tres. Entonces hundí el pie en el acelerador y le saqué ventaja rápidamente a los autos que estaban adelante. Iba a cruzar antes que todos, sin embargo, no contaba con que una persona aparecería en mi camino. ¿Qué mierda hacía esa chica allí? La vi a una distancia considerable, pero no reduje la velocidad. Ella se tenía que mover. Tenía que hacerlo, ¿verdad? No podía tomarle toda la vida cruzar el

tramo que le faltaba, solo eran unos pasos.

Continué avanzando. No quedaba mucha distancia entre nosotros y ella... ¡joder!, ella no reaccionaba. Estaba inmóvil, como si pretendiera morir. Entonces giró la cabeza y vio mi auto, los ojos se le abrieron al punto de que podrían habersele salido de su lugar.

Me tomó un microsegundo aceptar que en realidad no le iba a dar tiempo de quitarse del medio y todo se pondría muy feo.

Menos de tres metros nos separaban...

Cambié el pie del acelerador al freno con un movimiento brusco que hizo que todo mi cuerpo se fuera hacia delante, aplastándome contra el volante en la maniobra.

No iba a lograrlo, sabía que no había sido lo suficientemente rápido. Los neumáticos hacían un sonido horrible contra el asfalto y yo tenía los ojos cerrados con fuerza.

No quería ver lo que estaba a punto de pasar.

Mientras el auto se detenía derrapando, esperé con horror el momento en el que el cuerpo de la chica impactara contra el capó del auto, pero eso no ocurrió.

Abrí los ojos. La chica no estaba. ¿Qué diantres acababa de pasar? Me di cuenta de que tenía las manos agarrotadas en el volante, así que me obligué a soltarlo.

Me apeé del auto rápidamente, los carros que iban en la fila comenzaron a hacer sonar sus bocinas, molestos, pero no me importó. Estuve durante al menos un minuto sosteniéndome de la puerta, incapaz de moverme, porque la chica sí estaba allí, tendida en el suelo. No sabía en qué momento, pero después de todo sí la había atropellado.

Mierda.

No se suponía que pasara eso. Debí... Debí... Mierda. Ella tenía que estar bien. Ella no podía... ¡Joder!

Un hombre que caminaba por allí se acercó y miró hacia la chica. Yo esperaba que su reacción fuera de horror, pero en cambio se limitó a negar con la cabeza y me miró.

—Yo creo que no tiene nada —dijo, y señaló el espectacular dónde aparecía mi cara y las de los chicos—. ¿Cómo ha podido distraerse con eso tan fácilmente? Le grité que se quitara del medio, pero ella seguía embobada, ¡qué chica!

No dije nada.

Temí por un momento que el hombre me reconociera, pero no lo hizo. Qué idiota. Acababa de señalar una valla publicitaria de más de seis metros donde estaba mi cara... ¡y no me reconocía! Pero estaba bien para mí, era mucho mejor. El temblor fue disipándose un poco de mi cuerpo con la declaración de que la chica estaba a salvo, si no la había atropellado esto era algo con lo que todavía podía lidiar sin meterme en demasiados problemas.

—¿Debería llamar a la ambulancia? —preguntó el hombre de antes.

—No, gracias —me apresuré a decirle—. Yo me haré cargo. Usted debe tener cosas que hacer.

No me pareció que estuviera contento con mi respuesta, pero se encogió de hombros y volvió a la calzada, volteando a ver hacia aquí de vez en cuando mientras se alejaba.

Cuando un largo pitido sonó de nuevo, y miré a la gente que comenzaba a impacientarse porque mi auto les impedía el paso, decidí que era hora de acabar con ello.

Me acerqué a la chica y la observé por un segundo, ella ya no

estaba tendida en el pavimento, se había sentado y estaba sujetándose la cabeza con ambas manos. Totalmente ilesa. No podía negar que comprobar eso me hizo respirar con alivio, pero el alivio rápidamente se transformó en enfado. ¿Ella había causado todo esto por estar mirando ese puto espectacular? Tenía que ser una maldita broma.

De pronto lo único que sentí fueron ganas de gritarle, así que le grité porque no estaba de humor para ser amable, menos después de este incidente.

Ella me miró y yo fruncí el ceño. No me gustaba esa mirada que me había dado ni de casualidad. Ya estaba comprobando que en verdad ella resultaría una fanática con la cual yo no quería lidiar.

—Oye, levántate de ahí —dije de nuevo, pero no me hizo caso—. Vamos, date prisa y muévete de una jodida vez.

Nada.

—¡Quítate del medio, joder! —volví a gritarle, exasperado por la gente que no dejaba hacer sonar las bocinas de sus autos.

—¿Qué... pasó? —balbuceó ella finalmente, luciendo desorientada.

—¡Es en serio! —gruñí, hartándome rápidamente de la lentitud de sus reacciones—. Por milésima vez... ¡quítate de ahí! Estás deteniendo todo el jodido tráfico. ¡Muévete, vamos!

La vi ponerse de pie dando tumbos, caminó y se paró junto a mí. Las bocinas de los otros carros seguían sonando. Miré a la chica y me debatí entre hablar con ella para llegar a un acuerdo o mover el Bentley primero. Lo segundo era prioritario, si escuchaba un bocinazo más la cabeza me iba a estallar.

Parqué el auto adelante, fuera del camino de los demás, y bajé

otra vez. Me apoyé contra la puerta y di un largo suspiro mientras me colocaba los lentes de sol. No necesitaba que más personas me reconocieran y vinieran hasta aquí. Si ella era una fan, y por lo que dijo el hombre yo intuía que lo era, entonces seguramente ya sabría quién era yo.

La chica me estaba mirando cuando volteé a verla, así que le hice una seña para que se acercara. De cerca noté que era más baja que yo, tenía el rostro anguloso, bonitos ojos olivados y el cabello castaño. Además de eso, nada destacable. Solo que vestía una cazadora que le quedaba enorme y que se veía medio sosa al sonreír. Su sonrisa me decía «me agradas», y por eso me desagradó al instante.

—¿Eres idiota o qué?

—¿Disculpa? —replicó, enarcando las cejas.

—Oye, ¡estabas parada en medio de la calle! ¡Por tu culpa casi te atropello!

Sí que había sido culpa suya, ¿no había dicho el hombre que ella se había quedado embobada mirando el espectacular?

La vi abrir la boca y quedarse así unos largos segundos antes de poder decir algo.

—Lo... siento —murmuró parpadeando, aquello sonó más como una pregunta.

Oh, no. Ella estaba... ¿estaba tratando de hacerme sentir mal con esa carita de perrito apaleado? ¡Que le den!

—¿Y bien? —dije con una mueca, impaciente—. ¿Un autógrafo será suficiente para solucionar este desafortunado encuentro?

Más valía que eso fuera un sí.

—¿Qué? —replicó, volviendo a actuar sorprendida.

Su desconcierto parecía casi genuino, ¡menuda mentirosa que era!

Solté un suspiro y decidí terminar con ella de forma calmada porque parecía que estaba a punto de llorar. Y aunque fuera fingido, lo último que quería en el mundo era soportar el llanto de alguien.

Forcé mi voz para que sonara apacible, pero la verdad a esas alturas ya estaba bastante desesperado.

—De acuerdo... —rodé los ojos—. Un autógrafo y dinero para que vayas a que te revise un médico o para que lo gastes en lo que se te venga en gana. ¿Te parece eso suficiente?

Para mi desconcierto, la boca de la chica se abrió en un pequeño círculo, ella lucía más indignada que antes. Pero no, yo no le compraba esa imagen de ofendida. Tomé de la guantera del auto un pedazo de hoja de cuaderno y un lapicero con el que plasmé un autógrafo rápidamente, y saqué de mi billetera la cantidad justa con la que podría pagarse sin problema una visita a la mejor clínica de la ciudad.

Suspiré y, forzando una sonrisa, le tendí tanto el dinero como el autógrafo.

Ella solo debía tomarlo e irse.

—No quiero tu autógrafo —dijo en cambio, su mandíbula estaba muy tensa—. ¿Para qué quiero eso de alguien *como tú*?

¿No era fan? Perfecto, me daba lo mismo.

—Si no quieres conservar el autógrafo lo puedes tirar a la basura o subastarlo en internet, seguro te darán una buena cantidad por él.

Insistí en que tomara las cosas. La mirada que me lanzó fue extraña, mitad dolida, mitad ofendida. Luego ella se limitó a cruzarse de brazos y mirar hacia otro lado, ignorándome. ¿Qué mierda significaba eso? Solo agotaba mi paciencia.

—Joder, ¡tengo prisa!

Tiré de su enorme cazadora y metí el dinero y el autógrafo en uno de sus bolsillos. Ella lució furiosa al instante y yo le ofrecí una sonrisa mordaz por el mero placer de hacerla enojar. Estaba rabiando y aquello, de alguna manera retorcida, encendió una chispa en mí.

Volví a mi auto sin mirar atrás después de eso.

Cuando el motor del Bentley rugió, creí que la historia de nuestro lamentable encuentro había acabado. No tenía intenciones devolver a ver a esa chica, lastimosamente ella no pensaba lo mismo que yo.

# Capítulo 3

Llegué al edificio de Beat Entertainment un cuarto de hora más tarde. Entré sin detenerme y me topé con Daniel y Mike juntos en la recepción. Teddy, detrás del mostrador, asintió con nerviosismo hacia mí a modo de saludo.

Por la expresión de irritación que dominaba las facciones tanto del director ejecutivo de Beat Entertainment como del manager de Bad Boy, seguro me estaban esperando para darme un buen rapapolvo.

Ugh.

—Llegas tarde nuevamente —apuntó Daniel, lucía muy molesto con sus dientes apretados, mandíbula tensa y la mirada encolerizada que me ofrecían sus ojos claros—. ¿Y dónde se ha metido ella?

Tras esa última pregunta supe que Amber, la dueña del apartamento del que salí esta mañana, no había venido a armar un escándalo todavía. Confiaría en que tampoco lo haría más tarde. Si no me equivocaba, Amber había solicitado el puesto de mi asistente con un solo propósito. Y si las cosas me habían resultado bien, ella debería creer justo ahora que ya lo había conseguido.

—¿Ellaquién? —le respondí a Daniel, haciéndome el desentendido mientras me miraba las uñas simplemente porque no quería ver su cara ahora mismo.

Él se iba a cabrear.

—¡Pues ella! —rugió—. ¿Cómo que "quién"? ¡Hablo de tu maldita

asistente! —Lo oí bufar y balbucear mientras Mike intentaba calmarlo. Lo consiguió después de un rato, y le tuvo que haber costado mucho porque me pareció que Daniel estaba bastante enojado. Él carraspeó la garganta antes de proseguir diciendo—: Necesitamos firmar su contrato hoy mismo.

—Ah, *esa* ella —murmuré con fastidio—. Olvídalo, ya no está trabajando conmigo.

Daniel y Mike soltaron un gutural «¡¿Qué?!» al mismo tiempo. Ya podía ver el sermón viniendo. Continué sin inmutarme ante su alteración, mirando mis uñas, pasando una por debajo de otra para limpiarlas, manteniendo la calma.

—¿Quieres decirnos en este instante por qué mierda ella ha dejado el trabajo? —gruñó Daniel—. ¿Ahora cuál es la maldita excusa?

—Sí, bueno, pues ocultar información importante para conseguir el empleo me parece una maldita buena razón —apunté, encogiéndome de hombros—. ¿No dijiste, Michael, que tú mismo verificaste que ella no era otra fanática intentando colarse como mi asistente?

El aludido frunció el ceño y pasó una mano por su barbilla cubierta de una corta barba, asintiendo.

—Pues sí... sí —dijo—. Yo mismo llamé a la presidenta del fanclub de la ciudad para corroborarlo. Ella lleva el registro de todas las chicas y me aseguró que el nombre de Amber Humphrey no figuraba en la lista.

—Interesante, porque si te fijas en esta foto que tomé ayer, yo diría que te han dado la información equivocada —indiqué mientras sacaba mi teléfono y buscaba la foto que había sacado de la

credencial que certificaba a Amber como miembro del fanclub oficial de la ciudad.

Daniel fue el que tomó mi celular y, tras comprobar que no estaba mintiendo, se lo tendió a Mike. Este último estudió con detalle la imagen, el desencanto apoderándose de su expresión rápidamente.

Me devolvió el teléfono y, consciente de que ambos me miraban con fijeza, me encogí de hombros sin decir nada.

—Esta situación, toda esta jodida situación, me tiene cansando, James —dijo Daniel, llevándose las manos a la cara brevemente—. Tres chicas y un chico. Cuatro personas en total con las que no has podido trabajar por más de una semana. Seriamente, dímelo, ¿cuál es el maldito problema contigo, hombre?

—No quiero tener un asistente —reiteré con parsimonia—. No necesito a alguien vigilándome. Te lo dije desde un principio.

Mike bajó la mirada y Daniel me miró de la forma en la que se mira a las causas perdidas. Con algo de decepción, algo de añoranza y otro poco de resignación.

—Y yo te lo dije a ti, James. No lo estaría haciendo si tú no me obligaras a ello. Tu comportamiento durante el último tour ha sido cuestionable. ¿Desde cuándo te convertiste en el que se mete en problemas y me da dolores de cabeza? —Negó con la cabeza—. Yo sé bien que no haces la música por el dinero, tú no lo necesitas, lo sé. Pero incluso aunque es algo que se supone haces porque te apasiona, debes saber que también es un trabajo, lo es porque implica comprometerse en lo que haces. Y déjame decirte que tú no lo estás haciendo ahora mismo, no lo haces desde hace un tiempo...

Mi mandíbula se tensó. Daniel soltó un suspiro, apartó la mirada y se masajeó la sien. A Mike, a su lado, la frente le sudaba como si

estuviese contemplando el fin del mundo.

—No me gusta echarles en cara las cosas, pero a veces tengo que hacerlo para que ustedes reaccionen —continuó Daniel—. ¿Recuerdas qué fue lo que me dijiste cuando nos conocimos? —Entrecerré los ojos, el recuerdo parpadeando en mi memoria—. «*No estaré en una banda pop desechable que lo único que sepa hacer es actuar lindo en el escenario, Dan, quiero ser un músico, uno de verdad*». Ahora me pregunto, ¿lo olvidaste? Porque fue por ti, que dejaste de llegar a los ensayos y que a duras penas te presentabas a los shows a tiempo, y a veces ni eso, que tuvimos que colocar una banda de respaldo para ustedes a mitad de la gira. Dada la situación creímos que era lo mejor para ti y para todos, así como también creemos ahora que necesitas a una persona asistiéndote. No somos tus enemigos, James. Queremos ayudarte.

—No les pedí que hicieran nada por mí, Daniel —mascullé, sin verlo a la cara.

—Sí, algunos imbéciles son incapaces de pedir ayuda cuando más la necesitan. —Apreté los dientes, él suspiro—. Mira, ya no me interesa si no quieres o si crees que no necesitas un asistente. Es evidente que recibir instrucciones de Mike y Lori por medio de correos electrónicos o llamadas telefónicas dejó de funcionar para ti, así que ahora te atenderás a las consecuencias. No puedes seguir llegando tarde, o para el caso no asistir, a tus compromisos. Necesitas activarte de nuevo en los ensayos también, si Bad Boy tiene un nuevo álbum yo no los quiero otra vez con una banda de apoyo. Ustedes son músicos, volverán con sus instrumentos a los escenarios.

Nos miramos a los ojos durante un largo momento, él no titubeó ni un solo segundo. Su determinación resultaba un poco intimidante.

Exhalé y terminé por asentir.

—Yo... voy a hacer las cosas bien de ahora en adelante —murmuré—. Pero, de verdad, no necesito un asistente. Me molesta tener a alguien sobre mí, más aún cuando son completos extraños. Te prometo que...

—No, no, no. —Daniel levantó una mano y negó con la cabeza—. No espero que lo entiendas, James, y me duele tener que decirte esto, pero ahora mismo no puedo confiar en tu palabra. Si vas a hacer las cosas bien, entonces lo harás a mi modo.

Se me puso un nudo en la garganta y los ojos me ardieron tras escuchar lo anterior. Mordí el interior de mis mejillas con fuerza, controlándome. No cabe duda de que hay palabras que duelen más que los golpes. Pero supongo que no se trata solo de las palabras, es más sobre la persona que las dice.

Y esto... esto yo me lo había ganado a pulso, pero aun así tenía que admitir que, en el fondo, dolía.

Aleje a las personas que se preocupaban por mí, las empuje tan lejos como pude porque no sabía cómo lidiar con el dolor, con la impotencia, y luego solo... se volvió una costumbre. Y ahora no sabía cómo cambiar eso.

Daniel abrió la boca para decir algo más, sin embargo, fue interrumpido antes de siquiera comenzar.

—¡Idiota! —el grito retumbó por todo el lugar.

Mis ojos se movieron instintivamente en dirección a la procedencia del grito, entonces mi ceño se frunció cuando reconocí a la chica. La misma con la que había tenido un muy desafortunado encuentro media hora antes. ¿Qué estaba haciendo ella aquí? Por la forma en que se veía, avanzando a grandes

zancadas hacia mí, parecía que venía muy dispuesta a arrancarme la cabeza.

La morena era un torbellino de furia dirigida a mí.

—¿Y tú qué haces aquí? —Mi ceño se profundizó cuando la tuve a una corta distancia—. ¿Qué es lo que quieres? Porque si es más dinero...

Me fulminó con la mirada.

—¿Cuándo dije yo que quería tusuciodinero?! —escupió, furiosa.

Hice una mueca y me fijé de sus ojos que parecían lanzar cuchillas directamente en mi frente. Suspiré. Este no era el mejor momento para ponerme a discutir con ella. No frente a Daniel y Michael.

—Pues entonces no veo la razón de que estés aquí —repuse con frialdad al tiempo que llamaba, con una seña, a los guardas de seguridad de la entrada.

Ellos nos arribaron apenas unos segundos después de que yo pronunciara la última palabra. Les señalé con la mirada a la indignada morena.

—Acompañen a la señorita a la salida.

Ella gruñó, a la defensiva, y los hombres de seguridad le sujetaron un brazo cada uno, inmovilizándola. La morena se removió enérgicamente, tratando de zafarse del agarre mientras gruñía cosas inentendibles. Era toda una fierecilla salvaje.

—¡Suéltense! —gritó—. ¡Tú, simio estúpido —me miró—, diles que me suelten! ¡Que lo hagan ahora mismo!

Enarqué las cejas con incredulidad. ¿De verdad me estaba llamando «simio estúpido» y me exigía que la ayudara al mismo tiempo?

Fruncí el ceño, esbozando una mueca.

—Te soltarán en la salida —dije—. Tú nada tienes que hacer aquí. Pensé que te había quedado en claro el motivo por el que te di una compensación antes: para no tener que verte de nuevo.

—¡Serás imbécil! —rugió; sus ojos, una mezcla entre el color oliva y el avellana, despedían resentimiento puro—. ¡Ya te lo dije, cerebro de chorlito, no quiero tu sucio dinero! ¡No lo quiero!

Entre más se removía, los guardias la retenían con más fuerza. Qué puto caos. Era consciente de que Daniel y Michael estaban presentes observando y oyendo todo. La fierecilla salvaje no pudo elegir un peor momento para armar un espectáculo como este.

Daniel avanzó un paso al frente y yo me llevé una mano a la frente, masajeando mis sienes con los extremos de mis dedos medio y pulgar. Ahora, así era como empeorarían las cosas.

—Suficiente —indicó Daniel—. Basta muchachos, no pueden tratar así a esta señorita. No pueden tratar así a ninguna persona, ya puestos. Suéltenla ahora mismo.

Mierda. Los guardias obedecieron a Daniel y liberaron a la furiosa chica. Ella llevó su mano derecha a su brazo contrario con una mueca de dolor, mueca que desapareció tan pronto como me miró a la cara y levantó la barbilla con aire retador.

—Vamos a relajarnos por aquí —dijo Daniel, interponiéndose entre ella y yo—. ¿Por qué tanta hostilidad? ¿Qué es lo que pasa entre ustedes dos?

—No pasa nada —espeté—. Tú —señalé a la morena—, vamos. Terminaremos esto en privado.

—Bueno, mala suerte para ti, yo no pienso ir a ningún sitio contigo —objetó—. No necesito terminar esto en privado, terminaré

aquí y ahora. Solo vine a decirte que no quiero tu estúpido y sucio dinero, ¡ten, tómallo de regreso! —me lanzó los billetes a la cara sin darme oportunidad de reaccionar y apartarlos. La miré estupefacto —. Creo que a ti te hacen mucha más falta que a mí. Parece que necesitas unas clases de educación, así que págatelas con eso... ¡pedazo de patán, imbécil! Y por si no te alcanza, toma, aquí tienes... —Me arrojó el autógrafo que le había dado antes—. Puedes venderlo o subastarlo por internet para conseguir más dinero, seguro te darán una buena cantidad.

Tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para contenerme de hacer una estupidez, pero, ¡joder!, la sangre hervía en mis venas. Mi cara entera se calentó por la furia. La jodida fierecilla había conseguido su propósito, yo en serio estaba cabreado ahora.

Por si fuera poco, Daniel comenzó a reír. ¿Qué demonios? ¿Por qué mierda estaba riendo él como un desquiciado ahora?

Le di una mirada asesina.

—Vaya, qué interesante señorita la que nos visita el día de hoy —dijo el loco propietario de Beat Entertainment sin parar de reír.

Yo no entendía el puto chiste, estaba realmente cabreado.

—¿Interesante? —repliqué—. ¡Es una loca suicida! No tiene nada de interesante. —Negué con la cabeza. Levanté las manos y las dejé caer a los lados, derrotado—. Y no seguiré con esto, ya no, me largo de aquí.

Si ella quería quedarse, que lo hiciera. Yo no iba a seguir tolerando nada de esto. No le creía que solo hubiese venido hasta aquí para gritarme y estaba seguro de que, por lo último que Daniel me había dicho, él le daría la razón sobre cualquier cosa que ella inventara de mí. Si la quería escuchar, bien por él.

—¿A quién llamas loca suicida?! —rugió ella—. ¡Tú eres un imbécil funesto!

Le ofrecí una fría mirada y, apretando los labios con furia, me apresuré hacia la salida.

—¡James, espera! —gritó Mike cuando me encontraba a unos pasos de la salida—. ¡Aún no terminamos de hablar contigo!

Lo miré por encima de mi hombro, malhumorado.

—Ya está dicho todo, ¿no? —mascullé—. Dijeron que las cosas serán a su modo, entonces que así sea.

Continué el camino hasta mi automóvil y noté a lo lejos a un fotógrafo apuntando el lente de su cámara hacia mí. Joder. Precisamente por eso era que prefería usar el estacionamiento subterráneo de la empresa. Mantuve los cristales arriba y miré hacia otro lado mientras él me fotografiaba dejando el estacionamiento de Beat. Ya imaginaba los titulares que le pondrían a las fotos que me había sacado, porque una cosa era segura: el cabreo estaba muy presente en la expresión de mi cara.

Una vez en mi apartamento, me dirigí al mini bar y me serví una copa de brandy. Me la bebí de un solo trago, sin dejar reposar el líquido y sin paladear el sabor.

Rellené la copa y me la llevé de nuevo a los labios. Entonces el rostro de la fierecilla de ojos olivados y coléricos se deslizó en mi mente de forma no premeditada.

La ira vino con su imagen, y la copa de la que bebía pagó las consecuencias. Mis dientes se apretaron contra la orilla del cristal con tanta fuerza que éste terminó haciéndose añicos en mi boca y enseguida los hilillos de sangre borbotaron de mi labio inferior.

Mierda.



El resto de ese día, y el siguiente, me perdí a mí mismo aún más, si es que era posible. Me encerré en mi apartamento y me desconecté del mundo. Lo necesitaba, necesitaba ese respiro para continuar. Hubiese añadido un tercer día, pero el domingo Lia Banfield me hizo una inesperada visita que arruinó mis planes de ermitaño.

No creía agradarle mucho a Lia, y ella tampoco me agradaba demasiado a mí, aunque no se trataba de que hubiera algo malo en ella, lo malo solo estaba en mí. Nos habíamos conocido en un momento de mi vida en el que yo no estaba interesado en conocer a nadie.

Por supuesto, su visita no fue de cortesía. Ella únicamente fue a verme porque Mike le pidió que me avisara, ya que me había desentendido por completo de mis teléfonos, que Daniel esperaba reunirse conmigo al día siguiente a primera hora.

Así que esta mañana, antes de llegar a Beat, me pasé por Grinders. Grinders era una pequeña cadena de establecimientos que solo existían en Nueva York y que mi padre me enseñó a amar cuando me trajo por primera vez a la ciudad. Era también el único lugar en el mundo que preparaba el café exactamente como a mí me gustaba. Y de los cinco locales, el que visitaba con mayor frecuencia era este, puesto que se encontraba a una escasa distancia de la empresa y me quedaba de camino.

Entré, tratando de pasar desapercibido, y me dirigí rápidamente al mostrador en busca de Robert, el chico que siempre me atendía.

Mierda.

Ahí estaba Robert, es solo que esta vez él estaba acompañado. Mi ceño se frunció de inmediato al reconocer a la morena que estaba a

su lado. Él la dejó para venir a atenderme.

—James, hola —me saludó; le respondí con un leve asentimiento —. ¿Lo de siempre?

Afirmé con la cabeza en silencio.

—¿Qué está haciendo esa chica aquí? —le pregunté, haciendo clara referencia a la fierecilla.

Robert se encogió de hombros, nervioso. No era de extrañar, él siempre lucía nervioso cuando hablábamos.

—Estamos contratando personal... —explicó.

Infiernos no.

Volteé a verla y me di cuenta de que ella también me estaba mirando fijamente. Joder no, ella no podía trabajar en el único maldito lugar donde yo disfrutaba del café. ¿Lo estaba haciendo a propósito para fastidiarme?

No quería creer que ella se tomaría tantas molestias por mí, pero me resultaba inquietante que precisamente tratara de conseguir trabajo aquí.

Hice una mueca, meditándolo.

—No puedes contratarla —le dije a Robert, y él se detuvo a mirarme con sorpresa. Volteó a ver a la chica y luego de nuevo sus ojos cayeron en mí.

—¿Po-por qué?

—Me gusta este lugar, me gusta el café que preparas, pero no me gusta esa chica.

—¿Qué? —él la miró una vez más, confundido.

—Así de simple —dije, entregándole un billete que cubría el costo de mi compra más una buena propina—. Mi café, por favor.

Él se aclaró la garganta, luciendo tímido y confundido, y terminó

de servir mi bebida. Solo le tomó unos pocos minutos entregármela.

—De verdad no lo hagas...—le pedí, casi supliqué, y eché una breve mirada hacia la morena.

Los ojos color avellana oliva me devolvieron la mirada con desdén. Enarqué una ceja cuando ella los entrecerró, mirándome a través de sus pestañas, y torcí los labios en una mueca. Sin pronunciar una sola palabra más, salí de Grinders deseando fuertemente que Robert me escuchara y no la contratara. Yo no quería más problemas con esa chica, pero intuía que teniéndola cerca eso no sería algo fácil de evitar.

# Capítulo 4

La reunión del lunes con Daniel fue simple y sencillamente para comunicarme que contratarían a otra persona para que «trabajara» conmigo, lo que significaba que me pondrían un nuevo perro guardián. Y me hicieron firmar un contrato en el que me comprometía, en pocas palabras, a mantener una relación cordial con la persona que ellos estipularan. Si yo arruinaba las cosas, todo Bad Boy compartiría las consecuencias conmigo. Buena manera de atarme de manos, Daniel y Mike debían saber que quizás no me importaba mucho lo que pudieran hacerme a mí, pero era diferente si se trataba de los chicos. Logan, Eric, Carter y Blake eran una de las principales razones por las que yo seguía aquí.

Tenía que recordarme las promesas que hicimos cuando iniciamos Bad Boy cada vez que me sentía tan asfixiado como para querer mandar todo a la mierda.

Pero incluso aunque lo intentara con todas mis fuerzas me resultaba imposible estar cómodo con los reflectores sobre mí, en el punto de mira. Ya no era como antes. Fuera del país, incluso solo fuera de Nueva York, las cosas no se sentían tan mal. Pero no aquí, no con esas chicas estando tan cerca. La relación con las fanáticas de la ciudad se había distorsionado en algún momento, encontrarlas por los alrededores pasó de ser algo agradable y amistoso a convertirse en un temor.

Me había planteado mudarme a otra ciudad en más de una ocasión, pero existían varios motivos por los que terminaba

desechando la idea cada vez que aparecía. Tal vez el más importante era el hecho de que mi padre se encontraba sepultado aquí. Y, a pesar de que yo no había sido capaz de visitar su tumba en años, incluso cuando había estado parado en la entrada del cementerio durante horas intentándolo sin lograr ir más allá, mudarme sencillamente no se sentía correcto.

Sacudí la cabeza, alejando los pensamientos, y me limité a darle un asentimiento de cabeza a Lori, la asistente de Daniel, mientras iba directamente a la oficina de este último sin esperar a ser anunciado.

Anoche Daniel me llamó para informarme que esta tarde conocería a la persona que había contratado como mi asistente. Me extrañó un poco que no fuese Michael el que se encargara de esto, después de todo él era el manager de Bad Boy y Daniel el director ejecutivo de la compañía, seguro debía tener cosas más importantes que hacer que ocuparse de mí y mi asistente. Lo único que se me ocurría era que él iba muy en serio con lo de hacer las cosas a su manera en esta ocasión, lo cual podría ser algo preocupante.

Tenía la mano en el picaporte cuando la puerta de la oficina se abrió desde el interior. Mis ojos fueron directamente a una sola cosa: los vaqueros de mezclilla ceñidos a un par de muslos bien proporcionados, de esos que no se conseguían en un gimnasio, sino que eran propios de la genética, y luego subieron hasta la sencilla blusa blanca y el cárdigan de colores que se amoldaba a la figura de una chica.

Mierda. Mierda. Mierda.

¿Qué demonios estaba haciendo ella otra vez en Beat? No podía ser que la fierecilla...*No*, ¿verdad? Claro que no. La miré, ceñudo, y luego a Daniel. Éste último suspiro con una pequeña mueca.

—Gran día para decidir ser puntual otra vez, James —dijo, no muy contento al respecto. Volvió a suspirar y le dio una mirada a la fierecilla—. Me temo que haremos esto primero, entonces.

—¿Hacer qué cosa primero? —mascullé, entrecerrando los ojos. Todos mis músculos en tensión.

Daniel esbozó una ligera mueca y chasqueó la lengua, rehuyéndome la mirada.

—Entra y toma asiento, te explicaré de qué se trata todo. — Caminó hasta su escritorio y ocupó la silla detrás del mismo. Ni la fierecilla ni yo nos movimos un ápice para seguirlo, nuestras miradas se encontraron y no supe decidir qué sentí con exactitud en ese momento—. He dicho que tomen asiento —repitió Dan con firmeza—. Vamos, apresúrense.

Finalmente ella, levantando la barbilla y abrazándose a sí misma, apartó la mirada y fue a ocupar uno de los asientos libres frente a Daniel.

Sentí mi ceño fruncirse un poco más. La situación en general no tenía buena pinta, no me daba buena espina. Me arrastré hasta la silla que quedaba, junto a ella, y tomé asiento con la espalda bien recta, cuadrando los hombros.

La tensión de mis músculos solo era un indicio de que esperaba lo peor de esta reunión.

—Pues bien —Daniel apoyó los codos sobre el escritorio y entrelazó sus manos al frente—. Estoy suponiendo que no hay que ser muy listos para llegar a una conclusión de lo que está ocurriendo aquí, ¿verdad?

Contuve la respiración, ansioso. Claro que mi mente ya había formulado una hipótesis, una que seguramente terminaría siendo

real, pero no aceptaría nada en voz alta hasta que ellos lo confirmaran.

—Al grano, Daniel —pedí, aferrando con fuerza las manos en los apoyabrazos del asiento, hasta que mis nudillos se pusieron blancos.

Daniel sonrió y tomó la pelotita antiestrés que Logan le había regalado tiempo atrás, apretándola. Respiré profusamente. Por todo lo jodido del mundo, esto iba a terminar mal, muy mal.

—Sé que eres un hombre inteligente, Jamie —dijo con templanza, mirando la fotografía de su esposa e hijas que reposaba en el portarretratos decorado con macarrones, pintura y purpurina sobre su escritorio; me removí con incomodidad—. Sí lo eres, aunque a veces actúes como si no fuera así. Te dije que hoy conocerías a la persona que estará trabajando contigo de ahora en adelante. —Levantó la mirada, sus ojos de un claro tono azul verdoso se posaron en la chica a mi lado. La señalaron, joder.

Él me sonrió.

Hijo. De. Perra.

De verdad contrató a la fierecilla salvaje, ni más ni menos que a...ella. La miré por inercia, ella se removió en la silla, apretando los labios, y mantuvo los ojos al frente. Sí, tampoco parecía muy feliz.

—Ella... —la palabra fue solo un susurro desgastado que apenas alcancé a oír yo mismo. Sentí la boca seca y la garganta atenazada.

—Su nombre es Emma Hayes —indicó Daniel con toda la serenidad del mundo—. Y, exactamente como debes estar pensando justo ahora, ella es oficialmente tu nueva asistente. Firmó el contrato antes de que llegaras.

No podía estar malditamente pasando.

Era en este momento exacto en el que me arrepentía de lo que le

dije a Robert en Grinders el lunes pasado. Si fue por esas palabras mías que él no la había contratado y ella había aceptado ser mi asistente, entonces yo mismo me había condenado.

Mierda.

—¿Es en serio, Daniel? —mascullé, contrariado—. ¿Ella? De todas las personas en el mundo, la contrataste *aella*.

—*Ell* tiene un nombre —la oí hablar por primera vez, mi mirada se encontró con la suya—. Y ya te lo dijeron antes, ¿verdad, James?

Tensé la mandíbula y volví a mirar a Daniel.

—¿Por qué? —fue todo lo que pregunté.

Esa sencilla pregunta lo resumía todo. ¿Acaso él olvidó el encuentro que tuve con la chica el viernes pasado?, ¿era su manera de castigarme?

¿Qué quería demostrar con esto?

—Porque tuve la oportunidad de conocerla un poco mejor y me convencí de que es la persona idónea para el trabajo, James. Solo por eso.

No creo que fuese mi imaginación oírle bufar, lo cual me confundió un poco para ser honesto. A Daniel tampoco le pasó desapercibido el detalle, sin embargo, él no dijo nada al respecto. ¿Por qué me daba la impresión de que ella tampoco quería este trabajo?, ¿era la necesidad la que la orillaba a aceptar esto?

—No creo que haya dudas sobre esto, ¿verdad? —indicó Daniel después de un momento de tenso silencio—. Ustedes se pondrán de acuerdo en cómo trabajarán, pero tú ya conoces las reglas primordiales, James. —Me sonrió, recordándome el acuerdo que habíamos firmado el pasado lunes—. Toma en cuenta también, por favor, que Emma todavía asiste a la universidad, por lo que su horario

será flexible. Sobre todo, en las mañanas, que es cuando tiene la mayoría de sus clases. Y, Emma —la miró—, Lori te entregará una agenda electrónica que se sincroniza periódicamente con la de Michael, el manager de la banda, para que puedas estar al tanto de los próximos eventos. Puedes añadir en ella los compromisos personales que James te indique también. Cualquier duda que tengas en adelante, Mike podrá ayudarte a resolverla.

—Entiendo —murmuró ella en respuesta.

—Perfecto. Eso sería todo. Ambos pueden retirarse ahora y comenzar a discutir la manera en la que trabajarán. Y por «discutir» me refiero a entablar una conversación completamente civilizada, por supuesto.

—Dan... —traté de objetar, pero él levantó el dedo índice y negó con la cabeza.

—A mi modo, James. Acordaste hacerlo a mi modo —indicó implacable.

Apreté los dientes con furia y fui el primero en ponerme en pie. Salí de la oficina dando grandes zancadas; me dirigí, más allá de Lori, la asistente de Daniel, al solitario pasillo que llevaba a los ascensores.

Joder. Terminé azotando mi puño contra la pared en un arrebatado de ira y ahogué el dolor mordiéndome el interior de las mejillas. ¿Qué era lo que había hecho?

Que ella fuera mi nueva asistente era solo mi maldita culpa, en el fondo sabía que era así. La cuestión ahora era cómo lidiaría con ello.

Si yo hacía las cosas mal, si mis movimientos eran los equivocados, la banda pagaría las consecuencias. No podía permitir que eso pasara, pero tampoco quería tener a la fierecilla llamada Emma rondando a mi alrededor. Algo en ella no me gustaba. Podría

ser el recuerdo de nuestro primer encuentro, pero, aun así.

Tuve apenas un par de minutos para tranquilizarme antes de que ella apareciera en el pasillo con la mirada clavada en el organizador personal que, seguramente, Lori se había encargado de proporcionarle.

Respiré profundamente y, cruzándome de brazos, esperé hasta que estuviera lo suficientemente cerca para hablarle.

—Oye —la llamé. Ella dio un brinco al escuchar mi voz, el aparato casi voló de sus manos con el brusco movimiento. Lo aferró con fuerza y me frunció el ceño al instante.

—¡Me asustaste!

Apreté los labios.

—¿Hay algo para hoy? —pregunté, señalando con la mirada la agenda que tenía en sus manos.

Ella resopló y comenzó a murmurar más para sí misma que para mí:

—Veamos, um... jueves veinticinco de agosto... Visita al hospital infantil en Nueva Jersey: Blake, Eric y Carter. Asistencia al programa de entrevistas de Joe Dillon de la cadena Rook TV: Logan... —Entrecerró los ojos al aparato y, tras leer en silencio un poco más, me miró y negó con la cabeza—. Nada para ti hoy, pero mañana tienes un evento en la noche.

—La apertura del restaurante —murmuré con una mueca.

Sabía muy bien de ese evento. Kaylee Johnson ya me había advertido, con una llamada telefónica, de lo emocionada que se encontraba por vernos mañana en la inauguración de *Ciudad de Luceros*, el nuevo restaurante de Claude Bonham, padre de una de sus compinches.

Bonham era partidario de cumplirle los caprichos a su única hija y a la sobrina a la que había criado desde niña, y ambas eran fanáticas de Bad Boy, razón por la que yo intuía que él había terminado invitándonos a cortar el listón en la inauguración de mañana. No estaba precisamente emocionado por ir.

—Ah, entonces ya lo sabes. —Emma asintió para sí misma y guardó la agenda en su bolso—. Fantástico. Recuerda entonces que tienes que llegar allí a las siete de la noche en punto.

Enarqué una ceja y ella cambió el peso de una pierna a otra, como si una parte de ella quisiera salir corriendo lo más pronto posible.

—¿No es tu trabajo recordármelo?

—Y asegurarme de que llegues a tiempo —dijo de mala gana, apretando los labios—. ¿Cómo vamos a hacer esto?, ¿cómo voy a comunicarme contigo?

—No lo sé, Emma Hayes, pero he escuchado por ahí que hoy en día existe algo que la gente llama teléfono celular. ¿Tienes uno?

Me miró con desagrado, conteniéndose para no explotar como el primer día, y metió la mano en el bolsillo de su pantalón, sacando un celular.

—Dame un número al que pueda llamarte o enviarte mensajes —indicó—. Estaré en contacto contigo mañana hasta saber que llegaste al evento.

La estudié con los ojos entornados mientras esperaba con su celular en la mano que yo le dictara mi número. La furia letal que era ella cuando la conocí había sido reemplazada por una helada indiferencia y calma. O al menos era lo que aparentaba.

Sin pensar muy bien lo que hacía, tomé el celular de sus manos y guardé mi número en su lista de contactos.

Debía admitir que una parte de mí, siempre desconfiada, esperaba encontrar mi foto o la de Bad Boy en su fondo de pantalla, pero no, hallé únicamente la imagen impersonal de unas cerezas allí.

Al menos ella no era otra fanática buscando beneficios específicos por estar en el puesto. Sin embargo, eso no hacía que quisiera mantenerla cerca.

Llamé desde su teléfono a mi propio número y, cuando mi celular vibró en el bolsillo de mi pantalón, corté la llamada y le devolví el aparato.

—Ahora tienes mi número y yo tengo el tuyo. Te enviaré mañana temprano la dirección de mi apartamento en un mensaje de texto, señorita asistente.

—¿Para qué quiero yo la dirección de tu apartamento? —Frunció el ceño, desconcertada.

Ni el más leve asomo de emoción ante la idea de conocer mi casa se vio reflejado en su expresión. Bien, honestamente yo no quería tener que mudarme si ella hacía un mal uso de esa información, eso sería un fastidio. Pero que lo hiciera, que Emma Hayes divulgara mi número de teléfono o mi dirección, demostraría que ella no era una persona de confianza y sería razón suficiente para que el mismo Daniel Johnson le pidiera que se marchara.

—Eres mi asistente, ¿verdad? Se supone que debes *asistirme*, entonces. *Ayudarme*. —Saqué de mi billetera un ticket y se lo ofrecí—. La ropa que usaré para el evento está en la tintorería, te indicaré el lugar para que la recojas y la llesves a mi apartamento mañana.

—¿Cómo dices?

—Y envíame una copia de tu itinerario de clases hoy mismo, quiero saber en qué horarios no estarás disponible.

—Pero...

Levanté la mano, haciéndola guardar silencio, y negué con la cabeza.

—Tengo cosas que hacer, ya no tengo tiempo. Es todo por hoy para nosotros. Gran trabajo, ¿no? Y el sueldo bastante bueno, vi lo que ofrecían en el contrato. Creo que puedo entender un poco por qué lo haces.

El rostro de Emma se cubrió de manchas rojas rápidamente, las aletillas de su nariz se abrieron y cerraron con furia.

—No, tú no lo entiendes —aseveró.

Me encogí de hombros, sosteniéndole la mirada, y le di la espalda para continuar mi camino hasta el ascensor, dejándola atrás.

# Capítulo 5

Lo que sabía de Emma Hayes hasta el momento era información demasiado básica que en realidad no me decía mucho sobre ella. Tal como le pedí, me hizo llegar el día de ayer su horario de clases. Por las materias que figuraban en él, deduje que estudiaba alguna carrera relacionada a las ciencias sociales o humanidades.

El semestre iniciaba el siguiente lunes y sus clases serían en su mayoría durante las mañanas, a excepción de los miércoles que también llevaría una materia de tres a cinco de la tarde. Por lo general ella estaría libre a partir del mediodía, y los viernes desde las 10:00 AM

No estaba muy seguro de lo que debía hacer con ella. Seguía negándome a que se volviera una constante en mi vida, y no era solo porque se tratara de ella. Sencillamente mi forma de pensar no había cambiado de la noche a la mañana, no quería tener una asistente el mes pasado y todavía no quería tenerla en este momento.

Tener una asistente implicaba permitirle a esa persona involucrarse en aspectos íntimos de mi vida, cosa que yo no deseaba que ocurriera. No era precisamente fanático de recibir con los brazos abiertos a los extraños. Siempre me había costado confiar en los demás, pero era consciente de que mi recelo había empeorado de un tiempo para acá.

¿Qué iba a hacer si un día, por ejemplo, Céline y Aiden llegaban de sorpresa mientras ella estaba conmigo? Yo sabía que un encuentro con ese par nunca terminaba bien, y me negaba a la idea de que

Emma Hayes lo presenciara. Ya puestos, honestamente detestaba la idea de *quecualquieralo* presenciara.

A las cinco con treinta me metí a duchar. Emma debería haber llegado media hora atrás pero no lo había hecho aún. Mal comienzo.

Estaba todavía duchándome cuando oí el timbre sonar por primera vez.

Una vez más.

Y otra.

Cerré los ojos un minuto más bajo el chorro de la regadera, dejando que el agua tibia recorriera mi cuerpo. Con un suspiro cerré el paso de agua, tomé la toalla para secarme y luego la envolví alrededor de mi cintura. Colgué de mi hombro izquierdo una toalla más pequeña, cubriendo la tinta que tenía grabada en ese lado de mi pecho, y me dirigí a la puerta finalmente.

Escuché un gruñido y, enseguida, un golpe (probablemente una patada) retumbó en la puerta cuando yo sujetaba el picaporte. Enarqué una ceja y pasé mi mano libre por mi cabello húmedo, peinándolo hacia atrás para alejarlo de mi frente.

Abrí la puerta por fin y, al asomarme, me encontré con la sorpresa de que Emma ya caminaba por el pasillo hacia el ascensor.

—¿Adónde vas?

Se detuvo, tensándose, al oírme llamarla. Noté que sujetaba con más fuerza la percha del traje que había recogido en la tintorería mientras que su otra mano se apretaba en un puño.

Le tomó un largo minuto girar sobre sus pies y darme la cara. La ira del primer día estaba ahí, contenida bajo una fina capa de hielo que, daba la impresión, se quebraría muy pronto.

Regresó hasta a mí en silencio, con la cabeza gacha, y cuando

levantó la mirada para decirme algo, su boca solo colgó abierta.

¿Qué diantres?

Emma apretó los labios y apartó la mirada con incomodidad. Recordé que yo solo llevaba encima una toalla y pensé que quizás ese era el motivo de su reacción. Entrecerré los ojos y ladeé la cabeza mientras la estudiaba. ¿Estaba ella avergonzándose ahora mismo por mi falta de ropa? Las manchas rojas que ya cubrían su cara y cuello parecían indicar que sí.

—Entra y espérame en la sala de estar —dije, frunciendo el ceño.

Di la vuelta y regresé dentro, dejando la puerta abierta para ella. Oí que la cerraba cuando yo entraba, al mismo tiempo, a mi habitación.

Busqué en el armario un par de bóxer limpios para usar, me puse unos pantalones de chándal negros y tomé la primera camiseta que encontré.

Estaba deslizándome la camiseta blanca por los brazos cuando salí y encontré a Emma contemplando todo con minucioso detalle y curiosidad. Yo mismo di una mirada alrededor también, comprobando que cada cosa seguía en su lugar.

Los colores blanco, gris y negro reinaban en mi apartamento. El blanco en las paredes y los otros dos en las decoraciones. En realidad, podía decirse que solo contaba con los muebles necesarios, y esto era así porque yo no era partidario de los espacios demasiado saturados. Me gustaba tener sitio para moverme con comodidad. El piso era de madera clara y lustrosa, con una moqueta extensa que cubría la sala de estar donde Emma estaba en este momento.

Ella había extendido la bolsa de la tintorería a lo largo del sofá en forma de ele y se hallaba sentada en una esquinita. Su mirada cayó

en el portarretratos que estaba en la mesita de centro, lo que me hizo fruncir el ceño. Esa era la clase de cosas privadas que no quería compartir con extraños como ella.

—¿Qué estás husmeando tan descaradamente?

Emma se puso de pie al acto y yo me le acerqué. Su respuesta inmediata fue alejarse, atravesando la sala de estar para situarse al otro lado del sofá, como si de esa forma pudiera ponerse a salvo de mí.

—La decoración... —balbuceó, parpadeando—. Me gusta el estilo de la decoración.

Claro, porque era la decoración lo que veía en ese portarretratos. Mis labios se apretaron en una fina línea.

—Qué sorpresa. No pensé que alguien como tú se fijara en ese tipo de cosas.

Por la mueca de indignación que esbozó, supe que mi comentario no le había hecho feliz. Bueno, yo no lo dije para contentarla de todos modos.

—Ahora ves que te equivocas —murmuró—. Si me fijo en estas cosas. Y, te diré, aunque el estilo es elegante, definitivamente hay algo que ni tú ni todo tu dinero pueden comprar para este lugar.

Rodé los ojos sin proponérmelo. ¿Qué algo le hacía falta? Ella quería joderme, este lugar no tenía comparación. Era sobrio, perfecto para mí. Y si no le parecía suficiente, yo todavía tenía otros sitios más impresionantes para mostrar. No era que planeara hacerlo, sin embargo.

—¿Ah, ¿sí? Pues de la forma en que yo lo veo no hay nada que falte aquí. Este lugar es perfecto.

—Exacto —me dio la razón mientras una sonrisa de suficiencia

curvaba sus labios—. Es tan perfecto que no tiene ningún tipo de calidez. No se siente como un hogar, tu casa se siente tan vacía como lo es de elegante... Provoca escalofríos.

Se frotó los brazos para enfatizar lo último que dijo y yo fruncí el ceño. Continuó sonriéndome, esa era una sonrisa tan malditamente irritante. Era desagradable. Odiaba que esas palabras que ella había dicho se sintieran demasiado reales, como si estuviera viendo a través de todo. *A través de mí.*

A excepción de Marie, no había nada cálido en este lugar, *en mí*, desde hacía bastante tiempo. Desde que Bonnie se había marchado. Odiaba pensar en ello... la detesté a ella por recordármelo.

Para la gente resultaba fácil decirme que debía superarlo, y tal vez tenían razón, pero ellos no lo entendían. Bonnie estuvo en mi vida ocho meses, tan solo ocho, y ya había pasado más del doble de ese tiempo desde que se marchó, eso era cierto. Y también era cierto que yo no podía dejarla atrás a pesar de todo. ¿Cómo podría? Mi relación con ella era una puerta que no se había cerrado.

Se había ido, sí, pero también había prometido volver. Ella no terminó conmigo ese día, no me dijo que no me amaba o que quería estar con alguien más. Si me hubiese roto el corazón de esa manera probablemente a estas alturas ya la habría superado. Pero no fue eso lo que ocurrió.

Bonnie se fue porque tenía miedo, un miedo que no supo manejar. Y la entendía, yo sabía que había sido difícil para ella el asunto con las fanáticas desde el principio. No imaginaba siquiera cuantas cosas más había soportado en silencio por mí. Se fue y yo me quedé aquí con la impotencia de haber permitido que las cosas sucedieran de esa manera, recriminándome mi ineptitud a la hora de

cuidar a alguien a quien amaba, mi incapacidad de mantenerla a salvo y a mi lado. Y sí, también me quedé con el resentimiento a quienes habían propiciado todo eso.

Mi relación con Bonnie fue de bajo perfil, nunca confirmé nada a la prensa ni hablé sobre ella cuando me hacían preguntas. Protegimos mucho su identidad. Ella estaba preparándose para debutar como actriz en ese entonces, por lo que no resultaba conveniente que el público se enterara de que salía conmigo. Ellos podían tomarlo a mal, creer que era una estrategia para impulsar su carrera. Eso habría sido una mentira, claro, pero no queríamos atraer comentarios negativos hacia ella cuando apenas iba a incursionar en el mundo de la fama.

A pesar de todo, de lo cuidadosos que fuimos, el tema con las fanáticas de la ciudad era diferente. No había control. Las chicas estaban ahí, tan cerca, que era difícil ocultar algo de ellas. Si bien nunca divulgaron nada sobre la relación al resto del mundo, hicieron cosas mucho peores. En más de una ocasión agredieron a Bonnie físicamente, en una incluso el ataque ocurrió delante de mí y en mi propio apartamento. Ellas averiguaron también su dirección y le llenaron el buzón con cartas de odio y amenazas, no se molestaron en ocultar lo que las motivaba: querían que terminara la relación conmigo. No nos querían juntos. Y, a final de cuentas, me dolía admitir que consiguieron su propósito.

Emma enarcó las cejas y cruzó los brazos sobre su pecho, yo aplané los labios con irritación.

—Es una lástima que no estés aquí para decir una mierda sobre mi casa, ¿verdad? Cuando requiera tu opinión te lo haré saber, mientras tanto puedes reservarte tus comentarios.

Sus labios se crisparon en una mueca y mis ojos cayeron en la bolsa de la tintorería que estaba en el sofá. Me acerqué a tomarla, porque ya era algo tarde y debía comenzar a alistarme, pero Emma se me adelantó, poniendo la ropa fuera de mi alcance.

Le lancé una mirada envenenada, ella me dio una extraña sonrisa vacilante.

—¿Ahora qué? —dije—. ¿Primero llegas tarde y ahora no quieres darme mis cosas?

—Sí, bueno... —Inhaló profusamente y se mordió los labios—. No llegué tarde por gusto, ¿sabes? Todavía se me complica un poco usar el metro y hoy tuve que hacerlo para ir primero a la tintorería y luego venir aquí. Tu casa no está precisamente en un lugar al que se llegue fácilmente, caminé bastante desde la estación del subterráneo hasta aquí. ¿Qué pasa contigo que no eres como los otros famosos viviendo en barrios como el Upper East Side, SoHo, Tribeca o algo por el estilo?

—Aprecio cada ápice de privacidad que pueda conseguir, Emma. Lo aprecio más de lo que imaginas.

Ella frunció los labios y asintió, encogiéndose de hombros.

—En fin... —dijo, y comprobó algo rápidamente en la pantalla de su celular antes de devolverlo a su pequeño bolso y verme a la cara—. Son las seis con veinte minutos. Te daré la ropa y estaremos de acuerdo en que yo puedo irme y tú te apresurarás para llegar puntual a *Ciudad de Luceros*, ¿verdad?

—Si todo está en orden... —Alargué la mano hacia ella, me entregó la bolsa especial de la tintorería donde se encontraba mi ropa—. Espera un minuto.

Fui a mi habitación a revisar que todo estuviese como lo había

pedido. Bajé el zipper de la bolsa y saqué la ropa, tendiéndola sobre la cama.

—Entonces... ¿me voy? —preguntó desde la sala de estar. Esbocé una mueca y respiré profundamente.

—Ven aquí un segundo, Emma. —Con la mirada fija en el traje, esperé hasta que la oí empujar la puerta y entrar muy despacio.

—¿Sí?

—¿Revisaste lo que te entregaron?

—¿Eh?

Volteé a verla, ella enarcaba las cejas.

—¿Dónde está la camisa?

—Uh, la camisa... la camisa... ¿No está ahí la camisa? —Se acercó y tomó la bolsa, rebuscando en vano.

—Evidentemente no, Emma. Llama a la tintorería. Pasaré a recogerla de camino, si no queda otra opción.

Ella no se movió, se llevó las manos a la boca y permaneció allí con la mirada algo perdida.

—No —murmuró.

—¿No? —enarqué las cejas y me crucé de brazos—. No es momento para juegos, Emma. Haz lo que te pedí.

—No puedo. —Parpadeó y tragó saliva con dificultad—. Ay, yo... Ellos me entregaron todo, pero...

—¿Pero? —entrecerré los ojos.

—Tuve un pequeño accidente en el metro, la bolsa se abrió y... Cielos. Lo siento, de verdad, pensé que todo estaba allí. Tenía prisa por llegar y...

—Debes estar jodiéndome.

Mierda. No quedaba mucho tiempo para poder llegar a tiempo al

evento. Joder, *necesitaba* llegar a tiempo. Y no porque me importara un carajo el restaurante de Claude Bonham, pero tenía que hacerlo o Daniel no estaría contento. Lo había molestado lo suficiente como para darme el lujo de seguir haciéndolo ahora.

—Lo siento. —Se encogió—. Yo... yo... ¡En serio que no fue a propósito!

—Difícil de creer, después de todo parecías realmente apurada por irte hace un momento, ¿verdad? Esa urgencia bien podría ser porque sabías que no encontraría la camisa y...

—¡¿Qué?! —Me liquidó con la mirada—. ¡Pero claro que no! ¡No digas tonterías! ¿Por qué iba yo a...? ¡Es ridículo, totalmente ridículo!

—¿Ridículo, dices? —Avancé hasta detenerme frente a ella, haciéndola retroceder un paso—. Dime tú qué cosa es ridícula en todo esto de trabajar juntos. ¿Qué cosa no es ridícula desde el primer encuentro que tuvimos? Te desagradó, sé que lo hago. Pero estás aquí. ¿Por qué? —Me acerqué otro paso, mi respiración agitada y mi ceño bien fruncido; la miré fijamente y, sin proponérmelo, levanté una mano para apartarle un mechón de cabello de la cara, pero ella giró el rostro, impidiéndomelo. Hice un puño con mi mano y la bajé—. ¿Por qué estás aquí Emma Hayes? Dímelo.

Emma parpadeó con la boca medio abierta, tal vez buscando las palabras para darme una respuesta. Apenas podía distinguir los iris en sus ojos, una mezcla de avellana y oliva, entre el batir rápido de sus pestañas.

Desvió la mirada lejos de mí, y entonces mis ojos fueron por inercia a inspeccionar su figura. Pasé por los detalles de su rostro, la suave curva que hacía su nariz respingada, sus labios llenos y

rosados, su melena castaña y su piel color caramelo. Mis ojos avanzaron por su cuello, pasaron por su clavícula y se detuvieron en el borde de su blusa, justo donde comenzaban sus pechos. Un minuto más en silencio y el único que habría perdido en ese momento hubiese sido yo.

Emma no era una belleza destacable de las que hacían girar cabezas cuando entraba en un lugar, pero podía decirse que era bonita en los términos comunes si le prestabas la suficiente atención como para notarlo.

La primera vez que la vi pensé que no había nada especial en ella además de sus ojos; y su sonrisa torpona me había desagradado. Ahora... ahora estaba molesto y no quería pensar al respecto.

—Estoy bastante segura de que esto puede considerarse intimidación, James. Y estás invadiendo mi burbuja. ¿Te gusta tu privacidad? Pues a mí me gusta mi espacio personal libre de invasores.

Encontramos miradas y yo sacudí la cabeza, despejando mis pensamientos. Me alejé de ella tan pronto como fui consciente de que tenía que hacerlo.

Eso había sido algo... extraño. E incorrecto, definitivamente incorrecto.

Necesitaba un momento a solas.

—Encuentra otra camisa en el armario y haz el favor de plancharla. La plancha está allí. —Señalé el mueble de la esquina donde sabía que Marie la guardaba—. Y antes de que repliques diciendo algo como que eso no está dentro de tus funciones, déjame recordarte quién fue la que perdió la otra camisa en primer lugar. —Ella apretó los labios y yo me encaminé a la salida—. Y date prisa, si

llego tarde y Daniel me da mierda por ello te haré responsable de todo.

Dejé la puerta abierta y mientras ella balbuceaba algo a lo que no puse atención, fui a la cocina.

Joder.

Me serví un vaso de agua y me lo bebí lentamente, sintiéndome abrumado. La sensación pesaba en mi pecho. ¿Qué estaba haciendo? Justo lo que no quería. Emma Hayes en mi casa, Emma Hayes en mi habitación... Emma Hayes en mi vida. No quería eso, pero... ¿cómo lo evitaba?

Oí un teléfono sonar, debió ser el de ella porque el mío, que estaba en la encimera, no dio señales de vida. Al menos hasta dos minutos más tarde, cuando una llamada entrante de Eric se anunció en la pantalla.

Dejé el vaso en el fregadero, tomé el aparato y atendí la llamada.

—¡Wolfie, hermano! —exclamó Eric alegremente.

—Hola, Eric.

—Me mata lo entusiasta que eres, amigo. En serio. Podría llorar de la emoción al oírte tan feliz de hablar conmigo.

—Deja de joder, ¿qué pasa?

—El tío Mike está llevándonos en la limusina. Carter y yo ya vamos con él. Recogeremos a Logan y luego a Blake. La pregunta es... ¿vamos por ti también?

Comprobé la hora, era tarde.

—No creo que lleguemos a tiempo si lo hacen. El evento es a las siete.

—Ah, sí, eso. Resulta que es a las ocho en realidad, pero Mike nos programó a las siete para que estuviésemos listos con tiempo de

anticipación. En fin, entonces pasamos por ti. Te enviaré un mensaje cuando estemos afuera.

Sin dejarme responder, cortó la llamada.

Dejé el teléfono de nuevo sobre la encimera y atravesé la sala de estar para llegar a mi habitación, donde Emma debería haber terminado ya de planchar una nueva camisa.

El sutil olor a quemado me hizo fruncir el ceño y apresurarme a ver qué estaba ocurriendo allí dentro

—¡Emma!

Ella dio un brinco, sus manos escondieron rápidamente detrás de ella una bola de tela color menta. La mirada que me dio era de pánico.

Entrecerré los ojos, la situación no se veía bien.

—Puedo explicarlo —jadeó, levantando una mano entre nosotros como si eso fuera suficiente barrera para mantenerme lejos de ella.

Pellizqué el puente de mi nariz.

—¿Qué demonios pasó, Hayes?

Su rostro estaba lívido. De pronto la fierecilla salvaje lucía más como un ratoncito asustado de mí. Joder. No podía darme el sentimiento de que estaba mal gritarle o enojarme con ella ahora, porque lo cierto era que tenía motivos para estar cabreado. Si mis ojos no me habían engañado, yo sabía ya cuál era la camisa que había perecido en sus manos.

—Tra-traté de decírtelo... No me llevo bien con estas cosas. —Sus ojos apuntaron en dirección a la plancha—. Lo siento.

—Déjame ver —mascullé entre dientes—. ¡Que me dejes ver, te digo! —insistí ante su demora.

Ella se mordió los labios y puso a la vista la camisa que despedía

el olor a chamuscado

Tenía que estar malditamente jodiéndome. La suave tela color menta estaba arruinada por completo.

Mordí el interior de mis mejillas con fuerza, usando toda mi voluntad para contenerme.

—Vete —murmuré sin mirarla a la cara.

—Lo siento. No quería... Yo...

Esto no era cuestión de pedir disculpas, diciendo un «lo siento» no arreglaba el desastre que había hecho con mi camisa. Camisa que había sido un regalo de Bonnie, camisa que estaba en el fondo de mi armario guardada y que había usado una sola vez. La cuestión no era lo material, era el valor sentimental que tenía.

—Vete, Emma... —repetí con la mandíbula tensa—. Solo... vete.

Ella volvió a susurrar un «lo siento» antes de tomar su bolso y precipitarse a la salida. Solo un poco después oí cerrarse la puerta del apartamento y supe que se había ido.

Respiré hondo y traté de no mirar la camisa quemada mientras iba al armario, tomaba otra y me disponía a plancharla por mí mismo.

Carajo. Esta noche iba a apestar y podía decirlo justo por la forma en que estaba comenzando.

# Capítulo 6

No podía presumir de tener siempre la razón, pero, por desgracia, esta vez la tenía. Tal como predije, esta estaba siendo una noche de mierda.

No me encontraba muy feliz después del incidente con la camisa. Me fastidiaba que se hubiese arruinado porque sabía perfectamente que parte de la culpa era mía. Debí haberle dado yo mismo una de las camisas a Emma, o debí simplemente recibir la ropa en la puerta y dejar que ella se fuera sin entrar a mi casa.

Inconscientemente hice una mueca. Parecía que lo único que me salía bien últimamente era equivocarme.

Mike me hizo una seña para recordarme que estaba frente a las cámaras y debía sonreír como un idiota sin problemas que era extremadamente feliz, no fruncir el ceño como alguien que preferiría no estar en este lugar, lo que era el caso.

Me aclaré la garganta e hice lo que me correspondía, saludando brevemente al periodista que cubría el evento. Por suerte Claude Bonham tenía bien controlada la situación con los medios, no había un caos desordenado de gente lanzándonos mil preguntas al mismo tiempo y tomándonos fotos sin parar, y tampoco estaban las fanáticas apiñándose a los alrededores, gritando y empujándose para llegar más cerca de nosotros. Por ese lado tenía que reconocer que el hombre había hecho un buen trabajo.

Puesto que no había dicho ni jota en todo el rato, cuando Michael nos indicó que cortáramos con la prensa me vi obligado a dar unas

palabras para invitar a la gente a visitar el restaurante y expresar lo encantado que estaba de tener el privilegio de hacer el corte de listón.

Mike nos dirigió al lugar que nos correspondía entre los invitados. Nos detuvimos cerca de la entrada principal, donde se había colocado el enorme listón que debíamos cortar. Honestamente yo solo deseaba que todo el protocolo terminara ya para poder entrar al maldito restaurante, quedarme el tiempo necesario para no parecer maleducado y luego ir a casa. Aunque, dado que compartía vehículo con los chicos, no estaba seguro de que mis planes fuesen a cumplirse al pie de la letra. Por lo menos podría intentarlo.

Pellizqué el puente de mi nariz con disimulo cuando Claude apareció con su familia y comenzó a dar un aburrido discurso sobre el sueño que representaba para él este restaurante.

Joder. Ver a Ava y Sadie Bonham a su lado me recordó que Kaylee Johnson también se encontraba cerca, y un encuentro con Kaylee era lo menos que necesitaba en estos momentos. En realidad, ningún momento era bueno para encontrarme con ella. Estaba loca, me llamaba «bebé» y me perseguía diciendo mierdas sobre ser mi futura esposa. Al principio era gracioso, pero luego se volvió exasperante.

El protocolo de inauguración fue conciso y eso sin duda me alegró un poco. A las ocho y media ya habíamos cortado el listón, tomado las fotos del recuerdo y se nos había invitado a pasar a ocupar las mesas para probar las delicias preparadas por el renombrado chef que Bonham había contratado.

—¿Qué mierda ocurre con tu cara? —dijo Logan, llamando mi atención. Él estaba mirándome con el ceño fruncido. Los dos, junto con Blake y Mike, estábamos sentados en una mesa y nos acababan

de llevar la carta. Eric y Carter, por otro lado, habían dicho que querían comer en la terraza, así que era allí donde se encontraban.

—Es raro que las Johnson no hayan aparecido todavía —respondí, mordiendo mi labio inferior. No estaba mintiendo sobre el motivo de la expresión en mi cara, en realidad lo de Kaylee era algo que había notado y me preocupaba. Esperaba que ella no fuera a aparecerse con alguna locura como traer un juez y venir vestida de novia. Nunca había llegado tan lejos, pero, *infiernos*, yo sabía que podía ser capaz de todo.

—Las Johnson. Mierda, Haley.. —Logan se mordió los labios—. Ella tiene unas pequeñas tetas que... —suspiró—. Y esas piernas tuyas...

—¡Logan! —Mike aporreó las manos en la mesa con disimulo, su rostro enrojeciendo—. Cuida lo que dices, idiota.

—Seamos sinceros —replicó el rubio chasqueando la lengua y echándose para atrás en su silla—, si no fuera porque es sobrina de Daniel y él la añadió instantáneamente a la lista de las intocables, y amenazó con colgar de las bolas al que se atreviera a lastimarla, no creo que me hubiese quedado solo a apreciarla de lejos durante todo este tiempo. Ella y Kaylee están buenas. *Muy* buenas.

Logan tenía un punto ahí, las sobrinas de Daniel eran realmente guapas. Pero ni porque fuera la mujer más bella sobre la tierra me enredaría con Kaylee Johnson. No estaba tan loco.

Logan estaba diciéndole algo a Blake sobre cuán suertudo era él porque podía disfrutar de Mila, una de las compinches de las sobrinas de Daniel, sin preocuparse porque alguien lo fuera a colgar de las bolas. Dejé de prestar atención a la conversación entre ellos cuando capté en la entrada a Lia y a la que estaba muy seguro de que

era Emma Hayes, mi asistente. Pero no se veía precisamente como la Emma de vaqueros, tenis y cárdigan púrpura que recordaba haber visto más temprano en mi apartamento.

Una anfitriona las recibió y enseguida las comenzó a guiar a través del lugar, dirigiéndolas a las escaleras para ir a la terraza.

—¡Jodida mierda! —Logan golpeó mi brazo—. ¿Quién es esa que está con nuestra Grinch?

Fruncí el ceño.

—Mi nueva asistente —respondí, observando cómo ellas se perdían escaleras arriba; los ojos color esmeralda de Logan también siguieron a las chicas—. No sé qué mierda hace aquí.

No era que ella no pudiera visitar un sitio como este, pero tenía entendido que la noche de hoy solo se podía acceder con invitación y conseguir una no debía ser cosa fácil.

Mike echó un vistazo al camino que las chicas habían tomado y le dio un trago a su copa.

—Claude me dio una invitación extra y yo se la di a Lia para que viniera con Emma —explicó.

Entorné los ojos y lo estudié con detenimiento. Un sutil rubor le cubría el rostro, seguro se debía al alcohol que había ingerido.

—Pero ellas ni siquiera se conocen —señalé—. Emma recién empezó a trabajar ayer.

Mike asintió, haciendo florituras en el aire con la mano con la que sostenía la copa.

—Por eso mismo. ¿Qué mejor que ella se sienta bien recibida en un cálido ambiente laboral? Es bueno que se amigue con Lia. Sí, ellas deben ser amigas. Quiero que Emma esté tan cómoda y feliz en este trabajo como sea posible... Espero que tú la estés tratando bien. —Me

dio una mirada de advertencia, por lo que enarqué una ceja—. Y, además, es bueno para Lia. Ella se la pasa siempre con Carter, Allen o Jackson, le viene bien hacer más amigas como Emma.

Hmm. Me acaricié el mentón sin apartar la mirada de Michael, que actuaba sospechosamente nervioso. ¿Qué misterio había ahí? ¿Por qué tanto interés en la comodidad de Emma? Lo de Lia podía entenderlo, ella era hija de uno de sus mejores amigos o algo parecido, pero lo de mi asistente era un caso aparte.

Logan sacudió la mano frente a mi cara, llamando mi atención. Fruncí el ceño y le indiqué que hablara con un movimiento de cabeza.

—¿Entonces *esa* era tu nueva asistente?

—Lo es —afirmé, dándole una mirada cautelosa.

—Pues ellas dos lucen jodidamente bien esta noche, ¿eh? —comentó Blake de forma apreciativa con una sonrisa, pasándose una mano por su oscura cabellera. A pesar del tiempo que llevaba viviendo en Nueva York, su acento canadiense todavía podía percibirse.

—Pues no me sorprende que la Grinch esté buena —declaró Logan con una pequeña sonrisa de suficiencia—. Yo les dije que lo estaba desde que la vi la primera vez. Tiene, ya sabes, esos requisitos básicos adelante y atrás...

—Oh, Dios. No lo soporto más. —Mike se puso en pie—. Iré a saludar a Claude hasta que ustedes puedan cambiar de tema. Como que no me siento a gusto oyéndolos hablar de esa manera sobre las chicas a las que vi crecer.

—Mike eres un jodido marica —se rió Logan.

—Vete a la mierda —gesticuló Mike sin palabras, poniendo los

ojos en blanco mientras se alejaba de nuestra mesa.

—Jodido marica —repitió Logan riendo y negando con la cabeza—. Volviendo al tema —dijo tras aclararse la garganta—. La Grinch está caliente y eso no es novedad. Ahora, esa chica nueva tuya, James, ¿cuál es su nombre?

—Emma —respondí—. Y ella no es mía.

—Ah, pues eso es bueno saberlo. —Logan esbozó una sonrisa que me hizo rodar los ojos y le arrancó una carcajada de Blake—. Me la pido, entonces.

—No estamos hablando de algún trozo de carne que puedas pedir, imbécil.

—Eh, detengan eso —intervino Blake—. James, si pretendes ir por ella debes decirlo claramente...

—No estoy yendo por ella —gruñí, ya un poco acalorado por el tema.

—Entonces no hay problema alguno, yo puedo ir por ella —prometió Logan.

—Emma no va a durar mucho tiempo alrededor —mascullé con una mueca, sin pensar bien lo que decía—. No la quiero cerca. Así que mejor olvidas esas intenciones tuyas de querer tirártela porque no pienso permitir que te enredes con ella y arruines mis planes de enviarla lejos.

Porque claro, yo tenía planes.*Claro*. Ni siquiera estaba seguro de por qué había dicho lo anterior. Ciertamente no quería mantener cerca de Emma, pero no estaba convencido de que pudiera hacer algo para alejarla sin que Bad Boy pagara las consecuencias. Era bastante complicado.

—Tú no te preocupes por ello —respondió Logan—. Puedo

obtener algo rápido y sin complicaciones futuras. Incluso esta misma noche. No interferirá con tus planes.

—Logan... —gruñí en advertencia, mi mandíbula tensándose.

—¡Ah, aquí! —se burló él, aplaudiendo—. ¿Ves eso, Blake? El chico está dejando salir al lobo solo por esto. ¿Seguro que no estás yendo tras la chica, Jamie?

—Muy seguro —le di una seria mirada y él puso los ojos en blanco.

—Son tan patéticos los dos —se rió Blake, divertido.

【◆◆◆】

Después de ver pasar a Ava y Sadie, y de que Mila Ashword viniera hasta nuestra mesa a buscar a Blake para ir por un trago, yo sabía que era momento de alejarme. Kaylee no demoraría en aparecer también y yo no quería verla si podía evitarlo.

—Necesito un cigarro —declaré, poniéndome de pie con intención de ir al área de fumadores en la segunda planta.

Mike me dio una mirada y un asentimiento, parecía muy ocupado moviendo los dedos sobre su teléfono. Logan, por otro lado, se levantó detrás de mí.

—Te acompaño por el cigarro —dijo, palmeándome la espalda.

Yo ni siquiera había traído una cajetilla, solo había dicho lo del cigarro como una excusa para ir arriba a esconderme de Kaylee hasta que Michael dijera que por fin podíamos irnos. Porque sí, estaba atorado con ellos en la limusina, Mike dejó en claro que nos marcharíamos todos al mismo tiempo.

Metí las manos en las bolsas de mi pantalón y solté un suspiro mientras subía las escaleras en silencio con Logan a mi lado.

—¿Vas a presentármela ahora? —susurró, sujetando mi brazo

para detenerme cuando llegamos a la cúspide de las escaleras.

—¿Eh? —fruncí el ceño.

Seguí la dirección de su mirada, una mueca apareció en mis labios. Casi había olvidado que ellas estaban aquí. Emma le sonreía a Lia mientras conversaban sobre algo. Ella lucía un poco diferente con el maquillaje, se veía más... atractiva. Cerré los ojos y suspiré.

No de nuevo, joder.

Si tenía que admitirlo para mí mismo, Emma lucía muy bien. Antes dije que ella era bonita en lo común, que no era la clase de chica que hacía girar las cabezas de los hombres en una habitación, y no mentí, pero ciertamente cuando estaba arreglada de esa manera resultaba mucho más llamativa.

Sacudí la cabeza y miré a Logan.

—Si realmente quieres conocerla ve y preséntate tú mismo. No estoy de humor para hablar con ella después de que quemara mi camisa.

Ese no era realmente el motivo, pero daba igual. Hice un pequeño asentimiento hacia Carter, que levantó la mano como saludo hacia nosotros desde la mesa donde se encontraba sentado con Eric y, cómo no, con Ava y Sadie.

—¿Ella quemó tu camisa? —preguntó Logan, que no se percató de nuestros amigos.

—Jodidamente sí.

—¿Por qué mierda planchaba tu ropa? —preguntó sorprendido—. ¿Y Marie?

—Te dije que no te metieras en mis asuntos —fue toda mi respuesta—. Ahora solo no arruines las cosas, ¿quieres? Si vas a meterte en sus bragas... al menos asegúrate de que eso no se

convierta en un desastre.

Logan sonrió y esa sonrisa suya me recordó a la del gato Cheshire.

—Al parecer esos planes tuyos no van tan bien, ¿eh?

Tomando en cuenta que no tenía ningún maldito plan, sí, no diría que iban de maravilla.

—Jódete —le dije, enseñándole el dedo corazón.

Él rió y yo retomé mi camino hacia el área de fumadores, pasando cerca de la mesa donde Emma y Lia estaban sentadas.

—¿Es mi noche de suerte o qué? —oí que Logan les decía mientras yo me apresuraba al exterior.

Me apoyé en silencio contra la balaustrada de madera cubierta de vegetación y pequeñas luces blancas. Cerré los ojos e intenté despejar mi mente de todo pensamiento.

No pensar en nada ni en nadie. Eso me gustaba. A veces deseaba poder poner pausa por tiempo indeterminado en mi cerebro para dejar de pensar... sería más pacífico de esa manera.

Estuve solo unos pocos minutos en silencio antes de que la risa de Logan me hiciera abrir los ojos.

—¿Qué pasó? —pregunté, dándome cuenta de que, mientras él venía hacia aquí, Emma y Lia se marchaban de su mesa.

Él esbozó una pequeña mueca.

—Pensé que tal vez un cabrón como tú querría algo de compañía.

—Se encogió de hombros—. ¿Y dónde mierda están los cigarrillos?

—No tengo —me encogí de hombros también—. ¿Ellas se fueron?

—Ajá.

—Al parecer tus planes no salieron tan bien, ¿eh? —me reí y él me enseñó el dedo medio mientras sonreía—. ¿Te rechazó? —insistí.

La idea me pareció divertida. Realmente no había muchas chicas

que le dijeran que no a Logan, creo que podía contarlas con los dedos de una mano. Logan el playboy siendo rechazado era algo digno de ver.

—Solo estoy muy cansado esta noche —se excusó mientras enterraba sus dedos en su cabellera rubia para darse un masaje—. Quiero ir a casa y dormir.

¿Dormir? Yo no le creía esa mierda. Estaba a punto de molestarlo al respecto cuando cosas más feas pasaron.

—¡Pero si son mis chicos favoritos los que están aquí! —Kaylee nos dio su sonrisa coqueta y su mirada provocativa recorrió mi cuerpo lentamente, Haley, su hermana, parecía un poco incómoda detrás de ella—. ¿Cómo están?

Kaylee se acercó y yo puse los ojos en blanco. No me sentía con ganas de soportar su coquetería descarada ahora mismo, había tenido demasiado de ella durante años. ¿Algún día iba a rendirse?

Yo no sabía qué estaba esperando ella. Quizá quería que me la tirara una vez y entonces Daniel me castrara más tarde porque yo no iba a estar dispuesto a casarme con ella o alguna mierda como esa. ¿Cómo podría? Era demasiado empalagosa para soportar eso el resto de mis días.

Los ojos azul verdosos de Kaylee me miraron fijamente mientras ella apartaba con un elegante movimiento su larga cabellera negra hacia su espalda, eliminando toda barrera que cubriera mínimamente la forma en la que sus pechos lucían favorecidos con el escote de su vestido. Aunque ella fuera una chiflada con la que yo no quería estar ni de broma, eso no me impedía reconocer que tenía sus atributos.

—Pero si son las ardientes sobrinas de Daniel Johnson —

respondió Logan, siguiéndole la corriente—. Tan hermosas como de costumbre. —Él le dio un guiño a Haley, quien lo miró con ojos muy abiertos antes de fruncir el ceño y apartar la mirada, enrojeciendo.

Rodé los ojos.

—Es mi hora para irme —anuncié, irguiéndome.

Kaylee esbozó una sonrisa tensa.

—Pero, James, acabamos de llegar, ¿cómo vas a irte? Eso sería de muy mala educación y..

—Y no sabes cuán poco eso me interesa, Kaylee. —Fingí una sonrisa—. Espero que disfruten de la noche.

—James... —insistió ella—. Por favor, solo queríamos tomar una copa con ustedes, es todo.

—Gracias, pero no gracias.

Aparté a Kaylee de mi camino para irme. Ella chilló que esperara, taconeando como toda una niña berrinchuda. La ignoré.

—Hey, hey.. ¿Corriendo detrás de tu hermana otra vez, Carita de Pajarito? —oí decir a Logan.

Cuando miré sobre mi hombro hacia atrás, lo vi sosteniendo a Haley por la cintura mientras la besaba.

Negué con la cabeza y continué mi camino.

Estaba bajando las escaleras cuando Logan me alcanzó. Saber que no estaba dejando de lado la advertencia de Daniel sobre sus sobrinas me tranquilizó.

—Necesito jodidamente mucho un buen polvo ahora mismo —dijo luciendo, seriamente, como desesperado.

—¿Qué te detuvo de continuar allí arriba con Haley? —dije para cabrearlo. Él probablemente iba a comenzar a decir lo mucho que odiaba a Daniel por limitarlo con ella.

—Joder, James, ella besa tan malditamente bien. No sé en qué diablos estaba pensando hace un instante cuando la besé, pero sé que no pude resistir la tentación de probar sus labios de cereza. —Se mordió el labio inferior, frustrado, y negó con la cabeza—. Pensar en qué tan buena podría ser en otras cosas no es bueno para mí. Maldito Daniel Johnson. Es un cabrón, sí lo es, pero tiene razón. No puedo meterme con Haley. Si un hombre planea descubrir todas las cosas en las que ella puede ser buena, ese hombre debe ser uno que vaya a quedarse, uno que pueda darle más que solo un momento de su tiempo.

—Tú podrías ser ese hombre, mi amigo. Solo deja de ser un puto y comienza a salir con ella.

—Sí... no, eso no va a pasar. —Sonrió y palmeó mi espalda—. Mejor iré por un trago.

Bajó el resto de las escaleras de dos en dos y lo vi dirigirse a la barra del bar, donde Blake se encontraba compartiendo una copa con Mila Ashword.

Del séquito de las Johnson, Mila era la única que había conseguido a uno de nosotros dentro de sus bragas. Blake y ella se habían divertido juntos un par de veces después de que él rompiera con Johanna, su última novia formal.

Cuando bajé el último escalón, me detuve y traté de encontrar a Michael con la mirada.

—James, cariño —me tensé al sentir a Kaylee detrás de mí, enredando sus manos en mi cuello—, volvamos allí arriba para hablar, ¿vale? —ronroneó—. No seas tan arisco conmigo.

Qué lista. Sabía bien que no iba a causar una escena porque estábamos en un lugar público y se estaba aprovechando. Me giré

lentamente hacia ella, el movimiento provocó que me sonriera.

Y su sonrisa se amplió cuando me incliné para estar más cerca, hasta que mi nariz casi tocó la suya.

—Kay, *cariño*, puedes irte a la mierda —murmuré con una mala imitación del tono que ella había usado antes. La sonrisa inmediatamente se borró de su rostro, que se contrajo con una mueca de furia.

Retiré sus manos de mí sin que ella protestara (seguro estaba demasiado cabreada como para hacerlo), y me largué en busca de Mike.

# Capítulo 7

Transcurrió más de una semana desde que Emma Hayes se convirtió en mi asistente. No estaba seguro del futuro, pero lo cierto era que ya había durado más que los anteriores y eso tenía de buenas a Daniel y a Mike. Éste último seguía comprobando cada tanto que ella estuviese lo más cómoda posible, que ya hubiésemos fijado su día de descanso y cosas por el estilo, siempre demostrando preocupación por el bienestar de Emma.

Esa preocupación resultaba sospechosa, lo que me había llevado a pensar un par de veces que toda esa atención de Mike a Emma podía deberse a que hubiese algo entre ellos dos... pero no. Carajo. No veía a Mike involucrándose con alguien que podría ser su hermana menor, y mucho menos lo imaginaba engañando a Helen, su novia de toda la vida. No podía ser eso.

Esta tarde me reuní en un restaurante con una periodista para una entrevista. Accedí a hacerlo solo porque Mike dijo que si respondía a algunas cuantas de sus preguntas ella se quedaría tranquila y dejaría de fastidiar. Bueno, no creía que la mujer fuese a dejar de fastidiar, puesto que no le di la información que buscaba en realidad. Su interés no era otro que saber de mi vida privada, y yo le dejé muy en claro que no obtendría respuestas al respecto. Noventa minutos jodidamente desperdiciados en los que preguntas sobre la música de Bad Boy fueron las que menos figuraron.

Me detuve cerca de la mesa donde Emma se encontraba con la nariz metida en un libro, absorta por la lectura, y un pastel de

chocolate a medio comer frente a ella. La contemplé por un momento. Llevaba el cabello castaño recogido en una cola alta, escaso maquillaje (no la había vuelto a ver como el día de la inauguración del restaurante de Bonham), y vestía pantalones vaqueros, tenis de lona, una camisa negra con blanca a cuadros y por encima un cárdigan gris oscuro. Los cárdigan nunca faltaban, ella siempre llevaba uno.

Mierda, la verdad no sabía qué pensar sobre esta chica. No hablábamos mucho, para ser sincero, después de aquel día en mi apartamento yo había estado tratando de mantener las distancias con ella, pero de cualquier manera saber que iba conmigo a casi todos lados era algo que me molestaba. Me daba la sensación de ser vigilado y eso no era agradable.

Hice una mueca y me acerqué a su mesa. Noté que el libro que leía era «*El niño con el pijama de rayas*» de John Boyne. Sabía que existía una película basada en ese libro, y tenía una idea muy general de la trama, pero debía admitir que no lo había leído. Usualmente me inclinaba más por los clásicos, sin embargo, el verla tan enfrascada en la lectura me hizo sentir curiosidad.

Emma notó mi presencia solo hasta que carraspeé la garganta por tercera vez. Cuando finalmente levantó la mirada hacia mí, tenía los ojos vidriosos. Parpadeó, sobrecogida, y agachó la cabeza mientras fruncía el ceño.

—¿Terminaste? —me preguntó, su voz sonaba ligeramente extraña.

—Hace unos minutos —asentí, observándola cerrar el libro rápidamente para luego meterlo en su mochila y ponerse de pie.

Se colgó la mochila a los hombros y, tras pasarse una mano por la

cara como si eso le ayudara de alguna forma a borrar de su expresión los efectos de la lectura, volvió a mirarme.

—¿Nos vamos? —preguntó, insegura.

Ladeé el rostro y señalé la rebanada de pastel que seguía sobre la mesa.

—¿Qué hay con eso?

Miró lo que yo señalaba brevemente.

—Ah, ya lo pagué —aseguró.

—¿Y lo dejarás allí?

Esbozó una mueca de desagrado.

—Fueron ocho dólares mal invertidos. La persona que horneó ese pastel de chocolate defraudó a todos los pasteles de chocolate decentes del mundo. Me decepcionó. Juro que comí tanto como pude, pero mi estómago terminó doliendo así que... —Se encogió de hombros y mordió su labio inferior—. Estoy hablando de más, ¿verdad? Sí, lo hago. Mejor le avisaré a Abraham que estás listo para irte.

Emma se dirigió a la salida sin esperar una respuesta de mi parte, y la esquina de mi boca tironeó hacia arriba en una media sonrisa, mientras la observaba marchar a toda prisa.

Hombre, ella era rara.

Noté un flash sobre mí y dejé de sonreír. La periodista de antes, Marcy Smith, bajó la cámara con la que me había fotografiado. Miró en dirección a Emma, que ya salía del restaurante, y luego volvió el rostro hacia mí con una sonrisa de suficiencia.

Mis labios se apretaron en una fina línea.

—¿Quién es la chica?

—Estoy bastante seguro de que la entrevista llegó a su fin hace

varios minutos, señorita Smith.

Ella avanzó un paso hacia mí, sin darse por vencida. Una pareja que se encontraba en una mesa cercana puso su atención en nosotros y eso me incomodó.

—Entonces piensa que estás contándoselo a una amiga, James. —  
Me guiñó un ojo.

—Es difícil verla a usted como una amiga, porque usualmente mis amigos no suelen ser tan entrometidos. —Le di un educado asentimiento de cabeza—. Que tenga un buen día, señorita Smith.

Dejándola con el rostro contorsionado en una mueca de ira, me coloqué los lentes de sol que colgaban del cuello de mi camisa y salí del restaurante.

Abraham, uno de los choferes de la empresa, ya esperaba junto a la camioneta con la puerta abierta para mí. Subí inmediatamente y él se montó tras el volante poco después, poniéndonos en marcha rumbo a Beat. A su lado, Emma ocupaba el lugar del copiloto en silencio.

Ya en la empresa, tras dar el día laboral de Emma por terminado, ella se marchó y yo me quedé en mi oficina del último piso durante un par de horas, gastando el tiempo.



Para el jueves, dos días después de mi reunión con Marcy Smith, mi desagrado hacia la reportera aumentó considerablemente. Resultó que ella no solo trabajaba para la revista de música por la cual me entrevistó, sino que también era colaboradora de *Celebrity Gossip*. Y como buena aliada de Caterina Stewart, Marcy no dudó en publicar en el blog de la revista de chismes la foto que me tomó en el restaurante cuando estaba distraído. Y, por supuesto, acompañó

dicha foto con unas cuantas líneas que decían lo siguiente:

*«Estoy segura de que, al igual que yo, no podrán negar que esa minúscula sonrisa en los labios de James Wolf es adorable. Tan adorable como misteriosa es la chica que provocó el gesto. ¡Sí, han leído bien! ¡Una chica! Nueva novia en alerta, GGs.*

*No hemos visto a Wolf en una relación desde el 2009, cuando se rumoró mantuvo un noviazgo con la denominada Señorita X. Sin embargo, y después de tanto tiempo, el pasado martes se le encontró muy acaramelado con la misteriosa castaña que lo hizo sonreír de tan dulce manera en un exclusivo restaurante de la ciudad.*

*¿Están las campanas del amor sonando para este chico malo una vez más? ¡Yo estoy muy convencida de que sí! ¿Ustedes qué opinan?»*

Pues sí, al parecer todo el mundo tenía una opinión al respecto, y por mi salud mental preferí no quedarme a leerlas.

Mike enarcó las cejas y pasó una mano por el rastro de barba prematuramente entrecana que cubría su mentón. La mirada que me dio indicaba una sola cosa: él quería respuestas.

—Es una estupidez —dije—. Está hablando de Emma. Y en ningún jodido momento alguien pudo verme *acaramelado* con Emma porque eso sencillamente no ocurrió. Marcy Smith está hablando mierda solo porque ella puede.

Mike chasqueó la lengua y suspiró.

—Bien. El equipo de publicidad y yo nos encargaremos del asunto, entonces. Solo quería estar seguro de lo que ocurría antes de hacer cualquier declaración al respecto.

—Pues ten la seguridad de que esa nota de *Celebrity Gossip* no es nada más que basura.

—Okay, de acuerdo. —Asintió y comprobó la hora en su reloj—.

Se está haciendo tarde, es mejor que te apresures. Abraham te llevará al lugar del evento y te recogerá cuando le indiques. Sé que odias ir a estas cosas, pero, por lo que más quieras, James, actúa un poco como si no fuera un maldito suplicio. Todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan de vez en cuando. Sabes bien que las relaciones son importantes en el mundo en el que te desenvuelves, así que tratemos de que esto salga bien, ¿vale? No estoy pidiéndote que vayas y finjas que esas personas son tus mejores amigos, pero sé cordial. Los demás ya deben estar en camino también.

—Bien. Te veré más tarde —fue toda mi respuesta antes de salir de la oficina de Mike.

Fuera, Emma estaba apoyada contra la pared con las manos enlazadas tras su espalda y la vista fija en el suelo. Levantó la mirada cuando me acerqué a ella y, sin decir nada, comenzamos a caminar por el pasillo.

Marcy Smith era una desquiciada. ¿Emma Hayes y yo acaramelados? O ella era muy ciega o simplemente le encantaba inventar chismes. Me inclinaba más por la segunda opción, sin duda.

Miré de reojo a mi asistente, ella caminaba con la cabeza gacha y fruncía el entrecejo mientras se mordía los labios con nerviosismo. Había llegado a la deducción de que la fierrecilla en ella dormitaba en su interior hasta que se le provocara. Cuando Emma Hayes se cabreaba, sacaba las garras sin pensarlo.

—Entonces... —la oí murmurar cuando nos acercábamos a las puertas dobles de cristal de la entrada principal.

—¿Um? —Le miré y me detuve porque ella lo hizo primero.

Emma suspiró y cruzó los brazos sobre su pecho. Parecía incómoda. Podía tener algo que ver ese ridículo artículo de *Celebrity*

*Gossip*, yo sabía que lo había leído y era evidente que ella había llegado a la conclusión de que la chica de la que hablaban allí era ella. No tenía que ser muy lista para darse cuenta.

—Según esto —sacudió la agenda electrónica en su mano—, mañana no tienes ningún compromiso ni con la banda ni en solitario. Mi pregunta es... ¿qué hago yo en días como esos? Porque Michael dijo que, a menos de que tú digas que me necesitas para algo, ese podría ser un muy agradable día libre extra esta semana.

La contemplé durante largos segundos, ella parecía esperanzada ante la idea de no tener que vernos mañana. Inspiré y fruncí los labios. Yo tampoco quería verla, si fuese por mí ella podría dejar de ser mi asistente de forma definitiva. De por sí no me gustaba la idea de tenerla cerca (a ella o a cualquier otra persona extraña), pero me gustaba todavía menos después de ese estúpido rumor creado en *Celebrity Gossip*.

No quería atraer ese tipo de atención negativa hacia Emma, pero luego del artículo donde me vinculaban con una «misteriosa castaña» no estaba seguro de poder evitarlo si se nos veía juntos en público. Mierda. Ella podría no ser mi persona favorita en el mundo, pero tampoco quería que fuera atacada por algo que ni siquiera era real. Nadie merecía eso.

—Tú puedes tener tu muy agradable día libre extra mañana —aseguré—. Es más, haz lo mismo con el sábado. No hay nada importante ese día, ¿verdad? Solo debo venir aquí para una reunión de la banda. No te necesito para eso.

—¿En serio? —inquirió, entornando los ojos con algo de sospecha.

Bufé.

—Muy en serio, Hayes. No quiero verte hasta el lunes, necesito un descanso de ti.

Ella apretó los labios en una mueca y me dio una mala mirada.

—Pues lo mismo digo por aquí —dijo—. No creas que es fácil lidiar contigo.

—Lo haces porque quieres, la puerta es muy grande para que te vayas en el momento que lo desees. Ahora, si me disculpas, la verdad es que tengo prisa.



Eran poco más de las cinco de la mañana del sábado cuando pensé que quien sea que estuviera fuera de mi apartamento tenía serios planes de derribar mi puerta.

Salí de la cama con el molesto sonido de los golpes martillando en mi cabeza, consiguiéndome una buena jaqueca instantánea. Con el ceño fruncido me asomé por la mirilla para ver de quién se trataba y encontré allí una silueta definitivamente familiar. La reconocía a pesar de que no podía ver su cara del todo bien.

Abrí de inmediato, espabilado por lo sorpresivo de su repentina visita, y el rostro de Céline Langford se alzó para verme.

Mi pulso se desató de golpe y yo contuve la respiración durante más de medio minuto. Ella compuso la postura, parándose recta, a pesar de estar claramente bajo los efectos del alcohol o de una resaca, y la dura línea que eran sus labios cedió brevemente en una sonrisa.

—Céline —murmuré con voz ahogada, aferrándome a la puerta.

—Hola James —saludó mi madre.

Esbozó una mueca, las manchas de delineador corrido le daban un aspecto demacrado a su rostro ya de por sí anguloso. Siempre pensé en ella como una mujer bella por naturaleza, sin embargo, sus

excesos comenzaban a pasarle factura. Si seguía en ese camino, siguiéndole el ritmo al desvergonzado de Aiden, pronto no quedaría ni la sombra de lo que era. No obstante, su porte refinado no había cambiado.

—¿Qué haces aquí?, ¿a qué has venido? —las preguntas salieron de mi boca sin pensarlo.

Ella frunció el ceño y levantó una mano, indicando que me detuviera. Mi boca se abrió para decir algo más, pero al final terminé por quedarme callado.

—Harás que me duela la cabeza —advirtió, frunciendo el ceño, manteniendo sus cejas casi unidas al hablar—. Aiden y yo estábamos cerca y le dije que quería verte.

—¿Él está aquí? —escupí con los dientes y los puños apretados.

Céline me dirigió una mirada hosca por mi reacción.

—No pudimos venir para tu cumpleaños —dijo simplemente, encogiéndose de hombros—. Te llamé ese día y no contestaste.

No entendía a qué venía eso ahora, ambos sabíamos qué hacía bastantes años que no pasábamos mi cumpleaños juntos. Desvié la mirada y dejé que se me escapara un ruidoso suspiro.

—Son casi las cinco treinta de la mañana, Céline —dije, pellizcando el puente de mi nariz con disgusto—. Es sábado, mi cumpleaños fue hace casi un mes y tengo que ir a la empresa en un rato más. Esto no tiene sentido. Es mejor que vuelvas a Coney.

Tras oírme, me dio una mirada de resentimiento.

—¿No tiene sentido? ¿En serio? Porque estoy tratando de que *esto* —me señaló y se señaló a sí misma— funcione. Pero tú no pones de tu parte, James.

Solté una risa llena de amargura, negando con la cabeza a sus

palabras.

—¿No te has dado cuenta de *queesto*—imité el mismo gesto que ella hizo antes— no funcionará porque para ti lo único importante es el imbécil de Aiden?

—¿Por qué sigues tan empeinado en odiarlo? Él no te ha hecho nada.

—¿Que no me ha hecho nada, dices? —vociferé—. ¡Él es un jodido imbécil, Céline! Un parásito de mierda que lo único que hace es derrochar el dinero que, como el gran idiota que soy, deposito en tu cuenta cada mes. Y tú eres tan ciega que no lo ves, no te das cuenta de que él está contigo solo porque... —Apreté los labios, callándome el resto.

La aversión con la que Céline me miró después de lo que dije, debía admitirlo, dolía. Dolía como el infierno que para ella yo fuera el hijo malo, el que no la entendía y no quería verla feliz.

—¿Te das cuenta de lo que haces? —me acusó, sollozando—. Es por eso que no puedo estar cerca de ti, James, es por eso que nunca funciona entre nosotros. Eres obstinado, das por sentado que nunca te equivocas, que eres perfecto, y juzgas mejor que los demás... ¿Por qué no puedes aceptar a la persona que amo?, ¿por qué es tan difícil para ti?

Mis dientes dolieron cuando los apreté con demasiada fuerza. ¿Yo era el que hacía *algo* aquí? No, mierda, no. Yo sabía que podía equivocarme más que nadie, que estaba a años luz de creerme a mí mismo perfecto y mis juicios no siempre eran los mejores, pero le había dado las oportunidades suficientes al imbécil que ella amaba como para saber que él no merecía la pena. Un hombre que la hacía llorar, que podía perderse por semanas con cualquier otra mujerzuela

y luego regresar diciendo «*Lo siento, me equivoqué, no lo volveré a hacer*», para mí, definitivamente no valía la pena.

—No, no —mascullé, sintiendo la rabia reverberar en mi interior—. No me culpes por ello, Céline. Tú no puedes estar conmigo simplemente porque no quieres, porque hiciste tus elecciones y en la escala de prioridades está claro que él va antes que yo, así que no me eches la culpa de esto ahora. —Pasé una mano por mi cabello de forma tosca, sintiéndome asfixiado. Contenerme de gritarle me supuso un enorme esfuerzo, inhalé profundamente y solté el aire—. Creo que deberías irte... —musité.

Ella no respondió, sus manos se hicieron dos puños a sus costados y su labio se crispó con furia mientras solo me miraba. Luego de un minuto en tenso silencio, finalmente mi madre dio la vuelta y se marchó. Y así era como terminaba otro amoroso encuentro familiar.

Carajo.

Tiré de mi cabello con frustración y cerré la puerta. Me arrastré hasta la sala de estar, me tumbé en el sofá y enterré un cojín en mi cara. Y me sentí estúpido, tan estúpido, porque a pesar de los años, a pesar de que sabía cómo eran las cosas entre nosotros, ella seguía dejándome un nudo en la garganta después de cada encuentro. Y yo odiaba esa sensación de ahogo, de saber que las lágrimas podían llegar tan fácilmente e irse con tanta dificultad.

# Capítulo 8

Comencé a sentirme mal el domingo después de salir a cenar con Blake a un restaurante en Tribeca. Fue solo un pequeño malestar, por lo que no le presté demasiada atención entonces, pero me inquietó que esta mañana mi estado no fuera mucho mejor.

Me sentía fatigado sin motivos aparentes para estarlo, y no tenía hambre ni ganas de sacar un solo dedo fuera de las sábanas.

Emma me hizo llegar un mensaje de texto para recordarme que a la 1:PM debía ir a Beat a reunirme con Mike y los chicos. Hoy grabaríamos un spot para una campaña social que promovía el ejercicio como parte de un estilo de vida saludable. Y era jodidamente una buena causa, pero no me sentía nada animado de tener que pasar horas grabando esta tarde.

Me arrastré fuera de la cama cuando no quedó más remedio y fui directo a tomar una ducha. Cuando terminé con el agua mis ojos seguían sintiéndose calientes y ardían, pero al menos el resto de mi cuerpo se había refrescado y eso ayudaba a que me sintiera mejor.

Marie llamó para decir que regresaría el martes por la mañana a la ciudad. Sonreí. Incluso estando lejos ella no podía dejar de preocuparse por mí. Por supuesto, ni de broma le dije que no me sentía bien porque eso solo la habría inquietado más.

Era jodido acabar de salir de casa y estar deseando volver con urgencia para acurrucarme en mi cama. Diablos, incluso sentía algo de dolor de cabeza y conducir hasta Beat fue todo un fastidio.

¿Algo peor? La tensión en el ambiente que percibí apenas cruzar

las puertas de la empresa. El recepcionista, Ted, me dio una mirada que decía bastante mientras tragaba grueso. Enseguida sus ojos se desviaron hacia la escena que estaba suscitándose a unos pocos metros del ascensor.

Reconocí de inmediato al rapero Sean Pearson, que vestía una camiseta de los Knicks de Nueva York que dejaba la tinta de sus brazos a la vista, cargando a Chris, su pequeña hija de cuatro años de edad. Chris fue la primera en verme, ella solo parpadeó y me dio un saludo moviendo su manita. Ella era una linda niña con pecas cubriendo su nariz y una corta melena rubia rojiza en su cabeza. La conocía casi desde que era una bebé regordeta que gateaba por todos lados, era casi imposible no quererla. A pesar de ello, apenas fui capaz de medio sonreírle a Chris porque el foco de alerta estaba encendido en mi cabeza, indicándome que algo malo ocurría.

A unos pasos de Chris y Sean, Emma Hayes, mi asistente, se hallaba acucillada con su cuerpo temblando ligeramente con lo que parecían ser espasmos. Mike estaba a su lado. Él la llamó por su nombre y le acercó la mano al hombro con delicadeza, como si temiera que ella fuera una granada que estallaría al ser tocada. Y exactamente fue lo que pasó.

—¡No me toque! —le gruñó Emma a la defensiva, su voz se oía extraña. Mike retiró su mano a la orden, pasándola ahora por su cabellera con frustración.

¿Qué mierda estaba ocurriendo?

La duda se apoderó de mí, decidiendo de inmediato que era momento de intervenir y averiguar qué ocurría con ellos dos.

—¿Qué carajo está pasando? —pregunté, acercándome con mis ojos puestos en Emma, quien seguía acucillada y, al parecer, llorando

—. ¿Qué pasa contigo, Hayes?

Mike y Sean voltearon a verme en ese momento, pero no ella. El primero me hizo un gesto con las manos, como advirtiéndome que no me entrometiera en el asunto. Lo ignoré y me concentré nuevamente en mi asistente. ¿Por qué diantres estaba ella llorando? Joder, mi ceño se frunció más, y algo que me limitaré a llamar incomodidad se coló en mi pecho.

Emma se incorporó un segundo después. Sorbió la nariz y, cuando me dio la cara, me di cuenta de lo roja que estaba. Ya no tenía dudas de que había llorado, la cuestión ahora era el motivo. Encontramos miradas y algo en sus ojos color avellana aceituna, que lucían dolidos, me hizo estremecer.

—Tenías razón —murmuró sin apartarme la mirada, relamiéndose los labios—. La puerta es muy grande para irme y ya no hay nada que me impida salir.

Enarqué las cejas al acto, desconcertado por sus palabras. Traté de decir algo, pero no supe qué. Emma sorbió nuevamente la nariz y, tras darme un leve asentimiento y una mirada fría a Mike, dio la vuelta y subió al ascensor.

Michael le pidió que se detuviera, ella lo ignoró.

Cerré los ojos y me llevé dos dedos al puente de la nariz. ¿Qué mierda? ¿Ella acababa de decirme que iba a renunciar?

—¿Tiene esto algo que ver —oí que decía Sean— con la vez que llevaste a mi hija a tomar un helado?

Claramente la pregunta era para Mike. Cuando él no respondió, yo abrí los ojos. Sean estaba negando con la cabeza, luciendo enfadado.

—Lo lamento, Sean —dijo Mike.

—No me digas eso a mí —respondió él con severidad, apretando a Chris entre sus brazos con aire protector—. No tengo idea de cómo exactamente le mentiste a esa chica utilizando a mi hija, pero eso ha sido muy jodido de tu parte Michael.

Sean le envió una mirada de molestia y decepción a Mike antes de irse con su hija.

Mike chasqueó la lengua y dejó escapar el aire de sus pulmones de forma ruidosa, mirando con impotencia el camino que Sean había tomado.

—¿Qué carajo ha sido todo esto? —pregunté, esperando recibir una explicación real esta vez—. ¿A qué se refería Sean con que le mentiste a Emma?

—No es momento, hombre.

—Es el jodido momento —gruñí.

Mike suspiró con frustración y me miró.

—Ella no lo quería, ¿bien? —comenzó a explicar—. Emma no quería el maldito trabajo y Daniel estaba empeñado en tenerla. ¿Por qué? No tengo la más jodida idea de eso. Él simplemente dijo que esa chica era la indicada y no importaba cómo yo lo hiciera, tenía que conseguir que fuera tu asistente.

—¿Qué demonios fue lo que hiciste, Michael? —rugí, tomándolo por el cuello de su camisa. Él puso sus manos en mis muñecas y me apartó. Lo dejé liberarse de mí, pero mis ojos siguieron clavados en los suyos con insistencia.

—Yo... —se llevó una mano a la frente— le dije que necesitaba que aceptara ser tu asistente porque de lo contrario Daniel me despediría. —Fruncí el ceño mientras trataba de entender la información que me estaba dando—. No fue difícil ver qué clase de

persona es Emma Hayes, James. Ella es del tipo de chica que haría, sin titubear, un par de sacrificios para ayudar a otros. Yo no tenía tiempo para seguir tratando de convencerla de que aceptara el trabajo con cualquier argumento, así que hice la cosa jodida de llevar a Chris conmigo y contarle esta triste historia del papá soltero que no podía perder el empleo porque eso dañaría a su pequeña familia de dos. Emma aceptó ser tu asistente solo después de escuchar eso.

Retrocedí un paso, incapaz de creer que él hubiese hecho algo como eso. Él había utilizado a la hija de Sean para convencer a Emma de ser mi asistente. Ella nunca había querido serlo, ella no estaba aquí por el dinero ni para fastidiarme, solo quería permanecer lejos de mí, como debería ser, y ellos no se lo permitieron. Pero ahora las cosas volverían a su sitio, Emma renunciaría.

—Eso es bajo, Michael. Realmente fue bajo lo que hiciste. ¿Cómo pudiste, cabrón? ¿A caso no pensaste en que ella se enteraría tarde o temprano de tu mentira?

Él suspiró con frustración y pasó las manos por su cara, su rostro enrojeciendo.

—Mierda. Sé que estuve mal, lo que hice fue jodido, lo sé. Y no lo justifico, pero fue una medida desesperada para una situación desesperada. ¿Crees que no me ha estado atormentando la culpa? Por eso he tratado de que ella se sintiera cómoda aquí, que viera que no es tan malo después de todo, pero...

—Puede que no sea tan malo, Michael, pero no es lo suficientemente bueno como para que se quede ahora que ha descubierto tu mentira de mierda.

—Voy a hablar con ella. No sé si es por ese acuerdo que firmaste con Dan o si en realidad ella te agrada, pero lo han estado haciendo

bien juntos en las últimas semanas y podrían seguir así. Me disculparé con Emma, fui yo el que la cagó, le pediré que...

—No —lo interrumpí tajantemente—. No seas aún más jodido con esto. Deja que Emma haga lo que ella quiera, no la obligues ni comprometas a quedarse. No es justo y lo sabes. Ella merece irse si es lo que quiere hacer.

Y lo haría, sabía que eso era lo que ella quería. Estaba seguro de que Emma se encontraba justo ahora hablando con Daniel sobre su renuncia. Ella se iría. Había sido mi asistente por alrededor de veinte días, mucho más tiempo que ninguna otra, y era el momento de terminar.

Una extraña mezcla de sentimientos me embargó, pero me concentré solo en la parte del alivio. Alivio porque ya no estaría yendo conmigo a todos lados, y alivio porque sabía que Emma Hayes estaría mucho mejor lejos de mí.



A pesar de lo que le dije, Mike decidió que tenía que atender personalmente el asunto de Emma, por lo que dejó a Lia Banfield a cargo de Bad Boy.

Fui con Lia, en silencio, a buscar al resto de los chicos a la sala de prácticas de la banda. *Oh My Gosh* de Usher y *will.i.am* comenzaba a sonar por los altoparlantes ubicados en las esquinas de la estancia cuando llegamos. Logan, Eric y Blake estaban sentados en el sofá mientras que Carter se hallaba de pie en el espacio más amplio del salón.

Nos detuvimos en la entrada, observando cómo Carter comenzaba a moverse al ritmo de *OMG*. Él estaba haciendo una réplica exacta de los movimientos de Usher en el video musical,

añadiendo algunos más de su propio repertorio. Carter bailaba como un verdadero profesional. Lucía imponente y seguro de sí mismo mientras los movimientos de su cuerpo fluían con la música. Se veía ligero allí bailando, algo que, muy seguramente, yo no lograría jamás. El baile nunca había sido lo mío.

Cuando la canción llegó a sus últimos segundos y Carter hizo sus últimos pasos, dignos del mejor bailarín del mundo, los chicos y Lia le aplaudieron.

Él hizo una reverencia para su público, riendo.

—¡Hey, Lia! —gritó Logan desde donde estaba sentado—. ¿Podemos decirles a nuestras fans que uno de nuestros miembros dejará el grupo para convertirse en el bailarín de apoyo de Madonna o algo así?

—Vete a la mierda Logan —respondió Carter riendo, todavía agitado por el baile, mientras se secaba el sudor con una toalla y desconectaba su iPod del sistema de sonido. Él amaba bailar.

—Pues parece que alguien está frustrado porque no puede bailar de esa forma y atraer chicas con ello.

—¿Estás diciendo que él te puso caliente con su baile, mi querida *Grinch*? —señaló Logan.

—Estoy diciendo que tú bailando nunca lograrías poner caliente a nadie —le respondió Lia sin alterarse, dándole una sonrisa de suficiencia.

—No puedes decirlo hasta que lo pruebes, cariño —Logan se levantó de un brinco del sofá y se quitó la camisa, acercándose a ella mientras hacía un patético baile de striptease. Lia no se inmutó por la cercanía, lo miró con fastidio y rodó los ojos antes de bostezar de manera exagerada.

—Ni un poco afectada, Price —aseguró, poniéndole la mano en el abdomen y empujándolo hacia atrás—. Ahora ponte esa maldita camiseta, el chofer los está esperando para llevarlos al lugar de la grabación.

—Mujer, ¿acaso tienes sangre en las venas? Joder, tú eres de piedra.

【◆◆◆】

Nos preparamos con la ropa deportiva y luego nos llevaron a un parque público para grabar las tomas necesarias para el spot. Joder, no me sentía nada bien y el malestar lo único que hacía era empeorar. Oír al estúpido director dando órdenes y quejándose de todo no estaba ayudando a sentirme mejor.

—Mierda, chico, ¿qué pasa con tu cara? Se supone que queremos decirle a la gente que el ejercicio es algo bueno para ellos, que te vean con esa cara de estar atravesando un infierno no va a ayudar.

—¿Qué pasa aquí? —Lia se acercó, cruzada de brazos, y se paró a mi lado, enarcándole las cejas al director. A pesar de que no era muy alta, resultaba intimidante. Al menos eso fue lo que me dijo la expresión del director al verla.

—Este chico no está haciendo las cosas bien —gruñó el hombre, enviándome una mala mirada.

Llevé una mano a mi cara, conteniéndome de mandarlo a la mierda. Me sentía jodidamente mal, mis manos temblaban un poco.

—¿James? —Encontré a Lia frente a mí cuando ella dio un apretón en mi brazo, al parecer no era la primera vez que me llamaba—. Mierda, estás hirviendo. Vamos, ve a sentarte un momento y..

—¿Sentarse?! —gruñó el jodido director.

Lia se volvió hacia él con una actitud fulminante, la tierra dio

vueltas bajo mis pies. Carajo.

—Sí, jodidamente a sentarse, imbécil de mierda. ¿No ves que no se encuentra bien?

—James... —dijo Logan con el ceño fruncido, él y los chicos venían hacia mí—. ¡Joder, James! —fue lo último que escuché antes de que la visión desenfocada de ellos desapareciera y la oscuridad ocupara su lugar.

Abrí los ojos, tratando de enfocar la vista. Desorientado, me di cuenta de que me hallaba en lo que debía ser un hospital. Joder, yo odiaba los hospitales. No me traían buenos recuerdos.

Una mujer de cabello entrecano, que usaba una bata que la identificaba como médico, apareció en mi campo de visión. Ella se acercó a mí.

—Hola, James. Soy la doctora Alba Rosewood. ¿Te sientes mejor?

Infiernos no. Ella hizo una mueca ante mi falta de respuesta y puso el dorso de su mano, que se sentía fría, en mi frente.

—La fiebre ha cedido un poco. Dime, cariño, ¿cómo te sientes? Además de la temperatura corporal, ¿hay algún otro síntoma del que debamos estar alerta?

—Mi cabeza —murmuré—. Duele como el infierno. Y estoy un poco mareado.

—Dolor de cabeza y mareo. —Asintió, pensativa—. Te haré unas cuantas preguntas más, ¿vale? —Sin esperar respuesta, continuó—. Dime, ¿sientes dolor abdominal?

—No.

—¿Nauseas o ganas de vomitar? —Negué con la cabeza—. ¿Dolor de espalda? —Volví a negar—. ¿Algún problema al orinar?

—Todo bien la última vez que lo hice...

—¿Cuándo comenzó lo de la temperatura?

—Supongo que mientras dormía, pero me sentí mejor después de ducharme y salí de casa...

—Bien. —Me brindó una amable sonrisa—. Estoy firmemente creyendo que esto puede controlarse con ibuprofeno, rehidratantes, compresas de hielo y descanso. Tu temperatura corporal aún no es la que debería, pero ya está controlándose y se normalizará si sigues los cuidados indicados.

» Te hicimos los estudios de sangre correspondientes cuando llegaste y te aseguro que no hay razón para preocuparse. La fiebre fue una reacción de defensa de tu cuerpo provocada por una infección viral menor que ya está siendo tratada con antibióticos. Esto te debilitó, y por ello sufriste el desmayo. Estarás bien. Personalmente no creo que sea necesario internarte, pero puedes quedarte si te sientes más seguro de esa forma.

—Bien —murmuré—. Seguro que no quiero quedarme. ¿Qué debo hacer para irme?

—Lo hablaremos con el señor Johnson. Ya vuelvo.

La doctora salió de la habitación y, tras varios minutos, fueron Dan y Mike los que entraron.

—¿Cómo te sientes? —me interrogó Daniel, una pequeña arruga se marcaba en medio de sus cejas.

—Mejor.

Él asintió.

—La doctora Rosewood dice que necesitas descansar. Y dice también que no quieres pasar la noche aquí.

—Eso es cierto. No pienso dormir aquí.

Daniel suspiró.

—Así que te enviaremos a casa. ¿Marie se encuentra allí?

—No, ella llega mañana.

—Bien. —Le dio una mirada de ojos entornados a Michael, lo que bastó para hacer que él asintiera y saliera rápidamente sin decir nada —. Afuera hay un poco de desastre de fans y reporteros que esperan saber sobre ti. Estaban en un sitio público cuando te trasladaron al hospital, así que se enteraron de ello. Espero que cuando escuchen que estás fuera de peligro se marchen, pero, los conoces, no faltará el que se quede por una foto.

Demonios. Eso sonaba como algo con lo que no quería enfrentarme, pero prefería salir delante de los buitres y de las fanáticas a quedarme a pasar la noche en el hospital.

—¿Qué pasará con el spot?

—Tú no te preocupes por eso ahora, lo veremos luego. Lia me dijo sobre el pedazo de imbécil de director que contrataron. Hablaré con la gente de la campaña.

—De acuerdo.

Daniel suspiró.

—Tessa te envía saludos, ella se preocupó al escuchar que te trajeron al hospital.

Sonreí un poco al pensar en la esposa de Daniel, era una buena mujer. Me agradaba.

—Dile gracias por mí.

—Chico, deberías darle las gracias tú mismo. Nuestra casa siempre tiene las puertas abiertas para ti, lo sabes, así que puedes visitarnos siempre que quieras.

—Lo haré —murmuré algo avergonzado. Tenía más de un año de no hacerles una visita.

—Eso espero —Dan miró hacia la puerta cuando ésta volvió a abrirse, dejando entrar a Michael.

—Los chicos están afuera esperando por verte, Jamie. Dejaré que entren un momento mientras preparo todo para irnos. Ellos deben apresurarse para llegar al programa de entrevistas al que los invitaron. Hablé con la gente de la producción para informarles que tú no asistirás por cuestiones de salud. —Afirmé con la cabeza, todavía sin olvidarme de la discusión que había mantenido con él más temprano, y Michael miró a Dan—. Ya hablé con ella.

—Bien, gracias. —Hizo una pausa—. James, ya que Marie está fuera, te enviaremos a casa con tu asistente. No queremos que estés solo por al menos un par de horas más, así que ella te hará compañía.

—Cuando terminemos el compromiso en el programa, apuesto mi trasero a que ellos querrán ir a verte, así que me encargaré yo mismo de regresar a Emma a casa.

Mi ceño se frunció.

—¿Emma? Pero ella...

—Ella sigue siendo tu asistente, James —aseveró Daniel—. Nada ha cambiado todavía.

Sí, la clave era el «todavía».

Mientras Daniel y Michael se dirigían a la salida, éste último hizo un comentario sobre la gente esperando afuera por noticias mías. Tener al representante diciendo que todo estaba bien y que se marcharan no hizo que ellos obedecieran la petición dócilmente. Joder.

—¡Puto James! —Logan fue el primero de los chicos en entrar—. ¡Casi me sacas la mierda del susto, cabrón! ¿Qué pasa contigo? Te prohíbo enfermarte y asustarme así de nuevo, joder.

—Él ya estaba preparándose para ser una viuda por ti —bromeó Eric.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Blake.

—Estoy bien —aseguré.

—Esperaba que nos cancelaran lo del programa para que te hiciéramos compañía, pero ya nos dijo el tío Mike que no —indicó Carter con una mueca—. Nos pasaremos por tu casa en cuanto eso termine.

—Seguro como el infierno, hermano —secundó Logan—. Siéntete afortunado. Tendrás a los enfermeros más sexis del mundo exclusivamente para ti.

Me reí.

—¿A cuatro monos escandalosos como ustedes? Sí, seguro me siento afortunado con la promesa de conseguir otro dolor de cabeza más tarde.

—Amargado.

—Hieres mi corazón, James "Témpano de Hielo" Wolf. Lo hieres profundamente.

—Vive con ello, hombre.

Solo unos minutos más tarde Lia entró también y, tras desearme brevemente que me recuperara pronto, volvió a salir. Por alguna razón parecía molesta, aunque no sentí que fuera conmigo.

—¿Por qué la lindura de asistente que James se consiguió no ha entrado a verlo? —preguntó Eric, frunciendo el ceño a la puerta.

Apreté los labios.

—¿Tal vez quieren privacidad? —Logan me dio un guiño, divertido—. ¿No dice Marcy Smith que es esa morenita la que provoca dulces sonrisas en ti, amigo?

—Ni siquiera empieces con eso —rodé los ojos—. Smith es una loca inventando chismes malintencionados.

—Seguro no tanto como Caterina Stewart, ¿verdad? —apuntó Blake con una mueca de desagrado.

Ninguno de nosotros tenía en alta estima a Caterina Stewart, pero Marcy Smith ahora tenía un lugar junto a ella en mi lista de indeseables.

—Pero sí hablaba de tu asistente en ese artículo, ¿verdad? —insistió Logan.

Solté un bufido.

Marcy Smith prácticamente había lanzado un llamado de caza a las fanáticas con ese estúpido artículo que escribió. Esa era parte de la razón por la que me había sentido aliviado de que Emma renunciara al empleo, si ella no seguía cerca de mí no habría forma de que la relacionaran conmigo y las cosas terminaran poniéndose feas para ella.

No pasó mucho tiempo antes de que Mike, los chicos y Lia se fueran del hospital. Daniel se quedó conmigo para explicarme que había seguridad en la entrada y que Abraham sería quien nos llevaría a mí y a Emma a mi apartamento.

El teléfono de Dan sonó y él salió a atender esa llamada mientras la enfermera se aseguraba de que yo estuviera listo para irme. Entonces, finalmente, Emma apareció. No me miró a los ojos, pero entró a la habitación donde me tenían con lo que identifiqué como mis cosas en sus manos. Llevaba también una bolsa de la farmacia con ella.

Ya estaba sentado en la camilla, todavía con algo de calentura y fatiga, pero con el dolor de cabeza y el mareo disminuidos, cuando la

enfermera se retiró, dejándonos a solas.

Emma había dejado mis cosas en la orilla de la cama y se frotaba las manos de forma ansiosa, haciendo que la bolsa que colgaba de su muñeca se sacudiera.

—No tienes que hacer esto —dije, rompiendo el silencio; ella me miró—. No tienes que quedarte, Emma.

Su labio tembló un poco, titubeante.

—Yo sé que no me quieres cerca, James, y honestamente yo tampoco quiero quedarme, pero ese es un tema que seguiré discutiendo con Daniel después. Hoy tú no te encuentras bien y, nos guste o no, sigo siendo tu asistente, así que haré esto.

—Yo no necesito a nadie cuidándome.

—Incluso enfermo eres un dolor en el trasero —señaló, dándome una mala mirada—. Solo apresúrate para irnos, ¿vale? Daniel dijo que Abraham está esperando afuera.

Afuera, con la horda de periodistas y fanáticas. ¿Ella no veía el peligro?, ¿no pensaba en las consecuencias? Claro que no lo hacía, alguien como ella nunca pensaría en las consecuencias.

En ese momento me di cuenta de que Emma había vivido en un mundo muy diferente al mío. Y entonces me di cuenta también, con una real urgencia, de que tenía que hacer cuanto estuviera en mi mano para devolverla a ese mundo y alejarla del mío.

No podía permitir que ella, ni nadie, resultara herida por estar cerca de mí. Yo... no podría soportar algo como eso otra vez.

Tenía que hacer algo para evitarlo. Ella no quería seguir, solo necesitaba que yo le diera un empujoncito más para terminar de convencerse de que irse era lo correcto.

—Emma... —le llamé cuando alcanzaba la puerta, ella viró a

verme, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué?

Miré a los lados, buscando una coartada, y la encontré a los pies de la camilla junto a mi teléfono celular, chaqueta y billetera. Casi me permití suspirar aliviado mientras tomaba la gorra y los lentes de sol.

—Ponte esto —dije finalmente, tendiéndole ambas cosas. Ella frunció el ceño.

—¿Para qué quiero eso? —preguntó confundida—. Son tuyos, úsalos tú.

Rodé los ojos. Ella quería lanzarse a los tiburones así nada más y yo tenía que convencerla de no hacerlo, tenía que mantenerla en el bote hasta que pudiera dejarla a salvo en tierra firme y lejos de mí.

—Los usarás tú y punto —declaré, deslizándome la chaqueta encima—. No quiero que la gente nos vea y piense cosas que no son. Tengo una reputación que cuidar, no puedo dejarme ver por ahí contigo. Allí afuera está plagado de reporteros y fanáticas.

Y aunque eso no era del todo cierto, había algo de verdad en mis palabras: no podía permitir que nos viesan juntos, que ubicaran su rostro tan fácilmente.

Los labios de Emma se crisparon mientras le fruncía el ceño a las cosas que yo le tendía.

—Soy solo tu asistente, no sé por qué diantres estás preocupándote ahora mismo por algo como mi aspecto. Y, de todos modos, ¿qué hay de malo conmigo?

Entorné los ojos, observándola escrupulosamente mientras me ponía de pie con la gorra y los lentes en mano. Caminé hasta ella conteniendo la respiración por el esfuerzo que me supuso, mi cuerpo aún seguía débil, y me obligué a mí mismo a decirle un par de cosas

que indignarían a cualquier chica y le harían, tenía la esperanza, no querer volver a verme en su vida.

— ¿Que qué hay de malo contigo, Emma? Pues nada. Solo está esa horrible cara tuya, tu completa falta de estilo y, principalmente, tu espantoso carácter de hombre de la prehistoria.

La boca de Emma colgó abierta y su quijada casi golpeó el suelo. Ella me miró, obviamente, cabreada. Sí, joder, sabía que esas palabras podrían despertar en ella a la fierecilla del primer día. Que decirle lo que le dije quizás la haría aborrecerme, que la haría pensar en mí como un cabrón de mierda, pero yo podía vivir con eso mientras esas palabras le sirvieran también como impulso para renunciar a ser mi asistente.

Una chica como ella, que aceptaba un trabajo que no deseaba solo porque pensaba que de no hacerlo alguien más terminaría sufriendo las consecuencias, una chica que había sido engañado de esa manera, no era apta para esta clase de ambiente. Lia recibía su cantidad de odio por culpa de esos rumores que la vinculaban con Carter, pero ella era una chica ruda que se las arreglaba bastante bien por su cuenta. Por otro lado, Emma podía ser una fierecilla cuando se enojaba, pero también era una blandengue. Yo no podía permitir que ella se convirtiera en un blanco fácil de atacar.

Puse en sus manos la gorra y los lentes antes de salir de la habitación, dejándola atrás. Cuando me alcanzó en el pasillo, me debatí entre la frustración de que, a pesar de lo que dije, ella estuviera todavía dispuesta a ir conmigo y el alivio al notar que su pequeño rostro ahora estaba casi oculto detrás de los lentes y la gorra. Podía parecer que no era gran cosa, pero era la única forma en la que podía proteger su identidad.

—Así que vienes de todos modos... Y me has hecho caso —  
murmuré mientras subíamos al ascensor.

—Lo hago —respondió, levantando la barbilla con dignidad—. Pensé en lo que dijiste antes y tienes razón en algo: definitivamente no quiero que nos relacionen. ¿Quién, en el mundo, querría ser vinculada a tan estúpido, arrogante, superficial y malcriado espécimen?

Tan molesta como ella lucía, y pese a lo que me había dicho, sonreí. Sus insultos no me dañaban tanto como me aliviaba el hecho de que al menos estuviéramos de acuerdo en que lo más conveniente era no ser relacionados públicamente.

# Capítulo 9

Daniel nos esperaba en la recepción para darnos un par de instrucciones extra antes de dejarnos marchar. Tras negarme a dejar el hospital en una silla de ruedas, como si lo que me pasaba fuese más grave de lo que era, salimos. Guardias de seguridad formaron una valla humana para despejar el camino hasta la camioneta. Gritos, flashes y preguntas nos llovieron encima.

Los escasos minutos que nos tomó encontrarnos guarecidos en el interior del vehículo fueron una tortura para mí. Emma solo parecía algo azorada por el barullo, claro que ella no estaba esperando una salida tan agitada como esta.

Agradecí en mi interior cuando Abraham nos alejó del hospital y condujo hasta el edificio donde se encontraba mi apartamento, deteniéndose solo una vez en una farmacia donde Emma bajó a comprar las cosas en la lista que Daniel le había entregado.

El sol se estaba ocultando cuando llegamos, ella y yo no habíamos intercambiado una sola palabra o mirada en todo el camino. Seguramente seguía enfadada por lo que le había dicho antes.

Abrí la puerta y entré primero, encendiendo las luces a mi paso. Fui hasta la sala de estar, sentándome en el sofá con los codos apoyados en mis muslos, y la observé depositar en la encimera las bolsas que llevaba consigo. En silencio, comenzó a extraer todo para acomodarlo.

Me recosté, dejando caer la cabeza hacia atrás, y seguí observando cómo ella se movilizaba, sacaba una pequeña libreta de su mochila y

hacía algunas anotaciones tras comprobar algo en su celular.

No miró en mi dirección ni una sola vez. Mierda. Tuve esta necesidad imperiosa de disculparme por las cosas estúpidas que le había dicho antes, de explicarme ante ella, pero en cambio me mordí la lengua para mantener la boca cerrada. No podía hacerlo. Si quería que Emma estuviera convencida de irse era preferible que las cosas siguieran de esta manera.

Mi mirada bajó hasta el portarretratos que se encontraba en la mesita de centro. En la fotografía mis padres y una versión de mí a los ocho años se encontraban sonriendo. Lucíamos como una familia, *éramos* una familia. Y yo pensaba que una feliz. Ese niño de la foto no habría creído si alguien le hubiese dicho en ese entonces que, solo unos años más tarde, su madre los abandonaría.

—Según esto debes tomar el medicamento nuevamente a las once. Es decir, en unas tres horas. —Emma se acercó con la libretita en una mano y los ojos puestos en sus anotaciones—. Y debemos comprobar tu temperatura constantemente —blandió un termómetro que llevaba en la otra mano, todavía sin mirarme— para asegurarnos de que esté mejorando. Llevaremos un registro, empecemos ahora. Toma, ponlo bajo tu brazo.

Se acercó solo lo estrictamente necesario para entregarme el termómetro digital y luego retrocedió un par de pasos. Con una mueca en los labios que no pude ocultar, me aseguré de que estuviera encendido el artefacto antes de colocarlo bajo mi brazo y esperar a que hiciera su trabajo. Emma me tendió la mano enseguida para que se lo devolviera cuando comenzó a pitar. Ella entrecerró los ojos mientras leía los resultados y entonces levantó la vista hacia mí.

—Creo que sería una buena idea que te des una ducha para que te

refresques. Y si quieres comer algo, dime qué para que lo ordene por ti.

Me puse en pie, sin apartar la mirada de ella.

—Me ducharé primero —dije—. Y con respecto a la comida... creo que preferiría algo sencillo. Revisaré la nevera por fruta y yogurt, o algo por el estilo, cuando termine con la ducha.

—De acuerdo —asintió parcamente.

Sin decir nada más, suspiré y fui a mi habitación, cerrando la puerta tras de mí. Busqué un par de bóxer, pantalones holgados y una camiseta sencilla antes de dirigirme al baño que tenía allí dentro y desvestirme bajo la regadera.

Traté de no pensar en nada mientras me duchaba, estar bajo los chorros de agua resultaba un poco relajante. Mi cuerpo todavía se sentía algo acalentrado, pero, al igual que antes, el agua estaba ayudando a refrescarme.

Cuando salí de mi habitación más tarde encontré a Emma sentada en un banquillo de la encimera, dándome la espalda.

—Fruta con yogurt —dijo sin voltear, señalando el tazón que estaba a un lado—. Ese hombre que dice llamarse Michael Dunn envió un mensaje diciendo que él y los chicos estarán por aquí en dos horas, más o menos, cuando termine el programa de entrevistas. Alguno de tus amigos se quedará contigo y el Señor Mentiras me llevará a casa. Yo no me fiaría tanto de su palabra, sin embargo. Probablemente terminaré yéndome en el metro.

Por supuesto, estaba cabreada con Michael. Si fuera ella yo también lo estaría.

Me acerqué a la encimera y le eché un vistazo al tazón de fruta con yogurt antes de observarla a ella, que estaba transcribiendo un

texto de su celular a unas hojas blancas.

—¿Qué es lo que haces? —pregunté, frunciendo el ceño por la curiosidad.

—Debo entregar un trabajo de investigación para una de mis clases de mañana. ¿Por qué? ¿Te molesta?

Por la forma en que lo dijo, con cierta amargura, tampoco estaba muy contenta conmigo. Aunque, bueno, eso ya me lo suponía.

—Ven aquí y trae tus cosas —dije, tomando el tazón y caminando por el pasillo hacia la habitación que había acondicionado como estudio.

Esperé con la puerta abierta para ella hasta que me alcanzó. Aunque trató de mantener el ceño fruncido, no fue capaz de ocultar esa chispa de emoción en su mirada cuando vio el lugar al que estaba invitándole a entrar.

—Yo...*wow*—murmuró, contemplando los lomos de los libros del estante más cercano.

—Puedes usar la computadora que está allí para hacer tu trabajo —indiqué, señalando hacia el escritorio mientras tomaba asiento en el sofá individual en el que, muchas veces, pasaba el rato leyendo.

—¿De verdad? —entrecerró los ojos con sospecha.

—Voy a estar aquí, así que no hay problema —me encogí de hombros, acomodándome en el asiento—. Inicia la sesión de invitados y si necesitas imprimir algo, hazlo.

Con algo de recelo ella se instaló en el escritorio y al poco rato volvió a enfocarse en su trabajo. Yo terminé de comer y fui a depositar el tazón sucio al fregadero. Cuando volví, Emma me hizo tomar una bebida rehidratante y chequeó nuevamente mi temperatura corporal. Como había disminuido, volvió a su trabajo y

yo me concentré en el primer libro que alcanzó mi mano.

Me entretuve durante un largo rato leyendo *La sonata a Kreutzer*, escuchando los suaves chasquidos de las teclas mientras ella escribía en el ordenador.

La oí bostezar un par de veces. En todo ese tiempo que estuvo trabajando se aseguró de tomarse un par de momentos para chequear mi temperatura de nuevo y recordarme que no dejara de beber el rehidratante.

—Ya son más de las once, debes tomar la medicina —me informó en medio de un bostezo; bajé el libro que leía y la vi frotándose los ojos mientras se removía en la silla, detrás del escritorio—. Y, claro, el hombre mentiroso que tienes como manager no está aquí todavía, ¿verdad?

—No ha llegado —reconocí.

Apreciaba a Michael, pero no iba a defenderlo. No en esta ocasión cuando incluso yo estaba cabreado por lo que él había hecho.

—¿Tú te sientes mejor? —preguntó—. Porque creo que yo debería comenzar a caminar a la estación del subterráneo antes de que sea más tarde...

Esbocé una mueca.

—¿Ya terminaste con eso? —Señalé con mi barbilla la computadora.

—Hmm no, pero no falta mucho. Lo enviaré a mi correo y cuando llegue terminaré.

—Ellos no deben tardar —dije, poniéndome de pie y acercándome al escritorio—. ¿Por qué no lo terminas aquí mientras tanto? Voy a llamarles. No deben estar lejos, el programa acabó hace un buen rato.

Emma llevó una mano a su cuello y, tras pensárselo unos segundos, asintió.

—Bien.

—Bien —repetí, dejando el libro sobre el escritorio, donde no pudiera estorbarle—. Iré por la medicina y por mi teléfono.

Ella asintió y yo salí del estudio.

En la encimera encontré el medicamento, lo ingerí antes de dirigirme a mi habitación en busca de mi celular, que se había quedado sobre la cama, en la chaqueta que llevaba puesta antes.

Inmediatamente llamé a Michael, él respondió después del tercer tono.

—Estamos en camino, estamos en camino —fue lo primero que dijo—. ¿Emma sigue ahí? No dejes que se vaya, es tarde. ¡Joder! Yo la llevaré.

—Sabes que llevándola a casa no vas a borrar lo que hiciste y el cómo ella se sintió, ¿verdad?

—Pero es lo menos que puedo hacer —suspiró—. Mantenla ahí, por favor. Estamos atorados en el tráfico desde hace media hora. Hubo un accidente más adelante y el atasco es gigantesco. Pero estaremos allí tan pronto como sea posible, de verdad.

—De acuerdo.

La llamada no duró mucho más tiempo. Volví al estudio donde había dejado a Emma y le informé lo que sucedía. Ella frunció los labios.

—Recogeré mis cosas para ir a tomar el metro.

—Eso se encuentra algo lejos de aquí, Emma.

—Lo sé. La última vez vine caminando desde allí. Pero ya es bastante tarde y yo debo tratar de llegar a la residencia donde vivo

antes de la media noche.

—¿Tienen toque de queda?

—Exactamente.

Comprobé la hora en la pantalla de mi móvil.

—Son las once con veinte —dije, pensativo—. Supongamos que eres lo bastante rápida y te toma solo diez minutos llegar a la estación más cercana. Si tienes suerte de no tener que esperar para abordar, calcularía al menos otros veinte minutos de viaje como mínimo. Estarías saliendo del subterráneo a las once cincuenta. ¿Diez minutos es tiempo suficiente para llegar antes del toque de queda?

Emma apretó los labios, yo había dado en el clavo.

—No puedo quedarme aquí —murmuró.

—No puedes quedarte en la calle tampoco. —Me encogí de hombros—. Espera a que llegue Michael y lo resolveremos.

—Bien —dijo, poco convencida.

—Entonces... continua con lo tuyo. Estaré por aquí esperando a que ellos lleguen.

Emma asintió con la cabeza.

Dejé abierta la puerta del estudio y fui a tumbarme a lo largo del sofá, en la sala de estar. Encendí el televisor y lo dejé en el canal que estaba dando un documental sobre la primera guerra mundial. No le presté mucha atención, más bien estuve intercambiando mensajes con los chicos para saber qué tan lejos estaban.

Pasaba de la media noche cuando finalmente Michael me llamó para avisar que estaban en el ascensor. Me levanté del sofá, bostezando, y fui a llamar a Emma. La encontré dormida en el escritorio.

La computadora estaba apagada y ella usaba sus brazos como almohada mientras dormía en esa incómoda posición.

—Hayes... —la llamé, acercando mi mano a su hombro. No me atreví a sacudirla para despertarla.

A lo lejos, oí el timbre sonar.

Me incorporé y, dejándola allí, fui a abrir la puerta.

Mike, Eric, Carter, Logan y Blake aparecieron frente a mí. Mike estaba pálido y su mirada revoloteaba en busca de, seguramente, Emma.

—¿Cómo te sientes, Jamie? —preguntó Logan.

—Mejor —aseguré.

—¿Dónde está Emma? —preguntó Michael tras echar un vistazo en la sala y la cocina sin encontrarla.

—Ella se quedó dormida.

—¿Desnuda en tu habitación? —sugirió Logan, dándome un guiño.

Michael se puso más pálido que antes y yo rodé los ojos con un bufido.

—Está dormida en el estudio y con la ropa puesta —aseguré—. Se durmió mientras hacía una investigación para una de sus clases.

—Ya —Michael asintió, respirando hondo—. Bueno, deberíamos despertarla para que la lleve a donde vive.

—Lamento decirte que el toque de queda de la residencia donde vive es a la media noche. A menos de que tengas algún truco para hacerla invisible, no la dejarán pasar.

—Mierda. —Michael pasó las manos por su cara—. No se suponía que llegaríamos tan tarde, pero... —Suspiró—. ¿La llevo a un hotel? No puedo llevarla conmigo a casa, no creo que Emma se sienta

cómoda con eso. En estos momentos como que no le agrado.

—Y eso es totalmente entendible —mascullé.

—Bueno, bueno... —Logan levantó las manos—. Pues no entiendo bien de lo que hablan, pero mi sugerencia es que dejemos que ella se quede aquí con James. Digo, ¿eso sería un problema para ti?

—Sabes que no me siento cómodo con extraños en mi casa y..

—No es como si ella fuera completamente una extraña. Ya tiene casi tres semanas trabajando contigo, ¿no? —me recordó Eric.

Carter bostezó mientras Blake llevaba una mano a su nuca.

—Exacto —dijo Logan—. Y si te sigues sintiendo incómodo al respecto puedes dormir abrazado a ella, así estarás seguro de que no va a husmear en tus cosas en la noche.

Bufé.

—No creo que sea una terrible idea que se quede aquí —dijo Michael con cautela—. A estas alturas ya debiste darte cuenta de que Emma no es del tipo de chica que va a hacer algo como fisgonear en tus cosas.

【◆◆◆】

Entonces Emma Hayes pasó la noche en mi apartamento. Eric fue el encargado de trasladarla de la silla giratoria del estudio hasta la habitación de huéspedes. Ella ni se enteró.

Los chicos y Michael se fueron poco después. Este último dijo que me tomara el día martes para terminar de reponerme.

Pasé un buen rato despierto luego de que ellos se marcharan. Traté de leer *Historia de dos ciudades*, pero me resultó imposible concentrarme en la lectura, por lo que al cabo de un rato lo dejé y terminé quedándome dormido.

Estaba amaneciendo cuando abrí los ojos, y lo hice porque los

golpes en mi puerta me despertaron. Parpadeé, tratando de enfocar mi vista.

—¿James? —escuché susurrar a Emma al otro lado de la puerta.

—Pasa —dije, frotándome los ojos e incorporándome un poco en la cama.

Noté que había estado sudando.

La puerta se abrió y la figura de Emma apareció recortada contra la luz que provenía del exterior. Ella no se movió hasta que encendí las luces de la recámara.

Su rostro estaba algo hinchado y parecía medio asustada, o al menos esa fue la impresión que me dio.

—¿Qué ocurre, Emma?

—Son casi las seis de la mañana, lo sé, lo siento. Es que yo... ¿Y Michael? Recuerdo que estaba esperándolo y luego he abierto los ojos y estaba en una cama desconocida y..

—Él dijo que era mejor que pasaras la noche aquí. —Bostecé y llevé una mano a mi nuca, que se encontraba húmeda por el sudor y también algo caliente—. Puedes llamarle para que envíe a alguien a recogerte. ¿No tienes que ir a la universidad?

—En tres horas es mi primera clase —ladeó el rostro y entrecerró los ojos—. ¿Te sientes bien?

Volví a bostezar mientras asentía.

—Sí.

Antes de darme cuenta ella se había acercado lo suficiente para poner el dorso de su mano en mi frente.

—Creo que tienes calentura otra vez. —Hizo una mueca y parpadeó—. Iré por el termómetro.

Salió disparada de mi habitación, sin dejarme replicar. Me senté,

apoyando la espalda contra la cabecera de la cama, y masajéé mis sienes. No me sentía realmente mal, pero era posible que mi temperatura se hubiese elevado mientras dormía. Joder. Odiaba este tipo de cosas.

Cuando Emma volvió trajo consigo no solo el termómetro, sino que también una botella de solución rehidratante, una compresa y una caja de pastillas.

—La doctora dijo que si volvía a subir tu temperatura tomaras ibuprofeno. Vamos a comprobar esto primero...

Agitó el termómetro y me lo entregó, lo coloqué bajo mi brazo con un suspiro y esperé hasta que el aparato hizo su trabajo para devolvérselo. Por el gesto en su cara, seguro tenía algo de fiebre otra vez.

—Mantén la calma y quita esa expresión —le pedí—. No estoy muriendo, no tienes que llamar a una ambulancia o lo que sea que se te esté ocurriendo. No suelo enfermarme seguido, pero las veces que he tenido fiebre ha ocurrido lo mismo. Se va y viene por uno o dos días antes de irse definitivamente. Estaré bien.

Emma tomó el rehidratante que había dejado en mi mesita de noche y lo destapó, tendiéndomelo.

—Toma el ibuprofeno. —Me entregó dos tabletas de la caja también y yo preferí no discutir. Me las tragué enseguida, dándole un buen trago al rehidratante porque me di cuenta entonces de que estaba realmente sediento.

Emma asintió en aprobación cuando le devolví la botella para que la cerrara. Suspiró y la colocó de regreso en la mesita de noche antes de asir la compresa fría para ponerla en mi frente. Me sentí estúpido con esa cosa en la cabeza mientras ella me observaba fijamente.

Era extraño darme cuenta de que, a pesar de todo, Emma parecía preocupada por mí. Aunque, sabiendo lo que sabía ahora de ella, no sé por qué me sorprendía.

—¿No llamarás a Michael? —le recordé; ella se mordió los labios, pensativa—. ¿Qué pasa?

—¿Qué hay de ti?

—Marie no debe demorar en llegar, estaré bien bajo su cuidado.

—Bien —asintió—. Entonces me quedaré aquí hasta que ella venga.

—Puedes irte ahora mismo, no tengo problema con ello —aseguré. No pretendía ser demasiado rudo, pero debía recordarme a mí mismo que tampoco podía ser tan blando. Por su bien y por el de mi propia cordura.

Ella apretó los labios.

—Hombre, tú vas a hacerme perder la cabeza. Yo solo estoy siendo amable aquí, ¿vale? Porque estás enfermo y porque ayer me dejaste usar tu computador para hacer mi trabajo. Trabajo que pienso entregar hoy, así que me iré en cuanto venga la persona que dijiste que vendrá.

La miré con detenimiento durante lo que seguramente fue más de un largo minuto. La forma en la que su nariz respingada se fruncía al igual que su ceño mientras me veía con sus bonitos ojos olivados... no lo sé, había cierto reproche en ello. Algo sincero también.

Antes de detenerme a pensar si era correcto o no, si traería consecuencias después, actué por puro impulso.

—Emma...

—¿Qué pasa, James? —Cerré los ojos con fuerza. Todavía podía arrepentirme y, sin embargo, sabía que no lo haría. Solo por esta vez

no lo haría—. ¿Te estás sintiendo mal? Oh Dios, ¿dónde está tu teléfono? ¡Olvidalo! Iré por el mío y llamaré a Michael o a Lia y..

Estaba por alejarse a toda prisa de nuevo, pero mi mano fue más veloz sujetándola por la muñeca.

Me miró y yo parpadeé.

«Mierda, James, ¿qué estás haciendo?», me dije.

Ignorando esa pregunta, me relamí los labios.

—Estoy bien, solo... quédate aquí un momento —murmuré, apartando la mirada y liberando su muñeca.

—¿Con «aquí» te refieres a....?

—Siéntate un momento, Emma.

En silencio, ella terminó por ceder. Asintió muy despacio y se deslizó a mi lado con algo de reserva hasta que su brazo rozó el mío. Cerré los ojos en ese momento.

La sensación de cercanía fue tan... extrañamente reconfortante. Emma respiraba de forma un tanto irregular, y casi podía jurar que ella tenía sus ojos puestos en mí. No sabía cómo, pero sentía el peso de su mirada sobre mí de alguna manera.

—Deja de mirarme —murmuré en voz baja, inhalando y exhalando con tranquilidad.

—No te estoy mirando.

Guardé silencio. De acuerdo, tal vez ese sexto sentido mío había fallado. Seguro soné como todo un idiota arrogante diciendo que dejara de mirarme. Y yo podía ser un idiota arrogante a veces, pero no pretendía serlo en este momento.

Después de ese intercambio, el silencio en el que nos vimos sumergidos durante un largo rato fue de cierta forma pacífico. Cuando abrí los ojos más tarde, lo primero que hice fue buscarla con

la mirada.

Ella estaba contemplándose las manos, que descansaban sobre su regazo. No parecía muy incómoda pero tampoco demasiado feliz de estar ahí, casi hombro con hombro conmigo, a mi lado.

Mi cuerpo se deslizó unos centímetros más cerca del suyo. Mi mentón se apoyó prácticamente en mi hombro, ese que ahora estaba más cerca del suyo, y me limité a seguir estudiándola. Casi podía decirse que ella dormía con los ojos ligeramente entreabiertos, pero sus dedos moviéndose intranquilamente me recordaban que no era así.

—Emma...

—¿Sí? —dijo también en voz baja, sin moverse.

—Gracias, um, por lo de hace un momento... —Fruncí el ceño—. Por... preocuparte por mí.

Y ahí estaba, lo había dicho. Yo no habría podido vivir conmigo mismo si no le decía aquello.

—¿Por nada? —vi como su rostro se contraía en una expresión de desconcierto mientras sus ojos seguían negándose a apartarse de sus manos.

—Te lo agradezco, en serio... Pero sigo pensando que deberías irte.

Esta vez ella sí cerró los ojos, suspirando.

—Ya te dije que en cuanto esa persona venga...

—No —le interrumpí—. No me refiero a eso. Lo que quiero decir es... —Guardé silencio, esperando que me encarara porque necesitaba que lo hiciera, necesitaba que viera cuán sincero estaba siendo con ella. Emma finalmente buscó mi mirada y la encontró demasiado cerca, parpadeó un par de veces antes de fruncir el

entrecejo, sin embargo, no se alejó; me relamí los labios y continué —. Creo que eres una chica buena, Emma. No te conozco realmente, pero lo creo de verdad. Es por eso que ahora, en este preciso momento, estoy pidiéndote que dejes el trabajo en Beat. Este trabajo..., estar cerca de mí, no será bueno para ti.

Yo sabía que mis ojos probablemente estaban rogándole que me entendiera. No importaba, esperaba que se diera cuenta de ello. Esperaba que hiciera lo que le pedía.

—Lo dices como si no lo hubiese intentado ya —musitó finalmente—. Daniel no está dispuesto a aceptar mi renuncia. Por alguna razón quiere que esté contigo. Es todo un loco, ¿verdad?

Daniel.

Al parecer yo no era el único que pensaba sobre cuán insistente estaba siendo él en este asunto.

Suspiré.

—Ni puta idea de lo que pasé por su cabeza —admití—. Pero realmente deberías irte, Emma, yo me haría cargo de él.

¿Tendría problemas? Sí, probablemente. Pero encontraría la manera de hacerle ver a Daniel que Emma no se había ido por mi culpa para que la banda no se viera afectada. El hecho de que ella aceptara el trabajo solo por un engaño de Michael podría ser una gran excusa.

—Yo tampoco quiero estar contigo, ¿vale? —declaró, levantándose de la cama. Su confesión tan estoica removi6 algo en mí, pero no estaba interesado en indagar qué era eso. La seguí con la mirada hasta que sus ojos se toparon de nuevo conmigo.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

—Me pareció oír el timbre. Debe ser la persona que viene a estar

contigo, por lo que esa es mi señal para irme.

Se fue tan rápido que no pude decirle que Marie no tocaría el timbre porque ella tenía sus propias llaves. Estaba levantándome para ir detrás de ella cuando problemas en forma de una curvilínea pelinegra, mejor conocida como Kaylee «Jodida» Johnson, se presentaron en mi habitación.

# Capítulo 10

Kaylee abrió la boca inmediatamente para soltar estupideces mientras me llamaba «bebé». Pellizqué mi tabique y cerré los ojos un instante con frustración.

Joder. ¿Qué hacía ella aquí?

—Escuché de mi tío lo que te ocurrió —dijo—. ¡Estaba tan preocupada por ti! Vine aquí a primera hora para verte, pero entonces esa chica es quien abrió la puerta. ¿Quién es ella? ¿Por qué está aquí?

Emma se asomó por la puerta con algo de renuencia entonces, parecía un poco turbada. Miró a Kaylee, que no dejaba de parlotear, y luego a mí. Estaba abriendo la boca para decirle algo, no sabía exactamente qué, pero ella levantó las manos y negó con la cabeza

—Yo... me voy ya. No quise ser entrometida. Lo siento.

Parpadeó, con aire de confusión, y dio la vuelta.

—¡Emma! —la llamé, no se detuvo.

Kaylee, que estaba en mi camino, me echó los brazos al cuello, aferrándose a mí e impidiéndome ir tras ella. Me aparté sus brazos de encima con un gruñido.

—Kaylee —le dije con la mandíbula bien tensa, controlando mi cabreo y respirando pesadamente—. Más vale que tú jodidamente te quites de mi camino ahora mismo.

—Bebé... —la detuve, levantando una mano para hacerla callar.

—Kaylee —mascullé—. *Quítate. Ahora.*

Finalmente, ella se movió de mi camino y yo salí de la habitación.

Pero no fue a Emma a la que encontré afuera, era Marie quien estaba allí.

Marie parpadeó con confusión hacia mí. Su pulgar señaló hacia el pasillo y, enarcando las cejas, dijo:

—Esa chica que acaba de salir..

—Es mi asistente. O era, no estoy seguro. —Me llevé las manos a la cara y suspiré—. Dame un segundo, Marie.

Regresé a mi habitación. Kaylee estaba sentada en la orilla de mi cama con los brazos cruzados sobre el pecho y una penosa expresión de niña berrinchuda en la cara.

Suspiré. Estaba cabreado con ella por presentarse de la nada en mi casa, pero quería que se marchara sin hacer más escándalos.

—Ve a casa, Kay —le pedí lo más amable que pude.

—¿Era esa chica de la que hablaban en *Celebrity Gossip*? —me preguntó con tono resentido, lo que me hizo enarcar las cejas—. ¿Estás con ella ahora? ¿Quién es?

Apreté los labios.

—No, yo...*no*. —Me senté a su lado, apoyando mis manos en mis rodillas y viendo al suelo con impotencia—. No estoy con nadie, Kaylee. Yo no tengo razones para hablar de esto contigo, sin embargo, te lo estoy diciendo. No estoy con nadie y no quiero estar con nadie. Olvídate de esa chica y de lo que publicaron en *Celebrity Gossip*. No es verdad.

—Sigues pensando en ella, ¿no? —dijo de pronto—. En Bonnie. Tú simplemente no puedes superarla.

Mis puños se apretaron automáticamente con sus palabras. No me gustaba hablar con otros sobre Bonnie, menos con ella, que nunca la trató bien.

—No metas a Bonnie ahora. No lo hagas.

—Eres un idiota. —Noté que se ponía de pie, levanté la mirada y me encontré con sus ojos, que lucían tremendamente verdes, mirándome—. *Muy idiota* —repitió con una sonrisa triste—. Dar todo por alguien que no vale nada... es tan lamentable.

Mi mandíbula se tensó.

—Vete de mi casa —escupí.

—Sí, me voy. —Ella asintió—. Pero eso no hará que las cosas cambien, James. Eso no hará que Bonnie regrese ni tampoco que ella se vuelva alguien digna.

—¡Dije que te fueras! —gruñí, poniéndome de pie y sujetándola del brazo para sacarla yo mismo en un arranque de furia.

—¡Conozco el camino, así que suéltame! —me gritó de vuelta, zafándose de mi agarre y dándome una mirada envenenada—. Un día vas a abrir los ojos sobre ella, James. Y lamento decir que ese no va a ser un buen día para ti.

Apreté los puños a mis lados. Ella hizo una mueca y, finalmente, salió pisoteando de mi habitación. Respiré hondo cuando oí que azotaba la puerta exterior y llevé una mano a mi frente. Qué puto caos.

—¿James? —Marie entró a paso lento y se acercó a mí, poniendo enseguida su mano en mi mejilla, su toque me hizo relajar un poco—. Tienes una ligera fiebre. ¿Te has sentido mal? Vi la bolsa de la farmacia en la encimera y los rehidratantes...

—He tenido un poco de fiebre desde ayer, pero estoy bien —suspiré—. ¿Cómo estuvo tu viaje?

Las arrugas se marcaban en su frente y alrededor de su boca por el gesto pensativo que estaba esbozando.

—¿Esa que acaba de irse era Kaylee Johnson? —asentí en respuesta, pasando mis manos a través de mi espeso cabello—. Y la otra chica, la que me topé en la entrada...

—Es Emma, ha estado siendo mi asistente durante las últimas semanas. Seguro va camino a la estación del subterráneo, tiene que ir a la universidad.

En realidad, no estaba muy seguro de que fuera a llegar a tiempo a su primera clase ya.

—¿Con la lluvia? Es decir, no está lloviendo fuertemente todavía, pero...

Si ella no lo mencionaba yo no habría tomado en cuenta la humedad en su cabello y en su ropa.

Caminé hasta el ventanal y abrí las persianas solo para comprobar una vez más lo que Marie decía. El cielo era una enorme bóveda de nubes grises y una fina llovizna caía casi silenciosamente sin cesar.

—Tal vez tomará un taxi...

—¿Tú crees? —Sujetó su mentón, frunciendo el ceño con lo que parecía preocupación.

—La estación se encuentra un poco lejos, no creo que ella vaya caminando hasta allí —murmuré con frustración llenándome.

Marie asintió, mirándome como si esperara algo de mí.

Joder.

—Sí, bastante lejos diría yo —añadió.

«*Vamos, Marie, sabes que no soy ningún puto súper héroe*», pensé.

Ella lo sabía. Yo lo sabía... pero jodidamente también sabíamos que yo no iba a poder sacar de mi cabeza el remordimiento si no salía a asegurarme de que Emma llegara bien a su hogar. Tomé una gran bocanada de aire y luego lo dejé salir todo de golpe.

—Iré por un suéter.. —fue todo lo que le dije, ella me obsequió una pequeña sonrisa.

Tomé lo primero que encontré en mi armario, un jersey de lana, luego busqué las llaves de mi auto, un paraguas y salí en busca de Emma.

Conduje lentamente por la calle que llevaba a la estación del subterráneo bajo la lluvia, que se intensificó en cuestión de minutos, mientras buscaba por ambos lados de la calle cualquier señal de Emma.

Llegué hasta la avenida principal que desembocaba en la estación del metro sin hallar rastro de ella. Con tanta gente caminando con sus paraguas, y algunos otros amotinados en los pequeños espacios donde se podían refugiar del aguacero, yo no tenía muchas esperanzas de realmente encontrar a Emma, pero entonces la chica que del cárdigan color mostaza que se abrazaba a sí misma mientras caminaba a toda prisa no podía ser otra que la que había salido de mi apartamento un poco antes.

Orillé el auto cerca de donde ella caminaba y bajé el cristal de la ventanilla del lado del copiloto.

—¡Emma! —le llamé, tratando de hacerme oír sobre el ruido de la calle y de la lluvia mientras miraba en su dirección y me concentraba, al mismo tiempo, en no causar un accidente en la vía.

Tuve que gritar dos veces más su nombre antes de que ella me escuchara y volteara, agrandando los ojos por la sorpresa.

—¿James?

—Sube —indiqué, inclinándome hacia el asiento de copiloto para alcanzar la manija de la puerta, abrirla y empujarla hacia fuera.

Emma titubeó durante unos segundos antes de decidir subir a mi

auto. Cuando lo hizo, goteando todo porque se había empapado en la lluvia, subí el cristal de nuevo y dejé de avanzar a vuelta de rueda por la calle para tomar una velocidad más normal.

— ¿Qué haces aquí? — me cuestionó.

La observé un momento, enarcando las cejas, y luego fruncí el ceño. Ella acababa de ponerse el cinturón de seguridad y estaba abrazándose a sí misma.

— Eh... ¿Lluvia? — expliqué, golpeando con mi dedo el cristal de la ventanilla para señalar lo que se había convertido en un aguacero en el exterior.

— Ah. Lluvia, *claro* — respondió con sarcasmo.

— Claro. — Asentí, dándole otra rápida mirada—. Lluvia... Y tú sin paraguas.

Supuse que tendría frío, así que encendí la calefacción. Un poco más adelante nos detuvimos frente a un semáforo que acababa de ponerse en rojo, lo que me permitió quitar los ojos de la carretera para verla a ella.

— ¿Y bien? — le pregunté.

— ¿Y bien qué?

— ¿Dónde está la residencia donde vives? — aclaré con una pequeña mueca—. Estoy llevándote allí.

— ¿Qué? — sonó sorprendida—. Yo... um... solo déjame en la estación del subterráneo.

— Dije que estoy llevándote a casa, así que por favor no hagas esto complicado, Hayes.

— No lo hago complicado, James. La estación del subterráneo está aquí adelante. Desde allí puedo manejarme sin problemas para llegar a la residencia.

—Joder —la interrumpí—. No arruines mis buenas intenciones. Simplemente dime donde mierda vives y te llevaré.

Ella permaneció silenciosa durante unos largos segundos antes de finalmente darse por vencida e indicarme la dirección. La luz del semáforo parpadeó y yo volví a concentrarme en el camino que tenía al frente.

—¿Estás en la residencia Roosevelt? —pregunté mientras nos ponía en marcha de nuevo.

—Umju.

Bueno, ese era otro dato para añadir a la lista de cosas que sabía de Emma Hayes. No pude evitar sentir aún más curiosidad, así que seguí preguntando.

—¿Cuántos años tienes?

—Uh... veinte.

Entonces ella era cuatro años menor que yo, que había cumplido exactamente veinticuatro el mes pasado.

Tomé la ruta hacia el noreste.

Dada la hora que era, con toda la gente yendo a sus trabajos o clases, el tráfico estaba un poco más pesado de lo habitual.

—He estado suponiendo que estudias algo relacionado a humanidades o ciencias sociales desde que vi tu horario... ¿Estoy en un error?

—No te equivocas. Curso el quinto semestre en la licenciatura de Trabajo social.

—Trabajo social —repetí, asintiendo.

Definitivamente eso era algo en lo que podía imaginarla sin problemas, encajaba con lo que sabía de ella.

—Sí... ¿Por qué este repentino interés sobre mí?

Sobrecogido, le di una rápida mirada. Ella me observaba con ojos entornados. Mierda.

—Simple curiosidad —aseguré, sintiendo seca la boca al hablar.

No volví a preguntarle nada y me dediqué solo a conducir, dándole miradas furtivas de vez en cuando.

Hundí el pie en el freno de golpe cuando, en una de esas miradas furtivas, vi cómo la sangre manaba de su nariz.

—¡Mierda! —exclamé, orillando el auto para no estorbarle a los otros conductores. Rápidamente rebusqué en la guantera hasta encontrar unos clínex que le entregué ipso facto.

Ella me miró con confusión.

—Emma estás... Oh, mierda, tu nariz.

—¿Mi nariz? —replicó.

—¿Qué no lo sientes? —Yo estaba jodidamente asustado al ver la sangre y ella ni siquiera se daba cuenta de qué ocurría—. Está chorreando la sangre.

Aun frunciendo el ceño, abrió el paquetito de clínex y colocó en su nariz. Vi, asombrado, como el pañuelo se volvía rojo a los pocos segundos. Emma se dio cuenta también, pero no parecía demasiado asustada, simplemente puso otro pañuelo y echó la cabeza ligeramente hacia delante.

Tuvo que cambiar de pañuelo un par de veces más antes de que el último tuviera apenas una manchita pequeña de sangre en él, indicando que la hemorragia había parado.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le pregunté mientras la observaba recostarse contra el asiento.

—¿Una pequeña hemorragia nasal? —respondió, restándole importancia al asunto.

En mi mente aparecieron los clínex manchados de sangre que ella apretaba ahora en un puño y fruncí el ceño.

—No me pareció pequeña —objeté—. Y lo que quise decir es, ¿por qué demonios te pasó eso?

—El cambio climático —musitó—. Todavía no me acostumbro a Nueva York. Me pasaba con más frecuencia antes, no es nada.

La miré, sopesando su respuesta, y finalmente mi mente lo aceptó. Solo había sido una hemorragia nasal sin importancia debido al cambio climático.

—¿Después de cinco semestres todavía no te acostumbras?

—Después de tres semestres, en realidad —me aclaró—. No estudié el primer año aquí.

No respondí enseguida a su último comentario. Me ocupé primero de volver a ponernos sobre la vía y, durante un buen rato, solo estuve pensando.

Ya estábamos a una corta distancia de la residencia donde ella vivía y el silencio entre nosotros estaba bien, pero mi mente seguía dándole vueltas a toda la información de ella que había recibido en la última hora.

Y la intriga seguía fastidiándome.

Emma tenía veinte años, vivía en la residencia Roosevelt, quería ser una trabajadora social y no era de Nueva York, aunque eso último podía haberlo supuesto por ese ligero acento que tenía al hablar.

—¿De dónde eres?

Joder, yo simplemente no pude contener a mi boca de hacer la pregunta. Quería saber.

—Albuquerque.

Asentí.

—Y estás aquí por la universidad... —pensé en voz alta—. Muy lejos de casa.

—Nueva York siempre me pareció interesante —explicó sin darle más importancia al tema. Emma no parecía querer hablar conmigo a profundidad sobre ese asunto, o tal vez sobre ningún asunto, así que la dejé tranquila y me interné en mis propios pensamientos el resto del camino. Pensamientos que resultaban un poco molestos porque tenía que ser honesto conmigo mismo y admitir que Emma Hayes me agradaba. Mierda, nunca creí que diría algo como eso de la fierecilla con la que había tenido un muy desafortunado encuentro el mes pasado, pero era jodidamente cierto.

Emma me agradaba y eso era problemático.

—Llegamos —murmuré mientras parqueaba en una calle lateral a la residencia donde vivía.

—Gracias por traerme, James.

Desabrochó el cinturón de seguridad y estaba a punto de abrir la puerta para bajarse cuando la detuve.

—Emma... —le llamé; decir las siguientes palabras no fue fácil—. De verdad espero no verte de nuevo.

—¿Qué? —ella parpadeó, confundida.

Tragué saliva con dificultad.

—De verdad quiero decirte adiós ahora mismo. Tú no quieres trabajar conmigo, no lo necesitas tampoco, y yo nunca he querido tener una asistente... Vamos a acabar con esto ahora... ¿por favor?

Estaba hecho, le dije lo que había estado pensando en los últimos minutos antes de llegar. Ese pequeño interés por saber más de ella era una señal de que alejarnos ahora era lo mejor.

El hecho de que ya no la viera como una simple extraña, que

admitiera que me agradaba, era peligroso.

Era peligroso porque el agrado podía convertirse rápidamente en afecto. Y querer a alguien, en mi posición, solo significaba sufrimiento para ambas partes. Emma Hayes no podía seguir siendo mi asistente.

Ella me miró a los ojos fijamente, no supe leer su expresión, pero suspiró y asintió, mordiendo su labio inferior.

—Entonces dilo, James.

Era correcto, teníamos que terminar así.

—Adiós, Emma Hayes —dije, tendiéndole la mano.

—Adiós, James Wolf —respondió, aceptando mi apretón de manos como despedida.

Su mano se sintió suave y estuvo apenas el tiempo necesario sujetando la mía para que yo supiera que en realidad había pasado. Sacó la agenda electrónica de su bolso, me la entregó y se marchó en un santiamén.

Emma había estrechado mi mano un segundo y al siguiente se había ido, declarando de esa forma que finalmente había logrado mi cometido: ella podía continuar su vida con normalidad, lejos del caos que era la mía. Debí respirar con alivio en ese momento, pero no me fue posible.

【◆◆◆】

Sentado en la misma silla que un par de noches atrás Emma había ocupado, pasé los dedos por la página del libro que ella había dejado olvidado en mi apartamento. Debía habersele caído del bolso en algún momento, porque lo encontré bajo el escritorio la noche anterior.

Era el mismo libro que la había visto leyendo el día que tuve la

entrevista con Marcy Smith. *El niño con el pijama de rayas*. No pude evitar la curiosidad y comencé a leerlo esta mañana, descubriendo que ella había marcado con notas adhesivas algunas páginas, haciendo hincapié en ciertas frases. Había una en especial que me había dejado pensando, decía lo siguiente:

*«Acepta la situación en que te encuentras y todo resultará mucho más fácil».*

Yo lo aceptaba. Aceptaba que había sido yo el que le pidió que nos dijéramos adiós, aceptaba que esa seguía siendo la mejor opción, sobre todo después de que fotos de nosotros saliendo del hospital dieran pie a más rumores respecto a mi supuesta novia secreta, y aceptaba que Emma me hubiese hecho caso y hubieran pasado ya cinco días desde la última vez que nos vimos. Lo aceptaba... pero nada resultaba más fácil solo por ello.

Tenía esta sensación de malestar acompañándome desde entonces, y por alguna razón mi cabeza seguía dándole vueltas a todo lo que sabía sobre Emma. Y estos pensamientos sobre ella terminaban siempre por ponerme de malas.

Era complicado... Yo lo era, mi vida lo era.

# Capítulo 11

Transcurrió una semana completa desde la última vez que vi a Emma Hayes, y el día de ayer terminé de leer el libro que ella dejó olvidado en mi apartamento.

Como no había tenido muchos compromisos que atender además de terminar la grabación del spot que había quedado pendiente, todavía ni Daniel ni Michael estaban al tanto de que ella se había marchado. Por supuesto, no demorarían en enterarse. Yo mismo se los comunicaría esta misma semana. Tenía que hacerlo porque era mejor que lo escucharan directamente de mí y porque le prometí a Emma que me encargaría del asunto, así que cumpliría con mi palabra.

De cualquier forma, no había podido hablar con Daniel por más de cinco minutos desde el lunes pasado. Él estaba muy ocupado preparando todo para el debut de una chica que había estado como aprendiz en la empresa solo por seis meses. Ella debía ser bastante talentosa, porque lo usual era que pasara un año completo de entrenamiento antes de que ellos fueran presentados al público.

Terminé de vestirme y corroboré en la agenda electrónica, por segunda ocasión, que el único compromiso que tenía para hoy era asistir a un programa de radio con Logan. Después de eso estaba libre.

Tomé mi móvil del buró y lo guardé en el bolsillo de mis tejanos antes de salir a encontrarme con Marie. Ella estaba en el comedor terminando de poner la mesa.

—Huele delicioso —dije mientras me inclinaba a besar su mejilla—. Buenos días.

Marie me dio una amplia sonrisa de cariño.

—Esperemos que sepa tan delicioso como dices que huele —rió mientras regresaba a la cocina a buscar alguna cosa.

—Contigo eso es algo asegurado —afirmé—. Todo lo que cocinas es arte, Marie. Lo juro.

—Qué va, eres un adulator —indicó con una gran sonrisa en su rostro mientras servía jugo de naranja en los dos vasos que estaban dispuestos en la mesa.

Le agradecí cuando me tendió uno de los vasos con jugo, después ella tomó asiento y comenzamos a desayunar los deliciosos huevos con tocino y el pan francés que había preparado. Tal como predije, el sabor era glorioso.

Estaba llevándome un trozo de pan francés a la boca cuando el timbre sonó. Marie se levantó antes de que me diera siquiera tiempo de reaccionar. Un instante más tarde oí su voz y la de Logan diciendo algo antes de que ambos aparecieran riendo en el comedor.

—Siéntate, cariño, traeré tu desayuno —indicó Marie mientras me daba una mirada de regaño—. ¿Por qué no me dijiste que venía Logan? Habría puesto su lugar en la mesa con anticipación.

—No lo sabía —respondí con dificultad mientras me llevaba a la boca un poco más de tocino.

—Pero el cabrón sabe cuán jodidamente mucho amo todo lo que cocinas, debería invitarme más seguido, ¿a que sí, Marie?

—Esa boca sucia, Logan —Marie rodó los ojos, negando con desaprobación, y luego suspiró resignada—. Pero sobradamente sabes que siempre eres bien recibido aquí.

Logan apuntó sus ojos color esmeralda hacia mí y yo miré a Marie antes de finalmente regresar la vista a él y asentir.

—Ella sabe de lo que habla —aseveré, encogiéndome de hombros—. No me mires a mí. Marie puede recibir a quien quiera aquí. Incluso si es un idiota como tú.

—*Ja-ja*, qué gracioso Wolfie —contestó Logan mientras tomaba el asiento libre a mi lado izquierdo.

—¡Chicos! —Marie rodó los ojos con una sonrisa y nos dejó para ir a la cocina.

—No me dijiste que vendrías —murmuré mientras fijaba mi vista en el plato.

—Sí, bueno, ya sabes... ¿no te avisó *Piglet* que tenemos algo que hacer juntos hoy?

Él frunció el ceño y yo también.

—¿Quién diantres es «*Piglet*»?

—Tu asistente —sonrió—. La cuál, por cierto, ¿está escondiéndose? No la he visto en todo lo que va de la semana.

Lo miré con ojos entornados por lo que me pareció un largo minuto antes de finalmente hablar.

—¿*Piglet*? —repetí, sin entender el motivo de tal sobrenombre, y Logan se carcajeó.

—Ella se ganó el mote. Cuando la vi de cerca solo pude pensar que lucía como alguien asustadiza, pequeña y adorable. Le va bien *Piglet*, ¿no te lo parece?

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Tal vez —murmuré sin poder evitar que la imagen de Emma se colara en mi mente por un breve momento.

—¿Y dónde está ella? —insistió.

Marie venía de regreso cuando él hizo la pregunta y también me miró como si estuviera esperando oír la respuesta tanto como Logan. Ella colocó el plato de desayuno para Logan frente a él y le sirvió el jugo de naranja antes de retomar su asiento en la mesa.

—¿Si te digo donde está prometes no decirlo a todo el mundo? — le pregunté con cautela. Él entornó la mirada un segundo ante de que sus ojos se abrieran como platos.

—¡Santa mierda! —gritó, horrorizando a Marie—. ¿Ella está en tu cama ahora mismo? ¡Joder! ¡Tú realmente estabas yendo tras ella y no lo aceptabas!

Puse los ojos en blanco antes de darle una mirada de incredulidad.

—Estás demente —resoplé, negando con la cabeza—. Emma se fue. Eso es lo que pasa. No va a volver y es lo que debe quedarte claro. —Me miró, demasiado sorprendido, y yo me encogí de hombros—. Tuviste tu oportunidad con ella aquel día y no funcionó. Te dije que tenía planes.

—Lo sé, pero... ¿Es en serio? ¿Tan rápido se fue?

—Duró casi un mes y es lo máximo que ha durado una asistente para mí —le aseguré, volviendo a poner la atención en mi desayuno.

【◆◆◆】

Logan y yo salimos en su auto rumbo a la radio. Teníamos una entrevista a las diez de la mañana y luego iríamos juntos a Beat para reunirnos con los demás para hablar sobre el siguiente álbum.

El tráfico fue pesado hasta llegar al edificio de la emisora. Nos tomó el doble de tiempo de lo que debería haber sido, así que prácticamente teníamos que correr para estar a tiempo en el programa.

—Y ahí están nuestras lindas y locas GGs [1] —suspiró Logan mientras parqueaba el auto, enseguida volteé para ver a las fans con carteles que nos esperaban en la entrada.

—¿Me creerías si te digo que he tenido pesadillas sobre ser perseguido por, ya sabes, esas chicas? —dije mientras me quitaba el cinturón de seguridad.

—Jodidamente te creo —respondió, apagando el motor del auto—. Y eso que no fue a ti al que le enviaron una carta de amor escrita con sangre. Todavía tengo escalofríos por eso, ¿ves? —Señaló sus brazos—. Juro que amo a nuestras GGs, estas chicas son parte importante de mi vida, pero no puedo negar que hay unas cuantas que realmente han hecho cosas que asustan como el infierno.

—Sí, ahora que lo pienso realmente estoy conforme con la tanga usada que dejaron para mí.

—Ya te lo dije, si alguna de ellas va a dejar su tanga a cambio de mi ropa interior solo espero que me deje estar presente para hacer el intercambio. Ya sabes, eso sería más interesante.

—Créeme que no es tan interesante entrar a tu casa y encontrarte con alguien allí. No es una bonita sorpresa en lo absoluto —repliqué mientras bajábamos del auto y nos encaminábamos hacia la entrada del edificio de la emisora, algunas chicas ya nos habían notado, pero estaban siendo controladas por seguridad.

Miré discretamente hacia atrás para comprobar que los dos guardaespaldas en turno venían detrás de nosotros. Solo nos acompañaban a ciertos eventos y nunca eran los mismos hombres, así que no sabía sus nombres, pero sí sabía que ellos se encargarían de todo si las cosas se llegasen a poner alocadas. Eso me daba tranquilidad.

—Discrepo contigo, mi hermano, porque para mí sería una realmente bonita sorpresa si llegara a casa y encontrara a una caliente chica dispuesta a darme sus bragas y quitarme mis bóxer. — No pude evitar reír porque estaba seguro de que él hablaba en serio al decir que le gustaría algo como eso. Era la clase de cosa que a un idiota como Logan Price le fascinaría.

Recién terminaba de colocarme los lentes de sol cuando los gritos comenzaron a hacerse presentes. Logan esbozó una sonrisa automática cuando llegamos donde estaban las fans. Saludamos a algunas y ellas nos fotografiaron, pero no planeábamos hacer más que eso puesto que ya íbamos tarde a nuestra cita.

Sin embargo, cuando llegábamos a las puertas, que fueron abiertas para nosotros por uno de los guardias de seguridad que hacían valla humana para controlar a las fans, vi algo que llamó mi atención.

La pelirroja de lentes y piercing en el labio sostenía un cartel con una foto bastante... ¿comprometedora?, y claramente obra del Photoshop, donde Logan y yo aparecíamos con los torsos desnudos y tocándonos. Como tocándonos no en un sentido amistoso. Su cartel decía en grande «JAGAN ES REAL, PERRAS» y ella lo levantaba con orgullo. No fui el único en notarla, porque Logan comenzó a reír y regresó hasta la pelirroja antes de que pudiera detenerlo.

—Eso es interesante... —le dijo, señalando el cartel que ella sostenía; la chica le sonrió satisfecha—. Pero si de cosas interesantes hablamos, entonces yo puedo enseñarte algo que lo es aún más.

Él idiota simplemente se inclinó y besó a la chica. Y no, nada de un beso de unir los labios y ya, yo estaba bastante seguro de que él le estaba metiendo la lengua hasta la garganta. Creo que no fui el único

en darme cuenta. Algunas chicas chillaron, no supe si por emoción, envidia o si simplemente la imagen de Logan devorando a la pelirroja acababa de volarles el cerebro.

—Interesante, ¿verdad? —jadeó cuando se separó de ella con una sonrisa petulante. La pelirroja simplemente lo miró embobada, relamiéndose los labios sin decir nada. El cartel que tan orgullosamente sostenía se le había caído de las manos.

—Eres un idiota —declaré mientras subíamos al ascensor para llegar al piso donde nos estaban esperando—. Ahora mismo ellas han de estar atacando las redes con los *fancams* y las fotos de ese beso.

Logan rió, despreocupado.

—¿Eso a quién le importa? —Se encogió de hombros, metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros—. Tuve un gran beso de lengua que disfruté. La colisión de su piercing con el mío fue excitante. ¿Hay algo mejor que eso para un martes por la mañana? No lo creo.

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso que debíamos bajar y nos encontramos de frente con una chica bajita y de piel pálida que parecía ocupada al teléfono. Ella nos sonrió en cuanto nos vio.

—Ellos acaban de llegar. Están justo frente a mí —le aseguró a la persona con la que hablaba por teléfono—. No, joder, no seas histérico. Los llevaré enseguida. Relájate. —Cortó la llamada y se guardó el celular en el bolsillo del pantalón antes de darnos una sonrisa enorme—. Hola chicos, mi nombre es Ivette. Los estábamos esperando, síganme por aquí.

Ivette se adelantó por el pasillo y nosotros la seguimos. Logan fue bastante indiscreto a la hora de disfrutar la vista que teníamos de su

trasero mientras caminábamos detrás de ella.

No pasó mucho tiempo en lo que Ivette nos llevó al locutorio y nos presentó al conductor del programa, un chico del que ya había oído con anterioridad pero que era la primera vez que veía en persona. Su programa de radio estaba siendo exitoso. Él nos explicó que podíamos estar relajados, sería todo como una conversación entre amigos. Carlos, que era su nombre, señaló que nos haría un par de preguntas que había preparado y luego nos pasaría las que enviaran las fans a tiempo real por medio de twitter.

—Bien chicos, ya saben qué hacer. —Afirmó con la cabeza antes de hacer una seña chasqueando los dedos y colocándose los auriculares; nosotros imitamos la parte de ponernos los auriculares —. Al aire en tres... dos... uno... —Cuando terminó el conteo el letrero de la cabina cambió a «*al aire*»—. Y estamos de vuelta aquí en *Hit the radio*, amigos, con unos invitados bastante esperados. Chicas, pueden volverse locas ahora porque James Wolf y Logan Price ya están con nosotros. ¡Démosle la bienvenida a Jagan [2]!

Logan y yo respondimos al saludo de Carlos y luego él prosiguió a decirnos que se encontraba contento de tenernos en el programa, explicando también lo de las preguntas que iban a tener la oportunidad de hacernos.

—Entonces, chicos, ¿qué hay sobre el siguiente álbum de Bad Boy? ¿Tiene nombre ya? ¿Qué nos pueden compartir sobre ello?

—Bien, sí —dijo Logan—. Nosotros estamos trabajando en ello. Daríamos más detalles, pero, joder, ¿está bien si digo joder en la radio? —preguntó a nadie en específico—. Lo siento, creo que no. Quidemos ese joder de allí. Lo que quiero decir es que por ahora nosotros no estamos hablando más sobre nuestro álbum porque eso

sería arruinar la sorpresa para nuestras chicas.

—¿Estás hablando de alguien en específico al decir «nuestras chicas»? —le cuestionó Carlos.

—Absolutamente —respondió Logan—. Nuestras *Good Girls*. No planeo arruinar la sorpresa para mis hermosas GGs.

—¿Qué hay de ti, James? —indicó Carlos, introduciéndome de nuevo en la plática.

—Logan tiene razón —dije—. Es mejor que ustedes esperen por nuestro siguiente álbum. Daremos más detalles adelante.

—¿Puedo tener la esperanza de, para entonces, tener a los cinco miembros de Bad Boy aquí para hablarnos del tema?

—Seguro —asentí—. Volveremos para hablar de ello.

—¡Genial, los estaremos esperando!

Carlos prosiguió con un par de preguntas más sobre la última gira y los nuevos proyectos que teníamos en puerta. Hubo un corte comercial antes de que fuera el turno de las preguntas de las fans, él anunció que podían comenzar a hacerlas usando el hashtag #HitTRLogan, cuando las preguntas fueran para el aludido o #HitTRJames cuando fueran dirigidas a mí.

Ivette nos ofreció agua y aperitivos durante el corte mientras Carlos se dedicaba a teclear en twitter. Fueron solo unos minutos breves de descanso antes de que volviéramos a estar al aire.

—¡Y estamos de vuelta, gente! ¿El ejército de GGs está haciendo su trabajo? Parece que sí. —Rió—. Ya somos tendencia en twitter y esto apenas comienza. Veamos, ¿quién será la primera? —Él pasó su dedo por el mouse táctil de su laptop, llegando hasta los primeros tweets—. Aquí, esta parece buena. @ChicaSunshine90 dice, es para ambos, "*¡Perú los extraña! ¡Regresen pronto! ¡Los amamos!*"

—¡También las extrañamos Perú! —respondimos Logan y yo al mismo tiempo, sonriendo.

—Definitivamente volveremos —continuó Logan—. La última vez tuvimos increíbles momentos con ustedes.

—¿Escucharon eso, Perú? ¡Estos chicos las aman! —animó Carlos—. Ahora, James, @PrincessWolf te dice: "Jamie, necesitamos más fotos tuyas sin camisa por favor" Y ella remarca el «por favor» con mayúsculas y muchos signos de exclamación —dijo riendo.

—Hay pocas, ¿cierto? —respondí riendo y llevando una mano a mi cuello—. Pero realmente me gusta usar mis camisas. ¿No te parecen unas buenas camisas las que tengo?

—¿Eso significa que no? —insiste Carlos.

—Eso significa que mis camisas no esconden nada del otro mundo. Si quieren algo realmente sorprendente para ver entonces le diré a Carter por ustedes.

—Sunshine Lee ha estado dedicando más tiempo a las tabletas de su abdomen, chicas, James tiene razón —me secundó Logan.

—Habrá que hacer la petición al chico malo correcto, entonces —rió Carlos—. Nuestra siguiente pregunta la envía @LorlieEsAmor y es para ti, Logan. Ella dice: "Baby L, ¿te casarías conmigo?"

Logan rió con la propuesta.

—Nena, ya tienes una parte de mi corazón. ¿Necesitas más?

Tenía que admitir que la estaba pasando bien e incluso, como hacía tiempo que no ocurría, estaba disfrutando de la convivencia en el programa, la interacción con las fans. Carlos era agradable y me hizo sentir cómodo mientras conversábamos y bromeábamos. Por un momento podía olvidarme de los malos recuerdos y solo prestar atención a estas chicas que estaban procurándonos su amor. ¿Por qué

no podían todas ellas ser así?

—@PriceWolfLeeWalkerYSandersSonMisEsposos, ¡vaya, eso fue largo!, dice: "¿Están saliendo con alguien ahora mismo? Eso rompería mi corazón. ¡No pueden hacerlo!". ¿Chicos?

La pregunta consiguió calarme un poco.

Carlos me miró, esperando que respondiera, pero yo simplemente no podía hacerlo. Me hacía falta el aire.

—Estos calientes chicos malos siguen solteros por ahora — respondió Logan—. Tu corazón puede estar tranquilo por el momento, ningún miembro está tomado.

No seguí el hilo de lo que ocurrió en el siguiente minuto y medio hasta que me di cuenta de que ya nos estábamos despidiendo.

Salí de la cabina insonorizada apenas consiente de las palabras de agradecimiento de Carlos e Ivette. Necesitaba un momento a solas para respirar.

Alguien me detuvo, poniendo una mano en mi hombro, cuando estaba por llegar al ascensor.

—Espera, hombre —dijo Logan—. Dejaste a la gente preocupada allí. ¿Estás bien?

—Sí —me quité su mano de encima y continué el camino al elevador, él me siguió.

—Mierda, James, fue solo algo que ella dijo por decir. No era en serio, no te lo tomes así —aseguró, metiendo las manos en sus bolsillos y recostándose contra la pared de metal.

—Lo que le hicieron a Bonnie no fue solo algo que dijeron por decir, Logan.

Me estaba costando un poco respirar. A veces comentarios pequeños y que parecían sin importancia, como el de esa chica, me

arrastraban a esto. El pánico, la impotencia, el dolor. Todo volvía.

—¡Hombre, tienes que superar eso! ¡Ni siquiera puedes estar seguro de lo que realmente pasó! Es solo lo que ella te dijo. Ella solo...

Le di una mirada furibunda.

—Detente... —advertí, llevándome dos dedos al puente de la nariz.—. No comiences con eso ahora, Logan. No quiero tocar el tema, no quiero hablar de ella y lo sabes. Eso es algo que tienes que jodidamente respetar si realmente eres mi amigo.

—Tú tienes que malditamente dejar ir el recuerdo de esa chica de una vez por todas —continuó él de todos modos.

—Tú no lo entiendes —gruñí—. Ella era la correcta, ella...

—¡No, no lo era! —gruñó él también, su rostro había enrojecido—. ¡Ella te dejó, James!

—¡No quería hacerlo! —Sentí el nudo en mi garganta crecer, me cabreaba tener que mantener esta discusión con él—. Entiéndelo, Logan, es solo que no tuvo otra opción... Ella...

—Si ella fuera la correcta habría encontrado otra opción —enfaticó con una dura mirada—. Entiéndelo tú, James. Eres mi mejor amigo, bastardo, solo quiero que vuelvas a ser el de antes. Esa chica no....

Cerré los ojos y negué con la cabeza, dejando que mi espalda golpeará el metal.

—Basta. *Por favor*—supliqué—. Trato, en serio que sí, pero no sé si eso puede pasar... No sé si puedo ser el de antes. No sé si yo podré...

—Puedes —aseguró—. Tú solo debes dejar caer las barreras que has levantado contra el mundo. La chica correcta, *la real*, está allí afuera en algún sitio esperando que lo hagas para poder llegar a ti. No le quites esa oportunidad, hermano.

# Capítulo 12

Esta mañana, tras recibir una llamada de Carter, lo primero que hice al salir de mi casa fue dirigirme al apartamento que él compartía con Eric.

Tomé el ascensor para ir al piso número siete luego de avisarle que ya estaba en el edificio; él dijo que dejaría la puerta entreabierta para mí.

Cuando llegué, apenas di un paso en el interior, Leroy, el rechoncho y gracioso bulldog inglés de Carter, me recibió con lo que al parecer pretendían ser brincos. Él realmente no podía brincar debido a que su cuerpo parecía más una pequeña bola con cortas patas saliendo de él. Era gracioso. Me agaché y acaricié su cabeza mientras él lengüeteaba y lanzaba su viscosa baba por todos lados, incluso en mis zapatos.

—Ya estás aquí —dijo Carter mientras salía de una de las habitaciones luciendo recién bañado, llevaba sus tenis en la mano—. Leroy está babeándote entero —rió.

—Él está tan gordo —comenté mientras le acariciaba la panza—. Debes moderar su dieta.

—Dieta no existe en el diccionario de este chico —declaró mientras se sentaba en el sofá a ponerse sus tenis—. Él incluso se come la comida de su hermano, no sé que haré con este chico.

—Hablando del diablo, ¿dónde está Tango?

Carter miró detrás del sofá y se inclinó un poco a los lados, buscando al pug que adoptó un año atrás. Me puse de pie y caminé

hasta él con Leroy siguiéndome.

—¡Tango ven aquí! —le llamó, silbando, y pronto el pequeño entró trotando con sus tres patas a toda velocidad. Todavía me sorprendía lo bien que lucía ahora después de haberlo visto a solo un paso de la muerte. Sin duda el hecho de que Carter lo encontrara fue lo mejor que le pudo pasar a Tango.

—Incluso aunque el chico famélico Leroy se come la comida de Tango, él luce realmente bien ahora. Mucho mejor que antes.

—Sí, está creciendo sano. —Carter sonrió mientras cargaba a Tango y le acariciaba detrás de las orejas—. Él solo necesitaba cariño y atención. Detesto pensar en quienes eran sus anteriores dueños. ¿Cómo ellos pudieron simplemente abandonarlo a su suerte?

—Eso es porque estaba en su destino pertenecer a la familia de Carter Lee —le aseguré—. No hay un mejor sitio para él que este y estoy seguro de que Tango lo sabe. ¿Cierto, Tango?

El pequeño pug me miró con su cara arrugada, sacando la lengua y soltando un pequeño ladrido mientras se hundía en el regazo de Carter.

Leroy el gordo estaba mirando la escena con lo que daba la impresión de ser una extraña sonrisa en su rostro canino. Uno de sus colmillos sobresalía de forma graciosa de entre la hilera de pequeños y chuecos dientes de su hocico.

—Ya estoy listo —anunció Carter mientras recogía del mueble de la televisión sus llaves—. Gracias por venir hoy por mí, por cierto. Eric me iba a llevar, pero Mar le llamó pidiéndole un favor, así que se tuvo que ir primero.

—No hay problema —asentí—. ¿Qué fue lo que le pasó a tu auto, de todos modos?

—Ellos dijeron que había que cambiar las bujías y alguna otra cosa. —Se encogió de hombros—. Lo tendré de regreso por la tarde.

Carter se aseguró de que había agua y comida para sus chicos, se despidió de ellos rápidamente y luego salimos del departamento con dirección a Beat.

—¿Has escrito algo además de lo que trabajamos todos durante la última gira? —me preguntó de repente; volteé a verlo sin problemas porque estábamos atorados en un embotellamiento vial y hacía más de diez minutos que no nos movíamos del mismo lugar. Él también me estaba mirando, parecía un poco cohibido—. Es simple curiosidad... —aclaró, encogiéndose de hombros.

—Descuida —sacudí la cabeza—. En realidad, no he escrito nada. Estoy algo seco ahora mismo, me falta afinar muchas cosas. Creo que el nuevo álbum no será tan pronto como ellos esperan.

—Está bien por mí —aseguró con una breve sonrisa—. Un tiempo de descanso no nos vendría mal. No sé, el último par de años ha sido todo sobre giras y discos y más presentaciones...

—Sí —concedí—. Tal vez hemos abusado un poco. De todos modos, por ahora podemos dedicarnos a los eventos de menor grado y descansar mientras aguardamos un par de meses para el lanzamiento del nuevo álbum.

—Sí —suspiró mientras tomaba de la guantera un paquete de M&M's que yo había dejado ahí el día anterior—. ¿Te importa?

—Todos tuyos —le aseguré, concentrándome de nuevo en conducir. Finalmente estábamos moviéndonos.

—¿Sabes? —habló de nuevo—. Resulta que yo he estado garabateando algunas líneas...

—¿Hablas de escribir una canción? —inquirí.

Él siempre era modesto al respecto.

—Seh... —dijo, quitándole importancia—. *Podría* convertirse en una canción... Quizás. ¿Le echarías un vistazo más tarde?

—Si es lo que quieres, claro —asentí.

—Sí, eso me gustaría —afirmó, metiéndose un puñado de *M&M's* a la boca.

—¿Crees que pueda ser parte del nuevo álbum? —inquirí, concentrado en conducir. Por más rápido que deseaba ir resultaba imposible por el tráfico.

—Sobre eso... Um... Espero que no les moleste, pero no estoy seguro de querer incluir esto en el nuevo álbum. Yo... como que es para alguien.

Lo miré de soslayo, Carter estaba observando por la ventanilla y masticando los chocolates, sin embargo, me dio la impresión de que estaba algo nervioso. Entendí que eso se debía al hecho de confesarme que su canción era para alguien.

—De acuerdo —terminé por decir.

No podía meterme en ese asunto. Si él estaba interesado en una chica, entonces no podía decirle que no tratara de conquistarla incluso si yo sabía el infierno que podían llegar a vivir por ello. Pero Carter sabía eso de antemano, él tuvo sus problemas cuando estuvo con Beth y era consciente de los ataques que Bonnie había recibido en el tiempo que salió conmigo. Si él creía que podía con algo así, estupendo. Yo era quien no deseaba pasar por eso de nueva cuenta.

Él dijo que me enviaría por correo lo que había escrito más tarde cuando llegamos a Beat. Mencionó algo sobre ir con Michael y yo, puesto que no había nada pendiente por hacer, decidí subir al espacio que Daniel me había concedido para mi privacidad. Era esa

sala medio abandonada en el último piso a la que me gustaba llamar oficina.

Subí en el ascensor y luego tomé las escaleras para llegar a mi destino. Estaba solitario, como la mayor parte del tiempo, y oscuro. Encendí las luces apenas llegué y, dándole una rápida mirada al largo pasillo desértico, caminé hasta la puerta del salón que yo mismo había acondicionado. Dan me dio el espacio, sin embargo, yo puse cada cosa allí dentro.

Fui directo al escritorio que estaba en el fondo y me senté en la silla giratoria, apoyando los codos sobre la mesa mientras sostenía mi barbilla entre mis manos.

Suspiré, dándole una rápida mirada al lugar que Lia había bautizado como «*La cueva de James*», o algo por el estilo, y me quedé pensando en ella y en Carter, preguntándome si él había escrito la canción de la que me habló antes pensando precisamente ella.

Me decidí finalmente por poner algo de música en el ordenador, eligiendo *Take me somewhere nice* de Mogwai para encabezar la lista aleatoria. Me dirigí al frigobar y, apreciando el suave sonido del bajo y el piano, saqué de allí una lata de Mountain Dew y la abrí. Dándole un trago me acerqué a la estantería, dejando que mis dedos se movieran por los peldaños al azar hasta encontrar un libro para pasar el rato.

Me dejé caer en el sofá que estaba cerca de la entrada, coloqué la lata de gaseosa en el piso y abrí el libro. *Madame Bovary*. Sin proponérselo, con solo el título de su obra, Flaubert arrastró a mi mente la imagen de Emma Hayes otra vez. La fierecilla salvaje que resultó no ser tan fierecilla ni tan salvaje como yo creía. A decir verdad, ¿qué sabía yo de cómo era Emma en realidad? Apenas

conseguí conocerla un poco para hacerme una idea y ahora no había oportunidad para más. Era correcto de esa forma, de todos modos. Ahora ella no se vería expuesta a ninguna clase de peligro por mi culpa.

Sí, eso era lo correcto.

Me acomodaba para iniciar la lectura con cierta expectativa, aunque no fuera la primera vez que leía el libro, cuando la puerta se abrió intempestivamente, tomándome por sorpresa.

Vistiendo vaqueros de mezclilla entallados y un top sin tirantes color rosa, Kaylee apareció frente a mí. Ella me dio una sonrisa tímida y yo, ya sentado y dejando el libro de lado, hundí la cara en mis manos.

—¿Qué haces aquí? —suspiré con pesadumbre.

—Traje café y donuts... —fue su respuesta.

Levanté la mirada y, efectivamente, me di cuenta de que ella cargaba en un portavasos dos cafés con el logotipo de Grinders impreso en ellos y una caja de donuts.

—Kaylee... detesto que las personas vengan aquí —le recordé—. Lo sabes, ¿cierto?

*Too fast for love* comenzaba a sonar cuando ella parpadeó y caminó hasta el escritorio, dejó lo que llevaba en manos allí y luego vino hasta mí. La dejé sentarse a mi lado en silencio, esperando que dijera rápidamente lo que quisiera y luego se marchara.

—Te traje café y donuts —repitió, mirándome con insistencia. Apoyé un lado de mi cara en mi mano mientras la observaba con cansancio.

—No bebo cualquier café —le dije en vista de que ella se había quedado callada.

—Es del establecimiento donde siempre compras.. —anunció orgullosa—. Y las donuts... sé que te gustan.

—¿Qué es lo que quieres, Kaylee? —precisé sin ganas de discutir con ella—. Hablo en serio. ¿Qué es?

—Tú lo sabes —murmuró en voz casi imperceptible.

—No puedes tenerme, Kay —le dije con frustración—. Te lo he dicho antes. Eso no cambiará solo porque tú aparezcas aquí con café y donuts o porque me sigas todo el tiempo. Necesitas darte cuenta de que eso no está bien... no es sano. Tú eres una chica hermosa... —admití, avistando como las lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas—. Estoy seguro de que hay un chico que es el ideal para ti... es solo que él no soy yo.

—¿Por qué no? —sollozó—. ¿Por qué no puedes ser él?

—No se trata de poder o no, Kay. Simplemente no lo soy y creo que ambos lo sabemos. —Puse lentamente mi mano en su hombro, ella apartó la mirada y presionó con brusquedad la palma de sus manos contra sus ojos, enjugando las lágrimas.

La oí sorber la nariz un par de veces para luego mirar al frente como si nada hubiera pasado.

—Tú no lo sabes —dijo—. Simplemente no sabes que eres él. —Volteó a verme y me sonrió, yo retiré mi mano al instante—. Te darás cuenta, bebé.

—No actúes como una psicópata —le rogué, mirándola con el ceño fruncido y los ojos entornados—. Por favor, Kay.

—Simplemente —dijo, poniéndose de pie— tomemos café y comamos las donuts, ¿de acuerdo?

Me golpeé la frente, exasperado y con la terrible sensación de que nunca podría librarme de ella. De que esta cosa de Kaylee

persiguiéndome con insistencia solo terminaría de muy mala manera en algún momento.

—Estás... obsesionada —declaré—. Al diablo esto, solo vete de aquí, ¿quieres? No puedo intentar ser amable contigo.

Ella dio la vuelta y me encaró.

—Te equivocas, bebé. Tú eres el que está obsesionado con una puta que te abandonó, pero yo sé que pronto te darás cuenta de ello y entonces nosotros dos podremos estar juntos.

La sangre hirvió en mi interior, noté como se agolpaba en mis oídos y lo único que podía sentir era una furia desmedida. No me di cuenta de en qué momento, pero me encontraba de pie y frente a Kaylee gritándole que no se atreviera a insultar de esa manera a Bonnie.

—¡No dejes que el recuerdo de esa perra siga separándonos! — insistió como si ella no pudiera darse cuenta de que lo único que lograba era cabrearme más—. ¡Bebé, por favor...! —ella intentó sujetar mi cara y yo tuve suficiente de su mierda.

La sujeté del brazo y la llevé hasta la salida, abrí la puerta y ella se aferró a mí.

—¡Quiero tu culo fuera de aquí ahora mismo! —le grité.

—¡Pero James...!

—¡Lárgate Kaylee, solo hazlo!

Ella seguía insistiendo y yo sencillamente no era capaz de soportarlo más, le cerré la puerta en las narices. Ella golpeó con fuerza del otro lado, exigiendo que le abriera de nuevo. Eché el seguro de la puerta y caminé un segundo por la habitación para tranquilizarme.

Mis manos estaban temblando cuando volví a despatarrarme en

el sofá, intentando calmar mis nervios. Pasó un corto momento antes de que los gritos de Kaylee dejaran de escucharse y yo pudiera respirar más tranquilo. Me eché un brazo sobre la frente, escuchando mi respiración y alguna canción de Depeche Mode resonando a lo lejos, y me quedé dormido allí mismo.

Desperté un poco más tarde ante la oscilación y el sonido provenientes del bolsillo de mi pantalón que indicaban un nuevo mensaje en mi celular. Saqué el móvil, medio adormitado y mucho más relajado que antes, y descubrí que el mensaje era de Carter.

*«Las locas estuvieron por aquí. ¿Sobreviviste?»*

*«Algo así», le respondí enseguida.*

Su contestación llegó solo un minuto después.

*«Casi no lo logro. Ava hoy estuvo insoportable... ¡Hombre! ¿Por qué ella es así? No puedo ser amable sin que piense que eso significa que estoy coqueteándole...»*

*«Kaylee no se queda atrás. Dan podría echarme por cómo la traté pero...»*

Suspiré mientras me restregaba los ojos.

*«Lo sé. Yo incluso terminé en un accidente con la aprendiz. ¿Heaven era su nombre? No recuerdo...»*

Otro mensaje llegó antes de que yo pudiera responder el anterior.

*«Creo que ella podría estar aterrada de mí de por vida... Ava Bonham es buena logrando convertirme en algo así como un Hulk muy malhumorado»*

No pude evitar reír imaginando a Carter convertido en Hulk. El hombre pacifista, Carter Lee, transformado en un completo energúmeno. Vaya, las Johnson y sus clones eran buenas sacando el peor lado de nosotros.

*«¿Recuerdas lo que dice Logan sobre mí dejando salir al lobo? Ella le afiló los colmillos y las garras al lobo antes de dejarlo suelto en la misma habitación que ella»*

*«PD. Sí, el nombre de la aprendiz es Heaven»*

Recogí la lata del suelo y me bebí el resto del refresco antes de aplastarla y lanzarla al cesto de la basura.

*«¿Dónde estás ahora mismo?»*

*«Arriba, ¿por?»*

No necesitaba decirle más, él claramente sabía donde era "arriba".

*«Estoy en BHY con Lia y tu chica. Ella ya se siente mejor, así que está de vuelta en la empresa. Vino con Michael hoy...»*

La sangre se me heló al leer el mensaje. Parpadeé, con los oídos zumbándome, y releí lo que él escribió. *BYH*. Quería decir que estaba en el comedor de la empresa. Con Lia... ¿y con *mic*hica? Me hizo falta leer dos veces más el mensaje y controlar mi respiración.

*Ella ya se siente mejor, así que está de vuelta en la empresa. ¿Qué clase de broma me estaba haciendo? No, Carter no era de esos. Él estaba hablando en serio, era solo que yo no podía creerlo.*

¿Qué diantres estaba pasando? Tenía que averiguarlo.

# Capítulo 13

Bajé tan rápido como me fue posible. Ni siquiera esperé por el ascensor, hice todo el camino hasta la última planta por las escaleras, milagrosamente consiguiendo no tropezar en el intento.

Recorrí el amplio pasillo iluminado, que conducía al comedor de colaboradores, sin prestar demasiada atención a las fotografías que colgaban en las paredes laterales del mismo.

Sentía que mis pulmones quemaban por la carrera que había emprendido y, cuando logré ver el letrero de leds en la entrada del comedor que decía «*Beat your hunger*», creí que podía morir en cualquier momento.

Solo tenía que atravesar una puerta y tal vez, solo tal vez, había una pequeña posibilidad de volver a verla.

Debía admitir que tenía miedo.

Tomé una profunda bocanada de aire con mucha dificultad, con la mano en la puerta, y entré.

Aggie Godwin y Cami Smith, de Queen's Army, me saludaron cuando nos encontramos en la entrada. Apenas fui capaz de responderles con un asentimiento de cabeza, mis manos estaban temblando. Recorrí la estancia, que era muy al estilo de los ochenta, y vi algunos rostros conocidos. Hudson Atkinson estaba con Freya, Sean también estaba allí con su manager y otro par de personas. Enzo estaba hablando con la mujer que atendía el comedor y entonces mis ojos hallaron a quienes estaba buscando.

Carter y Lia, correcto. Ellos estaban ahí.

Y había alguien más, pero no era quien mi mente, en un momento de idiotez, había creído que sería.

Me aplastó la realidad en segundos al darme cuenta de que nunca había sido Bonnie de quien Carter hablaba. Ella no había vuelto y la ilusión solo había removido el dolor. Dolor que rápidamente fue reemplazado por la desesperación, las señales de alarma encendiéndose en mi cabeza.

Emma Hayes.

¿Por qué estaba ella en Beat nuevamente?

Me acerqué a la mesa donde se encontraba con los demás, negando con la cabeza sin poderlo evitar, y ella se dio cuenta de mi presencia. Nos miramos a los ojos por lo que me pareció un demasiado largo minuto. No, no, no. «¿Qué estás haciendo aquí?», gritó mi mente. Sin embargo, no fue lo que salió de mis labios.

—Volviste — fue lo que dije, apabullado por la noticia. Al parecer, después de todo, para Michael no había pasado desapercibida la ausencia de Emma.

Emma Hayes, quien se estaba poniendo a merced de los depredadores nuevamente. Nosotros ya habíamos cerrado nuestro ciclo diciendo adiós y así era como las cosas tenían que seguir. ¿Por qué ella había regresado?

La aparté del resto un momento y le pregunté lo anterior. ¿Su respuesta? No había sido Michael, sino que el mismo Daniel el que le había recordado que tendría consecuencias por incumplimiento de contrato. ¡Joder, Emma! ¿No dije que yo me encargaría de eso? No le iba a pasar nada, ella solo tenía que permanecer lejos y a salvo. Yo ni siquiera había tenido oportunidad de explicarle las cosas a Daniel, pero incluso estando tan ocupado como él estaba se tomó el tiempo

para ir a hablar personalmente con Emma, persuadiéndola para que retomara su puesto.

—Basta —acallé sus balbuceos, levantando la mano y tratando de pensar con coherencia. Me di cuenta de que Carter y Lia estaban atentos a nosotros—. Tienes mi número aún, ¿verdad? Solo escribe cualquier cosa que tengas que decir. Ahora mismo no puedo...

No podía ni siquiera decir algo razonable.

Ella me miró de una forma extraña, una pequeña arruga se formaba en el medio de sus cejas mientras nos mirábamos a los ojos. Negué con la cabeza de nuevo. Quería decirle solo con ese gesto que estaba haciendo las cosas mal, que no tenía que haber regresado. Quería que ella lo comprendiera.

*Creí* que lo había comprendido, en realidad. Pero no, no lo hizo porque ella no se había enfrentado nunca a nada parecido a eso de lo que yo trataba de mantenerla alejada. Nadie aprecia tanto su privacidad como quien la ha perdido.

Regresé al último piso del edificio, sin embargo, no era suficiente en ese momento estar solo. Necesitaba... aire. Eso. Continué por las escaleras hacia la azotea, el viento frío golpeó mi cara apenas abrí la puerta para salir al exterior. Caminé hasta la baranda y me apoyé de la misma, observando el cielo entintado de tonos naranjas y violetas.

Respiré profundamente y dejé que un grito escapara de mi garganta. Joder. Quería dejar de estar preocupado..., de estar esperando..., de sentirme como un virus para los que me rodeaban. Quería ser libre nuevamente. Quería poder disfrutar de todo lo que amaba sin ser censurado por ello. Quería volver a ser el chico al que su padre enseñó a apreciar el café, el mismo al que le enseñó a amar los libros... ese chico cuyo padre, por muy ocupado que estuviera,

siempre tenía tiempo para él...

Quería a mi padre conmigo.

Y eso no podía ser, joder.

Limpié con las yemas de mis dedos un par de lágrimas que habían salido sin permiso, mis manos temblaban.

Mi celular sonó entonces, era un mensaje de Emma Hayes lo que anunciaba. Un mensaje que nunca debió llegar, que ella nunca debió enviar, porque nosotros ya habíamos dicho adiós el uno al otro. Y sin embargo ahí estaba.

*«Lamento que mi regreso haya sido un balde de agua fría para ti. De verdad pensaba cumplir lo de no vernos de nuevo. Falta menos de un año antes de que el contrato termine, solo eso...»*

Solo eso. Menos de doce meses. Más de trescientos días. No era tan poco tiempo como ella quería creer. Bonnie estuvo a mi lado menos de ocho meses, solo ese tiempo, y demasiadas cosas habían ocurrido.

*«Un año es mucho tiempo, Emma...»*

*«Pasaré más rápido de lo que creemos. ¿Podemos tratar de que esto no sea un infierno mientras tanto?»*

Ella no sabía cuánto yo deseaba que fuera así. Mi vida ya era bastante parecida a un infierno, pero yo no deseaba que la suya tomara el mismo camino. Necesitaba hacer que no lo fuera, ¿por qué? No había una simple respuesta para eso, solo sabía que lo necesitaba. Emma no era una chica mala, tonta... tal vez, pero no mala. Ella no necesitaba esto —a mí— en su vida. Es solo que yo no podía asegurarle que podía apartar el infierno de su camino si ella estaba decidida a cumplir con el maldito contrato que firmó con Daniel.

*«No puedo prometerlo», le escribí con sinceridad.*

Cerré los ojos por un momento hasta que llegó su respuesta.

*«Intentémoslo. Necesito la agenda de regreso, pero los chicos dicen que no hay nada para hoy, por lo que podemos evitar vernos el resto de este día. No será tan difícil, ¿lo ves?»*

Una sonrisa melancólica se asentó en mis labios cuando leí su mensaje lleno de inocente credulidad. Ella no sabía que tenía que temer y esa era la razón por la cuál no temía. Veía las cosas simples, con candor, y yo quería mantenerla de esa manera. Me esforzaría por mantener a Emma fuera de esto, justo como debí haber hecho con Bonnie si hubiese sabido a tiempo lo que pasaría.

【◆◆◆】

Las cosas estaban funcionando más o menos bien con Emma. Desde el día de su regreso ella y yo no habíamos estado juntos por más de diez minutos, y mucho menos habíamos estado juntos en público. Nos comunicábamos por medio de mensajes de texto o llamadas en su mayoría, pero ya no me acompañaba a ningún lado porque le había pedido que no lo hiciera. Cuando tenía que salir a atender algún compromiso, lo hacía por mi cuenta.

Emma iba a Beat cuando salía de sus clases en la universidad, y a veces la veía allí, sin embargo, me las arreglaba para despacharla temprano.

No era fácil, pero tampoco imposible.

Este sábado, primero de octubre, me encontraba reunido en casa de los Sanders para una parrillada por el cumpleaños de mamá Molly, la madre de Eric. Ella era una mujer realmente agradable, un metro cincuenta de puro instinto y amor materno. Nos trataba a todos como si fuésemos de la familia desde el momento en que Eric pasó a formar parte de Bad Boy y nos conocimos.

Me gustaban los Sanders. A veces envidiaba un poco a Eric por la suerte que tenía, sin embargo, en ese aspecto tampoco podía quejarme. Mi padre me amó mientras vivió. Marie me quería. Mi madre... no sabía decirlo con certeza, aunque yo quería creer que en el fondo también lo hacía. Y había terminado, de algún modo, siendo parte de la familia de Eric. Los Sanders nos habían acogido a todos con cariño, no había forma de que uno no se sintiera cálido y querido con ellos. Ni siquiera yo. Una visita a su hogar era siempre algo para levantar los ánimos. Sobre todo, a nosotros.

Eric manejaba bien el hecho de sus padres y su hermana viviendo en la misma ciudad, aunque, bueno, en realidad ellos siempre habían vivido aquí y el hecho de que el hijo menor se volviera famoso no cambiaba nada. Tenían una bonita y amplia casa en un vecindario tranquilo de Staten Island.

Hasta este momento Molly, Donovan y Marley nunca habían tenido complicaciones por culpa de las fans o la prensa. Vivían al margen de la fama de Eric y era por eso que estar en su casa se sentía como escapar un momento de la realidad en la que vivíamos a solo una corta distancia.

*Revitalizante.*

—¡Molly! —Marie le dio un fuerte beso a la madre de Eric, ellas congeniaron y se hicieron buenas amigas desde que se conocieron años atrás—. ¡Feliz cumpleaños mujer! ¿Cómo estás?

—De maravilla —le respondió Molly, tan sonriente como siempre—. Todos se equivocan si piensan que un número es razón para deprimirme. Cincuenta años bien vividos no me deprimen, me llenan de alegría y orgullo.

—No serías tú si no fuera de esa manera —rió Marie—. Trajimos

lo que nos encargaron, Eric ya debe haberlo llevado todo allá atrás — le avisó mientras sacaba de su bolso una pequeña cajita de regalo—. Y este es para la cumpleañera.

Marie le compró a mamá Molly un colgante con las iniciales de los nombres de sus hijos. Esperé hasta que Molly dejó las lágrimas de emoción al ver el obsequio de Marie, y a que ésta última saliera al jardín trasero a saludar a los demás, antes de finalmente acercarme a darle un abrazo a la cumpleañera. Puse en sus manos una tarjeta de regalo de su tienda favorita con crédito suficiente para que se comprara todo lo que le gustara. Me agradaba la idea de que se consintiera y sabía que ella amaba ir de compras.

Estaba inclinado mientras la abrazaba, ya que ella era considerablemente más baja que yo, cuando comenzó a decir algo en mi oído.

—¡Oh, mi cachorrito! —sollozó—. ¡Hace tanto que no nos visitabas! ¡Estoy muy contenta de tenerte aquí!

—Gracias, mamá Molly —dije, besando su mejilla mientras seguíamos abrazados—. También extrañaba venir.

—¡Hey, Wolf! —gritó la conocida voz de Blake a mis espaldas—. ¡Déjanos algo del amor de mamá Molly a los demás!

—Lo siento, no puedo evitar que ella me quiera más que a ustedes —dije para molestar, encogiéndome de hombros.

—¡Los quiero a ambos! —aclaró Molly—. ¡Ven aquí tú también mi pequeña torrecita de Babel!

Me reí de la forma en que lo llamó.

—Pero debes decirle que soy tu favorito —pidió Blake con un puchero mientras se acercaba con actitud infantil.

—¡Eric! —gritó Marley, la hija mayor de Molly, que venía del jardín

trasero con una enorme sonrisa en su rostro—. ¡Ellos están peleando por mamá otra vez!

—¡Chicos! —clamó Eric desde donde se encontraba.

Marley negó con la cabeza, divertida, mientras nosotros reíamos y nos posicionábamos uno a cada lado de mamá Molly, esperando que Eric entrara.

—Ustedes son unos chicos malos —rió Mar—. Y tú, Blake, deja de pedirle a Eric que te de mi número. Ya lo tienes en realidad y él solo me fastidia diciendo que no debo dártelo por ningún motivo. ¿Te conocerá algo que los demás no?

—Tu hermano solo está celoso, ya lo conoces —Blake le dio un guiño.

—Pues no debería. Tú y él saben muy bien que no salgo con tipos más jóvenes que yo.

Mar le ofreció una sonrisa brillante antes de ir rumbo a la cocina mientras Blake suspiraba dramáticamente y bromeaba con mamá Molly diciendo que ella debería ayudarlo a convencer a su hija de que la edad no era un obstáculo.

—Podría ser el mejor yerno para ti, mamá Molly.

—Más vale que no lo digas por mi hermana, Blake Edward Walker.

—Eric, que finalmente entró por la puerta que daba al jardín trasero, entornó los ojos hacia Blake.

—Por supuesto que lo decía por ti, Eric bebé —bromeó Blake, haciendo que mamá Molly riera y negara con la cabeza.

—*Claro*—dijo Eric—. Y qué están haciendo los dos con mi madre, ¿eh?

Se apartó con el dorso de la mano su cabellera oscura y ondulada, que estaba ya lo suficientemente larga como para cubrirle los ojos y

apuntaba en todas direcciones, y nos señaló con las tenazas de metal que llevaba consigo.

—¿Qué? —lo provocó Blake—. ¿El chico todavía no aprende a compartir?

—¡Es mi mami! —se quejó Eric—. Y sí, puedo compartir... ¡Pero yo soy el favorito aquí! Ni siquiera intenten discutir sobre eso, ¿entendido?

—¿Sí? —inquirí, enarcando una ceja con diversión—. Pues eso no es lo que ella acaba de decirme, ¿eh?

—¡Mamá! —Eric puso los ojos en blanco—. Agh. Jódanse los dos, sé que yo soy el favorito —declaró, dando la vuelta y volviendo a salir al jardín.

—¡Chicos, son tan malos con mi bebé! —nos acusó mamá Molly riendo.

—Mamá Molly tampoco dijo nada para detenernos —le recordó Blake y ella rodó los ojos.

—Ya, ya, vamos a terminar con esa parrillada para poder comer pronto, ¿eh? No se queden ahí parados y vayan a ayudar. Entre más manos mejor.

Blake me empujó cuando salíamos detrás de Molly al jardín trasero. Mientras él se acercaba y ayudaba a Eric con las cosas que se asaban en la parrilla, yo fui a la mesa donde Carter y Logan se encontraban. En las parrilladas de los Sanders era una tradición que fueran los hombres quienes se encargaran de preparar toda la comida.

Marie, Molly y Lia, que también había sido invitada, estaban conversando. Marley se les unió un poco después, llevando con ella una jarra de limonada.

—¿Necesitan una mano? —dije, dándole una palmada en la espalda a Logan. Él señaló con la barbilla los jitomates.

—Suple al Señor Lee —sonrió—. Él llegó antes que nosotros, merece un descanso.

—Finalmente dices algo que me alegra oír —indicó Carter, entregándome el cuchillo y la tabla de picar que había estado ocupando para cortar cebolla—. Iré por un poco de limonada.

Él se limpió las manos con un trapo y luego fue donde estaban las chicas.

—Él jodidamente no fue allí por la limonada, ¿verdad? —me susurró Logan, quien se encontraba marinando unas costillas en salsa barbacue.

Me encogí de hombros en respuesta.

—No te metas en sus asuntos —le advertí y él bufó.

—Oye, ¿qué pasa con *Piglet*? —preguntó—. Eric dijo que ella podía venir, ¿por qué no está aquí?

—Es cierto —Eric, que en algún momento había llegado a nosotros, escuchó la pregunta de Logan—. ¿Le dijiste?

—Ella no pudo venir —murmuré mientras tomaba un tomate y comenzaba a cortarlo.

Debía admitir que en realidad nunca pasé la invitación a Emma. Nosotros dos habíamos acordado mantener las cosas distantes, así que invitarla a la parrillada en casa de los Sanders no encajaba con nuestro actual *modus operandi*.

—¿Estará bien? —inquirió Eric, frunciendo el ceño—. La última vez faltó todos esos días porque estaba enferma, ¿no? —Asentí, eso es lo que ella había dicho a los demás—. Pero, ¿y ahora? No es como si los últimos días la hubiera visto alrededor. No estuvo allí cuando

fuimos a esa entrevista el jueves. O a la sesión de fotos para la revista de ayer en la mañana.

—Nosotros nos comunicamos por celular —respondí—. Ella me dice qué hacer y yo lo hago. No tiene que estar conmigo todo el tiempo.

Logan, sorprendiéndome, se echó a reír. Esa fue como una gran y limpia carcajada. Le fruncí el ceño y él, sin importarle, siguió riendo. Eric lo miraba con diversión. Finalmente, Logan hizo el intento de secar las lágrimas que le habían brotado mientras reía y golpeó mi hombro.

—No jodas, ¿oí bien? —dijo entre fallidos intentos de sofocar la risa—. ¿El gran James Wolf obedece a *Piglet*?

—No es como si fuera ella quien me diera las ordenes —respondí de mala gana, volviendo a mi labor de cortar los tomates—. Solo me informa lo que está en la agenda. Igual que Michael hace con ustedes.

—Sigo sin entender porqué simplemente no hiciste las cosas bien desde el principio —Eric se encogió de hombros mientras Logan dejaba de reír—. Quiero decir, si hubieses estado pendiente de tu agenda y de los mensajes y llamadas de Mike, entonces Dan no habría puesto una asistente para ti.

«*Porque fui un idiota, Eric*», pensé.

—¡No! —Logan jadeó—. Olvida eso. Amo que él sea un cabrón irresponsable y le hayan puesto a una asistente. *Pigletes* linda, así que no piensen siquiera en que ella no exista. Incluso le di el jodido sobrenombre. Por cierto, de eso, ella necesita la fiesta de bienvenida.

—¡No! —fue mi turno de jadear; ellos me miraron raro, así que me aclaré la garganta—. Logan... ni siquiera la conoces bien. No puedes hacer una fiesta para ella.

—No parece una mala chica —murmuró Eric—. Yo también creo que es agradable.

—Sí, eso —le secundó Logan—. Me gusta y la he elegido como una miembro más de nuestro clan. Es tu asistente, James, es parte del equipo.

Mi mandíbula se tensó, el corazón latía demasiado fuerte en mi pecho con la presión de esta nueva amenaza. Lo que me faltaba. Logan quería hacer una fiesta, y si era una como las que él acostumbraba, definitivamente yo no quería que Emma estuviera allí.

Casi siempre esas fiestas terminaban en desastre y al día siguiente aparecían en internet y en las portadas de las revistas de chismes de la quincena. No quería a Emma en ello por ningún motivo.

—Solo lo dices porque quieres meterte en sus bragas —gruñí, dándole tajadas más fuertes al tomate.

—Bueno, tú dijiste que podía hacerlo. —Él se encogió de hombros—. ¿Cambiaste de opinión? ¿Ahora estás interesado en ella?

—No. —Lo miré con frustración, dejando el cuchillo sobre la tabla—. Logan...*no*. No lo entiendes. Ella... —negué con la cabeza—. Solo déjala tranquila.

Él frunció el ceño. Eric hizo una mueca, me enseñó las palmas, como librándose del asunto, y se alejó hacia donde estaba Blake volteando unos filetes en la parrilla.

—Te gusta —decretó Logan, muy seguro de ello—. Tú solo te pones a la defensiva porque ella te gusta.

—No me gusta —afirmé con impotencia—. Tú... puedes encontrar a cualquier chica para pasar el rato, modelos o actrices incluso. Entonces, ¿por qué Emma? Ella es la clase de chica que podría pensar

que tú vas en serio con ella...

—¿La clase de chica a la que le rompería el corazón? —inquirió—. No me gusta romper corazones, pero eso es algo que no puedo evitar. —Se encogió de hombros y suspiró—. De todos modos, Emma no es una chica para comparar con modelos o actrices, lo sabes, ¿verdad?

Me encogí de hombros también.

Sabía de lo que él hablaba. Emma era bonita pero no tenía el rostro más hermoso del mundo como para competir con una actriz o miss universo. Tampoco el mejor cuerpo. Tenía unas admirables piernas torneadas naturalmente, pero además de eso sólo podías decir que ella era demasiado delgada. Deducirías que tal vez le hacía falta comer un poco más o ir al gimnasio para embarnecer sus suaves y apenas pronunciadas curvas.

Sin embargo, había algo en ella. Tal vez la forma en la que miraba y sus ojos parecían demasiado sinceros, mostrándote sus sentimientos. O quizá era su sonrisa. Sí, ella tenía una bonita sonrisa.

Emma no era una belleza de revista, ella era una chica común, una chica que podía cautivarte a su manera. Y esas eran las más peligrosas, las que tenían la capacidad de seducirte con su alma y no con su fachada.

Ella era una chica que, tal vez, había cautivado a mi amigo. ¿Era eso lo que Logan veía en ella?

—¿Tú... tendrías algo serio con Emma? —me oí preguntándole antes de considerarlo.

Sus ojos color esmeralda se abrieron con la sorpresa y él se atragantó con el pedazo de tomate que se había llevado a la boca. Esperé a que se recuperara y me diera una respuesta.

—James, tú me conoces —dijo con voz baja, arrastrando las

palabras—. Eso no es lo mío.

Asentí.

Lo entendía, pero entonces ella tampoco podía ser lo suyo.

# Capítulo 14

Emma y yo seguíamos trabajando a cierta distancia y eso funcionaba bien al menos para mí, aunque ella no se quejaba. El contacto entre nosotros no era nulo, sin embargo, tampoco existía demasiado.

Seguíamos manejándonos por medio del teléfono móvil y, en algunas ocasiones, nos reuníamos. Esto último siempre dentro de los límites de la empresa.

Estaba funcionando, sí, pero no todo era perfecto.

Me había estado molestando, desde el sábado pasado en el cumpleaños de mamá Molly, el hecho de que Logan se quedara con esa jodida idea de hacerle una fiesta para Emma metida en la cabeza. Y, ¡joder!, Logan era un tipo persistente al que no le hacías cambiar de parecer tan fácilmente.

Esperaba de verdad que en esta ocasión él no se saliera con la suya.

Me hallaba con Ted en la recepción, firmando el recibo de un paquete que había llegado para mí hacía un par de días pero que él se había olvidado de entregarme, cuando vi a Emma bajando del ascensor con, precisamente, Logan yendo detrás de ella.

Me tensé y mis ojos inmediatamente se entornaron, todos mis sentidos atentos a sus movimientos.

—¡*Piglet!* —dijo, alcanzándola rápidamente y pellizcándole la mejilla. Ella lo apartó de un manotazo y le dijo algo que no alcancé a oír—. Entonces di que sí, ¿eh? —le insistió él—. ¿Haremos una fiesta

en tu honor?

Esta vez Emma le respondió algo más fuerte, y parecía fastidiada.

—No quiero —fue lo que le dijo—. Simplemente has tu fiesta sin involucrarme en ello.

Gracias al cielo que ella pensaba de esa manera. La tensión de mis músculos se relajó un poco cuando la escuché hablar.

—¡Por favor! —exclamó Logan, inclinándose hacia ella mientras unía sus manos al frente a modo de súplica. Lo siguiente que él dijo fue con un tono de voz moderada, por lo que no alcancé a escuchar nada.

Ella le respondió, luciendo nuevamente tranquila, pero lo que sea que dijo hizo que Logan saltara hacia atrás con un grito melodramático.

—¡¿Qué?! —chilló—. ¡Estás mintiendo! —La apuntó con el dedo—. No existen personas en este mundo que no piensen que ir a fiestas está de puta madre. Ir a fiestas es vivir, vivir es ir a fiestas. Tan simple como eso.

—Él no planea dejarla tranquila, ¿o sí? —murmuró Ted a mi lado. Lo miré y me di cuenta de que él estaba tan atento como yo a lo que ocurría entre Emma y Logan. Y cualquier persona que estuviese lo suficientemente cerca los notaría también.

Apreté los labios y llevé una mano a mi cuello con algo de incomodidad.

—A Logan le gusta salirse con la suya —admití con una mueca—. Pero creo que ella puede librarse de él. No me parece que ella esté cediendo, ¿y a ti?

Ambos miramos de nuevo al par del que hablábamos. Emma estaba diciéndole algo a Logan, daba la impresión de que ella

hablaba muy rápido, su rostro había enrojecido considerablemente.

Logan asintió con aire resignado y le enseñó las palmas de las manos con expresión de inocencia, como si con eso pretendiera tranquilizarla.

Emma entornó los ojos hacia él con desconfianza. Yo habría hecho lo mismo, Logan no era de los que se rendía tan fácilmente.

—¿Esa es tu última palabra, *Piglet*? Pues bueno, entonces caminaré detrás de ti todo el tiempo hasta que digas que sí a la jodida fiesta —declaró Logan con un gesto que intentaba revelar que era ella la que no le dejaba otra opción.

Me volví a tensar de inmediato. Esa jodidamente no era una puta buena idea. Era mala, terrible.

Emma, contrario a mí, rió. Probablemente no creía que él hablaba en serio, pero, ¡carajo!, yo sabía que Logan definitivamente no bromeaba.

Ellos intercambiaron más palabras que no alcanzaron a llegar hasta mis oídos, por más alerta que yo me encontraba, y entonces Emma miró a Logan con severidad, apuntándolo con su dedo índice mientras parecía advertirle de algo. Tras lo que debió ser una amenaza, Emma lo dejó para continuar su camino.

—¿Tendremos esa fiesta el próximo viernes por la noche?! —le gritó Logan, poniendo las manos detrás de su cabeza mientras la seguía con la mirada.

—¡No! ¡Y no me sigas! —le respondió ella, señalándolo, cuando estaba a punto de llegar a las puertas dobles de cristal.

Bueno, su amenaza no le valió de nada. Logan, terco y desobediente, comenzó a ir detrás de ella a paso decidido. Joder. Estaba seguro de que él iba a hacer eso de seguirla por todos lados de

verdad.

¡Bastardo inconsciente! Iba a arruinarlo todo.

Mi pulso se aceleró y, antes de pensarlo mejor, me encontraba caminando hacia ellos a toda prisa. Apenas llegué allí sujeté a Emma por la muñeca, sin decir nada, y comencé a tirar de ella hacia el ascensor.

Carajo. Ya se me ocurriría algo para excusarme, por ahora lo primordial era alejarla de Logan, que era muy capaz de exponerla al mundo entero sin pensar en las consecuencias.

—¡James! —gritó el rubio, que venía detrás de nosotros—. ¡Estaba trabajando a *Piglet*, no puedes llevártela!

¿*Trabajándola*? Bufé.

Emma forcejeó para soltarse de mí y lo consiguió cuando llegábamos a las puertas del elevador.

—Si necesitas hablar o pedirme algo, James, esa no es la manera —me reprochó, ceñuda; enarcó las cejas hacia mí cuando solo pude quedarme callado en respuesta a su reclamo—. ¿Saben qué, ustedes dos? Yo me voy a casa ahora mismo.

—*Piglet*, la fiesta... —insistió Logan, haciéndome rodar los ojos.

—Puedes tener tu fiesta si es lo que quieres, Logan, ya te lo dije —le contestó Emma, que parecía un tanto molesta.

—¡Pero tiene que ser *tú* fiesta, no mía!

Joder.

Yo quería darle un fuerte golpe a Logan en este momento. ¿Por qué simplemente no se rendía? Ya le había dicho yo que no hiciera ninguna puta fiesta para Emma, ahora ella le decía que tampoco quería una. Él debería entenderlo.

Me crucé de brazos, observándolos discutir, pensando la mejor

forma de parar a Logan y a su estúpida insistencia.

—Yo no tendré ninguna fiesta —determinó Emma mientras paseaba su mirada molesta de Logan a mí y viceversa—. Y si realmente tú no necesitas nada de mí, James —me dijo—, entonces me voy.

Estaba a punto de decirle que me parecía perfecto y que se marchara de una vez cuando Logan me ganó la palabra.

—Realmente voy a pegarme a ti como una sanguijuela hasta que digas que tendremos una fiesta.

Ella puso los ojos en blanco.

¡Mierda, Logan!

—Olvida la maldita fiesta —rugí y me volví hacia Emma—. Necesitamos hablar. Ahora.

Volví a sujetar su mano y la hice entrar al ascensor conmigo. Coño, estaba dispuesto a esconderla hasta que Logan se marchara de la empresa de ser necesario.

—¡James! —se quejó Logan, impidiendo que las puertas del elevador se cerraran.

Rodé los ojos y me incliné hacia él para hablarle en voz baja.

—Mira, tendrás tu puta fiesta —mascullé de mala gana—, ahora simplemente déjala tranquila, ¿bien? No molestes más a Emma.

—¿Vas a convencerla? —inquirió, sonriéndome ampliamente como un niño al que le dices que sí le comprarás el juguete nuevo que ha estado esperando por tanto tiempo.

Rodé los ojos y asentí con un suspiro, incluso aunque eso podía terminar siendo una gran mentira de mi parte. Yo no quería a Emma más involucrada en todo este mundo, eso significaba que las fiestas organizadas por Logan quedaban descartadas. Él pareció satisfecho

con la respuesta que le di y miró detrás de mí para despedirse de Emma sacudiendo su mano en el aire.

Una vez que él se marchó, las puertas se cerraron. Ahora tenía que enfrentarme a Emma y no sabía cómo hacerlo. No podía simplemente decirle que se fuera también cuando le acababa de decir un poco antes que necesitábamos hablar. Mierda. ¿De qué íbamos a hablar? Lo único que podría querer decirle era que ella tenía que irse de Beat y esta vez para siempre.

—¿Qué fue lo que le dijiste a Logan? —me preguntó, su voz me sobresaltó un poco porque ella sonaba... confiada. Joder. Parecía cómoda hablándome, se dirigía a mí de la forma en la que cualquiera le hablaría a un amigo. Eso... no estaba bien. No porque yo no quisiera ser su amigo, a decir verdad, me daba la impresión de que, si las cosas fueran diferentes, Emma y yo podríamos haber terminado llevándonos bien. A ella le gustaba leer, ya con esa única afición en común habríamos podido sostener interesantes conversaciones y debates que habrían hecho que inmediatamente me simpatizara. Pero la situación era difícil. Al menos lo era para mí. Yo no estaba dispuesto a repetir la historia, a ser egoísta, crear lazos con una persona que podía ser lastimada por el solo hecho de estar cerca de mí.

No quería sentir de nuevo esa impotencia de saberme un inútil que no podía hacer las cosas bien por alguien a quien quería.

Suspiré y, sin saber qué más hacer, oprimí el botón correspondiente para ir a la última planta del edificio antes de darle una respuesta a Emma.

—Le dije que él tendría su fiesta de mierda si te dejaba en paz —murmuré.

—Pues yo no voy a ir a ninguna fiesta —declaró, frunciendo el ceño automáticamente. Su respuesta me gustaba, casi quise sonreírle por ello, pero no lo hice.

No lo hice porque el hecho de que ella no estuviera mostrándose ni indiferente ni molesta conmigo no era correcto. Los segundos pasaron de forma lenta mientras subíamos en la caja de metal en silencio, las emociones se enredaron y oprimieron en mis entrañas y yo solo pude pensar en que Emma tenía que irse.

Siempre llegaba a la misma jodida conclusión y eso era porque esa era la única solución. El hecho de que ella hubiese regresado había sido un error. Aún si había estado funcionando entre nosotros el comunicarnos por medio del teléfono móvil y vernos escasamente, que ella estuviera en Beat, viniera hasta aquí varias veces a la semana y entrara en contacto con este mundo, eso era incorrecto.

—Irás —decreté con voz autoritaria, costándome tener que hacerlo—. Las reglas del juego han cambiado nuevamente, Emma.

La miré tan duramente como me fue posible y me pareció que ella volvía a lucir como aquella vez en mi casa, como un ratoncito asustado que tenía miedo de mí. Aparté la mirada y crucé los brazos sobre mi pecho, esto era difícil. No quería nuevamente esa guerra entre nosotros, solo quería que ella no corriera ni un solo riesgo debido a mí y para eso era necesario que se marchara. Pero ya me había dado cuenta de que solo pidiéndoselo eso no sería algo que pasaría.

Ella tenía que realmente odiar estar cerca de mí para irse... Y no es que fuera muy complicado odiarme, después de todo.

—No entiendo a qué te refieres —habló finalmente, sonaba confundida.

—Tú nunca entiendes nada —dije con una mueca, las puertas del ascensor se abrieron y salí primero.

En silencio subí las escaleras, con ella pisándome los talones, hasta llegar al último piso. Pasamos por el oscuro pasillo rápidamente, ignorando el leve olor a humedad que se estaba volviendo más fuerte.

Abrí la puerta y le dije que entrara enseguida. Emma me miraba con confusión, como si hablara conmigo, pero no pensara que en realidad era yo este tipo malhumorado con el que estaba tratando ahora.

Dios, ni siquiera quería imaginar lo que ella pensaría de mí en un par de días más.

Le dije que podía sentarse en el sofá mientras yo me apoyaba contra la pared ubicada frente al estante repleto de libros y discos, que yo había colocado allí, y pensaba con desesperación en qué era lo que le diría.

Necesitaba elegir las palabras adecuadas.

Ella mordía la esquina de su labio inferior mientras contemplaba todo con detenimiento; era la primera vez que la traía a este sitio y, al igual que cuando estuvo en el estudio de mi casa, los ojos le brillaban con curiosidad. Aquello me hacía querer sonreír, tuve que morderme el interior de las mejillas para no hacerlo.

Mierda, es que el hecho de que ella me agradaba hacía que todo fuera más complicado. Definitivamente habría sido más fácil si simplemente las cosas se hubiesen mantenido entre nosotros como el día de nuestro primer encuentro: con ella resultándome una molesta fierecilla salvaje a la que no quería cerca de mí de ningún modo.

—¿Aquí es donde llega la inspiración? —me preguntó con curiosidad.

La miré con los ojos entornados durante un largo rato, mordiendo el interior de mis mejillas al mismo tiempo. No podía evitar preguntarme el por qué había caído alguien como ella en mi mundo y cómo demonios le haría yo para sacarla. ¿Era mi deber? Tal vez no, pero se sentía de esa manera. Emma merecía algo mejor, algo que estaba fuera de mis manos.

Me aclaré la garganta y aparté la mirada.

—No estás aquí para hacer preguntas —dije con severidad—. Espero que entiendas que no puedes volver a entrar aquí a menos que yo lo diga.

—¿Ahora qué ocurre contigo? —me reclamó con voz cargada de frustración.

Ella no era la única que se sentía de esa manera. Habría querido que las cosas finalizaran bien entre nosotros, pero eso ya no se iba a poder.

Caminé hasta mi escritorio, tomé uno de mis cuadernos y un lápiz y comencé a escribir. Cada letra que mi puño estaba trazando allí contribuiría a que las cosas entre Emma y yo nunca fueran buenas. Cuando ella se fuera lo haría odiándome, por mucho que yo estuviera detestando esa idea.

La puñetera hoja, en un inicio vacía, se llenó rápidamente con mi letra. Y, hombre, no fue nada fácil.

—Toma —le dije al terminar de escribir, tendiéndole la hoja sin atreverme a mirarla a la cara.

Emma se acercó y la tomó de mi mano.

—¿Qué es esto?

La miré de reojo, ella estaba leyendo con el ceño fruncido cada línea que yo había escrito allí.

—Actividades —me obligué a decir—. Reglas que debes seguir. Lo he pensado el tiempo suficiente y si tú decidiste regresar aquí, ya que tenías miedo por el jodido contrato, entonces vas a trabajar realmente. Eres mi asistente, ¿verdad? Entonces se acabó esa tontería de todo fácil para ti. Por supuesto, como te he dicho con anterioridad, no estoy interesado en que seamos relacionados en público.

Su mirada de confusión pasó rápidamente a ser una de cólera, y ésta última duró solo un escaso segundo antes de revelarme algo peor: la decepción.

La poca confianza que habíamos logrado entre nosotros, la simpatía que ella pudiera haber sentido hacia mí, estaba siendo enterrada en este momento.

Se me puso un nudo en la garganta y traté fuertemente de ignorarlo. Yo era un experto en eso de decepcionar a la gente. Ya no tenía que importarme, pero lo hacía... Y mucho más de lo que yo mismo había imaginado.

# Capítulo 15

Hacer algo que uno no quiere hacer siempre resulta molesto. Y para mí estaba resultando muy molesto alzar las barreras entre Emma y yo de nuevo, aunque no debería. Sabía que estaba haciendo lo correcto, lo tenía bastante claro, sin embargo, no podía quitarme la espinita de disgusto ante la idea de ella odiándome.

Quería que me odiara, pero no quería que lo hiciera. Grandioso. Mi cabeza era un puto lío que nadie, ni siquiera yo, entendía del todo. Supongo que, aunque traté de evitarlo, en el fondo a una parte de mí le gustaba la idea de Emma quedándose alrededor. ¿Por qué? No lo sabía con certeza, tal vez era solo que ella resultaba ser diferente a como la había imaginado la primera vez que la vi y lo poco que había conocido de ella me hacía querer saber más. Emma era como un libro al que yo había juzgado mal por la portada y había leído el prólogo por obligación, y de algún modo me había enganchado con solo unas páginas, de algún modo quería demasiado conocer el resto de su historia hasta el final.

Pero, pese a lo que muchos podrían pensar, yo no era la clase de persona que se concedía todos sus deseos y caprichos. Y conocer más a Emma era uno de esos que yo no me podía permitir.

La reunión de hoy se había extendido más tiempo del planeado. Casi daban las once cuando me despedí de los chicos y me dirigí a la sala donde le había pedido a Emma que esperara por mí. Podría simplemente haberle dicho que se fuera, me habría gustado haberle dicho que se fuera, pero se trataba de que ella se cansara lo suficiente

de mí para que su decisión de dejar el empleo fuera firme, así que no pude.

En el camino a la sala me topé de frente con dos chicos que reconocía porque eran amigos de Lia y Carter hablaba a veces sobre ellos. El del piercing en el labio inferior, que tenía cara de «no te metas conmigo», se llamaba Allen. El otro, de lentes y alborotado cabello castaño, que llevaba una camisa de cuadros bajo su suéter, era Jackson. El primero era parte del equipo creativo de la empresa, diseñador o algo por el estilo, mientras que el segundo era un analista de mercado.

Los saludé con un pequeño asentimiento de cabeza que solo Jackson respondió con nerviosismo. Me dio la impresión, por el gruñido que dejó escapar junto a la mirada asesina que me dedicó, de que Allen podría tener una aversión hacia mí de la que apenas me estaba enterando.

Un poco desconcertado, pero sin tomarle más importancia al asunto, seguí mi camino hasta la enorme y colorida sala que se hallaba casi vacía. Solo Emma estaba allí, recostada en un sofá morado, dormida.

Me acerqué a ella. Una mano le colgaba fuera del sofá, cayendo sobre su mochila, que estaba en el suelo, mientras que mantenía la otra contra su pecho, sobre un libro abierto por la mitad cuyo título rezaba algo sobre el comportamiento humano. Joder.

Me puse en cuclillas y, apretando los labios, muy lentamente le aparté el cabello de la cara.

Estudí sus facciones por unos segundos y luego tracé las líneas de su rostro con mi dedo índice, sin realmente llegar a tocarla. Sonreí. No había nada más que tranquilidad en su expresión

mientras dormía.

—¿Por qué estás siendo un hijo de puta con ella?

Sobresaltado, giré la cabeza en dirección de la que reconocí como la voz de Lia hablándome. Ella tenía los brazos cruzados sobre el pecho y me miraba con la ceja enarcada desdeñosamente.

Tragué saliva y me incorporé, evitando verla a los ojos.

—No sé de qué hablas —dije.

—Oh, ¿refresco tu memoria? —escupió—. Resulta que de pronto eres el jefe tirano enviándola a hacer cosas estúpidas e inútiles como si solo pretendieras fastidiar a la chica. Y hoy la hiciste quedarse aquí hasta tarde, esperándote, cuando realmente no la necesitabas para nada, ¿cierto? Porque no te importa si ella debe irse sola a esta hora a tomar el metro.

Miré de reojo a Emma y luego comprobé la hora en mi reloj de pulsera. Todavía estaba a tiempo del toque de queda de su residencia, pero aun así Lia tenía razón, ya era tarde.

—¿Nada que decir en tu defensa, Wolf? —entornó los ojos hacia mí.

Esbocé una mueca y volví a darle una rápida mirada a Emma antes de poner mi atención en Lia.

—¿Podrías llevarla a casa? Pagaré tu gasolina.

Su ceño se frunció.

—Voy a llevarla a casa, y no es porque tú me lo pidas. La llevaré porque es justo lo que venía a hacer cuando los chicos me avisaron que ella seguía aquí, así que tú no tienes que pagar mi puñetera gasolina. Si quieres sentirte menos culpable por tu comportamiento de ayer y hoy, entonces solo deja de ser un cabrón con ella.

Lia negó con la cabeza y, apartándome de su camino, se acercó a

despertar a Emma.

Yo me fui antes de que ella abriera los ojos.



Incluso aunque Lia tenía razón, yo no podía cumplir con lo que ella me pedía. Las cosas siguieron del mismo modo los días siguiente, Emma se encargaba de hacer las estúpidas cosas que yo le ordenaba desde que llegaba a la empresa hasta que se iba. Ella no replicaba ni se quejaba de mis absurdas peticiones, pero ese respiro hondo que daba antes de hacer cada cosa que yo le pedía, y la forma en la que se mordía las mejillas con fuerza, era un indicio de que su paciencia tenía un límite y yo lo conocería muy pronto.

Esta semana volvió a ocurrir un percance poco grato con las fanáticas. Con dos de ellas, específicamente. Y en esta ocasión el blanco fue Blake.

Ayer él llegó corriendo a nuestra reunión para hablar sobre el nuevo material discográfico luego de salir del gimnasio. Ni siquiera había podido cambiarse de ropa, así que cuando terminamos la reunión él fue a las duchas de la empresa. Dos chicas habían conseguido colarse al interior de Beat y lo siguieron. No se dio cuenta hasta que fue muy tarde y una o dos horas después todo de lo que se hablaba en las redes sociales era de las fotos de Blake desnudo. Las dos fanáticas postearon las fotografías con orgullo desde sus cuentas *detwitter*, pero, por supuesto, tuvieron que eliminarlas después, cuando Michael comenzó a movilizarse para detener el escándalo. Eso no fue lo suficientemente rápido, de todos modos.

—Oye Blake —dijo Logan, que venía entrando al estudio donde estábamos los demás reunidos—. Te buscan allí afuera.

—¿Qué? —el aludido frunció el ceño—. ¿Quién?

—Los bomberos —él lo miraba muy serio, incluso los demás le pusimos más atención a lo que decía, resultaba bastante extraño—. Hay un incendio cerca y ellos quieren saber si pueden usar tu manguera porque la de ellos no es lo suficientemente larga.

Logan se echó a reír a carcajadas. Honestamente traté de no reír, pero con la cara épica que puso Blake al escuchar al rubio, no pude evitarlo. Ninguno de nosotros pudo, para ser sincero.

—¡Vete a la mierda, bastardo! —replicó Blake rodando los ojos.

Él no debió caer en lo que decía Logan, el chico llevaba haciendo bromas al respecto desde el día anterior. Bueno, le concederé a Blake el hecho de que, por un minuto, incluso yo llegué a pensar que iba a decirle algo importante. Pero no, Logan nunca era serio.

—Dejando un momento de lado a la hora muy famosa, conocida y admirada polla de Blake —dijo Logan secándose las lágrimas que le habían brotado por la risa—, por favor vean esto mis cabrones favoritos.

Él se quitó la mochila de la espalda mientras se acercaba a nosotros y la ponía encima de la mesa, arruinando los papeles con intentos fallidos de canciones en las que trabajábamos. No dijimos nada por eso, de todos modos, sabíamos que esas eran mierda de letras, así que lo miramos expectantes de cuál sería su siguiente ocurrencia.

Tal vez era una nueva broma para Blake.

Logan sacó de su mochila lo que parecía ser un paquete de muchas hojas lustrosas. Por un momento me temí que hubiese impreso las fotos de Blake para colocarlas por la empresa o algo parecido. Luego, cuando me pasó una de esas hojas, comprendí lo que era.

Una invitación que rezaba «*La fiesta de Piglet*» y, de hecho, había una imagen de la caricatura del cerdito allí. Rodé los ojos, dejando la invitación sobre la mesa, y enseguida Logan me lanzó su mochila a la cara.

No tenía gran cosa dentro, así que solo la tomé y se la lancé de vuelta. Él la atrapó en el aire.

—Quita esa cara de mierda —me reprendió—. Alégrate, hombre, ¡mañana tendremos una fiesta de puta madre para nuestra Piglet!

¿Alegrarme? Estaba más preocupado por cómo iban a terminar las cosas allí.



Eran poco más de las nueve de la noche del sábado y ya habían llegado la mayoría de los invitados de Logan. La mayoría pertenecía al medio, algunos eran incluso de la empresa, así que ellos no me preocupaban tanto. Sabían cómo se manejaban los asuntos de las fiestas, existía un contrato tácito de privacidad que todos respetaban. Al menos la mayor parte del tiempo, claro. Es solo que a veces las fiestas se salían de control y terminaban por llamar la atención de los paparazzi también.

Confiaba en que el tema de Emma en la fiesta no sería algo que le importara a toda esta gente y, de cualquier modo, con la resaca que tendrían al día siguiente ellos probablemente ni recordarían su cara.

Vi cómo una chica derramaba su vaso sobre la alfombra y no pude evitar fruncir el ceño con desagrado.

—Calma, hombre —Logan me dio un golpe amistoso en el brazo, él ya estaba un poco ebrio—. Yo pagaré para que ellos limpien mañana...

—Puedes apostar tu culo a que será así.

—Sí, sí. Toma algo y relájate —dijo, rodando los ojos—. Te daré un cheque grande como la polla de Blake para pagar la limpieza y todo. Tu pent-house no va a terminar inservible solo por una inoc... ino... inocente fiesta. —Frunció el ceño—. Por cierto, ¿has visto a *Piglet*? Debería haber llegado ya. Le envié un mensaje con la dirección de este lugar.

Me encogí de hombros. Yo le había dado la orden a Emma de llegar a las ocho de la noche y ella todavía no se aparecía, esperaba que fuera porque ella había decidido no venir. Estaba jugando bien mi papel de tirano dándole ordenes sin ton ni son, también tenía fe de que se cansaría de mí pronto.

—Quizá no vendrá —murmuré—. ¿Qué más da? Aquí tienes la fiesta, solo divierte.

—¡De ninguna manera! —saltó—. Es una fiesta en su honor. Tiene que venir.

—Le dije que llegara a las ocho —me encogí de hombros—. Son definitivamente más de las ocho. No creo que venga.

Logan balbuceó palabras inentendibles mientras sacaba su celular y, supuse, llamaba a Emma. No pude evitar poner los ojos en blanco.

—¿Qué pasa con él que parece más concentrado en su celular que en la fiesta? —preguntó sorprendida Lia, ella sostenía una de las extrañas bebidas color verde que el amigo de Logan preparaba para todos. Estaba vistiendo unos pantalones ajustados blancos y una blusa negra con escote al frente, lucía bien.

Nuestra relación se había puesto un poco tensa desde el miércoles pasado, pero ella se dirigió a mí con cordialidad, así que le respondí de la misma manera.

—Está llamando a Emma porque al parecer ella no está viniendo —le informé, encogiéndome de hombros.

Lia entornó sus ojos verdes mientras miraba a Logan y una mueca nació en sus labios.

—Hmm... ¿De verdad no vendrá?

—No lo sé —volví a encogerme de hombros.

—¡Joder! —gruñó Logan caminando hasta nosotros—. Sigue enviándome al buzón. ¿Realmente ella quiere yo vaya a buscarla y la traiga hasta aquí?

Lo miré con cautela, él no podía hacer eso.

Lia y yo encontramos miradas y creo que ella pensaba lo mismo que yo porque enseguida se ofreció a intentar llamarle a Emma también.

Yo comencé a enviarle mensajes.

Ninguno de los tres obtenía buenos resultados, Emma sencillamente estaba ignorándonos.

—¡Esa chica! —se quejó Logan—. ¡No puede hacerme esto! ¡Es su iniciación! ¿Te ha contestado, *Grinch*?

Lia negó con la cabeza.

—¡Carajo! —Logan hizo una mueca que pronto se transformó en una sonrisa—. ¡Lo tengo! Llamaré al tío Mike, el tío Mike ayudará, él... sí, sí...

Me golpeé la frente mientras lo escuchaba pedirle a Michael la dirección de Emma. Esperaba que él no fuera tan imbécil como para decirle a Logan, a un ya achispado por el alcohol Logan, dónde se encontraba Emma.

—¿Crees que va a decirle? —me preguntó Lia, frunciendo el ceño.

—¡Infiernos sí! —saltó Logan de repente, respondiendo por mí—.

Residencia Roosevelt, piso dos. Entiendo. Sí, sí. Lo tengo. Gracias tío Mike, eres el más genial de todos los putos tíos Mike del mundo. Nos vemos después. No, no haré ninguna tontería. Sí, lo que sea. Adiós.

Logan ensanchó su sonrisa cuando cortó la llamada y se guardó el celular en el bolsillo de sus pantalones.

—¿Qué pasa aquí? —se acercó Blake, desprendiéndose a la chica que se colgaba de su brazo. La rubia hizo un puchero y, al ver que Blake ya no le prestaba atención, se fue detrás de un tipo que pasaba por allí.

—Iré a buscar a *Piglet* —declaró Logan.

—Oye, solo esperemos un poco más... —traté de disuadirlo—. Ella seguro vendrá.

—No, me parece que nos está evitando. —Frunció sus labios en una mueca—. Ella no puede joder con la iniciación. Le di el mote, así que debe estar aquí para ser presentada oficialmente.

A veces Logan era un completo imbécil. Con todo y sus ideas absurdas y ridículas. Pero, como ya había dicho, él era bueno empecinándose y una vez que algo se metía en su cabeza nadie lo hacía cambiar de opinión.

—No creo que vayan a dejarte entrar en Roosevelt —aseveré, tratando de convencerlo—. Es para los estudiantes y deben tener un horario para visitas.

—Así tenga que armar un escándalo afuera hasta que ella salga, definitivamente la traeré —afirmó, tomando el vaso de la mano de Lia para beber el contenido de un trago, ella solo enarcó una ceja hacia él—. Oh, ahí está la adorable ceja malvada de mi *Grinch*. Hoy no me está intimidando. —Le pellizcó la mejilla y sonrió—. Iré al baño primero y luego traeré a *Piglet*.

Observé a Logan ir hacia el baño mientras pensaba en cómo podía detenerlo de ir tras Emma. Él no podía joder todo presentándose en Roosevelt medio ebrio y dispuesto a causar un alboroto por ella.

—Bonitas tetas, Banfield —oí que le decía Blake a Lia con un tono burlón.

—Gracias, Walker. Es una pena que no pueda decir lo mismo de tu amigo de allí abajo —respondió ella con malicia y luego se encogió de hombros—. Todo el mundo ha visto esas fotos —dijo a modo de explicación mientras sofocaba la risa.

—¿Quieres ver a mi amigo de allí abajo en vivo? Te aseguro que no opinarás lo mismo después de eso. Él estaría encantado de saludarte.

—Paso, Walker. No vas a saciar tus ganas conmigo. ¿Por qué no, mejor, vas por allí con la mona rubia que tenía ganas de trepar en ti?

—¿Qué hay de ti? ¿No tienes ganas de trepar en mí?

Rodé los ojos mientras me alejaba de ellos y de toda esa tensión que emanaba su conversación, si es que a eso se le podía llamar conversación.

Me planté fuera del baño donde estaba Logan, y lo esperé. Él salió dando tumbos alegres un poco después.

—¡Hey! —lo sujeté por el hombro para detenerlo.

Me dio una torpe sonrisa.

—Iré por *Piglet*, ¿vienes conmigo? Sí, ven conmigo. Sé que quieres ir, ¿no quieres?

—Creo que no es una buena idea que vayas a buscarla... —comencé a decirle, pero me interrumpió.

—Ella me gusta mucho —balbuceó, frunciendo el ceño—. ¿Por

qué no viene aquí? Pensé que le agradaba también. Tal vez tú no le agradas... —expuso, apuntándome con un dedo en el pecho.

—Puedes estar seguro de que no le agrado.

Sí, después de los últimos días yo también estaba seguro de ello.

—Eso apesta. Deberías agradecerle, quiero que le agrades. Ella me gusta mucho para mi Wolfie. Si tú y ella... Sí, sí, cuando tú y ella... Sí, entonces yo podré...

—Ya ni sabes lo que dices, Logan. Y ni siquiera es media noche. Será mejor que te quedes aquí.

Él sacó las llaves de su auto y me las enseñó.

—La traeré, voy a traerla para ti porque es su fiesta y...

—Hay mucha gente aquí, ¿de verdad estás yéndote?

—Quiero que ella venga —murmuró con un puchero—. Es su fiesta, así que sí. Iré *abuscor*... buscarla.

Rodé los ojos.

—No puedes manejar después de haber bebido tanto, Logan.

—Que sea nuestro secretito, ¿eh? —se tambaleó, apartándome de su camino y dirigiéndose a la salida.

Demonios.

—¡Espera! —lo detuve—. Quédate aquí.

—Regresaré rápido, en serio...

—No. Yo iré por ella.

Él amplió sus ojos con sorpresa.

—¿Irás? —Enseguida una risita tonta brotó de su garganta—. Ella te gusta, ¿no es así?

—No es la primera vez que te digo que estás en un error. ¿Quieres que te lo repita?

Se encogió de hombros.

—Tal vez es sólo que tú no sabes que ella te gusta —palmeó mi brazo y me dio una sonrisa floja—. Ahora ve allí por la chica. Roguemos a los cielos porque ella tenga más vestidos como el rojo de la vez pasada y esté usando uno esta noche. Me gusta cuando una chica normal puede demostrar que también es capaz de lucir caliente cuando se lo propone.

—Es en lo único que piensas, ¿no es así?

—¿No lo piensas también? —Se encogió de hombros—. Quizá sus tetas no son tan grandes, pero tiene bonitas piernas. Lucían bien con el vestido rojo de aquella vez. Espero que tenga un vestido esta noche...

—Ya dijiste eso antes —puse los ojos en blanco—. Ahora mejor vuelve a vigilar que todo esté en orden en este sitio para cuando yo regrese, ¿quieres?

—¡Yup! —Hizo un saludo de soldado—. Todo estará en orden, tú solo preocúpate por traer a *Pigleta* aquí.

«*Como si eso fuera una tarea fácil*», pensé.

Mientras descendía al estacionamiento subterráneo del edificio le envié un mensaje a Eric para pedirle que vigilara a Logan y le diera algo para disminuir un poco los efectos del alcohol en su sistema.

Diez minutos más tarde me hallaba con las manos aferradas al volante de mi auto, yendo por Emma.

# Capítulo 16

Emma estaba frunciendo el ceño cuando abrió la puerta, sin embargo, su expresión cambió a una de sorpresa casi de inmediato cuando me reconoció y yo entré, después de comprobar que nadie me había visto en el pasillo, a su habitación.

—¿Hay alguien en el baño? —le pregunté, señalando la única otra puerta que había en la poco espaciosa habitación. Por las dos camas que estaban allí, seguro ella vivía con otra chica.

—Yo... Uh, estoy sola... —respondió, medio conmovida.

Suspiré mientras me retiraba los lentes que había usado para disimular mi identidad y los colgaba del cuello de mi camiseta. Conseguir entrar sin ser reconocido fue toda una peripecia.

—Te dije a las ocho —le recordé de mala gana—. Son más de las nueve y tú sigues aquí. Por si fuera poco, no has contestado las llamadas.

«Y el idiota de Logan quería venir a armar todo un escándalo por ello», me guardé para mí mismo. El ceño fruncido regresó a su rostro mientras se encogía de hombros.

—No estamos en horario de trabajo, James. No era mi obligación responder ni ir a esa fiesta.

Claro que no lo era. ¿Y cómo iba yo a convencerla de ir para evitar que Logan viniera aquí más tarde? Estaba pensando en ello cuando repentinamente fui consciente de algo.

—Pero pensabas ir...

Ella definitivamente no estaba llevando un vestido para ir a la

fiesta, pero esos pantalones ajustados que estaba usando se veían bastante bien.

Por unos breves segundos olvidé lo enfadado que estaba con Logan por todo lo que tuve que pasar entrando a Roosevelt sin ser visto y por el hecho de que tenía que convencer a Emma de ir a esa puñetera fiesta. Solo por unos segundos lo olvidé y permití que mis ojos examinaran a la chica que estaba frente a mí. A Emma. Es solo que ella estaba algo diferente y yo había demorado en darme cuenta. Usaba zapatos que la hacían ver más alta y un top negro sin mangas de Jack Daniel's. Su cabello color avellana estaba suelto y desaliñado a propósito, también se había maquillado y en esta ocasión no se trataba de su estilo natural, había sombras negras en sus párpados y delineador, igualmente negro, contorneando sus ojos. El color olivado de sus iris resaltaba de una forma increíble. Ella lucía, tenía que admitirlo, *muy* bien.

Tragué saliva con dificultad y me obligué a dejar de mirarla. Sí, porque mirarla de esa forma no me llevaría a nada bueno.

—Todos siguen esperándote —le informé, concentrándome en sus ojos.

—¿Cómo es que has dado con mi habitación? —fue lo que dijo ella mientras su entrecejo se fruncía.

—¿Eso importa?

—Quiero saber —insistió, el ceño en su frente se acentuó.

—Michael me lo dijo —confesé, mirando hacia el techo como si la ayuda para salir de este problema fuera a caer de allí—. Ahora, ha sido ridículamente complicado entrar aquí sin ser visto... No hagas que eso no valga la pena. Solo... ven conmigo a la fiesta.

—Guau... —Ella enarcó las cejas con incredulidad y parpadeó—.

Tú tienes serios problemas aquí, James. Primero dices que no quieres que nos relacionen, no toleras la idea de la gente viéndonos juntos, pero ahora estás diciendo que quieres que vaya a la fiesta contigo.

¡Jodidamente lo sabía! Ir a la fiesta juntos no era una buena apuesta y, sin embargo, gracias a Logan y su estúpido culo borracho, era exactamente lo que debíamos hacer.

—Es una maldita fiesta —mascullé con algo de desesperación que esperaba ella no notara—, no vamos a ir tomados de la mano o estar toda la noche juntos. Y no es como si esto se fuera a repetir... —sentí como mi mandíbula se tensaba ante la idea que arrastró a mi mente lo que acababa de decirle.

Necesitaba mantener la calma.

—Definitivamente no se repetirá —coincidió.

Un impulso muy idiota dentro de mí sintió la necesidad de quitar el ceño fruncido de su rostro y explicarle lo que estaba pasando en realidad. *Todo*. Pero no podía confiar en que ella me entendería realmente, yo solo... no podía. No estaba listo para eso y no sabía si un día lo estaría. Aparté el impulso y la insté una vez más a ir conmigo.

Me puse de nuevamente mis lentes para salir y me di cuenta, con alivio, de que Emma tomaba sus llaves para seguirme.

Salí primero a inspeccionar que el pasillo estuviera vacío, por suerte así era. Me adelanté hacia el ascensor con ella caminando detrás de mí. No podía evitar mordermé las uñas mientras vigilaba cada puerta que pasaba, rogando que nadie saliera de ellas..., que nadie pudiera verme allí con Emma. Y a diferencia de lo que ella podía pensar, no era precisamente por mí que no quería que nos relacionaran.

Me pareció un tiempo infernal el que ella demoró en alcanzar el ascensor después de mí. Quería llegar al Bentley rápidamente para irnos, ¿qué pasaba si alguien reconocía el auto? Ugh. Tenía que dejar de pensar en ello porque cada vez me sentía más histérico mientras bajábamos silenciosamente en esa caja de metal.

Y casi pudo ser una salida perfecta, pero, cuando las puertas del elevador se abrieron, nos topamos de frente con una chica.

Mierda.

—¡Emma! —llamó a mi acompañante mientras me dirigía una mirada nada discreta—. ¿Vas de salida?

Mis puños se tensaron a mis lados.

—En realidad sí —respondió Emma con nerviosismo—. Te veré después, Abbie.

Aproveché que ella le estaba respondiendo para salir de allí antes de que la tal Abbie tuviera oportunidad de fijarse más detalladamente en mí. No sabía si era o no una fanática, pero no me sentía a gusto dándole la oportunidad de aclararme la duda.

—Oye —oí de nuevo la voz de la chica y me tensé—. ¿Estás con ese chico? ¿Tomamos alguna clase juntos? Él parece... ardiente.

Pues la discreción no era lo suyo, ¿verdad?

«Vamos, Emma, dile cualquier cosa y vámonos de aquí», pensé, pero Emma se mantuvo en silencio, titubeando, y mis nervios se volvieron un caos.

Era suficiente.

Regresé por ella, sujeté su mano y la alejé de la chica entrometida Abbie.

Mis dedos, que antes temblaban, se envolvían con seguridad en torno a la mano de Emma, que apenas ejercía una leve presión en la

mía. Era extraño, porque yo había sujetado a Emma de la mano en otras ocasiones y, sin embargo, parecía como si esta fuera la primera vez que yo era consciente de que lo estaba haciendo. Era un contacto suave y cálido que resultaba extrañamente agradable.

Darme cuenta de ello me dejó algo inquieto, ni siquiera noté que habíamos llegado hasta el lugar donde había dejado estacionado el Bentley hasta que nos detuvimos frente al auto.

Soltar su mano, por primera vez, fue algo difícil de hacer. Quizá se debió a la conmoción que me aturdí, a la adrenalina, al temor de que esto acabara en un desastre... no sabía.

Parpadeé, obligándome a concentrarme, y miré alrededor para comprobar que no había nada fuera de lugar antes de abrir la puerta para que ella subiera. Una vez que Emma estuvo protegida en el interior del auto, tomé una profunda bocanada de aire, ignorando el persistente cosquilleo en la palma de mi mano, y fui a ocupar el lugar del conductor.

Ella me miraba fijamente mientras yo me colocaba el cinturón de seguridad.

—¿Qué? —fruncí el ceño. ¿Se daba cuenta ella del lío que había en mi cabeza? ¿O era que también había notado esa chocante sensación cuando sujeté su mano?

Se lo pensó un segundo antes de responder.

—Dijiste que no ibas a tomarme de la mano.

—Tuve que hacerlo —le recordé con una pequeña mueca, no quería hablar del asunto—. Esa chica podría haberse dado cuenta de quién era yo si no te alejaba pronto... Fue solo por eso. No significa nada.

Esas últimas palabras eran más para tratar de convencerme a mí

mismo que a ella.



Cuando llegué con Emma había más personas en el pent-house que cuando me había ido. Muchas más personas de las que le dije a Logan que podían ir.

Emma parecía algo impresionada con el lugar. Sin dudas el pent-house era hablar en palabras mayores en comparación con mi departamento, aquel que ella había visitado con anterioridad. Sin contar a toda la gente que lo llenaba, estaba seguro de que el número ya picaba a la centena. ¿De dónde mierda habían salido tantas caras nuevas? Ya tendría Logan que explicarme eso más tarde.

Emma estaba parada a mi lado, luciendo curiosa mientras obtenía un panorama amplio de la fiesta.

Suspiré, sacando un cigarrillo. Lo necesitaba, mis nervios estaban disparados nuevamente. Rogaba en silencio que esta noche no se volviera una catástrofe, pero, ¡joder!, no podía evitar esperar lo peor. Se me había hecho ya una mala costumbre.

—Afuera —le indiqué, casi gritando para que ella pudiera oír mi voz sobre la música.

Yo no podía quedarme a fumar en el interior y absolutamente no quería perderla de vista con tanta gente desconocida aquí.

Salí por las puertas corredizas al aire libre, asegurándome de que ella me seguía, y luego continué hasta el balcón, abriéndome paso entre el gentío alcoholizado que bailaba al ritmo de alguna canción electrónica que yo no reconocía. Joder. Vi a una pareja besándose intensamente contra la pared del exterior y me sentí aliviado de haber cerrado con llave todas las habitaciones. Yo malditamente no quería a gente follando en este lugar. No dejaría que Logan volviera a

convencerme de hacer fiestas aquí nuevamente.

Me apoyé en el balcón y regresé a buscar con la mirada a Emma. Ella ya no estaba detrás de mí. Demonios. El pánico me atenazó por un momento hasta que oí a Logan gritando para obtener la atención de todos. No demoró mucho en conseguir que alguien detuviera la música y todos callaran.

Ahí iba él con su estúpido discurso de iniciación.

Rodé los ojos, apoyándome de nuevo contra el balcón, y simplemente lidié con el hecho de que él hizo de Emma el centro de atención de los invitados. Ella parecía algo aterrada mientras él la presentaba a todo el mundo como «*Piglet*».

Logan tenía sus manos en los hombros de Emma mientras hablaba, manteniéndola de frente a la gente. Ella no se veía cómoda con eso y yo estaba deseando que él terminara pronto.

Las mejillas de Emma brillaban sonrojadas mientras la gente repetía las palabras de bienvenida del rubio. No se detuvieron hasta que el gran imbécil de mi amigo estuvo satisfecho.

La música volvió entonces y la gente continuó con lo que hacía antes de ser interrumpidos. Emma y Logan seguían juntos, estaban diciéndose algo que ya no se podía oír. Fruncí el ceño cuando él se inclinó hacia ella y lo vi besarla en la frente. Por un instante había pensado que sus intenciones eran otras, que sus labios iban a parar en los de Emma.

¿Qué demonios pasaba conmigo?

Necesitaba relajarme.

Caminé un poco, alejándome más del ruido y de la gente, y me incliné, apoyando los brazos en el balcón, para apreciar la magnífica vista del río Hudson que tenía desde aquí.

Fue inevitable pensar en mi padre. Él y yo habíamos venido juntos al pent-house la primera vez, él quería que yo estuviera de acuerdo con el sitio al que nos mudaríamos. Nosotros nos paramos en el mismo lugar donde me encontraba yo en este momento y fue entonces que ambos decidimos que era el lugar correcto para vivir.

Ninguno quería un sitio donde lo único que se encontrara alrededor fueran más edificios. Tener una privilegiada vista del río Hudson era simplemente perfecto para nosotros. Solo que nunca pudimos mudarnos porque él murió antes de que eso pasara y entonces yo tuve que ir a vivir a Coney Island con Céline y Aiden.

En algún momento, mientras estaba perdido en mis recuerdos, Emma llegó a mi lado. La descubrí apreciando en silencio la vista del Hudson, tal como hacía yo.

—¿Bonita vista, ¿eh? —le hablé, apagando la colilla del cigarrillo entre mis dedos. Dolió, pero hizo desaparecer la frustración y el malestar del recuerdo de papá.

—Este es un lugar impresionante —musitó—. La vista es impresionante.

—Lo es. —Asentí levemente, observándola mientras ella seguía mirando hacia el río—. Así que *Piglet*... —murmuré, notando como una pequeña sonrisa se esforzaba por aparecer en mis labios.

—¿No lo habías escuchado? Ellos no paran de llamarme así. Es fastidioso.

—¿Fue idea de Logan?

Yo sabía que era así, pero sencillamente quería seguir hablando con ella.

—Ni más ni menos —admitió.

Antes de darme cuenta estaba sonriendo de verdad, por

completo. Y era tan... raro. Aun así, me gustaba.

—Logan tiene una especie de obsesión por ponerle motes a todo el mundo —dije.

—¿Él te ha puesto uno a ti?

La miré de reojo, nuevamente tenía el sentimiento de que ella estaba cómoda conmigo. El pensamiento punitivo me atacó de inmediato, recordándome que eso no era correcto. Y entonces me descubrí tratando de reprimirlo. Solo quería pensar por un momento que estaba bien si nosotros hablábamos y disfrutábamos de ello.

—J-Wolf... —confesé.

—Creía que eso era cosa de la empresa... —replicó—. Una combinación de la inicial de tu nombre y tu apellido.

Aparté la mirada, desviándola hacia el oscuro cielo limpio de estrellas y nubes por un segundo.

—Nah —dije—. Quiero decir, sí, J-Wolf puede entenderse de esa manera, pero en realidad Logan me llamó así por el animal. Siempre ha dicho que realmente le recuerdo a un lobo.

Y yo quería saber qué tan cierto era eso. ¿Me verían todos de esa manera? Había características del lobo que me gustaban, con las que me podía identificar, pero tenía la necesidad de saber que ella no me veía como ese animal por el hecho de que la aterrorizara. Probablemente lo hacía, pero un contradictorio sentimiento en mí quería que no fuera de esa manera.

Emma no fue capaz de darme una respuesta. Heaven, la aprendiz que estaba por debutar en Beat, apareció con Lia y ellas arruinaron nuestro momento. Me aclaré la garganta mientras oía a una Lia pasada de copas decirle algo a Emma.

Me alejé de ellas enseguida.

Estaba detrás de la encimera, solo, vigilando a lo lejos a Emma como un perro guardián. El hecho de encontrar rostros desconocidos me seguía teniendo intranquilo.

No pasó mucho tiempo antes de que ella y Heaven llevaran a Lia hasta uno de los sofás de la sala de estar, ésta última no se veía nada bien. Carter las arribó poco después y fue el encargado de llevar a casa a Lia. Heaven y Emma los acompañaron a la puerta, demoraron algunos minutos antes de regresar a la fiesta y esconderse en un rincón alejado en la solana, cerca de donde Emma y yo habíamos estado antes.

—Luces condenadamente como un acosador —Peyton, una de las miembros de Queen's Army, apareció frente a mí apuntándome con un dedo mientras me miraba con ojos entornados—. ¿Puedes conseguirme otra bebida?

—Tomando en consideración lo que acabas de decirme creo que tú has tenido suficientes bebidas por hoy, Pey.

—Uh-uh —hizo un puchero con los labios—. Estoy un poco mareada pero no estoy ebria. Te he visto persiguiendo con los ojos a esas chicas todo el rato.

—No lo hacía —negué.

—Sí, lo hacías.

—¿Qué es lo que hacía él? —intervino Chanel con una enorme sonrisa mientras palmeaba la espalda de su compañera y amiga.

—Ser un acosador y negarlo —me acusó Peyton con una risita bobalicona—. Estoy realmente mareada... —ella se tambaleó.

—Quizá es momento de ir a casa —Chanel puso sus manos en los hombros de Peyton—. ¿Puedes ayudarme? —me suplicó con la mirada. Mis ojos fueron rápidamente en dirección a Emma, ella

estaba sentada en el suelo con Heaven, platicando tranquilamente.

—De acuerdo —accedí. Rodeé la encimera y alcancé a la mareada Peyton mientras Chanel iba en busca de su bolso, que estaba en uno de los sofás, y comenzaba a caminar por delante de nosotros.

Peyton Rou fue la segunda chica noqueada por el alcohol que tuvo que salir siendo cargada de la fiesta. Ella realmente no podía mantenerse en sus pies, así que la llevé en brazos hasta el auto de Chanel.

—Gracias, James. —Chanel se acercó a besar mi mejilla—. Nos vemos después —dijo mientras abría la puerta para subir tras el volante—. Ah, por cierto, quería decirte que lamento que descubrieran que nosotros estamos saliendo.

—¿Estamos saliendo? —enarqué una ceja.

Chanel rió.

—Según algunas páginas en internet... —Se encogió de hombros—. Ya sabes... creo que compramos el mismo lindo anillo en alguna tienda y ellos aseguran que se trata de la irrefutable prueba de nuestro amor. Anillos de pareja o alguna mierda como esa. Oye, viva *Queenboys*, ¿verdad?

Reí. *Queenboys* era como la gente solía llamar a la unión de Queen's Army y Bad Boy. Había algunas fans que pensaban que todos estábamos emparejados. Pasó desde el debut de las chicas. En internet se podían encontrar incluso historias de amor donde nosotros éramos los protagonistas.

Ellas siempre nos emparejaban con quienes se les daba la gana. Por ahora ninguna pareja era real. Si lo fuera, entonces estaban allí las que se encargarían de destruirlo.

—Conduce con cuidado —despedí a Chanel, pasando el trago

amargo de mi pensamiento.

Esperé a que ella saliera del estacionamiento subterráneo antes de regresar al pent-house.

Lo primero que hice al subir fue buscar a Emma, alarmándome de inmediato al darme cuenta de que ella y Heaven ya no estaban en donde las había visto antes de irme.

Eric apareció súbitamente a mi lado, él venía del interior, secándose el sudor.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Nada —dije sin mirarlo, estaba intentando localizar a Emma; ella no aparecía por ningún sitio.

—¿Es esa Emma?

Sí que le presté atención cuando él dijo lo anterior. Eric estaba frunciendo el ceño y yo seguí la dirección de su mirada solo para encontrar a Emma engullida por la gente en el centro de la que había pasado a ser una pista de baile. Detecté de inmediato, a pesar de la poca iluminación, la expresión de pánico en su rostro mientras un tipo rubio estaba pegado a ella.

Él tenía su rostro hundido en el cuello de Emma y yo solo podía pensar en la idea de asesinarlo.

Eric dijo algo que no escuché, avancé a pasos agigantados hasta ellos, quitando a la gente de mi camino con brusquedad, y sujeté al tipo por la camisa, arrancándoselo de encima a Emma de un tirón.

Lo reconocí. Era un modelo que comenzaba a hacer su carrera en la ciudad y se había unido al grupo de gente que frecuentaba las fiestas de Logan por un amigo que tenían en común. Me importaba una mierda quién era. Ni bien él levantó la cara para verme, le lancé un puñetazo que esperaba le hubiera dejado al menos la nariz rota. Y

por la forma en la que crujió antes de que él cayera de espaldas, causando chillidos de la multitud, yo confiaba en que así era.

La cólera estaba bullendo en mí, palpitando en mis venas con ferocidad, instándome a darle un segundo golpe, pero, sin embargo, no lo hice.

Mis ojos cayeron en Emma, ella se veía desorientada y temblaba un poco. Éramos el centro de atención. Cuando un chico desconocido que estaba frente a mí levantó su teléfono dispuesto a tomar una fotografía o video de lo que pasaba, yo reaccioné.

La música ya no se oía, Logan gritaba algo y yo no quería lidiar con esto un segundo más. Detuve el teléfono del chico con una mano, él abrió mucho los ojos y yo simplemente negué con la cabeza como advertencia, haciendo que bajara el aparato.

Alcancé a Emma y la saqué del pent-house con la urgente necesidad de rodearla con mis brazos y asegurarme de que ella se hallara bien.

En el auto, después de varios minutos de solo avanzar en silencio, aparqué en una calle al azar y la miré. Emma estaba abrazándose a sí misma. Tal vez notó que yo la miraba fijamente porque suspiró y encontró sus ojos con los míos un poco después.

—Um... gracias, James. Por lo de hace un momento. Yo... —frunció el ceño— creo que entré en pánico allí y...*gracias*.

Tragué saliva con dificultad mientras asentía y, muy lentamente y con algo de temor, me atrevía a sujetar su mano y darle un suave apretón. No la estaba abrazando, pero sujetar su mano era lo más cercano que me atrevía a hacer en este momento.

—¿Estás bien ahora?

Ella parpadeó, observando nuestras manos unidas. Asintió con la

cabeza entonces y alejó su mano de la mía, llevándola a su cuello con algo de disimulo.

—Creo que estas fiestas no son para mí después de todo — comentó con una risita nerviosa.

—Estas fiestas no tienen nada de bueno de todos modos... —Le ofrecí una pequeña sonrisa y luego fruncí el ceño—. Lamento que te toparas con un idiota manolarga que te hizo pasar un mal rato.

Emma se estremeció y se sacudió como si de esa forma alejara el mal recuerdo de lo que había pasado con el jodido idiota.

—No quiero pensar en ello. Solo acepté bailar con él porque estaba siendo demasiado insistente y prometió que me dejaría tranquila después de eso, pero... —dejó el final de la frase colgando en el aire.

—Si tú dijiste no entonces él debería haberse retirado y dejado de molestarte en ese momento. No *esno*. Tú no tienes que soportar los caprichos ni chantajes de ningún imbécil de mierda solo para que él te deje tranquila, Emma.

Ella arrugó la nariz y asintió, bajando la mirada.

Después de un momento suspiró y me miró a los ojos. El color oliva de los suyos seguía luciendo más intenso debido a las sombras en sus párpados.

—¿Qué hay de tus caprichos como enviarme a comprar cinco veces al día rosquillas que nunca te comes o café que ni siquiera te gusta, James?

Me relamí los labios.

En esta ocasión fui yo el que bajó la mirada.

—Ya te lo dije, Emma. Tú no deberías soportar a ningún imbécil de mierda. Ni siquiera si el imbécil de mierda soy yo... mucho menos

si soy yo.

# Capítulo 17

El viernes pasado fue catorce de octubre, lo que significaba que también ese día Blake cumplía veintiséis años. Él hizo una pequeña reunión en la noche que, en comparación con la última desastrosa fiesta de Logan, fue bastante tranquila. Incluso disfruté de estar allí.

Hoy era el día de descanso de Emma, así que no la vería. Personalmente no tenía gran cosa por hacer, por lo que acabé yendo a Beat luego de desayunar con Marie.

Terminé de subir de dos en dos los escalones que me restaban para llegar al último piso del edificio mientras soltaba un suspiro profuso. Las paredes de un color gris pálido parecían necesitar una nueva capa de pintura, hice una nota mental para arreglar ese asunto lo más pronto posible.

Miré a mi derecha, encontrándome enseguida con las escaleras en forma de caracol que subían hasta la azotea, y tomé mi camino usual hacia la izquierda, percatándome de dos cosas más. Primero: la luz de los focos no era la que realmente estaba iluminando todo, sino que las persianas del ventanal al fondo del pasillo habían sido corridas y eran los rayos del sol colándose a raudales. Y segundo: Carter se encontraba apoyado contra la puerta a la que yo me dirigía, con los brazos cruzados sobre el pecho. Él se irguió cuando me vio y me saludó levantando una mano, había una pequeña sonrisa de labios unidos en su rostro.

—Wolfie —dijo, levantando la palma para chocarla con la mía cuando llegué hasta él.

—¿Tú hiciste eso? —pregunté, refiriéndome a las persianas corridas.

—Este lugar se siente como abandonado con esa ventana cerrada —admitió encogiéndose de hombros mientras se movía para dejarme abrir la puerta—. Comienza a oler muy fuerte a humedad. Debes dejar abierta la puerta de la azotea de vez en cuando, un poco de ventilación no le caería mal. Pasas demasiado tiempo por aquí y respirar esto no puede ser bueno para la salud.

—Abriré esa puerta más seguido —prometí mientras lo dejaba entrar.

Él tenía razón, afuera ya comenzaba a notarse algo de humedad por el encierro; incluso cuando dentro todo se encontraba pulcramente limpio y sin mal olor, era seguro que lo que ocurriese en el exterior terminaría por afectar a mi lugar. Segunda nota mental del día: conseguir más ventilación además de la pintura.

Caminé hasta mi escritorio y Carter me siguió. Él estaba diciendo algo sobre lo que había hecho el día anterior mientras yo rebuscaba en los cajones la cosa por la que mi amigo había subido hasta allí. Finalmente encontré el CD dentro de un estuche genérico color verde y lo saqué. La sonrisa se amplió en su rostro cuando lo puse en sus manos.

—¡Estoy jodidamente en deuda contigo! —exclamó emocionado—. ¿Está lista ahora? Muero por escucharla.

—Realmente solo hice unos arreglos mínimos, tú hiciste todo el trabajo y lo escuchaste la última vez —expliqué, encogiéndome de hombros—. Tienes una gran canción allí. Y la letra es muy buena, lo digo en serio.

Carter asintió lentamente mientras mordía su labio inferior. Una

barba de pocos días ensombrecía su rostro.

—Gracias. La verdad es que estoy ansioso por esto —confesó, tamborileando con los dedos sobre el plástico del estuche—. Esta canción es importante y... no sé —se encogió de hombros y pasó una mano por su cabellera castaña oscura—. Espero resulte lo suficientemente buena.

—Eslo suficientemente buena, demasiado buena —aseveré con toda sinceridad, ofreciéndole una pequeña sonrisa amistosa que él me devolvió.

Para ser honesto estaba esperando algo más cursi o romántico, como una declaración de amor empalagosa, pero la letra de la canción que Carter había escrito no era nada como eso. Hablaba sobre complicidad, sobre guardar los secretos más profundos y ser el hombro en el que el otro podía llorar siempre que lo necesitara. Tenía un buen mensaje, era como decir algo como *«estoy aquí para ti y sé que tú también estás para mí»*.

—Es bueno que tú lo digas —arrugó la nariz mientras sonreía—. Yo tengo confianza en tu juicio para estas cosas.

—¿Se la enseñarás a la persona para la que la escribiste?

—Eso espero...

Me dio la impresión de que Carter se perdía en sus pensamientos mientras entornaba los ojos y sus labios se movían sin que realmente alguna palabra saliera de ellos. Esperé sin interrumpirlo, una parte de mí deseaba hacer planes como los que seguramente estaban abundando en su cabeza en este momento.

Cierto que los cinco de nosotros habíamos tenidos nuestras experiencias no gratas con algunas fans, sin embargo, creo que probablemente era yo el único que, en un sentido estricto, había

resultado afectado.

Ninguno de ellos perdió a alguien importante, así que podía entender por qué nuestras perspectivas distaban mucho de ser iguales.

Yo podía lidiar con el hecho de chicas entrando a mi casa, haciendo locuras por mí, enviándome mensajes extraños, incluso, pero el hecho de que ellas lastimaran a alguien a quien yo amaba era algo que me había marcado. El recelo siempre estaba presente en mí, así como el temor de ver a un nuevo "alguien" sufriendo por quererme, o por el simple hecho de estar cerca de mí. Incluso el pensar en ello me hacía sentir enfermo.

Cuando Carter salió de su enfrasamiento y me miró con cierto atisbo de culpa por haberse perdido en sus pensamientos, esboqué un pequeño gesto que indicaba que no pasaba nada.

—¿Sabes dónde están los demás? —le pregunté.

—Um, me parece que Blake está en una sesión de fotos para la campaña de un perfume. Eric y Logan deben estar aquí en la empresa, no sé. Quizá no vinieron, no teníamos nada importante para hoy. Yo, eh —miró la hora en su celular—, quedé con Lia para desayunar. ¿Quieres venir con nosotros?

—Ya he desayunado en casa, gracias.

—¿Seguro? —Asentí en respuesta—. Bueno... Gracias de nuevo por esto. —Sonrió mientras alzaba el CD y lo sacudía en el aire—. Nos vemos más tarde.

【◆◆◆】

Estuve escribiendo durante toda la mañana y parte de la tarde. Fue un proceso algo tedioso por primera vez porque escribía tres palabras de las cuales terminaba tachando dos cuando releía. Sin

embargo, tras varias horas, terminé con lo que podría resultar una buena canción después de ser lo suficientemente pulida.

Guardé el cuaderno en la gaveta de la derecha mientras me reclinaba en la silla y me daba cuenta de que no podía volver a tocarlo hasta que hubiese pasado al menos un día. Eso no había cambiado, era parte de mi proceso creativo. Después de escribir necesitaba despejar la mente antes de retomar las letras y pulirlas, si lo hiciera al momento el resultado sería algo de poca calidad y no quería eso.

Tomé mi celular, que había sido abandonado en un rincón de mi escritorio, y confirmé la hora. Eran casi las dos de la tarde. Me di cuenta de que tenía un par de mensajes de texto, cinco, y todos eran de Céline, así que los abrí de inmediato.

*«James, ¿recibiste lo que envié para ti?»*

*«Alguien llamado Ted lo recibió por ti en Beat, Jamie, ¿es que él no te dijo nada?»*

*«No, que va, seguro que sí. ¿No te gustó entonces lo que envié? Puedo comprarte algo más caro, lo que sea que quieras...»*

*«Sólo estoy tratando de decir... AGH, demonios, es difícil. Eres mi hijo que ha crecido y tiene todo, ni siquiera sé que puedo darte ahora, Jamie. ¿Qué clase de madre soy?»*

*«No, no respondas eso. Sé que soy un asco. Debería saber más sobre ti, necesito que me escribas algo... es difícil hablar sola...»*

Suspiré mientras terminaba de leer el último de sus mensajes y mis ojos se desviaron hacia la cajita que estaba encima de unos libros, en el estante. Estaba llena de púas para guitarra. Volví la vista hacia la pantalla de mi celular y decidí responderle.

*«Siguen gustándome las púas, así que no eres tan mala madre si*

*aún lo recuerdas. Me gustaron las que enviaste, no tienes que comprar nada más... gracias»*

Ella me respondió después de varios minutos. Pensé que ese sería un largo mensaje el que ella enviaría, y por eso la demora, sin embargo, me sorprendió la brevedad y el contenido del mismo.

*«Sé que soy una madre de mierda, pero debes saber que te amo James»*

No pude contestarle eso. Simplemente...*no*. Yo también la amaba, en el fondo nunca había dejado de hacerlo y probablemente nunca lo haría, pero no quería ilusionarme con una sana relación entre madre e hijo porque sabía que mientras ella siguiera con el imbécil de Aiden eso nunca funcionaría. Yo no era capaz de quedarme callado viendo cómo ese parásito se aprovechaba de ella y ella no toleraba que yo, o cualquiera, le dijera la verdad sobre el idiota de su marido, esa era la verdadera razón por la que nuestra relación no funcionaba.

Decidí no pensar más al respecto y mejor ir a algún sitio a comer. Ir solo no era algo tentador, así que le envié mensajes a los chicos para ver quién estaba disponible.

Carter respondió que seguía fuera con Lia, Blake dijo que recién llegaba a la empresa y Eric que estaba terminando de ensayar con Heaven, la aprendiz, ya que ellos cantarían un tema juntos.

Esperé un poco por la respuesta de Logan, pero en vista de que no llegaría, quedé con Blake y Eric para ir a comer. Acordamos encontrarnos en la recepción media hora más tarde e ir en un solo vehículo.

Estaba en el ascensor, de camino a encontrarme con ellos, cuando llegó el mensaje de Logan.

*«Recién veo tu mensaje, lo siento. Estaba atendiendo un lindo y*

*sexy trasero. ¿Qué necesitas?»*

Rodé los ojos y tecleé rápidamente la respuesta.

*«iiiiPENDEJO!!!!!!»*

*«No tenías que ser específico, tú, bastardo. Estamos yendo a Chili's, ¿vienes con nosotros o sigues ocupado?»*

Medio minuto después su respuesta consiguió joderme.

*«Paso. Sigo ocupado con Piglet y probablemente esto va para largo. Estamos yendo al centro comercial ahora, haré que se pruebe un par de vestidos y te enviaré una foto... tal vez se los compre, ya sabes, sus piernas serían algo lindo de ver por la empresa... ¿eso te gustaría?»*

Mi estómago se encogió al tamaño de un puño. Releí su mensaje, por si me había equivocado, pero él realmente había dicho «Piglet». Lo que quería decir...*Emma*.

Las puertas del ascensor se abrieron y Eric gritó mi nombre.

—¡Allí estás! —dijo Blake mientras caminaba detrás de Eric hacia mí—. Vamos, hermano, estoy muriendo de hambre.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Eric frunciendo el ceño, él era bastante perceptivo. Lo suficiente como para darse cuenta de que algo estaba pasando.

Parpadeé y obligué a mis piernas a moverse fuera de la caja de metal. Mi celular todavía estaba en mi mano, a la misma altura de cuando leía el mensaje.

—Logan... —murmuré sin querer creerlo—. ¿Él salió con Emma?

Eric destensó el gesto de preocupación de su rostro y asintió.

—Sí, ayer ellos dijeron algo sobre salir juntos —me confirmó, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué?

Mierda. Él no....*ellano...No*. Simplemente no podía imaginar que eso estuviera pasando, ¿Emma y Logan? El cabrón nunca iba en serio

con ninguna chica, le dije que Emma... que ella no era una chica para follar y enviar lejos con un corazón roto...

—Tu cara es como, guau, esa es una verdadera expresión de horror y no tonterías. —Blake empujó su dedo pulgar en mi frente, lo aparté enseguida—. ¿Qué está tan mal acerca de Logan saliendo con tu asistente? Él siempre sale con muchas chicas.

*Eso* era en parte lo que estaba tan mal. Emma se merecía más que ser la aventura de unas horas de un chico que no buscaba nada serio con nadie. Yo solo... estaba furioso, o tal vez decepcionado, de que ella hubiese caído con él. Pensaba que Emma era inmune a los coqueteos de Logan.

—Tierra llamando a James... —Blake chasqueó sus dedos frente a mi cara—. Hey, despierta. ¿Nos vamos o qué? —cuestionó con el ceño fruncido, su acento canadiense surgiendo con fuerza en su pronunciación.

Eric me miraba con una pequeña mueca, al parecer me había perdido en mis pensamientos mientras ellos me hablaban. Sacudí la cabeza y traté de concentrarme.

—Tengo algo que hacer —estúpidamente fue lo único que salió de mi boca antes de dejar a mis amigos atrás e ir a mi auto.

Llamé a Logan y él me envió directo al buzón. Cinco veces. Le marqué entonces a Emma, aunque no tenía ni puta idea de lo que le diría si contestaba, pero no tuve que enfrentarme a eso porque simplemente ella tampoco respondió.

Así que hice la cosa más idiota que probablemente podría haber hecho. Conduje todo el camino hasta la residencia Roosevelt y aparqué cerca de allí, a pesar de lo mal que estuviera hacerlo, decidido a esperar todo el tiempo necesario hasta que ellos

aparecieran. Lo harían, ¿verdad? Logan raramente pasaba más de veinticuatro horas con una chica, él solo obtenía lo que quería y después se despedía.

Anocheció y yo estaba más que desesperado. Estaba cabreado, con los nervios destrozados y la mente jodida a niveles inimaginables.

Cuando vi el Audi color negro de Logan estacionándose frente a Roosevelt casi bajé corriendo a cometer una tontería más para mi cuenta. Sin embargo, no lo hice, me aferré al volante con fuerza, hasta que mis nudillos se volvieron blancos y mis dedos se entumieron, y esperé. Pasaron al menos cinco minutos antes de que finalmente Emma se deslizara fuera del auto y caminara hasta la residencia, perdiéndose en el interior. No pude ver su rostro, todo lo que obtuve fue un vistazo de ella desde atrás, su cabello caía suelto sobre sus hombros y estaba vistiendo de una forma sencilla, vaqueros de mezclilla y el cárdigan de colores que parecía ser su favorito. Alcancé a ver que llevaba algo en sus manos, pero no distinguí qué era. Logan se marchó un instante después.

Parpadeé. ¿Qué demonios iba a hacer?

Me sentía patético y como había dicho Peyton la última vez, como un acosador.

Emma había pasado el día con Logan. De acuerdo. Eso no tenía que importarme, yo había sido muy idiota alterándome y esperando todo este tiempo fuera de su residencia para verla. Ja, ¿y para qué se suponía que lo había hecho? ¿Qué podía hacer yo al respecto? Ya le había dejado más que claro que nosotros no éramos amigos, Emma no iba a llorar en mi hombro si Logan había herido sus sentimientos al dejarla pensar que tenía oportunidad para algo más que un simple

encuentro casual.

Oh, carajo.

La imagen de Emma estando con Logan no fue algo agradable ni bueno para mí. Envié todo al demonio y, antes de que mi cabeza registrara el evento, ya estaba arribando las puertas de Roosevelt. Entré como rayo, directo al elevador, sin detenerme a preocuparme por el hecho de que cualquiera podría haberme reconocido.

Fue hasta después de llamar en la puerta del dormitorio de Emma que mi raciocinio volvió. Y volvió arrollándome con el hecho de que no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba haciendo allí. «*Ver a Emma*», gritó una voz en mi mente.

Sí, ver a Emma, pero... ¿para qué? No sabía qué decirle ni cómo justificar mi repentina visita. Ella me dio menos de un minuto para arrepentirme, abrió la puerta y yo no pasé desapercibida la forma en la que volvió a estar tan sorprendida de verme allí como la primera vez.

—¿James? —Parpadeó—. ¿Qué... haces aquí?

—Estaba cerca, así que...

Sí, yo fui el idiota que dijo eso. Hice una mueca y di un paso al interior, todavía sin definir qué era lo que realmente estaba haciendo allí, pero Emma me bloqueó el camino.

Fruncí el ceño.

—No creo que esa sea una muy buena idea, James. Estaba por dormir, de hecho. ¿Puedo saber qué haces aquí? Se supone que hoy es mi día libre y resulta un poco extraño tenerte aquí...

Busqué desesperadamente en ella algún rastro de llanto o algo más que comprobara mis conjeturas sobre ella estando con Logan y el hecho de que él no era un chico de relaciones serias. Pero nada.

Ella no parecía ni un poco afectada. No como yo habría imaginado que estaría. La imagen que tenía sobre Emma sintiéndose utilizada por Logan definitivamente no era la misma que se me presentaba en este momento.

—Tenemos que hablar —declaré, parpadeando y observando de reojo su habitación vacía. Era la segunda vez que estaba en su dormitorio en la noche y ella se encontraba sola; aunque lo agradecía porque era algo conveniente para mí, también me preguntaba dónde demonios se encontraría su compañera. Había dos camas allí, evidentemente compartía con alguien.

—De acuerdo, pasa —dijo, no muy conforme, llevando una mano a su cuello.

—No voy a quitarte mucho tiempo —aseguré.

Entré y ella cerró la puerta para darnos algo de privacidad. Recorrí con una mirada el pequeño dormitorio mientras rascaba mi barbilla en un gesto de ansiedad. Solo quería encontrar las palabras correctas para expresarle mis inquietudes. Quería saber que ella estaba bien... quería que dijera que no había pasado nada con Logan porque cuando la miraba a los ojos... yo quería creer lo que veía en ellos.

—¿Y bien, James? —dijo, haciéndome mirarla—. ¿Qué ocurre? En serio estaba por ir a dormir, así que dime en qué puedo ayudarte por favor.

Pasé mi mirada por ella rápidamente solo para encontrarme con que vestía una pijama de *Bob Esponja* que se componía de un pantalón largo y un top de tirantes. El hueso de su clavícula era más notorio en ese momento. Comencé a divagar mentalmente acerca de su salud, pero me detuve tan pronto como inicié. No era el momento para eso. Abrí la boca para decirle a qué había ido, pero no supe cuál era la

respuesta, así que terminé apretando los labios en una línea después de unos segundos.

Su mirada me presionaba.

Le di la espalda y mordí mi labio inferior. Era difícil, estaba arrepintiéndome de estar allí, metiéndome en asuntos que no me correspondían, pero entonces el mensaje de Logan se recitaba de nuevo en mi cabeza, exasperándome.

—Escuché que pasaste el día con Logan... —dije con la intención de abordar el tema con delicadeza.

—¿Qué? —sonó desconcertada—. ¿Eso es todo? ¿Has venido solo para eso?

Cuando me volví para mirarla ella estaba a brazos cruzados, el ceño acentuado de una forma imposible de no advertir.

Sentí cómo la sangre se acumulaba en mis mejillas, esto último me tomó por sorpresa. ¿Acababa de sonrojarme? Eso era algo que raramente me ocurría, pero por Emma y su forma tan directa de echarme en cara que ese tema no era de mi incumbencia lo había logrado. Una mueca se formó en mi boca ante el reciente descubrimiento, Emma resopló.

—De acuerdo, James, dilo —comenzó a decir—. ¿Estás preocupado por tu amigo? ¿Piensas que un simple mortal como yo no puede salir con alguien como ustedes?

¿Entonces eso era lo que ella pensaba? Mis ojos se entornaron, estudiando la seriedad en su rostro. Ella estaba diciéndome que creía que podía tener algo con Logan y yo casi me eché a reír. Si eso era lo que ella quería, bien. Se convertiría en su problema, yo no tendría que preocuparme de nuevo si ella corría peligro o si su corazón se rompía por culpa de Logan. Yo evidentemente era un idiota que se

preocupó sin razón alguna. Y, aun así, no podía evitar sentirme tan enfadado como me sentía.

Joder, ¿por qué? Yo no tenía derecho a estar molesto, a estar decepcionado, a estar...*no*. No era eso.

—Tú realmente no sabes lo que haces —fui incapaz de detener las palabras cargadas de frustración que brotaron de mi garganta, la decepción y el enojo habían tomado el mando y yo no podía detenerlos—. Si lo que piensas es que puedes conseguir atrapar a Logan, lamento decepcionarte, pero él va a dejarte justo después de aburrirse de follar contigo. Tal vez ese día sea mañana, ¿verdad?

Mi cabreo desapareció en el instante en que vi la expresión en los ojos de Emma tras oír mis palabras. Mierda. Nunca me había arrepentido tanto de decir algo como en este momento.

—Pues tal vez no te has dado cuenta de ello, James, pero resulta que eso no es de tu incumbencia —escupió indignada, con la mandíbula bien tensa—. No tengo motivos ni ganas para darte una explicación al respecto, menos cuando tú no has pedido una y solo te has limitado a venir aquí y acusarme de estupideces sin sentido, así que te pido que me hagas el enorme favor de largarte ahora mismo. Si tan preocupado estás por tu amigo, tú solo ve y habla con él. Si Logan te da explicaciones para tranquilizarte, bien por él y por ti.

Ella me enseñó ambos pulgares. A pesar de que parecía no estar demasiado alterada, la mirada la delataba.

—Emma...

—No James, no. —Levantó una mano y negó con la cabeza—. Yo solo... no puedo lidiar contigo en este momento. Cada vez que creo que no eres tan idiota como parece, tú haces un esfuerzo olímpico para demostrarme lo contrario. Vete, por favor.

No, yo no era solo un idiota, era un bastardo imbécil que se merecía el infierno en el que vivía. ¿Por qué no fui capaz de controlar mi jodida boca de mierda?

Emma me señaló el camino y se cruzó de brazos, esperando impacientemente a que me fuera. Salí sin decirle nada, simplemente odiando el cómo yo había terminado jodiendo esto.

# Capítulo 18

Como era necesario dirigir mi odio hacia un blanco real y no solo a una situación, Logan me ayudó a hacerlo.

Atendí su llamada mientras ponía en marcha al Bentley.

—¿Pasó algo malo? —fue lo primero que él dijo—. Tengo todas estas llamadas perdidas tuyas... Lo siento, mi teléfono murió y apenas estoy llegando a casa.

—Te dije que te mantuvieras alejado de Emma, ¿no lo hice?

Golpeé el volante al tiempo que trataba de normalizar mi respiración, que era más parecida a bufidos en este momento.

—¿Qué demonios? —sonaba consternado—. ¿Qué pasa contigo, hombre? Yo solo traté de ser un buen amigo para la chica. ¿Puedes decirme qué fue lo que hice mal?

—¿Un buen amigo? ¿Metiéndote en sus bragas?

—Uo, detén esos jodidos celos de mierda ahora mismo, Wolf. No me acosté con la chica, ¿por qué carajo piensas eso?

Eso fue como un gran balde de agua fría cayéndome encima. Orillé el auto en la carretera, saliendo de la circulación, y desconecté el manos libres para poner el teléfono en mi oído.

—¿Sigues ahí? —me preguntó, apenas murmuré un bajo "sí" que escapó de entre mis labios con el paso de una exhalación—. No sé por qué diantres piensas que me tiré a Emma, pero...

—Tú lo dijiste —le interrumpí, abrumado—. En el mensaje.

—Cabrón, joder, has entendido mal. Mira, estuve casi todo el día con Emma, eso es cierto. Ella parecía estresada ayer en la empresa,

así que la llevé al spa y luego fuimos de compras porque Leighton dijo que esas son cosas que podrían relajar a tu estresada asistente. Y no, ella no me dejó comprarle ningún vestido sexy. La chica es terca como ella sola, así que solo miramos. Y por increíble que suene, disfruté pasar mi tiempo con una chica sin que tener sexo estuviera de por medio. ¿Qué quieres que te diga? Ella es solo una amiga para mí. ¿Me crees?

Guardé silencio por un largo tiempo, la expresión en el rostro de Emma y la mirada que me dio poco antes prevalecían en mi memoria. Comenzaba a creer que esa imagen de ella iba a atormentarme por el resto de mis días.

—Te creo —respondí finalmente, soltando un suspiro lleno de pesadumbre mientras llevaba una mano a mi frente.

Qué estúpido había sido, qué tarde me daba cuenta.

—Bien —dijo—. ¿Recuerdas a Holly, mi amiga del spa?

—La recuerdo.

—Ella tiene un lindo y sexy trasero al que le gusta jugar conmigo de vez en cuando.

Sí, oficialmente podía odiarme.

Actué como un gran desquiciado hijo de puta, ¿y todo por qué? Porque había malinterpretado a Logan y me había cegado a cualquier otra posibilidad que no fuera la que se había planteado en mi cabeza. Pensar en Emma cayendo por Logan me había paralizado, impidiéndome ver más allá de los enredos de mi mente.

Mierda, no tenía justificación. Ni siquiera quería admitir para mí mismo la única que se me ocurría, me negaba a que fuera eso.

【◆◆◆】

«Emma.... lamento mucho lo de la noche anteri...»

Sin siquiera terminar de escribir el mensaje, borré las pocas palabras que había tecleado. Llevaba una larga hora pensando qué escribirle mientras me mordía las uñas y mantenía fija la mirada en la pantalla de mi celular.

Ninguna de las palabras que se me ocurrían sonaban lo suficientemente buenas como para enviárselas a Emma.

Luego del vigésimo sexto intento fallido de enviar un mensaje de disculpa a Emma, terminé por enviarle un estúpido «¿Vas a venir hoy?». Ni siquiera estaba seguro de qué se había apoderado de mí para oprimir ese maldito botón de "enviar". Debería existir una opción de *desenviar* mensajes. ¿Por qué a nadie se le había ocurrido? El que lo hiciera realidad seguro se volvería millonario, es decir... ¿Cuántas personas envían mensajes que no deben cuando están ebrios? Contándolos a todos esos, más los estúpidos como yo que enviamos idioteces en nuestro sano juicio, estaba seguro de que el botón de *desenviar* sería un rotundo éxito.

No es que esperara otra cosa, pero debo admitir que me aplastó un poco el hecho de no recibir una respuesta de Emma. Ni siquiera envió un miserable punto para dejarme claro que había leído el mensaje y que decidía no querer dirigirme la palabra, no. Ella solo ignoró ese primer mensaje y los muchos otros, probablemente igual de estúpidos, que le siguieron.

—Jamie —me sorprendió la voz de Daniel, levanté la mirada y lo encontré parado frente a mi mesa. Llevaba la mayor parte de la tarde en el comedor de la empresa, enviándole mensajes a Emma e ignorando lo que ocurría a mi alrededor.

Recogí mis brazos de la mesa y me empujé hacia atrás en el asiento de vinilo. Alguna canción de ABBA sonaba a un ritmo

agradable por los altoparlantes. Daniel hizo una pequeña mueca y decidió finalmente sentarse conmigo. Entrelacé mis dedos sobre la mesa, aprisionando mi celular lejos de su vista, y lo miré, esperando que dijera lo que sea que tuviera para decir.

—¿Qué ocurre? —dije, entornando la mirada.

Daniel suspiró y se restregó los ojos con pesadez, éstos eran de un tono muy claro y el cansancio se notaba enseguida en ellos. Sin contar sus ojeras indisimulables, el ligero rastro de barba y bigote que se percibía en su cara y el hecho de que su cabello castaño oscuro estaba más desordenado de lo habitual, se me ocurrió que probablemente él estaba teniendo mucho trabajo o muchos problemas últimamente.

—Es sobre Emma —respondió, me tensé al instante. Seguramente él se había dado cuenta de que ella no había llegado a trabajar aún. Sacudió la cabeza, como si de esa manera ordenara sus pensamientos, y esbozó una pequeña mueca—. Hablé con ella esta mañana. Me pidió permiso para faltar esta semana, vendrá a trabajar hasta el próximo sábado porque está enferma y tiene algún proyecto importante que entregar en la universidad.

» Le diré a Mike que se encargue de tu agenda estos días, ¿de acuerdo? Por favor no compliques más mi vida en este momento, tengo suficiente con la presión del lanzamiento de Heaven y el aniversario de Beat, así que, te lo ruego, no me causes problemas por lo menos hasta que termine este mes.

—¿Emma está enferma? —repliqué, ignorando el resto de lo que él dijo.

—Vaya, hasta diría que luces preocupado. —Se inclinó hacia delante para palmear mi brazo—. Ella está bien. Solo tiene catarro o

algo así. Ahora dime que no harás un problema de esto, ¿sí?

Parpadeé. ¿Catarro? Ella no lucía enferma cuando la vi la noche anterior. Mordí mi labio mientras pensaba en ella hasta que oí a Daniel chasquear la lengua. Lo miré justo cuando él rodaba los ojos.

—Voy a cumplir con mis responsabilidades, no te preocupes por eso —aseguré y él asintió—. Ahora, Dan, hay una cosa de la que quisiera hablarte...

—¿El qué? —sus ojos se volvieron dos rendijas mientras me analizaba escrupulosamente.

—Emma. —Él hizo una mueca al instante—. Escucha antes de que me des un rotundo no, ¿sí? Daniel, hombre, ella no quiere trabajar conmigo, no está contenta y podría jurarte que en estos momentos debe odiarme. Y yo tampoco quiero trabajar con ella, *connadie*, lo sabes de antemano. Estoy prometiéndote en este momento cumplir con cada maldita cosa que me digas. Haré todo cuanto Mike y tú me indiquen, solo... ¿podemos terminar con esto de una vez? Has que Emma deje de venir y pueda vivir tranquilamente su vida lejos de la de nosotros...

Él me miró por un largo minuto antes de bufar, frunciendo el ceño.

—¿De dónde sacas que te odia?

—No es difícil de adivinar —respondí, rodando los ojos al hecho de que, de todo lo que dije, él prestara atención solo a eso—. Admitámoslo, me he convertido en alguien a quien fácilmente se puede odiar. Daniel, tú siempre has dicho que me consideras parte de tu familia, ¿no es así?

—Lo es, pero...

—Por favor —le interrumpí, suplicando—. Tal vez no lo entiendas,

quizá creas que es solo un capricho infantil mío... Pero no lo es. Estoy siendo completamente honesto cuando te digo que necesito que hagas esto por mí. Necesito a Emma lejos. Olvida el maldito contrato y déjala marcharse, por favor.

Esbozó una mueca y llevó sus manos a masajear sus sienes antes de dirigirme una extraña mirada.

—¿Cuál crees que es la razón por la que me he empeñado en que tengas una asistente, Jamie? —me preguntó con cierta resignación en su voz que no me pasó desapercibida. Me encogí de hombros en respuesta, frunciendo el entrecejo—. Me preocupo por ti, chico. Tú lo has dicho ya, te considero como de mi propia familia. ¿Crees que no me he dado cuenta de tus cambios? Son casi dos años donde todo lo que he visto en ti son rastros del James que sé que eres... —él bajó la mirada y su tono de voz disminuyó al decir lo siguiente—. Yo... sé acerca de Bonnie.

Sus últimas palabras me tomaron por sorpresa. Me tensé en mi lugar, sintiendo cómo mi corazón se salta un latido.

—¿Qué?

—James —suspiró—, sé que ella se fue. Sé por qué lo hizo y también sé cuánto te ha dolido. Sé cómo te culpas por su abandono y la forma en la que te castigas a ti mismo pensando que eres veneno para cualquiera que se te acerque. Pero déjame decirte algo: no lo eres. Tú solo eres un chico viviendo en la oscuridad detrás de los reflectores. ¿Alguna vez escuchaste decir que la fama es algo fácil? Seguramente no, porque no lo es. La fama es un perra a la que muchos desean porque es seductora y engañosa. Pero ya estamos en ello, chico, y una vez que te has lanzado el clavado a la fama solo puedes hacer dos cosas: aprender a nadar para salir a flote y vivir con

ella o dejar que te arrastre hasta el fondo.

»Escúchame bien: yo no planeo sentarme a ver que tú seas arrastrado al fondo.

Mi pulso estaba acelerado y mi cuerpo rígido, observando a Daniel y conteniendo el aliento. Cuando finalmente mis labios se entreabrieron y el aire contenido escapó de ellos, me derrumbé.

—Tal vez tienes razón —murmuré—. Tal vez no soy veneno, pero... simplemente no puedo tolerar la idea de alguien siendo lastimado por mi culpa.

—Es tu culpa porque ellas son tus fanáticas, entiendo eso —dijo, pensativo—. Pero también debes entender ciertas cosas tú, James. No entiendo el proceder que tuvieron en todo esto, ocultando las cosas. ¿Por qué no presentaron cargos por las agresiones? Sí, tú eres el ídolo de las que atacaron a Bonnie, ¿y ese es motivo para quedarse callado?

Sacudí la cabeza, confundido.

—No queríamos... —guardé silencio por un momento, devanándome los sesos mientras la frustración ante sus palabras se agolpaba en mi interior—. Conociste a Bonnie, Dan. Ella no soportaba la idea de causar problemas. Soportó en silencio todo lo que pudo, ella...

Daniel me miró con ojos entrecerrados por lo que me pareció un eterno momento, finalmente apartó la mirada con un resuello.

—Ahora, no sé si Bonnie me parece alguien admirablemente noble o solo jodidamente sospechosa —hizo una mueca y pasó su mano por su cabellera, despeinándola más—. Pero no voy a discutir ese tema contigo. Relájate —me pidió al darse cuenta de mi expresión—. Lo que opines de ella es cosa tuya, yo solo estoy

diciendo que ya pasó demasiado tiempo y es momento de superarlo. No todos van a huir cuando haya obstáculos en el camino, James. Y no todas las fanáticas son cazadores esperando que les des una nueva presa para atacar. Podemos manejar las cosas, te aseguro que no es la primera vez para mí lidiando con fans obsesionadas o con antis, pero solo puedo ayudarte si no te quedas callado. No quiero tener que averiguar nuevamente por otros lados lo que ocurre. ¿Sabes cuán condenadamente difícil fue convencer a Marie de que hablara? Esa buena mujer te ama y tiene toda su lealtad contigo, me tomó meses...

—Fue ella —musité, clavando mis ojos en la mesa.

—Tendrías que ver cuanto tuve que insistir hasta hacerla hablar. Y solo lo hizo porque, tal como yo, quiere dejar de verte sufrir. Así que no le reclames.

—No lo haré —prometí.

—Bien —asintió lentamente—. Y sobre Emma... Ahora serás tú quien piense que mantenerla trabajando contigo es un capricho mío, pero, James, la chica me ganó desde el momento en que se plantó delante de ti y te enfrentó. Cuando la vi... solo podía pensar que ella era la correcta. Todavía lo pienso.

—¿Piensas que lo correcto es tener a alguien para odiarnos mutuamente? —enarqué una ceja.

—Mentiroso —me acusó—. Tú no la odias y lo sabes, no tratarías de alejarla si fuera así. Y ella tampoco te odia. ¿Sabes por qué decidió volver a trabajar después de que tú usaras tu astucia para convencerla de dimitir?

Me encogí de hombros con una mueca.

—La amenazaste con presentar cargos por incumplimiento de contrato.

—¿Qué?! —jadeó, lleno de sorpresa, y luego rió—. ¿Ella dijo eso? —Se enserió y sacudió la cabeza—. James, ella volvió cuando escuchó que iba a terminar tu contrato con Beat.

Abrí mucho los ojos, incrédulo, y fruncí el ceño instantes después.

—Ella... —me quedé sin palabras, sacudí la cabeza para ordenar mis ideas—. Quiero decir, ¿tú realmente ibas en serio con esa amenaza? ¿Ibas a echarme de Bad Boy?

Daniel se encogió de hombros.

—Necesito que vuelvas a ser tú. Y si lo que necesitas es dejar Bad Boy.. Bueno, hijo, es una decisión que ni siquiera pestañearía en tomar.

—¿Crees que eso es lo que necesito? —pregunté, alarmado ante la idea—. ¿Por qué sigo aquí, entonces?

Daniel se inclinó sobre la mesa, acercándose a mí.

—Porque más que huir de tus problemas y miedos, creo que lo que en realidad necesitas es enfrentarlos —declaró—. Pero yo te di una advertencia y me ignoraste. Realmente iba a cumplir con lo de terminar tu contrato. Si Emma hubiese decidido que ese no era su problema, te juro que lo habría hecho...

Y por la forma en la que me miraba a los ojos mientras hablaba, le creí que él estaba hablando en serio.

【◆◆◆】

Cualquier disculpa que pudiera pedirle a Emma nunca sería suficiente y yo lo sabía. Le envié miles de mensajes, que fueron olímpicamente ignorados, pese a estar consciente de lo mal que se me daban las palabras. ¿Irónico, ¿no? Podía plasmar mi alma en una canción, pero no podía hacer nada en un mensaje de texto.

El viernes, el quinto día sin saber nada de Emma, decidí hacer algo más que una disculpa escrita en un mensaje de texto porque, bueno, estaba claro que esas no se me daban.

Fui a la residencia Roosevelt calculando la hora en la que Emma debería estar volviendo de sus clases. No era lo mejor que podía hacer, ni esperaba conseguir demasiado, pero le compré un Frappuchino Moka y un pastel de trufas de chocolate de Grinders como obsequios de paz. Emma amaba el chocolate y por alguna razón yo era consciente de ello, tal vez lo había aprendido mientras la observaba; como fuere, esperaba poder limar un poco las asperezas entre nosotros. Quería agradecerle también, siendo honesto. Sabía de antemano que ni pagándole un viaje a la luna sería suficiente para redimirme ante ella, pero estaba tan desesperado y perturbado que quería intentarlo.

Por una vez, no estaba tan preocupado por ser descubierto. Si me miraba en el espejo difícilmente me habría reconocido yo mismo. Había una barba de varios días ocultando mi rostro y tenía ojeras inocultables. Estaba vistiendo discretamente con simples vaqueros, una camiseta de mangas largas, tenis de lona y un gorro de punto color negro que Marie tejió para mí unos años atrás. Además, hablando de Marie, estaba usando su modesto y bien cuidado automóvil en lugar del mío. Estaba seguro de que podía pasar desapercibido, aunque no bajaba la guardia totalmente solo por ese motivo.

Mis manos estaban sudando para el momento en que me detuve frente a la puerta del dormitorio de Emma. Me armé de valor y di un par de golpes, esperando que ella saliera.

No ocurrió.

Repetí un par de veces más, sin embargo, estaba claro que no había nadie del otro lado.

Suspiré, resignado a no poder hablar con ella, y decidí dejar en su puerta mis obsequios de paz. La bolsa de papel tenía su nombre escrito con marcador negro, Robert se había sorprendido cuando preguntó «¿Lo mismo de siempre?» y yo, por primera vez desde que nos conocíamos, había respondido que no. No había ido a comprar para mí, había sido todo por Emma.

Me disponía a hacer lo planeado recientemente cuando una mano dio dos toquécitos en mi hombro. Me volví hacia esa persona, casi me atrevería a decir que con la ilusión de que fuera Emma, y me topé con alguien diferente. Me tensé al instante en que la chica de cabello rubio claro esbozó una enorme sonrisa que mostraba todos sus dientes.

—¡Hola! —me saludó sin dejar de sonreír.

—Hola...

Ella entornó sus ojos y ladeó la cabeza mientras me analizaba con la mirada. Incluso se inclinó un poco hacia mí, haciéndome retroceder, incómodo, en respuesta.

La enorme sonrisa regresó a su rostro. Ella rió y señaló lo que estaba en mis manos.

—Soy Aria —dijo con su retintín alegre—. ¿Ibas a dejar eso en nuestra puerta?

Así que ella era la compañera de Emma. Para ser honesto me ponía nervioso estar bajo su escrutadora mirada.

—Y-yo no... —balbuceé.

—Ah, ¡basta! —Ella me dio un golpecito en el brazo como si fuéramos amigos de toda la vida—. Yo no te conozco, así que debes

estar aquí por Emma, ¿cierto?

Sujetó la bolsa de papel que yo tenía en mis manos y la levantó un poco, leyendo el nombre de Emma escrito con marcador allí.

—Escucha... —intenté decirle, pero ella volvió a interrumpirme.

—Ella no debe tardar mucho en venir, tal vez media hora. ¿Quieres pasar y esperarla? —me ofreció mientras apuntaba la puerta con la llave de la misma en su mano.

La miré boquiabierto.

Ella se adelantó a abrir sin dejarme responder.

—No creo que sea conveniente —me apresuré a decirle mientras la seguía al interior del dormitorio, la vi sacar unos libros de su bolso y dejarlos en el escritorio.

Estaba sacando un cepillo de dientes cuando volteó a verme.

—¿No quieres esperarla...? Eh... ¿cuál dijiste que era tu nombre?

—No lo dije —murmuré, estaba entrando en pánico—. Tengo que irme.

Ella me dio una mirada extraña. La observé un segundo antes de resoplar y dirigir mis pasos hacia la salida.

—¡Oye, tú, chico de Emma! —la oí gritarme cuando caminaba a toda prisa por el pasillo, rumbo al ascensor.

Di media vuelta y la vi trotando hasta mí.

—¿Um?

—¿No vas a dejar eso para ella?

Sus ojos señalaron lo que estaba en mis manos y los míos también. Me sentía ridículo, mis intentos de disculparme con Emma eran todos ridículos. Aria me quitó las cosas de las manos con delicadeza y me dio una pequeña sonrisa amigable.

—Lo dejaré en su mesita de noche por ti —aseguró, dándole una

rápida mirada al interior de la bolsa antes de sonreírme—. Creo que le gustará. No hemos convivido mucho, pero ella parece una chica de cosas simples como esta... —Levantó la bolsa en el aire y me dio un asentimiento de aprobación—. Creo que eres raro, pero pareces un buen chico para ella.

Dio la vuelta y regresó a su dormitorio sin decir nada. Así, creyendo equivocadamente en las palabras que acababa de decirme.

Ella no sabía que yo estaba a años luz de ser un buen chico para Emma.

# Capítulo 19

Lia estaba conversando animadamente con Heaven y Carter mientras que Logan, Blake y Eric se encontraban ya en la furgoneta blanca, riendo sobre lo que sea de lo que ellos hablaran.

Mike me dirigió una mirada, enarcando una ceja, y yo mordí el interior de mis mejillas. Negué con la cabeza y él soltó un bufido.

—¡Es tarde! —insistió, pasando una mano por su cabellera castaña clara—. Tenemos que irnos para aprovechar el tiempo en Luna Park mientras está cerrado, James.

—Lo sé —asentí, llevando mi dedo pulgar hasta mi boca para mordisquearlo—. Pero Daniel dijo que ella vendría hoy..

Y desde el día anterior, cuando fui a la residencia Roosevelt a buscarla y el plan no funcionó, como todo lo que yo hacía en los últimos días, realmente tenía ganas de ver a Emma. Tal vez desde antes, pero eso no era algo que yo iba a admitirle a Mike en voz alta.

Había pensado durante el día y gran parte de la noche anterior que Emma yendo con nosotros a Coney Island sería algo bueno. Esta visita que haríamos no había sido divulgada, no tenían por qué salir mal las cosas y yo realmente quería verla. Después de poco más de cinco días desde la última vez que arruiné un montón todo entre nosotros, sentía la urgente necesidad de decirle que lo lamentaba. Llevaba toda la semana intentándolo, sin embargo, resultaba que yo era bastante patético en el asunto.

—Adelántense —le indiqué a Mike, quien frunció el ceño de inmediato; me encogí de hombros—. Recogeré a Emma y los

alcanzaré.

—¿Estás seguro? —dijo, no sonaba convencido.

—Sí. —Asentí con firmeza.

—De acuerdo —accedió luego de pensarlo por un minuto—. Los veremos allí. No demores más de lo debido, si no estás presente la sesión tampoco podrá completarse.

—Entiendo, allí los veo.

Mike me echó una última mirada antes de hacer una mueca y llamar a Lia y a Heaven para que subieran a la furgoneta donde esperaban los demás.

En menos de cinco minutos ellos se habían marchado y yo le envié un mensaje de texto a Emma que, esperaba, ella respondiera.

*«Paso por ti en diez minutos...»*

Las primeras palabras que ella me dirigió en días fueron solo tres:

*«Tomaré el metro...»*

Mientras caminaba hacia el Bentley comencé a teclear la respuesta.

*«Sesión de fotos en Coney Island.*

*Los demás se han ido hace veinte minutos.*

*No leíste ningún jodido mensaje de los que te envié, ¿cierto?»*

Y como le había enviado mensajes con contenido bastante estúpido, una parte de mí se alegraba de que ella no los hubiese leído. Quizás «ignorado» era una mejor opción que «rechazado» en esta ocasión.

Estaba encendiendo el motor del Bentley cuando otro mensaje suyo hizo vibrar mi celular.

*«¿Realmente tengo que ir?»*

*Dios.* Me froté los ojos. Daniel ya me había dejado claro que no

tenía planes de ayudarme a alejarnos, él quería demostrarme que podía estar cerca de Emma, o de cualquier otra persona, y que nada malo pasaría. Se sentía como si la usara como un ratón de laboratorio y eso no me gustaba. Sin embargo, la perspectiva de permitirme ser yo mismo con ella no sonaba completamente horrible. Una parte de mí insistía en querer dejar de empujarla lejos, en permitir que ella se acercara tanto como quisiera. Claro que, bueno, eso ya era algo condenadamente difícil. Había intentado con tanto ahínco que Emma me odiara que probablemente ya lo había logrado y eso, tenía que admitirlo, me jodía.

Suspiré, apesadumbrado, y respondí rápidamente su mensaje con una afirmación antes de concentrarme en conducir hasta Roosevelt.

Cuando estuve fuera, estacionado en una calle lateral donde podía pasar desapercibido, le avisé que había llegado. Pasaron unos infernalmente largos minutos donde mis manos estuvieron sudando y mis pies se mantuvieron dando golpecitos desesperados, antes de que pudiera finalmente ver a Emma.

Ella estaba vistiendo unos pantalones pesqueros de mezclilla, una blusa azul y encima un cárdigan, de esos que ella siempre solía usar; el de hoy era color café. Su cabello estaba recogido en un moño alto y llevaba solo un poco de brillo en los labios.

Por la expresión en su rostro, adiviné que no se encontraba precisamente contenta con la idea de ir a Coney Island, creo que realmente lo que odiaba era el hecho de tener que ir conmigo.

La observé en silencio mientras ocupaba el lugar del copiloto y se colocaba el cinturón de seguridad. Apenas terminó de hacerlo, sus ojos miraron hacia el frente, a la calle donde nada interesante estaba ocurriendo pero que, seguro, era mucho mejor que verme a mí.

—Entonces... ¿No estás dándome los buenos días? —pregunté sin poder contenerme, traté de que mi tono fuera amable, hasta un poco bromista, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

—Buenos días...

Esbocé una mueca sin darme cuenta ante la frialdad con la que lo dijo. Bien. Me lo merecía, le dije cosas estúpidas y ella estaba molesta conmigo. Es solo que el hecho de saber que te mereces algún castigo no significa que se sienta bien recibirlo.

—Oh, seguro —murmuré, sintiendo la tensión aplastándome un poco—. ¿Por qué no has ido a Beat toda la semana? —le pregunté, aunque conocía la respuesta, tratando desesperadamente de dirigir la conversación lejos del abismo de la incomodidad.

Obviamente no elegí una buena pregunta para hacer las cosas más cómodas, lo descubrí bastante pronto cuando ella rodó los ojos como si yo hubiese dicho una gran estupidez.

Creo que fue lo que hice.

—Cosas de la universidad... Le pedí permiso a Daniel.

La seguí observando, advirtiendo cómo sus labios se habían convertido en una fina línea, cómo su mandíbula lucía tensa y la arruguita en medio de sus cejas denotaba el malestar que le estaba causando nuestra conversación. Si es que podíamos llamarle a esto conversación, por supuesto.

Con pesadumbre, me di cuenta de que irme por las ramas no funcionaría con Emma, estaba haciendo todo más difícil. Si quería pedirle disculpas tenía que hacerlo directamente.

—Sé que estás enojada, Emma, y...

Ni bien había comenzado a hablar, ella me dio una mirada fulminante que me hizo callar.

—Sí, lo estoy, James. Estoy enojada porque sigo pensando que actuaste como un idiota la última vez y me molesta realmente mucho cuando las personas se comportan de ese modo. No sé en qué estabas pensando cuando te presentaste en Roosevelt para hacer ese tipo de acusaciones sin sentido, pero sé que este no es el momento para discutir sobre ello porque debes llegar a tiempo a esa sesión de fotos en Coney Island y para ello debes comenzar a conducir ahora. Sin distracciones.

Cerré la boca y me tragué el nudo que atenazaba mi garganta junto a las disculpas y cualquier cosa que habría querido decirle.

El resto del camino hasta llegar a Luna Park fue incómodo y silencioso. El libro que llevaba conmigo para dárselo se mantuvo escondido en la guantera del auto, no creí que el momento fuera apropiado para dárselo, ni siquiera me atreví a preguntarle si había recibido el pastel y el café que dejé con su compañera de dormitorio el día anterior. Esperaba que sí.

Apenas llegamos al parque en Coney Island, lo primero que Emma hizo fue alejarse de mí e ir con Heaven y Lia, quienes parecían contentas de verla.

—Ella luce bien —comentó Blake, acercándose a mí. Volteé a verlo y me di cuenta de que sus ojos miraban en dirección a las mismas chicas que yo observaba antes—. Lo que quiero decir es que *Piglet* luce muy bien para haber estado todos estos días enferma de catarro...

—Tal vez ella tiene un buen médico... —murmuré con una mueca.

—Tal vez ella simplemente tenía razones para no querer ir a trabajar —replicó Blake, encogiéndose de hombros—. No lo sé.

Lo observé de reojo, él estaba un poco hinchado del rostro, como si acabara de despertar. La barba y su usual expresión ceñuda lo

hacían lucir intimidante, pero no para mí. Conocía a Blake, sabía que él no era el chico rudo que la gente creía que era solo por su apariencia.

—¿Qué hacen? —preguntó Carter, acercándose a nosotros.

—Observando el panorama —dijo Blake, palmeándole la espalda mientras lo incluía en nuestro pequeño círculo de conversación—. Esa chica, Heaven, es linda. Tiene una voz poderosa, la escuché ensayando con Eric el otro día.

—Es cierto. —Asintió Carter—. Es guapa y talentosa, tiene una voz increíble. Por algo está por debutar, ¿no?

—Estoy de acuerdo —admití—. También la escuché con Eric en el estudio esta semana... Su voz es simplemente magnífica. Reconozco cuando alguien tiene talento y lo juro, esa chica lo tiene. Va a arrasar.

—Lia también habla siempre sobre cuán talentosa Heaven es —comentó Carter, pasando una mano por su barbilla mientras miraba a las chicas—. Ella se han hecho buenas amigas en estos últimos meses.

—Algo raro por tratarse de Lia, ¿verdad? —indicó Blake—. Se le da mejor hacer amigos entre el género masculino. Y no lo estoy diciendo en un mal sentido, solo es algo que he notado.

—No, lo sé, es cierto. —Carter frunció un poco el ceño—. Creo que ella simplemente no es de las personas que se sienten cómodas con los demás fácilmente y se le dificulta todavía más con las otras chicas. Tiene un carácter... especial.

—¿Especial como de los mil demonios?

Mientras los escuchaba hablar sobre Lia, vislumbre al fotógrafo y su equipo terminando de preparar sus instrumentos para la sesión. Estas fotos iban a ser publicadas en la próxima edición de la revista

para la que ellos trabajaban. Era parte de la estrategia de promoción para el lanzamiento de Heaven.

El plan era usar Luna Park hasta antes de las once de la mañana, hora en la que el parque abría sus puertas al público, y luego continuar la sesión de fotos en el acuario.

Enseguida el personal de la revista nos envió a cambiarnos de ropa a los vestidores que se habían instalado para nosotros mientras que a Heaven la llevaron primero con las estilistas.

Media hora más tarde, después de las primeras fotografías, me extrañó el hecho de no ver a Emma por ningún sitio.

Le pregunté a Michael por ella apenas que tuve la oportunidad de hacerlo. Él parecía estresado hablando por teléfono, llevaba así casi desde que la sesión inició. Le pidió un minuto a la persona con la que hablaba y apartó el teléfono de su oreja, cubriéndolo con la mano.

—No lo sé. Estaba con Lia, tal vez Ronald las envió a hacer algo, pregúntale a él.

Con la mirada Mike señaló en dirección al representante de Heaven, yo fruncí el ceño.

—¿Por qué mierda él enviaría *amiasistente* a hacer algo?

—Joder, Jamie, no tengo idea. Pregúntale a Ron, debo seguir atendiendo esta llamada. De verdad es importante.

Hice una mueca mientras lo miraba volver a concentrarse en la conversación telefónica. No de muy buena gana, me acerqué al manager de Heaven y le pregunté por Emma. El hombre no me agradó, era un típico lame botas, pero no diré que no me sentí agradecido cuando dijo que se encargaría él mismo de buscar a mi asistente.

Él no hizo gran cosa, sin embargo. Fue por aquí y por allá, dio un

par de vueltas alrededor, pretendiendo que la buscaba, y al final se rindió.

No podía concentrarme en la sesión mientras me preocupaba al mismo tiempo por la ausencia de Emma. Seguro ella estaba con Lia, pero igual estaba intranquilo.

Y mis nervios empeoraron porque, mientras ellas seguían sin aparecer, las que llegaron fueron las fanáticas. Eran muchísimas y no teníamos ni idea de cómo se habían enterado de que estábamos allí. Varias de las chicas llevaban incluso carteles apoyando a Heaven, me pareció que había chicos animándola también, pero, en su mayoría, las demás chicas allí reunidas eran GGs.

Aún después de la charla que tuve con Dan, me seguía aterrando el hecho de que Emma estuviera expuesta ante todas estas personas. Me aterraba y era una sensación de ahogo que no podía evitar.



Eran cerca de las cuatro de la tarde y seguía sin saber nada de las chicas. Emma y Lia simplemente no se habían aparecido en Luna Park, ni en el acuario, y yo estaba muy desesperado por saber que ellas se encontraban bien. Yo podría parecer un paranoico, tal vez lo era, pero sencillamente no podía estar tranquilo con esto.

Habría querido que todo saliera bien en este corto viaje a Coney Island, sin embargo, las cosas, como siempre, se habían salido de control. No podía dejar de repetirme que debí haberle dicho a Emma que no viniera cuando me lo preguntó. Me atormentaba pensar en que, por mi egoísmo, por mis ganas de verla, ella estaba aquí. Yo podría haberle dicho que nos viéramos hasta el lunes.

Mierda, mi cabeza dolía.

Nos encontrábamos ya en Manhattan Beach Park, lugar donde se

tomarían las últimas fotografías de la sesión, y todavía no tenía noticias de Emma. Michael se encargó de deshacerse de las fanáticas que se acumularon fuera de Luna Park y del acuario. Les dijo que la sesión había llegado a su fin y que nos marcharíamos a casa. Era mejor no tomar el riesgo de que nos siguieran hasta aquí. Teníamos protección acompañándonos, pero el espacio era abierto, por lo que seguía siendo inconveniente.

—Listo, chicos. Tranquilícense —nos dijo Mike—. Ellas están bien. Vienen en camino.

—¿Dónde estaban? —le lancé la pregunta de inmediato—. ¿Seguro que están bien?

—Lo están, tranquilízate. Ellas salieron a comprar algo de comer en la mañana y cuando volvieron se encontraron con el desastre de fans en la entrada. Como les fue imposible acceder, han estado vagando por Coney, esperándonos.

Asentí. Mike no dijo nada más, uno de los fotógrafos lo llamó por un problema relacionado con la poca iluminación del lugar, así que, resoplando, fue a ayudarles a buscar una solución.

—¡Ahí están, chicas!

Cuando Eric gritó lo anterior diez minutos más tarde, el corazón casi se escapó de mi pecho. Volteé de inmediato y me encontré con Emma y Lia llegando.

Antes de pensarlo yo estaba caminando hacia ellas y, actuando por puro impulso, sujeté la mano de Emma y la aparté del resto, llevándola conmigo.

—¡Me estás lastimando! —la oí quejarse mientras tironeaba para zafarse de mi agarre, yo no me había dado cuenta de que la sujetaba con tanta fuerza.

La liberé de inmediato y me volví hacia ella.

Estaba aliviado de verla y creí que podía abrazarla en cualquier instante. En serio que sí. Yo tenía algo con esta chica, ella me preocupaba todo el tiempo de una manera que resultaba alarmante. No era normal. Y al demonio con eso, podía ser todo lo raro del mundo, pero seguía queriendo abrazarla. Pero seguro esa no era la mejor idea, porque Emma estaba frunciéndome el ceño, evidentemente molesta. Mierda.

—¿Qué es lo que pasa contigo ahora, James?

No pude evitar fruncirle el ceño del mismo modo en que ella lo fruncía hacia mí. ¡Joder! Estaba malditamente preocupado por ella, ¿era tan difícil de darse cuenta? Sabía que no era adivina para saberlo, pero yo no estaba siendo precisamente bueno con las palabras últimamente. Expresarme con ella, en especial, parecía complicado.

—No. ¿Qué mierda te pasa a ti? —Llevé mis manos a mi cabeza un instante y me ordené calmarme, pero no pude—. ¡Se fueron sin avisar, Emma! *Joder*. Estaba preocupado y luego...

—¡Lia le envió un mensaje a Michael! —replicó—. Avisamos dónde estábamos y por qué no podíamos volver, James. Tú estabas ocupado con las fotos, había personas para atenderte, no me necesitabas realmente. ¿Por qué estás haciendo un problema de esto?

Algo se sacudió en mi pecho cuando mi mente respondió a la pregunta que ella hizo. Me sentí palidecer, esa era una respuesta que jodidamente asustaba.

Emma enarcó las cejas, esperando que yo dijera algo.

Sacudí la cabeza, sospechando que mi poca cordura no iba a durar por mucho más tiempo.

—Tú... nunca ves el maldito problema de nada. —Mordí el interior de mis mejillas—. No sé por qué pensé que... ¡Mierda! Tú simplemente no tendrías que haber venido hoy.

Si había planeado arreglar algo entre nosotros hoy.. la verdad es que solo estaba jodiendo más las cosas. El racionalyose encontraba observando todo en algún puñetero rincón de mi mente. ¿Y qué hacía él que no intervenía? Estaba dejando que el miedo, la tensión y la frustración tuvieran el control en esto.

—¿Oh, en serio? Pues eso discútelo contigo, Wolf. —Cruzó los brazos sobre su pecho y frunció más el entrecejo—. Yo te pregunté si era realmente necesario venir y fuiste tú el que dijo que sí. Lo recuerdas, ¿no?

—Yo estoy tan...*harto* de esto, *harto* de... —Apreté los dientes con impotencia. No estaba *hartode*ella, estaba *harto* de no poder hacer nunca nada bien*orella*. Esa era la realidad.

Emma mordió su labio inferior con fuerza y su barbilla tembló.

—Tú no eres el único que está *harto* por aquí, James —dijo, pude ver la gotita escarlata manchando su labio inferior, allí donde ella se había mordido con demasiada fuerza—. Y ni siquiera sé de qué se trata todo esto. Yo solo... creo que necesito algo de aire.

Se encogió de hombros, humedeció sus labios y, tras darme una mirada desilusionada, se alejó de mí dando grandes zancadas por el lado contrario por el que habíamos llegado.

La observé alejarse, llevando una mano a mi nuca. Mierda. Yo no podía hacer una puta cosa bien cuando se trataba de ella.

—Si Emma no te odia aún, James —oí la voz de Lia a mis espaldas, así que volteé a verla; ella me miraba reprobatoriamente—, creo que eso sería un milagro.

—Yo no... —Apreté los labios, frustrado—. No lo entenderías, Lia, es que yo...

—No, no me des explicaciones a mí. —Levantó una mano y me dio una mirada severa—. No te las estoy pidiendo, James. Tú sabrás lo que haces y el por qué, no creo que sea algo que yo vaya a entender de todos modos.

» Iré por Emma. Tú ve con los demás y termina el trabajo para irnos lo antes posible.

Ella pasó a mi lado, chocando mi brazo con su hombro, y siguió el camino que Emma había tomado. Y yo me quedé allí, siendo el mismo idiota que no había podido disculparse antes y el mismo que había hecho lo que parecía imposible: joder aún más las cosas.

## Capítulo 20

La noche había caído para el momento en que terminamos la sesión de fotos con la gente de la revista. Estaba cambiándome la ropa cuando vi regresar a Lia.

Solo ella.

Maldición.

—¿Dónde está Emma? —le pregunté, acercándome mientras terminaba de deslizarme en mi cazadora de cuero negra.

La tensión en mi cuerpo solo anticipaba las malas noticias que, intuía, estaba a punto de recibir.

Lia exhaló, luciendo agotada, y negó con la cabeza.

—No pude encontrarla —declaró—. No sé dónde demonios está. Tal vez regresó a casa, no sé, ella no atiende su teléfono.

La miré con detenimiento, sopesando lo que acababa de decirme. Abrí la boca para responderle, sin embargo, ni una sola palabra encontró su camino al exterior. Negué con la cabeza y saqué mi celular para llamarle a Emma.

Tal como Lia dijo, no hubo respuesta.

—¿Qué pasa? —preguntó Mike, Lia se encargó de repetirle lo mismo que acababa de decirme a mí.

—Tenemos que seguir buscándola —declaré firmemente.

—¿Estás loco, James? —Mike me frunció el ceño.

—Ella debe haber regresado a casa —ofreció Lia, eso no me terminaba de convencer. Ni siquiera ella misma parecía convencida de lo que decía.

—James... —Mike hizo una mueca—. Oye, no podemos pasearnos ahora mismo por Coney Island buscando a Emma. Lo mejor es que tratemos de localizarla por teléfono y...

—¡A la mierda eso! —gruñí, frunciendo el ceño mientras daba un paso hacia atrás—. Llámala tú, yo me voy a buscarla.

—¿Qué pasa? —preguntó Logan, arribándonos.

—James... —me dijo Mike a modo de advertencia.

Rodé los ojos y le lancé las llaves del Bentley a Logan, él las atrapó al vuelo, mirándome sin entender lo que ocurría.

—Si tienen que irse, entonces háganlo —dije, evidentemente con molestia, para todos; luego me dirigí a mi amigo—. Llévate mi auto.

Por mucho que el auto habría sido de ayuda en la búsqueda de Emma, no deseaba llamar la atención paseándome por las calles de Coney Island y lograr que las fanáticas se volvieran a reunir.

Respiré hondo y, antes de que cualquiera de los tres tuviera oportunidad de decir algo para llevarme la contraria, comencé a caminar hacia el mismo punto donde había desencadenado toda esta jodida situación.

—¡James! —Logan gritó a mis espaldas—. Pero... ¡Espera! ¡¿Qué se supone que harás tú si me llevo el Bentley?!

—Céline... —respondí simplemente, sin volverme a mirarlo.

Incluso si Emma ya se encontraba en su residencia, cómodamente durmiendo, yo no era capaz de simplemente irme sin antes recorrer cada centímetro de Coney Island.



Había caminado hasta Luna Park, registrando minuciosamente todo a mi paso, sin obtener la más mínima pista de Emma. Los demás se habían marchado media hora antes debido a que un par de

chicas dieron con ellos. Según me dijo Lia, fue un encuentro inofensivo donde firmaron autógrafos y se tomaron fotos con las fans, sin embargo, era seguro que en cuanto esas fotos fueran posteadas en la internet, más fanáticas acudirían. Por ello Mike decidió que era hora de irse.

Estaba a punto de intentar llamar nuevamente a Emma cuando mis ojos la captaron saliendo del prácticamente vacío parque de diversiones. Ella caminaba tambaleándose, como si estuviese ebria o mareada, y estaba dirigiéndose a la playa.

La seguí en silencio, vigilando cada uno de sus pasos, hasta que llegó a la orilla de la playa, donde se dejó caer. Puso sus rodillas contra su pecho y su mirada se vio rápidamente atrapada por el mar, que en ese momento se veía tan oscuro como el firmamento sobre nuestras cabezas.

Observándola, no pude evitar pensar en lo confundido que me encontraba en este momento de mi vida. Y, en gran medida, esta confusión había llegado a mí con ella. ¿Qué es lo que estaba bien y qué no? ¿Qué es lo que yo quería realmente? No tenía ni idea.

Todo el tiempo estaba empujando a Emma tan fuertemente lejos de mí... ¿Y si no era eso lo que quería? ¿Y si en realidad quería mantenerla cerca? Se me formó un nudo en la boca del estómago y sentí la presión de lo que eso podría significar aplastándome en el pecho.

Sacudí la cabeza, alejando los caóticos pensamientos, y entonces descubrí la única cosa que en este momento podría aceptar como cierta: no quería que Emma me odiara. La idea de que ella me odiara me había estado molestando todos estos días y esa era la razón: no quería que lo hiciera.

Tantas veces había estado dirigiéndome a conseguir su odio que, sin darme cuenta, alcanzar ese propósito era algo que me aterraba.

Tragué saliva con dificultad, parpadeando, y dejé mis cavilaciones de lado cuando vi que ella se frotaba los brazos.

Me quité la cazadora y comencé a acercármele mientras le llamaba a Lia para informarle que finalmente la había encontrado, tal como me había hecho prometer que haría. Ella todavía no contestaba cuando alcancé a Emma, que no fue consciente de mi presencia hasta que me incliné y coloqué la chaqueta sobre sus hombros.

—¡James! —dijo Lia al otro lado de la línea.

Emma levantó el rostro entonces, buscándome, y cuando me encontró su ceño se frunció con confusión.

—James, por el amor de Dios. ¿Sigues ahí? ¡Contesta! —decía Lia—. Estúpido chico, ¿la encontraste? ¡Dime algo o llamaré a la policía en este momento para que comiencen a buscarla!

—Tranquilízate —le ordené, respirando hondo—. Aquí estoy.

—¿Estás con Emma? ¿Están ambos bien?

—Sí, los dos estamos bien...

—¿Seguro? Puedo llamar a la policía... Dios, voy a llamar...

Puse los ojos en blanco.

—No, no llames a la maldita policía, dije que la acabo de encontrar.

—¿Estás siendo serio? ¡Pon a Emma al teléfono!

—Joder, ya te he dicho que ella está bien.

Se tomó un largo suspiro.

—De acuerdo... Bien. —Exhaló ruidosamente—. ¿Van a poder volver a casa sin problemas? Podemos regresar por ustedes...

—No, yo lo arreglo todo.

Corté la llamada sin decir nada más. Me guardé el celular en el bolsillo y me demoré unos segundos a propósito antes de dejar que mis ojos volvieran a Emma. Negué con la cabeza, recordando todo lo que había pasado en el día, y me dejé caer en la arena, a su lado.

Me sentía extrañamente... vulnerable.

—Fuiste demasiado lejos... —le dije mientras masajeara mis sienes, el dolor estaba concentrándose allí—. Todos estaban muy preocupados. ¿Dónde te metiste todo este tiempo?

Emma me miró, su boca abriéndose en un pequeño círculo, y luego apartó la mirada, evadiéndome.

—La montaña rusa —dijo en voz baja—. No quería preocupar a nadie.

—Pues lo hiciste.

No respondió nada, sencillamente se quitó mi chaqueta, me la entregó y se puso de pie.

—¿Qué haces? —le pregunté, confundido.

—Ir por los demás.

—Ellos se han ido.

La expresión en su cara me lo dijo todo. Odiaba el hecho de estar a solas conmigo. Envuelto en ese amargo pensamiento, me puse de pie, sacudiendo la arena de mis pantalones. Metí las manos en los bolsillos de los vaqueros, mirando con ojos entornados a Emma bajo la escasa luz que proyectaba la luna, y suspiré.

—Sígueme —le indiqué, apuntando con mi barbilla hacia la izquierda.

Comencé a caminar, dándole la oportunidad de tener su espacio, pero después de avanzar unos pocos metros tuve que regresar por ella porque no estaba siguiéndome. Solo me miraba.

Incluso cuando estuve a unos pasos de ella, no se movió. Suspiré, me situé detrás suyo y volví a deslizarle la chaqueta por los hombros ya que era evidente que tenía frío.

Inhalé profusamente y me atreví a dejar que mis manos se asentaran sobre sus hombros lentamente. Pasó un segundo en el que simplemente me obligué a respirar, esperando que ella se alejara, pero no lo hizo.

Entonces empecé a empujarla amablemente hacia el frente, dirigiendo su camino, pero ella reaccionó tensándose y obligándome a detenerme.

—Yo... suéltame, James —dijo, sonando confundida, como si no estuviera segura de que era eso lo que quería decir en realidad.

Aunque no podía verme porque yo seguía estando a sus espaldas, negué con la cabeza.

—No voy a soltarte. Noquierohacerlo.

Me sorprendí a mí mismo diciéndole aquello con la naturalidad que alguien habría usado para decir que era de noche o que le gustaba la luna. El nudo duro en mi estomago seguía presente y las ideas revoloteando en mi mente para atormentarme también.

Emma intentó sacudirse mis manos de encima, hizo algún movimiento brusco y estuvo a punto de caer. La sujeté apenas a tiempo, y eso solo consiguió hacer que la cercanía entre nosotros aumentara. Contuve el aliento mientras me daba cuenta de que mis brazos se envolvían alrededor de ella y la sostenían por la cintura, mientras que sus manos estaban en mi pecho porque de algún modo ella había quedado frente a mí. Emma parpadeó y el siguiente objetivo de mi mirada fueron sus labios. Y entonces no estaba pensando, me limitaba a la sensación de libertad que me daba el

inclinarme poco a poco hacia ella, dispuesto a dejar que cualquier cosa pasara.

Sin embargo, nada pasó.

—¿Ahora qué? —murmuró, frunciendo el ceño. Los latidos de mi corazón se habían acelerado.

Mordí mi labio inferior, que picaba por la decepción, y tragué saliva dificultosamente.

—Logan se llevó mi auto y todos se han ido —le informé, tratando de sonar sereno, y me encogí de hombros—. No podía salir a buscarte en el Bentley, todo el mundo se habría dado cuenta de mi presencia y habría sido complicado. —Suspiré—. Ahora vamos a buscar una forma de volver a Manhattan.

—¿Sí? ¿Cómo piensas hacer eso? —me cuestionó—. Simplemente vayamos a la estación del metro y...

—Eso sería ir directo al jodido infierno —dije con una mueca—. Tengo una forma de...*conseguir* alguien que nos lleve. Solo tenemos que llegar hasta allí.

La miré a los ojos por tanto tiempo como pude, sabiendo que pronto tenía que retirar mis brazos de su alrededor y continuar viviendo como si eso no importara.

—Vamos —murmuré, obligándome a soltarla finalmente. No fue fácil. Tenerla así de cerca no se sintió incorrecto o incómodo, todo lo contrario.

Antes de abrazarla nuevamente, rindiéndome ante la sensación de vacío y del despojo de calidez, me alejé de ella. No estaba seguro de si venía conmigo o si se había quedado atrás. Tenía miedo de comprobarlo, así que me limitaba a avanzar sin detenerme.

—Realmente no lo entiendo. —Oír su voz a mi lado me dio cierto

alivio, miré de reojo y ella estaba allí, dando grandes zancadas para caminar a mi paso.

—¿Qué? —repliqué, tratando de caminar más lento.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué le dejaste tu auto, *tu amado auto*, a Logan?

—Ya te lo dije —respondí, arrastrando las palabras.

—Sí, pero, ¡vamos!, ¿no es una cosa difícil de creer? Dejaste ese auto que tanto amas, y toda la comodidad de regresar pronto a casa con los demás, y en su lugar estás pasando dificultades conmigo que soy, probablemente, la persona que más odias en el mundo entero.

Sus palabras tan carentes de duda fueron un golpe duro para mí. El nudo estaba en mi garganta, atenazándola, y yo no podía responder nada. Era un desastre en ese momento... lo era siempre.

Por un rato el sonido de las olas rompiendo en la orilla fue todo lo que se oyó entre nosotros.

—Nunca he dicho que te odio... —confesé finalmente, cuando fui capaz de hacer que las palabras salieran de mi garganta.

—Espera... ¿qué? —objetó—. Correcto, nunca lo has dicho con esas palabras, ¿verdad? Pero lo haces. Quiero decir, sí, a veces me da la impresión de que yo podría agradarte un poco, pero luego haces que cambie de opinión nuevamente. Dios, me haces sentir complicada.

Aplané los labios mientras la oía hablar. La miré de reojo, ella no me estaba mirando de vuelta. Ni siquiera parecía molesta admitiendo que yo le odiaba, mientras que su declaración a mí me estaba matando.

—No te odio —aseguré, mirándola con intensidad, intentando proyectar la sinceridad en mis palabras; ella levantó la mirada,

tropezando con la mía por un segundo— *No. Te. Odio.*

Esbozó una pequeña mueca y apartó la mirada.

—No me crees... —afirmé con aprensión.

Quizás ella no tenía motivos para creerme, pero aun así yo quería que lo hiciera. Necesitaba que Emma me creyera cuando le decía que no la odiaba porque esa era la verdad. A estas alturas yo estaba muy seguro de que el odio no era uno de los sentimientos que ella despertaba en mí.

—No lo sé, James. —Frunció el ceño—. Hoy ha sido un día agotador y simplemente no sé qué pensar ni en qué creer. —Se abrazó a sí misma—. Estuve durante horas en esa cosa infernal llamada montaña rusa y todavía me siento algo mareada. Nunca me subí a una y esta tarde obtuve lo suficiente de ella para el resto de mi vida...

—¿Estuviste en la montaña rusa todo este tiempo? —Ella me miró de reojo y asintió—. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Nadie me dijo que ayudaría a deshacerme del enojo, pero lo hizo.

Me humedecí los labios.

—¿Tú... ya no estás enojada conmigo?

—Lo único que siento en este momento es cansancio. —Volvió a encogerse de hombros—. No me gusta sentirme enojada, James, porque siempre termino llorando como una tonta cuando eso pasa. Y los últimos días he estado tan enojada contigo... —Hizo un puchero con los labios—. Creí que estaría bien si evitaba verte por un tiempo, pero entonces esta mañana tuve que subir a tu auto para venir aquí y me sentí igual de enfadada que el domingo pasado... y no lo pude

ocultar.

Bajé la mirada, contemplando la arena sobre la que caminábamos.

—Sí, me di cuenta de ello. Tú... um, no leíste los mensajes que estuve enviándote, ¿verdad? Yo... —hice una mueca— quería disculparme. Sé que dije algo realmente estúpido la última vez y que un «lo siento» no siempre es suficiente, pero...

Ella suspiró.

—¿Ves por qué es difícil para mí estar segura sobre cualquier cosa que tenga que ver contigo? —Me miró a los ojos, negó con la cabeza y volvió la vista al frente un segundo más tarde—. Solo leí los mensajes que enviaste hoy. Leeré los otros cuando recupere mi celular... mi bolso se quedó en tu auto.

—No estoy seguro de que quiera que leas esos mensajes...

—Mala suerte para ti porque ya los enviaste y como están en mi poder, no puedes evitar que yo los lea.

Me ofreció una minúscula sonrisa, algo incómoda, que no pude evitar corresponderle.

—Son mensajes estúpidos y patéticos...

—Bien —fue todo lo que dijo.

Llegamos a nuestro destino, así que me detuve y se lo comuniqué. Salté el tapiado bajo que delimitaba la ostentosa casa en la que habitaba Céline Langford y ayudé a Emma a hacer lo mismo antes de seguir el camino hasta la entrada trasera de la casa. Llamé a la puerta y rogué en mi interior que mi madre fuera capaz de ayudarme solo esta vez.

# Capítulo 21

Fruncí el entrecejo en el instante en el que no fue mi madre quien apareció tras abrirse la puerta y, en cambio, un exageradamente bronceado hombre rubio de ancha contextura y rígidos músculos, producto de horas en el gimnasio y esteroides, apareció vistiendo únicamente un par de bóxer entallados.

Aiden me sonrió de inmediato.

—¡Jamie! —dijo con demasiada, *y fingida*, alegría—. ¡Mierda, chico, qué sorpresa me has dado!

Entorné los ojos, reconociendo rápidamente el nerviosismo en el idiota esposo de mi madre.

—¿Dónde está ella? —le pregunté entre dientes.

Aiden se llevó una mano a la nuca, balbuceando, y yo decidí encontrar por mi propia cuenta a quien buscaba. Lo aparté del camino y entré a la casa. Él vino detrás de mí y Emma nos siguió. Comenzaba a ponerme muy tenso por el hecho de tenerla a ella allí con alguien como Aiden cerca.

Pasamos la cocina que, a excepción de las tres copas, claramente recién servidas, y la botella de vino descorchada en la encimera, lucía limpia y como si nadie la hubiese usado en meses. Esto último no me extrañaba, mi madre nunca había sido una gran cocinera.

Sin embargo, mis sentidos me advertían que algo no estaba bien.

—Tu madre ha viajado a Nueva Jersey —me informó Aiden, haciendo que me detuviera cuando llegaba a la sala de estar.

Lo encaré, entornando los ojos, y solo pude ver en él a una rata

sospechosa. Aiden tenía un alma sucia que cualquiera con dos dedos de frente notaría. Sus ojos verdes y astutos lo delataban. ¿Por qué mi madre no podía darse cuenta de ello?

—¿Y las llaves de su auto? —le exigí saber, cruzándome de brazos. No podía evitar sentirme asqueado mientras le miraba.

—El auto está con ella. ¿V-vas a quedarte aquí esta noche? —balbuceó, sus ojos volaron rápidamente de mí hasta Emma—. ¿Y quién es esta chica tan encantadora que viene contigo? ¿Nueva conquista? La última que tuviste era muy guapa, una rubia, ¿cuál era su nombre?

—No te atrevas a poner tus ojos de mierda en ella —gruñí, interponiéndome entre él y Emma—. Dame las llaves de tu auto —le exigí, después de todo ese era un auto comprado con el dinero *demimadre*, lo que se traducía a que había sido comprado *conmidinero*. Él solo era un zángano vividor.

Aiden palideció.

—Está en el taller... —murmuró, frustrado.

Si necesitaba otra prueba para saber que él estaba jodiendo las cosas nuevamente, esa llegó solo unos segundos más tarde.

—¡Aideeeen!—las voces, claramente femeninas, vinieron del piso de arriba. Lo fulminé inmediatamente con la mirada. Le siguieron unas risitas tontas y el trote de pies descalzos bajando las escaleras.

Mis ojos se desviaron a las chicas que acababan de bajar. Una rubia y una pelirroja, claramente ebrias; una vestía un indecente conjunto de encaje que no hacía nada por ocultar su cuerpo y a la otra, con los pechos al aire, un par de bragas rojas eran lo único que la separaba de la desnudez.

Maldito infeliz.

La ira me consumió rápidamente, dándole motor a mis acciones. Mis manos buscaron el cuello de Aiden en cuestión de segundos, embravecidas, y lo encontraron. Lo apreté, con una fuerza bruta, y lo azoté en la pared a sus espaldas.

Mi sangre hervía con furia en mis venas. Aiden, con el rostro colorado y los ojos saltándole, puso ambas manos alrededor de mis muñecas.

—¡Ja...mie! —consiguió pronunciar.

Apreté con más ímpetu su cuello. Lo observé de cerca, a ese hombre inmundo al que mi madre quería, sintiendo rabia y odio por él. Empero, aún con mi mente nublada por las malas emociones, sabía que estaba haciendo mal. Unos minutos más y me podría convertir en algo que no quería ser. Por mucho que él fuera un bastardo, yo no sería un asesino.

Obligué a mis manos a soltarlo finalmente y él se desplomó contra la pared, manteniéndose de pie con trabajos. Me alejé unos pasos, tratando de volver a mis cabales, pero seguía demasiado furioso como para hacerlo. Cerré los ojos un minuto, lidiando con mi respiración agitada, y luego me volví hacia él con mi puño.

Una parte de él crujió contra el impacto de mis nudillos. Aiden soltó un alarido, resbalando por la pared hasta quedar medio sentado en el suelo, y sangre fresca comenzó a brotar de su boca.

Las mujeres con las que pensaba revolcarse a espaldas de mi madre estaban chillando para este momento. No me importó.

—¡Ella malditamente te eligió a ti! —le grité, frenético—. ¡Puso a un pedazo de mierda como tú por delante de nosotros!

Podía sentirme rompiéndome. No estaba pensando en nada ni en nadie más que en mi dolor. Ese mismo que había enjaulado en mi

interior cuando mi madre le pidió al divorcio a mi padre y nos abandonó, estaba libre ahora y no podía contenerlo.

—James... —dijo, tratando de incorporarse. Lucía asustado y miserable.

—¡Tú eres una maldita basura! —le grité de nuevo, el nudo en mi garganta comenzaba a formarse—. ¡Ella te ama!

—James, por favor, puedo explicarlo...

—¿Explicar qué? —escupí—. ¡¿Que mientras ella no está tú metes a tus putas a la casa?! —Estaba temblando y sabía que eso era a causa de la rabia que me absorbía—. Te lo advertí, Aiden... ¡Te lo advertí, maldita sea! Si tú volvías a hacerle esto...

—James, hijo, yo no... —Sus ojos me abandonaron, yendo a un punto detrás de mí, buscando desesperadamente ayuda.

Seguí la dirección de su mirada y me encontré con una aterrada Emma. Ella estaba presenciando todo esto. Mierda. Estaba aterrada *demí*... De lo que estaba haciendo. Me llevé una mano al rostro y apreté mis sienes, tratando nuevamente de disipar la cólera.

—Quiero que te largues ahora mismo de aquí —le ordené a Aiden. Él se tambaleó hacia las escaleras, me le adelanté para impedirle subir.

—¡Vete de aquí! —le gruñí—. ¡Y ustedes también! —le indiqué a la rubia y a la pelirroja. Éstas últimas salieron corriendo de la casa por la puerta principal, dejándola abierta detrás de ellas.

Aiden no se movió.

—Mis cosas... —indicó con una mano temblorosa hacia el piso superior. Él tenía que estar jodiéndome.

—¡Vete a la mierda!

No pude detenerme de lanzarle un puñetazo más. Lo empujé

fuera de la casa y cerré la puerta con mis manos temblando.

Toda la energía negativa que caldeaba mi pecho fue drenada de golpe cuando no lo tuve más en mi presencia; sentí rápidamente un vacío que me entumecía. No era alivio, solo era... vacío.

Me dejé caer en el último peldaño de la escalera, sin fuerza, y escondí mi rostro detrás de mis manos. ¿Por qué nada salía bien? Solo había querido pedirle un favor a mi madre, solo quería hacer algo bueno por Emma y en su lugar... en su lugar la había dejado ver toda esta mierda. *Mimierda*.

Noté el calor de su cuerpo cuando se deslizaba junto a mí en silencio. Las lágrimas que no quería derramar eran demasiado persistentes.

—Odio esto —admití en voz alta, tratando de secar la humedad de mi rostro sin que ella lo notara—. Odio que hayas visto esto.

—¿Qué es lo que odias? —me respondió suavemente—. ¿Qué yo haya visto que eres una persona con, de hecho, sentimientos?

Levanté la mirada hacia ella, parecía tranquila junto a mí. La expresión de terror ya no estaba en su rostro, pero podía ver la compasión. No quería eso tampoco.

—Odio que hayas visto mi mierda —murmuré con la barbilla temblándome, y bajé la mirada—. Fue estúpido traerte aquí.

—No sé de qué hablas. Lo único que vi fue a ti, haciendo lo correcto. Ese tipo estaba engañando a tu mamá. ¿Por qué, en el mundo, se convierte en tu mierda?

—Porque ahora lo sabes —respondí en un hilo de voz—. Mi propia madre escogió a ese idiota sobre mí. No quiero compasión por eso... Nunca he querido... —la miré a los ojos, rogándole que me entendiera—. No quiero tú compasión.

Ella negó con la cabeza, sin apartar la mirada.

—Nunca te compadecería por esto. Tú no fuiste el que tomó decisiones equivocadas.

Mantuvimos el contacto visual por uno o dos minutos, en silencio. El tiempo suficiente como para creer lo que me había dicho. Yo no quería que ella me compadeciera, quería que me entendiera. Y sólo en esos instantes, mientras nos mirábamos a los ojos, sintiendo como si estuviera dejándola ver mi alma al desnudo, creí que ella realmente lo hacía. Que me entendía.

—También he tomado decisiones equivocadas... —dije, apartando la mirada y poniéndome de pie—. Deberíamos irnos.

—No podemos ahora mismo. No tenemos un auto.

—Joder —musité sin emoción, pero el enojo no demoró mucho en volver. Es sólo que esta vez tenía un objetivo diferente: yo—. Simplemente debí decirle a Logan que esperara por nosotros. Mierda. Tienes que volver a la residencia antes del toque de queda. No debiste venir. Y no sé cuando volverá mi madre. Tengo que decirle lo que pasó... Joder, joder, joder.

—Está bien —la oí decir mientras se ponía de pie—. Nadie va a notar que no estoy. —La miré con ojos entornados, tratando de entender lo que quería decir. Se encogió de hombros—. No he hecho muchos amigos, mis padres están a cientos de kilómetros de distancia y mi compañera de cuarto prácticamente vive en el departamento de su novio —explicó—. No habrá nadie buscándome ni necesítandome esta noche.

La forma en la que habló tan despreocupadamente sobre su falta de cercanía con otras personas no me gustó. Yo sabía lo que era la soledad y no podía imaginarla a ella viviendo eso. Quería abrazarla,

quería...

—Estoy tan jodido —murmuré, apenas capaz de oír mis palabras yo mismo.

Caminé hacia la puerta y saqué mi celular para llamar a mi madre. Ella respondió al tercer tono.

—¿Jamie?

—¿Cuándo vuelves a Coney?

—Yo... eh, mañana. ¿Hay algún problema?

—Um, tenemos que hablar. Pasaré la noche aquí, aunque... —Miré sobre mi hombro a Emma—. Espera un segundo.

Me acerqué a ella y le pregunté acerca de quedarnos a pasar la noche. No quería incomodarla ni obligarla a nada, podía llamar un taxi para que ella se fuera, sin embargo, a pesar de todo, dijo que estaba bien quedándose. Asentí y volví a alejarme para tener un poco de privacidad en la llamada.

—¿Sigues allí? —Oí la voz de mi madre.

—Sí, te esperaré aquí mañana.

—Claro, cariño, me encantará verte. ¿Está todo bien allí con Aiden? Sé que ustedes no se llevan muy bien...

—No importa. Te veré aquí mañana.

Corté la llamada antes de tener que darle más explicaciones. Cuando busqué a Emma, ella ya no estaba. Con una mirada supe que se encontraba en el piso de arriba.

Suspiré y subí de dos en dos las escaleras, encontrándome con las familiares cuatro puertas que llevaban a las habitaciones y al cuarto de baño. Fui directamente a la que estaba entreabierta, la de la alcoba de visitas, y allí estaba ella.

Emma estaba concentrada en arreglar la cama cuando la encontré.

Comprendí lo que ella pretendía, esa era la habitación donde Aiden había estado con las rubias. La maleta de un molesto color rosa chillón que yacía en la esquina, abierta y con cosas repugnantes saliendo de ella, me lo dejaba claro.

Me acerqué en silencio hasta que solo unos pasos me separaban de ella.

—¿Qué haces? —le pregunté—. Es repugnante el solo estar aquí, no tenías que...

Ella se dio la vuelta, sobresaltada por mi voz, y se encontró conmigo a una corta distancia.

—Solo... pensé que era mejor si todo eso no estaba aquí cuando tú o ella... —señaló hacia la maleta color rosa chillón y no dijo nada más. Entendía lo que quería decirme, de todos modos.

Negué con la cabeza, la sujeté por la muñeca y nos saqué de ese inmundo lugar donde Aiden engañaba a mi madre.

—Esa no es la habitación de ella —le dije—. Al menos él no fue tan descarado como para meterlas a la cama de Céline. Y, como sea, es mejor que ella vea todo eso. Tal vez así no lo perdone esta vez.

—¿Piensas que ella lo perdonará? —preguntó, sonando escéptica. Bajé la mirada.

Nadie en su sano juicio perdonaría a un bastardo como Aiden, pero mi madre... Yo no quería explicarle cómo era ella.

—Sígueme —le indiqué, caminando hacia la que solía ser mi habitación. Abrí la puerta, encendí las luces y dejé que entrara de primera—. Puedes dormir aquí. Buscaré algo que puedas usar si quieres ducharte.

—Gracias —asintió.

Eché un último vistazo a la habitación tapizada en tonos azules,

sabiendo que ella notaría rápidamente la pared que estaba cubierta de fotografías de cuando yo era más joven; fotos donde estaban mi padre y mi madre, recuerdos de cuando los tres éramos felices juntos. O al menos yo era feliz con ellos, no lo sabía con seguridad.

Después de no encontrar ninguna pijama apropiada en el guardarropa de mi madre para prestarle a Emma, regresé con ella y busqué por los cajones de mi antigua habitación, que aún conservaban ropas mías. Encontré dos pares de pijamas que nos servirían a ambos, le entregué un par y le ofrecí que se duchara primero.

Esperé hasta que ella salió del baño con el cabello mojado y la pijama, que consistía en un pantalón y camiseta de franela de cuadros roja, puesta. Le quedaba algo grande, sin embargo, podría dormir más cómoda que con sus pantalones.

No dijimos mucho el uno al otro, un par de monosílabos y asentimientos, y luego fue mi turno de ducharme. El agua tibia me relajó, sin embargo, los tranquilos minutos para pensar bajo la regadera también consiguieron deprimirme.

Era un desastre andante y ya no podía con ello.

—James... —oí que me llamaba desde mi habitación cuando yo salía del baño.

Ella estaba sentada en la cama, inclinándose un poco hacia delante para poder verme.

—¿Um? —dije, acercándome y apoyándome del marco de la puerta.

—¿Cómo te sientes?

—Como la mierda —respondí sin pensar.

Emma frunció el ceño.

Lo siguiente que pasó ocurrió en una especie de cámara lenta mientras yo estaba congelado en mi lugar. Ella se puso de pie, caminó hasta mí y... me abrazó. Emma puso sus brazos alrededor de mi cuello, parándose de puntitas para alcanzarme. Contuve el aliento durante unos segundos y luego me quebré completamente.

Mis brazos rodearon su cintura, me incliné hacia ella y hundí mi rostro en la curva de su cuello. Inhalé profundamente, sirviéndome del aroma que manaba. Olía a limpio, a jabón y a ese champú de fresas que había en el baño. Un río de lágrimas se desató casi al instante. Por más que lo intentaba, yo no podía contenerlas.

Emma no dijo nada, me sostuvo, sostuvo los muchos pedazos que era yo, y permanecimos así durante un largo momento.

Me sentí como un niño perdido y asustado que encontraba su hogar después de mucho tiempo. Ese pensamiento solo consiguió asustarme mucho más, así que decidí no pensar en ello. No quería pensar en absolutamente nada.

—De verdad no lo hago —susurré contra su cuello.

—¿Hacer qué? —dijo pacientemente.

—Odiarte —le aclaré, puse mis manos en sus hombros y la alejé un poco de mí para poder vernos a los ojos—. No te odio... —le repetí—. ¿Me... odias tú a mí?

—Lo he intentado —aceptó, dándome una pequeña sonrisa condescendiente—. Al parecer no puedo. No soy buena odiando a nadie.

Con el alivio que me ocasionaba su declaración, volví a pegarla contra mi pecho y estrecharla fuertemente.

—Yo... no quiero que me odies. Tienes que irte antes de que lo logres —le supliqué.

—No estoy yendo a ningún lado, James.

Sorbí la nariz, apretándola un poco más entre mis brazos, y suspiré. No quería soltarla, pero sabía que debía hacerlo.

—Supongo que debería irme ahora, pero...

Pero la idea de dormir en el sofá, solo, no parecía agradable.

—Esa cama es demasiado grande para mí —dijo—. Puedes quedarte aquí.

Yo no quería nada más en este momento.

La liberé de mis brazos, ella fue a la cama y yo apagué las luces una vez que se acomodó bajo las sábanas. Caminé por el cuarto parcialmente iluminado gracias a la claridad de la luna que se colaba por el ventanal y me detuve a los pies de la cama. Emma estaba en un extremo, tumbada sobre su costado. Había un amplio espacio para dormir sin tocarnos, pero realmente no era eso lo que yo necesitaba.

Subí a la cama y me acosté muy cerca de ella.

—Lo siento mucho —susurré contra su nuca, poniendo mi brazo alrededor de su cintura—. De verdad lo siento.

Lamentaba hacerla pasar, por tanto. Lamentaba haber entrado en su vida... Lamentaba tener el estúpido y naciente deseo de no salir de ella...

Ella no dijo nada.

Al principio, cuando la rodeé con mi brazo, noté que se tensaba, pero fue solo un instante. Sin palabras, dio la vuelta entre mis brazos, quedando frente a mí, y presionó su mano en mi mejilla con suavidad. Esa fue toda su respuesta. Mantuvo su mano allí, entibiando mi mejilla, hasta quedarse dormida.

Un poco después Emma se removió, acurrucándose más cerca de mí. Su respiración era tranquila y, por lo poco que alcanzaba a ver de

su expresión, tenía claro que ella estaba profundamente dormida.

La observé, apoyando un lado de mi rostro en una de mis manos, y le aparté los cabellos de la cara cuidadosamente con la otra. Delineé mentalmente sus rasgos y no pude evitar llegar a sus labios. No pensé mucho lo que hacía —*más bien nada*—, me incliné con sumo cuidado y presioné mi boca contra la suya.

## Capítulo 22

La observé dormir la mayor parte de esa noche, asustado por lo que había hecho...*Aterrorado* por lo que había sentido. Decir que estaba confundido ni siquiera se acercaba a cómo en realidad me sentía.

Mis sentimientos eran una pequeña tormenta que, por más pequeña que fuera, seguía siendo difícil de controlar.

Mi madre llegó temprano la mañana siguiente, y aquella no fue una reunión agradable desde que tuve que decirle lo ocurrido con el imbécil de Aiden. Su reacción fue por demás mala.

Pese a que Emma decidió ahorrarnos el bochorno de vernos discutir y esperó fuera de la casa mientras yo trataba con mi enloquecida madre que lloraba por el miserable de su marido, no pude dejar de sentirme avergonzado ante el hecho de que, quisiera o no, ella seguro había escuchado los gritos de Céline de todos modos. Grandiosa manera de comenzar el día.

Al final fue Logan quien volvió a Coney Island a recogernos. El viaje de regreso a la ciudad tampoco fue grato. Emma y él continuaban dándome miradas disimuladas como si pensarán que yo estaba a punto de explotar o desmoronarme en cualquier momento. Pero, ¿explotar? No era la primera vez que me enfrentaba a mi madre defendiendo a Aiden y pensando lo peor de mí. Y absolutamente no era la primera vez que ella lo elegía sobre mí. No iba a negar que dolía, porque lo hacía, sin embargo, ese dolor era un viejo compañero más con el que ya me había acostumbrado a vivir.

No se había abierto una nueva herida, solo se profundizaba una

antigua.

Extrañamente la persona que consiguió darme lata con un comentario estúpido cuando llegamos a Beat después del incomodo viaje desde Coney Island no fue Logan, sino Blake. Él no pudo encontrar peor momento para hacer un comentario pervertido sobre Emma y yo pasando la noche juntos. A pesar de la incomodidad que me producía, le habría ignorado de no ser porque Kaylee Johnson estaba allí para oírlo y hacer un gran drama al respecto.

La jodida Kaylee fichó abiertamente a Emma como su enemiga. Y, aunque la afectada parecía no tomarla demasiado en serio, a mí me estresaba el choque hostil producido allí. Solo podía confiar en que Kaylee no terminaría abarcando todas las áreas de fanática obsesiva y psicópata haciendo algo realmente estúpido. Podía pensar en ella obligando a su tío a enviarnos a su fiesta de cumpleaños, o en ella comprando anillos de compromiso para nosotros, pero además de ser molesta, no podía imaginarla como alguien agresiva en el modo en que algunas otras chicas lo eran. Esperaba mantener mi opinión de ella por el bien de todos.

De Emma, principalmente.

Emma, quien estaba cada vez más inmersa en mi desastroso mundo. Y, cada vez, a mí me parecía más difícil alejarla. Sobre todo, porque era algo que ya no quería hacer. El deber sobre el querer tenía que ser mi prioridad, lo recordaba, pero nunca antes había pensado en eso como algo tan difícil de hacer.

Los siguientes días me repetí a mí mismo que no estaba evitando a Emma. Solo... necesitaba tiempo. Y pensar. Tenía muchas cosas en mente que perturbaban mi tranquilidad, ella era una de las principales.

No podía dejar de pensar en que la había besado y tampoco dejaba de atormentarme con la duda de qué hubiese ocurrido si ella hubiese despertado en ese momento. ¿Me habría correspondido? ¿Me habría apartado? Odiaba pensar en ésta última opción, pero sabía que era la más probable.

Mi suplicio no acababa ahí.

Beligerante entre los abundantes pensamientos respecto a Emma y mis confusos sentimientos hacia ella, salía a relucir el nombre de Bonnie. Había estado ignorándolo todo este tiempo, pero ya no podía seguir así. Yo había prometido esperarla, joder. Le dije que seguiría aquí cuando ella volviera y, sin embargo, en algún momento de este tiempo que había estado pasando con Emma... Bonnie dejó de ser una prioridad.

El remordimiento, sumado a todo lo demás, resultaba en un caos de emociones que estaban acabando conmigo.

Casi me olvidé completamente de la fecha en la que nos encontrábamos y de lo que celebraríamos. Si no lo hice fue porque, como era de esperarse, Daniel no iba a permitir que eso pasara. El aniversario de Beat Entertainment era una celebración tan importante como la Navidad para Daniel. Cada año se encargaba de organizar el festejo para todos los que éramos parte de la empresa... *ofamilia*, como él prefería llamarnos.

Oficialmente el aniversario era el 20 de octubre, sin embargo, este año, nuevamente, Daniel movió la fecha de la celebración para el último fin de semana del mes debido a sus compromisos.

El miércoles él dio el anuncio oficial de que el decimoquinto aniversario lo celebraríamos en el mismo sitio que lo habíamos hecho los pasados dos años, en el resort de los Steinberg, que se

encontraba a un vuelo de distancia, en Los Ángeles.

Sería un fin de semana completo en el paradisiaco lugar y todo a cuenta de la empresa. Daniel tenía la firme creencia de que el secreto para hacer que su empresa fuera exitosa era mantener contenta a su gente. Trabajadores felices se traducían a resultados eficaces, y resultados eficaces era sinónimo de excelentes ganancias. No faltaba decir que el plan le funcionaba de maravilla.

La idea de viajar a Los Ángeles no me sonaba tentadora con todo lo que estaba viviendo en los últimos días, sin embargo, sabía que no podía saltármelo. Así como Emma tampoco podría hacerlo...

¿Era el momento para hablar sobre lo que había ocurrido en la casa de mi madre la última vez? No estaba seguro de estar listo para algo como eso, pero una parte de mí necesitaba hacerlo. No sobre todo lo que ocurrió, claro. Sin embargo, definitivamente se sentía como si hubiésemos dejado algo sin definir ese día. Los términos de nuestra relación, si se le podía llamar de ese modo, era probablemente lo que se sentía inconcluso.

Nosotros seguíamos en el limbo.

—¿James? —Lia chasqueó los dedos hacia mí, sacándome de mis pensamientos—. ¿Estás, siquiera, prestando atención a lo que decimos?

Fruncí el ceño también y crucé mis brazos sobre mi pecho mientras reclinaba mi espalda contra la silla, fastidiado.

—No me hagas mandarte a la mierda Banfield... —le advertí.

—Lo estás haciendo entre líneas, Wolf —gruñó de vuelta, mirándome implacablemente serio con una mueca en los labios.

La tensión se instaló rápidamente en el ambiente.

—Ya les dije que no quiero la cosa del baile. ¿Por qué debería

poner atención a algo que no me interesa? Soy músico, no bailarín.

—James... —Eric puso una mano en mi hombro y lo miré de refilón, podía apreciar sus cejas juntándose debajo de sus risos mientras me miraba con preocupación—. Vamos, solo será una coreografía inofensiva. No será tan malo... A las fans les gustará.

Bufé, quitándome su mano de encima mientras me ponía de pie y caminaba un poco por la sala de juntas para despejarme. Sentía algunas miradas siguiéndome, pero no me interesaba. Llevábamos encerrados aquí casi todo el día y ya estaba harto, ni siquiera había visto a Emma. No podía definir si eso era bueno o malo, para ser sincero. Creo que un poco de ambos.

Además, estaba mi rechazo natural a bailar y el hecho de que el coreógrafo ni siquiera se hubiera presentado, cosa que me tenía de muy mal humor.

—Solo será una canción... —oí la voz tranquila de Dan informarme desde su asiento, encabezando la junta, y mis ojos le buscaron de inmediato; él estaba apoyando los codos en la mesa y tenía las palmas unidas al frente—. Firmamos el contrato con esta empresa el año pasado y esto es lo que están pidiendo. Enviaron la canción y...

—Prometiste que no nos convertirías en eso—le recordé con irritación—. Nosotros hacemos nuestra música. Y no bailamos.

—Sabes perfectamente que tienen vía libre para hacer su propia música —me aseguró sin perder la parsimonia—. Solo estamos hablando de un sencillo para esta compañía, yo no los quiero convertir en nada ni nadie más. Los demás han aceptado ya, ¿por qué no haces un esfuerzo y lo aceptas?

—Bailar no es lo mío —dije, enfurruñándome.

Él me dio una mirada severa. Percibí que Carter trataba de tranquilizar a Lia, quien estaba despotricando en voz baja sobre cuanto la irritaba con mi actitud.

—¡Por Dios, eres un imbécil ególatra! —saltó la pelinegra de pronto, interrumpiendo lo que sea que Daniel fuera a decir—. ¿Puedes parar ya? Carter ama bailar. —dijo, lanzándome una mirada de profundo desagrado mientras señalaba a mi amigo, quien bajó la cabeza con incomodidad cuando mis ojos se posaron en él—. ¿Puedes dejar de pensar solo en ti y en lo que tú quieres por una vez en tu maldita vida?

Le habría dicho que ella ni siquiera debería estar en esta reunión, pero no lo hice porque, ¡carajo!, tenía la maldita razón.

—Lia... —Dan le hizo una seña a la furiosa pelinegra para que se sosegara—. Siéntate. De esa forma no llegaremos a ningún lado.

Ella hizo una mueca, pero obedeció en silencio. Lo que había dicho aún resonaba en mi cabeza, tenía razón al decir que solo estaba pensando en mí. Desde que nos explicaron lo que quería esa compañía nunca me detuve a pensar en que era algo que podía gustarle a Carter.

Suspiré, derrotado, y retomé mi asiento en medio de Blake y Eric. Logan, sentado junto a este último, deslizó por la mesa su botella de agua hasta mí. Lo miré y él me dio una pequeña sonrisa amistosa y un asentimiento. Cerré los ojos y bebí el agua que me había ofrecido, tratando de tranquilizarme.

—Bien —dije finalmente, sorprendiendo a algunos cuantos—. Pero si haremos esto, al menos podrían conseguir a alguien responsable. ¿Dónde está el maldito coreógrafo que no ha llegado?

—En realidad *ella* llegó hace un buen rato —me informó Michael,

quien extrañamente había mantenido su boca cerrada durante la discusión, recalcando el hecho de que se trataba de una chica y no un hombre, como yo había pensado—. Está en mi oficina. No queríamos hacerla pasar por un trago amargo, así que pensamos que era mejor saber que ibas a hacer esto antes de traerla aquí.

—¿Es una chica? —enarqué una ceja.

—Ha trabajado con anterioridad en la empresa —me informó Daniel mientras levantaba el intercomunicador—. Es de confianza... —declaró justo antes de pedirle a Lori que llamara a esa persona.

Desde antes de ver a la alta mujer de piel trigueña y mortales curvas supe que se trataba de ella. Rachel Thwaites había regresado a Nueva York y yo no tenía ni puta idea hasta este momento.

Esperé a que terminara el protocolo de presentaciones y a que Daniel despachara la reunión diciendo algo como «*nos encargaremos de esto después del viaje de aniversario*», para acercarme a Rachel. Sus ojos color miel me descubrieron frente a ella y una sonrisa se formó prontamente en sus voluptuosos labios.

—¡James Jodido Wolf! —dijo con una reverencia exagerada justo antes de romper a carcajadas y lanzarse a mi cuello, abrazándome.

—Ugh, consíganse un hotel... —escupió Logan, que estaba por salir de la sala de juntas con Eric.

Rachel me liberó para poner las manos como jarras a los lados y encarar a Logan.

—¿Algún día superarás no haber podido ser tú el que me llevara a un hotel, Logan bebé? —le dijo con sorna mientras enarcaba una ceja, mirándolo con malicia.

—Cariño, si me lo propusiera estarías rogando porque te llevara por un rapidito a la bodega de mantenimiento ahora mismo —

respondió Logan, guiñándole un ojo.

Eric, a su lado, puso los ojos en blanco al igual que yo.

Rachel se rió.

—Lo dudo mucho, bebé. Deja de fantasear y mejor consigue algo de hielo para tus pelotas —le señaló la entrepierna—. ¿No te duelen sólo de verme?

—Vete a la mierda, Rach.

Rachel ríe mientras sacudía la mano hacia Logan y él se marchaba con Eric. Una vez que nos quedamos solos, ella se volvió hacia mí.

—Él no cambia, ¿verdad?

—¿Cuándo vas a dejar de torturarlo? —Negué con la cabeza, divertido—. Eres mala con él, Rach.

—¡No te atrevas a decir eso! —chilló, lanzándome un golpe al pecho—. Me gusta torturar a Logan. Además, saber que soy como un precioso tesoro inalcanzable para él me hace sentir... no sé, poderosa.

Rodé los ojos.

—Estás más desquiciada de lo que recordaba...

—Solo un poquito —rió, haciendo ademán con las manos.

—Y, bueno, ¿cuándo pensabas decirme que serías mi jodida coreógrafa?

—¡Por Dios! Imbécil, tu dejaste de hablarme hace mucho. ¿Sabes cuánto me sorprendí cuando me llamaron para este trabajo? ¡Cielos! ¿James Wolf...*bailando*? Yo no pude resistirme a aceptar.

Sonreí y acerqué una mano a su mejilla, pasando mi pulgar con delicadeza sobre su piel. Ahí, debajo de toda esa efusividad, podía ver el nerviosismo que ocultaba.

—¿Estás bien volviendo aquí realmente? —la sonrisa se borró de sus labios—. ¿Lo superaste ya?

Ella me apartó la mano y me sonrió.

—No soy una cobarde, Jamie. Estuve huyendo de Nueva York tanto tiempo sin saber que eso no curaría las heridas... Necesitaba parar. Venir aquí para mí significa dejar de huir y cerrar aquel ciclo por completo —suspiró—. No duele más. Estoy bien ahora y estar aquí es la prueba de que puedo avanzar.

—Eres valiente —dije, envidiando esa valentía suya.

—Valiente y sexy —se burló, sacudiéndose el cabello largo y negro—. Ahora mueve tu culo y vayamos a algún sitio tranquilo a platicar, ¿quieres? Necesito que me cuentes todo lo que me he perdido en este tiempo. Empezando por... ¿dónde demonios está tu chica Bonnie? La última vez que hablamos me dijiste que le pedirías que se mudara contigo, luego no volviste a llamar ni a responder mis llamadas.

Suspiré, regresando a mis problemas de golpe.

—Han pasado muchas cosas desde eso, Rach —aseveré con una mueca—. Ven, subamos...

—¿Tienes un Mountain Dew para mí allí?

—Los que necesites. Creo que esta será una charla un poco larga...

—¡Una charla larga es lo mínimo que tu trasero bastardo me debe luego de no contactarme en tanto tiempo!

## Capítulo 23

—Entonces, veamos si entendí bien... —murmuró Rachel, echándose hacia atrás en el sofá mientras cruzaba una pierna encima de la otra—. ¿Bonnie se fue, tu corazón se sumió en la desesperanza y ahora esa asistente tuya lo ha rescatado?

—Tienes una forma muy dramática de explicar las cosas —respondí, rodando los ojos con una mueca.

—Fue lo que tú dijiste —objetó ella, golpeando mi rodilla amistosamente.

—No es verdad.

Ahí estaba el idiota de mí, haciendo de los últimos dos años de mi vida un libro abierto que Rachel interpretaría de la forma que se le viniera en gana. No me arrepentía de contarle, no, porque se trataba de ella. De Rachel Thwaites, quien alguna vez había depositado en mí la absoluta confianza de conocer lo que fue uno de sus más insondables secretos. Sin embargo, eso no quitaba lo bochornoso de sus conclusiones.

Rachel frunció el entrecejo y entornó la mirada.

—Sí, bueno, dijiste algo más como que estás medio enamorado de esta chica, ¿cuál dijiste que es su nombre? —preguntó, poniendo cara de pensativa.

—Es Emma y...

—¡Sí, Emma! —me interrumpió, sonriendo.

—Sí. Y no estoy enamorado de ella, Rach.

Puso cara de póker y enarcó una ceja. Su barbilla levantándose

lentamente, y desafiante, hacia mí.

—Wolf, ¿hablas en serio?

—Totalmente —le aseguré—. Tú estás, evidentemente, tergiversando mis palabras.

Estaba convencido de eso. Sí, tal vez ahora había cierta atracción y necesidad hacia ella que me confundían en niveles insospechados. Emma me gustaba, vale. No era algo que negaría, pero... ¿enamorado? Yo no estaba enamorado, no podía estarlo. La bestia en mi pecho había sido lastimada lo suficiente como para no gruñir por nadie de nuevo.

—No —objetó, rodando los ojos—. Me refiero a que si tú realmente estás tan jodido como para no darte cuenta de que la quieres... ¿De verdad?

Fruncí los labios, negando con la cabeza.

—Están pasándome cosas demasiado...*raras*. Eso fue lo que dije, nunca hablé de estar enamorado.

Rachel echó la cabeza hacia atrás, palmeando mi muslo mientras soltaba una fuerte risotada.

—Amigo mío, estás jodido como el infierno. Y hasta el fondo. — Le di una mirada envenenada y ella dejó de reír; apoyó la mano en mi pierna y se inclinó hacia mí hasta que su rostro quedó a una corta distancia del mío—. Déjame explicarte algo para que vayas entendiendo, muchachote. Esto del amor es como el alcoholismo, la primera fase siempre es la negación. Como un alcohólico frente a una buena copa de vino, así es como miras a esa chica. Tratas de resistirte, tratas de no caer, y entonces... ¡Bam! Terminas besándola mientras duerme en medio de la noche como un maldito psicópata.

—Estás demente, Rach —dije, sacudiendo la cabeza antes de

alejarme de ella para hundir mi espalda contra el mullido sofá—. Y gracias por lo de psicópata, por cierto. Me hace sentir *mucho* mejor.

—Por nada —dice, sonriéndome socarrona.

—No sé qué haré. —Suspiré, frustrado—. Ella tiene que irse, pero...

—...pero no quieres dejarla ir —terminó por mí, y yo cerré los ojos, deseando no estar en ese dilema—. Serías un idiota si no lo intentas con ella. Bonnie... Ella tuvo su oportunidad y decidió renunciar. —No pude evitar la punzada de dolor que me atravesó con el recordatorio—. La vida es difícil cuando los flashes te persiguen, lo sé perfectamente. Tienes miedo y lo entiendo, sin embargo, no puedes detener tus sentimientos y alejar a las personas para protegerlas por el resto de tus días. Tú, mi amigo, tienes que ser un cabrón con los pantalones bien puestos y cuidar a quienes amas, no alejarlos como un cobarde.

No supe qué decirle. Abrí la boca, pero las palabras no estaban a mi alcance, ni mucho menos dispuestas a ayudarme, incluso cuando ella me presionaba con la mirada.

—Es difícil...

—¿Te has preguntado si todo esto lo estás haciendo por los demás o es realmente solo por ti? ¿Porque no quieres terminar herido de nuevo?

Respiré profusamente, llevándome las manos al rostro, apesadumbrado. Hablar con Rachel estaba siendo más difícil de lo que pensaba. De alguna manera era liberador el poder contarle a alguien, pero el hecho de que ella me diera más cosas en las cuales pensar me abrumaba.

—Es en parte por mí, Rach. Eso lo sé. No es fácil ignorar que

pueden lastimarla por el simple hecho de estar conmigo. ¿Y qué si yo no puedo evitarlo, si no puedo defenderla? ¿Y qué si solo me dejo guiar por lo que siento, por lo que deseo, y entonces ella sufre las consecuencias? ¿Y si se va también? No quiero pasar por eso de nuevo.

—Averígualo. Ve por la chica. Arriésgate, James. Tienes que caer y levantarte las veces que sean necesarias para continuar viviendo. Así es la jodida vida, llena de baches esperando por hacernos caer. No te quedes atrapado en esos putos baches, no les des el gusto. Tienes que saltar fuera de ellos y avanzar.

Crucé los brazos sobre mi pecho mientras analizaba sus palabras. Fijé la vista en el techo sobre nuestras cabezas y suspiré.

—Incluso si lo hiciera —dije—, no serviría de mucho. El hecho de que Emma no me odie es un verdadero milagro. Pero de eso a que ella pudiera *verme de otra manera...* Bueno, creo que sería fantasear demasiado.

—Eres tan pesimista que me gustaría patearte —gruñó, exasperada—. Ella sigue a tu lado después de todo, ¿no? Decidió regresar cuando Daniel le dijo que iba a terminar tu contrato con la empresa. ¿No crees que algo bueno debe sentir por ti?

—Yo... —Abrí la boca y la cerré, nuevamente quedándome sin palabras. Negué con la cabeza—. Deja de sembrar ideas que me atormentarán más tarde, ¿quieres? Eres toda una pesadilla.

Rachel sonrió.

—Dulce pesadilla, según he oído —declaró, despachando el asunto con un movimiento de mano—. ¿Emma irá mañana al viaje de la empresa?

—No lo sé... Supongo que sí.

Su sonrisa se ensanchó.

—Perfecto. ¿Qué mejor que un exótico paraíso para comenzar a hacer tu movimiento hacia ella? Las cosas se darán por sí solas, ya verás. Además, piensa en esto, tendrás a la mejor cubriéndote las espaldas.

—¿También irás? —inquirí sorprendido.

—Soy parte de la empresa desde hoy, cariño —dijo, abriendo los brazos a los lados como toda una fanfarrona—. Mi billete de avión vino con el contrato. No te dejaré solo en esto.

—Qué bueno que me lo dices, ahora puedo comenzar a estar preocupado.

—¡Imbécil! —rió, dándome un puñetazo.

【◆◆◆】

La mayoría de los que viajaríamos a Los Ángeles para la celebración del aniversario de Beat abordamos el avión el viernes por la mañana, el resto tomaría un vuelo en la tarde. Emma estaba en ese segundo grupo.

Por un lado, me sentí aliviado de no encontrarnos con ella en el avión, Rachel siendo demasiado entusiasta por conocerla era algo que me preocupaba. Con todas esas ideas que se le habían ocurrido el día anterior, Dios, sería un milagro si no pusiera un letrero con luces titilantes narrándole a Emma toda una trágica historia de amor entre nosotros.

—¿A qué hora crees que llegará? —me preguntó, echándose de un salto sobre mi cama.

La miré con ojos entrecerrados. Ella ni siquiera dijo «hola» antes de adentrarse en mi bungalow, apartándose descuidadamente del camino. Cerré la puerta, resignado, y me dirigí al diván que estaba

pegado a una de las paredes de madera, frente a ella.

Inspiré profundamente, absorbiendo el persistente aroma a naturaleza que envolvía el lugar, y miré a Rachel, que estaba acostada bocabajo con los codos hundiéndose en el colchón y el mentón entre sus manos, mirándome con insistencia.

—No tengo idea de a qué hora llegará... o si lo hará —respondí antes de que repitiera la pregunta.

Estaba casi seguro de que iba a llegar, pero ciertamente quería aplazar el encuentro entre ella y las locuras de Rachel.

—Oh, vendrá —declaró—. Vi su nombre en la lista que Daniel entregó a recepción. Emma Hayes. Compartirá habitación con una tal Cordelia Banfield.

Enarqué una ceja, incrédulo.

—¿Es en serio, Rach?

—¿Qué? —replicó—. Te dije que tenías a la mejor cubriéndote las espaldas. Te he conseguido información de primerísima mano aquí, Wolf.

Hice una mueca.

—Estás siendo demasiado... Te dije que no voy a hacer ninguna locura. Liarme más en este momento es lo que menos deseo.

Rachel me dio una mirada reprobatoria.

—¡Ugh! —Me lanzó una de las almohadas, haciendo un desastre de la que antes era una perfecta cama arreglada—. ¿Te han dicho que eres un profesional sacando de quicio a la gente?

Tomé la almohada y la acomodé detrás de mi espalda.

—No es algo que ignorara —le aseguré, haciéndola rodar los ojos—. Y, si me disculpas, el vuelo me dejó con una terrible migraña...

—Había olvidado lo hijo de puta que eres a veces... —Resopló,

saliendo de la cama con trabajos—. Te veré a la hora de la cena, supongo que hay altas probabilidades de que ella haya llegado para entonces —dijo, yendo hacia la puerta.

—Creo que me siento de humor para el servicio a la habitación esta noche.

Cuando volteó a verme, ceñuda y señalándome con un dedo acusador, su rostro estaba enrojecido.

—¡Bastardo! —me acusó—. No vas a poder evadirlo por siempre. ¿Lo escuchas? No podrás.

*Ya sabía que no podría.*

Rachel azotó la puerta tan fuertemente al salir que casi me pareció que las paredes se sacudieron. Tomé una bocanada profunda de aire y luego dejé que todo escapara de golpe.

Busqué a tientas la maleta de mano que había dejado a los pies del diván, y mis dedos encontraron rápidamente la reconfortante textura del libro verde de tapa dura. Acaricié las florituras doradas de la portada y la sofisticada letra en el lomo antes de abrirlo en una página aleatoria. Mi vista fue rápidamente atraída por el último párrafo, uno que tan bien recordaba.

*«El sol se levantó tristemente, pero salió sobre una noche no más triste que aquel hombre dotado de talento y de buen corazón, incapaz de dirigir convenientemente sus cualidades, incapaz de ayudarse a sí mismo y de conquistar la felicidad, aunque se daba cuenta de que cada vez se hundía más y más y por fin se abandonaba a su lamentable destino».*

Mierda. Me sentía inconvenientemente identificado con Sydney Carton. Tan incapaz de ayudarme a mí mismo y de conquistar la felicidad...



Fue en la mañana que Rachel se empeñó en sacarme de mi encierro y, con un poco de persistencia y un par de palabras mágicas, lo consiguió.

«Llegó anoche» fue lo que me dijo mientras ponía las manos como jarras a los lados, «ahora mismo debe estar por ahí con los demás, paseándose en un sexy bikini, a merced de cualquier chico».

Ella dijo lo suficiente como para dejarme preocupado. Las posibilidades que no había tomado en cuenta ahora saltaban a la vista, activando las señales de alarma.

Estábamos caminando en silencio rumbo a la catarata, donde oímos que se encontraría la mayoría. Presumiblemente Emma también estaría allí. La tranquilidad que nos envolvía fue sacudida por las repentinas carcajadas de Rachel.

—¿Ahora qué? —le espeté, malhumorado.

—Dios, añade celos y puedes conseguir lo que sea de un hombre. ¡Tan patético!

—¿Preocuparme por el bienestar de alguien es estar celoso? —repliqué—. ¿Desde cuándo?

—Desde que pusiste esa cara de "le romperé el cuello al que se acerque a mi chica".

—¿Alguien te ha dicho que puedes ser un dolor en el culo más grande que Logan?

—¿Es mi nombre el que escuché por aquí?

¡Carajo! Lo que me faltaba. Logan.

Hice una mueca mientras lo observaba saltar las últimas rocas aplanadas que formaban un camino que llevaba hasta la puerta de su bungalow.

—Ugh, la pesadilla número uno está aquí.

—Hola,*hermano*. También te extrañé todo el día de ayer —dijo, rodando los ojos y pasando de mí rápidamente para dirigirse a Rachel—. Y hola tú, caliente mujer propensa a terminar en mi cama este fin de semana.

—Eso no pasará, Logan —rió ella, mirando a Logan con diversión.

—De acuerdo —dijo él, poniendo las manos al frente con una fingida expresión inocente—. Nada de cama. Seremos tú y yo duro contra el muro.

Los tres nos paramos en seco al escuchar el jadeo de sorpresa de Heaven, a quien nos topamos de frente. Evidentemente ella escuchó las últimas palabras de Logan. Sus ojos, de un vibrante tono azul que resaltaba en su piel trigueña, estaban muy abiertos.

—Él es un idiota —le aclaró innecesariamente Rachel—. Está bromeando solamente. Nosotros no...

—*Claro*— dijo Logan con tono sarcástico—. Y este no es el maldito paraíso de los bikinis. Por cierto, bastante lindo el tuyo, Aprendiz.

Heaven lo miró de mala manera.

—Gracias. Y llámame Heaven, ya te lo dije antes. ¿O quieres que yo te llame algo como "El rubio miembro de Bad Boy"? —Entornó los ojos—. Ahora, duro contra el muro o lo que sea, no necesito explicaciones. Tu pene —señaló a Logan— y tú vagina —señaló ahora a Rachel— son libres de conocerse, interactuar y divertirse como quieran.

—Qué dulzura —respondió Logan, divertido, mientras Rachel reía por lo bajo.

Heaven les mostró dos pulgares en alto con una enorme sonrisa antes de dirigir sus ojos a mí.

—James, hola.

—Heaven... —asentí con la cabeza hacia ella.

Señaló el camino detrás de nosotros.

—Tengo que ir por allí —dijo.

—Adelante, dulzura —respondió Logan, guiñándole un ojo mientras se apartaba del camino para dejarla pasar—. Ese nudo de tu bikini se ve complicado, llámame si más tarde necesitas ayuda para quitarlo.

—Qué considerado de tu parte, Logan —respondió Heaven con un pacífico tono de voz, volteando a vernos—. Pero no creo necesitar ayuda. Ya sabes, fui niña exploradora... puedo sola con ese nudo.

—¿Y no quieres que nos exploremos juntos? —prosiguió él con tono bromista.

Heaven arrugó la nariz y chasqueó la lengua.

—Sería interesante, pero creo que vas a estar muy ocupado dándole duro contra el muro a esta guapa chica que está contigo. Diviértanse. —Sonrió y, tras ofrecer un guiño, nos dio la espalda y comenzó a alejarse rápidamente.

Logan la miró por unos segundos, sonriendo.

—¿Terminaste de coquetear? —le dijo Rachel.

—¿Celosa? —replicó él, dándole una última mirada a Heaven, que fue rápidamente engullida por los serpenteantes caminos.

—No, solo estoy pensando seriamente en lo enfermo que eres —susurró Rachel, dándole unos golpecitos en el brazo—. Por tu salud, tal vez deberían castrarte. No sé, solo es una opinión de amiga...

—No me hagan mucho caso —intervine antes de que Logan empezara con la discusión—, pero estar con ustedes dos realmente me provoca encerrarme bajo llave todo el día.

—¡Calla y camina, soldado! —gruñó Rachel—. Tenemos una

importante misión que cumplir.

Negué con la cabeza, preguntándome qué tan mal acabaría por seguirle el juego a Rachel.

# Capítulo 24

Pasé la mañana escuchando a Rachel y a Logan discutir tonterías. Lo normal. Estuvimos todo el tiempo en la catarata, justo como la mayoría de nuestros conocidos. Incluso aunque ésta no era obra de la naturaleza, encajaba tan bien con el resto del entorno que parecía auténtica con sus aguas cristalinas deslizándose por las rocas, creando una perfecta armonía.

Estaba recostado en una tumbona, recorriendo con una mirada lenta a cada uno de los rostros que había por aquí. Ninguno era el de Emma. No estaba seguro de por qué seguía comprobándolo cada cinco minutos si era más que obvio que ella no estaba aquí.

—Hey —Carter me dio una sonrisita nerviosa mientras me ofrecía lo que me pareció ser un daiquirí de fresa y se echaba en el camastro de junto. Le acepté el vaso, que estaba helado, y le di un sorbito mientras lo miraba de reojo. Él estaba masticando su labio inferior con insistencia mientras miraba a algún punto lejano, lo que me dejaba claro que los nervios no eran imaginaciones mías.

—¿Qué pasa? —le pregunté, siguiendo la línea de su mirada.

Entonces me di cuenta de a quién seguían sus ojos. Cabello negro y corto por encima de los hombros, curvas en los lugares correctos y un bonito bañador de dos piezas que resaltaba todos sus atributos. Lia era una chica muy guapa, para ser honesto.

—¿Cuándo vas a decírselo? —dije, suspirando mientras me incorporaba un poco para quedar sentado frente a mi amigo.

Carter se pasó una mano por el cabello castaño oscuro y húmedo,

que le caía parcialmente sobre la frente.

—¿Qué si no me corresponde? —respondió, dejando expresa toda su inseguridad en esa sola pregunta.

Mierda. No sabía qué decirle. Nunca pensé que llegaría el momento en el que él admitiera en voz alta que ella le gustaba realmente.

Miré de nuevo a Lia, preguntándome si ella sentiría algo por Carter también, si intuiría de alguna manera que él no la veía solo como a una amiga...

¿Estaría ella dispuesta a estar con él a pesar de las fans y los problemas que una relación pudiera acarrearle? Suspire, sabiendo que eso no sería un inconveniente. Lia ya estaba acostumbrada, había estado bajo la mira desde que llegó a trabajar con nosotros y se hizo amiga cercana de Carter. Lo cierto es que ella no era muy querida entre las fans porque la culpaban de ser la causante de la separación de Carter y Bethany, lo cual no era verdad. Las cosas entre ellos se arruinaron desde antes y, a pesar de que llevaban alrededor de cinco años juntos, la ruptura fue la mejor opción.

—No lo sabrás a menos de que pongas tus cartas sobre la mesa con ella. —Y así, tal cual salían las palabras de mi boca, me sentí un gran embustero. Qué curioso que estuviera dándole a mi amigo el mismo consejo que probablemente yo debería seguir. La diferencia era que sus sentimientos no parecían tan complicados como los míos.

—No lo sé. —Chasqueó la lengua—. No quiero arruinar mi amistad con ella... Lia es importante para mí, ¿sabes? Más allá de cualquier cosa, como amiga es importante. Ha estado allí para mí en momentos difíciles, me ha escuchado y... mierda. Hombre, siento que en el instante en que le diga que me gustaría intentar algo más

con ella las cosas se irán al carajo. La conozco, James. Sé de sus miedos y no estoy seguro de que vaya a dejarlos de lado por mí. Decirle de pronto que me siento atraído hacia ella es una apuesta muy riesgosa...

Una morena, que me parecía haber visto en la empresa alguna que otra vez, se comió con la mirada a Carter mientras pasaba cerca de donde estábamos. Él ni siquiera la notó.

—Sé lo que es eso. —Murmuré para mí mismo, suspirando ruidosamente un segundo después—. Escucha, Carter, no sé lo que ella sienta por ti. Y tampoco sé qué deberías hacer si al final esto no resulta de la manera que esperas. Siendo honestos, soy una fatal opción para conseguir consejos en este tema. Pero... —hice una pausa y lo miré a los ojos, él seguía luciendo algo nervioso— Rachel es buena aconsejando. Y sé que ella te diría que tienes que intentarlo ahora o ser un idiota por el resto de tus días.

Una pequeña sonrisa se pronunció en sus labios.

—Rachel es algo... Um, supongo que tendría razón. —Rió—. ¿Dónde está ella, por cierto?

Me encogí de hombros.

—Creo que fue con Logan por algunos snacks...

—Tú y ella siempre fueron amigos unidos. ¿Crees que ahora que ella volvió... —él hizo una pausa y me miró cauteloso, como si temiera continuar; al final decidió dejar la pregunta a medias e intentar con algo diferente—? Creo que tú y Rachel juntos no estarían mal. Ella es agradable y tú pareces cómodo a su lado, no sé...

Negué con la cabeza.

—No vamos por ese camino —le aseguré—. Solo somos amigos.

Él se levantó de la tumbona, dejando olvidado su bebida a un

lado, y me puso una mano en el hombro.

—Tal vez es hora de soltar el pasado y tomarle la mano al futuro. Ella se ve como una buena opción. —Asintió, explicitando las palabras que no dijo en voz alta, y luego me sonrió—. Supongo que hoy es un buen día para hacer apuestas arriesgadas, ¿no lo crees?

Asentí, animándolo, y él me imitó. Me dio un apretoncito con la mano que mantenía en mi hombro y luego se marchó hacia donde se encontraba Lia. Intercambiaron unas cuantas palabras antes de que Carter volviera a alejarse de ella.

Me vi tentado a acercarme a Lia y preguntarle directamente por el paradero de Emma, después de todo ellas eran compañeras de bungalow, ¿por qué la había dejado a su suerte?

—¡Arpía! —oí que gritaba Logan a Rachel mientras ambos venían hacia mí; ella estaba riéndose con ganas.

—¿Qué pasa? —pregunté, mirándolos con diversión.

—Debes decirle a esta bruja que tienes por amiga que no puede encenderme y luego decir no a ir a mi habitación.

Hice una mueca, encogiéndome de hombros, y él rodó los ojos.

—Por enésima vez, Logan, salva lo que queda de tu dignidad y deja de rogarme, ¿quieres? No voy a acostarme contigo. Dios, ¡qué insoportable! ¿Es así con todas? —me preguntó Rachel, guiñándome un ojo mientras Logan no la veía.

Fue inevitable reírme, cosa que solo empeoró el humor de mi amigo.

—Entonces no me des entrada, ¡carajo! —Logan hizo una mueca, dándole un puntapié a la pata de la tumbona donde recién se sentaba Rachel, y luego giró sobre sus pasos para irse.

—¿Por qué sigues jugando con él? —mi pregunta la hizo reír.

Fruncí los labios, enseriando el semblante, y ella finalmente suspiró, dándose por vencida.

—Logan me divierte —admitió, encogiéndose de hombros—. ¿Quién sabe? Tal vez sí tenga una oportunidad...

—Mentirosa —le acusé, rodando los ojos cuando la oí reír.

—Oh, tienes razón. Si fuera a darle la oportunidad a alguien, probablemente ese serías tú. Sin embargo, ¡qué lástima!, tú ya estás tomado. La escurridiza Emma te tiene. ¿Y dónde demonios está esa chica? —dijo, frunciendo el entrecejo y gesticulando al hablar.

—¿Durmiendo cómodamente en su bungalow?

Rachel hizo una mueca.

—¿Es igual de aburrida que tú? Ah, olvídalo —dijo, callándome antes de que pudiera replicar—. Mejor vayamos a comer, ¿eh? No se me antojó nada de la barra de snacks y estoy muriendo de hambre.

Me encogí de hombros, asintiendo, y fuimos al restaurante más cercano. Una sonriente rubia, cuya placa en su uniforme la identificaba como Lindy, nos guio escaleras arriba. En la planta baja todas las mesas estaban ocupadas, pero, aunque hubiese habido una disponible para nosotros allí, yo habría preferido ir arriba de todos modos. Sabía que estábamos en un lugar seguro, sin embargo, seguía sin fiarme del todo.

Lo primero que hicimos fue ordenar nuestra comida porque Rachel estaba muy hambrienta y desesperada. Mientras nos la servían, nos entretuvimos con unos cocteles ligeros. Desafortunadamente el de Rachel terminó sobre mi camiseta cuando a ella le dio otro ataque de risa y sacudió la mano, vaciando su bebida sobre mí.

—¡Lo siento tanto! —se disculpó por segunda vez mientras

trataba de limpiarme con una servilleta, ya que me negué a quitarme la camiseta a pesar de su insistencia.

Algo sobre dejar a los otros ver la tinta trazada justo encima de mi corazón no se sentía correcto. Era algo demasiado personal como para exponerlo a todo el mundo.

Rachel dejó de hablarme cuando nos sirvieron los alimentos. Un elegante plato de camarones le fueron puestos delante mientras que una gigante hamburguesa acompañada de crujientes papas fritas estaban en mi plato.

Solo por un segundo pensé que los camarones de Rachel lucían apetecibles mientras la veía devorarlos con tantas ganas. Pero incluso aunque la boca se me hiciera agua, comer uno de esos solo conseguiría enviarme al hospital.

—Ahora que hay comida en mi estomago puedo pensar mejor —comenzó a decir—. Necesitamos un plan para encontrar a tu chica. Creo que tendremos que pasearnos cerca de su bungalow y...

Y, mientras ella parloteaba y yo rodaba los ojos, deseando que se callara, no necesitamos ningún plan para encontrar a Emma. Ahí estaba ella, vistiendo un vaporoso vestido blanco y con su cabello castaño mojado, evidenciando el hecho de que había estado jugando en el agua. Fruncí el ceño al darme cuenta de que no estaba sola. Ansel Steimberg estaba a su lado, claramente estaban juntos. Pero, ¿cómo? Más bien, ¿por qué?

Como si le hubiese llamado con el pensamiento, Emma volteó hacia nuestra mesa, su mirada chocó con la mía de inmediato. Parecía algo sorprendida.

—¡James! —Ansel me saludó a lo lejos al percatarse de mi presencia. Él caminó hasta mí y me tendió la mano. Me obligué a

aceptarle el saludo, incluso cuando todo lo que quería era saber qué hacía él con Emma.

Ansel era el hijo de los dueños del resort, nos conocíamos porque era él quien se encargaba de atender personalmente los pormenores para que el evento de aniversario de Beat resultara perfecto en este lugar. Habíamos conversado un poco las veces pasadas, así que manteníamos una relación cordial. En este momento, claro, no me sentía tan cordial. Los dos años anteriores lo vi liarse con chicas de la empresa, que estuviera con Emma justo ahora no me hacía nada feliz.

Ansel y Rachel se presentaron solos, puesto que yo no fui capaz de decir nada más que un «Hola Ansel» como respuesta. Cuando oí que él mencionaba el nombre de Emma volteé a verlo, él estaba mirándola a ella.

¿Cómo Emma había terminado con este tipo?

—Esperen un segundo —nos dijo, regresando hasta donde estaba ella.

—Maldición. ¿Esa es Emma? —murmuró Rachel mientras ambos veíamos como Ansel pasaba un brazo alrededor de la cintura de ella —. ¿*Nuestra* Emma? —insistió, incrédula.

Con las manos hechas puños a mis lados y mordiendo con fuerza mi labio inferior hasta probar el sabor metálico de mi propia sangre, me obligué a asentir en respuesta. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por resistir el golpe que significaba lo que estaba viendo. ¿Por qué Emma y Ansel parecían tan cercanos? ¿Cómo se conocían? Las preguntas me atormentaban mientras los veía venir hasta nuestra mesa.

Ansel le preguntó a Emma que, si me conocía y ella no respondió nada hasta que él, un minuto más tarde, le cuestionó si se encontraba

bien.

—¿Qué? —fue lo que dijo ella, algo desorientada, mirándolo mientras él aún la sostenía por el brazo—. Eh, sí... —Frunció el ceño—. Bien. Estoy bien. ¿Qué ocurre?

Ansel la miraba preocupado.

—Estaba diciéndote que tal vez conoces a James Wolf, de Bad Boy —le repitió, señalándome con la barbilla.

—Claro que me conoce —intercedí por fin, frunciendo el ceño con molestia—. Ella es mi asistente.

Quise dejarle claro que Emma y yo... ¿Qué? ¿Nosotros qué? Joder, solo quería que supiera que yo no era un extraño para ella. Que yo la conocía mejor que él. Es solo que eso no era cierto, yo no tenía idea cuál era la realidad.

—Oh, ¿de verdad? —dijo, mirando a Emma con curiosidad—. No tenía idea. ¿Conoces también a Rachel, Emma?

—En realidad no —contestó ella, parpadeando.

—Acabo de llegar a Beat —explicó Rachel, podía darme cuenta por su voz lo emocionada que se encontraba de finalmente conocer a mi asistente—. Soy Rachel Thwaites, Emma.

Rachel le ofreció la mano a Emma con una enorme sonrisa que ésta última le correspondió con algo de incomodidad.

—Un placer —dijo Emma, aunque no parecía realmente complacida. Parecía más bien preocupada por algún motivo.

—¿Van a comer también? —les preguntó Rachel—. Ay, ¡pero que tonta soy! Claro que van a comer. ¿Por qué no se sientan con nosotros? —los invitó y yo la fulminé con la mirada. Ella se dio cuenta y me dio un discreto pisotón para que no dijera nada.

De manera que sí, unos minutos más tarde me encontraba

sentado a la mesa con Rachel a mi lado y Emma ocupando un lugar frente a mí, junto a Ansel. El maldito infierno. Quería matar a Rachel por ponerme en esa situación... Quería volcar todos los sentimientos que me atormentaban al exterior... Quería tomar la mano de Emma y alejarla de Ansel...

Pero tal vez era demasiado tarde para siquiera considerar que mis indefinidos sentimientos tuvieran una oportunidad.

# Capítulo 25

—No pensé en verte antes de esta noche —le dije a Ansel, enjaulando todas las emociones detrás de una máscara de indiferencia—. Creí que estarías dirigiendo el evento de hoy.

—Lo hago. Todo está bajo control —me respondió despreocupado, casi podría decir que hasta alegre—. Más tarde supervisaré los últimos detalles, por ahora estoy pasando un buen momento con Emma.

Mi mandíbula se tensó con su respuesta y mi mano formó un puño debajo de la mesa. La impotencia me dominaba. Sentí la mano de Rachel sobre la mía, ella dio un pequeño apretón, instándome a relajarme.

—¿Estuvieron en la cascada? —les preguntó, dirigiendo la atención hacia ella—. Nosotros estuvimos ahí desde temprano, no los vi en ningún momento.

Entendí lo que intentaba hacer: sonsacarles información. Miré a Emma y luego a Ansel, que fue quien respondió.

—A decir verdad, no estuvimos en las áreas comunes del resort... —Se encogió de hombros—. Solo... jugamos por los alrededores.

Enarqué una ceja involuntariamente. Mantenerme sentado y en calma, como si las malas emociones no estuvieran caldeando mi pecho, fue algo difícil de conseguir. Emma y Ansel jugando solos por los alrededores. ¿Era yo el único pensando en eso como algo terriblemente malo?

—Eso pudo ser peligroso —comenté, mordiéndome la lengua

para no hablar de más.

—Conozco bien la zona —respondió Ansel, entornando los ojos mientras me miraba de una manera extraña. No pude evitar que apareciera en mi rostro una mueca de desagrado.

Rachel se carraspeó la garganta.

—Entonces, ¿se acaban de conocer? —preguntó, atacando directamente a la callada y abstraída Emma—. Él es muy.. agradable.

«¿Agradable? A la mierda con eso. ¿Qué se supone que haces llamándolo agradable?», quise reclamarle a Rachel. Me contuve de hacerlo mordiendo con fuerza el interior de mis mejillas.

—No acabamos de conocernos —indicó Ansel, consiguiendo mi atención de nuevo—. Emma y yo vamos a la misma universidad.

¿Qué?

Parpadeé, pensando en la posibilidad de que eso fuera cierto. Ella había mencionado, cuando estuvimos en Coney Island, que no había hecho muchos amigos. Claro que «no muchos» no era lo mismo que «ninguno». Además, ¿por qué mentiría él?

—Así que también vives en Nueva York —apuntó Rachel, fingiendo estar interesada—. Y se han puesto de acuerdo para encontrarse aquí, imagino.

—No fue así —respondió Ansel nuevamente—. Nos encontramos por casualidad. Yo no tenía ni idea de que ella ha estado trabajando en Beat.

Perfecto. Eso significaba que Emma no le tenía tanta confianza, ¿verdad?

La observé, ella tenía la mirada gacha y lucía incómoda. Dios, me volvería loco. ¿Cuánto conocía a esta chica en realidad? ¿Por qué estaba ella poniendo de cabeza a mí de por sí desastrosa vida?

Mis caóticos sentimientos estaban presentes, palpitando en mi pecho como una enfermedad a la espera de un remedio.

Descubrí una cosa mientras Rachel y Ansel conversaban y yo observaba a Emma sin prestarle atención a ellos dos: tenía un profundo miedo carcomiéndome por dentro. Miedo de que fuera Emma el remedio que yo necesitaba y no pudiera tener.

«*Cobarde*», gritó una vocecilla desde algún rincón de mi mente. Y odiaba sentirme de esa manera. Quería ser valiente. Quería levantarme, sujetar a Emma y correr con ella a escondernos del mundo. Pero no podía hacerle eso. No podía obligarla a huir conmigo a la inseguridad de mis sentimientos solo por un arranque de locura. No sería justo para ella. Si hubiera estado seguro de que era lo correcto para ambos, las cosas habrían sido diferentes.

Y si hubiese estado prestando atención a lo que ocurría, no me habría tomado desprevenido el beso de Rachel. No supe en qué momento ni el motivo, pero estuve demasiado conmocionado como para hacer algo más que abrir mucho los ojos mientras ella unía sus labios a los míos y apretaba mi mano con fuerza bajo la mesa. Cuando se separó de mí, busqué su mirada; ella hizo un pequeño gesto antes de hundir su rostro en mi pecho, suspirar y luego actuar como si nada hubiera ocurrido.

Parpadeé, tratando de descifrar lo que acababa de pasar. Emma había apartado la mirada, aunque eso lo había estado haciendo todo el tiempo, y Ansel parecía relajado mientras le daba un sorbo a su margarita. Llevé mi mirada un poco más allá y me encontré con lo que desencadenó el último beso que recibí. Aggie Godwin se encontraba sentada a unas mesas de distancia con un chico. Ella miraba hacia nosotros también.

Miré de nuevo a Rachel y le di un apretón a modo de apoyo. Ella me dio una sonrisa incómoda y rápida antes de hacerle más preguntas a Ansel, evadiendo lo que le atormentaba.

Tal vez todos éramos buenos dando consejos a los demás, pero también éramos realmente malos siguiéndolos nosotros mismos.

【◆◆◆】

La comida con Emma y Ansel no fue lo único que resultó mal el día de hoy. Estaba de camino a mi bungalow, luego de dejar a Rachel en el suyo, cuando me encontré con Carter. Más bien él se encontró conmigo. Venía caminando a toda prisa, como alma que lleva el diablo, y me atropelló en el proceso.

—¡Hey, hey! —lo detuve, sujetándolo por los hombros—. ¿Qué está mal?

Cuando Carter levantó la mirada y me encontré con un par de ojos enrojecidos que contenían llanto, me tensé. Él se liberó de mi agarre y caminó en círculos, como un león enjaulado, durante al menos un minuto antes de destrozar entre sus manos el estuche verde portador de un CD que yo recordaba perfectamente haberle dado unos días antes. Los pedazos de plástico y del CD cayeron al suelo, gotas de sangre brotaron de sus palmas. Maldición.

—¡Carter! —Me precipité hacia él y lo sostuve por los hombros nuevamente, él sorbió la nariz sin mirarme—. Oye, ¿qué mierda ocurre? Estás asustándome.

Di un apretón en su hombro, tratando de verlo a los ojos. Lágrimas bajaron por sus mejillas entonces y yo me asusté como la mierda.

—¿Qué está pasando, Carter? —insistí con seriedad.

Su mandíbula se tensó y su mirada siguió clavada en algún punto

del césped, lejos de la mía.

—¿Cart...?

—Yo solo... estoy tan malditamente cansado de todo —murmuró sin emoción en la voz—. No importa cuán fuerte lo intente, no importa cuán optimista sea, las cosas solo siguen saliendo mal. Y duele, *joder!*, me duele.

Mientras lo escuchaba, solo pude pensar en una cosa poniéndolo de esta manera.

—¿Lia... te rechazó?

Carter bufó y me miró entonces a los ojos, ofreciéndome una sonrisa rota.

—Ni siquiera llegué a hablar con ella.

Fruncí el ceño.

—¿Qué ocurrió?

Se relamió los labios, su barbilla tembló y más lágrimas parecían a punto de desbordarse de sus ojos.

—No quiero hablar de ella ahora mismo. Te dije... te dije que no quería arruinar mi amistad con ella, pero no sé realmente si puedo cumplirlo ahora. —Sorbió la nariz y llevó una mano a su nuca mientras se mordía el interior de las mejillas con fuerza y arrugaba la nariz.

—Carter...

Él negó con la cabeza.

—Ella está con alguien más... —dijo, sorprendiéndome—. Y en este preciso instante yo no me puedo sentir bien con ello.

Me estremecí.

—Estarás bien, Carter —aseguré, porque fue lo único sensato que se me ocurrió—. Lo estarás.

Él negó con la cabeza, pasándose el dorso de la mano toscamente por la cara para limpiarse las lágrimas. Su palma seguía manchada de escarlata.

—Duele —dijo, con la barbilla temblándole.

—Lo sé. —Asentí—. He tenido ese mismo dolor por tanto tiempo aquí —señalé mi propio pecho sin pensarlo— que tal vez ya me acostumbré a él. Sigo de pie, aunque estoy cayéndome a pedazos... Si lo he hecho yo, tú lo harás mejor. Eres más fuerte, Carter. Lo sé.

Sorbió la nariz, liberando un sollozo ahogado.

—Necesitamos curar esto —dije, tomándole una mano que él alejó enseguida—. Carter...

Él sacudió la cabeza, mirándose ambas manos.

—Yo... quiero estar solo, James. Necesito estar solo. Mi cabeza... —la sacudió—. Necesito pensar sobre muchas cosas.

—Hombre, no puedo dejarte solo, tú...

—James... —Oí una voz a mis espaldas, volteé y me encontré con Heaven; ella me dio una sonrisa condescendiente—. Yo me encargo.

Heaven lucía preocupada, pero se mantenía tranquila. Me dio un asentimiento leve con una sonrisa apaciguadora.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Carter de mala gana, apresurándose a la tarea imposible de ocultar el rastro de llanto en su cara.

Ella se acercó a nosotros.

—Te estaba siguiendo —le respondió, como si esa fuera una respuesta normal, encogiéndose de hombros—. Ven conmigo, Carter.

No estaba seguro de que eso fuera lo mejor. Es decir, apenas la conocíamos. ¿Por qué Carter acudiría a ella cuando estaba pasando un mal momento?

—Mira, Heaven, aprecio que quieras ayudar, pero creo que lo mejor es que...

—Iré contigo —la voz de Carter me interrumpió, él la miraba a ella, por lo que supe de inmediato que esas palabras no eran para mí.

—Gracias —le respondió Heaven con una pequeña sonrisa antes de mirarme—. Daniel quiere ver a todos en la fiesta de hoy. Necesitas alistarte, James. Me aseguraré de que Carter llegue a tiempo también.

Los vi marchar primero y supuse entonces que Heaven era una mejor opción para reconfortar a Carter que yo. Él me había visto en el hoyo durante tanto tiempo, ¿cómo podía creerme cuando le dijera que todo estaría bien para él? Yo no era un buen ejemplo.



Decidí no asistir a la fiesta de aniversario, no tenía ánimos para festejar nada. Ver a Carter mal me había terminado de hundir. Ponía en perspectiva mis temores respecto a Emma, los volvía más reales.

A las nueve quince llamaron a mi puerta.

Era Rachel.

—¿Qué ocurre?

—Ella fue a verme —dijo, alterada—. ¡Esa hija de puta!

—¿Qué fue lo que dijo? —le pregunté, cauteloso.

—Tonterías, igual que siempre. —Se llevó las manos al rostro por unos segundos, controlándose—. Agh. Estoy tan... ¡cabreada!

—Lo entiendo —asentí lentamente.

—Pensé que estaba bien, pero encontrarla así de repente... —Respiró profundamente—. La odio, James. No quiero sentir nada por ella, pero es una perra y no puedo evitar odiarla.

Le ofrecí mi mano y ella me echó los brazos encima en su lugar.

Fue un abrazo breve.

—Yo... cometí una estupidez —confesó, preocupándome por lo que hubiera hecho.

—¿Qué hiciste, Rach?

Puso los ojos en blanco.

—Ella estaba reclamándome por el beso que te di y... ¡Joder! No tiene ningún derecho. Yo... —Me miró, sopesando mi reacción—. Um... Le dije que estaba saliendo contigo. Maldición, lo siento.

Enarqué una ceja, sorprendido, y luego negué con la cabeza.

—Dijiste que querías dejar de huir —le recordé—. Decirle que estás conmigo me parece que es hacer exactamente lo contrario.

—Lo sé —chasqueó la lengua—. Lo siento. De verdad. Es que odio que piense que sigue siendo el centro del universo. *Demiuniverso*. Yo... Fue estúpido, no quería que se saliera con la suya y no encontré otra forma de evitarlo... De hacerle ver que ella no me importa más.

Asentí lentamente.

—Olvidémoslo —le sugerí—. ¿Pedimos servicio a la habitación y vemos alguna película? No estoy de ánimos para ir a la fiesta...

—¡Eso no! —me señaló con un dedo acusador, recuperando rápidamente su usual energía—. Necesitamos arreglar la estupidez que hice al besarte delante de Emma. No podré continuar con mi vida de lo contrario.

Alegar no funcionó, así que media hora después me encontraba enfundado en una camisa de botones blanca con las mangas arremangadas por encima de los codos y un par de bermudas color caqui.

Fuimos juntos al restaurante que se había acondicionado especialmente para el evento. Era agradable, el resort siempre se

esmeraba en hacer que cada pequeña cosa luciera genial. Todo era rústico, con la madera como materia predominante, encajando en la naturaleza. Luces blancas en el techo daban un aspecto relajado que acompañaba el ambiente de música suave.

Ocupamos una mesa que encontramos después de saludar a Daniel y a su familia. Su esposa, Tessa, tenía en brazos a las más pequeña de sus hijas. La mayor no estaba aquí.

Heaven, Carter, Emma y Ansel se encontraban ubicados del lado opuesto a nosotros, compartiendo una mesa. No me extrañaba que éste último estuviera aquí, siempre asistía como invitado, era solo que eso nunca me había molestado como ahora.

No pude quitarle los ojos de encima a Emma en todo el rato. Y no pude evitar odiar cada vez que Ansel decía o hacía algo que provocaba que ella sonriera. Joder. Me gustaba verla sonreír, pero detestaba que él fuera la causa de todas esas sonrisas.

—Amigo, tú estás tan jodido... —volteé a mi izquierda, mirando a Logan. Rachel había ido al tocador poco después de ver que Emma se dirigía allí también, por lo que estábamos solo nosotros dos en la mesa.

—¿De qué hablas? —le fruncí el ceño.

—No dejas de verla —dijo, por lo que me removí en mi asiento con incomodidad—. Y no soy idiota, puedo verte muriendo de celos porque ella está con ese chico. Igual que sé que ardías en celos cuando creíste que me la había follado. Y, hombre, eso solo tiene una explicación lógica para mí: *Piglette* tiene.

—Estás diciendo tonterías. Yo no...

—No intentes mentirme, Jamie. O, peor aún, no intentes mentirme a ti mismo. Deberías verte cuando la miras... Tienes esa mirada,

amigo. *La mirada*. Creo que es la primera vez que aparece en tus ojos. ¿Y acaso te escuchas cuando hablas de ella? Te haces el insensible, James, pero esa chica te tiene cayendo.

— Todo lo que cae tiende a romperse, Logan.

Él se encogió de hombros.

— Conozco a gente que ha tenido buenas caídas. Caídas que no los han roto, sino que los han hecho más fuertes. Las cosas no siempre salen mal en el amor, ¿sabes?

Entrecerré mis ojos.

— ¿Entonces Logan Price realmente cree en algo como el amor? — dijo Rachel, que acababa de regresar a la mesa—. ¿Será que este niño rubio ya tiene a su corazón latiendo por alguien especial?

Logan tomó su copa y le dio un trago antes de ponerse de pie.

— Creo que el amor existe —afirmó—, pero también creo que no todo el mundo está destinado a encontrarlo. Hablando específicamente del amor de pareja, claro —le dio una sonrisa de suficiencia a Rachel y un asentimiento de cabeza—. Ahora, si me disculpan...

Él se marchó hacia la mesa donde se encontraban conversando Lorraine y Cami de Queen's Army. Rachel lo siguió con la mirada unos segundos y entonces se volvió hacia mí.

— Tú, ven conmigo. —Me tendió una mano—. Ahora, rápido. Mueve tu culo y vamos.

Sujetó mi mano con fuerza y me arrastró por entre la gente; después de la cena el ambiente de la celebración había pasado de música tranquila a música que los tenía a todos bailando como locos.

O a casi todos, al menos.

Ella me liberó solo hasta que llegamos al pequeño pasillo solitario

que llevaba a los baños. Chanel venía de allí con una sonrisa, nos dio un breve saludo antes de seguir su camino.

—Emma está allí todavía —susurró Rachel—. Entra y habla con ella.

—¿Qué? —abrí mucho los ojos—. ¿Estás loca? ¿Cómo voy a....?

—No hay nadie más. Chanel era la última allí, te lo aseguro.

—¡Rachel!

—La cagué, James. Lo sé. Te besé frente a ella y probablemente ahora piensa que tú y yo tenemos algo. Yo puedo decirle que no hay nada entre nosotros, pero creo que es mejor que hables tú con ella.

—Mira...

—No —levantó una mano, haciéndome callar—. Sé valiente ahora, ¿de acuerdo? Hazlo. ¿O prefieres que vaya y me apodere del micrófono para explicarle las cosas a mi modo?

—Tú no te atreverías...

—No me retes, cariño. No lo hagas. Ve allí.

Me dio un empujón hacia la puerta de los baños de damas y yo le di una mala mirada. Gesticuló un "entra" mientras enarcaba las cejas y se cruzaba de brazos.

Suspiré y, rezongando, me adentré allí muy despacio, con el corazón martillándome las costillas. La luz era atenuada en el interior, pero el reflejo de Emma en el gran espejo detrás de los lavamanos era lo más llamativo. Ella estaba muy concentrada en terminar de atar su cabello en una trenza de lado, ni siquiera volteó ante el ruido de mi llegada.

El vestido blanco que llevaba puesto era ajustado en la parte superior, de una sola manga, y le caía con soltura hasta mitad de los muslos.

¿Sabes lo que pasa cuando sabes que alguien no es perfecto y aun así para ti lo es? Estás jodido. Yo estaba jodido porque lo primero que pensé fue que ella lucía perfecta.

Avancé unos pasos más, Emma estaba metiendo las manos bajo el grifo cuando su mirada me encontró a través del espejo.

—¡James! —jadeó—. ¡Me has metido un susto de muerte! —Su ceño se frunció mientras cerraba la llave, y se volvía hacia mí—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Mierda. Llevé una mano a mi nuca, notando el calor comenzando a picar en mi cuello y cara. Jodida Rachel.

—Yo...

—Este no es el baño de hombres —indicó, mirando un momento detrás de mí, hacia la puerta—. Deberías irte.

Mordí mi labio inferior con fuerza. Carajo, claramente no había sido una idea brillante seguir las instrucciones de Rachel. Pero ya estaba aquí, no podía solo irme. Tenía que ser capaz de decir algo... lo que sea. Suspiré con frustración y llevé las manos a mi rostro, cubriéndolo un momento.

Emma se acercó entonces, mirándome con ojos entornados y la cabeza ladeada. Tragué saliva con dificultad.

—¿Estás bien, James?

No, no lo estaba. No estaba bien porque yo malditamente había pasado toda la noche odiando el hecho de que ella estuviera con Ansel, y no estaba bien porque ese vestido le quedaba tan jodidamente estupendo, sus piernas eran fenomenales y su piel clara, ligeramente acaramelada, se veía tan suave que yo estaba deseando poder comprobar si se sentía de la misma manera.

—Emma...

Sus ojos se entrecerraron todavía más. Con las manos como jarras en sus caderas, se acercó otro poco a mí, analizándome.

—¿Estás... ebrio o algo? —Dejó caer las manos a los lados—. ¿Quieres que llame a alguien?

Había bebido un poco, pero no lo suficiente para siquiera estar mareado o achispado, menos para estar ebrio. Tal vez solo lo suficiente para sentirme con un poco más de atrevimiento. Negué con la cabeza, acortando cautelosamente la distancia entre nosotros. El sutil aroma a vainilla que ella despedía golpeó mis fosas nasales.

—Me... gusta tu vestido. Me gusta cómo se ve en ti. —Me relamí los labios y ella parpadeó, sorprendida. La distancia era mínima, si levantaba mi mano podía tocarla con facilidad. La tentación era demasiada como para no hacerlo, así que llevé mi mano a su mejilla y la sentí estremecerse ante mi tacto—. Luces hermosa, Emma.

Ella tragó saliva con dificultad y cambió el peso de una pierna a otra, muy seria, bajando la mirada.

—¿Sí? —murmuró con cierta inseguridad—. Porque pensé que habías dicho algo como que para ti yo lucía como un esperpento...

—Yo digo muchas estupideces a veces.

—Ya lo creo. —Se mordió los labios y, frunciendo el ceño, volvió a mirarme a los ojos—. ¿No deberías volver con tu acompañante?

—Estoy perfectamente bien aquí.

Tomé su mano, entrelazando mis dedos con los suyos con suavidad, con movimientos que no la hicieran asustar y correr lejos de mí. Mi pulso estaba acelerado. Emma acababa de retocarse el brillo de labios, era evidente, y me di cuenta de que yo estaba deseando tanto quitarlo de ellos.

Quería besarla de nuevo, ¡joder!, besarla bien. Con ella despierta,

con ella participando en el beso.

—Estás actuando extraño, James... —susurró en un hilo de voz.

—¿Y eso es malo?

Yo no iba a responderme esa pregunta, porque no quería dudar, no quería pensar, solo quería sentir. Liberé su mano y, siendo atrevido, puse las mías en su cintura con suavidad, sin apartar mis ojos de los suyos, que reflejaron inmediata sorpresa. Y, sin embargo, no me alejó. Ella no me empujó lejos y yo interpreté eso como una buena señal.

—N-no lo sé —dijo, sus manos se presionaron en mi pecho cuando la acerqué un poco más a mí—. ¿Qué estás haciendo, James?

Por la forma en la que su respiración se había vuelto pesada, me di cuenta de que yo no le era totalmente indiferente. Su cuerpo también reaccionaba a la cercanía del mío.

—Quiero intentar algo y.. —me incliné un poco, rozando su nariz con la punta de la mía— no lo sé...

Sentí el calor manando de entre sus labios y la sed de probarlos se volvió casi insoportable.

Entonces dos malditamente inoportunos golpes en la puerta se dejaron oír.

—¡Emma! ¿Emma, sigues allí?

Cerré los ojos con fuerza, respirando hondo, y apreté los labios en una fina línea al reconocer la voz de Ansel. El momento terminó allí, sin concretarse. Ella hizo que la libera. La vi parpadear y retroceder, como si despertara de una ensoñación.

—Yo... —alcanzó a tientas su pequeño bolso, que estaba sobre la mesa del lavamanos, y Ansel volvió a llamarla con insistencia—. Estoy aquí... —respondió lo suficientemente fuerte para que él le

oyera, luego me miró—. James...

—Supongo que eres tú a quien esperaban después de todo, no a mí.

Forcé una sonrisa para ella y me dirigí a la salida necesitando con urgencia un poco de aire. Abrí la puerta, encontrándome de frente con Ansel, él frunció el ceño y yo me limité a darle un asentimiento de cabeza antes de pasar a su lado y marcharme sin detenerme a darle explicaciones. Yo jodidamente no tenía por qué explicarle nada, no a él.

## Capítulo 26

Entrecerré los ojos con sospecha hacia Daniel y Mike, que cuchicheaban acaloradamente y se callaron tan pronto como me vieron.

—¿Qué ocurre? —les pregunté.

Mike se pasó una mano por su cabellera con un gesto nervioso, Daniel solo apretó los labios. Fruncí el ceño y me acerqué un poco más.

—Estamos atendiendo un asunto importante, ¿necesitas algo de nosotros? —dijo finalmente Daniel.

—Sí. Necesito saber qué ocurre. Los escuché decir mi nombre mientras hablaban y luego se callaron en cuanto notaron que estaba yo aquí.

Michael se secó el sudor de la frente con su pañuelo, noté que Lori nos miraba discretamente desde su escritorio. Daniel suspiró.

—Supongo que no es algo que se pueda ocultar para siempre, Mike —le dijo al aludido—. Vamos, entremos a mi oficina para enseñarle.

—¿Enseñarme qué? —inquirí con la aprensión creciendo en mi pecho.

—Entremos —insistió Daniel.

Lo seguimos al interior de su oficina y tomamos asiento alrededor del escritorio de caoba. Entonces Mike desbloqueó su iPad y comenzó hacer algo allí.

—Queremos que tomes esto con calma, James —dijo con los ojos

fijos en la pantalla del aparato electrónico, impacientándome—. Estamos trabajando para cerrar este sitio web y retirar el contenido, no es tan grave como parece. Todo fue subido apenas hoy, estamos a tiempo de evitar que se vuelva más grande de lo que es.

Mierda, teníamos solo dos días de haber regresado del resort en Los Ángeles, ¿en serio ya había problemas? No recordaba haber hecho nada para llamar la atención de la prensa.

—Esta clase de cosas siempre ocurren —añadió Daniel. Sus intentos por hacerme sentir mejor no estaban funcionando, en realidad me ponían más nervioso.

—Simplemente déjenme ver ya de qué se trata.

Michael me entregó su iPad finalmente. Apenas tuve que leer un poco para darme cuenta de qué iba el asunto. Alguien había hecho un puto blog sobre Bad Boy, un blog para compartir y hablar sobre nuestras intimidades y secretos. Y, cómo no, la primera entrada estaba dedicada a mí. El problema era que no hablaba solo de mí, sino que también incluía a Emma. Había algunas fotos de nosotros que no tenía una jodida idea del momento en que las habían tomado, y estaban también aquellas de cuando salimos del hospital. En estas últimas no se veía el rostro de Emma porque estaba usando mis lentes y gorra, pero la persona del blog hacía comparaciones y aseguraba que era la misma chica de las otras fotos. Y tenía razón, lo era.

Había toda una enferma teoría sobre la relación secreta que yo mantenía con esta nueva "chica desconocida". En realidad, hasta allí no había tanto problema, pero entonces estaban los comentarios. Los malditos comentarios.

*1 [Quién diablos es esa perra? ¿Por qué está saliendo nuestro James con*

*ella?]*

*2 [No puede ser verdad. ¡Mírenla! Ni siquiera es bonita. ¡¡Mi J-Wolf jamás saldría con alguien como ella!! ¡Esa básica no tiene tanta suerte!]*

*3 [Qué mierda?! ¡Seguro es otra puta buscando fama! AGH!]*

*4 [TIENE QUE SER UNA MALDITA BROMA!]*

*5 [Solo diré que él merece algo mejor...]*

*6 [Creo que ella está muy flaca y pálida, seguro es alguna fea aspirante a modelo bulímica. Él debería aprender a elegir mejor a las chicas con las que sale...]*

*7 [La mataré si esto es cierto!]*

*8 [Es increíble que esté pasando otra vez. Este hombre rompe mi corazón de nuevo, ¿por qué no pueden solo quedarse solteros para siempre?]*

*9 [Putaputaputaputaputa!!! Ella solo quiere dinero y sus cinco minutos de fama, ojalá se muera!!]*

*10 [LA ODIIO! ¡Cuando averigüe dónde vive ella se arrepentirá de intentar robar a mi hombre!]*

No pude seguir leyendo. Mierda, no pude. Me sentía mareado solo con leer esos jodidos comentarios, todo mi cuerpo se tensó. Me costaba hacer llegar el aire hasta mis pulmones y el pánico se había arremolinado en la boca de mi estómago.

—James...

Le devolví el iPad a Michael. Estaba seguro de que me encontraba pálido en este momento.

—Debes decirles que no... —Tragué saliva con dificultad y fruncí el ceño—. Diles que no es verdad, que solo es una asistente sin importancia a la que no quiero cerca, que no pasa nada entre ella y yo... Mike, diles. Por favor detén lo que está pasando...

—James...

—*Por favor*—le supliqué.

【◆◆◆】

Acababa de terminar lo que era el primer día de grabación de la estúpida canción promocional para la empresa de teléfonos celulares con la que habíamos firmado contrato el año pasado. Aunque no sonaba mal, tampoco era precisamente una pieza musical compleja que la gente diría en un futuro que tocaba las fibras sensibles de su corazón luego de escucharla.

Estaba comenzando a subir las cortas escaleras que llevaban al último piso cuando Emma bajó corriendo del ascensor para alcanzarme. Parpadeé y, por unos instantes, mientras ella recuperaba su respiración, solo la observé en busca de algún daño. El día anterior Michael se había encargado de cerrar el blog donde hablaban de nosotros, pero la clausura no había sido tan rápida como para pensar que pocas personas habían visto el contenido. Según las direcciones IP que encontraron los técnicos, la mayoría de los visitantes eran de Nueva York y los alrededores, el blog solo tenía un día de haber sido creado y apenas comenzaba a expandirse por el resto del país cuando fue clausurado.

Incluso aunque se había emitido un comunicado en las redes sociales, explicando que la chica que aparecía en esas fotos solo era una asistente con la que yo mantenía una relación estrictamente de trabajo, me preocupaba que eso no fuera suficiente para disipar los rumores y alejar a Emma del punto de mira.

—¿Estás bien? —fruncí el ceño, ella asintió mientras tomaba un respiro profundo. No había corrido demasiado y parecía exhausta.

—¿Puedo hablar un momento contigo?

—Vamos —indiqué, señalando la cima de las escaleras.

El pasillo que llevaba a lo que me gustaba llamar mi rincón de paz estaba iluminado, las paredes habían recibido una capa de pintura y conseguí la ventilación, como Carter me había sugerido. Introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta, encendiendo las luces y entrando de primero.

Emma cerró la puerta tras de sí y se apoyó de ella, todavía parecía algo cansada por haber corrido antes. Sus ojos revolotearon rápidamente por el lugar hasta llegar al estante de libros. Percibí cierto anhelo en esa mirada.

Me aclaré la garganta, sentándome detrás de mi escritorio, y ella pestañeó antes de asentir y acercarse. Se paró detrás de la silla, sujetando el respaldo de la misma con ambas manos. Me miró y enarcó las cejas.

—¿Qué pasa? —le pregunté, ladeando el rostro mientras la estudiaba con la mirada—. ¿Es porque llegaste tarde el día de hoy?

O quizá ella quería hablar de la locura del blog y del comunicado de prensa donde se aseguraba que nuestra relación era estrictamente profesional, esa era una posibilidad.

—Sí, eso. —Asintió y rodeó la silla para sentarse—. Verás... el año pasado participé en esta cosa del voluntariado y me inscribí para hacerlo de nuevo este año porque en ese entonces no contaba con estar en un trabajo como este. Se supone que dedicaría a ello todas mis tardes durante estas tres semanas de noviembre, pero hablaré con la coordinadora del programa para reducir mis tiempos, así puedo venir aquí y..

—¿Qué es lo que haces en ese voluntariado? —pregunté con curiosidad, interrumpiéndola.

Ella abrió la boca, dejándola así por un par de segundos antes de

fruncir un poco el ceño y cerrarla.

—Bueno, ellos nos asignan como ayudantes en un centro de protección de menores y la persona encargada del lugar nos indica lo que hay que hacer cuando estamos allí. Entonces... —se humedeció los labios— ¿tienes algún problema si llego una o dos horas después de lo normal? Todavía debo pedirle permiso a Michael, pero quería asegurarme de que estás de acuerdo también. No quiero problemas.

Entrelacé mis manos sobre la mesa mientras la escuchaba hablar, asintiendo con un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—¿Puedes usar tu teléfono mientras estás allí?

—Puedo —asintió, entrecerrando los ojos—. ¿Por qué?

—No modifiques tus planes originales. Los hiciste antes de adquirir el compromiso de este trabajo, así que Michael lo entenderá. No tienes que venir aquí estas semanas.

—¿De verdad? —dijo, dudosa.

—De verdad. Nos mantendremos en contacto por teléfono... Llámame en las noches para repasar los eventos del día siguiente y luego puedes solo enviar mensajes de texto antes de cada cosa.

—Suerte que la empresa paga mi factura telefónica.

—Hablo en serio, Emma.

—Yo también —se puso de pie—. Odiaría tener que gastar mi crédito para hacer llamadas y enviar mensajes de trabajo. —Me ofreció una sonrisa forzada—. Como sea, gracias por esto. Hablaré con Michael al respecto.

De acuerdo, quizá era solo mi imaginación... pero ese comentario parecía esconder algo. Entrecerré los ojos y me puse de pie también.

—¿Te irás ya?

—Ya no hay nada en tu agenda, así que sí... A menos de que

necesites algo, claro. ¿Rosquillas que no comes? ¿Café que odias?

Suspiré.

—Solo me gusta el café de Grinders —confesé—. Recién tostado, muy caliente y sin azúcar ni crema.

—Lo tendré en mente. ¿Quieres que compre uno para ti ahora?

—No, en realidad... —Miré detrás de ella, al librero—. En realidad, me gustaría que me hicieras un favor.

—¿Un favor?

Asentí, caminando hasta el librero. Sin saber muy bien lo que hacía, tomé tres libros que ya había leído y me volví hacia ella.

—¿Los regreso a alguna biblioteca?

Negué con la cabeza y los puse en sus manos.

—Cuídalos un tiempo por mí.

Emma ladeó el rostro, contemplando los libros que había puesto en sus manos, y levantó la mirada hacia mí.

—¿Me los estás prestando?

—Estoy pidiéndote que los cuides por mí.

Sus ojos se entornaron más.

—¿Y... puedo leerlos?

—¿Me harías caso si dijera que no?

—No, pensaría que eres egoísta y los leería a tus espaldas de todos modos.

—Entonces ya sabes qué hacer.

Por un largo momento ella solo me miró con ojos entornados, como si tratara de leer mis pensamientos, luego sacudió la cabeza y suspiró.

—De acuerdo, no voy a complicarme la vida haciendo más preguntas sobre esto o tratando de entender la forma en la que

piensas, James Wolf, porque son libros. Y yo no le digo que no a los libros. —Abrazó los tres ejemplares contra su pecho—. Los traeré de regreso después. ¿Puedo irme ahora?

—Puedes.

—Bien. Te llamaré más tarde para hablar sobre tus pendientes de mañana.

Asentí en respuesta y ella se marchó.

Un cuarto de hora más tarde tenía a Michael al teléfono cuestionándome por haberle dado vía libre a Emma para faltar dos semanas al trabajo.

—No es como si la hubiese despedido, Mike. No es una treta para deshacerme de ella. Emma va a volver, estaremos trabajando por teléfono estas semanas para que pueda hacer lo del voluntariado. No te pongas idiota al respecto. Se lo debes después de haberla engañado para que aceptara el trabajo, ¿de acuerdo? Y, además, es bueno que se aleje un poco después de lo del estúpido blog ese.

【◆◆◆】

—¿Qué es lo que haces? —me preguntó Rachel, posicionándose detrás de mí y colocando sus manos en mis hombros, comenzando a masajearlos con suaves presiones.

—Pensando.

Me soltó y dio la vuelta a mi escritorio, tomando la silla vacía frente a mí. Enlazó sus manos sobre sus piernas y me miró muy seriamente, con una ceja enarcada.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir así?

—¿Seguir cómo? —pregunté, enarcando una ceja también. Ella negó con la cabeza y suspiró.

—Puedes evadir a Emma, James, pero no puedes detener lo que

sientes por ella. —Hice una mueca y crucé los brazos sobre mi pecho. Ahí íbamos de nuevo con el mismo tema.

—Ya te expliqué por qué ella no está viniendo, Rach. Yo no la estoy evadiendo.

—Oh, lo haces, amigo. En el fondo lo haces. Y, escucha, lo entiendo. En serio. Tienes algunas fans locas de remate que dicen cosas sin sentido y reaccionan de forma jodida ante la idea de tú teniendo una novia; además no estás seguro de si Emma siente algo por ti o si tiene algo con ese chico Ansel; y en el fondo te atormentas por esa puta promesa de mierda que le hiciste a Bonnie sobre esperarla. Pero, ¿sabes qué? No puedes permitir que el miedo a la reacción de las fans controle tu vida; no vas a averiguar lo que siente Emma por ti si tú tampoco eres honesto sobre tus sentimientos con ella y Bonnie es una jodida que nunca debió hacerte prometer algo como que esperarías por ella. No le haces eso a una persona que quieres de verdad, James. Es como decirle a un pájaro que lo amas, pero atar sus alas al mismo tiempo para que no pueda volar.

Tú has esperado mucho tiempo por Bonnie y ella no ha vuelto, amigo. No debes sentirte culpable de que tus sentimientos estén cambiando, de que tu corazón ya no aguarde su regreso y de que llegara alguien más a tu vida.

Le sostuve la mirada unos pocos segundos y luego mi vista cayó en picada. Rachel tenía razón.

—La semana pasada se cumplieron exactamente dos años desde que Bonnie se fue... yo ni siquiera lo recordé hasta ahora —dije, llevando mis manos a mi cara con pesadumbre.

—Es lo que trato de decirte, James. Ella fue importante en el pasado, pero... ya no lo es. Y no es tu culpa, es suya. Porque fue ella

quien decidió rendirse contigo.

—Yo...

—¿Qué necesitas para atreverte a dar el siguiente paso con Emma?

Tiré de mi cabellera, frustrado.

—Hace poco menos de dos meses y medio que ella llegó a mi vida, Rach..

—Dos meses y medio y mira la forma en la que te ha sacudido su presencia. Seriamente, ¿no crees que vale la pena intentarlo?

—Emma vale la pena. Cualquier hombre inteligente que se dé la oportunidad de conocerla un poco se daría cuenta de ello.

—Entonces sé ese hombre inteligente, amigo.

—Todos parecen saber lo que yo debería hacer, Rach. Pero no es así de fácil para mí. Tú y Logan vienen y me hablan de lo que creen que siento por Emma, de lo que creen que debería hacer. Me dicen que soy un idiota, que yo solo debería lanzarme por esos sentimientos, arriesgarlo todo. Ustedes hablan porque no están en mi situación y no se ponen en mis zapatos realmente. ¿Sabes lo difícil que ha sido para mí todo esto? No fue fácil admitir que ella me gusta. ¡Carajo! Pasé todo este tiempo entumecido, sin sentir otra cosa más que dolor, frustración, impotencia y vacío... Y de pronto llega Emma y comienza a despertar en mí todas estas sensaciones que me confunden.

» Ella me gusta, Rachel. Me gusta verla sonreír, me gusta verla perdida entre las páginas de un libro o saboreando ese jodido pastel de chocolate que es su favorito. Me gusta que se preocupe por los demás, sus ojos, la sensación de calidez que irradia cuando está cerca y el sutil aroma a vainilla que la acompaña. Me gustan esos cárdigan

que siempre lleva puestos, la forma en la que arruga su nariz cuando no está de acuerdo conmigo y el hecho de que probablemente tiene el alma más noble que he conocido en mi vida.

—Mierda, James, sé que seguramente no quieres escucharme decirte esto justo ahora, pero creo que eso podría ser un poco más que gustar.

Me recliné hacia atrás en la silla, aferrándome a los reposabrazos. Rachel me dio una mirada de preocupación.

—Quiero que Emma esté segura y feliz, Rach. Pero no puedo evitar pensar que conmigo a su lado eso resultaría difícil... no puedo evitar esta desconfianza en mí mismo. —Suspiré con frustración—. No espero que tú o los demás lo entiendan, pero yo no puedo solo lanzarme con ella al vacío esperando que nada salga mal. Porque estoy jodido, Rach, y Emma se merece mucho más que un hombre jodido.

—¿Entonces qué es lo que vas a hacer? ¿Dejar ir cualquier oportunidad con ella y esperar no sentirte demasiado mal cuando ella esté con alguien más? —enarcó las cejas, esperando una respuesta.

Mordí mi labio superior y me encogí de hombros.

—No....no. Probablemente arreglar mi mierda sería un buen primer paso.



El domingo por la noche, tras darme una ducha y cenar con Marie, me encontraba recostado en mi cama cuando mi celular anunció una llamada entrante.

Era de Emma, así que deslicé mi dedo por la pantalla enseguida para aceptar la llamada y llevé el móvil contra mi oreja.

—Hola —dije, contemplando el techo de mi habitación.

—Hola, James. Aquí está el asunto, mañana por la mañana debes estar en Beat para ensayar con los chicos y luego tienes varias cosas por hacer en la tarde... —Ella comenzó a recitar cada uno de los compromisos que yo tenía que atender el lunes, pero, para ser honesto, no pude poner atención a lo que decía. La escuchaba, sí, pero no procesaba la información.

—¿Emma? —la interrumpí.

—¿Uh?

—¿Puedo... hacerte una pregunta?

—¿Sobre tus pendientes de mañana?

—No.

Ella se quedó en silencio durante varios segundos donde lo único que escuché fue su suave respiración al otro lado de la línea.

—De acuerdo —dijo finalmente.

Me aclaré la garganta y noté algo de ansiedad. Esto no era nada sencillo de preguntar para mí, así que traté de no pensar demasiado las palabras que usaría y solté lo primero que vino a mi mente.

—Sé que esto será un poco raro, pero... ¿estás saliendo con alguien?

De nuevo el silencio fue la primera respuesta.

—¿No es eso algo demasiado personal para dos personas que tienen una relación estrictamente de trabajo?

—¿Estás molesta por lo que decía ese comunicado?

—No, no exactamente molesta. Podríamos decir que allí no se dijo nada más que la verdad. Es solo que tú sigues confundíendome, James. Es como si estuviésemos en medio de un juego del que yo no conozco ni las reglas. Y eso no me gusta.

—Era necesario emitir ese comunicado tal cual fue presentado, Emma. —Eché mi brazo sobre mi cara, cubriendo mis ojos—. Tú no viste las cosas que estaban diciendo en ese blog por las fotos de nosotros dos y la teoría de una relación secreta. No iban a dejarte tranquila de otro modo.

La oí suspirar.

—No salgo con nadie, James. No en un sentido romántico... — Hizo silencio y otra voz diferente a la suya se escuchó a lo lejos—. Escucha, mi compañera de dormitorio milagrosamente llegó. Te escribiré mañana, ¿de acuerdo? Buenas noches, James.

—Buenas noches, Emma.

Sonreí sin poder evitarlo porque, ¡mierda!, esa era la respuesta que anhelaba escuchar y ella me la había dado. No estaba saliendo con nadie. Yo podía tener una oportunidad. Pero tenía que hacer primero lo que le había dicho a Rachel: arreglar mi mierda.

Dejé mi celular a un lado y entonces abrí la gaveta de mi buró, sacando el antiguo libro de *Historia de dos ciudades* al que tanto cariño le tenía. Acaricié la superficie con dos dedos y lo abrí en la última página. La suave y llana letra sin demasiadas florituras recitaba el mensaje que había leído un sinnúmero de veces hasta grabarlo a fuego en mi memoria.

*«No tengo idea de lo que estés pasando, pero quiero que sepas que no estás solo. Incluso si no estoy a tu lado, estoy contigo, James...»*

Suspiré, pensando en quien sea que hubiese escrito ese mensaje, y volví a las primeras páginas del libro para comenzar a leer la historia una vez más.

## Capítulo 27

Le hice una seña a Blake, que acababa de estacionar su motocicleta junto a mi auto, y lo esperé hasta que bajó de ella y me alcanzó.

—¿Dónde te metes, hombre? —dije—. Casi no te he visto por aquí más que en los ensayos.

Él chasqueó la lengua y esbozó una pequeña mueca mientras caminábamos hacia las escalerillas que llevaban a la recepción de Beat.

—He estado teniendo reuniones con Michael y esta gente que quiere que actúe en su película.

—¿Hablas en serio? Digo, suena bien y todo... pero no parece muy feliz al respecto.

—No, no. Es muy genial, ellos quieren que tenga el rol protagónico y me parece un desafío emocionante para tomar, pero... no sé. —Se encogió de hombros—. Supongo que no luzco tan emocionado como lo estoy porque tengo muchas cosas en el cabeza justo ahora.

—¿Vas a aceptar el papel?

—Mike cree que es una buena oferta, ellos incluso están dispuestos a adaptarse a mi agenda. Él dijo que la decisión final es mía, de todos modos. Probablemente diré que sí. Todavía tengo esta semana para pensarlo.

—Lo que sea que decidas sabes que te apoyaremos.

—Gracias —suspiró y palmeó mi brazo cuando llegamos

finalmente a recepción—. Escucha, debo encontrar a Carter, te veré más tarde, ¿vale?

—Vale —dije, viéndolo marchar.

【◆◆◆】

Logan y Eric conversaban entre ellos sobre alguna revista que había sacado una nota sensacionalista que acusaba al primero de estar enamorado en secreto de la hija de alguna diseñadora de modas francesa.

—Te digo la verdad, cabroncete —rió Logan—. Es imposible que mi nombre y la palabra «enamorado» estén en una misma frase. A menos, claro, que lleve un «no está» de por medio.

—Un día caerás fuerte y profundamente en el amor —le advirtió Eric—. Y cuando estés todo jodido por la chica, yo estaré allí para recordarte esta conversación.

—¡Calla, marica! ¡Deja de desearme el mal!

Ellos llevaron su discusión fuera de la sala, hacia algún otro sitio, y yo puse los ojos en blanco antes de voltear a ver a Carter, que estaba sentado a mi lado.

—¿Cómo estás? —le pregunté, chocando ligeramente mi hombro con el suyo.

—Bien —respondió sin muchos ánimos; desde el viaje a Los Ángeles estaba un poco apagado—. ¿Y tú?

—Tratando de entender mi puta vida para arreglarla un poco.

El intento de una sonrisa se insinuó en sus labios con mi respuesta. Le sonreí.

—Todos tenemos de esos momentos, hermano.

—¿Estás bien, Carter? Ya sabes, desde la última vez en el resort...

—Bueno, tú tratas de entender tu vida y yo estoy tratando de

aceptar algunas cosas que no puedo cambiar de la mía, supongo. — Sonrió de medio lado y pasó una mano por su cabellera—. No me va muy bien en ello. Estoy jodido porque siento esta necesidad de hablar con la amiga a la que no quiero hablarle por ahora.

—Hombre, eso es complicado.

—Ni que lo digas —suspiró.

Rasqué un lado de mi cuello, pensando al respecto.

—¿Estás seguro de que, um, ya sabes, ella está saliendo con alguien? Intuí que sería de la empresa, pero no la he visto con nadie más que esos amigos suyos de siempre. Y no se ve precisamente como una chica feliz y enamorada.

—No sé que esté pasando con ellos ahora, pero los vi besándose mientras entraban a un bungalow ese día. Y la cosa es que ella nunca dijo que él le gustara, ¿vale? Y yo se lo pregunté más de una vez.

—No quiero que me lo tomes a mal, pero lo cierto es que tú tampoco dijiste nunca que ella te gustara. Ni siquiera a nosotros. Tú solo aceptaste que era así cuando te lo pregunté hace poco... ¿Por qué?

—Es una historia larga, James. —Pasó sus manos por su rostro—. Al principio era cierto, no veía a Lia más que como a una amiga. Ella llegó a la empresa cuando yo todavía estaba con Beth. Me agradaba, pero solo eso. Luego pasó lo de la ruptura y me hice todavía más cercano a ella, fue un gran apoyo para mí en ese proceso, pero no se trataba de mí reemplazando a Bethany con Lia. En esos momentos lo menos que yo deseaba era tener una nueva relación amorosa.

—¿Entonces cuando pasó? ¿Cuándo te diste cuenta de que la querías más que como a una amiga? —pregunté, tratando de comprenderlo.

—Este año ella me acompañó a casa el día de mi cumpleaños. Sabes bien que esa es una fecha delicada para mi familia... —Apretó los labios y se removió con incomodidad—. Entonces hubo una situación tensa con mi padre y ella dio la cara por mí. Dijo un montón de cosas que me hicieron pensar demasiado y comenzar a verla diferente. Lo siguiente de lo que me enteré es que ya no estaba viéndola solo como a una amiga y no se suponía que eso pasara, así que no sabía cómo decírselo.

Suspiré, presionando mis manos en mis muslos.

—Es... Um... No sé qué decirte, hombre.

—Ya no importa. Creo que solo necesito tiempo y espacio para aceptar las cosas y superarlo. *Debo* superarlo en algún momento. Es solo que se me han juntado muchas cosas y por ahora no puedo evitar sentir este rechazo hacia ellos cuando los veo, así que prefiero mantener las distancias.

—¿Voy a saber en algún momento de quién diablos estamos hablando además de Lia?

Carter se lo pensó, esbozando una mueca.

—Solo si juras no hacer un escándalo de ello, ¿vale? No quiero más líos, justo ahora tengo los suficientes y estoy tratando de manejar esto lo mejor que puedo.

—Lo juro...

【◆◆◆】

Entrecerré los ojos hacia Logan, que sostenía en alto el cárdigan de Emma mientras le decía que lo dejara ver alguna cosa. Ella trataba inútilmente de que le devolviera su abrigo.

—¿Qué estás haciendo, Logan? Deja de fastidiarla.

Emma había terminado el pasado viernes con sus semanas de

voluntariado y hoy regresaba oficialmente a trabajar de nuevo conmigo. Logan alzó su mano todo lo que pudo, manteniendo el cárdigan en lo alto, y me miró.

—Mejor ven aquí y ayúdame. La pequeña *Piglet* resultó tener un lado no tan dulce y se metió en una pelea. ¿Puedes creerlo?

—¡No es cierto! —aseguró ella—. ¡Dame eso ya mismo, Logan!  
Fruncí el ceño.

—No hasta que me dejes ver qué escondes.

—Ya te dije que nada.

—¿No? ¿Y esto? —Él tocó un punto en el brazo de Emma y ella se quejó—. Ni siquiera apreté con fuerza, chica. ¿Cómo obtuviste ese moretón?

Emma gruñó y yo me acerqué a ver de lo que hablaba Logan. En efecto ella tenía unas pequeñas marcas moradas en el brazo. Y no solo eso, noté también la herida que sanaba en la esquina de su boca.

Le arrebaté el abrigo a Logan, quien protestó, y le dije a Emma que fuera conmigo. Subimos al último piso y una vez que entramos a la habitación de allí arriba, le devolví su cárdigan. Ella lo tomó murmurando un «gracias» y yo sujeté su brazo, aprovechando el momento.

Pasé con suavidad la yema de mis dedos por la piel amoratada y ella trató de que la soltara.

—¿Qué te ocurrió? —le pregunté.

—Ya dije que nada.

—Tienes un moretón en el brazo y hay daño en la esquina de tu boca. Eso no ocurrió por «nada».

Ella bufó mientras se colocaba el cárdigan y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es una tontería, James. —Le insistí con la mirada y resopló, rodando los ojos—. *Bien*. Tuve un encuentro con una chica de la universidad que al parecer es una fanática tuya que leyó el tonto blog y no aprueba la relación que en realidad nosotros dos no tenemos. Ella cree que el asunto de que soy tu asistente es algo para encubrir la verdad y no estaba feliz de verme, así que este fue el resultado.

Me paralicé. Mierda, no. No a Emma, joder. Me sentí palidecer mientras el pánico cerraba mi garganta y el aire llegaba con dificultad a mis pulmones.

—Emma... —nada más logró salir de entre mis labios.

Ella me frunció el ceño.

—Estoy bien, James. Esa chica probablemente no estaba pensando con claridad cuando vino a mí. Ella estaba llorando y todo fue muy loco. Le dije que realmente yo solo era tu asistente y fue cuando conseguí esto —señaló la esquina de su boca— por ser «*mentirosa*». Estábamos dentro del campus, un profesor se dio cuenta de lo que ocurría e intervino. Estoy de verdad bien, así que quita esa cara.

—Yo... no puedo. Eso no debió pasar.

Ella resopló.

—Respira, James, *respira*. ¿Qué es esta reacción tan extraña que estás teniendo? Ya te dije que estoy bien.

—Es mi culpa... —Mi pecho subía y bajaba con rapidez. Emma entrecerró los ojos y se acercó un paso a mí, pero yo me alejé antes de darme cuenta.

—Escucha, tú no tienes la culpa de lo que esta chica hizo, ¿vale? No asumas una responsabilidad que no te corresponde. Ahora, ella ya está pagando las consecuencias de su arrebató y yo solo quiero

olvidar lo que pasó.

El problema era que, aunque lo intentara, era yo el que no podría olvidarlo tan fácilmente.

【◆◆◆】

—Tú necesitas ayuda, James —dijo Rachel, mirándome con mucha seriedad—. En serio, amigo, necesitas tratar esto con alguien.

—Lo que necesito es a Emma estando segura, Rach. Yo... no sé qué hacer. No puedo lidiar con esto, con la idea de ella ocultándose cuando alguien le haga algo por mi culpa y..

—No es tu culpa.

Pasé las manos por mi cara, frustrado.

—¡Vamos, Rach!, tú entiendes de lo que hablo.

—Diablos, James. Creí que habíamos hecho un progreso y ahora estás perdiendo el enfoque otra vez por esto que pasó. —Suspiró—. ¿Qué es lo que piensas hacer?

—Emma tiene esta semana libre por Acción de Gracias. Hice que Mike consiguiera un boleto de avión para que ella se vaya con su familia, le diré que es un bono de la empresa o lo que sea. Todavía no sé bien qué es exactamente lo que haré cuando ella vuelva... debo pensar con calma.

—Lo que debes hacer es conseguir la maldita ayuda para no entrar en crisis cada vez que haya dificultades con una fanática.

Mi teléfono vibró, anunciando un mensaje. Apreté los labios y miré a Rachel.

—Emma está por llegar. Le dije que la esperaría arriba para hablar, así que...

—Esta conversación no está terminada aún, ¿oíste?

Sin responderle, salí del comedor de la empresa y subí al ascensor

para luego tomar las escaleras y llegar al sitio donde acordé ver a Emma.

Diez minutos después de llegar, mientras sonaba *Always for you* de The album leaf, llamaron a la puerta. Fui a abrir enseguida. Ella llevaba el cabello recogido en un moño bajo y algo desarreglado, vestía simples tejanos y un colorido suéter de punto grueso que la protegía del frío invernal. Las puntas de sus orejas y su nariz estaban algo rojas. Estaba sosteniendo entre sus brazos los libros que le había prestado a principios del mes.

—Ayer los olvidé, pero aquí están tus libros sanos y salvos —les dio unos golpecitos, señalándolos—. Los he cuidado bien por ti, ahora los devuelvo.

Asentí con una minúscula sonrisa y ella se volvió hacia el estante para devolver los libros.

—¿Te han gustado? —me atreví a preguntar, bajando la mirada mientras me apoyaba del escritorio.

Emma se acercó, deteniéndose frente a mí; el sutil aroma a vainilla que despedía inundó mis fosas nasales.

—Dos de ellos me gustaron mucho —dijo—. El otro fue interesante pero no consiguió atraparme por completo.

Me ofreció una breve sonrisa, cambiando el peso de una pierna a otra mientras me miraba con los ojos color avellana oliva entornados.

Asentí.

Quise preguntarle más al respecto, deseé poder sumergirnos en una conversación sobre esos libros, sobre las partes que más le habían gustado y las impresiones que habían causado en ella los personajes y situaciones, pero me contuve. ¿Para qué hacer esto más difícil?

—¿Cómo... has estado? —terminé por preguntar.

—Pues... igual que ayer. —Ladeó el rostro con extrañeza y me enseñó dos pulgares en alto—. Muy bien... ¿Y tú?

—Bien —le respondí con mi mentira mejor ensayada, incapaz de hacer lo contrario.

—Genial —asintió, la incomodidad presente entre nosotros.

Suspiré.

—¿Traes contigo la agenda electrónica, como te pedí?

—Sí, aquí está. —Rápidamente la sacó de su bolso y yo extendí mi mano para que me la entregara—. ¿Anotarás algo nuevo?

—Voy a conservar esta cosa por un tiempo, en realidad.

—¿Cómo dices?

—Y tú vas a tener esto —me giré un poco sobre mi escritorio hasta alcanzar el billete de avión que Mike compró para ella—. Toma.

Se lo entregué y me crucé de brazos.

—¿Qué se supone que...?

—Estás libre de la universidad esta semana, ¿verdad?

—Sí... —dijo, cautelosa.

—Pues el próximo jueves es Acción de Gracias, así que tienes un vuelo para ir con tu familia esta misma noche y regresar el domingo.

—¿Cómo es que...?

—Michael lo consiguió para ti. Él tiene todos tus datos, ya sabes. Es... un pequeño regalo de la empresa.

—¿Es en serio?

—Todos vamos a tener días libres, así que no tienes que preocuparte por nada.

—Ya... —dijo, sonando insegura y frunciéndole el ceño al billete de avión.

—Habrás visto que no hay nada agendado para estos días, ¿verdad? Así que... —comprobé la hora en mi reloj de pulsera— mi consejo sería que vayas a Roosevelt a recoger tus cosas y llegues a tiempo al aeropuerto. ¿Tienes forma de llegar?

Todavía frunciendo el ceño, asintió.

—Creo que sí.

—¿Crees? —enarqué una ceja.

—Yo me encargo de eso.

—¿Por qué no pareces tan feliz? —ladeé el rostro—. ¿No quieres ver a tu familia? ¿A tus padres, hermanos, abuelos, tíos... no lo sé, quien sea que te espere allí?

—No tengo hermanos, soy hija única —se relamió los labios—. Y claro que quiero ver a mi familia, es solo que no esperaba esto. —Sacudió el billete de avión en su mano—. Les dije que no podría ir en Acción de Gracias, esperaba verlos hasta Navidad... ¿De verdad es real?

—Daniel nos llevó a todos con gastos pagados a Los Ángeles por un fin de semana, ¿todavía dudas que esto pueda ser real?

Ella sopesó mi respuesta y, lentamente, asintió.

—Sí, tienes razón. —Sonrió, mordiéndose los labios para contener un poco su emoción—. Bueno... supongo que nos veremos a mi regreso, ¿no? Debería irme ahora. Feliz acción de gracias para ti, James.

—Ten un buen viaje, Emma.

【◆◆◆】

Al parecer Eric y Emma se habían vuelto buenos amigos en algún momento, por lo que el primero hizo un drama cuando se enteró de que ella regresaría a Nueva York hasta el domingo, justo un día

después de que él cumpliera años.

Yo no tenía planeado hacer nada en Acción de Gracias, pero los Sanders llamaron temprano para invitarnos a Marie y a mí a pasar el día con ellos. No pude decir no. Siempre que hubiese una oportunidad para estar con esa familia, yo la tomaría.

Llegamos temprano para ver el partido de futbol y porque Marie insistió en querer ayudar a Molly a preparar la cena.

Logan y Blake ya estaban en la casa cuando nosotros llegamos. Al parecer Carter también había sido invitado, pero era tarde y él no había llegado aun así que le envié un mensaje para saber el motivo. Me respondió casi enseguida.

*«No puedo estar allí con Blake como sin nada, James. No todavía. Necesito superar esto primero. Lo siento...»*

Suspiré. Para ser honesto cuando Carter me confesó que fue Blake con quien vio a Lia en Los Ángeles, me sorprendió un poco. Siempre creí que él no le agradaba mucho a ella... o al menos era lo que me daba a entender su actitud. Como sea, no sabía qué ocurría entre ellos dos realmente, pero no parecía que su relación hubiese cambiado. Diría, incluso, que ahora podrían estar evitándose el uno al otro. Aunque igual estaba el hecho de que Blake había aceptado participar en la película y ahora tenía más compromisos en su agenda. Solo iba a Beat cuando era muy necesario. Sin embargo, si él hubiese comenzado una relación con Lia creo que nos habríamos enterado.

Rápidamente tecleé una respuesta al mensaje de Carter.

*«Dime donde estás. Podemos ir a ver el juego de los Gigantes en vivo o hacer cualquier cosa. No estés solo...»*

Ese era el consejo que tenía que darle, el que yo no había seguido

cuando necesitaba hacerlo. *No estar solo*. La soledad es un monstruo voraz capaz de extinguir toda la luz de una persona. Yo había estado luchando contra ello, todavía lo hacía, sabía lo que era y no quería que Carter pasara por lo mismo.

*«Estoy con Heaven y su papá. Ella me invitó a unírmeles hoy. No te preocupes y disfruta de las delicias de mamá Molly y Marie por mí... Diles feliz día de acción de gracias a todos de mi parte, ¿okay?»*

*«Okay. Feliz día de acción de gracias para ti también, Carter. Saluda a Heaven por mí...»*

Suspiré y dejé de prestar atención a mi celular para darme cuenta de que los demás estaban saliendo al jardín trasero. Pregunté qué ocurría, pero el único que quedaba conmigo era Blake y él parecía demasiado ensimismado como para responder a mi pregunta. Noté que el partido que veíamos antes ya había terminado y el equipo al que Eric, su padre y Logan apoyaban había perdido.

Tomé un cojín y se lo lancé a Blake, le dio de lleno en el rostro. Él frunció el ceño, sacudió la cabeza y miró a su alrededor, dándose cuenta de que solo estábamos los dos. Suavizó la expresión e hizo una ligera mueca con los labios.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

No había tenido oportunidad de hablar por más de dos minutos con él desde aquel día que me contó lo de la propuesta para protagonizar la película. Se le veía abstraído, como si algo le preocupara. Podía intuir qué era ese algo, pero no estaba del todo seguro. Carter estaba siendo cortante no solo con Lia, sino que también con él. Lo evitaba, más que nada. ¿Sabría Blake el motivo? ¿Se imaginaría, por casualidad, qué era lo que había provocado esa tensión entre ellos?

Él suspiró, rascándose la barbilla cubierta de barba de varios días. Se había quitado en algún momento su gorrito de lana mientras veíamos el partido, dejando a la vista su alborotado cabello castaño oscuro, con mechones apuntando en todas direcciones.

—¿Qué es lo que hice? —murmuró, frunciendo el ceño.

Me levanté y me trasladé al asiento vacío a su lado, mirándolo con preocupación.

—¿Qué es lo que hiciste? —repetí su pregunta.

—Nada bueno, supongo. —Se encogió de hombros, y se cubrió el rostro con ambas manos, respirando profundamente—. Él no va a venir... ¿cierto? —le miré con la boca abierta por un minuto, sin saber qué decir, así que él pensó que yo no entendí y decidió ser más claro—. ¿Carter? —insistió, dándome una mirada grave.

Cerré la boca y negué con la cabeza.

—Pasaré el día con Heaven.

—Agh —exhaló, abrumado—. Sé que algo está mal entre él y yo, James. Como el infierno que lo sé. Algo se ha jodido y él ni siquiera quiere hablar conmigo al respecto. Me evita todo el tiempo y esto me está matando. Y me mata todavía más hacer suposiciones y temer que sean correctas.

Le puse una mano en la espalda y le di unas palmaditas sin saber muy bien qué decir.

—Te enrollaste con Lia, ¿no? —pregunté, arrepintiéndome de inmediato de las palabras que usé. Podían darme un puto premio por mi sensibilidad para abordar un tema delicado.

Blake se tensó y me miró. El pánico en sus ojos respondía mi pregunta.

—Yo... —Parecía sin palabras—. Yo... creo que jodí las cosas —

confesó, aturdido—. Lia me gusta. Me ha atraído desde el primer día que la vi. Sabes que la invité a salir cuando recién la conocimos y ella me rechazó diciendo algo como que no sería mi polvo de una noche... Y desde entonces la tensión sexual entre nosotros no hizo otra cosa más que aumentar. Tuve un par de citas sin importancia, pero la cosa con Lia no se iba, solo se volvía más fuerte.

» Pensé que eso estaba solo en mi cabeza, pero ese día en el resort... ninguno de los dos pudo seguir evitándolo. Caímos y ella se volvió loca después, y todo se fue a la mierda.

Lo miré durante largos segundos, analizando lo que acababa de escuchar. Era visible que la situación le atormentaba.

—¿La amas, Blake? —inquirí, aclarándome la garganta.

—¿Desde cuando tienes que amar a alguien para tener sexo? —replicó, sonando irritable, y suspiró—. No lo sé, James. Jodidamente no lo sé. Después de lo que pasó entre nosotros ese día creo que Lia y yo no somos compatibles para algo más que sexo. Una relación necesita comunicación y a nosotros dos no nos ha ido muy bien en ese tema.

—¿Entonces...? —dije, arqueando una ceja.

—Entonces me está volviendo loco pensar que odia lo que pasó entre nosotros —bufó—. Fue algo increíblemente bueno y ella me miró como si hubiera arruinado su vida. Maldición, no la obligué a hacerlo, James. No lo hice, pero ella me hizo sentir como si lo hubiera hecho.

—Entiendo —musité, asintiendo lentamente.

—Y luego está Carter... —Levantó las manos y las dejó caer sobre sus piernas, negando con la cabeza—. No quiero creer que él realmente...

—... ¿estaba interesado en Lia?

Él palideció.

—Es eso, ¿no? —Chasqueó la lengua—. Maldición. No sé si ella le ha contado lo que pasó o qué, pero creí que no había nada más por lo que él pudiera estar molesto y evadiéndome.

—Es por eso —le confirmé, porque parecía que él necesitaba que lo hiciera—. Carter... necesita tiempo.

Blake hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Carajo, James. Él siempre dijo con tanta seguridad la mierda de que ella era solo su mejor amiga... Cada vez que se lo preguntaban decía lo mismo, joder. —Cubrió su rostro con ambas manos y suspiró—. Él..., mierda, él debe odiarme ahora mismo.

Arrugué la nariz.

—No creo que Carter te odie. Él solo necesita tiempo para superarlo, ya te dije.

—Me está jodiendo esto. ¿Y si ella lo quiere a él y cree que se arruinó todo por haber estado conmigo? ¿Qué pasa si esa es la razón por la que enloqueció después de lo que hicimos?

Ladeé el rostro y llevé una mano a mi nuca, pensativo.

—No sé, Blake. Si Lia sintiera algo del tipo romántico por Carter entonces ella no habría caído contigo. Solo digo... no me parece que el asunto vaya por ahí.

Él se encogió de hombros, el ceño seguía marcado en su frente y la preocupación en su mirada.

—Odio esta situación de mierda. Necesito hablar con Carter, necesito hablar con Lia... Y no sé si alguno de ellos vaya a darme la oportunidad de hacerlo.

—¡Cabrones de mierda! —gritó Logan, entrando a la sala de estar

desde el jardín trasero. Sus mejillas estaban rojas por el frío—. ¡Traigan sus malditos culos al jardín para poder comenzar de una puta vez el partido, que no tenemos todo el tiempo del mundo para esperar a un par de maricas que se cotizan como ustedes!

—¡Logan Price Madden! —jadeó horrorizada Molly, que venía de la cocina, al escucharlo.

—¡Mamá Molly! —replicó Logan, remedando el tono de voz y la expresión de la madre de Eric.

—¡Te lavaré con jabón esa boca!

—¡Pero hazlo hasta después del partido, mujer preciosa! —le dio un guiño y le envió un beso soplado antes de mirarnos a Blake y a mí—. ¡Y ustedes dos qué hacen ahí parados como un par de pollas, coño! ¡Vamos, salgan!

# Capítulo 28

*¿EL ARDIENTE SOLECITO ENCONTRÓ SU PROPIO CIELO PARA BRILLAR?*

*¿Será que uno de nuestros chicos malos favoritos dejará la soltería otra vez?*

*El pasado jueves 24 de noviembre el ardiente moreno fue captado en el desfile de Acción de Gracias de Macy's en muy buena compañía. Hablamos ni más ni menos que de la estrella en ascenso de su misma empresa, Heaven y, según rumores, el padre de la chica de voz angelical, lo que nos hace preguntarnos qué tan serias podrían ser las cosas entre la joven pareja.*

*Fuentes confiables afirman que después de presenciar el tradicional desfile los tres partieron en el auto de Lee con rumbo desconocido.*

*Se dice que Heaven era toda sonrisas y Carter no se quedaba atrás.*

*¿Se trata de una simple amistad o es este el inicio de una relación?*

*Mientras son peras o son manzanas, las fans ya han comenzado a especular y tomar bandos en cuanto a esta situación se refiere. Las hay desde las que aman con locura la idea de la pareja ya bautizada como Hearter, hasta las que odian la idea por completo.*

*¿Tú qué opinas?*

*¿Es Hearter una realidad? ¿Dónde queda en esto Lia Banfield, la rumoreada, pero nunca confirmada, novia del ardiente solecito de Bad Boy?*

*¿Eran ellos realmente solo amigos después de todo?*

*Mierda.*

*Terminé de leer el artículo y le di una mirada a los chicos. Logan,*

Blake, Eric y yo nos hallábamos fuera de la oficina de Daniel, esperando noticias de Carter y Heaven, quienes se encontraban en una reunión con él y con los managers luego de que tremenda noticia comenzara a circular por las redes sociales.

Sin lugar a dudas algo como lo que se insinuaba afectaría la carrera de Heaven. Ya figuraban algunos comentarios maliciosos acerca de ella utilizando a Carter para tener fama. Algunos más opinaban prácticamente lo mismo, solo que no la culpaban a ella, creían que era una estrategia de marketing impuesta por la empresa.

Qué desastre.

El tiempo que les tomó salir de la oficina me pareció eterno y desesperante.

—¿Qué dijeron? —Logan fue el primero en ponerse de pie cuando ellos salieron.

Carter suspiró, frunciendo el ceño.

—Enviarán un comunicado de prensa —respondió Heaven, quien lucía tranquila—. Van a decir la verdad, nosotros no estamos en una relación. Fin de la historia.

Se encogió de hombros y se volvió hacia Carter, poniéndole una mano en el hombro.

—Y tú quita esa cara —le pidió con un puchero en los labios y el ceño fruncido—. Parece que te hubieran relacionado con algún esperpento y no con la increíblemente hermosa de mí. Siéntete afortunado —le dijo, bromeando.

Carter solo le dio una sonrisa de labios unidos algo forzada. Hubo algunos otros pocos comentarios sobre el tema del rumor, pero no demasiados. Se notaba que ninguno de los dos implicados sentía muchas ganas de hablar al respecto.

—Así que... —Eric tomó una bocanada de aire—. ¿Podemos irnos a comenzar el festejo de mi cumpleaños o qué?

—¡Demonios sí! —gritó Logan, poniéndole las manos en los hombros—. ¡Vamos todos a festejar a este muchachote! Te prometo que amarás mi generoso regalo, cabrón. Llegará dentro de unas horas a la puerta de la casa...

Eric palideció.

—Logan, no —jadeó—. No, por favor. ¡Dime que no volviste a contratar bailarinas exóticas! ¡Le va a dar algo a mi madre si vuelve a pasar eso!

Logan se carcajeó.

—Estoy seguro de que le caerán muy bien a mamá Molly. No te preocupes, esta vez les pedí que todas llevaran ropa.

—¡Joder, Logan! —gruñó Eric, haciéndonos reír a los demás.

Estaba por ir con ellos, que ya se encaminaban al ascensor, cuando la puerta de la oficina de Daniel se volvió a abrir y él me llamó. Le indiqué a los chicos que los alcanzaría más tarde y acudí al llamado de Dan.

Lia y Michael todavía estaban allí cuando entré, ellos me dieron una mirada indescifrable antes de salir de la oficina sin decir nada y dejarnos a solas.

Daniel se limitó a estudiarme con la mirada, incomodándome, durante los primeros minutos. Suspiró, palmeando su escritorio, y me sonrió.

—¿Cómo lo estás llevando últimamente?

—¿El qué? —fruncí el ceño, confundido.

—Tu vida, Jamie, tu vida —dijo, pasando una mano por su oscura cabellera—. ¿Cómo va todo?

—Avanzando... supongo —murmuré, haciendo una mueca—. Hemos estado trabajando en la estupidez del baile y también en las canciones para el nuevo álbum.

—Me alegro —asintió—. ¿Y qué hay de Rachel?

—Oh Dios, ¿tú también? —mascullé con malhumor. El hecho de que me llevara tan bien con Rach había provocado algunos rumores dentro de la empresa.

—¿Qué? —dijo, abriendo mucho sus ojos claros mientras se encogía de hombros.

—No tengo nada con Rachel, Dan. Si lo tuviera te lo habría dicho. En serio, estoy harto de que todos pregunten lo mismo.

—Tranquilo —dijo, reclinándose contra su asiento de piel—. Solo fue una pregunta. Tenía mis dudas, es todo. Escuché el rumor por los pasillos...

—Ella solo es una buena amiga, es solo que la gente está demente por aquí y ve cosas que no existen.

—De eso no tengo dudas —concedió, una sonrisita bailoteaba en sus labios—. La música es para los locos que disfrutamos de crear bellas locuras. Y ya sabes lo que dicen de la gente loca... nos rodeamos de personas con nuestro mismo desorden mental.

Me dio un guiño.

—Supongo que tiene sentido —admití, rodando los ojos—. ¿Irás a la fiesta en casa de Eric?

—No, ya me disculpé con él. Tengo una reunión importante que intenté cancelar, pero no pude. —Se encogió de hombros con una mueca y luego cambió el tema bruscamente—. ¿Y qué hay con Emma? Cuéntame.

—¿Emma? —fruncí el ceño y entorné los ojos por su repentino

interés—. Ella está... bien.

—¿Está cumpliendo su trabajo? —prosiguió, acariciándose la barbilla y mirándome de nuevo con aire sospechoso—. No la he visto por aquí estos días. El voluntariado terminaba el viernes de la semana pasada, ¿no?

Mierda, no servía de nada mentirle. Seguro Mike ya le había dicho.

—La envié a casa a pasar Acción de Gracias. No tienes que preocuparte por nada, Dan. Estoy manejando bien mi agenda y cumpliendo con mis deberes, aunque ella no está.

Él asintió.

—Bien. Muy bien. —Siguió asintiendo para sí mismo—. ¿Algo más que quieras decirme?

Rodé los ojos.

—Mike te contó también el incidente que tuvo Emma con una fan, ¿no?

Entrelazó las manos al frente y asintió.

—Lo hizo.

Suspiré.

—No quiero que ella pase por algo así de nuevo...

—Lo entiendo. Te preocupas por ella, te importa. Por eso la enviaste a casa, ¿verdad?

—Necesitaba alejarla un poco de esto... —bajé la mirada.

—Ella vuelve mañana, James.

—Lo sé —apreté los dientes—. Y yo malditamente no sé qué hacer aún. Escucha, no quiero que se vaya, Dan, me...*gustatener* a Emma cerca, pero entonces siento que la única forma de que ella esté a salvo es lejos de mí porque yo no puedo controlar el mundo que

nos rodea y evitar que aparezcan más chicas como esa con la que se topó.

Él se limitó a mirarme durante un largo minuto y frunció los labios.

—¿Y entonces...?

—Entonces te pido que me dejes manejar esto a mi modo. Hablaré con ella para seguir trabajando por medio de llamadas y mensajes, así no tendrá que venir a la empresa y no se irá totalmente...

Por la mueca que esbozó, noté que mi idea no le gustó del todo. Sin embargo, terminó por asentir.

【◆◆◆】

Sujeté el mentón de Rachel con dos dedos y examiné su rostro en busca de algún otro golpe. Exceptuando el labio roto, la hinchazón en su pómulo derecho y el rasguño en la línea de la mandíbula, se encontraba bien.

Espiré, negando con la cabeza, y me dejé caer en el sofá. Su departamento estaba hecho un desastre. Todo estaba roto y desperdigado, como si hubiese habido una pelea, lo cual era probable.

Estaba yendo a la fiesta de Eric cuando ella me llamó pidiéndome que viniera.

—¿Qué ocurrió, Rach?

—Agatha Godwin, eso fue lo que ocurrió —respondió, haciendo una mueca de dolor y llevándose los dedos con cuidado al lugar donde su labio se había roto.

—¿Ella hizo esto? —dije, enarcando una ceja.

—Ella no —negó—. No directamente, claro. Al parecer le dijo a su

idiota novio que la estoy acosando. ¿Puedes creerlo? ¿Yo? ¿Acosando a ella? Qué mierda. El tipo vino aquí y comenzó a soltar un montón de estupideces sobre hacerme una *verdadera* mujer. —Me tensé en ese momento, mis puños se apretaron con fuerza—. Me hice cargo de él, pero no fue una victoria limpia. Forcejamos y, ya ves, me dejó unos cuantos daños.

—Voy a matarlo —declaré, muy cabreado—. ¿Quién demonios se cree él que es? Le arrancaré la jodida cabeza llena de mierda que tiene.

—Olvídalo. —Ella se inclinó hacia mí y puso sus manos en las mías, haciendo que mis puños se desarmaran—. No te metas en problemas por un idiota que no tiene idea de nada.

—Debes denunciarlo, Rach.

Ella hizo una mueca con los labios.

—No quiero seguir en una batalla sin fin con Agatha, James. Me dije que la superé y lo hice, superé los sentimientos que tenía por ella. Pero es difícil evitar cabrearme cuando me dice tan descaradamente un montón de tonterías. Es una perra egoísta. Me hizo daño antes, pero no le permitiré que lo vuelva a hacer. Tiene un maldito chico ahora, ¿por qué no puede ser feliz con él y dejar de involucrarse en mi vida?

—Porque tal vez es ella la que no te ha superado.

Ella bufó ante mis palabras.

—Lo que dije antes: perra egoísta. Ella arruinó las cosas, así que puede irse a la mierda con sus sentimientos.

—Lo sé. —Pasé mi brazo por su espalda, atrayéndola hacia mí. Se dejó acurrucar y soltó un levísimo suspiro de alivio.

—¿Sabes? Lo gracioso es que, de no haber sido por ella y sus

embustes, tal vez habría terminado enrollada con Logan. ¿Imaginas eso? No podría perdonarme haber contribuido a un ego tan hinchado como el de él.

—¡De ninguna manera! —reí—. ¿Te gustaba Logan?

No me sorprendía, a decir verdad. Sabía de pies a cabeza la historia de Rachel, cómo había estado a punto de casarse con un tipo que resultó un idiota que la abandonó en el altar, cómo ella había sufrido y decidido no enamorarse nuevamente de nadie. Y conocía también la historia de su inocente amistad con Aggie, cómo aquello fue transformándose en una atracción que le asustaba y terminó siendo otra relación destructiva. Su problema no fue enamorarse de alguien de su mismo género, no, sino que se había enamorado de otra persona que no la merecía.

—No te burles —me dio un codazo—. Logan está bueno, hasta es divertido con las tonterías que dice. A veces, cuando está todo insistente, me veo tentada a mandar todo a la mierda y convertirme en una más de su lista. Pero no, James, no necesito eso. Además... es divertido seguir torturándolo con mi negativa.

—¡Eres tan cruel! —reí.

【◆◆◆】

Emma estuvo sorprendida cuando le dije que seguiríamos trabajando solo por teléfono, sin que ella tuviera que venir a la empresa, pero no se quejó ni preguntó los motivos. Lo aceptó silenciosamente, por lo que desde entonces nos habíamos visto muy poco y eso resultaba una mierda. Tenía que admitir que extrañaba verla. Una semana antes de que acabara el año se marchó a Albuquerque nuevamente para pasar las Navidades y recibir el año nuevo con su familia.

Un par días antes de Nochebuena Céline apareció en mi apartamento, fue toda una sorpresa luego de casi dos meses sin hablar con ella. No arreglamos las cosas, más bien fingimos que no había pasado nada de lo que pasó en Coney Island en octubre. Era jodido, pero era todo lo que mi madre podía darme y yo decidí tomarlo porque ya no tenía más fuerzas para discutir con ella sobre su imbécil esposo.

Las cosas no iban de maravilla, pero al menos la producción del nuevo álbum marchaba bien y la cuestión del baile para el video promocional estaba arreglada. Yo no sabía que agitar la cabeza siguiendo el ritmo de la canción, llevar las manos en los bolsillos y caminar con cierto estilo podría considerarse como bailar, pero estaba tranquilo de que era todo lo que tenía que hacer. Por otro lado, me sentía contento de que Carter tuviera la oportunidad de demostrar sus habilidades para bailar, ya que él sí que las tenía y parecía un buen distractor con todo lo que estaba pasando.

Si me hubiesen preguntado quién estaba tan jodido como yo en cuanto a baile, habría dicho que Blake. Su estatura lo hacía ver torpe intentando hacer los pasos de las coreografías, probablemente era lo mismo conmigo, así que él estaba en mi club *desacudo-la-cabeza-intentando-no-verme-tan-idiota-como-me-siento*.

Marie se fue con su familia a pasar los días festivos y yo pasé dichos días con los Sanders. Céline insinuó que le gustaría que estuviéramos juntos, pero yo rechacé la posibilidad lo más amable que pude. No quería que las cosas se arruinaran entre nosotros tan pronto.

El primero de enero del 2012 era domingo y yo estaba despertando en casa de los Sanders porque me había quedado a

dormir la noche anterior. Cuando bajé, mamá Molly besó mi mejilla y dijo que los demás estaban reunidos en la cocina.

Me sorprendió encontrar no solo a Eric y Logan, sino que también a Carter y Heaven. Los dos últimos debieron llegar apenas esta mañana, porque no habían estado aquí durante la cena.

Ellos estaban reunidos alrededor de la isleta de mármol, Eric sostenía su teléfono celular en el centro mientras todos cantaban la canción de *Feliz cumpleaños*.

—¡Chicos!— oí el jadeo y me tensé.

Era Emma. Su voz, quiero decir.

¿Era su cumpleaños?

Dejé de avanzar y me limité a contener la respiración mientras la escuchaba seguir hablando con ellos.

—*Gracias por llamar. Ha sido un lindo detalle, en serio.*

Lo era. Ella estaba cumpliendo veintiún años y yo no tenía ni la más mínima idea hasta este momento.

—Bueno, por nada —dijo Logan, tomando el celular de la mano de Eric—. Pero espera a ver el lindo detalle de fiesta que te daremos cuando regreses a Nueva York.

—¡Oh, Dios, ¡no!— gimió Emma en respuesta—. *Logan, por favor...*

Todos rieron.

—Es broma, *Piglet*— le aseguró, divertido—. Creo que después de cómo terminó la última fiesta en tu honor, está claro que no es una buena idea. Ahora soy un creyente de que tu jodido espíritu anti-fiestas puede darme problemas.

Los ojos de Eric me avistaron, él enarcó las cejas y me hizo un gesto con la cabeza para que me acercara. Negué, instándole a guardar silencio.

—¡Oye!—se quejó Emma—. ¡No lo digas como si fuera un amuleto maldito para las fiestas!

Logan se echó a reír.

—Bueno, nena, lo eres —le dijo, despidiéndose de ella para pasarle el teléfono a Heaven.

No me quedé más tiempo allí. Regresé sin decir nada a la habitación donde había dormido.

El corazón me latía con fuerza cuando me eché en la cama. Eras *u* cumpleaños. ¿Tendría alguna tradición especial para festejarlo? ¿Querría ella algo en específico como regalo? ¿Se lo darían?

Involuntariamente mi mano se deslizó en mi bolsillo para encontrar mi celular. E inconscientemente encontré en la lista de contactos el número de Emma.... y entonces observé el botón táctil con el que podría efectuar una simple llamada que podría responder mis dudas.

Mierda.

Nunca en la vida una cosa tan simple fue tan difícil.

En este momento estaba viviendo lo que Marie llamaba «ahogarse en un vaso de agua». Mis sentimientos por Emma eran ese vaso de agua... y yo estaba bastante seguro de que terminaría ahogándome en ellos.

【◆◆◆】

Emma volvió a la ciudad el sábado 7 de enero, y yo me fui a la mañana siguiente con Rachel, Michael y los chicos a Las Vegas, donde grabaríamos el video promocional para la compañía de celulares y haríamos unas tomas también para el video musical de una de las canciones de nuestro siguiente álbum.

Estuvimos allí una exhaustiva semana completa y regresamos a

Nueva York el siguiente domingo por la noche. Todo lo que quería hacer era dormir veinticuatro horas seguidas después de los días pesados que tuve en Las Vegas, pero el lunes antes del mediodía mi teléfono no dejaba de sonar. Era Daniel y, cómo no, quería verme porque tenía algo de suma importancia que comunicarme.

Él estaba al teléfono cuando entré a su oficina.

—Oh, cariño —le dijo a la persona con la que hablaba—. Debo colgar. Te llamo más tarde, ¿bien? Las amo.

Una minúscula sonrisa involuntaria curvó las comisuras de mis labios al escuchar sus palabras. Él debía estar hablando con su esposa, Tessa, que era una hermosa e inteligente mujer con la cual había procreado a un par de encantadoras niñas.

—Dan —saludé, asintiendo con la cabeza.

—James —imitó mi gesto—. Adelante, toma asiento.

Entrelazó las manos, apoyando los codos en su escritorio, y me observó hacer todo el camino hasta la silla frente a él. Me aclaré la garganta, incómodo, algo desesperado por saber qué era eso que él tenía para decirme.

—¿Qué tal Las Vegas? —me preguntó.

—Fantástico... ¿Para qué me pediste que viniera, Dan?

Él esbozó una mueca y sin quitarme la mirada de encima, abrió una de las gavetas de su escritorio y sacó un sobre manila que, instantes después, deslizó hacia mí.

Sujeté el sobre con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto?

—La anulación del contrato de Emma —anunció, haciendo que mi corazón se detuviera un momento y luego mi pulso se acelerara con ímpetu—. Ella no es más tu asistente.

El estómago se me revolvió.

—¿Qué? Pero no puedes...

—No estás entendiendo James, esto es algo que ya pasó —me informó, mirándome con ojos entornados que me analizaban a detalle—. Ella estuvo de acuerdo y firmó los documentos. Emma ha dejado de trabajar contigo para pasar a ser la asistente de Freya...

—¿Freya? —repliqué, demasiado consternado como para dejar en evidencia el cabreo que estaba sintiendo.

—No pude dejarla ir totalmente... —dijo a modo de justificación—. Le pedí que trabajara con Freya y Hudson ahora que están por casarse. Luego de la boda... bueno, entonces el contrato de Emma con Beat habrá llegado realmente a su fin.

—Pero Emma... Ella...

No fui capaz de concretar ninguna frase. Emma había estado de acuerdo, se iba. ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué ellos decidieron esto sin consultarme?

Me puse de pie intempestivamente. Daniel imitó mis movimientos, mirándome con cautela.

—Ella tuvo hoy una reunión con... ¡James! —gritó cuando me vio girar sobre mis pies y dar pasos apresurados hacia la salida—. ¡James, espera!

Escuché sus gritos, más sin embargo no me detuve. No podía hacerlo. Con tantas emociones colapsando en mi interior, la única certeza que tenía era Emma. Tenía que verla. Joder. Quería gritarle porque había decidido dejarme sin mediar palabra conmigo. Quería... quería decirle que no lo hiciera. ¡Maldición, Emma! El conocido sentimiento de abandono, de alguien importante dejándome, me golpeó con fuerza.

Sabía que era una estupidez, que Emma era solo mi asistente... Pero también sabía que eso era una vil mentira. Ella no era solo mi asistente y, me di cuenta, yo no estaba preparado para que ella se fuera de un día para otro sin darme antes una señal, al menos. Y mucho menos pensé que dolería tanto, pero sabía que algo en mi interior se había roto un poco cuando Daniel me dio esta noticia.

Uno nunca sabrá qué tan roto puede llegar a estar porque las grietas siempre continúan aflorando.

El ascensor no abrió sus puertas para mí, estaba tan desesperado que lo pateé y bajé corriendo por las escaleras hasta llegar a la planta baja. Troté a toda velocidad hasta la barra de la recepción donde estaba Ted. Necesitaba su auto. El suyo o el de cualquiera, pero necesitaba un medio de transporte para llegar a Emma. Ni siquiera pensaba con claridad.

—¡Necesito tu auto! —dije, haciéndolo parpadear y que la sonrisa en sus labios desapareciera.

—James...

—¡Con un demonio! —grité, golpeando con las palmas de mi mano el mostrador—. ¡Lo necesito, Ted! ¡Ayúdame!

Él parpadeó una vez más antes de inclinarse a toda prisa a buscar las llaves que se encontraban dentro de su mochila. Casi se las arrebaté de la mano cuando las vi.

—No es un auto —me informó—. Es una moto y no sé si tiene suficiente gas...

A la mierda eso, solo tenía que decirme donde estaba estacionada. Eso era todo lo que yo necesitaba escuchar. Carajo, pensé que podía darle un puñetazo para callarlo si él solo seguía parlotando. Yo no estaba siendo racional.

Mi mirada se desvió un segundo de él cuando escuché las puertas del ascensor abriéndose. Pensé que sería Daniel viniendo a detenerme de hacer cualquier locura, sin embargo, me equivoqué.

Mi corazón se detuvo, por segunda ocasión en menos de una hora, y mis ojos encontraron a Emma. No reparé en nada, solo me dejé guiar por lo más primitivo e insensato de mí.

Dejé a Ted hablando solo y avancé a toda prisa para hacer que nuestros destinos se volvieran a cruzar. Un segundo después Emma, que balbuceaba cosas inentendibles, se estrelló contra mi pecho. Era como si ella ni siquiera hubiera notado mi presencia.

—¡Emma!

Ella intentó esquivarme e irse, sin embargo, la detuve poniendo mis manos en sus hombros. Me di cuenta de que estaba llorando y todo su cuerpo temblaba. Cualquier sentimiento de enojo o dolor quedó en el olvido, desplazado por una preocupación arrolladora que me llenó por completo.

—¡Emma! —exclamé alarmado, envolviéndola con mis brazos para que no cayera cuando sus piernas le fallaron.

—Ahora no, James... por favor no —dijo con voz ahogada.

¿Qué demonios estaba pasando?

Lo que fuera, tenía que admitir que me asustaba como el infierno. Ella intentó liberarse de mí, pero no tenía las fuerzas suficientes para hacerlo. Estaba completamente pálida y bizqueaba de forma extraña.

—Emma, Emma... —susurré, tratando de tranquilizarla—. Chisstt... ¿Qué ocurre?

«Maldición, háblame», pensé. «No cierres los ojos».

—Necesito ir...

Me perturbó darme cuenta de que ella estaba teniendo problemas

para respirar. Joder, ¿qué le habían hecho?

Busqué con la mirada a Ted, él se sobresaltó cuando nuestros ojos se encontraron. No necesité decirle nada, creo que entendió perfectamente que era un idiota al que mataría si no movía su trasero en busca de ayuda inmediatamente.

Abracé a Emma, levantándola en mis brazos completamente, y besé la cima de su cabeza mientras maldecía a Ted por ser tan lento. ¡Estaba volviéndome loco y él no se daba prisa!

—Todo va a estar bien —contesté al murmullo inentendible que ella pronuncia, tratando de consolarla desesperadamente. No sabía si me escuchaba o no, pero deseaba que lo hiciera. Deseaba que supiera que, fuese lo que fuere, todo estaría bien. Yo me encargaría de eso.

La única pista que Emma me dio de lo que había hecho colapsar su mundo fue una palabra. Un nombre, mejor dicho.

*Kate.*

¿Quién era ella y por qué la mencionaba? No tenía ni idea... Tampoco pude preguntárselo.

# Capítulo 29

El reporte médico no ahondaba en detalles, simplemente decía algo como que lo más probable era que Emma había reaccionado negativamente a una emoción demasiado fuerte. Aun así, se le sugería hacerse estudios para descartar que el origen de su desfallecimiento fuera otro.

No ponía en tela de juicio el que Emma hubiera recibido una emoción *demasiado fuerte* porque, de hecho, eso había ocurrido. Finalmente, el nombre de Kate tuvo sentido para mí cuando, dos o tres horas después de permanecer a su lado en aquella habitación de hospital, su celular sonó por enésima vez y yo decidí atender la llamada.

Pensé que su madre probablemente estaría histérica después de llamar tantas veces y no ser atendida, sin embargo, me di cuenta, ella estaba más allá de la histeria. Kate, que al parecer era la mejor amiga de Emma, acababa de tener un accidente automovilístico y estaba gravemente herida en algún hospital de Austin, Texas.

Mierda.

Ni siquiera me atreví a decirle a la pobre mujer que Emma también estaba en un hospital, le inventé una excusa tonta para justificar el hecho de no poder comunicársela y le prometí que ayudaría a su hija a tomar con calma la noticia que, muy en mi interior, estaba seguro de que Emma ya sabía. E indudablemente ella no lo había tomado con calma.

Me miré las manos, las tenía entrelazadas sobre la camilla donde

descansaba Emma, quien lucía muy pálida, y suspiré. Le eché una mirada al cuarto de hospital también: todo demasiado neutro y con olor a antiséptico que me provocaba náuseas. Sentí escalofríos. Nunca me habían gustado los hospitales, y desde la muerte de mi padre los evitaba a toda costa, pero no podía abandonar a Emma a su suerte.

Estaba cansado, sin embargo, no me permití cerrar los ojos ni un solo instante hasta que ella despertó.

Se hallaba claramente desorientada, bizqueando para acostumbrarse a la claridad y tratando de inspeccionar dónde se encontraba. Contuve el aliento cuando sus ojos, una perfecta mezcla de avellana y oliva, se posaron en mí. Vislumbré reconocimiento en ellos.

No dijo nada.

—¿Cómo te sientes? —me atreví a preguntarle, un microsegundo después me arrepentí al ver como las lágrimas comenzaron a trazar camino en sus mejillas.

Mi estómago se contrajo y sentí la impotencia de no saber qué hacer o qué decirle para que su llanto cesara.

—Kate... —gimió Emma con amargura—. Tengo que ir con Kate, ella...

Trató de levantarse, pero se lo impedí.

—¡Chisttt!—le puse una mano en la frente y le obligué a permanecer recostada—. Tranquila, Emma —le pedí, tragando saliva con dificultad. No me gustaba verla así, tan frágil y vulnerable.

Ella negó con la cabeza, intentando apartarme débilmente. Todavía no recuperaba sus fuerzas.

—Es que tú no sabes... —balbuceó entre lágrimas y gimoteos que

estaban acabando con mi poca cordura.

Retiré mi mano de su frente, sin embargo, me mantuve a raya sin despegarme ni un centímetro de ella.

—Lo sé —pronuncié, tratando de tranquilizarla—. Kate, tu amiga. —Por la mirada de confusión que me dio, le aclaré—: Hablé con tu mamá hace una hora.

—¿Una hora? —jadeó, limpiándose las lágrimas con brusquedad. Sus manos temblaban y sus ojos estaban rojos y algo hinchados—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Hice una mueca.

—Bueno, cerca de cuatro horas desde que llegamos al hospital...

El pánico en su mirada y la descomposición de su semblante me lo dijo todo. Esa *perdida* de tiempo no le agradaba. Esperé pacientemente mientras ella cavilaba y sorbía la nariz, moviendo los labios mientras murmuraba palabras que no llegaban a ser del todo claras para mí.

—Necesito ir con ella —sollozó en voz alta después de un rato, dándome una mirada descorazonadora—. Necesito verla.

Mordí mi labio inferior mientras consideraba lo que acababa de decir.

—Le dije a tu mamá que te llevaría con ella —indiqué, porque realmente lo había dicho; la expresión de Emma empeoró con esta información, pareciendo más angustiada que antes—. Aunque no le dije de lo que te ocurrió porque no quería darle más preocupaciones.

Se relajó al escuchar mis últimas palabras y yo comprendí que había hecho lo correcto al callarme que ella había terminado en emergencias.

—Necesito ir con Kate —repitió, las lágrimas no dejaban de bajar

por sus mejillas y me frustraba sentirme tan inútil para consolarla—. Ella... es como mi hermana. Ella debe estar bien, tiene que estarlo.

Mi mano estaba tan cerca de la suya que no me contuve de sostenerla. Le di un apretón, intentando reconfortarla, aunque sea un poco, tratando de decirle que, no importaba lo que estuviese pasando, no estaba sola. Yo estaba ahí, con ella.

—Ahí es donde iremos —le aseguré.

Un par de horas más tardes le dieron el alta y yo no tuve la fuerza para dejarla sola en la residencia donde vivía, así que la llevé conmigo a casa. Por irónico que sonara, el único sitio donde sentía que ella estaría segura en este momento era conmigo. Por primera vez me sentí como si teniéndola cerca pudiera protegerla más que alejándola.



Arreglé todo para poder viajar a Texas a primera hora de la mañana con Emma. Hablé con Dan y él estuvo de acuerdo en que lo hiciera, aunque tenía que admitir que lo habría hecho incluso si él o cualquiera pensaban que era una mala idea.

Nuevamente, tener que ir a un hospital me ponía los nervios de punta. Pero tenía que hacerlo. *Por ella*. No la dejaría vivir algo como esto por su cuenta.

Al llegar y encontrarnos con sus padres y los de su amiga Kate, sentí que me sofocaba. Era desgarrador ver a los padres de ésta última rompiéndose en pedazos por el hecho de que su hija estaba debatiéndose entre la vida y la muerte por culpa de un conductor ebrio que perdió el control de su auto.

Esa imagen me transportó a mi pasado. Era unos años más joven y estaba solo, sentado en una dura silla mientras mi cuerpo temblaba

y las lágrimas no dejaban de rodar por mi rostro. Lo único que deseaba era que alguien me dijera que todo estaba bien, que podía ver a mi papá y que pronto él y yo podríamos ir juntos a casa. Pero eso no fue lo que ocurrió.

Maldita sea.

Mientras transcurría nuestro segundo día en el hospital, me sentía menos capaz de permanecer en este lugar sin enloquecer. Todo era deprimente y evocaba en mí recuerdos dolorosos. Nunca había visto llorar tanto a Emma como lo hacía en estos momentos y simplemente eso no era algo lindo de ver. La situación de su amiga era crítica, todavía no lograban estabilizarla.

—Iré por un café —dijo la madre de Emma, que era una versión mayor de su hija, pero con cabello rubio oscuro y ojos grises—. ¿Alguien me acompaña?

Ella lanzó la pregunta mirando directamente hacia mí. No sabía si era una indirecta o no, pero tomaría esos minutos para alejarme de la impotencia de no poder detener el llanto de Emma.

Me puse de pie para ir con ella.

Recorriamos los pasillos sumidos en el silencio, uno que no resultaba desagradable, cuando la oí carraspear la garganta. Le eché una mirada, descubriendo que ella me miraba de soslayo a su vez.

—Eres con quien hablé antes por teléfono, ¿no es así, cariño? —me preguntó. Tenía una voz dulce y maternal que me recordaba a la de Marie.

—Así es, señora Hayes —le respondí, metiendo las manos en los bolsillos de mis pantalones vaqueros.

—Um... —Asintió—. Puedes llamarme simplemente Lydia —dijo, ofreciéndome una sonrisa simpática que le correspondí—. ¿Cómo

debo llamarte a ti, cielo?

La curiosidad que manaba de ella me recordó a la de su propia hija. Sonreí sin proponérmelo y ella arqueó una ceja, recordándome que esperaba una respuesta. ¿Qué más daba decirle quién era? Hasta donde recordaba ella no lucía como una loca fanática o como alguien capaz de vender la noticia por unas cuantas monedas.

—James.

—¿Wolf? —entrecerró los ojos y yo asentí.

Entonces el jadeo que salió de su garganta me hizo temer que realmente ella fuese una fan disfrazada. Le miré, medio asustado, y ella se llevó las manos a la boca mientras sonreía enormemente.

—¡Realmente eres tú! —dijo en medio de una pequeña risa y lágrimas que la hacían ver un poco desquiciada—. ¡Cielos! ¿Cómo lo hizo?

Parpadeé, frunciendo el ceño.

—Discúlpeme, Lydia, pero me está asustando...

—¡Oh, cariño, lo siento! —se disculpó, aun riendo, mientras ponía su mano en mi antebrazo—. ¡Pero debes contármelo todo! ¿Cómo es que consiguió conocerte? ¿Cuándo pasó? ¡Es tan raro que Emma no haya hecho todo un escándalo para decírnoslo!

La miré, ladeando la cabeza y tratando de comprender lo que decía. Y lo cierto era que lo que mi comprensión dictaba parecía una locura.

Ella no reparó en mi silencio y continuó hablando hasta que dijo algo que fue como una bofetada que me obligó a aceptar la realidad.

«¿Cómo una fanática consigue conocer a su más grande ídolo?»

El mundo quedó en silencio y en mi mente comenzó la algarabía. Emma Hayes. Fanática. Yo... ¿su ídolo? La realidad que yo no quería

aceptar me estaba golpeando con fuerza en este momento, haciendo imposible cerrar los ojos y fingir que no era cierto.

Instintivamente me llevé la mano al pecho, del lado del corazón, justo en el sitio donde descansaban las dos letras que figuraban en la última página de mi copia de *Historia de dos ciudades*. Hache y E. Dos letras que había querido creer que eran solo una extraña casualidad. Y ahora me parecía que no lo eran. Ahora tenía sentido que el significado de hache y E fuera... Hayes, Emma. La primera vez que lo pensé, cuando leí la notita que ella me dejó en los libros que le presté, creí que era solo una simple coincidencia.

¡Joder!

No importaba cuánto yo deseaba que no fuera así... La verdad era tan obvia que ya no podía seguir negándola. Emma era mi fan... o al menos lo había sido alguna vez.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —me preguntó con preocupación la señora Lydia mientras sujetaba mi rostro con ambas manos—. ¿Qué tienes? ¡Responde, que me asustas!

El aire entró tremuloso por mi boca, devolviéndome a la realidad. Asentí con lentitud.

—Estoy bien, no pasa nada —le aseguré, dándole una forzada sonrisa de labios unidos.

Ella dijo algo que no escuché y luego me tomó del brazo para continuar nuestro camino hacia la cafetería. Aunque lucía agotada, no se tomó un descanso mientras me contaba acerca de la entusiasta fan que tenía en casa soñando con un príncipe azul llamado James Wolf. Mierda. Emma no había conocido a ese príncipe, ella solo se había topado con la bestia.

Un nudo se asentó en mi garganta mientras la escuchaba hablar.

Me sentía confundido y ciertamente, miserable.

—Aquí tienes el tuyo. —Me tendió un vaso térmico de café negro y humeante. Aunque no era el café que me gustaba, le di un sorbo. El sabor amargo recorrió mi garganta, consiguiéndome una mueca—. ¡Oh! —ella tenía dos bolsitas de azúcar en la mano—. ¿Sin azúcar?

Asentí. Aunque éste tenía un sabor de muy mala calidad, no me gustaba beber el café con ninguna clase de endulzante.

—Gracias —le dije y ella me sonrió, se encargó de poner el azúcar a su café y luego estuvo lista para ir de regreso a la sala de espera donde se encontraban los demás.

—Creo que esta noche tú y Emma deberían ir al hotel a descansar —me dijo mientras soplabla para enfriar un poco su bebida—. Ya casi son dos días desde que llegaron y me preocupa que ella se someta a esta clase de estrés. Dormir en la sala de espera no le da ningún descanso real a su cuerpo.

—Estoy de acuerdo —asentí—. Emma necesita descansar.

—Tú también lo necesitas, hijo.

Ella suspiró y me palmeó el brazo.

—Vamos —me instó—, le diré a Emma...

—Lydia... —la detuve, ella me miró con cejas enarcadas—. Sobre esta conversación de Emma siendo mi fan y todo... ¿podemos mantenerla en.... secreto?

Sus ojos grises se entornaron, examinándome con cierta desconfianza. Por un momento me temí que ella estuviera leyendo mi mente y supiera de todo lo malo que le había hecho a su hija. No importaba si lo había hecho con la intención de evitarle un daño mayor, por protegerla de mi mundo. Todo eso se sentía como una excusa invalida mientras ella me miraba de esa manera.

—De acuerdo —terminó por decir, haciéndome suspirar de alivio.

—Gracias, Lydia.

La mirada de sospecha se mantuvo en ella, estudiándome detalladamente por lo que me pareció ser una eternidad, pero que fue solo un minuto.

Me sonrió, carraspeando la garganta.

—Vamos, cariño, tú y Emma deben ir a descansar.

Me adelantó varios pasos y yo le seguí, sin molestarme en alcanzarla, caminando detrás de ella con la cabeza gacha. Todavía había demasiados pensamientos y posibilidades a medias dando vuelta en mi cabeza. Todo tenía sentido, pero al mismo tiempo nada lo tenía.

# Capítulo 30

Convencer a Emma de ir a descansar fue una tarea complicada, sin embargo, la señora Lydia consiguió hacerlo después de un buen rato. El hotel donde nos hospedábamos estaba a dos cuadras de distancia, por lo que decidimos caminar hasta allí.

El silencio era lo más notorio entre nosotros. Tenía mucho que decirle y preguntarle después de la charla con su madre, pero ella lucía tan agotada y desanimada que no me atrevía a agobiarle con mis inquietudes.

—¿Te encuentras bien? —murmuré, mirándola de soslayo.

Emma suspiró, arrugando la nariz de una forma que resultaba algo graciosa.

—Perdió al bebé —sollozó, y, aunque no hubo lágrimas en ese momento, me di cuenta de que muy en su interior estaba llorando.

—No sabía que estaba encinta.

Ella sorbió la nariz.

—Sí... realmente casi nadie lo sabía —confesó y, por el tono en que lo dijo, intuí que ella no quería hablar al respecto.

No le pregunté más y permití que el silencio volviera a instalarse entre nosotros hasta llegar al hotel. Agradecí internamente que la recepción estuviera ocupada por un hombre mayor que no pareció reconocerme cuando me entregó las llaves de las habitaciones.

Lidiar con el reconocimiento de las personas era lo menos que quería en este momento.

La suite tenía dos habitaciones, Emma ocupó una y yo la otra. Nos

despedimos apenas cruzando un par de palabras antes de que ella se encerrara en la habitación que le correspondía y no saliera de allí nuevamente.



Desperté temprano la mañana siguiente y lo primero que hice fue tomar una ducha. Me vestí con unos tejanos y una sencilla camiseta negra de mangas largas que había empacado para el viaje, y luego me tomé el tiempo de llamar a la señora Lydia para saber cómo iban las cosas en el hospital.

—Ningún cambio con Kate —me informó—. ¿Emma se encuentra bien?

—Eh, sí. Eso creo. Ella debe seguir durmiendo, iré a verla en unos minutos.

—Bien —la oí suspirar—. Seguro querrá venir aquí de inmediato.

—Creo que eso querrá —asentí, aunque ella no me podía ver.

—¿Puedo pedirte un favor, cariño?

—Lo que necesite, Lydia.

—Te agradecería mucho si lograras que ella coma algo antes de venir aquí.

—Me encargaré de eso —prometí.

—Gracias —dijo, sonando aliviada—. Y, una cosa más, por favor, por lo que más quieras, dile que no olvide sus medicamentos. No la he visto tomándolos los últimos dos días, así que estoy preocupada.

—Se lo diré.

Me di cuenta de que fruncía el ceño cuando terminamos de hablar y el motivo no era otro que esa mención de Emma necesitando medicamentos. No me gustaba la preocupación de su mamá, tampoco. ¿Sería por lo del pasado desmayo? ¿O estaría ella enferma

desde antes? No pensaba que Emma le hubiera dicho a su madre sobre el desmayo, así que me preocupaba que se tratara de la segunda opción.

Salí de mi habitación para ir a la de Emma. Llamé a la puerta y, tras recibir su autorización, entré.

Ella estaba tendida sobre su costado en la cama, bajo el edredón. Sus ojos me ubicaron enseguida y se fijaron silenciosamente en mí.

¿Qué estaría pasando por su mente en este momento? Seguro pensaba en su amiga. La mirada apagada solo podía ser por eso.

Mierda, quería poder consolarla.

Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones y caminé lentamente hasta ella, lleno de impotencia. Me acuclillé hasta quedar a la altura de su rostro y me limité a observarla unos segundos. Tuve que aferrar las manos a mis rodillas para evitar tocarla.

—Hablé con tu madre —le dije, porque imaginé que lo querría saber—. No ha habido cambios durante la noche, ella sugirió que comieras algo antes de ir de nuevo al hospital.

—Bien —respondió, su voz carente de emoción.

—Y ella dijo que no olvidaras tus medicamentos —le comenté, frunciendo el entrecejo—. ¿Estás recibiendo algún tratamiento? No tenía idea de que estuvieras enferma.

La observé con detenimiento, tratando de descifrar si había acertado, sin embargo, lo único que vi reflejado en su rostro fue un poco de malestar y confusión.

—No lo estoy. Solo los tomo porque... No importa —dijo, despachando el asunto—. No los he traído, de todos modos.

Me dije a mí mismo que ella no podía tener nada grave si era capaz de olvidar sus medicamentos. Quizá solo se trataba de

vitaminas. Sí, eso sería lógico. Emma se veía como alguien que pudiera necesitarlas.

Ella no me estaba mirando ya, tenía los ojos puestos en el techo. Lucía descorazonada y eso me mataba lentamente.

—Tu amiga se va a recuperar —murmuré, tratando de darle ánimos.

Me respondió con un intento de sonrisa que no le salió nada bien y solo me hizo querer abrazarla con más ahínco.



Estaba prácticamente obligando a Emma a comer un sándwich en el restaurante del hotel cuando una llamada de su madre nos hizo dejar todo a medias y salir corriendo hacia el hospital.

Kate finalmente había despertado y la habían trasladado de terapia intensiva a un cuarto normal, lo que nos indicaba que el peligro estaba pasando.

Emma se encontraba agitada por la carrera cuando nos encontramos con sus padres, motivo por el cual su mamá la regañó.

—¡Mamá! —se quejó—. ¡Por favor! Solo dime cómo está ella. ¿Sigue despierta?

—¡Calma! —pidió la señora Lydia, sujetándole ambos lados de la cara—. Emma... no, Tom... —llamó a su esposo, quien simplemente negó con la cabeza—. Thomas, tu hija...

—Solo díselo, cariño —le sugirió el señor Hayes, encogiéndose de hombros mientras se dejaba caer en una de las sillas de la sala.

—Mamá... —insistió Emma—. Habla, por favor.

—Ella está mejor —le aclaró por fin, rodando los ojos—. Ha despertado hace un rato y luego de trasladarla de habitación el médico permitió que sus padres la visitaran.

—¿Podré verla?

—No lo creo, cielo —le acarició la mejilla con ternura, Emma parecía decepcionada con la respuesta—. Por ahora el doctor piensa que no son convenientes las visitas. Quizás mañana o pasado.

Emma se limitó a asentir, aunque parecía lamentar no poder ver a su amiga. Empero, pese a eso, la vitalidad que recobró su rostro con la noticia de que Kate estaba recuperándose era algo inocultable. Y, por supuesto, era algo que me tranquilizaba también.

Este día no pareció tan deprimente estar en el hospital. Emma no fue la única que recuperó fuerzas con la mejoría de su amiga. Incluso sus padres fueron convencidos de que ir por unas horas a descansar en una cama de verdad no era una idea descabellada. El padre de Kate también fue, mientras que a la mamá le permitieron pasar la noche con su hija.

Cerca de la media noche dejé a Emma un momento para comprarnos unos cafés, que buena falta nos harían para sobrellevar la noche. Ella estaba con los ojos cerrados cuando regresé, recostada en la silla con los brazos cruzados.

Abrió los ojos cuando me senté a su lado, así que le entregué uno de los cafés, al que le había añadido azúcar. No estaba seguro de qué tan dulce lo tomaba, pero sí intuía que ella no lo disfrutaba amargo igual que yo.

En silencio vi cómo fijaba su mirada en el vaso humeante que sostenía entre sus manos, como si ello fuera la cosa más interesante del mundo.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó de la nada, sin dejar de mirar su café, tomándome desprevenido.

Abrí la boca un momento y no supe qué decir. ¿Por qué estaba

allí? ¿A qué se refería? Demoré un par de minutos antes de poder darle una respuesta.

—Porque estoy contigo.

Estúpido o no, esa era la verdad. No estaría en este hospital de no ser por ella..., porque *necesitaba* estar ahí con ella. Para ella.

Emma volteó a verme con sus ojos entornados y ligeramente ceñuda, denotando confusión.

—Sí, pero ¿por qué estás conmigo? —insistió, el desconcierto predominaba en su expresión y regía su tono de voz—. Quiero decir... eh, estoy agradecida de que estés aquí, pero simplemente no puedo entenderlo.

La miré a los ojos, concentrándome en ellos y en la tibieza que manaba del vaso entre mis manos mientras masticaba mi labio inferior. Emma me sostuvo la mirada sin apartarla ni por un instante. Estaba empeñada en conseguir una respuesta lógica y aceptable a su pregunta, pero realmente yo no estaba seguro de que mis motivos guardaran relación con el sentido común.

—Supongo que no puedo dejarte sola —terminé por confesar, frunciendo el ceño al no saber cómo explicarme de una mejor manera. Me encogí de hombros—. No lo sé, realmente.

—Mis padres están aquí también —me reiteró—. Y ahora algunas personas te han visto, probablemente te han reconocido unos cuantos ...

Si mis sentidos no me fallaban, la única persona que realmente me había reconocido era su mamá.

—Por el momento no importa —le aseguré—. Sé lo que es estar en un hospital esperando mientras alguien a quien amas está luchando contra la muerte. —Tomé una bocanada de aire,

diciéndome que debía detenerme, pero las palabras estaban resbalando por mi lengua sin permiso—. Cuando mi padre perdió la batalla, no hubo nadie conmigo en la sala de espera. Céline ya nos había dejado en ese entonces y solo vino cuando le llamé para decirle que él había muerto. No lo sé, Emma... simplemente siento que necesito estar aquí contigo.

A lo mejor había dicho más de lo que debería, había desnudado un recuerdo doloroso de mi pasado y se lo había entregado así, sin más. Pero me resultó imposible evitarlo, y la verdad era que no me sentía mal por haberlo hecho.

Emma ya conocía una parte de mi historia familiar, dejarle ver un poco más no suponía vergüenza como la primera vez. Tal vez hasta me atrevería a decir que compartirlo con ella se había sentido bien.

—Lamento lo de tu papá —musitó, agachando la mirada y echándose para atrás en la silla, imitando mi posición.

Podía sentir el roce de su brazo con el mío a través de la tela de mi camisa negra y por un instante, solo por un brevísimo instante, imaginé que nuestra historia era otra. Una donde el contacto físico no fuera algo ocasional, sino natural, algo que pudiera pasar en cualquier momento sin pensarlo demasiado y se sintiera absolutamente bien para ambos.

Probablemente eso era pedir demasiado.

Fruncí el ceño y suspiré.

—Ese día que chocaste conmigo... estaba buscándote.

Al parecer era el día de hacer confesiones. No tenía mucho sentido ocultarlo. Al menos por un momento, si deseaba que ella fuera sincera conmigo, yo lo sería con ella.

—¿Eh?

—El día del accidente de tu amiga —le aclaré, aunque no pareció que con eso fuera suficiente; me miré las manos y proseguí—. Daniel me dijo que firmaste el acuerdo para dejar de ser mi asistente. Quería reclamarte.

—¿Reclamarme? —replicó, sonando incrédula—. Pensé que estarías de acuerdo. No, en realidad pensé que había sido idea tuya. Después de todo nunca quisiste que fuera tu asistente en realidad, James.

—Lo sé —admití, apoyando la cabeza contra la pared y mirándole de reojo—. Y, para ser honesto, intenté en más de una ocasión conseguir que te marcharas, que dejaras de ser mi asistente. Pero no esta vez y, cuando él me lo dijo, no se sintió... correcto. No era lo que quería.

—¿Te arrepentiste?

—Todo el tiempo —reconocí, sonriendo con pesadumbre ante la verdad—. Me arrepiento todo el tiempo de casi cada cosa que digo, hago, siento o pienso sobre ti Emma. Y el asunto es... ya sea que quiera mantenerme lejos de ti o estar contigo, en ambos casos siempre me arrepiento. Por difícil que sea de entender, incluso para mí, ninguna de las dos opciones se siente como lo correcto.

No sabía qué esperaba que me dijera, ni siquiera sabía qué pensar yo mismo de lo que acababa de confesarle. Emma inhaló profundamente, clavando la mirada en las baldosas blancas, y luego fue soltando el aire lentamente. Este silencio que se produjo entre nosotros después de lo que le dije fue bastante parecido a una tortura.

—Eso suena... —demoró unos segundos más, como buscando la palabra correcta— *complicado*.

—Es el jodido infierno —asentí, con voz cansina.

Y nuevamente el silencio hizo acto de presencia durante varios minutos. Ella estaba muy pensativa y yo solo podía pensar en las preguntas que tenía para hacerle. No sabía si era prudente o no, pero al final comencé a hablar y fue demasiado tarde para detenerme.

—«*Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada...*»—hice una breve pausa al terminar de recitar y continué—. Este fragmento ha conseguido atormentarme durante algún tiempo... ¿Lo has leído alguna vez?

Yo estaba seguro que sí, pero quería que ella me lo confirmara. Esperé pacientemente su respuesta, aceptando la verdad en la mirada desesperada que me entregó casi enseguida.

—*Historia de dos ciudades*—murmuró, asintiendo lentamente con el rostro repentinamente pálido—. He leído el libro.

—También yo. Alguien me lo dio en mi cumpleaños número veintitrés. —El estupor en su rostro ya confirmaba mis sospechas, sin embargo, no deseaba quedarme con confesiones y respuestas a medias—. El sobre en el que llegó no tenía ningún indicio del remitente —le conté—, pero en el interior había una nota donde esa persona hablaba sobre el libro. Dijo que era uno de sus favoritos y que ese ejemplar era especial porque había sido un obsequio de su abuelo. —En vista de que ella había perdido el habla, continué—. No hubo una firma ni nada más, sin embargo, más tarde descubrí en la última página otro pequeño mensaje para mí. «*No tengo idea de lo que estés pasando, pero quiero que sepas que no estás solo. Incluso si no estoy a*

*tu lado, estoy contigo, James.*»La única otra cosa escrita en esa página eran dos letras: Hache y E. Probablemente no era que la persona firmara con sus iniciales, porque éstas estaban escritas en grande en la parte baja de la página, con letra y tinta completamente diferentes a las del mensaje. Hache, E... Pasé mucho tiempo pensando en el significado.

—James... —jadeó, me pareció que estaba conteniendo el aliento.

—Hache, E —repetí—. *Hayes, Emma*. Pensé que era una locura que tú fueras quien había enviado el libro cuando me di cuenta de que eran tus iniciales... Pero ayer que hablé con tu madre...

Nos miramos a los ojos y me pareció que Emma estaba a punto de llorar. No quería que lo hiciera, ese no era mi propósito.

—Lo siento —dijo, apartando la mirada como si no soportara verme.

—No he dicho esto para que te disculparas, Emma —aseveré, tratando desesperadamente de hacerle ver mis intenciones—. Quería que supieras que he guardado tu libro como un tesoro. Que lo he leído, al igual que las palabras que escribiste, cientos de veces. Que pensé en ti sin saber quién eras durante mucho tiempo. Quería conocerte, Emma. Y hace algún tiempo te conocí sin saber que eras tú. Dijiste que no eras mi fan, ¿cómo podría haber pensado que eras la misma persona que envió el libro?

—No quería mentir —sollozó, escondida detrás de sus manos—. De verdad. Ni siquiera planeaba conocerte jamás. Quizás verte en un concierto alguna vez, pero no que tú me vieras a mí. Entonces ocurrió ese absurdo accidente y tú no te parecías en lo absoluto al James Wolf que había imaginado y...

—Y te disté cuenta de que yo era una decepción —terminé por

ella, sintiendo la amargura de esa realidad—. Lo siento —me disculpé.

Cerré los ojos, dejando que mi cabeza fuera hacia atrás, contra la pared, y mi nariz apuntara hacia el techo al mismo tiempo. Oírla contarme su versión de los hechos solo me hizo sentir peor de lo que ya me sentía.

—Tú no eras la persona que yo creía —oí nuevamente su voz, lo que me hizo buscarla con la mirada, estaba muy seria y parecía que se debatía en su interior—. Pero tampoco eres el chico que te has empeñado en fingir ser. Creo que el verdadero tú está escondido muy en tu interior, intentando protegerse de todo y de todos, y muy pocas veces nos lo dejas ver...

Ahí estaba de nuevo ese extraño sentimiento de que ella era capaz de mirar a través de mí... De ver lo más profundo de mi persona y navegar entre mis demonios sin horrorizarse. Debía admitir que esa certeza no me molestaba, pero sí que me asustaba.

—Tal vez es cierto —mascullé, sin apartarle la mirada—. Tal vez lo hago porque no quiero sufrir, pero eso es inevitable, así que lo único que me queda es intentar no arrastrar a ese sufrimiento a las personas que quiero... Y fingir que no me importa nada de lo que me importa parece ser una buena solución...

Sí, me asustaba como el infierno.

# Capítulo 31

A las seis de la mañana la madre de Kate vino y dijo que su hija estaba despierta y que el doctor iba a permitir que Emma la visitara por unos pocos minutos. Miré a Emma a los ojos, tomando una profusa bocanada de aire, y la insté a que fuera con su amiga.

Una sonrisa nerviosa se trazó en sus labios mientras miraba de mí a la madre de Kate con indecisión, pero finalmente asintió hacia mí y, apretándose los dedos con nerviosismo, siguió a la mujer y a la enfermera.

Las observé marchar hasta que dieron vuelta a la izquierda en el pasillo y luego volví a dejarme caer en el asiento. Solté un suspiro breve, de esos que parecen nada, pero están cargados de emociones, y dejé que se asentara en mí la calma. O lo más parecido a ello.

La anterior había sido una noche importante en muchos sentidos. Pero la noche había terminado y yo no tenía ni la más remota idea de cómo continuarían las cosas después de ello.

Mientras esperaba el regreso de Emma, los señores Hayes y el padre de Kate fueron los que llegaron. No me di cuenta de ello hasta que tuve a la señora Lydia sentada junto a mí, colocando una mano en mi mejilla mientras le decía algo a su esposo.

Parpadeé, despertando del breve lapso en el que el cansancio me había derrotado, y sus ojos se unieron a los míos. Los suyos eran grises y maternales, ella me sonrió y desplazó su mano hasta mi hombro.

—¿Demasiado cansado, cariño? —Me preguntó a lo que yo,

cuadrando los hombros, negué con la cabeza. Lastimosamente fui incapaz de detener el bostezo que me atacó, cosa que provocó su risa —. Hasta la persona más fuerte tiene derecho a cansarse. Después de todo solo somos humanos, James. —Apretó mi hombro de forma amistosa y me sonrió—. Tú y Emma pueden ir a tomar un descanso en cuanto ella regrese. Está con Kate, ¿verdad?

Asentí, frotándome un ojo con la palma de la mano, desperezándome.

—Bien —ella palmeó mi hombro de nuevo y se puso de pie, yendo hacia su esposo.

Transcurrieron no más de diez minutos antes de que Emma regresara con la enfermera. A pesar de que había rastros de llanto en su cara, parecía optimista. La vi intercambiar unas cuantas palabras con sus padres, quienes la abrazaron y besaron antes de que sus ojos se dirigieran a mí. Ese pequeño gesto fue suficiente para saber que era momento de irnos.

En silencio, me puse de pie y caminé a la par de ella hacia la salida del hospital. Aunque no había palabras entre nosotros, y no las había habido después de la conversación de la noche anterior, me permití darle miradas furtivas mientras andábamos hacia el hotel. Por alguna razón, me di cuenta, ella llevaba el ceño fruncido.

Cuando la vi voltear hacia los lados con recelo, por cuarta o quinta vez, decidí preguntarle qué ocurría.

—Yo... —Sus labios formaron un pequeño círculo que quedó suspendido en el tiempo por unos segundos—. No lo sé —volteó de nuevo hacia atrás y su ceño fruncido se remarcó—. ¿No sientes como si alguien...?

—¿Como si alguien qué? —la insté, frunciendo el entrecejo

mientras seguía la ruta de su mirada y me encontraba con una chica observándonos. Me tensé. La extraña apartó la mirada en cuanto se dio cuenta de mí y apresuró sus pasos para desaparecer de nuestro campo de visión. No pude verla bien, pero había algo en ella que me resultaba remotamente familiar.

Mierda.

—Es una tontería —dijo Emma, tratando de restarle importancia al asunto—. Todos tenemos delirios de persecución a veces. Incluso yo. Debe ser el cansancio...

—No hay simples delirios en mi mundo, Emma —me planté frente a ella, mirándola seriamente—. Cuando se trata de mí, las pesadillas suelen ser reales. No... —miré nuevamente hacia donde había estado la chica y negué con la cabeza—. No podemos tomarlo a la ligera.

—James, escucha, es solo una tontería. Vayamos al hotel, ¿quieres?

Había algo de frustración en su mirada. Negué con la cabeza y le levanté el gorro del suéter que llevaba puesto, cubriéndole la cabeza. Las manos habían comenzado a temblarme.

—Protege tu identidad como un tesoro invaluable —murmuré mientras le subía el cierre del suéter por completo y le entregaba los lentes de sol que habían estado colgando del cuello de mi camisa—, porque eso es lo que es.

—James... —objetó.

—Por favor, Emma, no dejes que ellas otra vez...*Por favor.*

Tal vez fue la desesperación en mi voz lo que la hizo ceder. No sabía ni me importaba, solo agradecía que ella lo hubiera hecho. Se colocó los lentes de sol con un suspiro y me dejó tomar su mano para

ir a toda prisa hacia el hotel.

Solo hasta que me cercioré de que nadie más nos estuviera siguiendo, y hasta que estuvimos resguardados en la habitación del hotel, pude respirar realmente con alivio.

—¿Piensas de verdad que podrían hacerme daño? —le oí preguntarme.

Mi garganta se sintió obstruida y mi pecho pesado. Sin responderle, me quedé inmóvil, dándole la espalda, sabiendo que probablemente ella estaba observándome a la espera de una respuesta. Cuando el aire corrió por mis pulmones una vez más, empujé mi frente contra la madera de la puerta y apreté los ojos.

Claro que pensaba que podían hacerle daño. Ya se lo habían hecho en una ocasión, ¿acaso no lo recordaba?

—No si estoy contigo —musité—. Pero nosotros no estamos juntos todo el tiempo, Emma. Y ya ocurrió una vez, ¿verdad?

El miedo se coló en su mirada, aunque no dijo nada.

Fui a sentarme junto a ella, comprendiendo con amargura, una vez más, el riesgo que estar cerca de mí implicaba para ella.

—Tú sales todo el tiempo con Rachel en público. ¿Por qué para ella esto no es un problema?

Probablemente porque Rachel era una desquiciada pateando traseros con un carácter de los mil infiernos que era capaz de irse a los golpes con un hombre y salir victoriosa de ello.

—Ella ha estado en el negocio durante mucho tiempo, no es la primera vez que corre esta clase de riesgo —le respondí—. No tengo que preocuparme por ella.

Claro que me preocupaba por Rachel a veces, pero esa preocupación no tenía nada que ver con que la relacionaran conmigo.

Emma abrió la boca, como si fuera a replicar, pero no lo hizo.

Durante varios minutos dejamos que el ya familiar silencio se estableciera entre nosotros. Y así, el bullicio de mis pensamientos perturbó la tranquilidad de ese mutismo.

—Creo que dormiré un rato... —me informó de pronto.

Asentí lentamente, y no fue a su declaración, sino que a la decisión que acababa de tomar.

—Tengo que regresar a Nueva York —le avisé.

Emma se sorprendió. O al menos eso me pareció.

—¿Te refieres a.... ahora mismo?

Afirmé con la cabeza.

—En el vuelo más próximo posible.

—¿Es por el hecho de que creyera que alguien nos estaba siguiendo?

Su ceño se frunció.

Me puse de pie, parándome frente a ella.

—Es por el hecho de que te quiero a salvo —le confesé, y dejé que mis acciones se guiaran por sí solas. Me incliné hacia ella, poniendo mi mano en su mejilla, luché contra la necesidad de quedarme y besé su frente antes de irme.



Por fortuna mi estadía en Texas no pasó de ser un rumor no confirmado para el público. No había ninguna prueba real de que había estado ahí y, por supuesto, cuando aquel reportero me lo preguntó directamente, yo lo negué.

A los pocos días de haber regresado a Nueva York, Rachel me informó que se iría.

—Mi trabajo con ustedes está terminado —dijo, paseando su

mirada por las luces de la ciudad que resplandecían a la lejanía, como estrellas fulgurando en el cielo—. Logré que unos cabrones inútiles para el baile hicieran algo decente. Sabes lo que significa, ¿no? Misión cumplida.

—¿De verdad quieres irte? —le pregunté, sujetando su mano entre la mía.

—Me siento libre para irme —suspiró, dándome una pequeña sonrisa—. Además, estoy cansada de que la gente de Beat me pregunté cómo es que conseguí atraparte —rió, rodando los ojos, y yo le sonreí.

—¿A dónde irás, Rach?

—Academia Martha Graham para bailarinas superdotadas como yo —dijo, y al instante rió por su falsa modestia—. El director me invitó a unirme al cuerpo docente. Y ya que él está súper bueno, y Barcelona suena como un magnífico lugar para ir a vivir, le dije que sí.

—Te extrañaré.

—Y yo a ti —me dijo, y me dio un golpecillo en el estómago—. No seas un imbécil que no me envía mensajes como la última vez, ¿quieres? Necesiton informes detallados de cómo avanza tu relación con Emma.

Bajé la mirada, una sonrisa melancólica se formó en mis labios.

—No parece que ella y yo tengamos precisamente una relación avanzando por el momento. Las cosas son complicadas con ella estando lejos —suspiré.

Ella palmeó con fuerza mi espalda y luego pasó su brazo alrededor de mi cuello, apoyando su cabeza en la mía.

—No porque veas a un caracol avanzando con lentitud significa

que él no está en la carrera, ¿verdad? Hasta el carbono puede llegar a ser diamante con el debido tiempo, James. Yo tengo fe en que el tiempo de Jemma llegará.

Me miró a los ojos, sonriendo, y yo negué con la cabeza.

—¿Jemma? —repliqué, haciéndola reír de nuevo.

—Algún día la gente sensata será feliz por ustedes y querrá llamarlos de alguna manera. —Me dio un codazo—. Ya sabes, una cosa como Brangelina o los más nuevos: Hearter.

—Estás chiflada Rachel —reí.

—Tambié*nshippeoa* Hearter, ¿sabes? Ojalá ese par lo hiciera realidad. Lucen bien juntos y su nombre de pareja es adorable. ¿Por qué nadie piensa en eso cuando nos empareja a nosotros? *JacheloRamesno* suena lindo. Tú y yo no somos*shippeables*, amigo.

No lo pude evitar, reí fuertemente con lo que dijo. No tenía sentido, era como decir que una pareja cuyos nombres no combinaban no podía existir por esa simple razón.

El siguiente lunes Logan y yo acompañamos a Rachel al aeropuerto, donde abordó su vuelo rumbo a España. Se suponía que solo iría yo, pero él fue insistente en acompañarme.

—Entonces... ella se ha ido —dijo Logan luego de cambiar la estación de radio del auto, lo miré de reojo por un instante y volví a concentrarme en conducir.

—Lo ha hecho —dije sin más.

—Y una vez más se resistió a mis encantos, admiro su fuerza de voluntad —bromeó mientras tomaba la bolsa de M&M's que se encontraba en el portavasos. Él no los pidió, simplemente comenzó a comérselos.

—Tal vez es solo que no eres su tipo —indiqué para fastidiarlo,

encogiéndome de hombros.

—Pues ella se lo pierde. —Se llevó otro puñado de los chocolates a la boca—. ¿Has tenido noticias de *Piglet*?

—Su amiga está recuperándose favorablemente. Le darán el alta en estos días y se irán a Albuquerque.

—¿Ella no volverá? —preguntó, alarmado.

—El nuevo semestre inicia la segunda semana de febrero, así que vendrá para entonces.

—Hombre, no puedo creer que ya no sea tu asistente.

—Tampoco yo —murmuré por lo bajo, sabiendo que cuando Emma regresara a la ciudad sería como asistente de Freya y no mía.

Conduje hasta la empresa y, luego de parquear el auto en el estacionamiento privado, me dirigí a la oficina de Daniel con Logan contándome algo sobre una chica con la que estuvo unas noches atrás.

—¿Recuerdas a la mujer en el aeropuerto de Chicago? —Hice memoria y asentí al recordarla—. Era ella. Vino jodidamente hasta aquí para encontrarme. ¿No es increíble?

—Ella debe estar completamente desquiciada.

Me dio un puñetazo juguetón y rió.

—Joder, voy a verla de nuevo esta noche.

Entonces sí que paré en seco. Me giré hacia él y lo obligué a detenerse también.

—¿Qué?

—¿Logan Price se encontrará con la misma chica dos veces? ¿Qué mierda es esa?

—Es una amiga, no sé por qué te sorprende —se encogió de hombros.

—¿James?

Tanto Logan como yo volteamos a ver a quien me había llamado. Era Kaylee, y junto a ella estaba su hermana Haley. Ambas venían saliendo de la oficina de su tío.

—Kaylee, Haley.. —respondí con incomodidad, asintiendo con la cabeza.

No había visto a las hermanas Johnson desde principios de diciembre y no sabía qué esperar de este encuentro.

—¿Podemos hablar? —me dijo la mayor, dando un paso hacia delante.

Miré a mi amigo, que se había puesto algo serio, y luego a ella.

—Te escucho.

—James, bebé, yo...

Me bastó oír esas simples palabra para levantar una mano e impedirle seguir hablando.

—Kaylee, no. Basta. No quiero más de esto.

—Por favor, Jamie, necesito que tú me des una oportunidad y...

Me llevé las manos al rostro.

—No. No puedo con esto justo ahora.

Di la vuelta y me dirigí a las prisas al elevador, escuchándola gritarme que me detuviera. Mientras me encontraba ascendiendo en la caja de metal, revisé mi celular para ver si había llegado algún mensaje nuevo de Emma. Nada. Generalmente ella me escribía por las noches, así que tenía que esperar.

Bajé del ascensor, topándome de frente con Hudson y Freya tomados de la mano, y me detuve a saludarlos antes de ir por las escaleras hacia el último piso.

La luz en el interior que se percibía a través de las persianas

entreabiertas debió ser una advertencia de lo que encontraría en el interior. Debió darme un indicio para no ser golpeado por la sorpresa, sin embargo, no lo hizo. Lo atribuí a un descuido mío y sacudí la cabeza, apresurándome a abrir la puerta sin más preámbulo.

Entré, pateando sin querer una lata que había dejado al pie del sofá, y me agaché a recogerla mientras empujaba la puerta para que se cerrara. La verdad es que solté la lata apenas la tocaron mis dedos y me puse de pie de un brinco. ¿El motivo? Las zapatillas rojas que no deberían haber estado ahí.

Me quedé petrificado, observando a la intrusa. Reconociéndola, mejor dicho. Las zapatillas rojas iban a juego con sus jeans oscuros y la gabardina blanca que vestía le daba un toque angelical. El cabello rubio y ondulado le caía sobre los hombros, sus manos protegidas por guantes estaban sujetándose la una a la otra y sus ojos verdes estaban fijos en mí mientras la sonrisa que por tanto tiempo añoré se esbozaba en sus labios.

—Hiciste de esto un lindo lugar, Wolf.

—¿Bonnie? —musité con voz apenas audible, parpadeando, y ella ensanchó su sonrisa mientras se lanzaba hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Te he echado de menos, James!

## Capítulo 32

Me besó.

Eran los mismos labios, los mismos suaves y cálidos labios que había añorado. Era Bonnie besándome igual que antes. Por un instantetodofue igual que antes, pero entonces descubrí que yo no lo era.

No me había estacionado en el tiempo cuando ella me dejó, justo como quise creer. Tal vez a medias, tal vez de mala gana, pero había estado viviendo sin ella.

Había continuado y había conocido a Emma.

El recuerdo de su mirada vivaz destelló en mi mente y entonces supe que realmente nada era igual que antes. Las cosas habían cambiado, sí que lo habían hecho.

Abrí los ojos, tomé las muñecas de Bonnie y la aparté de mí. Ella me miró sorprendida, dolidapor mi repentino rechazo. No pude evitar sentirme mal por ello. Lo lamentaba. Realmente lamentaba que las cosas no fueran como antes, que ella hubiese regresado tan tarde y que yo no pudiera cumplir mi promesa.

—¿Qué está mal? —murmuró, temiendo la respuesta.

La solté y retrocedí un paso, tratando de encontrar la manera de explicarle. Pero ¿cómo? No había manera factible para decirle que lo que ella buscaba en mí era algo que ya no podía darle.

*No podía.*

—Bonnie, yo...

Tomé una bocanada de aire profunda, pero el oxígeno no me

proporcionaba palabras. Nunca esperé que el reencuentro fuera a sentirse de esta manera. Los segundos pasaban, *pesaban*, y con ello los ojos de Bonnie comenzaban a llenarse de humedad.

Mordí el interior de mis mejillas, lidiando con la culpa. Mierda. Su repentino regreso me había descolocado. Por mucho tiempo pensé que esto era lo que más esperaba y anhelaba, pero teniéndola aquí ahora me daba cuenta de que no estaba preparado para que tenerla de vuelta. Ya no.

—¿Qué pasa, James?

Negué con la cabeza.

—No puedo... No puedo.

—¿Hay.. —la voz le flaqueó— alguien más? —Ella interpretó mi silencio—. ¡Lo prometiste! —chilló, llevándose una mano temblorosa al rostro, cuyas mejillas estaban siendo surcadas por innumerables gotas saladas—. Prometiste...

—Bonnie...

Di un paso hacia ella, no pude avanzar más.

—Iba a regresar... —musitó, respirando escalonadamente mientras me miraba con sus verdes ojos llenos de lágrimas—. Solo necesitaba tiempo. Solo...¿*Por qué?*

—Bonnie, no es... —hinqué con más fuerza mis dientes en mi labio inferior, mirándola con toda la frustración que sentía en este momento—. *Es complicado.*

«Complicado» ni siquiera se acercaba a la realidad, pero en este momento no encontraba ninguna palabra mejor.

—¿Dónde está el amor que decías tenerme? —me preguntó, acercándose y poniendo sus manos en mi pecho—. ¿Se... desvaneció simplemente? ¿Así, sin más?

Mierda.

Ella se veía tan... herida, y era por mi culpa. No sabía qué decirle, porque ni siquiera yo estaba seguro del momento exacto en que ella había dejado de ser tan importante para mí, así que solo la abracé, tratando de consolarla. No podía hacer más. Ella se dejó envolver en mis brazos y se acurrucó contra mi pecho, sollozando.

—Estaba asustada —dijo con la voz ahogada en mi camiseta—. Tenía mucho miedo, James. —Se separó un poco para verme a los ojos—. Estoy lista ahora, puedo luchar por ti. Ya no soy una cobarde, puedo enfrentar todo por nosotros... —Inhaló suavemente, y entonces dijo algo que me dolió—. ¿Puede esa chica hacerlo también? ¿Puede ella aceptarte por completo, con todo lo que eso implica?

Nunca habían atravesado mi estomago hasta tocarme las entrañas, pero eso fue exactamente lo que sentí. Ella se secó las lágrimas de los ojos.

—No lo hace, ¿no es así?

—Eso no importa real...

Chasqueó la lengua y suspiró.

—No, no. Yo la entiendo, James. No estoy juzgándola, no es nada fácil de hacer. —Un par de lágrimas más se deslizaron por sus mejillas, pero ella se encargó de deshacerse de la evidencia rápidamente—. Cuando me fui, pensé que solo había perdido mi carrera, la oportunidad de hacer mi sueño realidad y a... —Inhaló y exhaló, humedeciendo su labio inferior—. Así fue... pero no sabía que también te perdería a ti. Creí que te tenía. Y ahora, James, ¿qué es lo que tengo ahora?

Era demasiado para digerir.

—No sé qué decir. Yo... ¡maldición! Esto es tan...

—Nada —me interrumpió—. No digas nada. Siento este malentendido, James. Disculpa por haber pensado que me amabas y haber regresado a ti.

—Te quiero Bonnie, lo hago, pero...

Más lágrimas prorrumpieron, y cada una de ellas me hizo sentir más miserable.

—¿Me quieres? —replicó—. Eso no es lo mismo que amar. James, yo...

Nuestras miradas chocaron un segundo. Ella parpadeó y se llevó una mano a la frente, tambaleándose. La sostuve por el brazo, evitando que se cayera.

—¿Te encuentras bien?

Estaba pálida.

Asintió, aunque no parecía demasiado convincente, así que la ayudé a que se sentara en el sofá. Me senté junto a ella y dejé que apretara mi mano mientras cerraba sus ojos y respiraba con dificultad.

—¿Qué ocurre? —insistí.

Ella giró despacio su rostro para verme.

—No he estado bien —musitó—. No lo he estado desde...

—¿Desde...? —le insté, preocupado.

—Desde que lo perdí —tragó con dificultad y, una vez más ese día, los ojos se le empaparon—. Al bebé, quiero decir.

Me paralicé un segundo...

Dos...

Tres...

Y entonces mi respiración se volvió agitada, y mi corazón

golpeteó con ímpetu, aplastando mis costillas.

—*Nuestro* bebé —dijo en un hilo de voz, otra lágrima resbaló por su mejilla.

Negué con la cabeza, presa del pánico, con la humedad acumulada en mis lagrimales.

—No estoy entendiéndote, Bonnie. No lo hago.

Nosotros habíamos tenido intimidad dos veces, solo eso, y en cada una de ellas hubo protección de por medio.

—Cuando me fui ya sabía de su existencia. Me sorprendí demasiado con la noticia, pensé que nosotros dos habíamos sido cuidadosos... —Bajó la mirada, dejando escapar más lágrimas—. Pero de algún modo el bebé estaba ahí en mi vientre, creciendo, y yo no pude evitar amarlo desde el momento en que me enteré de su existencia. Las cosas eran tan difíciles... Yo tenía demasiado miedo de lo que esas chicas locas pudieran hacer cuando se enteraran, así que me fui para protegerlo. —Sollozó—. Pero... lo perdí, James. A pesar de todos mis esfuerzos por mantener a nuestro hijo a salvo... lo perdí. El médico dijo que fue debido al estrés. Era comprensible después de todo lo que pasé con esas locas de mierda, pero igual dolía. Y sigue doliendo, ¿sabes? Me mata pensar que esas chicas que dicen amarte tanto sean las responsables de que el angelito que iba a llamarte papá no esté aquí con nosotros.

El corazón golpeó una vez más con fuerza en mi pecho y el aire abandonó mis pulmones de forma dolorosa. Un hijo. Ella iba a tener un hijo mío y se fue para protegerlo porque sabía que yo no iba a poder hacerlo, porque sabía que yo no había podido protegerla a ella.

【◆◆◆】

Marie hizo una mueca y se cruzó de brazos. Me volví un segundo

para cerrar la puerta de la habitación de visitas donde se encontraba Bonnie durmiendo y luego fui hasta mi nana. Me incliné y la abracé, hundiendo el rostro en su cuello como un niño pequeño.

Ella palmeó mi espalda.

—No te cuestionaré, hijo, pero eso no significa que esté de acuerdo con tus decisiones. Esa mujer...

—Solo se quedará esta noche. Debo a ayudarla, Marie. Es lo mínimo que puedo hacer por ella.

Me enderecé, mirándole a la cara, y ella puso ambas manos en mis mejillas con ternura.

—Ella... era la mamá de mi bebé, Marie. —Mi voz sonó rota y mis ojos se humedecieron—. Lo era y yo no lo sabía, yo...

Su boca se abrió con un suspiro entrecortado, dejándome saber que entendía lo que le estaba diciendo. Y allí, con ella consolándome, volví a llorar por ese niño que nunca pude, ni podría, conocer.

No lo esperaba, me enteré de su corta existencia demasiado tarde, pero aun así saberlo perdido para siempre me dolía. Hacía que me odiara un poco más por no haber sido capaz de protegerlo.

Si lo hubiese sabido en su momento, tal vez las cosas habrían sido diferentes. No los habría dejado de ir, me habría aferrado a ellos y no a una promesa.

Respiré hondo, tratando de controlarme, y besé su mejilla.

—¿Te quedarías aquí esta noche?

Ella asintió, pasando su mano por mi brazo en un esfuerzo por reconfortarme.

—Gracias —le ofrecí el amago de una sonrisa y saqué mi celular del bolsillo de mis vaqueros para comprobar la hora—. Debo volver a Beat a hablar con Daniel, me está esperando en este momento.

¿Puedes hacerte cargo mientras no estoy?

Nunca fue un secreto para mí que ella y Bonnie no mantenían la mejor de las relaciones. A Marie no le gustaba ella y Bonnie sentía su rechazo, así que la evitaba todo lo posible. Nunca me gustó que no pudieran llevarse bien.

Marie asintió.

—Ve con cuidado, cariño.

Afirmé con la cabeza, aliviado, y me deslicé en mi sudadera negra. Tomé las llaves del auto que estaban sobre la mesita baja de la sala y salí rumbo a la empresa.

El tráfico seguía pesado, por lo que me tomó un poco más de lo planeado llegar. Había poco movimiento en el exterior de Beat, apenas un par de autos en el estacionamiento y el guardia de la entrada leyendo tranquilamente una revista. Lo saludé y parqueé el Bentley antes de subir a la oficina de Daniel.

Me sorprendió darme cuenta de que yo no era el único que había sido llamado. Logan, Eric, Carter, Blake y Mike ya estaban allí cuando entré.

—¡Al fin! —exclamó Michael al verme llegar.

—James —me saludó Daniel—. Qué bueno que llegas. Ven, rápido, acércate. Acérquense todos —nos instó, luciendo ansioso.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Eric.

—Nada de eso —respondió Dan—. ¡Al contrario! Todos miren esto.

Con un poco más de curiosidad, me acerqué a ver de qué se trataba. Daniel había sacado un sobre de su gaveta y estaba vaciando el contenido sobre su escritorio.

Fruncí el ceño cuando vi lo que había en esos documentos. En la

parte superior izquierda de cada hoja aparecía la fotografía de una chica, a un lado venían datos como nombre, edad, domicilio y varias cosas más que no alcancé a leer a simple vista.

—¿Qué mierda es? —dijo Logan, tomando uno de los expedientes—. ¿Quiénes son ellas?

—Las tenemos —anunció Dan con entusiasmo para el desconcierto de todos—. Las locas, las acosadoras.

Abrí mucho los ojos y cogí también un expediente al azar.

Joder.

Era ella, la que se había escondido en mi auto la última vez.

—¿Cómo...? —ni siquiera pude formular la pregunta completa.

—He estado investigando como loco —dijo Dan, sonando orgulloso—. Después de las fotos que subieron de Blake a Twitter y lo del blog, hallarlas fue relativamente fácil. Probablemente no son todas ellas, claro, pero tener a estas siete chicas ya es un paso gigante ¿no lo creen?

—No puedo creer que lograste esto —indicó Blake, sorprendido.

—¡Dan, eres el puto amo! —exclamó Logan—. Me pregunto a cuál de ellas le gusta intercambiar sus bragas...

Rodé los ojos ante el comentario idiota de Logan.

—Así que son *esas* chicas —murmuró Eric, analizando con cuidado la información de los expedientes—. Tenemos a universitarias, chicas de instituto y a *guau*, la gerente de una tienda de un centro comercial. ¿Cómo demonios tienen tiempo para ser acosadoras y *personas* al mismo tiempo? Dos de ellas tienen notas sobresalientes y..

—No te enamores de una *psyco* —le dijo Logan, quitándole los expedientes de las manos y devolviéndoselos a Dan.

—Entonces, ¿qué procede? —le pregunté, regresando el

documento que yo tenía en mano, sabiendo que todos teníamos la misma duda.

Dan esbozó una mueca.

—Lamentablemente nada. A menos de que ellas vuelvan a hacer una locura, no podemos hacer nada.

—Bien —habló Carter por primera vez—. ¿Algo más que debemos saber o podemos irnos ahora?

—Adelante —Daniel señaló la salida—. Solo quería informales de este hallazgo porque, bueno, me pareció importante.

—Es importante —intervino Mike—. Con esto hemos dejado de caminar a ciegas... Tenemos un punto de partida para detenerlas.

Él tenía razón.

Suspiré, pellizcando el puente de mi nariz, sintiéndome realmente cansado. La oficina de Daniel se mantuvo llena por unos cuantos minutos más, Carter fue el primero en marcharse, le siguió Eric, Logan y Mike, mientras que Blake fue el último.

—Suéltalo James —la voz de Dan me devolvió a la realidad—. ¿Qué es?

—¿El qué?

—Lo que te atormenta. Ya, dilo. ¿Es sobre estas chicas?

Lo miré con confusión unos segundos antes de negar con la cabeza y dejarme caer en una de las sillas frente a su escritorio. Él se sentó también.

—Vamos. Te escucho, Jamie.

Me mordí el labio inferior con una mueca y decidí contárselo de una vez.

—Bonnie regresó.

Su desconcierto fue inocultable.

— ¿Regresó?

— Um — asentí—. Está en mi casa en este momento.

— ¿La aceptaste de vuelta, así como si no te hubiese abandonado todo este tiempo?

Apreté los labios.

— No, Dan. No....

— ¿Aún la amas?

El silencio fue notorio.

— Quiero ayudarla, Daniel. Necesito hacerlo... Ella regresó de la nada y es tan extraño no haberme sentido como creí que me sentiría cuando la tuviera frente a mí de nuevo. Las cosas simplemente han cambiado. No puedo estar con ella, no como ella quisiera, pero... prometí que la ayudaría.

Y esa era una promesa que no planeaba romper.

— De acuerdo. — Asintió lentamente, uniendo sus manos debajo de su barbilla—. ¿Cómo quieres ayudarla?

— Ese es el punto. Te necesito para ello, Dan. ¿Podrías, por favor, aceptarla de regreso en la empresa?

Su expresión se enserió.

— ¿Quieres hacerla debutar? — Enarcó una ceja—. ¿Es por eso que ella regresó?

— No, no lo entiendes. Volvió por mí, Dan, pero yo no puedo... Realmente no puedo estar con ella.

— Así que, en lugar de tener tu corazón, ella se queda con la fama —dijo con una mueca—. Brillante. En cualquiera de los casos, ella gana.

— Dan...

Levantó las manos al aire en señal de rendición, terminando con

mi protesta.

—Bien, de acuerdo, lo tendrá. Se reincorporará al programa de aprendices, pero que quede claro que eso no significa que debutará solo con chasquear los dedos. Va a ser evaluada igual que el resto.

—De acuerdo.

—Bien. Ella puede incorporarse mañana mismo. Le diré a Lori que te entregue un calendario de rutinas para ella.

—De acuerdo. Gracias Daniel.

Él asintió, aunque parecía inconforme.

—Solo hazme un favor a cambio, ¿quieres?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Si ella es tan talentosa como recuerdo que era, asegúrate de distinguir cuando está actuando.

# Capítulo 33

Los primeros días de febrero se me escaparon como agua entre los dedos. Pese a la rapidez con la que transcurrieron, no fueron días fáciles. No con los últimos acontecimientos en mi vida.

Bonnie se reincorporó a Beat y, aunque trataba de mantener las distancias entre nosotros, ella no lo hacía sencillo.

Me buscaba constantemente, a veces para hablar, a veces solo para sentarse a mi lado sin decir nada. Decía que le hacía bien, que yo era la única persona que no la rechazaba dentro de la empresa. Honestamente, tenía razón. Su regreso no fue algo muy celebrado, al menos no entre los chicos. Logan, especialmente, se mostró poco feliz. Aunque no decía nada en voz alta, me di cuenta de que él evitaba estar en cualquier sitio donde estuviera ella.

Suspiré, releyendo los últimos mensajes de texto que había intercambiado con Emma. Ella estaba en Albuquerque, se había marchado con su familia y la de su amiga luego de que ésta última recibiera el alta en el hospital. No volvería a Nueva York hasta dentro de unos días, cuando iniciara el nuevo semestre en la universidad.

Quería verla. Dios, lo deseaba tanto que dolía.

Bonnie había llegado para alterar todavía más mi vida, pero, en medio de todo, yo seguía extrañando a Emma como un loco. Así, egoísta, un inútil que no podía ordenar el desastre de persona que era él mismo, la extrañaba.

Suspiré, masajéandome las sienes, y sacudí la cabeza. Me estiré, liberando un bostezo.

*Californication* de los Red Hot Chili Peppers comenzaba a sonar mientras yo revisaba información que Mike me había enviado sobre el nuevo álbum en el que habíamos estado trabajando, que saldría pronto al mercado. Una vez leí todo, cerré el documento y apagué el ordenador.

Mi escritorio era un desastre de papeles, algunos cuantos con tachones que indicaban que debían irse a la basura, lapiceros regados aquí y allá, el monitor de la computadora tapizado con varias notitas en la orilla, entre ellas la que me había dejado Emma en los libros que le presté.

Me quité el lapicero que descansaba sobre mi oreja y presioné el botón que hacía que le saliera la punta. Repetí la acción varias veces, como una simple terapia, mientras admiraba mi alrededor.

¿Qué tenía este lugar que me gustaba tanto? Tal vez era porque el tiempo parecía detenerse aquí, al igual que los problemas. Tal vez me había acostumbrado a encontrar en estas cuatro paredes un refugio tranquilo para mis desordenados pensamientos.

La calma en la que me encontraba fue turbada de tajo y mi entrecejo se frunció cuando la puerta se abrió sin previo aviso. Lia me llamaba idiota y cavernícola por ser tan celoso de mi "templo" — como ella le decía a este lugar—, pero lo cierto era que no podía evitar molestarme por la perturbación de mi espacio privado.

Cambié el ceño fruncido por una mueca disimulada cuando vi que se trataba de Bonnie. Ella me sonrió, enseñándome la llave con la que había entrado. No quería herirla, pero en este momento realmente deseaba deshacerme de esa llave de emergencia. O al menos cambiarla de ubicación, porque ella ya había descubierto dónde encontrarla.

—Hola —me saludó, mordiéndose el labio inferior.

Su cabello rubio iba suelto y no traía la gabardina que le había visto más temprano, solo un ligero vestido color azul marino con botones marrones al frente que parecía poca cosa para combatir las bajas temperaturas que se estaban sintiendo.

—Hola —le respondí.

Caminó en silencio hasta mí, parándose a un lado de mi silla giratoria, por lo que giré en ella para poder verla de frente.

Me miraba de una forma rara.

—¿Está todo bien?

Bonnie volvió a morderse el labio inferior, bajando la mirada, y me pareció que la barbilla le temblaba.

—James... te extraño —murmuró, y entonces me miró a los ojos.

Reconocí el deseo en su mirada. Abrí la boca para responderle, pero no pude decir nada. Ella se inclinó hacia mí antes de que pudiera soltar una palabra y colocó dos dedos sobre mis labios, silenciándome.

—Sólo deja que ocurra, ¿sí? No lo pienses.

Su voz era baja, arrastraba las palabras con un leve ronroneo que intentaba seducirme. Tomé aire y lo retuve cuando ella puso sus manos en mis hombros y se sentó en mi regazo. Sin apartarme la mirada, se sacó el vestido por la parte superior, dejando sus pechos al aire libre, y lo depositó sobre mi escritorio.

—Bonnie, esto es una mala idea. Deberías...

Me besó por segunda ocasión desde que había regresado. Fue corto, rápido, sólo para callarme. Se removió sobre mí, rozando áreas sensibles, y empujó sus pechos desnudos contra mí. Enterró sus manos en mi cabello y su lengua dibujó un tibio camino en mi cuello,

hasta mi mandíbula, haciéndome temblar.

Me habría gustado decir que mi cordura no estaba siendo afectada, que era plenamente consciente de que debía parar lo que más tarde podría terminar siendo un grave error, pero no era así.

Bonnie estaba ahí, en bandeja de plata, y por un momento lo único que recordé fue que, durante casi dos años, yo también la necesité.

Era fácil limitar mis pensamientos y apartar los que eran complicados. Era fácil no fijarme en las consecuencias, ni recordar a nadie más en este momento... Pero mi teléfono móvil, que se encontraba sobre unos papeles llenos de garabatos en mi escritorio, vibró y la pantalla se iluminó con la llegada de un nuevo mensaje de texto.

Y era de Emma.

Maldición, me bastó con ver su nombre para que su imagen me golpeará con fuerza y devolviera a mi mente todo lo que por un momento quise acallar. No podía, no podía caer cuando ella estaba allí, haciendo ruido en mis pensamientos. Alcancé a tientas el vestido de Bonnie y detuve sus manos, que ya habían desabrochado el botón de mi pantalón y se dirigían más abajo.

Ella abandonó mi cuello para mirarme, parpadeó con confusión y yo tomé todo el aire que pude. Le entregué su vestido y la obligué a ponerse de pie para poder hacer lo mismo. Una vez que lo hice, tomé mi celular y puse una distancia prudencial entre nosotros.

—No puedo hacerlo, Bonnie... No puedo.

—¿Estás seguro? —inquirió, señalando con la mirada mi entrepierna. Apreté la mandíbula, sintiéndome molesto conmigo mismo.

—Deberías irte —le dije, yendo hacia la puerta y aguardando allí por ella—. Vístete, por favor.

Ella se mordió el interior de las mejillas, como si estuviese deteniendo las lágrimas de esa manera, y deslizó el vestido sobre su cabeza, acomodándose con demasiada lentitud. Aparté la mirada de su cuerpo semidesnudo y me reprendí internamente.

Ella vino hasta mí y se detuvo, poniendo su mano en la puerta para impedir que yo la abriera.

—Todavía me quieres, James. Me deseas —dijo con seguridad, acariciando mi pecho brevemente antes de mirarme a los ojos—. ¿Por qué te niegas a darnos una oportunidad?

Y estaba ahí la respuesta, tan fácil y tan cierta, que ni siquiera lo pensé al pronunciarla.

—Porque si mi corazón ha dejado de pertenecerte, acostarme contigo solo nos hará sentir mal después. —Por el gesto de dolor que esbozó, supe que debí haber elegido mejor mis palabras, pero era muy tarde para hacerlo—. No espero que lo entiendas, Bonnie, pero no necesito más culpas ni cargos de conciencia. Ya tengo demasiado de eso. No puedo ni deseo hacer esto contigo.

—¿Es realmente necesario ser tan cruel? —me recriminó, pasándose los dedos debajo de los ojos en el momento exacto en que las lágrimas iban a caer—. Día a día estoy siendo lastimada y perdiendo todo lo que amo... No quiero perderte a ti, James. Pero estoy luchando contra alguien que ni siquiera conozco, ¿no crees que es un tanto injusto?

Dos golpes hicieron vibrar la puerta. Bonnie negó con la cabeza, pidiéndome que no abriera, pero yo no quería continuar la conversación, así que abrí de todos modos.

—¡James, debes ver...!

Logan calló cuando se dio cuenta de que no estaba solo. Bonnie se arregló innecesariamente el vestido y el cabello nuevamente, apretó los labios en una mueca y salió levantando la barbilla, sin dirigirnos la más mínima mirada a mí o a mi amigo.

Logan jamás era serio, así que el hecho de que lo estuviera en este momento me desconcertaba un poco. ¿Era tanto su desagrado hacia Bonnie?

Me llevé las manos al rostro, exhalando ruidosamente, y fui a echarme al sofá, dejando que él decidiera entrar o irse. Hizo lo primero. Cerró la puerta y se sentó junto a mí, apoyando los codos sobre sus piernas y sosteniendo su barbilla entre sus manos con aire pensativo.

—James... —dijo por fin—. Diablos, ¿ustedes dos estaban...?

—No —respondí rotundamente, porque sabía a lo que se refería—. No pasó nada.

Logan asintió lentamente.

—Yo... um... —murmuró, removiéndose—. No sé por qué mierda ella regresó, James, pero lo hizo y creo que ahora...

—Realmente no quiero hablar sobre Bonnie en este momento —dije, interrumpiéndolo. Me restregué los ojos descuidadamente y lo observé mejor, dándome cuenta de lo que llevaba en una mano—. ¿Qué es eso que me querías mostrar?

Él esbozó una mueca de inconformidad y, de mala gana, me entregó lo que tenía en la mano.

—Habrá una fiesta próximamente. Es en casa de La Princesa de Beat.

Enarqué las cejas, leyendo lo que decía la invitación. Era una

fiesta por el día de San Valentín.

—Será tranquila, lo prometo. Solo estaremos algunos de la empresa. Y será en casa de Heaven, por si no sabías que me refería a ella.

Hice una pequeña mueca, yo realmente no tenía cabeza para pensar en fiestas.

—¿Así que su apodo es «La Princesa de Beat»? —dije, dejando de lado el tema de la próxima fiesta.

Logan asintió.

—Según los charts, las encuestas y en general si le preguntas a cualquiera, la chica se ha posicionado como la princesa de Beat Entertainment. Ya hay gente diciendo que ella es la sucesora al trono de Freya.

—Heaven es una increíble y talentosa chica, igual que Freya, así que eso no me extrañaría.

Él inclinó la cabeza a un lado, dándome una mirada de obviedad mientras mostraba las palmas de las manos hacia arriba y se encogía de hombros como diciendo «es de lo que estoy hablando». Imbécil.

—Entonces... ¿irás?

Fruncí los labios.

—No lo sé.

—¡Puto cabrón! —exclamó, soltándome un puñetazo en la pierna de la nada—. Si faltas a dos reuniones del club tu membresía será removida.

—Oh, estaré tan deprimido...

—Jódete —me enseñó el dedo corazón y se puso de pie—. Más vale que vayas, hijo de puta. De lo contrario... ¿quién romperá narices para defender a *Piglet* de los acosadores?

Mi entrecejo se frunció.

—¿Emma irá?

—Por supuesto. La invitaremos cuando esté de vuelta en Nueva York. Es parte del clan, así que claro que irá.

—Mierda.

—Lo mismo para ti, hermano.

Logan se dirigió a la salida, deteniéndose con la mano en el pomo de la puerta un segundo antes de salir.

—Ah, una cosa más...

—¿Ahora qué? —bufé.

—Por decisión unánime, *ella* está invitada.

Por la mueca que hizo, y por la forma en la que pronunció el "ella", tuve claro enseguida que se refería a Bonnie.

—Bien, no pensaba invitarla de todos modos.

—*Bien*— se encogió de hombros—. Realmente espero que tú no caigas de nuevo con ella y mejor encuentres de una vez por todas tus ganas de hablar sobre el tema conmigo. No quisiste hablar cuando se fue, pero ahora que regreso... —titubeó— no podemos solo evadirlo.

【◆◆◆】

No obstante, a la falta de comunicación entre Emma y yo durante los últimos días —que era enteramente culpa mía, ya que me sentía demasiado culpable para hablarle después de lo ocurrido con Bonnie, de la forma en que me había hecho titubear—, sabía que ella había vuelto a Nueva York el sábado pasado. Y sabía que, en cualquier momento, el timbre sonaría y ella entraría por la puerta principal.

Esta no se parecía a las fiestas que Logan acostumbraba a asistir, pero eso no era algo malo. El ambiente tranquilo, de hecho, me sentaba bien. Si tenía que encontrarle algo malo, eso sería la

presencia de Aggie. Todavía recordaba lo mal que ella había hecho pasar a Rachel, así que, en definitiva, su presencia no me era grata.

Los invitados estábamos en la sala de estar, que resultaba solo un poco más pequeña que el tamaño total de mi departamento. En verdad que la casa de la familia de Heaven era algo impresionante. Blake estuvo fascinado con las piezas de arte que vimos al llegar en el vestíbulo y que abundaban por todo el lugar.

Logan, que sorprendentemente no se había quejado de la fiesta y ni siquiera estaba bebiendo alcohol, jugaba a los naipes con Carter y conmigo. El moreno parecía concentrado en el juego, aunque me pareció que, más que nada, intentaba evitar a Blake y a Lia, que se encontraban sentados en un sillón rinconero charlando civilizadamente. Extraño para tratarse de ellos.

Eric y Chanel estaban con Heaven, de pie a la mesa de bebidas y bocadillos, degustando y riendo con ganas sobre cual fuese que fuera su conversación. Algo para destacar en el cuadro que conformaban era la anfitriona. Heaven llevaba un ridículo disfraz de Cupido —con alas, arco y flechas con punta en forma de corazón incluidos— que extrañamente no la hacían ver tan mal como se esperaría. Probablemente era porque no importaba qué se pusiera, la enorme sonrisa que daba la impresión de ocupar todo su rostro siempre la hacía brillar de forma positiva.

Si todas las fiestas de Logan fueran como esta, estaba seguro de que no me sería tan complicado encontrarles el gusto.

—¡Gané otra vez, perras! —festejó Logan, que parecía tener la suerte de su lado esta noche.

Rodé los ojos, lanzándole mis cartas mientras me incorporaba.

—Afortunado en el juego, desafortunado en el amor —dijo

Chanel, guiñándole un ojo a Logan y volviéndose a reír con Eric y Heaven.

—¿A quién le importa tener fortuna en el amor? —Logan chasqueó la lengua—. Afortunado en el juego y en la cama es suficiente para mí.

Negué con la cabeza, riéndome de él, y llamé a Heaven un momento. Ella me dio una sonrisa y se separó de la conversación para atenderme.

—¿Necesitas algo? ¡Oh! ¿Dónde dejaste tu corazón?

Arrugó el ceño, buscando la estampa en forma de corazón que había pegado en mi frente cuando llegué. Me sentía ridículo con ella, así que me la quité y me deshice de ella más temprano.

—Déjame darte otra...

—Debo haberla perdido por allí —mentí, llevándome una mano a la nuca—. Eh, Heaven, necesito usar el baño...

—Oh, ya. Claro. —Asintió, olvidándose de la estampa—. Por aquí, ven.

La seguí fuera de la sala y ella me explicó que debía avanzar por el pasillo, doblar a la derecha y buscar la tercera puerta. Le dije que no era necesario que me acompañara, así que regresó con los demás enseguida y me dejó continuar solo.

Me eché agua en el rostro cuando estuve frente al lavabo. Comprobé la hora en mi reloj, todavía era temprano. Creo que simplemente estaba ansioso por la llegada de Emma; después de tantos días iba a estar frente a ella de nuevo.

Oí que el timbre sonaba y quise correr a ver si era ella, pero me contuve. Terminé de secarme las manos, me tranquilicé, y salí procurando actuar con normalidad.

El timbre sonó de nuevo cuando iba a mitad del pasillo, vi salir a Heaven al recibidor y di pasos más deprisa hacia donde estaban los demás.

En efecto, Emma ya estaba allí.

Apenas entrar, mis ojos la encontraron. Y no estaba seguro de lo que sentía, pero no era nada parecido a la paz o claridad que esperaba. Fue algo más desesperado y violento sacudiendo mi pecho y haciendo que el estómago se me comprimiera. Era añoranza pura, el anhelo de estar cerca de ella.

No sabía si siempre había estado así de bonita o solo me lo parecía ahora porque la había extrañado. Además de los pantalones de cuero entubados, su vestimenta no era demasiado ostentosa: tenis de lona y un amplio jersey de punto beige que le llegaba a mitad de los muslos. Llevaba el cabello castaño y ondulado suelto, y, como era usual, el maquillaje era escaso.

Me miró con sus bonitos ojos color avellana oliva y yo bajé la mirada. No le había escrito en días y mi último mensaje había sido tan cortante que no me atrevía a averiguar lo que ella pensaba al respecto. En lugar de ir a encontrarme con ella como quería, fui con Logan y Carter, que seguían jugando a los naipes, y me senté con ellos en el futón.

Necesitaba relajarme.

La observé disimuladamente y noté que palideció cuando alguien más llegó. Al ver que se trataba de aquella chica, Aria, su rubia y parlanchina compañera de dormitorio, palidecí yo también.

—Ella dice que es amiga tuya —le dijo Heaven a Emma, señalando a Aria.

La chica estaba con la boca abierta, como si estuviera viendo un

unicornio o a cualquier otro personaje de fantasía. La tensión que se produjo era palpable.

—No. Puedo. Creerlo.

Tras las tres palabras pronunciadas por la rubia, Emma dio un salto del asiento que compartía con Lia y se dirigió a ella con el rostro lívido. La tomó del brazo y ambas se perdieron de la vista de todos.

Heaven fue tras ellas.

—Bueno, creo que *Piglet* debería presentarme a sus amigas si todas son como esa rubia —murmuró Logan, haciéndome rodar los ojos.

—¿Crees que cause problemas? —me preguntó Carter, quien, al igual que yo, ignoró el comentario de Logan.

—Espero que no.

Vi a Blake salir también y, minutos después, cuando el timbre volvía a sonar, Emma y Aria regresaron a la sala, causando que un breve silencio se extendiera nuevamente entre los presentes. Se sentaron con Lia bajo el acecho de varios pares de ojos, pero pasaron a segundo plano rápidamente. Nadie se preocupó más por la presencia de la desconocida, que daba el aspecto de ser inofensiva, y cada quien se volvió a lo suyo.

No parecía ser el día para hablar con Emma y, en efecto, no lo era. Heaven volvió hecha la furia por alguna razón que me resultaba incomprensible hasta que, de la nada, alguien se dejó caer sobre mis piernas.

Me pregunté qué diantres ocurría justo antes de que ella enredara sus brazos en mi cuello y presionara sus labios en mi boca.

Mierda. ¿Qué hacía Bonnie aquí?

Ella dijo algo respecto a no haberle comentado sobre la fiesta, pero no le presté mucha atención. Era Emma quien me tenía en este

momento. Emma, quien me sostuvo la mirada solo por un segundo, muy seria.

Reaccioné, parpadeando, y me di cuenta de que Logan se había ido en algún momento.

—Muévete —le pedí a Bonnie sin emoción en la voz—. *Muévete ahora.*

Ella se quejó, pero terminó quitándose de encima de mí y sentándose en el lugar que antes ocupaba Logan.

Busqué la mirada de Emma de nuevo, casi con vehemencia, pero ella no volteó a verme ni por casualidad.

Aturdido por la forma en la que todo parecía arruinado, ignoré lo que sea que Bonnie me decía, la música a la que le subieron el volumen y el hecho de que algunos habían comenzado a bailar como si nada pasara.

Y a mí que me pasaba de todo.

Seguía atrapado en ese instante en el que mis ojos y los de Emma se encontraron después de la llegada de Bonnie. Y definitivamente no era calma, ni claridad, era caminar a ciegas en el medio de una tormenta.

No supe cuánto tiempo estuve ensimismado en mis pensamientos, pero volví a la realidad cuando oí el chillido de sorpresa de la rubia, Aria.

—¡¿Qué?!

Heaven estaba frente a ella con los brazos como jarras, Eric le apoyaba una mano en el hombro amistosamente y le decía algo que, intuí, intentaba desaparecer la expresión desencajada de su rostro.

Emma no estaba con ella ni en ningún otro lado de la sala. ¿En qué momento había salido? ¿Y cuánto tiempo había pasado desde

entonces?

—¿Cómo pudo irse a sin mí?! —se quejó Aria, demasiado sorprendida.

Heaven le dijo algo para tratar de calmarla y me pareció que Eric ponía de su parte también.

Bonnie me sacudió el hombro, llamándome.

—¿Qué te pasa?

Por primera vez desde que la conocí, me sentí verdaderamente enfadado con ella. Quizá no lo había hecho con mala intención, ella ni siquiera sabía sobre Emma realmente, pero no podía evitar estar cabreado.

Le dije que necesitaba tiempo, que no podía volver con ella y que tal vez nunca podría, pero a ella no le importaba. Me seguía buscando, tratando de recuperar nuestra relación, una que a mí ya no me entusiasmaba tener de vuelta.

Estaba por besarme nuevamente cuando la aparté y me puse de pie, haciendo caso omiso cuando me pidió que la esperara.

Me marché sin detenerme a dar explicaciones a nadie. Enfilado en la carretera atestada de autos, llamé a Logan.

—Hey..

—¿Estás con Emma? —le interrogué.

—La he dejado en Roosevelt hace un momento.

—Bien, gracias. —Terminé la llamada sin decir más.

Me tomó cerca de veinte minutos llegar a Roosevelt y otro poco para entrar en la residencia sin ser visto.

—¿Qué haces aquí? —me cuestionó Emma al verme frente a su puerta que, gracias al cielo, seguía siendo la misma que ocupó el semestre anterior.

—Necesito hablar contigo.

Ella entornó los ojos y se cruzó de brazos.

—¿Sobre qué?

—Lo que ocurrió hace un rato —musité, aunque no sabía bien cómo iba a explicarlo.

Su rostro se descompuso un poco más.

—¿Te refieres al hecho de que volviste con esa chica? —Me dio una sonrisa forzada y se encogió de hombros—. Sé bien quien es, James. No sé su nombre tal vez, pero sé quién es ella y lo que fue para ti, no te olvides de que fui una estúpida fanática alguna vez. ¿Están ustedes juntos de nuevo? Felicidades. Bien por ti.

—Necesitas escucharme, las cosas no son como parecen. Ella...

Emma negó con la cabeza y levantó las manos, haciéndome callar.

—No, James. ¿Sabes qué? Estoy cansada de esto. De verdad. Estoy cansada de la forma en la que me has hecho confundir todo este tiempo. Quería alejarme de ti cuando te conocí y debí hacerlo, pero fui lo suficientemente idiota como para ser engañada por tu manager y terminé siendo tu asistente. Y entonces no sé qué ha pasado en todo este tiempo entre nosotros dos, James, porque a veces he tenido la tonta idea de que había *al*gopasando entre nosotros... pero no es así —sollozó y me dio una mirada dolida antes de sorber la nariz—. Creo que tú no sabes bien lo que quieres y yo no puedo prestarte mi corazón para que experimentes mientras lo descubres.

—Emma....

Ella sorbió nuevamente la nariz, que se le había enrojecido, y mi intento por retomar la palabra volvió a ser frustrado.

—Supongo —dijo, limpiando las lágrimas como si le avergonzara que yo le viera derramarlas— que lo que sientes por esa chica no es

tan complicado como lo que sea que sientes por mí, ¿verdad? —Tomó una bocanada de aire, mirándome a los ojos, y llevó sus manos a su rostro—. Dios, me siento tan patética. Soy patética.

—No, no lo eres —dije, desesperado, acercándome un poco más a ella.

Suspiró.

—Creo que es mejor que te vayas, James. Y tal vez no debemos vernos de nuevo. Ya no puedo hacer esto, me he cansado de pretender que no siento nada por ti y que estar a tu alrededor es algo que no me afecta en lo absoluto.

—Emma, por favor... —Me acerqué los pasos que nos separaban y acuné su rostro entre mis manos, haciendo que me mirara a los ojos.

Ella tomó mis manos y las hizo bajar con suavidad.

—Parece que después de todo yo no estoy lista para rodearme de estrellas. Supongo que soy mejor solo admirándolas desde lejos.

Me dio una sonrisa temblorosa, con ojos llorosos, y, antes de que pudiera replicar, antes de que pudiera apelar por una oportunidad, la puerta se abrió y Aria, su compañera, se detuvo en seco al vernos.

—Yo... puedo regresar más tarde —murmuró la rubia, abochornada.

Emma negó con la cabeza.

—No, él ya se va. Nosotros terminamos de hablar.

Yo todavía no había terminado, pero ella quería que me marchara y, dada la situación, era mejor que lo hiciera. Tal vez las cosas debían ser de esta forma después de todo. Dolía, pero yo no podía obligarla a hacer algo a lo que ella no quería.

# Capítulo 34

Me encontraba bien.

Todo estaba bien.

Mi puta vida era perfecta...

Sí, una perfecta mentira.

¿Qué estaba haciendo en un club nocturno, bebiendo vodka escocés y dándole caladas a un cigarrillo a mitad de la noche? Olvidar, tal vez. Beber no era mi cosa favorita en el mundo, pero en estos días nada aplacaba a mi mente turbia como el alcohol. Adormecía a los demonios, los atontaba, y me permitía saborear unos instantes de paz.

Noté unos brazos delicados envolviéndome por detrás. Ella besó un punto central entre mis omoplatos y luego se situó frente a mí. Sujetó mis hombros y me sonrió con sus labios rojos, su cabello rubio dorado brillaba con los colores neón de las luces estrambóticas del lugar.

—Bésame —murmuró lo suficientemente alto para que le escuchara—. Bésame, James.

Eché la cabeza para atrás, alejando mis labios de los suyos. No estaba ebrio todavía, el alcohol en mis venas solo ralentizaba ligeramente mis movimientos. Me quité sus manos de encima, de mala gana, y le pedí que me dejara solo.

En primer lugar, no le había invitado a acompañarme. Y, en segundo, tanta insistencia de su parte comenzaba a hacerme compararla con Kaylee Johnson. Se estaba convirtiendo en algo

insufrible, y pensar así de Bonnie me sentaba mal después de todo lo que ella había vivido por mi culpa.

—James...

—Quiero estar solo —sacudí la cabeza y me volví hacia la barra, dándole la espalda.

Una de las cosas que menos me gustaba de los clubes era la música. No era partidario de los sonidos electrónicos producidos en el sintetizador, pero me tragaba el disgusto mientras estaba allí. Dejé que esa música revoloteara por mi cerebro, concentrándome en ella y no en lo que ocurría a mi alrededor.

Bonnie se mantenía al pie del cañón, diciendo tantas cosas que no me vi, ni un poquito, tentado a escucharla. Mierda, solo quería beber un poco y despejar mi mente en el gentío. No era tentador beber a solas en casa con toda la calma que había allí desde que Marie se vio obligada a partir para cuidar de su sobrina, a la que crió como una hija, que había enfermado.

—Deja de rogarle a un imbécil como él y salgamos de aquí. —La voz de un extraño me llegó fuerte y clara. Fruncí el ceño, aguzando el oído, y le eché una mirada de reojo.

El hombre era bajo y tan musculoso que me recordó al idiota de Aiden, el marido de Céline. Daba la impresión de que la camisa negra que llevaba puesta no podría contener su musculatura magra y explotaría en cualquier momento. Un fanfarrón, claramente. Hice una mueca al ver que él tenía su mano alrededor de la cintura de Bonnie. Ella le empujó, dándole una mirada envenenada, y le dijo que la dejara tranquila.

—Anda ya, zorrita, que para luego es tarde. —Se dio dos golpes en el pecho y extendió los brazos a los lados, invitándola a acercarse

—. Estoy listo para darte lo que ruegas.

—Eres un...

—Discúlpate —intervine, lanzándole una seria mirada de advertencia al hombretón—. Discúlpate ahora y luego lárgate de aquí si no quieres problemas.

—¿Disculparme por qué? —chistó con cinismo—. ¿Por ofrecerle a la zorra cachonda lo que tú no quieres darle?

No lo pensé dos veces, descargué mi puño en su cara. Atiné en su ojo derecho y eso lo cabreó de inmediato. Bonnie gritó cuando él se me fue encima a los golpes. Lo recibí con gusto, saboreando la adrenalina que se disparó en mi sistema con la pelea.

Yo no era un gran peleador ni acostumbraba a ir por la vida repartiendo golpes, pero descargué puñetazo tras puñetazo sin detenerme. Y recibí varios, también.

Estaba furioso. No con el hombre aquel, ni con lo que había dicho. Él solo estaba recibiendo toda la ira que consumía mi pecho en los últimos días. Una ira que nacía de la impotencia, la inseguridad y el miedo que me subyugaban.

Cuatro horas más tarde tenía el labio y la ceja rotos, la nariz me sangraba y el pómulo izquierdo se me había inflamado considerablemente. Estaba sentado en la comisaría, esperando a que Michael terminara de resolver todo para que me dejaran en libertad.

Estaba seguro de que Daniel me iba a dar mierda por ello, después de todo la prensa no se había hecho esperar y, para el amanecer, la noticia de la riña en la que me había metido sería tema de conocimiento público.

Despuntaba la mañana cuando Mike y yo salimos de la comisaría. No hubo nada que hacer con los reporteros que esperaban por

nosotros en el exterior, los flashes me cegaron en el camino al auto, pero no nos detuvimos a responder ninguna de sus preguntas.

Como esperaba, él no me estaba llevando a mi casa, sino que a la Daniel. La impresionante casa de dos pisos color beige, con grandes jardines, estaba tal como la recordaba. Tiempo atrás, la había visitado con frecuencia.

Daniel estaba vistiendo una bata azul de cuadros, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una cara de pocos amigos que indicaba que no había dormido en toda la noche. O, lo más seguro, que se había despertado cerca de la una y media de la madrugada cuando Mike le llamó para decirle que me habían detenido.

No intenté excusarme ante él, porque honestamente no tenía excusa alguna. Dan me dio una severa mirada, analizándome de pies a cabeza, y nos dijo que entráramos. Nos dirigió por el vestíbulo, pasando la sala de estar hasta llegar a la amplia cocina.

—Esperen aquí —nos indicó, marchándose con el rumor de sus pantuflas.

Me senté en una de las tres sillas altas que servían para el desayunador, dándome el tiempo para notar el dolor de las heridas que me había hecho.

—¿No vas a decirme nada? —le pregunté a Michael, haciendo una mueca ante el dolor que hablar causó en mi pómulo. Estaba cansado del silencio en el que habíamos estado desde que salimos de la comisaría.

—¿Serviría de algo? —respondió escuetamente, arrugando el ceño.

Medio minuto después Daniel le pidió que le acompañara y yo me quedé solo. O eso creí.

—Date la vuelta —ordenó detrás de mí una voz dulce pero autoritaria.

Me giré para reconocer su rostro de piel lechosa, ojos verdes y cabello naranja oscuro, ligeramente alborotado, recogido en un moño alto. Vestía una bata de dormir, igual que Daniel.

—Tessa... —murmuré, ella me dio una pequeña sonrisa amable, pero contenida, mientras depositaba un botiquín de primeros auxilios sobre el desayunoador.

—Te han dejado bastante feo, Jamie.

—¿Vas a curarme?

Ella cogió la botellita de alcohol y empapó un algodón.

—Vamos a desinfectar esas heridas primero.

La dejé trabajar tranquila, observándola nada más. Su rostro lucía algo cansado, por lo que ella debía haber pasado la noche despierta acompañando a Daniel.

—¿Cómo está Hazel? —le pregunté mientras ella colocaba una pomada para desinflamar en mi pómulo—. La última vez, en el resort, solo vi a Leah.

Tessa echó un vistazo al reloj que estaba a mis espaldas.

—Sí, Hazel prefirió quedarse con su abuela aquella vez. Ahora mismo debe estar a punto de despertar —dijo, depositando en la basura gasas y algodones manchados de sangre—. Ya está —señaló mi cara—. La nariz no está rota, tuviste suerte.

Exhalé pesadamente, bajando la mirada.

—Te prepararé un café.

Le di las gracias.

El susurro de pasitos corriendo me hizo voltear hacia la entrada. La pequeña Hazel, con risos del mismo tono que los de su madre

rebotándole en la cara, entró corriendo descalza.

—¡Mami...! —gritó, y se detuvo al verme.

—Buenos días, cariño —le dijo Tessa—. Saluda a Jamie, ¿quieres? Calentaré leche para ti mientras tanto.

Por la forma en la que Hazel me miraba con recelo, haciendo un puchero con los labios, me pareció que ya no me recordaba. Cuando nació, y hasta que cumplió los tres años, solía jugar mucho con ella. Pero tenía mucho tiempo sin siquiera haberle hecho una llamada.

—¿Jamie? —pronunció, ladeando su cabeza mientras me observaba con curiosidad y desconfianza.

Traté de sonreírle, aunque hacerlo dolía.

—Hola, Hazel.

El reconocimiento iluminó sus ojos, ella soltó un gritito y vino corriendo hacia mí, abrazándose a mis piernas.

—¡Lobito! —dijo con alegría, y yo me incliné para cargarla. Ella enroscó sus manitas en mi cuello y, descuidadamente, me dio un abrazo fuerte que me arrancó una mueca de dolor—. Te extraña, *Lobito*.

—También te extrañé, pequeña.

—Ven, *vamus*, te quiero enseñar a Leah...

—Cariño, Leah debe seguir durmiendo —dijo Tessa—. ¿Por qué no mejor bebes tu leche primero?

Hazel hizo una mueca, pero terminó obedeciendo a su madre. La deposité en la silla de al lado y ella tomó el vaso infantil con sorbete que Tessa le tendió.

Viéndola allí, bebiendo su leche mientras le decía algo que parecía una gran aventura de princesas a su mamá, pensé en el bebé que Bonnie había perdido. Me pregunté si habría sido niño o niña, y

qué aspecto tendría.

—Anda, iré enseguida contigo.

La niña dejó su vaso vacío y saltó del asiento, aterrizando en el piso y corriendo fuera a toda prisa.

—Ella es increíble —murmuré, viendo el lugar por el que había salido.

—No hay nada más interesante, maravilloso y sorprendente que los hijos, James. Nunca sabes qué tan grande es tu capacidad de amar hasta que conoces a esa personita que te llamará «mamá» o «papá». —Los ojos le brillaron al hablar, y yo quise comprender ese sentimiento del que me hablaba, ella suspiró y volvió a mirar la hora en el reloj—. Debo alistarme para llevar a Hazel a la escuela y luego ir al hospital.

—¿Es difícil? —inquirí antes de que se marchara, ella enarcó una ceja, como preguntándome a qué me refería—. Trabajar, ser mamá de dos niñas y esposa al mismo tiempo...

—No soy la primera ni la única —dijo, encogiéndose de hombros.

—Lo sé —asentí—, pero no todas son esposas de DJ Johnson... ¿Nunca ha sido difícil para ti por sus fans y todo eso?

Ella se lo pensó un momento.

—No creo que ninguna relación, con cualquier persona, sea enteramente fácil. Con Daniel, al principio, fue complicado. Nos conocimos en la época en la que cada chica que conocía mojaba sus bragas por él y escuchaba su nombre tantas veces al día que lo detestaba. Por ese entonces yo solía trabajar como interna en el Saint-Laurent y Daniel solía ser un maniático del trabajo que terminó allí por descuidar su salud. Fue muy difícil aceptar que él coqueteaba conmigo y aceptar salir con él cuando todos sabían lo mucho que me

desagradaba. Y fue indudablemente más difícil darme cuenta de que lo había juzgado mal y que me había enamorado —ella rió, sacudiendo la cabeza—. Por un tiempo mantuvimos la relación en secreto, pero para cuando nos casamos ya todo el mundo lo sabía. ¿Que si es difícil ser esposa de una celebridad? Claro que sí, James. Es jodidamente complicado a veces, pero no imposible. Me odiaron un montón de chicas, no todas estaban contentas con nuestra relación, pero ¿qué se podía hacer? Daniel y yo sí lo estábamos, y lo seguimos estando. Eso es todo lo que importa.

—¡Mamiiiiii!—oímos el gritito de Hazel y Tessa suspiró, sonriendo.

—Están en el despacho. Toma tu café y ve con ellos, ¿vale?

Asentí y ella se fue de la cocina.

Le di un trago al café que me había preparado, dándome cuenta de que ella aún recordaba cómo me gustaba, y sonreí brevemente. Daniel era realmente afortunado de tenerla como esposa.

Fui al despacho, llamé a la puerta y esperé.

—Adelante —me respondió Dan.

Entré, sin prestar mucha atención al lugar (era una versión casi idéntica a su oficina en la empresa), y me encontré con dos pares de ojos observándome.

—Siéntate —Mike señaló la silla que estaba frente a ellos, que se encontraban apoyados contra el escritorio.

Me acerqué, pero no me senté, permanecí de pie detrás de la silla.

—Es la segunda vez en menos de una semana —espetó Daniel, luchando por mantener su enojo fuera de sus palabras sin mucho éxito—. ¿Qué mierda pasa contigo ahora? Hace unos días te metiste en una riña porque, según tú, el chico era un idiota. ¿Ahora cuál es el

motivo?

—Yo... —bajé la mirada—. Llamó zorra a Bonnie.

*Vaya excusa.*

—¿Ella estaba contigo? —me preguntaron los dos, sorprendidos, al mismo tiempo.

—Le dije que se callara y se fuera a casa cuando llamaron a la policía. —Me encogí de hombros—. No tenía caso que se viera envuelta en el lío.

—¿Ah, ¿no? —graznó Mike—. Su puta declaración habría facilitado un montón las cosas. Tu versión y la de aquel idiota no coincidieron jamás, tuvimos que llegar con él a un acuerdo, lo que significa que tuvimos que darle una buena suma de dinero.

—Se los devolveré —espeté fríamente.

—No es el maldito dinero lo que me importa —dijo Daniel—. Quiero saber qué diantres pasa contigo. ¿No iban bien las cosas hasta hace poco? De repente, en unos días, te has metido en más líos de los que te metiste durante los últimos meses. Acordamos cancelar los planes de un tour hasta que las cosas fueran mejor para todos y dedicarnos a la promoción del nuevo álbum. ¿Qué fue lo que ocurrió? Que estancamos las promociones de *Stardust* después de que todos te culparan por golpear al chico aquel. Las aguas se estaban aplacando apenas, ¿y ahora vuelves a meterte en problemas?

—No... No fue mi intención...

Mike estaba con la nariz metida en su teléfono celular, leyendo algo. Imaginé lo que sería cuando lo oí bufar y maldecir.

—¿Qué? —le cuestionó Daniel.

—*Mason Morgan, de veinticuatro años, ha declarado acerca de su incidente con el miembro de Bad Boy, J-Wolf, la pasada madrugada del seis*

*de marzo: "Debí saber que estaba loco cuando me ofreció un cigarro de marihuana. Aunque me negué, seguí conversando con él. Después de todo ¿quién soy yo para juzgar los vicios de los otros? Todo parecía ir normal, hasta que él se puso violento y estrelló su puño en mi cara sin razones. Está loco, completamente loco..."* ¡Joder! —Mike apretó el celular en sus manos—. ¿Han oído eso? Esta es la versión que está siendo tomada como oficial. Necesitamos emitir un comunicado para explicar...

—¿Para qué? —atajé—. De todos modos, creerán que son mentiras para limpiar mi imagen. ¿Acaso no los conoces?

—Haz lo que creas conveniente —le ordenó Daniel a Mike. Éste último asintió y se retiró sin decir más.

—Daniel...

—Basta. —Levantó la mano y negó con la cabeza—. No es el momento de ser exigentes, James. Así Mike haga una disculpa pública en tu nombre, en este momento no te encuentras en posición de quejarte.

La puerta, que estaba entreabierta, se abrió por completo cuando la pequeña Hazel entró, ya uniformada para ir al colegio, con un iPad en las manos.

—*Lobito*—me llamó, sentándose en el sofá que estaba contra la pared—. Ven, ven —sacudió su mano, apurándome.

Miré a Daniel y él, con una mueca y el rostro colorado, asintió.

Me senté junto a Hazel y descubrí lo que ella quería mostrarme.

—*Aquí estásh*—dijo, con su tierna voz infantil, señalando la pantalla.

Ella estaba viendo el video de *Stardust*, que había sido grabado a principios del año en Las Vegas junto al comercial para la compañía de celulares, y acababa de ser liberado el pasado dos de marzo junto

con las demás canciones del álbum.

Asentí, procurando sonreírle. Ella desplazó su dedo por la línea de reproducción y adelantó el video hasta el final.

— *Estenus* gusta mucho, mucho. ¿Verdad papi?

Ambos miramos a Daniel. Él, incomodo, asintió.

Me di cuenta de que el video que le gustaba mucho era una presentación en vivo que había sucedido el sábado pasado, un día después de la liberación al mercado del álbum. En esta, los chicos y yo aparecíamos sentados en un escenario oscuro, con reflectores tenues iluminándonos desde arriba. Logan y Carter, sentados a las orillas, tenían las guitarras acústicas, mientras que el resto ocupábamos como únicos instrumentos nuestras voces.

Hazel comenzó a balbucear la balada al mismo tiempo que nosotros en el video.

[...]

*Tú eres luz...*

*Yo soy oscuridad.*

*No estamos hechos el uno para el otro.*

*Incluso así, no puedo apartar mis ojos de ti...*

*¿Me estás mirando?*

*¿Puede alguien como tú ver a alguien como yo?*

*¿Y qué es lo que ves?*

*(¿Qué ves?)*

*Tengo miedo de saberlo*

[...]

*Eres como un ángel*

*Un hermoso ángel, nena.*

*Quiero tocarte, pero no puedo llegar allí...*

*Yo no soy un ángel, eso tú ya lo sabes.  
Estoy en el otro lado.  
¿Cómo puedo ir hasta ti?  
Tu luz sigue llamándome,  
pero mi oscuridad está atándome  
Quiero alcanzarte, nena...  
Es tan solitario aquí.  
Quiero saber que podemos ser el uno para el otro.  
Pero yo sé la verdad, sé que no lo somos.  
Tú queriéndome es solo una bonita fantasía  
Lo sabemos, todos lo sabemos  
Yo no soy bueno para ti  
Lo sé, lo sé...  
No debes mirarme, nena  
No lo hagas, no lo hagas...  
Un ángel no debe amar a un demonio  
Quererme sería una condena  
No lo hagas...  
No, no, no, por favor no  
Yo no soy bueno para ti, para ti, para ti...  
—Hazel, cariño, tu madre espera.*

Me sorprendió oír la voz de Kaylee allí. Volteé a verla, estaba apoyando su cadera y hombro en la moldura de la puerta mientras nos observaba.

—¡Kay! —chilló entusiasmada Hazel, saludándola.

—Hola —le sonrió y luego miró a Daniel—. Está esperándolos —le indicó, a lo que el aludido asintió.

—Vamos, cielo —dijo Dan, llamando a su hija.

—Adiós, *Lobito*.—Hazel besó mi mejilla, la que no estaba lastimada, y salió corriendo a los brazos de su papá, quien la llevó cargando a donde les esperaba Tessa.

Kaylee y yo nos miramos.

—Luces terrible, James.

—Gracias —suspiré y me puse de pie—. Ya me voy.

Aunque no tenía idea de cómo me iría, ya que había llegado con Michael en primer lugar.

—Necesito... hablar contigo —murmuró, mirando a todos lados con cierto nerviosismo y malestar—. ¿Puedes?

—Kay, si vas a decirme otra vez acerca de nosotros...

—¡No! —frunció el entrecejo—. Es importante, James, de verdad. Exhalé ruidosamente, asintiendo.

—¿Puedes darme un aventón a mi casa? Escucharé lo que tengas para decirme en el camino.

—Perfecto.

Daniel dijo que no me presentara el resto de la semana en la empresa cuando me fui con su sobrina. Ella, a pesar de haber dicho que el plan que le ofrecí era perfecto, se mantuvo con el pico cerrado todo el camino. Cada vez que intentaba hablar solo lograba balbuceos que no terminaban en nada sustancial.

—Hemos llegado y aún no sé lo que quieres decirme, Kay.

Ella se mordió el labio, aferrando las manos al volante, y me miró.

—¿Puedo subir un momento? —señaló con la mirada hacia el edificio—. Prometo que seré breve esta vez.

Le dije que sí. ¿Qué más daba?

Entramos a mi departamento, que se sentía cada vez más solitario sin la presencia de Marie, y la invité a tomar asiento en la sala de

estar, pidiéndole que se diera prisa.

—Es sobre Bonnie...

Hice una mueca. En el pasado Kaylee había tenido sus peores días cuando comencé a salir con Bonnie, simplemente se odiaban la una a la otra.

—¿Qué es? —dije de mala gana.

—Sé que regreso —musitó, agachando la mirada—. La he visto por la empresa ayer.

—¿Y qué hay con eso, Kaylee? —dije, impaciente.

—¿La aceptaste de vuelta? —me cuestionó—. ¿Estás nuevamente saliendo con ella?

—¿Eso importa? Mira, Kaylee, más vale que la dejes tranquila. Recuerdo perfecto que la detestas, así que simplemente límitate a...

—¡Cállate! —chilló—. No entiendes nada, James. Yo sé que piensas que estoy loca y que haría lo que fuera por atraparte, pero realmente no sabes nada sobre mí. Te quiero, James, de verdad. Y ya sé que tú no me quieres ni me querrás de la misma manera, me lo has dicho hasta el cansancio, pero aun así... quiero lo mejor para ti.

—Al grano, Kaylee.

Ella puso los ojos en blanco.

—Bonnie no es buena para ti ni para nadie —declaró—. Fui una tonta que la dejó ir creyendo en su palabra de que no volvería, pero ya ves...

Entorné los ojos, observándola con cautela.

—¿De qué estás hablando ahora?

—Mira, James, ustedes tienen algunas fans muy locas, pero debes saber que ellas no tuvieron nada que ver con el hecho de que Bonnie te dejara. Se necesita más que eso para hacer que una zorra como ella

se rindiera. ¿Quieres saber la verdad?

Me miró gravemente.

—Habla de una vez, Kaylee. Me estás haciendo perder la poca paciencia que me queda.

—Que pensaras que te dejó por esas fans fue mi culpa... —Hizo una mueca y yo fruncí más el ceño, confundido—. Lo lamento, James, en ese entonces pensé que era mejor que no supieras la verdad. Creí que, después de un tiempo, cuando estuvieras más calmado y pensaras con claridad, podrías enterarte de lo que ocurrió realmente sin que eso resultara una catástrofe.

—Sigo sin entenderte, Kaylee. Sé más clara —exigí, y ella tembló un poco.

—Nunca me agradó, James. Siempre sospeché de ella, así que — se sonrojó— contraté a alguien para investigarla. Se pueden hallar cosas realmente sucias cuando escarbas un poco en la vida de los demás. Y en la de ella había un montón de mierda para descubrir. ¿Alguna vez te dijo sobre ese chico que conoció en Los Ángeles y engatusó para que la ayudara a llegar a la empresa? ¿Te dijo por casualidad... que siguió buscándolo hasta el final, incluso cuando ya se encontraba contigo?

—¿De qué mierda hablas, Kaylee?

—De que, si yo no hubiese descubierto su sucio secreto, ella nunca se habría ido de tu lado. Las pruebas de la clase de puta que es, además de una generosa cantidad, fue lo que me costó quitarte ese alacrán de la espalda. Y no puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo que ella ha regresado.

# Capítulo 35

*Stardustse* había mantenido como número uno en las listas de popularidad desde su lanzamiento. Y, para disgusto de Daniel y de Mike, *Bad Boy* también era el número uno en cuanto a escándalos.

Me habían detenido dos veces. La última vez, con la declaración de aquel fanfarrón, bastó para que notas sensacionalistas nos llovieran a cantaros. Los rumores aseguraban que yo era un drogadicto con problemas de temperamento; la gente ya estaba hablando de cómo sería hallado muerto por sobredosis en alguna habitación de hotel.

—James —jadeó Céline, que había aparecido sin avisar frente a mi puerta una noche; sus ojos llorosos me escrudiñaron de pies a cabeza—. ¿Puedo entrar?

Me moví de la puerta, permitiéndole la entrada. Ella parecía nerviosa, se apretaba las manos cada tanto y seguía mirándome de una forma extraña.

—¿Quieres sentarte? —le pregunté, señalando en dirección a la sala de estar. Ella negó, así que ambos permanecemos en pie.

—¿Dónde... dónde está Marie?

Hice una mueca de confusión. Ella nunca preguntaba por Marie.

—Rosalie ha enfermado, así que Marie ha ido a ayudarle con los niños —le informé.

Sus ojos brillaron con lo que me pareció que eran lágrimas, pero no alcancé a verlas porque ella apresuró los pasos que nos separaban y me estrechó entre sus brazos.

—Dime que no lo estás haciendo, por favor. Dímelo, James.

La forma tan inconsolable en la que habló hizo que se me constriñera el pecho. Estaba conteniendo el aliento, inmóvil entre los brazos de mi madre, hasta que caí en cuenta de cuanto había necesitado ese simple gesto suyo. La última vez que me había abrazado de esa manera todavía vivíamos como una familia feliz en Los Ángeles.

Me sujetó el rostro entre sus manos, y entonces vi las lágrimas desbordándose de sus ojos.

—Dime que no es verdad —insistió, suplicándome con la mirada—. Piensa en Julián, James, ¿qué pensaría tu padre si supiera...?

Mierda.

Hacía bastante tiempo que no me hacía esa pregunta. ¿Qué pensaría mi padre del James en el que me había convertido? Aunque no era cierto que tenía problemas con las drogas, que era lo que Céline temía, estaba seguro de que mi padre no estaría orgulloso de mí en este momento. Él no me había educado para ser un hombre miserable que se encierra en sí mismo y que no toma ningún riesgo porque los temores le invaden.

【◆◆◆】

A pesar de que Blake había comenzado las grabaciones de la película en la que participaba desde finales del año anterior, apenas este mes se reveló al público la noticia de que él y la famosa Lexi Bride serían los protagonistas. Con la mala racha de escándalos que estaba teniendo Bad Boy, la gente no pensó dos veces antes de decir que Daniel había pagado para meterlo en la producción y tratar de erradicar un poco todo lo malo que se decía de nosotros. Pero no eran más que mentiras baratas, no había ninguna relación entre los

escándalos y el hecho de que él tuviera el rol principal de la película. Ellos se darían cuenta cuando vieran el resultado de su trabajo.

Sentí que palmeaban mi espalda y me sobresalté. Quité mis ojos de Emma, que caminaba a toda prisa junto a Freya, dirigiéndose a la salida, y me encontré con Eric a mi lado. Su cabello castaño oscuro estaba alborotado, y una espesa barba seguía cubriendo su rostro, dándole un aspecto desaliñado. Él me sonrió, inclinándose y apoyando los antebrazos en la baranda del balcón. Miró hacia abajo, donde Emma y Freya salían de la empresa, y yo me tensé.

—Emma es una chica increíble —dijo, sin mirarme—. Mi familia como que la adora.

—¿Tu familia? —fruncí el entrecejo.

Eric asintió, ladeando un poco el rostro para verme.

—Me la encontré aquí por casualidad y la invité a ir conmigo a casa a principios de diciembre porque me pareció que lucía algo triste o nostálgica. Sé que hice lo correcto porque la expresión de su cara cambió después de un rato, ella se llevó de maravilla con mi familia. No dejaba de sonreír.

—Supongo que su sonrisa fue algo digno de ver —me encogí de hombros, mis ojos se desviaron hacia la puerta por la que ella había salido no mucho tiempo atrás, y deseé poder verla sonreír de esa manera también.

Desde que me había dicho que prefería que no nos viésemos de nuevo, las pocas veces que nos topamos en la empresa fueron incómodas como el infierno. El contacto visual duraba segundos, ella apartaba la mirada, como si no me hubiese visto, y se iba lo más rápido posible. Y yo me había quedado allí un montón de veces, con palabras atragantadas y un aleteo sofocante en el pecho.

—James... —Eric titubeó, su rostro se retorció con una mueca extraña, y finalmente él suspiró mientras me miraba ceñudo, con sus cejas casi tocándose—. Escucha, no quiero parecer un entrometido, pero... ¿ocurrió algo entre tú y Emma?

Su repentina pregunta me tomó por sorpresa. Mi boca se abrió, las palabras quisieron formularse un par de veces, pero al final no lo consiguieron.

Hice una mueca.

—¿Por qué?

—Yo... Um, he escuchado cosas. —Se encogió de hombros—. Pero, principalmente, lo digo por la forma en la que ustedes actúan cada vez que se encuentran de un tiempo para acá... Digo, sé que Bonnie está por aquí y todo, pero... no lo sé.

—Entre Bonnie y yo no hay nada —respondí, apretando los dientes con un desagrado que no pude evitar.

Kaylee había prometido darme pruebas sólidas de lo que me contó aquel día. Ella me relató a detalle lo que había descubierto de Bonnie y, aunque al principio me negué a creerlo, no fui capaz de seguir negando que todo lo que ella decía encajaba a la perfección como los engranes de un viejo reloj.

—¿Y entre Emma y tú? —me preguntó, sacándome de mis pensamientos—. ¿Qué sientes por ella, James?

—Es... complicado.

Hice una mueca con los labios, dando golpecitos con mi dedo pulgar en la baranda, nervioso. Eric sabía hacer preguntas para incomodar.

—¿Y si no fuera complicado? —replicó.

—Si no fuera complicado... —dudé, y la respuesta me golpeó,

sacudiéndome las entrañas y dejándome sin aliento—. Si no fuera complicado, entonces diría que probablemente estoy enamorado.

Eric abrió mucho los ojos, sorprendido, y yo maldije internamente por haber soltado una respuesta como esa tan a la ligera.

*Enamorado.*

Diablos, no había sonado tan desquiciado durante el breve segundo que la palabra cruzó por mi mente y viajó fuera de mi boca a la velocidad de la luz. Pero, por la cara de Eric, probablemente lo era.

Enamorado... Sí, definitivamente la afirmación era grave. Enamorado... ¿En qué momento? Mierda, estaba tan jodido. Tan jodido como el hecho de que «amor» era la puta palabra con el más complicado, lioso, caótico y profundo significado.

【◆◆◆】

El viernes dieciséis de marzo, antes de abordar el avión rumbo a Kansas, donde se llevaría a cabo la boda de Hudson y Freya, Kaylee se encontró conmigo en el aeropuerto. No hubo un intercambio de palabras importante, pero el pesado sobre manila que me entregó me mantuvo tenso durante todo el vuelo.

Lo llevaba guardado en mi maleta de mano, ansioso por descubrir su contenido y, al mismo tiempo, temeroso de obtener todas las pruebas que hicieran un hecho real lo que Kaylee me había contado. Y, joder, no era por Bonnie que tenía miedo. Juro que no era por ella, pero me aterraba abrir ese maldito sobre.

La ceremonia religiosa se llevaría a cabo junto a la alberca del hotel en el que nos hospedábamos. La decoración era sencilla, el camino hacia el altar estaba definido por unos tubos de luces blancas y flores perfumadas que abundaban por todo el lugar.

Además de algunos cuantos miembros de la empresa, la mayoría

de los invitados eran familiares de los novios.

Siendo sincero, todo el día esperé encontrarme con Emma en los pasillos del hotel, sin embargo, eso nunca ocurrió. Ella debía estar muy ocupada atendiendo los pormenores de la boda, es por eso que cuando la música comenzó a sonar en un piano de cola, indicando que la novia llegaba del brazo de su hermano, mis ojos no se pudieron apartar de la chica que entró discretamente detrás de ellos.

Era de esas raras veces en las que Emma usaba vestido. Era uno sencillo, negro, de tirantes y con cuello en V. Se le ceñía al cuerpo como una segunda piel y, pese a su delgadez, realzaba esas ligeras curvas que generalmente permanecían escondidas bajo sus blusas de algodón y cardiganes de colores. Su cabello castaño y ondulado estaba suelto, cayendo sobre sus hombros con elegancia.

No me había visto, ni me vio durante la hora que duró la ceremonia, pero yo no pude apartar mis ojos de ella. Así que no me importaba que no me viera, con tal de que no se alejara y me permitiera mirarla en silencio.

Mientras estaba allí, observándola a la distancia, me invadieron un sinnúmero de posibilidades que me aceleraron el ritmo cardíaco. Pensé en Kaylee y en lo que me había dicho, pensé en las pruebas que se encontraban en mi habitación en el quinto piso del hotel y en el hecho de que, si la historia era como ella me la había contado —que yo estaba noventa y nueve por ciento seguro de que sí—, entonces ¿a qué le temía? Las locas fanáticas estaban ahí, existían, pero... ¿realmente eran motivo para privarme de mis sentimientos?

Miré a Emma y me convencí, minuto a minuto, de que no quería privarme de nada con ella. Quería que me viera, aunque fuese una sola vez más, que conociera al James del que mi padre alguna vez

estuvo orgulloso y que me permitiera decirle que, de la manera más irracional e imprevisible, y contra todo pronóstico, la quería.

Maldición, la quería. La palabra «enamorado» seguía siendo demasiado grave. Tal vez, incluso, una confesión de esas la asustaría... o la haría echarse a reír, no sabía. Pero quererla, quererla así, sin motivo ni explicaciones, si podía.

—Eres tan obvio —el susurro de Eric, que estaba sentado a mi lado, me hizo recordar donde estaba.

Él sofocaba una risita, lo que me hizo rodar los ojos.

—Están por declararlos marido y mujer y tú ni siquiera escuchaste cuando dijeron sus votos, ¿no? Eres caso perdido James, no le has quitado el ojo de encima a Emma y te aseguro que no debo ser el único que lo ha notado.

Hice una mueca.

—¿Tú crees?

Miré discretamente a la gente que estaba sentada cerca de nosotros, todos ellos parecían realmente pendientes de cada movimiento de los novios, una mujer de cabellera naranja y grandes ojos grises incluso lloraba de la alegría mientras daba pequeños aplausos.

—Digo, un tipo a punto de volverse el exorcista, retorciendo el cuello de esa manera en la que tú lo hacías, joder, no debe ser algo que pase desapercibido —Eric rió bajito, aplaudiendo y poniéndose de pie, al igual que el resto de los invitados, cuando el clérigo pronunciaba las palabras finales y los novios se besaban.

Me puse de pie también, mirando rápidamente hacia atrás, donde estaba Emma aplaudiendo, y volví la vista al frente.

—¿Por qué no, simplemente, te acercas y le hablas?

—Debería hacerlo —dije, vacilante.

Quería hacerlo, aunque no sabía si ella me escucharía.

—No seas un idiota y hazlo. Solo así.

—Sonaste como Rachel —murmuré, sonriendo al recordar a la desquiciada y despampanante morena—. "Solo así" suena tan fácil.

—¿Sabes? Aprecio a Emma. Digamos que la he adoptado como una hermana menor, así que el hecho de que la persona que prácticamente es el sobreprotector hermano mayor de ella te esté insistiendo para que te le acerques, es una oportunidad que no se dará dos veces. ¿Entiendes lo afortunado que eres? Háblale y haz lo que tengas que hacer para ganarte el corazón de la chica. Creo que ustedes podrían hacerlo bien juntos... —Levantó las manos, enseñándome las palmas, y me miró tratando de lucir inocente—. Honestamente he estado aliviado desde que dijiste que no has vuelto con Bonnie, pero ella sigue revoloteando a tu alrededor como si le pertenecieras y tú necesitas dejarle claro que estás hundido hasta el fondo por Emma. Así que, si no vas por tu cuenta a comenzar a arreglar las cosas, voy a arrastrarte hasta ella y obligarte a decirle algo, aunque sea a punta de golpes.

Lo miré boquiabierto unos segundos y él me dio un golpecito amistoso en el hombro.

—Anda.

Abrí la boca y, asintiendo, la volví a cerrar sin decir nada. Identifiqué rápidamente a los demás chicos entre el público, Carter junto a Heaven, Chanel, Peyton y Lorraine, a unas hileras de distancia, y más adelante Blake y Logan, quienes reían mientras se acercaban a saludar a los novios.

Llené de aire mis pulmones, porque parecía hacerme falta para

poder acercarme a ella, y avancé con pasos seguros que terminaron por convertirse en algo penoso cuando estuve a una corta distancia.

Tal vez eran uno o dos metros los que nos separaban, era evidente que ella me iba a notar. Y lo hizo. Sus ojos color avellana oliva, de pequeñas motitas cafés y verdes en los iris, me descubrieron observándola con fijeza. Su ceño se arrugó y, aunque me sostenía la mirada, parecía incómoda.

Intenté decirle algo, pero ni siquiera un estúpido «hola» quiso cooperar conmigo en este instante. Así que, aprovechando la distancia y la falta de palabras, me permití recorrerla con la mirada.

Ella no estaba huyendo y eso parecía una gran señal para dar el siguiente paso y hablarle. Estaba mordiéndose el labio inferior y parecía, además de incómoda, repentinamente molesta. Mierda.

*No, no, no, Emma.*

El corazón se me aceleró, víctima de la montaña rusa de emociones, y apreté los puños a los lados, esforzándome por alejar la indecisión.

—Bueno, bueno, bueno... —me tensé y sentí que palmeaban mi espalda—. Alguien se ve realmente caliente esta noche ¿no es así, Jamie?

Aparté mis ojos de Emma para verlo a él, a mi amigo, al rubio idiota que había crecido en la casa de al lado, el mismo que me había seguido hasta Nueva York y con el que había sido cómplice en un millar de cosas. El tipo con el que planeé hacer una banda y romper guitarras en los escenarios. Compartimos el sueño y lo vivimos juntos incluso cuando se convirtió en pesadilla. Él era mi mejor amigo, Logan Price, y era el mismo que había llevado, sin proponérselo, el tormento a mi vida. No había visto el contenido del

sobre aún, pero si aquello corroboraba lo que Kaylee me había dicho, entonces era él quien aparecía allí con Bonnie.

Su nombre, su rostro, él.

Era Logan el chico con el que ella se acostó para llegar a Beat Entertainment.

Mierda. No quería, no quería que fuese él; pero si solo con querer fuese suficiente, cuantas cosas no serían diferentes.

# Capítulo 36

No volví a ver a Emma en ningún momento, por lo que supuse que ella se marchó luego de que terminara la sesión fotográfica de los recién casados. Mis ánimos no eran los mejores luego de fallar en hablarle y permitir que Logan se quedara con ella, así que, tras felicitar a Freya y a Hudson, me retiré a mi habitación también.

Observé el sobre manila que estaba en la cama como un monstruo dormido que era capaz de destruirlo todo con solo tocarlo. Las respuestas y confirmaciones estaban allí, tan a la mano, que daba miedo alcanzarlas. Estaba convencido de que Kaylee había sido honesta conmigo, pero no quería aceptar que Logan estaba involucrado. Maldición, él era mi hermano. ¿Por qué callarse las cosas? Si él había conocido a Bonnie y la había llevado hasta Nueva York buscando algo serio con ella... ¿por qué no dijo nada cuando la conocí y comencé a salir con ella también?

Kaylee no me dio muchos detalles al respecto, dijo que lo mejor era que yo hablara con Logan directamente para saber exactamente qué había ocurrido, cómo y por qué. Me dijo que había razones, que ella no se hubiera callado una traición así de otro modo y que confiaba en que, aunque quizás este no fuera el momento idóneo, yo lo entendería. Me advirtió que el contenido del video era ambiguo y, para ser honesto, tuve que convencerla de entregármelo porque ella no creía que fuera lo mejor. Pero yo necesitaba verlo. Necesitaba ver todas esas pruebas que ella descubrió, porque solo así no me quedaría ni una pizca de duda de que Bonnie en realidad no era la

persona que yo creía.

Y si ella mintió antes, también pudo hacerlo ahora. También pudo cometer la bajeza de hacerme sentir miserable por la pérdida de un hijo que, quizás, nunca existió.

La noche, que había comenzado siendo agradablemente fresca, fue dando paso lentamente a una helada ventisca y esporádicos truenos que prometían una fuerte tormenta eléctrica. Pasé la mayor parte despierto, conciliando el sueño por minutos y despertando al poco rato solo para torturarme viendo el infernal sobre. ¿Qué haría cuando contemplara el contenido con mis propios ojos?

De a momentos la ira me dominaba, pese a lo que Kaylee me había dicho, una parte de mí sentía este rencor hacia Logan también. Pero el sentimiento era desplazado por la angustia poco después, me dolía el pecho y se me venían a la mente recuerdos, incluso, de cuando éramos un par de críos de cinco años.

Fue hasta el despunte del alba, con un cielo plomizo y una fiesta de relámpagos y truenos, que me atreví a abrir el sobre. Ni la calefacción que estaba encendida me evitó el frío que se coló en mi cuerpo al ver caer las primeras fotografías sobre el colchón de la cama.

Si las miraba superficialmente, parecían inocentes. Ellos no se tomaban de las manos, no estaban besándose ni en ninguna otra situación comprometedora, pero aparecían juntos entrando a lo que parecía un motel de mala muerte.

Sostuve una de las fotografías, analizándola, y terminé por arrugarla entre mis dedos. Tal vez intentaba justificar a Logan, creer en lo que Kaylee había dicho sobre que había razones, pero me pareció que él no se veía feliz. Tenía lentes de sol puestos, pero se

apreciaba el ceño fruncido y la mueca que esbozaba en los labios.

Sujeté entonces el DVD y lo observé durante un largo rato. Tenía que verlo. Todo sería más real entonces.

Busqué con la mirada por la habitación, pero no había un reproductor de DVD para usar y yo no había llevado mi portátil tampoco. Lo pensé bastante antes de finalmente llamar a recepción para que me proporcionaran una laptop. Un botones me la entregó en la puerta de la habitación, con un par de instrucciones sobre el funcionamiento y los costos de uso, quince minutos más tarde.

Encendí la máquina y, cuando reaccionó, introduje el DVD en la ranura. Cargó enseguida, se abrió una carpeta que mostraba un archivo de video al cual le di doble clic. El reproductor lo cargó y al principio todo lo que se veía era oscuridad en una pantalla igual a la que mostraban las cámaras de seguridad. Se oyó un ruido y, antes de que pasara algo, le puse pausa. Mi celular estaba sonando, era Michael para avisarme que nuestro vuelo, como era de esperarse debido a la tormenta, se había cancelado.

Apenas terminé la llamada, recibí un mensaje de Eric pidiéndome que bajara un momento a recepción. Seguramente ya se había enterado que no podíamos viajar a Nueva York hoy.

Dejé el video pausado y acudí lo antes posible a encontrarme con él. Probablemente habría sido fácil negarme a ir, pero necesitaba más tiempo antes de ver el contenido de ese video.

Solo necesitaba tiempo para digerirlo.

Al recorrer los pasillos pude comprobar lo tempestuoso del día a través de los ventanales del hotel. Llovía a cántaros y los relámpagos iluminaban el cielo de manera espectral cada tanto.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron para dejarme bajar

en el lobby, lo primero que encontraron mis ojos fue a Emma. Ella estaba de espaldas, hablando con Logan y Eric. Este último fue el primero en verme.

—¿Lo escuchaste? —me preguntó.

Hice una pequeña mueca, evaluando la situación.

—Al parecer estaremos atrapados aquí por otro rato —dije, saliendo del ascensor con la atención de los tres sobre mí.

Evité mirar a Logan. Si lo hacía, probablemente le exigiría una explicación sobre la información de él que ahora tenía. Y probablemente no lo haría de un buen modo.

Me concentré entonces en Emma, ella parecía frustrada ante la idea de permanecer más tiempo del planeado en Kansas, lo que atribuí al hecho de que no deseaba faltar más de un día a la universidad.

Se prolongó un silencio que resultaba bochornoso. Emma me miró por un segundo y luego se volvió a los otros dos, informando que regresaría a su habitación.

—Te alcanzo en un momento —respondió Eric, viéndola adentrarse en el elevador.

Emma asintió.

—Dejaré la puerta sin seguro para que entres —le dijo justo antes de que la caja de metal se cerrara por completo, llevándosela consigo.

Oí el suspiro de Eric y me di cuenta de que tanto él como Logan me miraban mientras yo tenía mis ojos en las puertas de metal.

—¿Todo bien? —inquirió Logan, poniéndome la mano en el hombro y dando un apretoncito. Parecía preocupado.

Mordí el interior de mis mejillas y me limité a asentir, haciendo un esfuerzo sobrehumano para contenerme. Si bien no quería

odiarlo, me resultaba difícil tratarlo con normalidad luego de saber lo que sabía. Kaylee aseguraba que él había sido engañado tanto como yo, aun así, no era fácil asimilar que él aceptara mantener una relación con la misma chica que yo. Era jodido.

Me alejé de él, le di una mirada a Eric y, sin decir nada, me encaminé hacia las escaleras que estaban a unos pasos del ascensor.

—¡Espera! —me gritó Eric, dejando atrás a un desconcertado Logan. Lo esperé en la base de las escaleras hasta que me alcanzó.

—¿Qué pasa?

—Estás raro —dijo con una mueca que se borró casi tan rápido como apareció—. Ayer... ¿hablaste con ella? No los vi a ninguno de los dos en la fiesta.

—No pudimos... —Entorné los ojos y fruncí los labios con frustración—. No creo que ella...

—Shhh —rodó los ojos y se pasó una mano por su desaliñada barba, gesto que hacía cuando estaba pensando—. Ve a verla, ¿eh? Demoraré un poco más en subir. Iré a tomar algo de desayunar, así que puedes aprovechar para hacerle una visita. Está en la setecientos doce.

Antes de que le pudiera responder, él dio media vuelta y se fue con Logan rumbo al restaurante.

Logan, Logan, Logan.

Maldiciendo, subí las escaleras de dos en dos hasta el siguiente piso, donde pude tomar el elevador e ir a mi habitación a terminar lo que había dejado a medias.

Con dedos temblorosos accioné la tecla que descongeló el video. El ruido se reanudó, unas voces que no se entendían se escucharon y luego la luz iluminó el cuarto. La cámara estaba en un ángulo algo

extraño.

Bonnie apareció primero, lanzó su bolso a la cama y se volvió hacia el chico que entró detrás de ella. Él se quitó la gorra, descubriendo la melena dorada, y se pasó una mano por ella antes de apoyar la espalda en la puerta. Bonnie, riendo juguetonamente, le quitó la gorra de las manos y la lanzó lejos. Ella estaba de espaldas a la cámara y, aunque el video no tenía tan buena calidad, era evidente que se trataba de quienes Kaylee había dicho.

—*Vamos a quitarte esa carita de preocupación, bebé*—le dijo ella, poniéndole las manos en las mejillas—. *¿Eh? ¿No quieres?*

—*Voy a decírselo, Bonnie*—él le puso las manos en los hombros, al menos eso es lo que parecía—. *No puedo...*

—*¡Shhhh!*—le golpeó el pecho—. *¿Otra vez con lo mismo? Ya te dije que no lo tomará bien. ¿Quieres que enloquezca? Él está obsesionado conmigo. Desde que me vio... ¡Dios! Ya te lo he dicho, Logan. Me ha declarado de su propiedad.*

—*Pero no lo eres*—resopló él.

Ella le enredó los brazos en la cintura y se acurrucó contra él.

—*No, soy tuya.*

—*Bonnie, no...*

—*¿Qué?* —se separó de él y se hizo unos pasos hacia atrás—. *¿Vas, otra vez, a decirme que no me amas?*

—*No te amo* —respondió él—. *Lo único que yo podría ofrecerte es sexo, nada más. Pero estoy realmente preocupado por lo que está pasando entre ustedes...*

—*Y es por eso que no puedo tener el valor de decirle a James que se aleje de mí* —chilló, sentándose en la cama y cubriéndose el rostro con las manos—. *Tú solo me quieres en tu cama por unas horas, Logan. ¿Cómo*

*puedo creer que puedo alejar a ese psicópata si no habrá nadie a quien le importe protegerme de su reacción?*

*—Esto es estúpido. —Él se llevó las manos a la cabeza en señal de frustración—. James no es así. Él nunca ha sido así...*

*—Crees que eres su amigo —replicó ella—, pero ni siquiera lo conoces realmente. ¡No sabes nada sobre él!*

*—¡Joder! —Caminó hasta quedar frente a ella—. Es que las cosas no pueden seguir de esta manera. Él es mi amigo. Es jodido todo esto y...*

*—¡Es más jodido que él me obligue a estar a su lado! ¿Sabes cuantas veces ha amenazado con matarse si lo dejas? ¡Todo el tiempo está hablando de su maldito padre que murió o de la puta de su mamá que lo abandonó! ¡Eso es lo realmente jodido, Logan!*

No pude terminar de ver el video, empujé la laptop de un zarpazo y la envié directo al suelo, donde se produjo un pitido en la máquina y la pantalla quedó en negro rápidamente.

¡Joder! ¿Qué explicación tenía eso? ¿Cómo quería Kaylee que yo no pensara mal, que lo tomara con calma y hablara con Logan? ¡Maldita sea, no podía! Lo que había visto era mierda pura.

Caminé en círculos por la habitación, como un animal salvaje y herido, sin poder enfocar mis pensamientos con claridad. Mis manos temblaban más que antes y era solo por el coraje que caldeaba mi pecho.

Carajo. No podía continuar viendo eso. Ella era una jodida arpía. ¿Cómo pudo haber dicho eso? Podía haber despotricado toda la mierda sobre mí, pero eso no le bastó, ella embarró incluso a mis padres. ¡Ella lanzó mierda a mi papá, joder! Se atrevió a llamar puta a mi mamá cuando seguro ella era mucho peor. ¿Cómo infiernos pude querer a alguien como Bonnie? Fui un jodido imbécil todo el tiempo,

un idiota que le compró su actuación barata y su cariño de telenovela. Había amado y sufrido tanto por alguien que no merecía ninguno de los dos sentimientos.

Algo pitaba en mis oídos, probablemente la sangre embravecida bullendo en mi torrente, y la cabeza me palpitaba como si fuese a explotar en cualquier instante.

Me estaba asfixiando.

Pateé la laptop del camino y salí de la habitación, dominado por la furia y algo incontrolable y feroz, sin saber con exactitud a donde me dirigía.

Quería gritar como un loco y llorar como un niño. Quería que se apaciguara la rabia que me zumbaba en los oídos, entorpeciendo mis pensamientos, y encontrar brazos donde desahogarme.

No fui consciente de que buscaba a Emma hasta que estuve frente a la puerta setecientos doce. Probé girando el pomo y, para mi mala suerte, un pasillo asomó ante mí. La luz estaba encendida, pero la pared del corredor me impedía verificar si Emma realmente estaba allí.

*Estaba.* Lo supe al oír su voz.

Y no encontré ningún refugio, ni nada que me calmara, lo único que hallé fue la noción de que cuando las cosas iban mal, siempre podían empeorar.

—Escucha, eh, Ansel... lo siento mucho. Yo de verdad quería estar contigo hoy. Me siento terrible de que esto esté pasando. Es tu cumpleaños y...

Aguardé, temblando como un maldito, y escuchando lo que no me correspondía. Me sentía tan enloquecido que necesitaba ese dolor extra para saber que todavía no había perdido la cordura por

completo. Irónicamente, mantenerme allí solo me haría enloquecer más rápidamente.

—Prometo que te lo compensaré, ¿sí?—la escuché reír con dulzura—. *Bien. Voy a compensar eso también*—dijo—. *Um, veamos, sin contar mis horas para dormir y las de asistir a clases, cuando regrese a Nueva York voy a dedicarte todo mi tiempo para hacer lo que quieras, incluso si es algo que yo odie. ¿Qué te parece?*—hubo una pausa breve antes de que ella volviera a hablar—. *Por una semana.*—Respiré profundamente, no fue fácil—. Er.. de acuerdo, dos semanas. Sí, solo tú y yo.

«Solo tú y yo», eso fue todo lo que bastó para perderme a mí mismo en la locura. Eso fue todo lo que bastó para hacer lo que mejor sabía hacer: arruinar las cosas. Y no era yo, el James que quería enseñarle a Emma para que ella pudiera quererlo, era el imbécil herido que no tenía ni puta idea de lo que estaba haciendo.

Cerré la puerta de un portazo caprichoso, para anunciar que estaba allí. La oí soltar un gritito al acto y, cuando me adentré lo suficiente, alcancé a verla saltando fuera de la cama con el teléfono pegado al oído. Vinieron a mi mente las palabras «*ratoncito asustado*» como un vago recuerdo que no terminó de consolidarse. Me sentía como un toro frente a un capote rojo. Mi ceño estaba fruncido y mis brazos cruzados sobre mi pecho mientras la observaba. Joder, debí correr cuando aún estaba a tiempo.

—Estoy bien —dijo ella al teléfono, mirándome cautelosamente con ojos entornados—. La puerta se azotó por.. el viento. Eh, Ansel, debo colgar..

Y cortó la llamada. Cruzó los brazos tal como yo hacía y luego de parecer desconcertada unos segundos, su ceño se frunció también.

—¿Qué es lo que haces aquí?

Recordé cómo había parecido disgustada por tener que quedarse en Kansas más tiempo y cómo quise creer que era por la universidad. Pero no era eso, era por él. Ansel Steinberg. No pude evitarlo, la ira y el dolor comenzaron a hablar por mí.

—¿Eso era lo que te preocupaba? —escupí, oyéndome sin creer del todo que era yo quien pronunciaba esas palabras—. ¿Ibas a encontrarte con él?

—Eso no es asunto tuyo. Será mejor que te vayas de aquí, James.

Ella pasó a mi lado, hacia el corredor que llevaba a la salida. La seguí y la vi abrir la puerta y señalar al exterior, indicándome que me largara. Y ahí estaba el idiota que pensó que sí podía merecerla, dándose cuenta de que era mentira. Llorando internamente porque no quería que fuese una mentira. Necesitaba... maldición, necesitaba hablar civilizadamente con ella.

La sujeté del brazo, alejándola de la puerta y volviendo a encerrarnos en la habitación. Si no hablábamos ahora, nunca conseguiría que ella me escuchara.

Necesitaba calmarme primero. Maldición, tenía que arreglar los detrimentos del salvaje arrebatado que se había apoderado de mí, pero mi cerebro no estaba carburando adecuadamente. La prueba de ello es que fui lo suficientemente estúpido y desesperado como para ir a tratar de descargar las malas emociones que me asfixiaban con un golpe al cristal de la ventana que, si bien no se rompió, me acalabró los nudillos.

—¡Oye! —gritó Emma—. ¿Has perdido la cabeza? ¡¿Qué demonios pasa contigo?!

El dolor físico no entumeció las emociones como yo esperaba. Me

sentía mareado. La miré, buscando encontrar mi lucidez en ella, y me di cuenta de lo alterada que la había puesto mi presencia.

Me maldije por ello.

Todo mi cuerpo temblaba y algo en mi pecho me aguijoneaba con fuerza. Me apreté allí con el puño cerrado, tratando de aplacar el escozor, y dejé que mi cuerpo se quedara unos segundos sin energía. Pegué la frente en el cristal que acababa de golpear y sentí que ese era realmente el final de todo. *Mi final*. La pérdida de cualquier oportunidad con ella y la agonía de vivir sabiendo que era única y exclusivamente mi culpa.

No lo había provocado locas fans, un idiota como yo había sido suficiente.

—¿Qué demonios te pasa? —sollozó Emma con voz temblorosa, parpadeando lágrimas fuera de sus ojos—. Vete de aquí.

—No pude... —murmuré de forma maquinal, acercándome a ella—. No pude evitarlo —confesé, tocándome el pecho involuntariamente—. Escucharte hablar con ese idiota fue... —Parpadeé. Mierda, ¿por qué no podía mantener el pico cerrado? Siempre podía hundirme más de lo que me creía capaz.

—Tú eres el idiota, me has asustado... —replicó ella, retrocediendo sus pasos hasta que su espalda tocó la pared.

Se me escapó un bufido. Claro que era un idiota, había perdido el control de mí mismo y de mis acciones tan arrebatadamente que me arrepentiría el resto de mis días.

Mi vida ya era una constante de arrepentimientos.

—Idiota, sí, eso es cierto —dije, dolido, percibiendo la aversión en su mirada—. Pero, ¿no era este el idiota que querías?

Ella hizo un gesto como si le hubiese abofeteado.

Me dolió más a mí que a ella.

—Tú dijiste... dijiste... —Tragué saliva con dificultad—. ¿Realmente no sientes nada por mí?

Estaba reventado por las emociones. El maldito video y escucharla hablar con Ansel había sacado lo peor de mí. Y una vez que la ira había salido, acompañada de locura, el temor cobraba fuerza en mi interior. Había hecho una pregunta cuya respuesta, me di cuenta, tenía el poder de quebrarme realmente.

Emma, con el rostro demasiado pálido para ser normal, me miró con firmeza, levantando la temblorosa y huesuda barbilla.

—Te he olvidado —declaró sin titubear, dando la estocada justo en el lugar correcto, y acertó la distancia entre nosotros—. Tú eres un idiota, te he olvidado. Así que dime, ¿qué demonios pretendes ahora mismo? —gruñó, apuntando con su dedo índice en el centro de mi pecho—. ¿Cuál es el punto de decir todas estas estupideces, actuando como si estuvieras loco de celos?

Me incliné hacia ella, sosteniéndole la mirada con la intensidad que me sobrecogía, y las puntas de nuestras narices se rozaron.

—Estoy jodidamente loco de celos —murmuré.

Ella mantuvo su mirada, ceñuda, en conexión con la mía, que seguramente lucía desquiciada. No duró mucho. Me empujó de su camino, mordiéndose el labio, que lucía verde, igual que el resto de su cara. Mi ceño fruncido se profundizó. Algo iba muy mal. La analicé, dándome cuenta de que caminaba con dificultad y de que ese sonido que provocaba al respirar era anormal.

—Emma... —le puse una mano en el hombro, tratando de averiguar lo que le ocurría, pero ella me apartó de un manotazo.

—¡Ya basta! —explotó, el aliento haciéndole falta—. ¿Qué es lo

que quieres de mí, James? ¿Qué es? Estás aquí de nuevo, diciéndome toda esta basura sobre celos... ¡¿No te cansas de jugar con los demás?! De verdad no quiero escuchar más sobre cómo te hago pasar un infierno, sobre cómo intentas mantenerme a salvo... ¡Es suficiente, por favor! Yo... ¡odio esto! ¡Agh! —llevó una mano a su cara, cubriéndola—. Te odio a ti, te odio, te odio porque no deberías afectarme de esta manera. Ya no.

A pesar de sus palabras, del dolor que yo le había provocado y de mi absurdo anhelo de remediarlo, lo único que importaba era que ella no estaba bien. Había desmejorado en cuestión de segundos, lo cual era alarmante. Había comenzado a sudar y temblaba como si muriese de frío.

—Emma...

Ella sacudió la cabeza de manera negativa.

—No, no trates de confundirme de nuevo —dijo, cada vez con mayor dificultad—. Tú solo te preocupas por ti y por tus sentimientos, por no salir herido. Realmente no piensas en nadie más, James, y yo tengo que pensar en mí misma también —murmuró entre jadeos—. Si tú no te vas, me iré yo.

Solo me moví de donde estaba para sujetarla por los brazos, porque parecía que se caería en cualquier instante, pero ella me alejó con movimientos torpes. No quería que la tocara. Dio tumbos hacia la puerta, apenas dos o tres, antes de dejarse caer como un bulto sin vida, asustándome como el infierno.

La atrapé apenas a tiempo de que impactara en el piso y sentí que me echaban encima una cubeta de agua helada.

MIERDA.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué había hecho? Me arrodille con ella en

brazos, colocando su cabeza en mi regazo, tratando inútilmente de hacerla reaccionar. Su rostro estaba pálido, igual que el de mi padre la última vez que lo vi, su pulso parecía casi inexistente y yo viví, por segunda vez en mi vida, lo que era el verdadero terror.

Grité pidiendo ayuda, pero nadie parecía oírme.

La perdería. ¡Maldición, la perdería! Lágrimas, que raras veces abandonaban mis ojos, descendían por mi rostro y caían en el suyo mientras la arrullaba contra mi pecho, rogándole que despertara.

El monstruo en el que me había convertido se esfumó completamente entonces, con ella entre mis brazos, y me convertí en un patético despojo de ser humano cuya única certeza era la culpa y el amor que sentía por la chica que yacía inconsciente entre mis brazos.

# Capítulo 37

Fue Eric el que llegó cuando me disponía a salir con Emma cargada en brazos en busca de ayuda. Paramédicos del hotel le dieron los primeros auxilios en esos infernales minutos que la ambulancia demoró en llegar.

Todo era un caos y yo estaba perdido en el medio de ello.

La acompañé en la ambulancia todo el camino hasta el hospital, sujetando sus fríos dedos mientras trataban de reanimarla sin éxito alguno. Tenía el pulso bajo y los labios más pálidos que aquella vez que se desmayó en Beat, cuando se enteró del accidente de su amiga.

Ellos dijeron que era algo relacionado a su corazón. Me preguntaron si tenía algún antecedente y yo no supe qué responder. Había tenido un desmayo a principios del año y sabía que tomaba medicamentos, pero nunca supe la razón por la que los tomaba. Ella lo había hecho parecer como si fuese algo sin importancia.

En el hospital me vi obligado a dejarla ir sola con el grupo médico que la esperaba, ellos no me permitieron permanecer a su lado.

Pasé cerca de media hora en la sala de espera, solo, odiando esa silla, el olor a hospital, la falta de comunicación de los médicos y el hecho de revivir la misma jodida situación que viví con mi padre otra vez.

Me temblaban las manos. Tenía miedo de que cuando el doctor se acercara a mí me dijera que debía despedirme de Emma. Mierda, cada vez que pensaba en esa posibilidad la sangre se me helaba, se me formaba un nudo en la garganta y los ojos se me humedecían.

Alguien puso su mano en mi hombro y yo me tensé, era Eric.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó con una mirada de preocupación mientras tomaba asiento junto a mí. Me llevé ambas manos a la cara y cerré los ojos, exasperado.

—Si ella... —llené de aire mis pulmones—. Eric, si ella no...

—*Chisttt*—me silenció, dándome una mirada de censura—. Ella estará bien, James. Lo estará.

—¡Oh, mierda, aquí están! —Logan, seguido por Carter, Heaven, Blake, Daniel, Tessa y Mike aparecieron por uno de los pasillos—. Joder —dijo, acercándose a nosotros con el rostro pálido—. ¿Qué pasó con ella? ¿Cómo está?

Sus ojos color esmeralda, y los de los demás, se posaron en mí esperando una respuesta. Sentí la necesidad de mandarlos al demonio a todos.

—¿Han dicho algo los médicos? —preguntó en esta ocasión Daniel, luciendo seriamente preocupado. Tessa se aferraba a él y lo miraba con cierta intranquilidad, tal vez no exactamente por Emma, porque apenas la conocía, pero una mujer como ella no podía dejar de preocuparse por los demás. Estaba en su naturaleza.

—Pregunté a una enfermera antes de encontrar a James —dijo Eric, desviando la atención hacia él, lo cual le agradecí internamente—. Ella tiene algún problema con su corazón. Ahora mismo deben seguir intentando estabilizarla.

Heaven soltó un sollozo mientras comenzaba a llorar y se abrazaba a sí misma. Carter le pasó una mano por la espalda, tratando de consolarla, pero también lucía preocupado.

Todos lo estábamos.

La sala, que antes se sentía vacía y escalofriante, se había llenado

con la llegada de todos ellos. Blake estaba sentado junto a Daniel, Tessa y Mike, en la fila de asientos paralela a donde yo estaba sentado. Éste último no había soltado el celular en todo el rato, seguía recibiendo mensajes y tecleando respuestas.

Cuando un par de hombres en batas blancas salieron por las puertas que conducían al sitio donde mantenían a Emma, todos nos abalanzamos hacia ellos como fieras.

—¿Algún familiar de la señorita Hayes presente? —preguntó uno de los doctores, él parecía querer reflejar serenidad para calmarnos, pero no lo estaba consiguiendo—. ¿Alguien?

Ninguno de nosotros lo era.

—No somos de aquí —explicó Daniel—. Ella trabaja en mi empresa. ¿Puede decirnos de una maldita vez si se encuentra bien?

El médico apretó los labios.

—Logramos estabilizarla un poco después de su llegada, pero la hemos tenido en observación y sometiéndola a algunas pruebas. Necesitamos un familiar porque es muy probable que la paciente necesite una intervención quirúrgica dentro de las próximas horas. Todo depende de la evolución del estado de su corazón.

—Vamos a tratar de localizarlos —aseguró Daniel, quien le dio una rápida mirada a Mike—. Gracias por la información. —El doctor asintió y se marchó con su compañero, luciendo cansado—. Michael, por favor encuentra los datos de Emma y consigue un vuelo para sus padres lo antes posible.

Mike asintió y se apartó con el celular en la mano, haciendo rápidamente llamadas para cumplir las órdenes de Daniel.

Todos volvieron a sus lugares, incluido yo, que no podía alejar de mi cabeza las imágenes de Emma unos segundos antes de que se

desmayara. La discusión, la palidez de su rostro, la forma en la que explotó diciendo todo lo que dijo.

Mierda. ¿Una operación? ¿Realmente era necesario llegar a eso? Seguía temblando, de miedo y de impotencia, mientras la culpa se instalaba en mí.

Yo era responsable de lo que estaba ocurriendo. La había empujado tanto que ella no lo resistió. Su corazón, joder, su corazón.

En algún momento, cuando Eric dijo que nos conseguiría un poco de café, Logan se desplazó junto a mí. No me miró, él solo se sentó y clavó la mirada en el techo.

—Es una mierda, ¿no? —murmuró, y yo le observé de reojo.

Ni siquiera podía sentir el enojo que horas antes había sentido hacia él.

—Lo es —respondí con voz apenas audible.

—Ella no se merece esto —suspiró, cerrando los ojos de cara al techo. No le respondí nada, pero estaba de acuerdo con él—. Tú... ¿cómo lo estás manejando?

—¿Manejar? —repliqué—. Estoy luchando para no hundirme en estos momentos, Logan. Esto no se puede manejar. Es una maldita cosa que está fuera de mis manos.

—Es cierto —susurró, y ambos guardamos silencio por un largo rato—. ¿Qué se siente, James?

—¿El qué? —dije de mala gana.

—Enamorarse —murmuró, volteando a verme con una mirada seria y profunda que pocas veces le había visto—. Saber que alguien que antes era solo parte del mundo, ahora *estumundo*... ¿Qué se siente? Por que la amas, ¿verdad? Amas a Emma.

Algo en mi interior fue sacudido. Le sostuve la mirada, quise

odiarlo, ver solamente a un traidor en él, pero la verdad es que seguía viendo a mi amigo bajo una neblina de resentimiento. Seguía viendo al niño rubio que me prestaba sus carritos de juguete, el mismo que escondía golosinas en su mochila y las compartía conmigo cuando más aburrida eran las horas de colegio.

—James... —Daniel me llamó.

Parpadeé y, poniéndome de pie, dejé a Logan sin darle una respuesta.

—¿Qué pasa?

—Tú los conociste en enero, ¿correcto? —Antes de que pudiera preguntar a quienes se refería, él lo aclaró—. A los padres de Emma, quiero decir.

—Eh, sí.

Me llevé una mano a la nuca, esperando que él no me dijera lo que estaba casi seguro que me diría.

—¿Puedes hablar con ellos? ¿Explicarles lo que pasó y que hay un vuelo que deben tomar en dos horas para poder llegar aquí esta tarde? Por la tormenta eléctrica no podrán llegar directamente a Kansas, pero los enviaremos al aeropuerto más cercano posible y ahí alguien los recogerá para traerlos en auto. —Inhaló profundamente y esbozó una pequeña mueca que revelaba ansiedad—. Michael cree que es mejor si alguien a quien ellos conocen les da la noticia.

Me tendió el teléfono y no pude negarme a hacerlo. Recordé los rostros de los padres de Emma, pensé en cómo les afectaría la noticia y en cómo ellos tendrían que detestarme por ello.

Me alejé de los demás, caminé hasta el siguiente pasillo, que estaba solitario, me apoyé en la pared y efectué la llamada.

Fue la señora Lydia la que respondió.

—¿Hola? —contestó con esa amabilidad que le caracterizaba.

—¿Señora Hayes? —murmuré con temor—. Soy James...

—¡James! —exclamó con alegría—. Cariño, te he dicho que solo me llames Lydia. Es tan extraño que estés llamando, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

—Yo... —Tomé una bocanada profunda de aire y me mordí el labio inferior antes de atreverme a decirle lo que estaba ocurriendo. Ella me escuchó en silencio, no le oí decir nada hasta ese pequeño jadeo que soltó cuando terminé de hablar.

Ella estaba llorando.

—¡Mi niña! —gimió—. Mi pequeña bebé no, por favor. ¡Ella no!

Se me encogió el pecho al escucharla, quise decirle que Emma no iría a ningún sitio, que ella estaría bien. Quería convencerme a mí mismo de que era así.

Intenté explicarle lo del vuelo, pero ella no pudo seguir hablando, le dio el teléfono a su esposo y fue a él a quien le dije el resto.

Le devolví su celular a Daniel sin mediar palabra, él dijo que se encargaría de enviar los datos del viaje enseguida al padre de Emma.

【◆◆◆】

Los señores Hayes llegaron al hospital cerca de las nueve de la noche. Los ojos rojos e hinchados de la señora Lydia no ocultaban que había estado llorando, su esposo, por otro lado, la sostenía y se sostenía a sí mismo sin mostrar demasiadas emociones, aunque era evidente que tampoco la estaba pasando nada bien.

Apenas llegar, los médicos los dirigieron al consultorio de uno de ellos, donde hablaron cerca de una hora. Cuando regresaron a la sala donde el resto de nosotros esperaba, la señora Lydia se acercó a abrazarme susurrando un «gracias» que yo no merecía.

—Una vez más estás con ella en un momento difícil, James.

Apreté los labios y sentí que me sofocaba. Ella no sabía que esta vez el hecho de que ella estuviera en un momento difícil no era más que mi culpa.

—Señora Hayes... —Eric se acercó a nosotros, por lo que la señora Lydia me soltó para poder verlo mientras se limpiaba las lágrimas del rostro.

Ella abrió mucho los ojos al reconocerlo, me miró un momento y luego nuevamente a Eric. Fue como si apenas notara a todos los que estaban aquí.

—¿Eric? —dio una mirada a todos los demás, incluido su esposo, quien se hallaba en una esquina hablando con Daniel y Michael—. ¿Todos...?

—Emma me ha hablado mucho sobre usted, es un gusto conocerla por fin, pese a las lamentables circunstancias del encuentro. —Le tendió la mano y ella se la estrechó—. Sabe, mi madre realmente quiere a su hija y espera que le diga que ella tiene fe en que Emma va a recuperarse pronto de esto.

Los ojos de la señora Hayes, profundamente grises, se llenaron de lágrimas mientras le daba una temblorosa sonrisa a Eric en respuesta.

—Dile gracias a tu mamá por mí —respondió con voz que le flaqueaba, y luego se llevó las manos a la frente—. Sigo sin comprender cómo mi hija ha ido a parar con todos ustedes. —Negó con la cabeza, limpiándose unas lágrimas de las mejillas—. Solo mira eso, ese de ahí es Daniel Johnson, el platónico de mi juventud, y ahora él está aquí al igual que todos ustedes, preocupados por mi pequeño ángel.

Ella soltó una pequeña risa que no demostraba nada más que lo alterada que estaba. La situación la estaba rebasando y, al parecer, su forma de evadirlo era hablar de lo que realmente no importaba.

Puse una mano en su espalda y la guié para que tomara asiento, ella apoyó los codos en sus rodillas y hundió su rostro entre sus manos mientras Eric y yo nos limitábamos a observarla y oírla sollozar. Se estaba rompiendo.

—Van a operarla —declaró en medio de su llanto, las palmaditas que estaba dándole en la espalda para tratar de tranquilizarla se detuvieron ante esa noticia—. Van a operar a mi bebé, ¡Dios santo! Ella debe estar bien, todo debe salir bien... Tiene que hacerlo, mi Emma debe hacerlo.

Tragué el nudo en mi garganta y miré a Eric, él parecía afectado, al igual que yo, por la noticia. Se deslizó en el otro asiento, junto a la señora Lydia, y echó la cabeza hacia atrás, contra la pared, con una mirada vacía.

Una lágrima resbaló por mi mejilla, la aparté rápidamente y me obligué a mantenerme fuerte, justo como el padre de Emma estaba haciendo.

Él nos miraba, miraba a su esposa, a pesar de que seguía hablando con Daniel y Michael. La frustración en su mirada lo decía todo. Él deseaba remediar lo que estaba pasando con su hija y hacer que su esposa dejara de llorar.

Yo tenía los mismos deseos imposibles.



No entendía con exactitud los términos médicos, pero podía rescatar un par de cosas de todo lo que escuché. Emma había nacido con ese problema en su corazón, ellos habían desistido de una

operación, controlándolo con medicamentos durante toda su vida. Entonces una mala alimentación, desvelos, estrés y emociones demasiado fuertes acabaron con ella. La cirugía ya no era solo una opción para erradicar el problema definitivamente, sino que era la única opción para asegurarse de que ella pudiera continuar.

Eran las siete de la mañana cuando todos, vistiendo las mismas ropas del día anterior, nos amontonamos en la sala de espera del quirófano. Los padres de Emma firmaron unos documentos para asumir el riesgo de la operación porque, ¡maldición!, había probabilidades de que ella no lo hiciera. Y yo no quería pensar en eso. Me mataba solo de pensarlo.

La trasladaron en una camilla que las enfermeras detuvieron por un minuto a petición de la madre de Emma. Ella besó la frente de su hija y le dijo algo al oído que nadie más escuchó, el señor Hayes se limitó a mirarla con los ojos más tristes, pero llenos de esperanzas.

Y yo me acerqué. Me atreví a hacerlo porque no sabía si era la última vez... Joder, ni siquiera quería pensarlo, pero me acerqué a ella, bajo las miradas de todos, incluidas las enfermeras, y me arrodillé un minuto a su lado.

Entrelacé mi tembloroso dedo meñique con el suyo y cerré los ojos, suplicándole que me perdonara.

—Por favor vuelve —murmuré con ahínco, como si estuviera pidiendo un deseo, tan bajito que apenas yo mismo pude oírme—. Entra allí, pelea y vuelve *por favor* —mi corazón latía en mi garganta, la enfermera me dijo algo como que debía dejarlas proseguir, así que me obligué a soltar el meñique de Emma y ver como la ingresaban por las puertas de metal.

No lo dije, la voz no consiguió formarse, pero mis labios

susurraron sin sonido una verdad absoluta mientras ella se perdía en el interior de esa sala de operaciones.

*Te amo.*

No me sofocaba aceptarlo para mí mismo, no me parecía descabellado ni insulso, lo que me mataba era la posibilidad de nunca poder decírselo en voz alta y que ella estuviera allí para oírlo.

—Vamos —Blake puso su mano en mi hombro y me instó a sentarnos con Eric y los demás—. Solo podemos esperar. Solo eso.

Y esperar era la cosa más jodida del mundo.

—Aria dice que tomará un vuelo hacia aquí con Ansel esta noche, ella está...

Escuché a medias lo que Eric le decía a Logan y a Carter, y, aunque el nombre del chico hizo ruido por un momento en mi cabeza, el pensamiento voló lejos al instante.

Mis puños seguían apretados y se sentían acalambrados para cuando ella llevaba unas cuatro horas en el quirófano. Sabía que la operación no sería sencilla, y por obvias razones tampoco sería rápida, pero el lento pasar del tiempo me estaba exasperando.

La señora Lydia me miraba de vez en vez, regalándome una pequeña sonrisa cuando ella no estaba inclinando su cabeza y orando por su hija, rodeada por los brazos de su esposo en todo momento.

Los chicos se mantenían serenos, conversando en voz baja, a veces trataban de incluirme, pero, al igual que Heaven, que lloraba y se negaba a dejar de morderse las uñas con nerviosismo, yo no quise unirme a su conversación. No podía.

Daniel y Michael ponían al día a Freya y Hudson, que habían llegado esta mañana tras enterarse de lo que ocurría. Tessa había tenido que ir al hotel a cuidar de las niñas, pero se mantenía

llamando a Daniel para estar al tanto del estado de Emma.

Me sentía fatigado, no había dormido en toda la noche más que un par de minutos en los que el sueño logró hacerme cerrar los ojos, así que estaba aletargado, observando las puertas de metal con anhelo, cuando las mismas se abrieron dándole paso a un par de enfermeras que corrían.

Me desperecé al ver sus caras, ellas parecían alarmadas mientras una hablaba por el radio y la otra le indicaba el camino a seguir.

Joder, joder, joder. Algo iba mal.

La tensión se volvió palpable en la habitación, y yo sentí como si algo dentro de mí se desprendiera cuando un enfermero más asomó por esas puertas, corriendo hacia el pasillo que habían tomado las otras dos, mientras hablaba por el radio.

—¡La doctora Henderson, rápido! —gruñó al aparato—. ¡Estamos perdiendo a la paciente, es urgente!

Sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo, acompañando el doloroso grito que escapó de los labios de la señora Lydia.

# Capítulo 38

El dolor penetró hasta mis huesos como un veneno paralizante. No fui consciente de lo que hacía hasta que me encontré a mí mismo sentado en los peldaños de unas empolvadas escaleras en desuso, abrazando las rodillas contra mi pecho.

¿Cuánto tiempo había estado aquí, escapando de la realidad?

La salada humedad que quemaba mis mejillas se había secado ya. Mi mente seguía aturdida y mi cuerpo necesitaba un descanso que no iba a obtener.

*Emma.*

Sentí las lágrimas peleando por salir nuevamente. Estaba enamorado de ella, la amaba sin saber el momento exacto o la forma en la que ese sentimiento había nacido, pero que sin embargo existía.

Y nunca se lo dije. Había demorado tanto en comprender mis sentimientos, había titubeado tanto, que no tuve oportunidad de confesárselos antes de que ella entrara a esa sala de operaciones.

Estaba aterrado de regresar allí y descubrir algo que no me sentía capaz de aceptar. ¿Cómo afrontas la pérdida de alguien a quien amas?

Cerré los ojos por un momento, cubriéndolos con mis manos, y el rostro de Emma surgió de mis recuerdos. Cada línea, cada detalle, cada color y aroma que la conformaban estaban impresos en mi memoria de manera nítida.

No podía tolerar la idea de que ella se fuera para siempre, porque eventualmente el recuerdo también se marchitaría y el solo pensar en

no tener nada suyo, ni siquiera esos detalles en mi memoria, hacía que me faltara el oxígeno. Me asfixiaba.

No oí ruido ni a nadie acercándose, pero sí me percaté de unos pies pateando las colillas de cigarro que estaban a mi lado y que yo no recordaba haber encendido.

Levanté la mirada para encontrarme con Logan, él estaba algo sudado, como si hubiese estado corriendo, pero su expresión era tranquila. Se sentó a mi lado y cruzó los brazos mientras me daba una mirada inquisitiva, como esperando que yo dijera algo.

¿Qué quería que le dijera?

Sacó su teléfono celular y tecleó algo rápidamente antes de volver a poner su atención en mí.

Su presencia me alteraba. ¿Y si estaba aquí para decirme lo que yo me negaba a escuchar?

—La cirugía terminó hace media hora —anunció con una mueca que no alcancé a comprender—. Los chicos y yo hemos estado buscándote.

El aire dejó de fluir hacia mis pulmones y me tensé mientras esperaba que él terminara de hablar. Necesitaba que él dijera todo lo que supiera tanto como una parte de mí deseaba no oírlo. Era complicado. Y él me estaba haciendo las cosas difíciles. Se quedó callado y sus ojos color esmeralda se entornaron mientras me estudiaban.

No soporté el silencio.

—Ella... —grazné, deformando la palabra y notando cómo se atenazaba mi garganta y se aceleraba mi corazón.

—Sobrevivió. —Murmuró él, devolviéndole el alma a mi cuerpo con esa simple afirmación. En ese momento quise correr a

comprobar con mis propios ojos lo que dijo, necesita ver a Emma de alguna manera, pero él me puso una mano en el hombro y me lo impidió—. No está bien... no del todo —me advirtió, haciéndome quedar en mi lugar—. Todos están consternados por lo que pasó. Ellos... la perdieron, James. Por casi un minuto y medio ella se fue, las probabilidades de que viviera fueron nulas en ese momento, pero entonces alguna clase de milagro ocurrió.

—Tengo que verla —dije, poniéndome de pie rápidamente.

Él me imitó.

—Está en la unidad de cuidados intensivos. —Hizo una mueca—. No hay visitas permitidas por ahora.

No me importaba. Me pegaría a la puerta de la habitación en la que estuviera simplemente para saber que, del otro lado, ella estaba respirando todavía.

«*Dios, Emma está viva*», pensé, sintiendo las palabras convertirse en un bálsamo para mi pecho. Las lágrimas picaban en mis ojos nuevamente, pero esta vez el motivo era diferente.

—Vamos —Logan señaló con su barbilla hacia la cima de las escaleras—. La madre de Emma no ha dejado de preguntar por ti. Has tenido doblemente intranquila a la pobre mujer.

【◆◆◆】

La gente se había dispersado para cuando Logan y yo llegamos a la sala de espera ubicada a unos pasos de la unidad de cuidados intensivos. La mayoría se había ido a descansar, solo los padres de Emma, Hudson, Freya, Daniel y Michael estaban allí.

—Iré a tomar una siesta y a ducharme —me avisó Logan—. Volveré en un par de horas.

Asentí simplemente, él palmeó mi hombro y se alejó por el

pasillo, rumbo al ascensor.

Tomé una gran bocanada de aire cuando los ojos de la señora Lydia me encontraron. Su rostro parecía hinchado de llorar y las marcas de la fatiga comenzaban a hacerse notorias. Ella se disculpó con los demás y vino hasta mí.

—Emma está bien —me dijo con voz temblorosa, parándose a mi lado—. Saldrá de esto.

Se llevó las manos al rostro, tomando aire, como si eso fuese suficiente para recargar su energía, y me dedicó una pequeña sonrisa.

—Necesito un café —comentó distraídamente.

Ella comenzó a caminar y yo le seguí el paso. Descendimos a la planta baja, donde se encontraba una pequeña cafetería, y esperé silenciosamente hasta que le entregaron su café.

Nos sentamos en una de las mesas vacías, uno frente al otro. La vi darle unos sorbitos a su bebida caliente mientras yo chasqueaba mis dedos con nerviosismo.

—Hay.. algo que debo decirle —dije, clavando la mirada en la mesa, sintiéndome demasiado culpable como para verla a la cara.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó, poniéndome atención, aunque daba la impresión de que en realidad su mente estaba en otro sitio.

Respiré profundamente y decidí que estaba haciendo lo correcto. Ella me miraba como si yo hubiese hecho las cosas bien cuando no era así. No podía soportarlo.

—El que Emma esté pasando por todo esto —me atreví a mirarla, midiendo su reacción— es culpa mía.

Sus cejas se elevaron y ella me miró con escepticismo. Sus maternales ojos grises bajaron un segundo al humo que despedía su

café antes de volver a los míos, parpadeó con aire de confusión y ladeó la cabeza.

—¿Tu culpa?

Me humedecí los labios. No quería que ella me odiara, pero si al final de la conversación lo hacía, lo entendería. Lo entendería porque si yo tuviera una hija y alguien la dañara, querría matar a esa persona.

—Nosotros... estábamos discutiendo —confesé, incómodo, mientras pasaba una mano por mi cabello—. Emma se alteró demasiado y entonces lo siguiente que supe es que estábamos en el hospital porque todo estaba fuera de control. No tenía idea del problema de su corazón, pero eso no justifica el hecho de... —Me mordí el labio inferior y ella me instó con la mirada, persuadiéndome para que prosiguiera—. Nunca he sido una buena persona con ella —admití, aunque me costaba—. Tal vez por eso Emma nunca les dijo que estuvo trabajando como mi asistente desde finales de agosto del año pasado hasta principios de enero, cuando dejó el trabajo para pasar a ser la asistente de Freya durante los preparativos de su boda con Hudson. —La vi abrir la boca y volverla a cerrar sin dejar salir una sola palabra, suspiré con frustración—. Ni siquiera sabía que ella era una fan hasta que hablé con usted la primera vez. Yo... pensé que me odiaba, en el fondo tenía miedo de que lo hiciera, pero yo la orillé a eso. Esto sonará loco y como una excusa muy estúpida, pero lo hacía por protegerla. No al principio, claro. Cuando ella llegó a mi vida... me molestaba que lo hubiese hecho. —Sentí mi rostro enrojecer porque la señora Lydia me miraba fijamente, sin decir nada, mientras yo me exponía ante ella—. No quería una asistente y Daniel me estaba obligando a tener una. Quería que se fuera... pero

ella se quedó. Luego descubrí algunas cosas, no podía odiar a Emma, quería que ella se alejara de mí porque... Lydia —le tomé la mano y ella me lo permitió—, mi vida no es sencilla, pasé cosas muy difíciles que yo no quería que Emma viviera, pero que eventualmente tendría que vivir si permanecía a mi lado, incluso aunque fuera en una simple relación laboral.

Sus labios se entreabrieron solo para pasar un poco de aire, la tranquilidad con la que estaba tomando todo me exasperaba. No podía deducir lo que ella estaba pensando justo ahora. Tal vez yo quería que me gritara porque sentía que era lo que me merecía.

—¿Qué clase de cosas, cariño? —me preguntó con calma en cambio, dando un apretoncito en la mano que tenía sobre la de ella.

Resoplé, un poco desconcertado, y me dediqué un minuto a guardar silencio. Ella volvió a llevarse el café a los labios para tomar otro sorbito, la pequeña mueca que esbozó me dejó en claro que el sabor no era bueno, pero era lo que había y no se iba a quejar.

No había planeado sentarme a contarle todo acerca de Bonnie a la madre de Emma, pero mientras ella me interrogaba con tanta tranquilidad, llamándome «cariño», las cosas fueron fluyendo.

Yo había vivido engañado desde que Bonnie me dejó, haciéndome creer que era porque la situación con las fanáticas se había vuelto intolerable. Había visto cosas que asustaban, pero ya no estaba tan seguro de hasta qué punto mis fans eran un problema. Bonnie nunca me había querido en realidad, todo indicaba que se veía con Logan y le decía un montón de mierda sobre mí cuando supuestamente ella me amaba. Absolutamente era una buena actriz, una espléndida y talentosa actriz que me había engatusado con su rostro angelical.

Pensé nuevamente en lo que me había dicho a su regreso, en ese

hijo que me hizo sentir que perdimos porque yo no había sido capaz de mantenerlos a salvo. Ya no podía creer que fuera verdad. Ella era una manipuladora que sabía bien cómo contar sus embustes.

Las manos temblorosas y tibias de la señora Lydia acunaron las mías con delicadeza, las observaron un segundo, mientras yo terminaba de hablar. No le conté todo, no fui capaz de decir lo de Logan en voz alta. Si lo iba a hablar con alguien, primero sería con él.

—*Es una locura odiar a todas las rosas solo porque una te pinchó. Renunciar a todos tus sueños porque uno de ellos no se realizó*—murmuró, acariciando mis manos de forma tranquilizadora, como hacía Marie a veces—. Alguien debió leerte *El principito* alguna vez, cariño.

Mordí el interior de mis mejillas, sintiendo el nudo en mi garganta volverse más apretado. Ella se puso de pie entonces, rodeó la pequeña mesa de metal que nos separaba, y me abrazó.

«*Sí lo leí*», quise decirle en voz alta. Había leído *El principito* con mi padre cuando era un niño. Había amado la historia y deseado ser como él, pero al crecer me había olvidado de sus enseñanzas y en los últimos años me convertí en alguien que mi padre desaprobaba, solo que él no estaba aquí para recordármelo.

Deseaba tanto volver a ser el de antes. Anhelaba con ahínco haber conocido a Emma en ese entonces, y no cuando lo hice, pero el tiempo y lo que hicimos con él es algo que no podemos cambiar.

—No voy a juzgarte, hijo —susurró suavemente contra mi cabeza, aún rodeándome con sus brazos—. No estoy feliz sabiendo lo que me has contado, menos aún cuando me entero de que mi bebé no ha estado siendo tan feliz como yo pensaba que era. Pero te entiendo, James. Entiendo lo que me has dicho y la forma en la que has actuado.

» Es que el temor es el peor enemigo del hombre, hijo, porque nos limita o nos orilla a actuar en consecuencia. Pero no se puede comparar el temor de quien ha jugado toda su vida con gatitos, con el de quien ha sido perseguido por los leones. Sin embargo, también creo que es hora de que domes a esas bestias porque, a como yo lo veo, tienes toda la capacidad para hacerlo.

No dije nada. No sabía qué decir, honestamente, pero una parte de mí se tranquilizó con sus palabras. Y otra, que cobraba fuerza en mi interior, deseaba hacer lo que ella dijo. *Domar a las bestias*. Quería estar cómodo conmigo mismo siendo quien realmente era y no eso en lo que me había convertido. No quería fingir, alejar a los demás o reprimirme.

Volví a creer en mí mismo después de mucho tiempo porque ella, aún después de ver todo lo malo que tenía, todavía confiaba en mí. Confiaba en que no estaba tan perdido como yo creía estar.



Habían pasado tres días en los que Emma no había dado señal de mejoría. Ella no despertaba. Sus signos vitales estaban bien, el doctor Reynolds dijo que su corazón estaba reaccionando correctamente tras la operación y que ella parecía solo estar en un largo sueño. El hombre le apodó *La Bella Durmiente*, la llamaba así cada vez que entraba a revisarla y le insistía en que todos deseábamos que despertara ya.

Emma abría los ojos de repente, balbuceaba cosas inentendibles y luego volvía a quedar sumida en la inconsciencia. No había una explicación exacta para esto, ni nada que hacer más que esperar a que ella decidiera regresar con nosotros definitivamente.

Era desesperante verla postrada en la cama de esa manera

mientras anhelaba ver la vivacidad y el color avellana oliva de su mirada.

La extrañaba jodidamente mucho, a pesar de que físicamente estábamos tan cerca.

Sus padres bajaron a la cafetería a tomar un refrigerio y yo me quedé a solas con ella. Me paré a un lado de su cama, observándola. Su aspecto iba mejorando, pero todavía se veía demasiado frágil con la intravenosa en su brazo, la cánula y el extraño aparato que se mantenía pinchando uno de sus dedos. La máquina que estaba a un lado marcaba sus latidos, todo parecía ir con normalidad.

Suspiré mientras le sujetaba la punta de los dedos de su mano libre. Estaban tibios, y esa calidez que me aseguraba que ella solo dormía, *que seguía con vida*, se trasladaba hasta mi pecho, llenándolo de esperanza.

—Despierta, por favor —rogué, y no por primera vez, mientras clavaba mi mirada en ella.

Me incliné y puse mis labios en su frente, pero esta no era la película de La Bella Durmiente en realidad. El doctor se equivocaba. Ella no iba a despertar con un beso.

Llevé una mano a mi barbilla, que se encontraba cubierta por la sombra de una corta barba de días, y bostecé. No me había movido del hospital para nada, si me había cambiado de ropa era solo porque los chicos me habían llevado lo necesario para hacerlo la noche anterior.

Todos ellos tendrían que regresar a Nueva York pronto, pero yo le advertí a Daniel que no lo haría. No me movería de Kansas hasta que Emma despertara y fuera dada de alta.

La puerta se abrió un poco después, mientras leía *Historia de dos*

*ciudades* para Emma, y la señora Lydia entró.

—Deberías ir a descansar —me dijo, revolviéndome los cabellos con una caricia inofensiva que me hizo darle una media sonrisa.

—Después —murmuré—. No estoy cansado —le aseguré, encogiéndome de hombros para restarle importancia al asunto.

—Pero debes hacerlo. Ya me encargaré de que así sea —aseveró—. Creo que hoy podría ser un buen día. —Hice una mueca y ella lo notó—. Aunque sea ve al hotel a dormir un rato, ¿quieres?

—No lo sé...

Miré a Emma y luego a su madre.

—De todos modos, debo pedirte que salgas de aquí un momento —indicó, haciendo que me alarmara—. Sabes que no podemos estar más de tres personas en la habitación, y han llegado dos amigos de Emma para visitarla. Será un poco tiempo nada más. Lo digo en serio ¿por qué no lo aprovechas para ir al hotel?

Entorné los ojos, preguntándome quienes serían. Lia no había podido venir porque Daniel le había pedido que lo apoyara con algunos asuntos de la empresa mientras él seguía en Kansas. Como ellos regresaban al día siguiente, yo suponía que Lia llegaría el sábado o domingo, no antes.

La señora Lydia esperaba mi respuesta, así que asentí, cerrando el libro con el separador en la página donde nos habíamos quedado. Ella se percató de esto y miró con curiosidad la pasta verde con florituras doradas que componía al ejemplar.

Estiró su mano hacia mí, pidiéndomelo, y yo se lo entregué a regañadientes. Realmente era la primera persona que tocaba el libro desde que había llegado a mis manos.

—Era de mi padre —declaró con una sonrisa nostálgica mientras

pasaba su mano por la cubierta—. Estoy segura de eso. —Abrió el libro por el final y señaló algo que estaba allí—. Lo es, él escribió esto en cada uno de los libros que le regaló a Emma —dijo, mostrándome las conocidas iniciales Hache y E que estaban escritas en la parte baja de la página—. Pensé que ella lo había perdido. ¿Cómo es que tú lo tienes?

Me encogí de hombros, un poco acalorado con la situación. Claramente, además de la letra de su padre, ella podía ver allí también el mensaje que su hija escribió para mí.

—Fue un regalo... —murmuré, encogiéndome de hombros.

Me dedicó una suave sonrisa mientras asentía y, luego de pasar sus dedos con cariño por la letra de su padre una vez más, me devolvió el libro.

—Vamos —sonrió, encaminándose a la puerta.

Metí el libro rápidamente en una mochila que me colgué al hombro y luego la seguí al exterior. Al salir, me encontré a los amigos de Emma que habían llegado para visitarla. Era la rubia parlanchina, Aria, quien estaba hablando con Eric, y Ansel Steimberg.

## Capítulo 39

Emma parecía confundida y angustiada, me dio una rápida mirada y luego asintió en respuesta al médico.

—¿Qué fue lo que me pasó?

—Emma... —me adelanté, creía que era mejor que estuvieran sus papás cuando le dieran la noticia, pero el doctor levantó una mano, ordenándome que guardara silencio.

Él comenzó a relatarle lo que había ocurrido desde que fue ingresada de emergencia al hospital, información sobre la cirugía incluida. El miedo que reflejaba el rostro de Emma me hacía querer golpear al médico por decidir hablar sin la presencia de los señores Hayes. Carajo, él mismo había dicho que lo mejor era no hacerla pasar por fuertes emociones cuando despertara. ¿No se daba cuenta de que no le sentaba bien toda esa información? Acababa de despertar y él ya le dijo sobre la incisión de dos pulgadas que le habían hecho entre las costillas.

—Emma, Emma... —le tomó la mano cuando notó que se alteraba —. Estás bien ahora, solo tienes que relajarte, por favor.

Ella asintió y se concentró durante unos instantes en controlar su respiración, que se había agitado. A pesar de que consiguió relajarse, seguía estando ansiosa.

—¿Emma? —dije preocupado, ella me miró a los ojos.

—Tengo sed —murmuró, ubicando la punta de sus dedos sobre sus labios nuevamente.

—Voy a traer agua para ti. Y tus papás no deben tardar en venir,

les avisé que despertaste.

Esperaba que la noticia de sus padres la tranquilizara un poco, sin embargo, me dio la impresión de que palidecía más, si es que era posible.

—¿Mis papás?

—Ellos han estado contigo todo el tiempo —le respondió el médico—. Es solo que se veían tan cansados que este muchacho —me señaló— les rogó para que fueran a dormir un rato.

A Emma no le gustó oír la noticia de que sus padres estaban al tanto de todo y yo me limité a salir en busca del agua antes de que hiciera más preguntas.



Para cuando regresé con el agua el doctor Reynolds ya no se encontraba con Emma, eran sus padres que habían llegado más rápido de lo que podía esperar. Estaban alrededor de ella, la señora Lydia lloriqueaba y murmuraba cosas que no llegaban a mis oídos por la distancia. Me permití observarlos, recordando lo que era una familia, hasta que me descubrieron.

Thomas, el padre de Emma, fue el primero en verme. Se acercó a mí con lágrimas brillándole en los ojos. Podía imaginar lo que venía, me había dicho palabras similares durante los últimos días y yo no podía dejar de sentirme mal por ello. Su esposa no me permitió contarle todo lo que a ella le dije, yo aún quería hacerlo.

—Sé que te lo hemos dicho cientos de veces desde que llegamos, pero estamos agradecidos contigo —asintió solemnemente, poniendo una mano en mi hombro—. Mucho.

—No hay nada que tenga que agradecer, señor —recité la misma respuesta que le había dado cada vez que él me agradecía por

permanecer cerca de su hija. Mis ojos se desviaron hacia ella, también me miraba.

—Tú has estado con nuestra hija cada minuto desde que llegó aquí —la señora Lydia llamó nuestra atención, me dio una mirada que parecía guardar un significado oculto—. No sabes lo mucho que lo apreciamos.

La puerta a mi lado se abrió, dándole paso al doctor Reynolds y a un grupo de tres enfermeras.

—Lamento interrumpir —dijo el hombre—. Tenemos que llevarnos a la paciente para hacerle un chequeo.

Los padres de Emma se alejaron, permitiendo que las enfermeras la rodearan para liberarla hábilmente de todo lo que estaba conectado a su cuerpo. Después de todo el tiempo que llevaba recostada en esa cama, en un sueño que parecía eterno, la ayudaron a desplazarse a una silla de ruedas.

Ella se mareó, poniéndome tenso, pero el doctor dijo que era algo normal. En minutos las mujeres la empujaban por el pasillo del hospital en la silla mientras que el doctor nos explicaba que el proceso demoraría un poco. Necesitaba comprobar que todo estuviese funcionando de forma correcta ahora que ella había despertado del todo.

—Luce agotada —le dije a la señora Lydia, ella y yo estábamos sentados en el sofá de la habitación, su esposo había salido tras el doctor, haciéndole preguntas.

Ella pasó sus manos por su rostro, tratando de despejarse.

—Estábamos llegando al hotel cuando recibí tu llamada —suspiró, una sonrisa enorme se le dibujó involuntariamente en los temblorosos labios—. Venimos aquí tan rápido como pudimos. Estoy

agotada, es verdad, pero no puedo estar más feliz. Mi bebé ha vuelto.

La emoción provocó que se le quebrara la voz y nuevas lágrimas escurrieron por sus mejillas. Le tomé la mano, dándole un apretoncito, compartiendo sus sentimientos.



Las siguientes horas, después de que Emma volvió de sus estudios, dejé que sus papás pasaran tiempo con ella a solas.

Estuve hablando con el doctor sobre la valoración médica que le habían hecho, él me aseguró que todo estaba en orden. Reiteró que había que mantenerla fuera de emociones fuertes por un tiempo, eso sí, porque todavía se encontraba algo débil su corazón, pero iba por buen camino.

Me quedé en la sala de espera, haciendo llamadas a todos para avisarles de la buena noticia, hasta que la señora Lydia salió a buscarme.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando tuve a la familia Hayes completa con sus ojos puestos sobre mí.

—Solo quiero que ellos vayan a descansar —dijo Emma, encogiéndose de hombros como si tampoco entendiera el por qué su mamá hizo que me les uniera.

—No la dejaremos sola —la señora Lydia se cruzó de brazos, dándome una mirada.

Me llevé una mano a la nuca, pasé la mirada brevemente por los tres rostros frente a mí y tomé una profunda bocanada de aire.

—Yo puedo quedarme con ella.

Básicamente a Emma no le agradó del todo la idea, pero aceptó con tal de que sus padres consiguieran dormir una noche. Cuando ellos se marcharon al hotel y nos quedamos solos, la vi incómoda, por

lo que decidí darle un momento de privacidad argumentando que estaba hambriento e iría a cenar.

Bajé a la cafetería por un bocadillo y café, éste último era realmente malo, pero luego de tantos días bebiéndolo ya había aprendido a pasarlo por la garganta sin hacerle muecas. Quizá demoré media hora fuera; pasé al baño a lavarme la cara, ignorando mi apariencia demacrada que demandaba un descanso, y volví con Emma.

Estaba profundamente dormida para entonces, como un pequeño ángel entre las sábanas blancas. Por un momento sentí la aprehensión en el pecho, el temor de que pasara una eternidad hasta verla abrir los ojos de nuevo. Respiré hondo y toqué la punta de sus dedos con cuidado, permitiéndome sonreír ante la tranquilidad que emanaba su suave respiración. Su cabello estaba recogido en una trenza, y eso era obra de su madre.

En general tenía un mejor semblante. Solo dormía, no tenía nada que temer.

Me fui al sillón, que ya me era familiar, y decidí recostarme un rato tras apagar las luces. Me recosté y cerré los ojos hasta que los quejidos de Emma me hicieron levantarme como rayo. Apurado, regresé la iluminación y abrí mucho los ojos para descubrir lo que ocurría. Su frente estaba sudada y la expresión de su rostro era de dolor.

Le sujeté las manos, que estaban frías, y traté de hacerla reaccionar. Cuando abrió los ojos por fin, tenía las pupilas dilatadas.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Qué es lo que te duele?

Le costó un poco antes de poder responderme.

—F-fue... solo una pesadilla.

Respiré, aliviado, y asentí. Vi que miraba sus manos, que estaban entre las mías, así que la solté y me alejé unos pasos. Me cepillé el cabello con los dedos, que seguían temblando, y exhalé mientras me sentaba en el sofá con sus ojos siguiendo mis movimientos.

Me di cuenta de que había comenzado a llover en algún momento mientras me quedaba dormido, las gotitas golpeaban el cristal de la ventana ubicada detrás del sofá.

Apoyé los codos en mis rodillas y luego hundí mi rostro entre mis manos, recuperándome.

—¿Por qué haces esto? —me sorprendió oírlo dirigiéndose a mí.

Levanté la mirada, ella me miraba con curiosidad desbordante. Ni siquiera sabía a qué iba su pregunta, por lo que tampoco tenía una respuesta.

—¿Es... culpa? —insistió, entonces comprendí—. ¿Por lo que pasó la última vez?

Parecía que habían pasado siglos desde eso. Los días pasados y la preocupación lo habían borrado de mi mente, pero ella recordaba claramente nuestra última desastrosa conversación. Y quería saber qué era lo que me mantenía ahí, a su lado.

—¿Culpa? —repliqué, pensando en lo equivocada que ella estaba—. No, no es eso.

—¿Entonces qué es? —me instó, incansable hasta obtener una respuesta. Pero ¿podría ella aceptar la única que yo podía darle en este momento?

Entorné los ojos, debatiéndome internamente mientras masticaba mi labio inferior. No era el momento ni el lugar para decírselo.

—Será mejor que duermas, necesitas descansar.

Me acerqué a ella, acomodando las sábanas a su alrededor sin

mirarle a la cara, aunque podía sentir que mantenía sus ojos en mí.

—¿Por qué no regresaste a Nueva York con los demás? — preguntó antes de que terminara lo que hacía—. Escuché de mi madre que todos lo hicieron hace poco.

—Es mejor que descanses por ahora.

Caminé hacia el interruptor de luz.

—No puedo dormir cuando tengo dudas.

Me sostuvo una mirada obstinada durante unos segundos, haciéndome negar con la cabeza. Pellizqué el puente de mi nariz, cansado. Deseaba darle todas las respuestas que me estaba exigiendo, pero temía su reacción. «*Unos días... solo unos días más por favor Emma*», supliqué en mi fuero interno.

—Quiero saber por qué estás aquí después de...

—Estoy aquí porque quiero.

Mi respuesta pareció indignarle, y yo me vi tentado a explicarle la verdad pese a todo lo que hablé con su médico.

—¿Porque quieres? —replicó.

—Porque quiero, porque puedo, porque lo necesito. ¿Necesitas más motivos?

Ella no dijo nada, me miró con la boca ligeramente abierta, como si pretendiera responder, y yo suspiré. Apagué las luces y me eché en el sofá pretendiendo dormir hasta que ella se dio por vencida y se rindió ante los brazos de Morfeo.

Yo ya no tenía sueño, ni un poco. Las horas restantes de la noche las invertí en ella, delineando su perfil gracias a la claridad de la luna.

*Solo un poco más Emma.*

Me llevé la mano al lado izquierdo del pecho, sintiendo mi corazón acelerado y pensando en el tatuaje que se encontraba allí.

Estaba listo para decirle que la amaba, solo necesitaba que su corazón lo estuviera para escucharlo.

# Capítulo 40

Una semana más tarde, el 02 de abril, día en que cumplía años Logan, finalmente le dieron el alta a Emma. Ella estaba enloquecida por el tiempo que había faltado a la universidad y, aunque sus padres querían llevarla a Albuquerque, los convenció de ir a Nueva York. El señor Hayes no estaba muy conforme, Emma no estaba en condiciones de vivir sola en la residencia todavía así que, cuando vio que ella no cedería, dijo que buscaría algún departamento en renta para que su esposa e hija vivieran una temporada. Les ofrecí el pent-house sin pensarlo dos veces. Era un lugar que Logan había ocupado un par de veces para sus fiestas, pero el hecho de que yo era el dueño se había mantenido en secreto. Era seguro, el vecindario alojaba a bastantes estrellas, así que no sería sospechoso verme ir por allí con frecuencia.

A veces la mejor forma de ocultarse es permanecer a la vista.

Emma no podía viajar en avión por indicaciones médicas, así que ellos hicieron un viaje en auto desde Kansas. Tomé mi vuelo la misma mañana que ellos partieron para poder supervisar, con la ayuda de Marie, que todo estuviese en orden en el pent-house para cuando llegaran.

Estaba hablando con los vigilantes sobre las medidas de seguridad y privacidad, no quería a nadie yendo a curiosear por ahí, cuando el auto de renta en el que viajaban los Hayes apareció, iluminándonos con los faros. Le hice una seña al encargado del portón y éste asintió, abriéndolo para que el auto pudiera ingresar.

Por la cara de Emma, imaginé que nadie le había dicho aún que se quedaría en este lugar. No dijo nada al respecto, pero sí se quejó cuando su papá la cargó en brazos para llevarla mientras que yo ayudaba a su madre con las valijas que cargaban. No era gran cosa, en general ropa de los padres. Emma tenía la mayoría de lo suyo en la residencia donde vivía, todavía había que ir a recogerlo.

No hablé con ella esa noche, estaba agotada por el viaje y se quedó dormida apenas tocar cama. Le mostré a sus padres la habitación que fue preparada para ellos y, tras reiterarles que se sintieran como en su propia casa y conversar un rato con la señora Lydia, me marché para dejarlos descansar también.

La mañana siguiente, luego de desayunar con Marie, fui al penthouse. La única despierta a esa hora era la señora Lydia, la encontré con los medicamentos y el teléfono celular de Emma en las manos. Me sonrió y depositó todo en las mías enseguida.

—¿Me harías el favor de llevarle esto, cielo?

Asentí y caminé a la habitación donde debía estar Emma. Llamé un par de veces, pero ella no respondió, así que me decidí a entrar. Ella se removió en la cama y sus ojos me atraparon un poco después.

—Lo siento —me disculpé, colocando la bolsa de medicamentos en el escritorio que estaba al fondo—. Tu madre me pidió que te trajera esto...

Ella asintió. En lugar de irme, permanecí allí, pensando en algo que me había estado dando vueltas en la cabeza.

—Estaba, eh, preguntándome... —bostezó—. ¿Qué fue lo que le dijiste a mis padres para que ellos aceptaran quedarse en este lugar?

Ladeé la cabeza, observando su cabello enmarañado y rostro ligeramente hinchado de dormir. Contuve una sonrisa al imaginar lo

que sería poder verla despertar así cada mañana. Lucía un poco desastrosa, como cualquiera al despertar, pero nunca me cansaría de verla. No después de haber experimentado lo que sería perderla.

—Solo les dije —respiré profundo, concentrándome— que era lo mejor para ti. Ellos nunca rechazarían algo que sea para tu bienestar.

Frunció el ceño, meditando la respuesta, y asintió.

Me pensé lo que tenía que decirle unos segundos más, no quería hacerlo. A una parte de mí le molestaba mucho tener que decírselo.

—Él te llamó ayer —me rendí, entregándole su teléfono celular, el cual había sonado anunciando una llamada de Ansel que la señora Lydia me hizo atender la noche anterior—. Estabas dormida y tu madre me pidió que respondiera por ti.

Mierda, sentí que se me calentaban las orejas y el cuello, era sumamente incómodo.

—¿Quién?

—Ansel —respondí entre dientes—. También fue a Kansas mientras estuviste internada. Le di la dirección de este lugar, probablemente vendrá a verte después.

Ella no se inmutó. No sé qué reacción esperaba, quizás me preparaba para un golpe duro como que sonriera ante la preocupación de Ansel o pusiera cara de enamorada, pero solo asintió diciendo «ah».

Esperaba que esa fuera una buena señal.

Algo exasperado, tiré del cuello de mi playera, como si eso ayudara a que el aire circulara mejor por mis pulmones, y le dije que siguiera descansando antes de salir dando trompicones.

Si lo pensaba imparcialmente, Ansel no era un mal tipo; quizá si Emma nos ponía a los dos frente a frente, la elección sería obvia, pero

todavía quería intentarlo.

La señora Lydia estaba en la cocina preparando el desayuno, convenientemente me había encargado de surtir la despensa para su llegada. Aunque estaba ocupada en sus labores, la mujer era demasiado perspicaz como para pasar por alto lo que me atormentaba. Ella tenía métodos infalibles para hacerme hablar rápidamente sin que yo me lo propusiera.

Pero soltar todo ahora no fue una buena idea.

—¿Qué has dicho? —oí la voz del padre de Emma a mis espaldas, tanto su esposa como yo nos sobresaltamos.

—Tom... —dijo la señora Lydia.

Él estaba cruzado de brazos y la mirada amigable que solía darme había sido reemplazada por un ceño fruncido y mirada asesina.

—¿Qué fue eso que le hiciste a mi hija?

Abrí la boca, conteniendo la respiración, y la volví a cerrar. La señora Lydia negó con la cabeza.

—Deberías volver más tarde, James, yo hablaré con él.

El señor Hayes gruñó y yo supe que tenía que darle la cara. Había tenido bastante suerte con la reacción de su esposa, pero no todo podía ser miel sobre hojuelas.

Me planté frente a él, reuniendo mi valor, y le dije todo. Decirle que estaba enamorado de su hija, y que me dolía más que a nadie lo que había pasado, no sirvió de nada. El hombre me miró duramente, decepcionado, y luego a su esposa. Hubiera preferido que me golpeara.

—Nos vamos hoy mismo a Albuquerque —declaró, dándome una fría mirada, y se marchó a la habitación.

—¡Tom! —le llamó la señora Lydia, negando con la cabeza, y se

volvió hacia mí—. Hablaré con él, cariño, no te preocupes. No... —suspiró—. Él entenderá, solo está demasiado molesto ahora mismo. Emma es el lucero de sus ojos y... —negó con la cabeza—. No te preocupes, por favor.

Acaricié mi mejilla, lo que me hizo relajar la expresión en mi rostro. Me humedecí los labios y asentí.

La vi marchar detrás de su esposo y yo, apenas pudiendo respirar, salí a la terraza por un poco de aire. Me aferré al barandal, clavando la mirada en el Hudson, hasta que oí que alguien se acercaba.

—No te quiero cerca de mi hija —gruñó el padre de Emma, mirándome furiosamente con esos ojos que ella había heredado.

—¡Thomas!

—¡Lydia! —le dirigió una mirada molesta a su esposa, que estaba a su lado, y bufó—. Nos quedaremos unos días y luego haremos lo que Emma decida —soltó a regañadientes—. Pero no esperes que no use todo cuanto esté en mi mano para convencerla de volver a casa conmigo. Tal vez tuviste razones que no puedo entender en este momento, pero lo que sí sé con claridad es que mi hija nunca ha merecido menos que el trato de una princesa.

Sin esperar respuesta, regresó dentro.

La señora Lydia negó con la cabeza y se acercó a mí.

—Va a ceder en algún momento. No es un hombre cerrado, solo necesita meditar todo con calma.



Emma no estaba enterada de lo ocurrido entre su padre y yo, estaba enfocada en descansar todo lo posible y en los proyectos de la universidad que hacía desde casa mientras se quejaba de no poder asistir a sus clases por órdenes médicas. En sus planes, estuviera o no

yo entre los motivos, no consideraba regresar a Albuquerque, por más que su padre había estado insistiéndole al respecto.

Aunque él tuvo que irse por su trabajo pronto, los días que permaneció en Nueva York no se cansó de repetirle que lo mejor era que ella regresara a casa, que ella podría regresar a la Universidad Estatal de Nuevo México con su amiga Kate y todos estarían más tranquilos de esa manera.

Y, por supuesto, mantuvo un ojo en mí todo el tiempo, no me permitió un solo minuto a solas con Emma. Volvió a dirigirme la palabra antes de irse solo para hacerme jurar que respetaría cualquiera que fuese la decisión de Emma, al igual que él lo haría.

El jueves el pent-house estaba lleno, al parecer todos habían decidido visitar a Emma, incluyendo a Ansel. Salí por un momento a atender una llamada de Michael y cuando volví ellos dos ya no estaban con los demás. No podía negar lo mucho que eso me desagradó, aunque lo cierto es que Ansel no demoró mucho en ser despachado de la habitación de Emma, donde al parecer ella se quedó dormida.

Daniel me llamó el viernes por la mañana pidiéndome que me presentara en la empresa, lo cual tenía bastante tiempo sin hacer. Me había concentrado en Emma, dejando de lado todo lo demás, incluida esa conversación pendiente que tenía con Logan. Solo con él, con Bonnie no quería nada. Ella me llamó un par de veces y la única vez que le respondí fue para dejarle en claro que no quería saber nada más de ella.

Saludé a Lori en la recepción y luego entré rápidamente a la oficina de Dan, él estaba leyendo un grueso documento. Se retiró los lentes de lectura y me sonrió, invitándome a tomar asiento.

—¿Cómo está Emma?

—Mejor. —Sonreí involuntariamente—. Hoy tiene una revisión médica, esperamos buenas noticias. Con su mamá obligándola a descansar, y dándole todos los cuidados necesarios, se está recuperando bastante rápido. Poco a poco ha ido retomando su vida.

—Me alegra oír eso. —Apoyó los codos en el escritorio, dejando a un lado lo que leía—. Lydia es una mujer encantadora. Se ha llevado de maravilla con Tessa.

—Lo es —asentí—. ¿Es eso un guión nuevo? —pregunté, pensando que quizá Blake estaría ocupado con otra película al terminar la que estaba grabando en estos momentos.

—Una comedia romántica —asintió—. Bonnie es la protagonista. Inevitablemente hice una mueca.

—Ah. —Me crucé de brazos y me aclaré la garganta—. ¿Qué era de lo que querías hablarme?

—A pesar de todo lo que pasó con los escándalos y esa bruja de *Celebrity Gossip* escribiendo mierda sobre ustedes, *Stardust* se ha mantenido exitosamente en el mercado, por lo que Michael y yo hemos estado en pláticas sobre un nuevo tour.

—Um... ¿cuándo?

—Iniciaría en tres meses, más o menos. Te informaré de todo, la lista de ciudades, fechas y todo lo referente cuando esté bien establecido. Los demás están de acuerdo. ¿Qué opinas?

—Vale —accedí, aunque no me ponía del todo contento el tener que viajar lejos de Emma. Eso, claro, si ella decidía quedarse.

No demoré mucho más en Beat, al salir de la oficina de Daniel saludé a Heaven, que estaba con su mánager Ron, y me fui enseguida a Tribeca. Estaba por subir cuando las vi bajando del auto que había

puesto a su disposición, madre e hija iban sumergidas en una conversación que parecía molestar un poco a esta última.

—Tu padre visitó la universidad de la ciudad y.. —sus ojos me descubrieron en ese momento—. Oh. Hola, James, cariño.

Emma también miró hacia mí por un breve instante.

—Señora —le saludé con un asentimiento de cabeza. Sabía que ella discrepaba en opinión con su esposo, por eso se me hizo raro que le estuviera diciendo a Emma sobre la universidad de su ciudad.

—Mamá... —Emma volvió a llamar su atención, parecía de malas—. ¿Qué fue lo que hizo papá?

—Visitó la universidad, ya te dije. Y le expuso tu caso al rector. Le dijeron que pueden hacer una excepción para recibirte a estas alturas del semestre.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella se adelantó a salir, Emma soltó un bufido.

—¿Te irás a Albuquerque? —pregunté, temeroso.

—Bueno, ahora mismo no lo sé —gruñó algo malhumorada, señalando a su madre con una mueca antes de bufar e ir detrás de ella para continuar su discusión.

【◆◆◆】

Una llamada me hizo conducir como un loco hasta Coney Island ese mismo viernes. Diablos, necesitaba un respiro y nadie me lo estaba dando. Mi madre había sido internada por una sobredosis de somníferos.

Mierda.

Le hicieron un lavado de estómago, estuvo inconsciente hasta el día siguiente. El idiota de Aiden ni siquiera se había parado por el hospital. Yo odiaba esos lugares y nuevamente me vi obligado a estar

en uno.

Miré el rostro anguloso de mi madre, enmarcado por su cabellera rubia oscura, y me pregunté cuando dejaría de comportarse como una adolescente rebelde para poder ser una verdadera madre. *Mimadre*. Ella ni siquiera se enteró de los días infernales que pasé en Kansas, no me envió un mensaje ni me llamó en todo ese tiempo.

Cuando le dieron el alta, solicité una enfermera para que la cuidara en casa. Ella no se quejó, tampoco me habló de Aiden, lo cual fue bueno, porque ese tema solo nos habría hecho discutir.

Apenas me aseguré de que Céline estaba tan bien como podía, partí el domingo por la tarde rumbo a la ciudad para poder ver a Emma.

En el minisúper junto a la gasolinera aproveché a comprar el cable para poder cargar la batería de mi celular en el auto. Pasaron unos diez minutos antes de que se encendiera y una horda de mensajes y llamadas en el buzón se hiciera presente.

Me tensé de inmediato, pensando que algo malo había pasado. Los chicos, Michael y Daniel trataban de localizarme, pero también tenía algunas llamadas perdidas del número de Emma. Joder. Se me aceleró el corazón y pasé al mensaje suyo que había enviado, según lo que indicaba allí mismo, veinte minutos antes.

*«Estamos yendo al aeropuerto justo ahora. Mamá realmente quería decirte adiós, está un poco triste. Llama cuando puedas...»*

Le marqué de inmediato y ella no me respondió, ni en los siguientes intentos, así que llamé al vigilante del edificio mientras hundía el pie en el acelerador para llegar más pronto.

Le pedí que me informara sobre Emma y su madre en cuanto

atendió la llamada, su respuesta me hizo desear tener un auto que pudiera volar. «*Una señorita vino a recogerlas, subieron todo en el maletero del auto de ella y luego las tres se marcharon*» fue su respuesta.

Sentí un tirón en mi pecho y el estómago se me contrajo.

Mierda, mierda.

Decidió irse, Emma decidió irse a Albuquerque y, aunque le prometí a su padre que no me interpondría cuando ella tomara su decisión, no podía quedarme de brazos cruzados. Ya no iba a aceptar las cosas, si quería que mi vida fuera diferente, entonces tenía que actuar diferente también.

Joder, iba a repetir el maldito cliché de todas las malditas películas románticas del maldito mundo. Y me importaba un mierda.

Busqué los vuelos más próximos a Albuquerque y conduje hasta el aeropuerto Kennedy, maldiciendo el tráfico y el tiempo que parecía avanzar más a prisa de lo normal, y en general maldiciendo todo lo que podía porque estaba jodidamente estresado.

Bajé hecho un rayo, sin molestarme en tomar mis lentes o cualquier cosa que me ayudara a disimular mi identidad. Revisé una de las dos salas de embarque sin éxito y cuando llegué corriendo a la segunda, agitado y con el corazón desbocado en mi pecho, puse todas mis esperanzas en esa búsqueda.

No me detuve a tomar una bocanada de aire ni a sentir alivio, cuando mis ojos encontraron a una pelinegra de cabello corto junto a la morena que definitivamente era Emma caminando cerca de las puertas de revisión, ocupé la adrenalina desatada en mi cuerpo para correr hacia ellas.

*No es tarde aun, no lo es.*

Cuando la tuve frente a mí, la rodeé entre mis brazos sin

preguntar, sin hablar, sin siquiera dejarla darse cuenta de lo que pasaba. Mierda, no había llegado tarde. No lo había hecho.

Hundí mi rostro en la curva de su cuello, temblando, mientras trataba de recuperarme para poder decirle todo de una buena vez. Emma se mantuvo quieta entre mis brazos y yo respiré hondo, llenándome de su aroma que me tranquilizaba.

*No has perdido todo, James.*

—¡James! —oí el jadeo de sorpresa de Lia, apreté los ojos y no solté a Emma, aunque ella intentó alejarme.

Rogué porque me dejara hablar antes de decidir que no valía la pena escucharme.

—Por favor no te vayas —le supliqué, aferrándome a ella con los ojos bien cerrados—. *Por favor...*

# Capítulo 41

Respiré hondo, llenándome del sutil aroma a vainilla que despedía Emma, decidido a hacer lo que fuese necesario para que se quedara.

Caminaría sobre fuego si ella me lo pedía.

Su cuerpo pequeño contra el mío era una sensación indescriptible, tantas veces me había reprimido el tocarla, el acercarme, quizá porque en el fondo sabía lo complicado que sería alejarme después.

—Oigan, no quiero interrumpir, pero están dando toda una escenita aquí —la voz de Lia me llegó fuerte y clara, provocando que soltara un gruñido bajo—. A menos de que quieran correr alguna maratón perseguidos por fanáticas y reporteros, entonces creo que sería mejor irnos de aquí.

«¿Qué? ¿Irnos?»

Reuní toda mi fuerza para liberar a Emma, sin embargo, mis dedos buscaron inmediatamente los suyos, como temiendo que ella pudiera escapar en cualquier momento. Sujeté su mano enjuta y cálida con firmeza y mis ojos fueron a escudriñar a Lia.

Ella sacudió su corta cabellera negra, riendo.

—Emma no estaba yendo a ningún lado, perdedor —rió, abrazándose a sí misma mientras me miraba con diversión—. Salgamos de aquí de una vez.

Mierda.

Parpadeé y mis ojos buscaron los de Emma.

—El mensaje... —balbuceé, ella abrió la boca y la dejó así, suspendida, sin decir nada.

—Mi madre acaba de subir al avión, nosotras solo... vinimos a dejarla.

Miré una vez más a Emma, a nuestras manos entrelazadas, y luego recorrí el recinto lleno de gente por primera vez con consciencia. El murmullo de cuchicheos a unos pasos de distancia, junto a algunas miradas curiosas que nos observaban, me recordó a lo que la estaba exponiendo al venir aquí sin seguridad. Bueno, mierda, no había tiempo para pensar en seguridad cuando creí que ella se estaba yendo.

—Vamos —le pedí, instándole a ir conmigo, y ella comenzó a caminar, sin embargo, no pronunció ni una palabra.

Me subí la capucha del suéter mientras los tres salimos a las prisas del aeropuerto. En el estacionamiento, Lia se detuvo frente a mi auto. Elevó las cejas con una mirada pícaro que apuntaba a Emma y luego a mí, lo que me hizo rodar los ojos.

—Yo me haré cargo de ella —mascullé, señalando a Emma con la mirada mientras que una sonrisita socarrona aparecía en los labios de Lia.

No dijo mucho, besó la mejilla de Emma y luego me dio una amenaza sobre no arruinar las cosas, inmediatamente después Emma y yo nos encontrábamos en el Bentley rumbo al pent-house.

Le miré de soslayo un par de veces durante el trayecto, su ceño estaba fruncido mientras que su mirada se concentraba en sus manos, que no hacían nada interesante más que tronar los dedos con impaciencia.

Mierda. Había hecho todo un drama por nada. Mi corazón todavía

no volvía a su ritmo habitual, menos porque, como fuere, no pasaría una noche más sin que Emma supiera que la amaba.

Ella tenía que saber lo dispuesto que estaba a conseguir una oportunidad para estar con ella.

Subimos al último piso del edificio en lo que fue un verdadero incómodo silencio. Deseé poder escuchar sus pensamientos solo por un minuto para saber lo que pasaba por su cabeza. Al entrar al penthouse, vi sus maletas cerca de la puerta. Seguramente planeaba regresar a Roosevelt esta misma noche.

Me retiré el suéter que llevaba puesto, quedándome solo en una camiseta roja, y cepillé mi cabello con una mano.

—Soy tan idiota... —murmuré para mí mismo, sonriendo por un instante porque Emma no se iba, había decidido quedarse en Nueva York pese a todos los intentos de su padre.

Me volví hacia ella, que estaba detrás de mí sumergida en ese estado de conmoción que la dejó mi repentino arrebató en el aeropuerto. Expulsé a través de mis dientes todo el aire que retenían mis pulmones, sintiendo alivio, me mordí el labio inferior, dubitativo, y me atreví a ofrecerle la mano.

Por medio minuto, un infernal medio minuto, Emma solo observó mi mano y yo temí que el rechazo fuera inminente, sin embargo, su mano se elevó y sujetó la mía, llenándome de alivio.

La dirigí hacia la terraza, donde las luces estaban apagadas, y nos sentamos en el suelo de madera. Le solté la mano y recogí las rodillas, apoyando los codos en ellas. No estábamos completamente a oscuras, las lejanas luces de los edificios que abundaban en la ciudad eran como luciérnagas enviando destellos de luz.

Los minutos de mutismo me servían para pensar; quería decírselo

de la mejor manera, pero no sabía si la había. Solo tenía que hablar y ya, no había otra forma.

—¿Qué se, eh, supone que fue lo del aeropuerto?

Su voz acabó con el silencio. Podía hacerlo, podía hablar tanto como quisiera, yo no me cansaría de escucharla. Ladeé la cabeza para verla, parecía curiosa; le sonreí de medio lado.

—Una pequeña muestra de lo estúpido que puedo ser —dije con honestidad, porque fue lo que hice. Ella nunca dijo que se iba y yo simplemente pensé lo peor, la desesperación ante la posibilidad de perderla fue más fuerte que yo.

Sus ojos color avellana oliva se mantuvieron fijos en los míos, la suspicacia en ellos me hacía preguntarme nuevamente en qué teorías trabajaba esa cabecita suya.

Me eché en el suelo por completo, cruzando los brazos detrás de mi cabeza y observando el oscuro firmamento sobre nosotros. Cerré los ojos, respirando profundamente una vez más sin poder creerme del todo que esto estaba pasando de verdad.

—Estoy hablando en serio, James —insistió con tono apremiante. No abrí los ojos aún, pero respondí.

—Um, leí tu mensaje —bien, me pareció una buena forma de iniciar con las confesiones, primero lo sencillo—. Pensé que te ibas a Albuquerque.

—¿Así que pensaste que nos íbamos sin darte las llaves de este lugar y todo? ¿Como unas buenas malagradecidas? —resopló—. Tenía planeado ir a buscarte mañana a Beat.

—No lo sé —me encogí de hombros—. Simplemente no estaba pensando con coherencia.

Ella guardó silencio por un rato, la sentí deslizándose a mi lado y

me atreví a echarle un vistazo, había cerrado los ojos también y tenía las manos entrelazadas sobre su vientre.

— ¿Por qué te importa lo que ocurra conmigo?

Aunque no se movió de posición ni hizo el intento de abrir los ojos, pude ver que fruncía el ceño al hacerme esa pregunta.

— Simplemente no puedo evitarlo — confesé.

— Es porque somos... um... ¿amigos?

— ¿Qué? — jadeé.

¿Amigos? Creo que ella estaba solo tanteando el terreno, no había forma de que pensara que yo la veía únicamente como a una amiga.

— A-amigos — balbuceó—. Si lo fuésemos esa sería la razón de que te importa lo que pasa conmigo. ¿Lo somos?

*Já, amigos.*

Emma estaba demasiado perdida, o al menos intentaba hacerse la desentendida con eso de la amistad. Regresé la cabeza contra la improvisada almohada que eran mis brazos y mis ojos al cielo nocturno.

— Es extraño — dije —, si entrecierro los ojos podría jurar que veo las estrellas.

Sentí que me miraba por un segundo, pero cuando le miré sus ojos ya apuntaban al cielo con una suave sonrisa en los labios. Se concentró en ello y yo reuní todo mi valor finalmente.

— ¿Emma? — le llamé.

— ¿James? — respondió.

Me apoyé en mi codo para verla mejor, amaba verla de esta manera, encontrar nuevamente esa chispa de vida que alimentaba su ser, llenándola de luz. Una luz que me invitaba a salir de la oscuridad.

—Lo siento —dije, y ella me miró preocupada en cuanto escuchó lo anterior—. No somos amigos.

—¿No?

Parpadeó y me dio la impresión de que contuvo el aliento mientras sus bonitos ojos se clavaban en los míos.

—Lo siento —negué con la cabeza, ella apartó la mirada con un rastro de confusión envolviéndola.

—Okay.

—¿Emma? Oye, mírame. Emma...

Mantuvo su rostro hacia el otro lado, escondiéndolo de mí. Me impulsé para alcanzarla, estábamos tan cerca que no fue complicado. Apoyé ambas manos a la altura de sus hombros, haciendo que nuestros rostros quedaran de frente.

Busqué su mirada hasta que ella me permitió acceso a sus ojos nuevamente, la confusión estaba plasmada en ellos.

—Emma, no puedo ser solamente tu amigo. No espero que lo entiendas, porque apenas lo entiendo yo, pero estoy enamorado de ti —sus ojos se abrieron mucho, un jadeo de sorpresa escapó de entre sus labios, mismos que deseé besar en ese instante—. No tengo idea de cómo o cuándo comencé a quererte, porque descubrí el sentimiento cuando ya era inútil pelear contra él. Y aun así luché por sofocarlo en mi interior, pero intentar controlar algo como lo que siento por ti solo me ha hecho miserable.

» Lamento hacerte las cosas difíciles, Emma. Sé de memoria todas las razones por las que ni siquiera me debería atrever a decirte esto —tomé una bocanada de aire, llenando mis pulmones y haciéndome consciente de la tortura de la cercanía—. Juro que por una vez en mi vida quise ser el chico bueno y dejarte ser feliz lejos de mí... pero

supongo que nunca he sido un chico bueno, Emma. Soy el tipo malo que te ha hecho llorar un montón de veces... el mismo que no puede dejarte ir porque no es capaz de imaginar un futuro donde tú no estés.

Entreabrió los labios y estos le temblaron. Mi estómago estaba hecho un nudo duro y mi corazón corría desenfrenado.

—Emma, dime algo por favor —rogué—. Lo que sea. Si quieres que me largue lejos de ti solo dilo —tragué el nudo en mi garganta ante esa perspectiva—. Sé que he sido un idiota y lo merezco...

Que ella no reaccionara me asustaba, joder.

—Eres el más grande idiota en la historia de los idiotas.

Le contemplé, sin saber qué deducir de lo que acababa de decir.

—Lo sé —admití, haciendo una mueca.

Apenas fui capaz de ver la pequeña sonrisa que se trazó en sus labios. Yo esperaba una respuesta y eso fue lo que ella me dio. Sus brazos rodearon mi cuello, halándome hacia abajo. Mis labios chocaron con los suyos y por un breve segundo de sorpresa estuve tenso, recapitulando lo que ocurría. No necesité más de un segundo para comprender lo que ella me estaba diciendo.

Me quería.

Por un segundo, el corazón me dejó de funcionar. Mierda. Mi corazón latió acelerado y yo dejé de contenerme, flexioné mis brazos, haciendo que su nuca volviera a estar contra el suelo, y la besé. La besé como si la vida se me fuera en ello.

Su boca era suave y tibia, tenía un sabor dulzón y mentolado al que estaba seguro que podía desarrollar alguna clase de adicción. Yo había tocado sus labios con anterioridad, pero definitivamente besarla de esta manera, con ella participando en el beso, no tenía

comparación.

La besé lento, con suavidad, saboreando su boca un instante para devorarla al siguiente. Era una montaña rusa de emociones y sensaciones, de calma y de desesperación.

Emma era todo lo que yo no sabía que necesitaba. Y ya no había manera de continuar ignorando lo que me hacía falta.

Nuestros labios se derretían unos contra otros buscando un ritmo impredecible, las notas de una canción. Mientras nos besábamos, sentí que hacíamos música. Como cuando llegan las letras correctas, Emma era las estrofas que le hacían falta a mi canción.

Percibí las primeras gotas de lluvia rociándonos, pero no pude dejar de besarla y parecía que tampoco ella estaba dispuesta a detenernos. Fue cuestión de minutos, de una batalla para conseguir separarnos, para que la llovizna arreciara y nos empapara.

Sonreí contra sus labios, notando el agua que escurría por nuestros rostros, y nunca me sentí tan vivo como en este momento. Emma me sonrió, la clase de sonrisa que alguna vez pensé sería incapaz de recibir, y me llenó de regocijo. Presioné mis labios contra los suyos nuevamente, tentado a las ganas de ignorar el agua y continuar besándola, y me puse de pie. Le tendí la mano para ayudarla a incorporarse, corrimos como un par de críos a refugiarnos de la lluvia en el interior.

Las ropas chorreaban agua, mi camisa estaba hecha una sopa. Comenzaba a crearse un gran charco donde estábamos parados. Emma se agachó y comenzó a sacarse los tenis de lona que llevaba puestos. Su cárdigan gris con rombos rosados daba la impresión de ser demasiado pesado con el agua que le escurría.

—Será mejor quitarnos los zapatos —dijo mientras lo hacía. Le

imité, quitándome los míos y dejándolos a un lado. Me saqué la playera roja también, exponiéndome ante ella. Podía verlo todo, ya no tenía que ocultárselo.

Vi que me miraba, sin embargo, creo que no veía precisamente lo que yo esperaba que ella mirase.

—Ven aquí —le tendí la mano cuando tuvo los tenis fuera, se acercó. Me permitió quitarle el cárdigan y echarlo a un lado en el piso, junto a mi camisa. Las manos me temblaban sabiendo que nunca más tendría que reprimirme de tocarla.

La blusa rosa que llevaba por debajo no estaba tan mojada, por lo que ir a cambiarnos de ropa era algo que podía esperar. Coloqué mis manos en su cintura y la acerqué más a mí; me incliné, apoyando mi frente en la suya, y la miré como al sueño hecho realidad que era para mí. Ella mordió su inflamado labio, provocándome besarla de nuevo y guardarme lo que tenía para decir.

Colocó sus manos en mis hombros, sus ojos permanecieron fijos en el azul de los míos durante todo momento, y respiró profundamente.

Tal vez podía ser tildado de ambicioso, pero luego de obtener un poco de ella era inevitable el querer más. Enserié el semblante, humedeciéndome los labios para reprimir la sonrisita de felicidad que me consumía.

—Necesito oír tu respuesta —le dije—. Necesito oírte decir que me das una oportunidad para dejar de luchar contra lo que siento por ti y entonces ambos comenzar a pelear por sacar adelante esto que hay entre nosotros.

Emma acarició mi mejilla con suavidad, pasando sus dedos por mi mandíbula y cerrando los ojos antes de asentir con suavidad.

—Lo hago, James.

Sonreí, acunando su rostro para presionar rápidamente mi boca contra la suya.

—Gracias, gracias Emma —besé la punta de su nariz.

La canción ahora estaba completa. Y era una que no se cantaba en solitario. Sus versos completaban a los míos tanto como los míos a los suyos.

Mientras Emma se cambiaba la ropa por una pijama, la esperé en la habitación que había ocupado durante los últimos días. Abracé la almohada, que olía a ella, contra mi pecho. Era difícil dejar de sonreír cuando los motivos me sobraban.

Las luces estaban apagadas cuando ella entró, se acercó a mí, susurrando que estaba cansada, y yo la envolví entre mis brazos para que durmiera.

—¿Puedo pedir un deseo? —murmuró contra mi pecho, envuelta en mis brazos.

—Todos los que quieras —aseguré, dejando un casto beso en su coronilla.

Se removió, pegándose más a mí, y su aliento acarició mi piel, haciéndome temblar, cuando dijo lo siguiente.

—No desaparezcas cuando salga el sol. Quiero que esto sea real.

—Es real —murmuré.

Afiancé el abrazo y ella suspiró, rindiéndose ante el cansancio finalmente.

Me permití dormir también, disfrutando del calor de su cuerpo contra el mío, pero abrí los ojos apenas la luz matutina hizo acto de presencia en la habitación. No me moví, no me fui ni la desperté, tuve el placer de observarla dormir entre mis brazos.

No supe el tiempo que pasó, pero disfruté cada instante de verla dormir pacíficamente. Cuando se removió, y seguidamente abrió los ojos, sentí un tirón en mi pecho. Definitivamente quería esto cada mañana de mi vida.

—Hola —bostezó, con un lado de su cabeza apoyado en mi brazo. Alcancé su frente, depositando un beso allí.

—Buenos días —mi otra mano permaneció en la ligera curva de su cadera. Me miró largos segundos, estudiando mi rostro, y algo pareció hacerla sonrojar. Apartó la mirada y yo sonreí ampliamente.

Noté sus dedos hacer un trazo sobre mi pecho, erizándome la piel, y ella soltó un jadeo ahogado que me hizo alarmar de inmediato.

—¿Qué pasa?

Parpadeó, tenía los ojos cristalizados.

—¿Cuándo...? —dejó la pregunta inconclusa y llevó su mano nuevamente a mi pecho, pasando sus dedos exactamente en el sitio donde estaba mi tatuaje, cerca de mi corazón.

Tomé una profunda bocanada de aire, comprendiendo su reacción. Me levanté y le pedí que hiciera lo mismo, nos sentamos a lo indio uno frente al otro. Sujeté sus manos entre las mías y bajé la mirada, quizá había visto ese tatuaje demasiado pronto.

—Estaba esperando encontrar a H. E. desde hace mucho tiempo —murmuré, recordando las palabras exactas que estaban grabadas con tinta sobre mi piel.

*Tú eres la última esperanza de mi alma...*

*H. E.*

Era una referencia a la frase que Carton le dijo a la señorita Manette en *Historia de dos ciudades*. «Quiero que sepas que has sido el último sueño de mi alma» fue lo que él le dijo, pero siempre creí que

ella no era un sueño, sino una esperanza. Sus iniciales grabadas en mi pecho eran una réplica de las que su abuelo había escrito en el libro. Cuando me hice el tatuaje ni siquiera sabía su significado, pero tenía la esperanza de hallarlo. Y lo hallé. Hache, E. Hayes, Emma.

Ella apreció con ojos acuosos cada trazo en mi pecho, como si no pudiese creer que era real.

—¿Por qué? —me preguntó con trabajos, sosteniendo las lágrimas todo lo posible.

Le ofrecí una pequeña sonrisa. Darle respuestas había dejado de ser complicado.

—Porque tú has sido siempre la última esperanza de mi alma. —Apreté mis dedos entorno a los suyos con gentileza—. Lo has sido desde hace mucho, Emma. Desde el momento en que fuiste una desconocida que vio en mí lo que nadie más veía. Desde que dijiste en esa nota que estabas conmigo, aunque no lo estuvieras. He querido encontrarte desde que leí por primera vez esas palabras... Y estás aquí ahora. No te encontré, tú me encontraste. Me demoré, pero ya no tengo que reprimir lo que siento por ti nunca más.

# Capítulo 42

Había una sonrisa que daba la impresión de ser imborrable en mi rostro. Aún si se me entumían las mejillas, no podía dejar de sonreír mientras vagaba por la cocina preparando el desayuno. Emma estaba en la ducha, podía oír el agua cayendo, saberla tan cerca me emocionaba. No era que nunca la hubiese tenido a corta distancia, sino que a partir de la noche anterior todo lo referente a ella se sentía como algo nuevo. Algo nuevo y genial que me iba a permitir disfrutar sin inhibiciones. Había soltado las cadenas que me ataban lejos de ella, cadenas que no permitiría me volvieran a atrapar. No sabía si las cosas iban a ser fáciles con Emma, pero estaba seguro de que lo intentaría así se me fuera la vida en ello.

Estaba muy concentrado en la faena, no me consideraba un gran cocinero, pero vigilar el filete de pollo que se asaba a la plancha para luego cortarlo en trozos y mezclarlo con los demás ingredientes de una ensalada no resultaba una labor verdaderamente complicada. Era algo que podía hacer. Honestamente se me daba mejor cocinar unos simples huevos, sin embargo, Emma todavía debía cuidar su alimentación por un tiempo, así que una ensalada parecía algo más saludable para ella.

Noté sus brazos rodeándome por detrás y me sentí sonreír más ampliamente, si es que era posible, mientras ella apoyaba su mejilla en mi espalda. Apagué el fuego de la estufa, cerciorándome que el filete estuviese bien cocido, y entonces me giré entre sus brazos para quedar frente a ella. Tenía las mejillas algo coloradas y una expresión

extraña, era fácil ver que aquello le resultaba un tanto extraño, si no es que completamente, pero me agradó que lo intentara.

—Lo siento —dijo, soltándose y bajando la mirada—. Solo... me aseguraba de que esto es real.

Puse mis manos en su cintura y la acerqué nuevamente a mí, besándole la frente.

—Ya te dije que lo es, Emma.

—No fui a la universidad —murmuró después de un rato, frunciendo la nariz—. Y Aria se quedó esperando por mí anoche. Además, tenía un montón de llamadas de mi mamá...

—¿Le llamaste? —pregunté, acariciando la línea de su mandíbula con suavidad para luego simplemente sostener su rostro acunado entre mis manos y recorrer con la mirada los pequeños detalles que encontraba fascinantes: sus labios pequeños que ya había sentido contra los míos, su nariz respingona, el pequeño lunar apenas visible que descansaba en un lado de su mejilla izquierda y finalmente me detuve en una de las cosas que más me gustaba de ella, sus ojos. Me concentré en los iris que se encontraban en un punto medio entre el color avellana y el oliva, en la mirada llena de vida que me devolvían.

—Sip —respondió—. Te envía saludos.

—¿Le dijiste?

Pensaba que era imposible sonreír más amplio, pero al parecer estaba equivocado.

—¿Decirle qué cosa?

—Que finalmente pude decirte todo —besé la punta de su nariz, ella frunció el entrecejo con curiosidad.

—¿Ella lo sabía? —jadeó, sorprendida.

—Tenía que hablarlo con alguien. —Me encogí de hombros,

bajando mis manos a los lados de sus brazos para frotarlos amablemente, no me cansaba de poder tocarla—. Tu mamá fue muy buena para hacerme sentir como si yo no fuera tan idiota mientras hablábamos.

Emma lucía perpleja.

—No puedo creer que ella lo sabía. —Abrió la boca y la cerró un par de veces—. ¿Todo?

Asentí.

—Todo.

—¿Mi padre también?

Hice una pequeña mueca que no pude ocultar.

—Algo así —confesé, abochornado—. A él le hice una promesa que no pude cumplir... —comenté con algo de inseguridad, el tema de su papá no queriéndome cerca de ella era algo que no quería resolver en este momento.

—¿Qué promesa?

—Respetar la decisión que tomaras para ser feliz. Aunque no estabas yéndote de verdad, yo pensé que sí lo hacías... No se suponía que yo iba a ir corriendo a rogarte que te quedaras. Como puedes ver, no pude cumplir con mi palabra.

Una bonita sonrisa se trazó en sus labios.

—Me alegra —fue todo lo que dijo, colocó su mano en mi mejilla y se puso de puntitas para presionar su boca contra la mía rápidamente antes de volver a abrazarme con fuerza.

Suspirando, apoyé mi barbilla de su cabeza.

—Ahora, aunque fue algo parecido a que te empujé a esto al ir al aeropuerto a buscarte como un loco, espero que estar conmigo sea algo que pueda hacerte feliz.

—Me siento feliz, James —murmuró, levantando la vista para verme a los ojos—. ¿Y tú?

Había un rastro de vacilación en ella al preguntarlo, no pude más que responderle con toda la honestidad que había en mí.

—Nunca lo había sido más.

Sonrió, pero la sonrisa se vio empañada casi al instante. Arrugó la nariz y suspiró.

—Me asusta un poco pensar que podrías seguir sintiéndote como si estuvieras en un infierno por mí, James. Es... no lo sé. —Se encogió de hombros.

La miré fijamente, notando que era sincera, y recordé el por qué ella tenía esa idea. Yo se lo había dicho una vez, cuando ocurrió el accidente de su amiga. Pero ella no había comprendido lo que eso significaba, así como yo tampoco sabía lo que era el verdadero infierno cuando dije esas palabras.

—El único infierno es no poder estar contigo —aseveré seriamente, porque era la más pura verdad, lo había descubierto en esas horas infernales en las que ella se encontraba en el quirófano—. Sé lo que te dije aquella vez... pero estaba equivocado. He estado equivocado sobre un montón de cosas que he dicho y he hecho. Pero, Emma, créeme cuando te digo que si una vez traté de apartarte de mi lado fue porque pensaba que era lo mejor para ti.

Se mantuvo un momento en silencio, pensativa, y luego humedeció sus labios.

—¿Ya no lo piensas? ¿De verdad?

—No —negué con una media sonrisa mientras acariciaba su mejilla—. Solo fui un idiota que estuvo ciego por mucho tiempo.

Pegó un lado de su rostro a mi pecho, abrazándome.

—¿Puedo pedirte algo, James?

—Lo que quieras.

—Si vamos a hacer esto juntos... entonces nunca más te ocultes de mí. Tus sentimientos, tus pensamientos... hasta la más pequeña cosa que sientas la necesidad de contarme, solo díla. No esperes a tener que correr a un aeropuerto con las cosas explotando en tu interior para decirme.

Reí.

—De acuerdo —presioné mis labios en su frente—. Pero pido lo mismo a cambio.

—Dalo por hecho.



Hasta el atardecer, Emma y yo gastamos las horas juntos, ajenos al mundo y los problemas de este. Pero entonces llegó el momento de subir su maleta al auto y llevarla a Roosevelt, porque eventualmente allí era donde ella tenía que ir.

Aparqué en la calle lateral de su residencia cuando en el cielo se ponía el ocaso, había sido un gran día. Las mejores horas que había vivido en mucho tiempo. Era difícil dejarla ir tan pronto.

—Tal vez deberías mudarte conmigo —solté, tal como habíamos estado haciendo, lo primero que me cruzó por el pensamiento.

—¿Estás demente? —Abrió mucho los ojos y yo le miré divertido mientras ella apuraba las palabras—. ¡No puedo hacer eso! Nosotros estamos comenzando esto con calma. Lentamente. No voy a mudarme contigo.

—Lo sé —mordí mi labio inferior al sonreír—. Pero me pediste que te dijera hasta la más pequeña cosa, ¿recuerdas? —Me encogí de hombros mientras ella rodaba los ojos—. Es solo que justo ahora

estoy deseando no tenerte lejos. Y venir hasta aquí libremente para visitarte podría resultar complicado.

—Por lo que sé te has podido colar un par de veces sin ningún problema... —Me recordó, enarcando una ceja—. Nunca te agradecí por el pastel y el café de aquella vez, por cierto... Gracias.

Le miré con la boca abierta, rodé los ojos al superar mi estupor. La respuesta de cómo sabía eso tenía un nombre: Aria.

—Pensé que ella no me había reconocido...

—Lo hizo el día de la fiesta en casa de Heaven. Aria no es tonta — elevó la ceja—. Aunque admito que quise convencerme de que ella se había equivocado. Es decir, ¿por qué en el mundo James Wolf iba a darme algo?

—Porque, como de costumbre, fue un idiota que te dijo cosas hirientes sin pensar demasiado al respecto y no sabía como disculparse... ¿tal vez por eso?

Frunció el entrecejo, pensando, supuse, en mi respuesta.

—¿De verdad pensaste que intentaba seducir a Logan esa vez?

—No. —Mordí mi labio inferior, avergonzado, y me llevé una mano a la nuca—. En realidad, pensaba que él te tenía en la mira a ti. No quería creer que él y tú... —me callé, dándome cuenta de la verdad—. Mierda, yo... Yo estaba celoso. Tenía muchos celos.

—No es cierto —se rió, llevándose las manos a la boca, divertida ante lo poco creíble que le sonaba la idea—. Mentiroso.

—Es tan jodidamente cierto —objeté— que me duele admitirlo.

—Estás loco.

Estiré mi mano hacia ella, pidiéndole la suya. Entrelazó sus dedos con los míos, pude sentir la tibieza y suavidad reconfortante de su palma.

—Emma... —hice un puchero con los labios, mirando fijamente la unión de nuestras manos antes de encontrarme con sus ojos—. ¿Querrías tener una cita conmigo?

—¿Una cita? —Me dio la impresión de que la idea le gustó.

—El próximo viernes podríamos ir a algún lugar nosotros dos y... No sé, ¿querrías?

—Um... tal vez.

—¿Así que me harás sufrir por tu respuesta? —fruncí los labios—. Solo necesito una palabra con dos letras, Emma. Y esto es como jodidamente difícil.

Una sonrisita pícaro comenzó a bailar en sus labios.

—«No» es una palabra con dos letras. Tú debes ser más específico en lo que quieres, James.

Me dio una amplia sonrisa que me hizo poner los ojos en blanco.

—¿Puedes decir que sí? Estoy siendo muy específico ahora.

—Um, creo que este viernes estoy libre. —Asintió lentamente, como si estuviera repasando sus compromisos en la mente—. Sí, lo estoy. Así que... sí, tengamos una cita. ¿Por qué no?

—Bien, porque, entre muchas otras cosas, planeo redimirme contigo después de haber sido un jodido cobarde incapaz de llamarte el día de tu cumpleaños.

—¿Qué? ¿Mi cumpleaños? ¿A qué viene eso ahora? Ni siquiera pensaba que sabrías cuando era.

—Me enteré ese día —confesé avergonzado—. El primero de enero. Estuve todo el maldito día sosteniendo mi teléfono con tu número en la pantalla, es solo que no tuve el valor de llamar después de todo.

—Ahora, esa ha sido una revelación sorpresiva.

Parpadeó, saliendo del aturdimiento por la información que le revelé, y yo me incliné sobre ella para robarle un rápido beso.

—Créeme, ese no es el único secreto que guardo sobre ti.

—¿Hay más? —jadeó, la curiosidad desbordándose en su mirada —. Dime qué es.

—A su debido tiempo Emma, no hay prisa.

【◆◆◆】

Con lo ocupado que había estado primero cuidando de mi madre y luego confesando mis sentimientos a Emma, me había olvidado por al menos un par de días de cualquier noticia relacionada a la empresa.

Cuando me presenté en Beat y me reuní con Daniel y Michael, me encontré con la noticia de que la prensa estaba sobre nosotros por varios motivos. Uno de ellos guardaba relación con unas fotos de Blake abrazando a la coprotagonista de la película en la que estaba trabajando mientras entraban a un hotel muy acaramelados, al menos así decían los titulares de las revistas. El otro era acerca de un estafador haciéndose pasar por representante de Bad Boy para firmar un contrato en nuestro nombre para dar una serie de conciertos en Arizona, conciertos de los que no estábamos enterados, por lo que nunca asistimos y entonces la compañía estafada lanzó una demanda hacia nosotros por incumplimiento de contrato. Michael dijo estar investigando para esclarecer ese asunto lo antes posible.

Los paparazzi se encontraban apostados alrededor de la empresa, como moscas a la carne, esperando poder obtener más información sobre la supuesta relación de Blake o sobre el asunto de la demanda.

Era muy mierda admitirlo, pero los escándalos parecían amarnos.

*«Vale, esta es la cosa... Mamá dice que soy como uno de los gremlins de*

*esa película ochentera...»*

Leí nuevamente el mensaje de Emma y me carcajeé. Ella y yo estábamos en el asunto de contarnos cosas. Como todo tipo de cosas, absurdas e importantes, sin distinción. A estas alturas ya sabía que su color favorito era el púrpura, que le temía a las arañas, que no era una gran aficionada de la carne, aunque amaba las hamburguesas de *Wendy's*, los deportes nunca se le habían dado bien, le gustaban más los perros que los gatos y amaba con locura el pastel de calabaza que su abuela cocinaba cada año para acción de gracias, entre otras cosas.

Decidí llamarle, quería oír de viva voz la historia acerca de ese último mensaje que me había enviado.

—¿Hola? —respondió.

—¿Un gremlin? Necesito escuchar esa historia.

Saqué un Mountain Dew de la nevera antes de sentarme en mi silla giratoria, esperando una respuesta. Oí una risita y luego un suspiro a través de la línea.

—Bueno, eso. Mamá dice que soy como una de esas cosas feas. Usualmente no me gustan las discusiones ni meterme en problemas, soy más del tipo tranquila, pero entonces cuando algo consigue hacerme cabrear realmente mucho los cables en mi cabeza hacen corto circuito y actúo sin pensar. Es raro que pase, pocas cosas me ponen de esa manera, a decir verdad. ¿Quieres oír un ejemplo de ello? Tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Me cabreaste un montón el día que nos conocimos y entonces hice eso de subir a un taxi, te seguí para poder gritarte y arrojarte tus billetes y autógrafo en la cara. Me tenías tan furiosa en

ese momento.

—Supongo que mereces una disculpa —le di un trago rápido a bebida antes de continuar—. Lamento haberte tratado de la manera en la que lo hice, de verdad.

—Olvídalo, es pasado —repuso con suavidad—. ¿Sigues en Beat?

—Justamente —confirmé—. Afuera hay un poco de caos de reporteros hambrientos de chismes.

—¿Están todos los chicos bien?

—Sí... bueno, supongo.

La verdad era que apenas terminé la reunión con Daniel y Mike me escabullí hasta la última planta para tener un rato a solas. Sabía que Eric y Carter estaban por ahí, pero no me los había topado.

Un par de golpes en la puerta me hicieron llevar mis ojos hasta allí.

—Alguien vino —murmuré mientras me ponía de pie.

—¿Quieres que cuelgue?

—Espera... —Abrí la puerta y entonces apreté los labios al ver que se trataba de Bonnie—. Te llamo en un rato.

—¿Está todo bien? —sonó inquieta.

—Sí, no te preocupes. Es solo un pequeño inconveniente menor con el que debo lidiar —la rubia frente a mí hizo una mueca al oír mis palabras.

—Vale, debo entrar a mi clase de todos modos. Espero todo esté bien. Cuídate.

—Tú igual. Te quiero.

Emma murmuró algo que no logré entender antes de cortar la llamada. Me guardé el teléfono en el bolsillo y, cruzando los brazos sobre el pecho, observé a Bonnie con el ceño fruncido.

—¿Puedo entrar? —preguntó, en respuesta me moví para bloquearle el paso.

—No. ¿Qué es lo que quieres?

—Hablar —insistió, su labio inferior temblaba como si ella estuviese a punto de llorar.

—Solo hay una cosa que tengo para decirte y esa es que desaparezcas de mi vida. Entonces, como ya lo has oído, lo mejor es que tú te vayas y me dejes tranquilo.

—¡James! —chilló—. ¿Qué pasa contigo? ¿Por qué estás actuando de esta manera tan...?

Apreté los dientes con fuerza, sintiendo mis orejas calentarse por la molestia.

—Las personas obtienen lo que se merecen, Bonnie. Es simple. Solo continúa tu camino sin cruzarte por el mío, eso es todo lo que quiero.

—No sé por qué estás siendo de esta manera conmigo, pero sé que no lo merezco. Solo espero que no termines arrepintiéndote de despreciarme de esta forma, James. —Me envió una mirada de reproche y giró sobre su eje, dando grandes zancadas hacia las escaleras.

Como si yo pudiera creer nuevamente la basura que salía de su boca. Cerré de un portazo y me dejé caer en el sofá, tirando del cuello de mi camisa porque sentía que me asfixiaba. No iba a aguantar mucho tiempo con ella alrededor siendo entrometida e insistente, la quería fuera completamente de mi vida.

No entendía por qué ella seguía buscándome. Había llegado a la conclusión de que la única razón por la que estuvo conmigo alguna vez fue para conseguir su puñetero sueño de ser actriz, porque sabía

que yo podía ayudarla. Ahora ella sería la protagonista de una estúpida película, el resto del trabajo lo tenía que hacer por sí misma si quería más de cinco minutos de fama. Ya no me necesitaba para sus planes, entonces ¿por qué insistir en la mentira de que me quería?

El celular vibró en mi bolsillo, lo saqué prontamente y entonces el cabreo que sentía se esfumó como por arte de magia con el simple mensaje que Emma me había enviado.

*«Pensamiento aleatorio del día: me gustaría verte...»*

*«Hagámoslo realidad. ¿Paso por ti cuando terminen tus clases?»*

# Capítulo 43

Heaven, Lia, Eric y Carter se encontraban reunidos en una mesa del comedor de Beat, sumergidos en una conversación en la que al menos tres de ellos participaban. Lia parecía algo distante, me pareció que, aunque trataba, su mirada seguía desviándose hacia Carter, quien no lo notaba o bien fingía no hacerlo.

Me dirigí hacia su mesa mientras una canción de *The Police* sonaba por los altoparlantes, sobreponiéndose a los ruidos habituales del comedor que estaba lleno a la mitad de su capacidad. Saludé a Lorraine, quien se encontraba ordenando su comida en la barra junto a un muchacho que me resultaba desconocido, y finalmente los arribé.

—James —Heaven me dio esa típica amplia sonrisa que daba la impresión de ocupar todo su rostro. Ella tenía que ser la persona más risueña que hubiese visto en mi vida, el único momento en el que no la había visto sonriendo de esa manera fue cuando nos encontrábamos en la sala de espera del hospital mientras Emma estaba siendo intervenida.

Los demás voltearon a verme también y yo me cohibí un poco mientras arrastraba una silla de para sentarme con ellos. Mis habilidades para socializar estaban un poco oxidadas, lo cual era estúpido porque los conocía a todos y dos de ellos eran prácticamente como mi familia.

—Acabo de enterarme de las vacaciones forzosas de Bad Boy.  
Eric resopló en respuesta.

—Es increíble que paguemos por lo que un idiota hizo. —Esbozó una mueca de disgusto, Heaven le preguntó qué era lo que ocurría—. El asunto de la estafa está siendo arreglada, pero mientras tanto Daniel canceló los planes de la gira que estaban programando para el mes de julio.

—Aunque honestamente nos va bien aplazarla —comenté, llevándome una mano a la nuca—. Con Blake teniendo el compromiso de terminar la filmación de la película parece algo jodido obligarlo a dividirse entre sus últimas grabaciones del rodaje y una gira.

Percibí la forma en la que los labios de Lia se crisparon ante la mención de Blake. Vaya, por ahí había problemas. En realidad, seguía habiendo muchos problemas que faltaban por resolver. Carter daba la impresión de que estaba superando las cosas, sin embargo, no terminaba de lucir completamente cómodo con Blake y Lia alrededor. Y luego estaba yo, que necesitaba hablar con Logan sobre lo que pasó con Bonnie. Necesitaba una explicación de su parte porque me sentía un idiota que, por muy cabreado y dolido que estaba, no podía odiarlo. Y entonces me seguiría sintiendo así por un tiempo porque Daniel comentó que habló con él la noche anterior sobre el receso de actividades que tendríamos, razón por la que Logan partió en la mañana a pasar unos días con su familia. Familia que yo conocía hacía muchos años, familia con la que compartí incluso en fechas importantes como navidad. Mierda. Conocía a sus padres y a sus dos hermanas, habíamos sido vecinos desde recién nacidos y durante todo el tiempo que duró el matrimonio de mis padres. Necesitaba una puta buena explicación, la merecía por todos esos buenos recuerdos juntos.

—Llego en un minuto, Ronald —resopló Heaven en respuesta a quien, si mal no recordaba, era su manager. Guardó el teléfono en su bolso y luego, con una mueca, se puso de pie—. Tengo cosas que hacer, los veo luego, chicos.

Le dio un beso en la mejilla a Lia y simplemente revolvió los cabellos de Carter al pasar a su lado, sacudiendo la mano a modo de despedida para los demás. La vimos pasar junto a Sean, quien le dijo algo y sostuvo la puerta abierta para ella antes de que los dos se perdieran de la vista.

—¿Recuerdas cuando oficialmente la conociste? —murmuró Lia, dirigiéndose a Carter con una pequeña sonrisa que daba la impresión de ser nostálgica.

El aludido unió los labios, jugando con el sorbete de su bebida, y finalmente posó sus ojos de un verde oscuro en ella con algo de incomodidad que resultaba visible. Asintió.

—Ella arruinó mi camisa ese día —una sonrisita se insinuó en la comisura de sus labios.

—Parecía que ibas a matarla por ello —asintió Lia, quizá emocionada de estar teniendo una charla medianamente ordinaria con quien había sido su mejor amigo. Un mejor amigo con un flechazo hacia ella.

—Estaba furioso —admitió Carter—. No con Heaven, por supuesto. Es que Ava es como un grano en el culo y ella estaba persiguiéndome esa vez, diciendo una tontería como que era mi deber llevarla a comer porque el día de la inauguración de *Ciudad de Luceros* le prometí a su padre que lo haría. Lo cual, por cierto, es una gran mentira. Fue más bien algo como que ella y Sadie dijeron las cosas para comprometernos, ¿cierto, Eric?

Mientras Eric asentía, el teléfono de Lia sonó. Ella se puso de pie, retirándose un poco para atender la llamada. Si acaso medio minuto después se volvió hacia nosotros.

—Lo siento, debo irme. Mantengan sus culos lejos de los problemas por favor. Los quiero —tomó su bolso y, sin decir más, salió rápidamente con el teléfono pegado a la oreja.

—Bueno, adiós Lia —indicó Eric, mirando hacia donde ella se había ido a las prisas—. Y, siguiendo con el tema de la hija y la sobrina de Bonham, Carter, sí, ellas fueron las que pusieron palabras que no dijimos en nuestras bocas. —Estiró una de las ondulaciones de su cabello que se encontraba bastante largo después de mucho tiempo sin recibir un corte—. No me molesta ser amable con Sadie, pero tampoco creo que deba salir con ella por compromiso o algo así. Es bonita, pero no es mi tipo.

—Así que sí tienes un tipo —enarqué las cejas, dándole una mirada inquisitiva—. Todas esas veces en las entrevistas has dicho que no, mentías.

—Bueno —arrugó la nariz—, no es que tenga un tipo en realidad. Pero entonces veo a esta chica y si no me atrae, supongo que eso la hace no ser de mi tipo... No sé.

Se encogió de hombros. Carter y yo reímos.

—Él está viendo a alguien, ¿verdad?

—Creo que su tipo son las rubias teñidas —añadió Carter, lanzándole la servilleta hecha bolita que estaba en la mesa.

—Cabrones...

—Bueno, yo estoy viendo a alguien —confesé, inevitablemente sonriendo al pensar en Emma, y entonces la noticia hizo que Carter se sorprendiera. Me miró como si hubiese dicho que me había estado

alimentando con pedazos de vidrio durante el último año o algo improbable como eso.

—Estoy tan malditamente orgulloso de ti —Eric sonrió satisfecho, evidentemente estaba sacando las conclusiones correctas—. Pensé que tendrías que arrastrarte hasta ella usando la fuerza para que te confesaras...

—Mierda —jadeó Carter, pasando una mano por su rostro, donde una corta barba asomaba—. ¿Es real? ¿Y tú lo sabías?

—Tan real como que mi mamá me ama —respondió Eric entre risas—. No sé tú, James, pero su incredulidad resulta insultante. ¿Acaso pensabas que el lobito moriría soltero, Carter?

Carter se echó hacia atrás en su asiento, pareciendo turbado.

—Yo... joder, no. No creía eso, James —me aseguró con una mirada preocupada y volvió a pasarse las manos por la cara—. O sea, esperaba que no. Yo necesito que ustedes me den sobrinos en algún momento. Solo que esto ha sido repentino, no lo vi venir. ¿Quién es? —su rostro palideció de la nada—. Mierda, no. Por favor dime que no se trata de Bonnie.

» Quiero decir, si estás con ella diré que está bien y entonces deberás ser un buen cabrón que olvidará mi reacción de antes —añadió a las prisas—. Pero por favor di que no es ella.

—A nadie le agrada Bonnie, ¿no? —Carter desvió la mirada y se le formó una mueca en los labios mientras arrugaba la nariz, Eric, por otro lado, simplemente se mantuvo callado—. ¿Esto es desde siempre? Porque si es así me pregunto por qué jodidos nunca me hicieron algún comentario al respecto sobre ella.

—Porque tú la querías... ¿o debo decir *quieres*?

Moví la cabeza, negando a la pregunta de Carter, y él suspiró con

alivio.

—Ahora me siento tranquilo de decir que ella se ha vuelto más insoportable que antes. ¿Y con la noticia de que le han dado un protagónico en una película importante? ¡Cielos! El ego se le desborda por los poros a la chica. El otro día escuché que gritó a una de las estilistas porque no le gustó cómo la arregló...

—A mí nunca terminó de agradarme, había algo en ella que parecía ser falso. Pero no te dije nada porque... No sé, pensé que eran ideas tontas mías. —Se encogió de hombros y le dio un trago a su soda—. Lo que sea, no hablemos de ella. Hablemos de que James ha progresado un mundo en cuanto a elegir chicas para querer...

—Lo que nos lleva a... ¿nombre, edad, profesión? ¿Cómo la conociste? ¿La conozco también?

—La verdad es que si no sabes quién es eres un ciego, Carter.

—Bueno, no es que haya externado mis sentimientos en realidad —dije—. Hasta puede que resulte extraño...

—Habla ya —insistió Carter.

—La conocí de la manera más absurda del mundo —indiqué, recordando perfectamente ese día—. Estudia en la universidad. Tiene veintiún años y, sí, también la conoces. Digamos que fue mi asistente durante un tiempo...

—¡Santa mierda! —exclamó Carter más alto de lo debido, llamando la atención de algunas personas, por lo que rodé los ojos mientras Eric se reía—. Es *Piglet*. Tú jodidamente acabas de decir que es ella.

—Vaya, eres un genio —se burló Eric y Carter respondió mostrándole el dedo corazón.

—Y tú un demonio que engaña a las personas con su carita de

niño bueno y sonrisa angelical.

—Pero sí soy bueno, casi puedo sentir mis alas y esa aureola sobre mi cabeza todo el tiempo —le respondió, haciendo sobresalir su labio inferior en un puchero mientras exponía grandes ojos que fingían inocencia hacia Carter.

Me reí. Había pasado mucho desde la última vez que había disfrutado tanto el simplemente estar con mis amigos.

【◆◆◆】

Me acerqué y besé la mejilla de mi madre, su cabello estaba recogido en una alta cola de caballo. No llevaba maquillaje, pero su rostro anguloso no lucía tan demacrado como la última vez que la vi, cuando estuvo internada tras una sobredosis de somníferos. Me alegró el hecho de que la enfermera que contraté para ella me confirmara que Aiden no se había aparecido por allí.

—Traje a alguien conmigo —murmuré mientras recibía su abrazo, entonces ella me soltó y buscó hasta encontrar en la puerta a la persona que me había acompañado.

—¡Marie! —sonó gratamente sorprendida.

—Hola, Cece.

Se saludaron con beso y abrazo. Viéndolas así parecían un par de viejas amigas reencontrándose, lo cual era justo ya que Marie había vivido con nosotros desde que yo era un bebé de meses.

—Pero traes una maleta y todo —dijo mi madre mirando de Marie a mí—. ¿Qué ocurre?

—Pensé que era una buena idea que pasaran una temporada juntas. Creo que no les caería mal hacerse compañía la una a la otra y tomarse un descanso... como una gran pijamada de varios días o algo así —me encogí de hombros.

—A menos que no quieras que me quede aquí, Cece. En ese caso no me quedaría, por supuesto. No quiero invadir tu espacio.

Mamá se mordió el labio inferior, los ojos me pareció que se le humedecieron. Finalmente sonrió y yo me sentí aliviado, por un instante pensé que ella podía considerar el rechazar la compañía de Marie.

—Hace mucho tiempo que nadie me llamaba así.

—Solo te llamamos así las personas que te queremos, ¿recuerdas?

Marie le dio un guiño y a mí se me hizo un nudo en la garganta. Mi padre solía llamarla Cece también.

Me perdí la parte en la que Marie decía que iría a recostarse un rato en la habitación de visitas, dejándome a solas con mi madre. Ella se volvió a mí y me dio una sonrisa.

—Él nunca dejó de amarte...

Las palabras escaparon de mi boca sin pedir permiso, entonces sí que los bordes de sus ojos azules, de un tono más oscuro que los míos, se le llenaron de humedad. Se acercó a mí y me sostuvo el rostro con ambas manos.

—Julián se enamoró de alguien que no merecía ese amor.

—Quizá solo creíste no merecerlo, mamá.

—Quizá —asintió, uniendo los labios para luego chasquearlos y soltar el aire que retenía—. Pero entonces no luché para merecerlo, James, fue más fácil ser la idiota que se rendía y huía de los problemas. Y aprendí muy tarde que, si tú no luchas por lo que amas, entonces tú no lo mereces.

Me incliné a besar su frente, haciendo que liberara mi rostro de sus manos, y la abracé con fuerza. Ella tenía razón.

—Esa es una lección que estuve a punto de aprender muy tarde

también —admití, besando la coronilla de su cabeza.

—Me alegra que no fuera demasiado tarde para ti, cariño.

—Y a mí —suspiré, liberándola del abrazo—. Ella es asombrosa, mamá. Es... —sentí un tirón en mi pecho al pensar en Emma, sonreí—. Es todo lo que no sabía que necesitaba en mi vida.

Me sonrió de vuelta.

—Suena como alguien a quien debes presentarme.

—Ya la conoces. —Me llevé una mano a la parte trasera de mi cuello—. Estaba conmigo la última vez, en octubre... Um...

—Oh —respingó—. Esa chica... ¿Cuál era su nombre?

—Emma.

—Ese es un bonito nombre. —Relamió sus labios, parecía preocupada repentinamente—. Ella debe pensar lo peor de mí, ¿no?

—Es una buena chica mamá, algún día la traeré para que puedan platicar. Aquella vez no fueron las mejores circunstancias para conocerse, y de todos modos lo nuestro es algo muy reciente, para ser honesto.

—Está bien —asintió más tranquila.

—Voy a llevarla a nuestra primera cita... —confesé—. Y la verdad estoy perdido... No me vendría mal algo de ayuda, ¿sabes?

Sonrió de oreja a oreja.

—Creo que conozco el lugar perfecto para una cita.

【◆◆◆】

Me encontraba de pie frente a la puerta de Emma, nervioso. Me peiné hacia atrás con una mano el cabello. Respiré profundamente, oyendo las risitas de un par de chicos que pasaban cerca. Todavía me resultaba difícil confiar en que no pasaría nada si me aparecía aquí para ver a Emma; yo no quería guiar a las personas a acosarla por

información o algo por el estilo, no quería que se asustara de esa manera.

Me retiré los lentes y los colgué del cuello de la camiseta blanca que estaba vistiendo en conjunto con unos jeans oscuros, chaqueta negra y tenis. Respiré una vez más y finalmente di dos golpes en la puerta. Esperé solo un poco antes de que Emma abriera la puerta y me recibiera usando un sencillo vestido azul marino de cuello redondo, cinturilla blanca y mangas cortas, que le llegaba por encima de las rodillas. El vestido le caía con gracia, era ajustado en los lugares correctos, de forma que ayudaba a remarcar las poco pronunciadas, pero existentes, curvas de su cuerpo. Su cabello estaba suelto, cayendo en ondas que enmarcaban su rostro y el maquillaje era sencillo, pero había algo que conseguía resaltar el color de sus ojos.

Durante unos segundos solo nos miramos, ella lucía sorprendida.

—Ahora necesito una foto de ambos —identifiqué la voz de su compañera de dormitorio, Aria, a la cual le siguió un pequeño chillido emocionado extraño—. *Por favor...*

Me pareció que Emma se sonrojaba y, cuando estuvo a punto de decirle algo, me adelanté acercándome a ella. Besé su mejilla y cerré la puerta tras de mí.

—Pensé que enviarías un mensaje cuando estuvieras abajo —murmuró, seguía nerviosa. Imaginé que por la presencia de su amiga.

—Quería sorprenderte.

—Bueno, lo has conseguido...

—¿Puedo tomar la foto ahora? —insistió Aria, ella estaba en pijamas y llevaba el cabello rubio atado en un moño desarreglado.

Pasé mi mano por la cintura de Emma, acercándola a mí.

—Puedes tener tu foto si prometes no usarla en nuestra contra — le dije, ella soltó otro de esos grititos emocionados y juró que no haría nada malo con la foto.

Nos disparó el flash de su teléfono y yo me repetí que tenía que aprender a confiar en las personas. No creía que ella fuera mala, tenía que confiar. Emma volteó a verme, agradeciéndome con una sonrisa, y yo respondí colocando mis labios en su frente. Me sorprendió otro flash en ese momento, así que enarqué una ceja hacia la rubia.

—Lo siento —suspiró, sosteniendo con ambas manos el teléfono pegado a su pecho mientras nos miraba con una sonrisa tontorrón —. Tenía que tener esa foto. Se la enviaré a Eric.

Mis cejas se enarcaron más. ¿Eric? Recordé lo que dijo Carter sobre el tipo de Eric siendo rubias teñidas... Interesante. Aunque Aria se veía como una rubia natural, claro. Ella se echó sobre su cama, dedicada a su teléfono mientras nos ignoraba. Emma me miró, mordiéndose el labio inferior con gesto preocupado.

—Lo siento... Ellos dos son como muy amigos desde la fiesta en casa de Heaven, así que ella se lo dijo porque su boca no puede permanecer cerrada.

—¡Te estoy oyendo! —se quejó Aria.

—Solo he dicho la verdad —replicó Emma y luego se volvió hacia mí—. Lo siento, en serio.

—Está bien, él ya lo sabía. —Me encogí de hombros y me acerqué a susurrarle—: Creo que no lo he dicho, pero estás hermosa. ¿Nos vamos ahora?

Emma asintió con las mejillas coloradas, lo cual fue adorable.

Aria lanzó un «adiós, tórtolos» y una risita mientras salíamos, lo que hizo que Emma resoplara. Me coloqué los lentes de nuevo y sujeté su mano, entrelazando nuestros dedos.

—¿Está bien que nos vean salir juntos? —me preguntó mientras bajábamos las escaleras—. Podrían reconocerte...

—Está perfectamente bien —respondí, aunque no estaba seguro realmente.

Nos topamos con un par de chicas en el camino, y, aunque parecieron curiosas, no resultaron un problema. De hecho, conseguimos llegar a mi auto sin ningún contratiempo.

—Pero hola señora Benttie —oí decir a Emma—. ¿Extrañaste a tu novio?

Ladeé mi rostro con curiosidad, observándola.

—¿Señora Benttie? —repuse, sofocando las ganas de reír—. ¿Y con novio te refieres a....?

—A ti, por supuesto.

—Oh, ¿de verdad? ¿Estás diciendo que mi novia es un auto?

—¿Ahora es solo un auto? —hizo un puchero—. Pensé que la amabas...

Abrí la puerta del lado del copiloto para que subiera.

—Sí, bueno, entonces la señora Benttie debe estar jodidamente celosa de ti, Emma.

Ella arrugó la nariz en un gesto, le sonreí y cerré la puerta para rodear el auto y ubicarme tras el volante.

Tuvimos un largo viaje hasta el lugar donde cenaríamos, propiedad de un amigo de mi madre al que ella llamó para conseguir la reservación. Fue exactamente una hora con quince minutos lo que nos tomó llegar al restaurante ubicado en Long Island.

El anfitrión ni siquiera comprobó mi nombre en la lista, cuando llegamos parecía que nos estuviese esperando, lo cual era probable, y nos invitó a seguirlo muy cortésmente.

Atravesamos el rústico, pero elegante lugar, donde varias mesas estaban ocupadas por personas que no se detuvieron a mirarnos, y salimos a un área al aire libre desocupada, el hombre nos guió todavía más lejos, por una especie de puente que conectaba con lo que parecía ser un solitario kiosco. Ocupamos la única mesa que había allí, con el sonido de las olas de la playa rodeándonos. Bueno, el amigo de mamá no mintió al decir que nos daría algo privado. Era un buen sitio con una gran vista de Long Island.

—Esto es hermoso —dijo Emma, recorriendo todo con la mirada—. Muy hermoso.

Sonreí satisfecho.

—Entonces estoy contento de haberlo elegido... Bueno —me retracté—, para ser sincero fue la idea de mi madre.

—¿Cómo está ella?

—Bien. Marie se ha quedado con ella a pasar unos días, espero que sea algo bueno para ambas.

El camarero se presentó entonces con la carta, por lo que la conversación sobre mi madre terminó allí. Había muchos platillos que incluían camarones en el menú, así que pedí una pasta libre de ellos porque no quería terminar en el hospital con las vías aéreas constreñidas y una fuerte urticaria. Emma se aseguró de pedir algo que fuese aceptable dentro de la dieta que su médico le aconsejó, era algún platillo a base de pechuga de pollo. También ordenamos una botella de champaña.

El mesero volvió enseguida con un par de copas altas donde sirvió

el líquido amarillo pálido y burbujeante. Emma le dio un sorbo, comprobando el sabor.

Me llevé la copa a los labios también, observándola con curiosidad. Los días pasados habíamos estado hablando a través de mensajes o llamadas, contando cosas acerca de nosotros mismos que el otro no sabía. Me gustaba hacerlo, siempre había algo nuevo, por pequeño que fuera, con lo que ella podía sorprenderme.

—Así que, Emma, quisiera oír la historia de cómo me viste por primera vez y pensaste que yo era el chico más caliente del mundo entero —dije, sintiendo la suficiente confianza como para bromear de esa manera, aunque realmente tenía esa curiosidad acerca de su época de fan—. ¿Fue en un video musical?

Emma echó la cabeza hacia atrás con una carcajada.

—Nunca dije que pensara que tú eres el chico más caliente del mundo entero —objetó divertida.

—¿Ah, ¿no? —Hice una mueca y me incliné sobre la mesa, mirándola con mucho interés—. Entonces ¿quién piensas que lo es?

Sus ojos apuntaron al techo mientras se llevaba el dedo índice a los labios y daba unos golpecitos, pensativa.

—Um... Definitivamente Adam Levine. Él es el tipo más caliente del universo.

—Ahora acabas de herirme con esa declaración tuya —me llevé una mano al pecho como si me doliera, pero le sonreí.

Emma me devolvió la sonrisa y bajó la mirada a la servilleta de tela. Frunció el ceño, comenzando a jugar con la punta de la servilleta.

—La primera vez que te vi acababa de volver del hospital —confesó—. Había tenido un pequeño problema con mi corazón

después de tomar una clase de educación física que yo no debería haber tomado. Pero estaba esta chica, Blaire, que siempre me molestaba acerca de cómo me saltaba los deportes todo el tiempo... Entonces me enojé mucho ese día...

—Ella despertó al Gremlin en ti —añadí, consiguiendo que se riera por un breve instante.

—Lo hizo. Le dije al entrenador que iba a jugar baloncesto al igual que el resto de la clase... Y sí, no fue una buena idea. Terminé yendo a emergencias. —Una mueca apareció en sus labios—. Cuando volví a casa esa tarde Kate fue a verme. Ella llevaba como una semana hablando sobre este grupo que acababa de conocer, así que se le ocurrió que una buena forma para hacerme sentir mejor era seguir hablándome de Bad Boy y enseñarme su música. Repitió el video de *In 50 years from now* [1] cerca de un millón de veces, hasta que terminé aprendiéndome la letra esa misma tarde. Así que es correcto, la primera vez que te vi fue en ese video musical.

Ese era un video bastante sencillo. Usamos partes de videos que nosotros mismos grabamos durante un tour y otras tomas de los conciertos, la idea era sobre la hermandad entre nosotros, sobre divertirnos y crear buenos recuerdos que en cincuenta años nos harían reír.

—Esa es una buena canción —murmuré distraídamente, pensando en la letra de la misma—. Logan y yo escribimos la mayor parte...

—Es una maravillosa canción —me corrigió—. Kate y yo la convertimos en el himno de nuestra amistad.

—¿Cómo está ella, por cierto? —cambié de tema, sabiendo que continuar hablando de esa canción solo conseguiría hacerme pensar

en Logan. Y en este momento no era lo que quería hacer.

—Hemos hablado por Skype, ella está mejor ahora que vive con sus padres. Ha estado yendo a terapia para sobrellevar las cosas, creo que le está haciendo bien, parece contenta con la idea de comenzar la universidad nuevamente.

El camarero volvió con los alimentos poco después, todo se veía realmente delicioso. Comimos en medio de una charla que terminó con nosotros siguiendo la cosa de las preguntas, momento para el cual yo ya había arrastrado mi silla más cerca de la suya.

—Tu turno —indiqué, bebiendo otro poco de mi copa.

—Um... —lo pensó—. Háblame de tus otros tatuajes.

—Esa no es una pregunta.

—De acuerdo, veamos... ¿Qué puedes decirme acerca de tus demás tatuajes? —me sonrió con suficiencia—. Ya es una pregunta, ¿lo ves? Ahora responde.

Me eché a reír.

—Qué lista —la señalé y ella se encogió de hombros, aceptando el cumplido—. Bien, veamos, no son muchos y tú ya conoces el significado de uno de ellos. Pero también está este —levanté la mano derecha, mostrándole la pequeña Estrella del Norte en mi muñeca—. Se supone que apunta a mi corazón. Sonará cursi, pero lo hice pensando que quería seguir siempre el camino que él señalara... Evidentemente es algo que no hice en mucho tiempo. —Me encogí de hombros y retiré la mano—. Y, eh, hay uno más en mi espalda, en medio de los omóplatos. Es el nombre de mi padre, Julián, tiene unas alas y debajo está la fecha en la que él murió.

Los ojos de Emma fulguraron mientras se mordía los labios.

—Tú puedes ser realmente adorable cuando te lo propones...

—¿Alguna otra pregunta? —Tomé su mano y le besé los nudillos.

—Sí. ¿Recuerdas lo que me dijiste en tu auto aquel día que me llevaste a la residencia?

—Lo recuerdo —asentí lentamente—. Mi turno...

—¿Qué? ¿Cómo que tu turno?

—Hiciste una pregunta y yo la respondí. Es mi turno.

Puso los ojos en blanco.

—Eso es trampa, pero bueno... Vamos, pregúntame.

Reí.

—Solo es curiosidad... —dije, ansioso por lo que quería preguntar—. Y no tienes que responder si no quieres... Pero, um, ¿qué hay acerca de Ansel Steimberg?

—Demasiado personal —Arrugó la nariz y yo me tensé, nos quedamos en silencio hasta que ella decidió terminar la tortura—. Vale, la verdad es que solo es un buen amigo. Él ha coqueteado conmigo, lo admito, pero creo que él coquetea con todo el mundo. Es como su personalidad... No sé, nos llevamos bien.

Se me escapó un gruñido bajo de alivio.

—Tú solo querías asustarme dándole vueltas al asunto. Bien pudiste decirlo claro desde el principio y evitarme los... —me callé, consciente de lo que estaba por decir.

—¿Celos? —Enarcó una ceja, divertida.

—Demonios... sí —admití y ella se rió.

—Mi turno. ¿Qué otra cosa no sé sobre nosotros? Ya sabes, como esa que dijiste acerca de ti intentando llamarme el día de mi cumpleaños...

Bajé la mirada a sus manos y volví a sujetarle una.

—¿Escuchaste nuestro último álbum?

—Lo hice, pero no cambies de tema.

—No es eso —objeté, sin apartar la mirada de nuestras manos—. Yo, eh... honestamente creo que casi todo de lo que escribí en los últimos meses tenía relación contigo de alguna manera. Creo que *I'm not good for you* [2] es una bastante obvia referencia...

—Tú no puedes hablar en serio —musitó con voz extraña, así que le miré a los ojos pensando que ella estaría llorando o algo, pero no lo estaba. Solo parecía afectada.

—Lo hago. Fue mi manera de decirte en voz alta lo que sentía sin realmente decírtelo, *ángel*... —remarqué la última palabra, referenciando a la canción.

Ella negó con la cabeza y frunció el ceño.

—Yo no soy un ángel, James. Y tú no eres un demonio.

—Si no eres un ángel, entonces eres lo más cercanamente posible a uno. —Llevé mi mano a su mejilla para acariciarla, ella cerró los ojos un instante—. Y yo solo soy un hombre luchando contra sus demonios para ser capaz de merecer estar contigo.

Una sonrisa tembló en sus labios, los ojos se le humedecieron y yo respiré profundamente antes de besarla.

# Capítulo 44

Daniel me sonrió, indicándome con un gesto que le esperara mientras terminaba su llamada. Por lo que escuché, hablaba con Hazel. Él era un tontorrón derretido de amor por sus hijas, el pensamiento me hizo esbozar una pequeña sonrisa.

Esperé en el cómodo asiento frente a su escritorio, contemplando todo lo que había allí. Portarretratos con fotografías de su familia, un portalápiz vacío; puesto que todos sus lápices, lapiceros, resaltadores y demás se encontraban desperdigados por todo lo plano de la mesa. Lentes de descanso estaban sobre un montoncito de hojas a medio leer, una taza de café caliente junto a una que se había enfriado. La computadora llena de notas adhesivas, un abstracto dibujo firmado por Hazel descansaba como si fuese la más valiosa pieza de arte e incluso me di cuenta de que la pelotita antiestrés que Logan había tenido la osadía de obsequiarle estaba ahí. Y sin duda era bastante usada.

La silla de un lustroso cuero negro, justo al lado de una idéntica en la que yo estaba sentado, me hizo recordar a Emma el día que se me informó que era mi asistente. Pero qué cabrón le habré parecido. Por esos días ni siquiera yo me soportaba, la quería lejos y no dudé en hacérselo saber sin tacto alguno.

Saqué mi teléfono y redacté rápidamente un mensaje ella.

*«Las palabras "lo siento" quizá nunca sean suficientes, pero son todo lo que tengo a la mano. Por tratarte tan mal como lo hice cuando nos conocimos... ¿puedes perdonarme?»*

Dan seguía al teléfono cuando recibí la respuesta.

*«Te perdono. Después de todo yo quemé tu camisa también... lo lamento de nuevo»*

*«De hecho estoy feliz de que la quemaras. No lo sabes y yo no lo sabía... pero que lo hicieras fue algo bueno. Gracias por quemar algo que no necesitaba en mi vida, es una lástima que no me di cuenta a tiempo de que esa era una señal divina...»*

*«¿Okay...? Por nada. Eso ha sido raro.»*

*«Ya entenderás. Por ahora... ¿quieres que veamos películas más tarde en mi casa? Yo invito las palomitas y ese pastel de chocolate que tanto te gusta...»*

*«Me convenciste con "pastel de chocolate" jaja»*

*«Gracias, anotaré eso en mi libro "Todo sobre Emma Hayes". ¿Está bien si paso por ti a las seis?»*

*«¿Ahora resulta que escribes un libro sobre mí? Eres un rarito. Anota allí que debo estar loca porque le respondo mensajes a un rarito mientras estoy en clases. Y sí, las seis es una buena hora.»*

*«Me llamaste rarito. RARITO.»*

*«Supéralo. Y déjame concentrarme en mis clases, por favor. Te veo más tarde...»*

—Bueno esa es una gran sonrisa. —La voz de Daniel me hizo levantar la vista y guardarme el celular, él asintió hacia mí—. Me gusta verla en tu cara.

—Me gusta tener esta sonrisa en mi cara —admití, haciéndolo reír mientras revoloteaba en su escritorio hasta dar con la pelotita antiestrés—. De hecho, vine a hablarte sobre el motivo de la sonrisa en mi cara.

Se peinó los cabellos con los dedos de una mano, asintiendo

lentamente, y me miró con ojos entornados mientras apretaba la pelotita con la otra mano.

—Quiero hacer bien las cosas, así que he venido a decírtelo antes de que te enteres por otros lados. Eres... mi familia, Dan.

Se tensó un poco, no sé qué esperaba oír, pero seguro no creía que fuesen buenas noticias porque parecía alarmado, aunque trataba de ocultarlo.

—Estoy saliendo con Emma.

Dejó caer la pelotita, esta rebotó por el piso hasta perderse de vista. Por un instante la boca le cayó abierta y las cejas casi le tocaron el nacimiento del cabello, luego me dirigió una sonrisa digna de un padre orgulloso. Mi padre había muerto y nadie lo iba a reemplazar, sin embargo, haber planeado con Logan cruzarnos en el camino de Daniel Johnson fue una de las mejores decisiones de mi vida. La distancia que yo había impuesto entre nosotros se sentía cada vez más pequeña, y me alegraba que fuese así.

—¿Ves eso? ¿Ves lo fácil que es darme buenas noticias? Mierda, Jamie, estoy tan feliz por ustedes. Esto y la llamada de Hazel oficialmente han eclipsado toda la mierda de mi día. —Estiró las manos al techo y luego las dejó caer con un suspiro jovial—. Me siento con fuerzas renovadas para seguir peleando con gente estúpida a la que le gusta joder.

—¿Qué ocurre ahora?

—Emitimos esta mañana los comunicados para aclarar lo de la estafa de los conciertos y otro para desmentir la existencia de Blexi. ¿Oyes esa mierda? Blake no está saliendo con Lexi Bride, no sé por qué les dan nombre de pareja y todo. ¡Me emputan tanto! El maldito teléfono suena todo el día con gente preguntando sobre ello.

—¿Qué pasa con Mike?

—Sus teléfonos están peor que los de esta oficina —chistó y se pasó las manos por el rostro antes de volver a relajarse un poco—. Y tengo muchas cosas más por hacer, podría dejar que Lori responda todas esas llamadas, pero me jode tanto que se metan con mis chicos que no puedo evitar sacar los colmillos de vez en cuando a esos reporteros de pacotilla que solo quieren ver arder al mundo con chismes baratos.

Sonreí.

—Y es por eso que te queda bien ser llamado Papi Dan.

Se restregó una mano en el ojo.

—Logan y sus estúpidos apodos. Aunque todos por aquí son como mis hijos, hijos que me harán envejecer muy rápido.

Me encogí de hombros.

—Nadie dijo que ser padre fuera fácil.

—Ni que lo digas... En fin, ¿en dónde estábamos? Ah, sí. —Chasqueó los dedos—. Emma y tú. A esa chica le tengo cariño, lo que pasó en Kansas fue horrible, pero me alegra que ahora esté mejor y que ustedes estén juntos. Su mamá es un encanto, por cierto. ¿Sabías que era una ferviente *Johnsie*? Me habló de ello la última vez que Tessa y yo las visitamos.

Reí.

—Sí, algo oí acerca de ella siendo tu fan en su juventud.

—Hablar de los viejos tiempos me produjo una gran sensación. —Sonrió—. Eso quiero para ustedes, James. Que cuando en el futuro se encuentren con una GG y hablen con ella, puedan recordar con cariño toda esta experiencia de estar en los escenarios. Yo sé que el asunto con las chicas del fanclub de la ciudad se ha salido de control,

hemos cometido muchos errores inadmisibles que los han puesto en riesgo, pero te juro que hemos estado haciendo todo lo posible por solucionarlo. Mike se ha estado entrevistando con la presidenta, es una chica obstinada, razón por la que obtener información de las afiliadas eran tan jodidamente complicado desde un principio.

» Lo cual me lleva a disculparme contigo, porque no tuvimos el cuidado al elegir a esas dos primeras asistentes que te impusimos. Vimos sus nombres y fotos en la base de datos que obtuvimos hace unos días.

—Está bien —asentí, respirando profundamente—. Nada de eso hubiese ocurrido si yo hubiera hecho caso a Michael, como los demás. Si lo pensamos, fue mi culpa. Vamos a dejar eso en el pasado y concentrarnos en hacerlo mejor ahora.

—Ese parece un buen plan. Espero las cosas resulten mejores de ahora en adelante.

—También yo, Dan. También yo.

—En verdad estoy feliz por ti y por Emma. —Sonrió—. Por un tiempo temí que el asunto de hacerla renunciar a ser tu asistente hubiese sido en vano.

—¿Lo hiciste a propósito? —enarqué una ceja.

—Lo hice —dijo sin parecer culpable—. Prácticamente me dijiste que la querías, James, pero tenías miedo de estar con ella. Y mantenerla siendo tu asistente por teléfono, estando con ella a medias, no iba a ser bueno para nadie. Creí que si Emma dejaba de ser tu asistente entonces tú reaccionarías por fin y harías algo por ti y tus sentimientos.



Faltaba una hora para que dieran las seis. Estaba en el último piso

de Beat, echado en el mullido sofá con una lata de Montain Dew en el suelo que esperaba ser bebida y *La sonata a Kreutzer* de Tolstoi entre mis dedos. Dos golpes en la puerta me hicieron pausar la lectura para ver de quién se trataba.

Era Blake.

No dijo nada, así que lo dejé entrar. Parecía cansado, la barba le cubría el rostro y llevaba los ojos enturbiados. Se sentó en el sofá, me senté también. Miró al frente con gesto frustrado y se sacó el gorrito que le cubría la cabeza. Los ojos se le clavaron en el tejido negro que descansaba en sus manos y luego suspiró.

—No sabía a dónde ir —murmuró, esbozando una mueca—. Y terminé subiendo a tu cueva de mierda por alguna razón.

—Vale. —Me tomé un minuto antes de volver a hablar—. ¿Cómo va todo?

—¿Sabes qué? Esta cosa de hacer la película era genial, me emocionaba, pero estoy tan malditamente feliz de que no falte mucho para acabar con ello que creo que me paso contando los minutos.

—Suena a que la estás pasando jodidamente mal.

Chasqueó la lengua.

—A veces las cosas buenas están destinadas a irse a la mierda, aunque trates fuertemente de que no sea así. Es como querer evitar que un hielo se derrita poniéndolo bajo el sol. —Guardó silencio un momento y luego resopló—. Mierda. Estoy cansado, tan malditamente cansado. Vas a decir que soy un puto egoísta, pero fui feliz al saber que tenemos este receso de actividades. Yo... terminé de grabar hace un rato y se supone que me iría a dormir, no he dormido desde hace más de veinte horas. Me dije que era genial no tener que

venir a la empresa en estos días... pero aquí estoy, James, buscando jodidamente algo que tal vez nunca ha sido para mí.

Asentí a sus palabras lentamente.

—¿Seguimos hablando de ti siendo un actor?

Estaba seguro que no.

—Necesito dormir un poco —murmuró, se puso de pie y se propuso asaltar mi frigobar. Sacó un refresco de cereza, abrió la lata y le dio un trago largo—. Gracias por esto —hizo énfasis en la lata que llevaba en la mano—. Nos vemos luego.

Y el ladrón de sodas se fue sin decir nada más.

Comprobé la hora en mi teléfono celular, si quería llegar puntual a recoger a Emma era momento de irme. Tomé las llaves de mi auto, dejé el libro sobre mi escritorio para leerlo más tarde y salí de la empresa. Alcancé a ver a Blake yéndose, el guardaespaldas del tamaño de un ropero conducía su auto mientras que él se encontraba hundido en la cabina trasera.

Conduje hasta la residencia de Emma, pasando de camino a la cafetería por el pastel que le prometí, aparqué en un sitio discreto y entonces saqué mi celular para avisarle que había llegado, pero me detuve. La vi en la entrada del lugar, no estaba sola. Me fijé del momento exacto en el que Ansel Steimberg la abrazaba, besaba su mejilla y finalmente decía adiós con una mano para subir a su auto.

Tenía que admitir que la idea de ellos juntos me tomó por sorpresa, y honestamente se me calentó el rostro mientras digería la punzada de celos. Me calmé a mí mismo, recordándome que Emma había dicho que eran solo amigos. Y yo le creía, solo que me resultaba molesto ser incapaz de darle toda la normalidad que un chico como Ansel podía darle. Él aparcaba en la entrada de la

residencia, a los ojos de todos, y eso no significaba un problema.

Emma estaba por entrar cuando, alejando los pensamientos de mi cabeza, le llamé.

Me saludó con una sonrisa enorme cuando subió al auto, le correspondí, aunque no me sentía muy animado para hablar. Para llenar la falta de palabras, alcancé la mano que tenía sobre su pierna y entrelacé sus dedos con los míos.

Vi que sonreía por el espejo retrovisor, el gesto me hizo sentir mejor de alguna manera.

Cuando llegamos al bloque de pisos donde estaba mi apartamento, uno de los vigilantes me saludó mientras levantaba la pluma para dejar pasar el auto. Otro de ellos estaba apostado a las puertas de cristal que llevaban a una especie de recepción en la planta baja, nos dio las buenas tardes al pasar.

Continuamos nuestro camino al ascensor, donde subimos hasta detenernos en mi piso.

Dejé la bolsa de papel con el pastel de chocolate en la mesita baja y Emma se sentó en el sofá frente a la pantalla.

—¿Qué tal tu día?

Tomé el mando de la televisión y me giré hacia ella.

—Ha estado bien —admití y, probando mi suerte, fui a recostar mi cabeza en su regazo mientras tendía el resto de mi cuerpo a lo largo del mueble. Mis pies colgaban, por supuesto. Emma se sorprendió un poco, estuve a punto de retirarme porque creí que la incomodaba, pero finalmente ella puso una mano en mi frente, evidentemente más relajada. Cerré los ojos—. ¿Oí mal o Eric invitó a salir a tu amiga la rubia parlanchina?

—Se llama Aria —replicó—. Y es cierto. Ellos son amigos.

—Claro. —Sonreí, porque tenía el ligero presentimiento de que la cosa entre ellos podría ir por otro camino. Cubrí la mano de Emma, que estaba en mi frente—. Estoy muriendo de hambre. ¿Qué tal si comemos algo primero?

—Me parece bien.

—Marie está de vacaciones, te conté sobre ello. Así que... ¿vemos si podemos cocinar algo con lo que hay aquí?

—La verdad es que no estoy demasiado orgullosa de mis dotes de cocinera. Ayudo a mi madre en las cenas de acción de gracias y navidad, pero honestamente no soy la mejor en ello. Quizá te arrepientas de estar conmigo cuando veas cómo de chamuscada podría dejarte la cocina si me dejas allí por media hora sola.

—¡Oye! —me quejé, abriendo los ojos para verle a la cara, le fruncí el ceño—. ¿Estás loca? No me importa lo mal que cocines, ese es un defecto que tiene solución. Arrepentirme de quererte no es una de ellas. Además, nunca dejé de querer a mi madre y créeme que ella es una pésima cocinera.

Emma rió y entonces, luego de titubear y parecer indecisa por unos segundos, inclinó rápidamente su rostro y presionó sus labios en los míos con un toquecito que le puso colorado el rostro.

—¿Quién eres tú y qué hiciste con James Wolf? —murmuró, peinándome el cabello con los dedos—. Dime la verdad, rarito, ¿dónde en el mundo escondías a una persona así de dulce?

Me incorporé con una carcajada, sesgando un poco el cuerpo para conseguir tenerla de frente. Nuestras rodillas chocaban, ella me miraba con curiosidad.

—¿Dulce? ¿Yo? —objeté, ella asintió arrugando la nariz—. Bueno, creo que nunca he sido del tipo dulce en realidad. Así que no

escondía nada en ningún lado. Me parece que lo que sea a que te refieras con "dulce" está surgiendo por culpa tuya. Yo solo estoy cumpliendo nuestro acuerdo de ser honestos, así que dejen que las palabras que quieren salir... salgan.

—Conque es mi culpa, ¿eh? Bueno, no parece algo malo para tomar la responsabilidad. Puedo aceptarlo.

—Oh, lo lamento, Hayes. Aceptas el paquete completo o nada, no se vende por piezas. Tienes que aceptar la responsabilidad de todo, tanto de las cosas que llamas dulces como de esos pequeños *lapsus brutus* en los que siento celos y ganas de romper narices.

—Já, no serías capaz —me retó, entrecerrando los ojos—. Yo sé que puedes ser más inteligente que eso, James.

—Hago lo que puedo —me encogí de hombros—, pero debo admitir que sí sentí esta pequeña cantidad de estúpidos celos cuando vi a tu amigo hace un rato.

—¿Viste a Ansel? —lucía sorprendida.

—Sí. Lo vi cuando se despedía de ti...

—Vaya... —Se pasó una mano por el cabello y luego infló las mejillas con aire que soltó al instante siguiente—. Solo fuimos a por un café. *Tulapsus brutus* de celos ni siquiera tiene sentido. Él es mi amigo, solo eso, y tú eres mi...

Parpadeó con la boca suspendida en un círculo, frunció el ceño y entonces vi la sombra de la duda hacer presencia.

—Novio —solté la palabra como si fuese una bomba, ella enarcó las cejas—. Tu malditamente suertudo novio, Emma. Sé que no hemos hablado sobre títulos para lo nuestro, pero entonces no pensé que hicieran falta hasta este momento. Así que sí, esta es la rudimentaria forma en la que un idiota como yo está pidiéndote que

seas su novia. ¿Viste que ser dulce no se me da? De ser un tipo dulce habría planeado algo, así que esta debe ser la propuesta improvisada más vergonzosa de la historia, pero aun así ¿querrías ser mi novia?

Se mordió el labio inferior y apretó mi mano con la suya, volviendo a tomar la iniciativa de reunir nuestros labios por un breve, brevísimo, instante.

—Te quiero, James.

—No voy a mentir, adoro escucharlo. Yo también te quiero, Emma. Que me condenen si no lo hago. Ahora, todavía estoy esperando una respuesta...

—¿No he sido lo suficientemente clara? —frunció los labios, quise volver a besarla, pero solo negué con la cabeza y ella suspiró, luchando contra lo que daba la impresión de ser la timidez apoderándose de ella—. He dicho que sí, James. Sí... quiero ser tu novia.

Sorprendentemente consiguió decir las últimas palabras mirándome a los ojos. Le acaricié un lado del rostro, regalándole la mejor sonrisa que pude.

—Tú solo sigues haciéndome feliz, ¿sabes?

Ella bajó la mirada, riendo.

Su risa era algo maravilloso. No era tan delicada ni tampoco tan brusca para destacar, podría haber sido descrita como una simple risa normal, pero no para mí. Su risa ya se había convertido en uno de mis sonidos favoritos en el mundo.

—Me gusta contribuir a la felicidad de los demás.

—Entonces contribuye un poco más a la mía.

—¿Cocinando algo para ti? Porque eso no resultará bien, déjame decírtelo.

—No —acaricié su mejilla—. Un beso, Emma. Quiero un beso.

La sonrisa enorme fue desvaneciéndose, tragó saliva con dificultad y se mordió el labio inferior mientras, lentamente, ahuecaba ambas manos a los lados de mi rostro. Me estudió con la mirada, contempló mis labios por tanto tiempo que creí que enloquecería, y finalmente cubrió mi boca con la suya.

La saboreé con calma, sabiendo que no había prisas de ningún tipo. Podía explorarla a consciencia, tomándome el tiempo para detallar su aliento y la suavidad de su lengua, grabando todo en mi memoria. No planeaba asustarla, quería que disfrutara tanto como yo de estos pequeños momentos.

Sus manos temblorosas liberaron mi rostro cuando nuestros labios se separaron, demoró en abrir los ojos y yo le besé la nariz en medio de un suspiro.

—Hombre, me siento tan idiota por haberme estado perdiendo de esto por tanto tiempo —dije, acariciando con la yema de mi pulgar su inflamado labio inferior.

Ella rió, enterrándose en mi pecho mientras yo la envolvía entre mis brazos. No sabía cómo había sido capaz de reprimirme tanto tiempo, perdiéndome de compartir con ella esos detalles que me llenaban de vida, pero sabía con certeza que no quería volver a perdermelos.

—Anda —me dio un golpecito en el brazo—. ¿No te estabas muriendo de hambre? Vamos a ver qué comer...

Se puso de pie, obligándome a retirar mis brazos de su rededor, sujetó mi mano y me arrastró con ella a la cocina.

# Capítulo 45

Crucé los brazos sobre el pecho, recibiendo un codazo de Eric mientras una risita se le escapaba de los labios disimuladamente. Blake había actuado con anterioridad teniendo pequeños papeles en series y otras películas que, por supuesto vimos, pero verlo actuando en vivo era otra cosa.

Estaban filmando contra una pantalla verde, Blake y Lexi Bride luciendo como si acabaran de escapar de algo terriblemente peligroso. Cosas del cine, supuse. Por sus movimientos daba la impresión de que era una escena que en la pantalla grande seguro luciría como algo asombroso como saltar desde el tejado de un edificio a otro, lo que finalmente acabó con ella, que usaba ese traje de cuero negro adherido a las curvas de su cuerpo, sobre nuestro amigo. Permanecieron en esa posición, murmuraban palabras, él le acarició la piel bronceada del rostro que la gente solía calificar como perfecto, le apartó el cabello hacia atrás y entonces nosotros presenciamos la jodida escena del beso de los protagonistas. Un beso intenso, había que admitir.

—Pero si él no es nada tonto —murmuró Eric en voz baja—. Besándose con Lexi Bride. La gente la llama la nueva Angelina Jolie, ¿sabías eso? Espero ella no crea que ha encontrado a su Brad Pitt en nuestro Blake. Él es nuestro, no lo puede robar para hacer películas juntos y esas mierdas.

—Eric, hermano, déjame decirte que sueñas como una maldita novia celosa.

—Bleric es real, perra —formó un corazón con las manos al tiempo que hacía una boca de pato y elevaba las cejas, ridiculizando sus palabras; ambos reímos—. Ya en serio, ¿a qué hora terminan? ¿Y por qué están repitiendo la escena del beso?

—Los celos te matan.

—Sí, es que me sientotantraicionado, cambiado por unas tetas grandes y piernas largas —me siguió el juego, llevándose una mano al pecho con gesto apenado.

—Vas a hacerme creer que ese fanfic demente que Logan estaba leyendo sobre ustedes es real...

—Cállate, me da escalofríos recordar eso. —Se sacudió, como deshaciéndose de los malos sentimientos—. Quiero decir, está bien si era sobre una relación gay entre nosotros, pero... ¿tenían que poner tantas cosas inverosímiles como lo de que el muyheterosexualBlake vivía con una erección constante y yo no podía dejar de mirarle la polla porque me ponía cachondo? No jodas. Es como que no había historia, la autora solo usó nuestros nombres para narrar porno gay. Hay mentes muy retorcidas en este mundo.

—Y tú que eres tan inocente...

—Lo sé, ¿verdad? —rió, haciéndome poner los ojos en blanco.

Volvimos a guardar silencio y observamos a la gente trabajando hasta que el director anunció el corte.

—¡Mierda, al fin! —resopló Eric.

Unas mujeres se acercaron a Blake y a Lexi, quienes ya se habían incorporado. Les tendieron unas toallas para el sudor, un café para él y una botella de agua Fiji para ella.

Blake estaba sentándose en una de las sillas plegables que alguien del staff le acercó cuando Eric y yo lo arribamos.

—Levanta tu culo, cariño, no estuvimos una hora esperando por ti para que te pongas de diva ahora.

Blake giró el rostro para encararnos al oír a Eric, lo mismo que la bronceada castaña de ojos claros sentada junto a él.

—¿Qué hacen aquí? —inquirió, poniéndose de pie, sorprendido.

—Seguro que venimos a cazar mariposas, Blake —replicó Eric—, seguro que eso.

—Pero miren a quienes tenemos aquí —intervino Lexi, poniéndose de pie también para darnos una gran sonrisa de comercial de dentífrico—. Tres calientes y codiciados miembros de Bad Boy frente a mí, ya siento cómo me envidian. Soy Lexi, por cierto —tendió su mano hacia mí, diciendo su nombre como si no lo supiéramos ya.

Acepté su saludo de todos modos, diciendo mi nombre también. Luego fue el turno de Eric.

—Es genial poder conocerlos en persona, ya le había dicho a Blake que tenía que presentármelos —nos dio un guiño y luego comprobó algo en su celular que la hizo maldecir—. ¡Mierda! —inmediatamente nos miró con ojos muy abiertos, como disculpándose—. Lo siento, tengo un compromiso y ya voy con retraso. Espero verlos pronto de nuevo.

—¡Lexi! —gritó una mujer rubia que daba la impresión de ser su manager. La aludida maldijo por lo bajo de nuevo, se despidió de nosotros a las prisas y luego fue detrás de la rubia regordeta que le llamaba.

—Entonces —dijo Blake—, volviendo a la pregunta de qué hacen ustedes dos aquí...

Eric bufó, rodando los ojos.

—No seas una mierda con nosotros, por favor. Venimos a llevarte cenar.

—¿En plan trío romántico? —rió Blake.

—En el plan que quieras, pero nos vamos.

—Alguien está irritable desde que le pusiste los cuernos con Lexi Bride... —me burlé, Eric amablemente me enseñó el dedo corazón—. Terminaste de grabar por hoy, ¿verdad?

—Sí, sí —Blake se pasó una mano por el cabello—. Me cambio rápido y nos vamos. Vengan.

Lo seguimos al camerino rodante, esperamos a que se cambiara y finalmente los tres dejamos el set en el auto de Eric, mientras que el guardaespaldas que acompañaba a Blake nos siguió en el auto de éste último.

Fuimos fotografiados saliendo de allí, pero los reporteros no pudieron acercarse lo suficiente para acosarnos con sus preguntas, la gente de seguridad nos cubrió para permitirnos salir sin problemas.

Tomamos la ruta por la séptima avenida hasta doblar en la calle 33 oeste y llegar al *Hooters*. El auto de Blake estacionó detrás de nosotros dos minutos después.

—¿Le dirás que venga con nosotros? —le pregunté, señalando hacia el carro donde se encontraba el guardaespaldas que vagamente recordaba haber visto acompañándonos en eventos importantes y durante las giras.

Blake arrugó el rostro.

—Él vendrá, pero no se sentará con nosotros, aunque le roguemos. El hombre es serio, no le gusta que le hable mucho. La última vez que lo invité a comer conmigo pensé que él me rompería el cuello o algo... Dijo que no debo distraerlo de su trabajo.

—Vaya... —Me encogí de hombros mientras nos adentrábamos en el restaurante—. Nadie como Rafiki, ¿verdad?

—Rafiki era uno de nosotros —dijo Eric con una sonrisa que le empequeñecía los ojos—. Me agradaba ese tipo. Ojalá regresara.

—Debió sentir que lo botamos cuando todos nos mudamos a departamentos separados y entonces Mike solo asignó gente para cuidarnos a la distancia —comentó Blake—. Nada como tener un Rafiki que podía cargar a tres de nosotros al mismo tiempo sin esforzarse. Él era jodidamente genial.

La verdad es que lo era. Y también era cierto que él podía levantar a tres de nosotros al mismo tiempo sin mayor esfuerzo. Todo comenzó por culpa de Logan; le insistió en que no podía cargarlo, aunque era obvio que sí, hasta que lo fastidió lo suficiente y entonces Rafiki lo levantó por las axilas delante de todos una noche que jugábamos videojuegos en la casa en la que solíamos vivir juntos. Recordaban la escena del Rey León, lo que hizo que Logan nombrara Rafiki al hombre y el apodo simplemente se quedó.

Una de las meseras con apariencia de supermodelo, usando los típicos shorts naranjas y blusa de tirantes blanca con el logo del restaurante, nos acompañó hasta una mesa vacía. Algunas miradas y murmullos nos siguieron en el trayecto.

No pensamos mucho lo que íbamos a ordenar, por lo que despachamos a la mesera que llegó con los menús tras unos cortos minutos.

Blake apoyó los codos en la mesa y hundió el rostro entre sus manos, suspirando con lo que daba la impresión de ser cansancio. Eric y yo compartimos una mirada. Si habíamos ido por Blake era porque le había contado a Eric la inquietud que instaló en mí la

última visita que Blake me hizo, así que creímos conveniente no dejarlo pasar por alto. Ya había muchos cabos sueltos como para dejar más.

—Solo díganlo —soltó, consciente de que teníamos los ojos en él. Se estiró en su lugar, cruzando los brazos sobre el pecho y reclinándose en el asiento en medio de un bostezo.

—Queremos saber si todo está bien —dije.

—¿Honestamente?

—Claro que honestamente, idiota, para qué queríamos oír mentiras.

Blake le rodó los ojos a Eric.

—No todo está bien —admitió—, pero creo que lo estará.

—¿Y eso qué significa? —le insté.

—Mierda, ¿vas a dejarnos? —jadeó Eric, esa posibilidad le había estado atormentando desde que hablamos al respecto, aunque yo no creía que tuviera sentido—. ¿Ya te cansaste de Bad Boy?

Blake enarcó una ceja y luego arrugó el entrecejo, achicando los ojos con incredulidad.

—¿De qué mierda hablas? Claro que no. Estoy casado con ustedes, jodidos, hasta que la muerte nos separe. Son el grano en el culo que necesito para ser feliz, si dejamos los escenarios lo hacemos juntos. ¿No fue esa la promesa? —contrajo la nariz—. Es solo que todo lo de la película ya me tiene cansado. La próxima vez que quiera aceptar algo como esto, ustedes por favor recuérdeme que no es tan divertido. Al parecer mi mente es una traidora que borra las malas cosas y solo me hace recordar lo bueno. Aunque esta vez no creo que haya algo bueno para recordar, al menos no todavía.

—¿Ni meterle la lengua en la garganta a Lexi Bride? —bromeó

Eric, que ya se sentía más tranquilo para hacerlo.

—¿Tú te sentirías feliz metiéndole la lengua en la garganta a un reptil vestido de conejito? —objetó Blake—. No lo creo, amigo.

Enarqué una ceja. Eric, que estaba por darle un trago a su cerveza, se detuvo a mitad de camino.

—Vaya, vaya —dijo—. Creo que esa información sobre ella siendo pariente de las serpientes no estaba en Wikipedia la última vez que revisé.

—Es porque es información confidencial que pocos tenemos la desdicha de conocer —aseguró Blake—. Así que mantengamos el pico cerrado, una vez se acabe lo de la película y las promociones seré libre para no verla nunca más.

—Suena como si ella fuera una pesadilla —murmuré—. Solo digo... ¿estás así por lo de ustedes siendo relacionados?

Blake apretó la mandíbula, respondiendo mi pregunta sin palabras de forma no planeada. La mesera apareció con la variedad de alitas que ordenamos, preguntó si necesitábamos algo más y finalmente se atrevió a pedir una foto.

No nos negamos, lo que ocasionó que un par de adolescentes que nos miraban a lo lejos también se acercaran a obtener una.

Regresamos a nuestros lugares tras despedir a las fanáticas, que parecían emocionadas por el breve encuentro. Eric les pidió que no publicaran nada hasta dentro de unas horas que nos hubiésemos ido de allí, para evitar que el lugar se llenara de gente y nos fuera imposible salir. Me sorprendió gratamente que aceptaran y que, de hecho, un par de ellas volvieran felices a sus respectivas mesas mientras que otra más se fue tranquilamente del restaurante luego de obtener su foto.

Me había concentrado tanto en las ramas secas del árbol, que me olvidé por completo de las que florecían. Sonreí para mis adentros.

—De verdad agradezco que se preocupen por mí —decía Blake, frotándose un ojo, cuando volví a prestarles atención—. Creo que ahora mismo lo que más deseo es descansar, pero no podré hacerlo hasta que termine el rodaje. Luego, el próximo año, tendré la gira de promoción de la película en marzo. Dan prometió que no serán muchos países, hay una cláusula en el contrato que hace que ellos no puedan obligarme a estar en toda la gira.

—Eso es bueno —Eric soltó los huesos de la alita de pollo que acababa de devorar y tomó su cerveza—. Ahora vamos a brindar. En primer lugar, porque no estás dejándonos y eso me pone malditamente feliz. En segundo porque has besado a una víbora y sobrevivido para contarlo. Y, por último, pero no menos importante, porque James tiene novia.

Puse los ojos en blanco. Blake sonrió, levantamos nuestras cervezas y las tres botellas chocaron en el centro.

—Emma es una buena chica, aguantó toda tu mierda y ahora espero que tú hagas bien las cosas con ella.

—Eso —secundó Eric—. Haz bien las cosas, Jamie, porque ya te dije que los Sanders la adoptamos. Y si tú le rompes el corazón, yo te romperé la cara.

—Gracias por la amenaza, Eric.*De nuevo.*

—Por nada y... —se calló de la nada, golpeándose la barbilla con un dedo mientras entornaba los ojos hacia Blake—. Paren, estoy confundido. A ver, ¿por qué tú no te sorprendiste con la última noticia? ¿Y cómo mierda sabías que era Emma de quien hablábamos? Se supone que casi nadie lo sabía. ¿Ya le habías dicho, James?

Negué con la cabeza. La sonrisa se desdibujó en los labios de Blake, bajó la vista a su cerveza y se encogió de hombros.

—Puede que Lia mencionara algo al respecto, así que saqué mis conclusiones... —sacudió la cabeza, incómodo con la mención de la pelinegra—. Como sea, estoy feliz por ustedes, James.

Más tarde, después de despedirme de ellos y de que Eric me dejara en casa, llamé a Carter para saber cómo se encontraba. El día anterior, 03 de mayo, fue su cumpleaños, por lo que desde temprano él se marchó Boston para estar con su familia. Nunca era un buen día para él, ni siquiera lo celebraba, pero esperaba que no la hubiese pasado tan mal.



Jugaba con un mechón de cabello de Emma, sintiendo la sedosidad de las hebras castañas entre mis dedos mientras ella estaba concentrada en la película. Para mí, verla a ella era más fascinante.

Blake tenía razón, Emma había aguantado mi mierda. Todavía me parecía un milagro tenerla tan cerca, poder tocarla sin escatimar y que ella no me rechazara. Después de todo lo que había pasado entre nosotros, de lo mucho que intenté empujarla lejos de mí, de algún modo no había sido suficiente. Y por cual sea que fuese el pequeño milagro que hacía que ella estuviera conmigo, haría todo por merecerla y hacerla feliz.

Habíamos pasado la tarde discutiendo sobre libros. Mientras que Emma leía de todo un poco, me di cuenta de que yo era más asiduo a leer esos libros cuyos autores pertenecían a siglos pasados, llegué a la conclusión de que eso era por influencia de mi padre.

Emma me llamó rarito y le añadió la palabra «muggle» cuando le

dije que no había leído Harry Potter. Me hizo prometer que les daría una oportunidad a los libros del famoso mago después de un buen rato de balbucear sobre lo imperdonable que era que no los hubiese leído aún. A cambio, ella dijo que leería *Crimen y castigo* de Fiódor Dostoievski, libro que descansaba en mi librero y fue trasladado a su bolso esta misma tarde.

—Ni siquiera estás viendo la película —murmuró mientras mis dedos viajaban a lo largo de su cabellera.

—Sí lo hago —respondí perezosamente, con los ojos puestos en ella.

—Ha sido horrible como le arrancaron la cabeza a ese tipo, ¿verdad?

—Totalmente...

Volteó a verme con la ceja enarcada.

—¿Qué? —dije, parpadeando.

—No le arrancaron la cabeza a nadie, James. Y hace dos minutos que la película acabó.

Me pasé la lengua por el labio superior, apartando la mirada un momento antes de esbozar una de esas sonrisas de quien ha sido pillado.

—Lo siento. Estaba pensando...

—¿En....?

—Nosotros —admití—. Te hice pasar por mucho, Emma. No estoy diciendo esto para que tú me dejes o algo, solo digo que... estar así contigo a veces se siente como un milagro.

Unió los labios, inspirando hondo, y luego exhaló, palmeando mi pecho antes de alejarse de mi costado para poder mirarme mejor. O eso supuse, porque entornó los ojos hacia mí mientras parecía buscar

las palabras adecuadas.

—Quiero ser honesta contigo, James. Ya te dije una vez, cuando estuvimos en aquel hospital de Austin, que vine a Nueva York a estudiar por varios motivos, pero tú no fuiste uno de ellos. Era una fanática, sí, pero no una que esperaba realmente tenerte en la misma habitación. A menos, claro, que se tratara de un concierto. Estaba aquí iniciando la persecución de mis propias metas cuando te topé en mi camino... —Rodó los ojos con una ligera sonrisa—. Estaba decepcionada y molesta con el tipo que me encontré y dijo un montón de cosas sin sentido. Quizá no estaríamos aquí si tú hubieses sido más listo. Pudiste preguntarme si estaba bien, habría bastado con eso porque honestamente parte de ese incidente fue mi culpa por quedarme allí parada como tonta.

—¿Qué veías esa vez? —le pregunté.

Mi mano buscó la suya y ella me dejó entrelazar nuestros dedos.

—A ustedes... —Hizo una pequeña mueca—. Tiendo a ser... despistada. Había tenido un día difícil y entonces vi esa valla publicitaria cuando cruzaba la calle...

—El hombre tenía razón, entonces, él dijo que te distrajiste con eso —murmuré, recordando a aquel señor.

—¿Qué hombre?

—Uno que estaba cerca el día que nos conocimos, no importa. —Me encogí de hombros—. Sigue hablando.

Ella suspiró.

—Para ser honesta... no tienes idea de la cantidad de veces que quise correr lejos de ti. Y espero que oírlo no te haga sentir mal, porque esto no es un reproche, estamos hablando del pasado solamente.

—Entiendo, no te detengas —le pedí, atrayéndola a mi regazo para poder verla de frente mientras hablaba.

Ella puso sus manos en mis hombros y yo acomodé las mías en su cintura.

—Ya te conté que a veces pierdo la cabeza, así que fui furiosa detrás de ti porque habías lastimado mi orgullo con lo que dijiste. Y habías lastimado a la fan en mí. Entonces, cuando quise arrepentirme, ya era demasiado tarde y estaba gritándote cosas frente a Daniel y Michael. Luego te fuiste y ellos prácticamente me hicieron acompañarlos por un café, me llevaron a la residencia y Daniel me propuso que trabajara para ti. Mi respuesta fue un rotundo no, pensé que estaba enterrando de esa manera todo, el enojo, la decepción y a Emma la fan. Pero ellos pensaban diferente.

—Se mordió el labio inferior—. Mike estuvo detrás de mí insistiendo hasta que hizo un último movimiento que me dejó en jaque. Llevo a esa niña diciendo que era suya y que recibió una amenaza de Daniel: si yo no aceptaba ser tu asistente, él sería despedido. Puso toda una perspectiva terrible frente a mis ojos. Fui tonta, le creí.

—No eres tonta, Emma. Sencillamente eres demasiado buena.

Ella arrugó la nariz, medio sonriendo.

—La primera vez que me pediste que dijéramos adiós para siempre, cuando lo dije... fue en serio —confesó—. Pero Daniel intervino entonces, y volví. Parece que cada vez que me alejaba de ti, de alguna forma terminaba regresando sin proponérmelo. Pero entonces Daniel me llamó un día y dijo que solo debía firmar esos documentos para dejar de ser tu asistente... Pensé que era lo mejor, así que lo hice.

» Entonces ocurrió lo de Kate, estuviste conmigo enviando más

señales hacia mí que no sabía bien cómo interpretar. Dijiste eso de querer estar conmigo, pero no quererlo al mismo tiempo... me confundías tanto.

—Lamento eso —murmuré, acariciando con mis pulgares los lados de su cintura, sobre la tela de su blusa.

Ella se inclinó y besó mi mejilla rápidamente, haciéndome sonreír.

—Cuando me encontré con la noticia de que tu exnovia había regresado y estaba rondándote... Me dolió. Me di cuenta de que yo estaba cayendo por ti tan fácilmente, el problema es que no era ese sentimiento de quererte como una fan, lo que lo hacía peor. Era absurdo, así que me concentré en la universidad, en mis amigos y en ayudar a Freya con todo lo que necesitara.

» El día de su boda era mi último día, James. Me dije que oficialmente nuestros caminos se separarían ese día para no volverse a unir... —Tomó mi mano y dibujó trazos en mi muñeca con su dedo índice, concentrada en la conversación; su entrecejo fruncido—. Y ahora fue el clima lo que me impidió irme. Y luego tú diciendo cosas que me hicieron enojar, la sensación de ahogo y el malestar que nubló todo... Cuando desperté en el hospital y te vi... no parecías el mismo.

—Fueron días difíciles los que pasamos todos en Kansas... —dije, llevando mi mano a su barbilla para sujetarla con dos dedos y plantar un beso en sus labios.

—Sí. Pero algo había cambiado en ti, James. Y lo confirmé durante todo el tiempo que te mantuviste en ese hospital conmigo, llenándome de atenciones. Además, mi madre parecía adorarte e incluso mi padre parecía agradecido contigo...

—Créeme, él no lo está ya —intervine, ganándome una mirada que pedía explicaciones, negué con la cabeza—. Continúa, por favor.

—No sé, James —se encogió de hombros, humedeciéndose los labios—. Apareciste en el aeropuerto, pasó lo que pasó y desde entonces hemos estado en este viaje sobre una nube de algodón de azúcar que no sé cuándo acabará. Me gusta que seas más abierto conmigo, que podamos reír juntos, conocernos mejor... Amo que me hagas sentir que puedo hacer cosas que antes no podía ni pensar, como hablar sobre esto, tomarte la mano, darte un abrazo o besarte si es lo que deseo... Pero asusta que estar contigo fuese tan difícil y de pronto tan fácil.

—Lo sé, Emma. Y tal vez es difícil, pero debes confiar. Estoy poniendo de mi parte para que esto entre nosotros vaya bien, si tú haces lo mismo... lo podremos a lograr.

—Lo hago —aseguró—. Es solo que no quiero que esto sea una etapa nada más, James. Porque debes saber que no estoy dispuesta a vivir en un círculo vicioso donde seas un amor conmigo un día y un completo idiota al siguiente. Antes me quedé porque tuve motivos que me obligaron, pero eso de ser una constante de "te amo, te daño, me perdonas y nos amamos de nuevo" no va conmigo. Ama bien o mejor no ames. Que te amen bien o mejor que no te amen. —Tragó saliva, llenó sus pulmones de oxígeno y asintió despacio, convencida de sus palabras—. Tengo una mamá sabia en casa que me dijo eso.

—Sin duda ella es una de las mujeres más sabias que conozco —puntalicé con una sonrisa extendiéndose en mis labios al tiempo que enredaba mis brazos entorno a su cintura, atrayéndola un poco más cerca de mí—. Y sin duda esto no es solo una etapa, Emma. Sé que te lastimé bajo la absurda excusa de que intentaba protegerte y

no sabes lo mucho que me arrepiento por ello. Al final, creo que me protegía más a mí mismo. Yo era el tipo jodido por los miedos. Le temía a la culpa, a la impotencia, a querer, al abandono y al dolor que todo eso representa. Y no es que los miedos se hayan ido, es solo que ahora los estoy enfrentando lo mejor que puedo. Sé que nada parece suficiente para justificarme, ni siquiera pedir perdón mil veces de rod...

Emma cortó mi discurso presionando su boca duramente contra la mía. La presión terminó segundos después del comienzo. La mano que me había puesto en la mejilla se mantuvo allí cuando ella hundió su nariz en mi cuello e inhaló, provocando un cosquilleo que recorrió mi cuerpo.

—No busques justificarte, James. A veces las palabras sobran y los hechos son los que cuentan. Pasado perdonado, alma liberada. Y mi alma se siente libre en este momento, ¿cómo está la tuya?

Suspiré.

—Rompiendo las últimas cadenas, más libre de lo que ha estado en mucho tiempo.

Nos quedamos allí un rato más, hasta que la hora de llevarla a la residencia nos atrapó en medio de un beso. Había sido una buena tarde y la conversación que tuvimos me había quitado un peso de encima que no sabía que cargaba.

Bajamos del ascensor y nos dirigíamos a la salida que daba al estacionamiento techado y protegido cuando oí mi nombre en un siseo. Ambos encaramos instintivamente a quien me llamaba; de inmediato apreté a Emma junto a mí, como si eso bastara para protegerla.

Fruncí el ceño y Bonnie se apartó el cabello del hombro, mirando

con una mueca despectiva a Emma.

# Capítulo 46

Emma ladeó el rostro, observando a Bonnie. Le besé la sien, susurrándole que me dejara encargarme del asunto.

—Entonces vas a decirle a esta que se vaya, ¿o qué? —su siseo me hizo lanzarle una mirada envenenada, afiancé mi agarre en Emma, manteniéndola a mi lado.

—No tengo por qué decirle a mi novia que se vaya a ningún sitio, pero sí que puedo decírtelo a ti —la vi apretar los dientes, la molestia desfigurando la expresión de su cara.

—Tenemos que hablar —repitió, mandíbula tensa.

—Me enseñaron que si no uno no tiene nada agradable para decir es mejor quedarse callado. Y como nada de lo que quisiera decirte es agradable, no hablaré contigo.

—Bien —escupió, enseñando los dientes—. Pues entonces escúchame a mí. —La mandíbula comenzó a temblarle, la rabia fue dando paso a una de sus actuaciones favoritas: las lágrimas de reptil que por mucho tiempo le creí—. James, por favor —sollozó—. ¿No ves que me lastimas? Solo estoy pidiendo que me escuches y...

Emma volteó a verme con ojos preocupados. Negué con la cabeza hacia ella, pidiéndole que no interviniera. No podía permitir que Bonnie se diese cuenta de que Emma era lo suficientemente noble como para creerle su actuación barata.

—Lamentablemente para ti yo no estoy interesado en oír mentiras de mierda. Y esta es de verdad la última vez que te advierto que no quiero saber nada más de ti. ¿No estás demasiado ocupada

grabando alguna película, consiguiendo tu puñetero sueño? Ocúpate de disfrutar la fama que tanto anhelabas y déjanos tranquilos. Porque, Bonnie, la próxima vez que aparezcas ante alguno de nosotros —indiqué, dejándole claro que la quería lejos de Emma también— no voy a tocarme el corazón para apartarte del camino. Tú conoces muy bien mis influencias, ¿no? Supongo que por algo te acercaste a mí. Una sola llamada y nunca en tu puta vida conseguirás ni siquiera un mísero papel de extra.

Quitó mi mano de la cintura de Emma solo para entrelazar mis dedos con los suyos. Bonnie me miraba con la boca abierta, gruesas lágrimas recorrían sus mejillas mientras daba la impresión de estar dolida e incrédula.

—Ya estás advertida —finalicé antes de dar la vuelta y continuar mi camino junto a Emma hasta donde estaba mi auto, quité los seguros y abrí la puerta para que subiera, agachándome a su lado cuando se sentó allí luciendo desconcertada—. Dame un minuto por favor, necesito hablar con el guardia, ¿vale?

Asintió, sin emitir palabra, y yo le di un beso en la mejilla antes de cerrar la puerta para hacer lo que le dije. Ya hablaríamos en el camino de lo que había pasado.

No demoré mucho con el hombre de seguridad, fui conciso al decirle que Bonnie tenía prohibida la entrada al edificio. Ella bajo ninguna circunstancia podía volver a estar aquí. Además de que su presencia no me era grata, ella se encontraba grabando una película, es decir que cabía la posibilidad de que algún reportero la siguiera. Yo no quería tener que mudarme, había mantenido la ubicación de este departamento en secreto por bastante tiempo como para que ella lo arruinara.

Cuando volví al auto, Emma seguía muy seria.

—¿Está todo bien?

—No lo creo —me respondió, lo que me hizo buscar su mano, que descansaba sobre su pierna, para enlazar los dedos—. Esa era tu ex, James.

—Lo era.

—¿Y todo lo que pasó allí...?

—De haber sido mi elección, te prometo que no te hubiese hecho pasar por ese mal momento.

—Ella estaba llorando tan... no sé. —Aparté la mirada de la carretera un segundo solo para verla frunciendo el ceño—. No voy a decirte que me agrada o algo. Cuando saliste la primera vez con ella, ya sabes, cuando no los conocía y ella era solo la misteriosa rubia con la que se le veía muy acaramelado a mi ídolo... pensé que, si eras feliz con ella, entonces no tenía nada de lo cual quejarme como fan. Luego dejaron de aparecer noticias sobre ustedes y tú no diste una declaración al respecto, no supe qué pensar, no parecías muy feliz después de eso... La verdad es que te veías miserable, fue cuando decidí enviarte una parte del tesoro que mi abuelo dejó para mí. Te envié ese libro esperando fuese un buen regalo para distraerte de lo que sea que estuviese pasándote...

—Es uno de los mejores regalos que he recibido en mi vida —murmuré, acariciando la mano que le sujetaba.

—Por momentos también la odié un poco —confesó—. A la señorita X, que es como el mundo la conocía, ya que nunca diste su nombre ni nada... Pero no sabía qué es lo que había pasado entre ustedes, ¿quién era yo para juzgarla?

—Emma... —suspiré—. Por favor, mira, si hay algo de lo que

puedes estar segura es de que ella no es una buena persona. No te dejes engañar con sus lágrimas ni palabras que buscan conseguir la lástima de los demás. Es muy buena actriz, yo le creía todo, le creí incluso hasta hace poco que volvió, pero he abierto los ojos y..

—Y no tienes que decirme eso. Ya te dije que no me agrada, cuando volvió este año y supe que ella era la señorita X, traté de ser imparcial en mi opinión. Pensé que estabas volviendo con ella, y la verdad es que eso no me terminó de gustar. Y no porque estuviera celosa o algo, es solo que, si alguien como Lia o los chicos tenían tan mala opinión de la rubia, supuse que buena no podía ser..

—Supusiste bien. Y no estaba volviendo con ella Emma, te lo aseguro.

—Bueno, ella estaba todo el tiempo pegada a ti.

Percibí cómo se encogía de hombros.

—Yo estaba confundido, Emma, y ella se aprovechó de eso. Pero... ¿sabes lo que acabo de notar en medio de este tema desagradable? Que no soy el único en esta relación que ha experimentado esa pequeña cantidad de celos...

—¡Ay, por favor! No estaba ni un poquito celosa, créeme — aseguró, tratando de parecer sería, pero una burbujeante risa la delató.

—Sí. Voy a pretender que te creo, Emma.

【◆◆◆】

Miré la pantalla de mi teléfono móvil, tenía allí un nuevo mensaje de Logan. En la mañana le había escrito preguntándole cuando volvería él a Nueva York. En el mensaje me informaba que estaría de vuelta la semana siguiente. Sentí la presión en mi pecho, necesitaba que el tiempo pasara deprisa porque ya no podía seguir postergando

la conversación con él.

—Es increíble —murmuró Ron, el manager de Heaven, mientras echaba un vistazo a la investigación que Lia acababa de presentarle—. Creo que deberíamos sacarle provecho a esto...

—¡No! —saltó Heaven, frunciéndole el ceño al castaño mientras apretaba los dientes con fuerza—. Mira, Ronald, te lo dije cuando hubo aquel escándalo en noviembre, yo no voy a fingir salir con Carter solo por publicidad. ¿Sabes lo que sería eso para mí? Sería aceptar que no tengo talento y necesito de bajezas como esa para conseguir fama.

—Heaven, cariño, ¿no ves esto? —enarqué disimuladamente una ceja hacia Ron mientras él le mostraba los papeles, ella los apartó con un manotazo—. Los llaman Hearter, ya hay sitios de fans de la pareja, la gente ama la idea de ustedes dos juntos...

—Pues no recuerdo que eso fuera todo lo que la gente sintiera sobre nosotros. —Se cruzó de brazos, entornando sus ojos de un intenso azul hacia su manager—. También decían que yo lo estaba usando para obtener fama.

—Ellos ya superaron eso, cielo.

—¡No me llames cielo! —se quejó—. No voy a hacer esa mierda, ¿entiendes Ronald? No lo haré y no me puedes obligar... ¿Lia? —Miró a la pelinegra, pidiendo algo de apoyo.

—Daniel no aprobará que hagas nada con lo que no estás de acuerdo —le respondió, quitándole los documentos a Ronald mientras le daba una mirada irritada—. Les he mostrado esto porque es parte del análisis de mercado, no para que pretendas obligarla a hacer algo que ella no quiere, Ronald.

El aludido chasqueó la lengua.

—En el medio en el que nos desenvolvemos hay oportunidades que deben ser tomadas sin ponerse quisquillosos. Estoy seguro de que Carter aceptaría, ¿no es un buen amigo tuyo, de todos modos? Una relación falsa no es más que una alianza estratégica que proporciona beneficios mutuos y...

Entonces no pude ser capaz de seguir callado, pretendiendo no oír la discusión que tenían mientras me encontraba revisando las canciones que Heaven escribió para su próximo álbum de estudio.

—Y ella ya te dijo que no —lo interrumpí, despegando la vista de la pantalla del ordenador para encontrarme con los ojos negros y mustios del manager—. Y puedo asegurarte que Carter tampoco aceptará, menos aún cuando Heaven no está de acuerdo. Así que detén la insistencia de una vez por todas porque no vas a conseguir nada.

Heaven me obsequió una pequeña sonrisa de gratitud que le correspondí con un asentimiento. Lia no ocultó que la molestia que mi intervención causó en Ronald le hizo bastante feliz a ella. Los dejé continuar hablando hasta que el hombretón recibió una llamada y salió de la oficina, dejándonos solos.

—Sabes que este podría ser el maldito fin del mundo, pero admitiré que esa fue una de las pocas veces en las que oír tu jodida opinión me ha hecho feliz —me dijo Lia, haciendo reír a Heaven.

—Eres una exagerada, Lia —le dijo entre risas—. Estás loca.

—Eso es noticia vieja, Heaven —murmuré, cerrando el documento una vez que finalicé la lectura.

—Vete a la mierda, Wolf —respondió ofendida la pelinegra.

—Gracias por la invitación, pero honestamente voy a rechazarla, Banfield. Prometo acompañarte la próxima vez, sé que te pasas por

allí muy seguido.

Le guiñé un ojo y ella rió, negando con la cabeza al tiempo que me enseñaba el dedo medio.

—De haber sabido que todo lo que necesitabas era a Emma para ser este tipo *casino* tan desagradable, créeme, habría hecho lo que fuera para traerla antes a nuestras vidas. Cuantos corajes me habría evitado...

No era solamente Emma, pero no iba a negar que ella contribuía en una parte importante a mi buen humor.

—Mala suerte que no puedes controlar todas las variables en la vida, doña maniática del control. —Me encogí de hombros y luego me giré hacia Heaven, quien solamente reía por el intercambio de palabras entre Lia y yo—. Me gustó lo que hiciste. Daniel me dijo que quieres que trabaje contigo en esto, así que vamos a ponernos de acuerdo para hacer los arreglos de la melodía, que creo que serán mínimos, y luego me gustaría que comenzáramos a grabar algo...

—Ugh —me interrumpió Lia—. ¿En serio quieres trabajar con *este*? Es una pesadilla perfeccionista, en serio, puedes preguntarle a los chicos... Vas a querer matarlo en algún momento porque te hará sufrir antes de quedar satisfecho con la grabación de una sola canción.

—No le hagas caso, Heaven. Haremos un buen equipo, ya verás.

La aludida asintió con entusiasmo.

—Pero si lo matas puedo ayudarte a esconder el cuerpo —añadió Lia, haciéndome poner los ojos en blanco.

【◆◆◆】

El sábado en la noche Emma se encontraba en mi casa, habíamos pedido comida tailandesa para cenar y luego decidimos ver una

película. Como siempre que ese era el plan, ver la película no era precisamente lo que yo hacía. Y, me di cuenta, en esta ocasión ella tampoco estaba poniendo atención a lo que pasaba en la pantalla frente a nosotros.

Desde la cena noté que ella parecía algo distraída, varias veces tuve que repetirle las cosas que le estaba diciendo. Cuando le pregunté si pasaba algo malo simplemente negó con la cabeza y sonrió, instándome a seguir hablando.

—Emma... —No me escuchó, por un momento me pregunté si se había dormido, pero tenía los ojos bien abiertos y clavados en el brillante piso laminado de madera—. ¡Emma! —insistí.

Dio un respingo, asustada, y se levantó del sofá como si tuviera un resorte, llevándose ambas manos a la altura del corazón.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Me paré detrás de ella y la sujeté de las manos, tranquilizándola.

—Eso quiero saber —dije—. Has estado rara.

—No, para nada —insistió.

—Prometimos no ocultarnos las cosas —le recordé, ella bajó la mirada—. Ven aquí, anda.

La pegué a mi cuerpo, envolviéndola con mis brazos, y nos hice volver al sofá. Me tendí allí, con ella sobre mí, decidido a investigar qué era lo que tanto le preocupaba y daba vueltas en su cabeza.

Sus brazos estaban cruzados sobre mi pecho y su mentón descansaba encima de ellos. Con mis manos enlazadas sobre su espalda, incliné la cabeza solo un poco para darle un beso en la punta de la nariz, cosa que la hizo sonreír.

—Dime qué es lo que te inquieta, ¿quieres?

Inhaló copiosamente y luego expulsó todo el aire por la boca con

un sonido bajo de frustración.

—¿Puedo... hacerte una pregunta?

—Sabes que puedes —fue mi respuesta.

—Okay —murmuró, tomándose su tiempo—. Um... quiero saber por qué crees que te gusto, James.

Enarqué una ceja, no me esperaba que eso fuese lo que la mantuviera tan pensativa.

—Yo no creo que me gustes Emma, sé que lo haces. Mucho más que gustar.

—Pero ¿por qué? Solo quiero saber eso...

Chasqué la lengua, poniéndole las manos en ambas mejillas para mantener el contacto visual entre nosotros, sus iris avellanas oliva contra el azul pálido de mis ojos.

—No salgas en este momento con inseguridades, por favor. Tú solo tienes que ir a un espejo y..

—James —me interrumpió con un puchero—. Mira, yo sé muy bien lo que tengo, ¿vale? No soy fea, pero tampoco una supermodelo. A lo mejor me veo un poco raquíca como algunas de ellas, pero no es porque me mate de hambre. Luego de la operación todavía necesito recuperar algo de peso —suspiró, negando con la cabeza—. En fin, lo que quiero decir es que no me digas que es por el físico.

Me reí, acariciando con mis pulgares sus mejillas. Ella tenía razón, los huesos todavía se le marcaban un poco, pero se estaba recuperando. Y, como sea, me gustaba.

—Entendido, ahora no me interrumpas por favor. Lo que quiero decir es que si quieres saber por qué te quiero tú solo necesitas ir a un espejo y mirarte a los ojos. Ahí está la respuesta... Aprendí a ver lo que hay en tus ojos y allí encontré lo que me enamora de ti. Porque

sí, Emma, tú no solo me gustas. Te amo, y no necesito una razón para hacerlo, pero podría enumerar millones si de verdad lo necesitas. Creo que no es la primera vez que te lo digo.

Su labio inferior tembló y sobresalió un poco en un gesto que por un segundo me hizo pensar que se pondría a llorar. Notaba el golpeteo de su corazón cercano al mío, ella se impulsó un poco hacia arriba para besarme.

—Cuando desperté en el hospital —murmuró, dando la impresión de que le costaba hablar al respecto— y los días siguientes, todo el tiempo que estuviste allí conmigo siendo atento, cuidándome y demostrando que yo te importaba... Pensé que hacías todo eso movido por la culpa. Pensé que era el remordimiento lo que te hacía permanecer a mi lado, no me quería ilusionar...

—¿Remordimiento? —objeté, incrédulo—. Estoy seguro de que no era eso, Emma. Y si no quieres llamarle amor, llámale como quieras, pero sé que ese es el único nombre que yo podría darle a lo que siento por ti. Los días que estuviste en ese hospital, te lo juro, allí fue cuando realmente conocí el infierno. Comparado con eso, todo lo demás por lo que alguna vez me quejé parecen puras boberías.

—James...

—No, Emma —atraje su rostro y la besé en los labios—. Nunca dudes de lo que siento por ti, por favor. Acepto que demoré demasiado tiempo tratando de entender lo que sentía, era un caos andante sin principio ni fin. Pero te aseguro que desde antes de ese viaje a Kansas yo sabía que tenía sentimientos por ti, solo que no sabía cuán fuertes eran. Y lo averigüé de la peor manera. Nunca en mi vida había estado más aterrado que cuando creí que morirías. La sola idea de que te fueras de esa manera, de nunca más verte sonreír

o escuchar tu voz... Dios, Emma. Sabía perfectamente que una parte de mi alma se iría para siempre contigo. Ya te lo dije; si no quieres llamarlo amor, ponle el nombre que quieras, pero eso no hará la diferencia.

Durante un largo minuto Emma simplemente me sostuvo la mirada, luego suspiró y cerró los ojos con frustración.

—Lo siento, de verdad, lamento parecer una tonta insegura sobre esto, pero...

—¿Pero?

—No quiero que enloquezcas James, por favor..

—Emma, solo di lo que está pasando.

Se impulsó hacia atrás, sentándose en el extremo del sofá. Mi cuerpo extrañó al suyo al instante, me incorporé y, cerrando la distancia entre nosotros de nuevo, la hice mirarme a la cara.

—Promete que no harás una locura ni nada...

—Lo prometo —respondí, demasiado intrigado como para poner objeciones. Solo quería que confesara lo que estaba ocultando.

—Es que tu ex novia me hizo una visita ayer..

—¡¿Qué?! —jadeé—. ¿Te hizo algo?

Negó rápidamente con la cabeza, poniéndome una mano en la rodilla cuando vislumbró mis intenciones de ponerme en pie. El calor se agrupó en mi cara y cuello a causa del enojo.

—Solo habló conmigo, me dijo tonterías que me hicieron dudar y... lo siento. —Hizo una mueca—. Sé que no debí prestar ninguna atención a lo que ella dijo, he sido una tonta.

Por la expresión de su cara, estaba seguro de que ella estaba regañándose internamente. Respiré profundo y expulsé el aire entre mis dientes, controlando el cabreo. Acuné su rostro suavemente y lo

atraje para besarle la frente.

—No eres tonta, Emma. Bonnie es experta en manipular y sembrar dudas en las personas, solo no dejes que te lo haga de nuevo. Ni siquiera te quedas para oírla.

Sus labios formaron un puchero gracioso.

—¿De todas las cosas en el mundo tenías que tener una ex tan... —se detuvo a pensar en un adjetivo, me di cuenta de que no le era fácil hallarlo— *venenosa*? —terminó por decir, haciéndome reír.

—¿Venenosa? Emma, cariño, yo sé que tu dulce boquita no es fan de las malas palabras, de hecho, me sorprende que no te quejes porque a mi boca no le cuesta decirlas, pero sé que ambos sabemos que llamarla solo «venenosa» es quedarnos cortos.

Una pequeña risa burbujeó desde el fondo de su garganta.

—Tienes razón. —Me puso las manos a los lados del rostro también—. Y solo para que sepas, el hecho de que no me guste decir malas palabras no significa que me molestaré y prohibiré que tú o cualquiera las diga. No tienes que cambiar o reprimirte para complacer a los demás, James. Nadie en el mundo debe ser una Sandy Olson que cambia a sí misma solo por un Danny Zuko. Digo, no eres mujer, pero creo que aplica...

Mordí el interior de mis mejillas, sofocando la risa, y asentí.

—Aplica muy bien. Ninguno de nosotros tiene que ser una Sandy Olson jamás.

—Okay —asintió satisfecha, y tomó la iniciativa para unir nuestras bocas en un húmedo y lento beso que le permitió a nuestras lenguas conocerse mejor.

Tiré de su labio inferior, respirando con dificultad al igual que ella, y la abracé contra mi pecho.

—Ahora vamos a tomarnos una foto, ¿vale? Hablé con Rachel esta mañana y le prometí que le enviaría una. Dice que la merece porque ha estado *shippeando* «Jemma» desde hace mucho tiempo y no puede creer que al fin es real.



Estaba con Heaven en el estudio de grabación, la verdad es que trabajar con ella me resultaba muy fácil. Era una chica muy agradable, con una personalidad espontánea y cálida que hacía sencillo sentirse a gusto con ella. Y sin lugar a dudas también era muy talentosa, ella no necesitaba ninguna publicidad como la que su manager había sugerido unos días atrás. Su voz por sí sola tenía el potencial para hacerla llegar muy lejos, ya lo había demostrado con anterioridad. El sencillo con el que debutó batió récords desde la primera semana.

Aunque estaba concentrado en el trabajo, revisando con minucioso cuidado que su voz fuese pulcra durante la grabación, también estaba ansioso porque Logan llegó la noche anterior y quedamos de vernos al medio día.

Solo estaba esperando un mensaje para saber que él ya se encontraba en Beat, y dicho mensaje llegó más tarde de lo que había contemplado. Le acababa de decir a Heaven que continuaríamos después con el trabajo, ella necesitaba descansar y además su estúpido manager se encargó de hacernos saber que tenían compromisos que atender. Él comenzaba a desagradarme mucho.

Le deseé suerte a Heaven, quien se despidió de mí suspirando resignada por tener que ir con el amargado hombre, y finalmente abrí el mensaje de Logan.

*«Realmente me gustaría no tener que estar escribiendo esto, pero hay*

*algo de lo que tenemos que hablar. Esta no será la reunión que esperaba tener contigo, ni la forma en la que me habría gustado que abordáramos el tema, pero cometí errores y ahora no lo puedo remediar. Ven tan rápido como puedas a la azotea de Beat, es urgente...»*

El corazón comenzó a golpear con fuerza contra mis costillas. Yo sabía perfectamente de lo que tenía que hablar con Logan el día de hoy, pero no entendía por qué de buenas a primeras él enviaba un mensaje como este. Estaba seguro de que tenía relación con Bonnie y no me daba buena espina.

Mientras salía corriendo del estudio, evitando los ascensores y tomando las escaleras para llegar más rápido, o al menos para estar en movimiento en lugar de estar atrapado en la caja de metal, tuve la sensación de que mi corazón se había trasladado a mi garganta.

Al llegar al piso donde estaba el solitario habitáculo del que me había apropiado, disminuí la velocidad. Me doblé, apoyando las manos en mis rodillas, calmando mi respiración jadeante.

Las manos me temblaban, las apreté en puños y comencé a subir los escalones lentamente. La puerta que daba salida a la azotea estaba abierta, tragué saliva y me bastó echar un solo vistazo para ver cómo de jodidas iban a resultar las cosas.

Logan estaba cruzado de brazos, apoyando la espalda contra la malla que se levantaba desde el suelo hasta casi un metro sobre su cabeza. Tenía el ceño fruncido, la cabeza gacha y los ojos verdes bien cerrados, como un condenado aguardando la ejecución inminente.

El asunto era que él no estaba solo. A unos pasos de distancia, igual de ajenas que él a mi presencia, Bonnie le sonreía con su sonrisa de serpiente a Emma.

Mierda.

# Capítulo 47

En el momento en que decidí intervenir para saber qué demonios estaba ocurriendo, Bonnie habló. Respiré profundamente, contuve el aliento y me quedé exactamente en el sitio que estaba.

—*Shhh, shhh*—siseó, estirando su mano hacia Emma, quien se alejó un paso de ella—. Vamos a aclarar las cosas, no estás aquí para hacer preguntas.

Apreté los puños a los lados, el enojo borboteando en mis venas.

—¿Para qué me llamaste, Logan? —Emma le envió una mirada al cabizbajo rubio que se apoyaba de la malla.

—No fui yo —le respondió él, mandíbula tensa.

Bonnie rió.

—Cielo, me sorprende lo tonta que puedes ser. Te dije antes que teníamos que hablar y no me escuchaste, pero, como puedes ver, siempre consigo lo que quiero.

El breve segundo en el que Logan levantó la mirada en mi dirección me hizo saber que él ya estaba consiente de mi presencia, sin embargo, actuó como si no me hubiese visto. No entendí de inmediato lo que eso significaba.

—¿Es que eres tú la tonta? Te dije que no me interesa oír nada que venga de ti —gruñó Emma—. Logan, vámonos de aquí.

—Ninguno de los dos se irá hasta haberme oído.

—Logan... —insistió Emma, pero él no se movió.

—Logan sabe lo que le conviene, cariño, y más vale que sigas su ejemplo. —Se movió unos pasos, evaluando a Emma, quien le miraba

con el ceño fruncido—. ¿No es lindo que ella confíe en ti? —le preguntó al rubio, divertida—. Vamos, Logan, este es el momento por el que tanto esperaste. Por fin vas a confesar el pecado que no te deja dormir. Dile a Emma lo que hiciste, dile cómo eres un miserable, cobarde y traidor. Dile cómo, si ella no se aleja de James, tu mejor amigo va a enterarse de lo que le hiciste y eso le romperá su blandengue corazón.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Emma, se acercó unos pasos a Logan, buscando apoyo en él—. ¿De qué demonios está hablando?

—¿Prefieres que se lo diga yo, *amor*? Al parecer los cobardes lo seguirán siendo hasta el final de sus días... —Bonnie chasqueó la lengua—. Voy a contarte una historia, Emma. La historia de dos amigos saliendo con la misma chica... Uno de ellos lo sabía, el otro no.

Por primera vez veía a Bonnie siendo ella misma, no había máscaras en este momento, solo alguien vil y repugnante que era capaz de cualquier cosa para conseguir lo que se proponía.

Logan gruñó, enseñándole los dientes. El sol le daba de lleno en el rostro enrojecido y crispado por la rabia. A la distancia daba la impresión de tener los ojos verdes humedecidos.

—¿Es...? ¿Es eso cierto, Logan? ¿Tú y... *ella*?

—Oh, cariño, sueñas como una ingenua niña de cinco años descubriendo que Papá Noel no existe. No tienes ni pizca de astuta, no sé qué es lo que James pudo ver en ti.

—Vi en ella al ser humano más increíble y maravilloso que he tenido la fortuna de conocer —intervine, incapaz de seguir como un simple espectador, sorprendiendo a ambas chicas—. Vi en ella un

millón de cosas extraordinarias, los ojos más preciosos, un corazón de oro y los sentimientos más puros. Emma es todo, Bonnie, y a su lado tú no eres nada.

—J-James... —balbuceó la rubia, tenía la expresión desencajada y los labios, seguramente lívidos debajo de la capa de labial rojo, le temblaban.

—¿Dando una fiesta en mi honor y sin invitarme? —Enarqué una ceja, chasqueando la lengua mientras negaba con la cabeza—. No parece muy amable de tu parte.

Estiré mi mano hacia Emma, ella la tomó y entonces me sentí más tranquilo de tenerla a mi lado.

—¿Estás bien? —le pregunté, se limitó a asentir.

Besé su frente y volví la mirada hacia Bonnie, quien daba la impresión de estar contemplando su peor pesadilla. No lo negaré, no me sentí mal por ella.

—James, puedo... explicarlo. —Parpadeó, lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas mientras temblaba—. Esto... esto es una trampa de ellos para que tú...

—¿Una trampa? —Enarqué las cejas, indignado—. Vete a la mierda. ¿De verdad crees que nunca me enteraría? Me jodiste, lo hiciste bien en el pasado y lo reconozco. Me dejaste lleno de temores, creyendo que era alguien dañino para los que me rodeaban cuando la verdad es que no es así. El veneno eres tú, siempre has sido tú. Fui débil y estúpido al permitir que menguaras la confianza en mí mismo, pero ya no lo soy, Bonnie. Pensé que no podías caer más bajo y entonces vienes aquí a pretender utilizar esa información sobre Logan para alejar a Emma de mí. Te has superado a ti misma.

—¿Entonces qué? —chilló, lanzando las manos al aire, furiosa—.

¿Yo soy la única mala en esto? ¡El maldito es tanto o más culpable que yo! ¿Cómo sabes tú que no fue él quien me sedujo? —Señaló a Logan, quien se mantuvo cruzado de brazos y con la mirada fija en el suelo—. Era tu mejor amigo y te traicionó.

La ira me hizo temblar por un momento, Logan me miró a la cara y entonces repasé en mi mente el mensaje que me había enviado, el hecho de que él me había pedido que subiera aquí. Sin ese mensaje yo no habría llegado a esta azotea.

—¿No te das cuenta? —escupí, sintiendo la tensión de mi mandíbula al hablar—. La única engañada aquí eres tú. Yo sabía todo, él me lo dijo. ¿Por qué crees que estoy aquí, sino?

Bonnie soltó un grito furioso, despotricando y lanzando amenazas sin sentido acerca de cómo nos arrepentiríamos de todo.

—Vámonos de aquí —dije, lanzándole una mirada más a Logan.

Él sabía tan bien como yo que lo que le dije a Bonnie no era verdad, nosotros íbamos a tener una larga conversación que no estaba seguro en qué concluiría, pero que indudablemente no sería frente a Bonnie. No le iba a dar ese placer a una jodida persona ruin como ella.

Apreté a Emma a mi lado y la guié por las escaleras, con los gritos persiguiéndonos bajamos hasta el piso que tenía ascensor y entramos en la caja de metal, rumbo a la planta baja. Temblaba un poco, Emma estaba pálida.

—¿Estás bien? —Puse mis manos a los lados de su rostro, acariciándola con suavidad. Asintió y le besé la frente—. Vamos a salir de aquí pronto.

—Esto fue... —Parpadeó, insegura—. Logan se quedó allí...

—Estará bien. Voy a llevarte a la residencia, ¿vale? Tengo que

volver y hablar con él, es una conversación que ha sido aplazada por mucho tiempo y no puede esperar más.

—Okay —tragó saliva con dificultad y frunció el ceño, pensativa—. Él... No fue él quien te lo dijo, ¿verdad? —concluyó.

Asentí con pesar.

—Me enteré gracias a Kaylee, pero sí fue él quien me envió un mensaje diciendo que subiera a la azotea.

Las puertas del ascensor se abrieron cuando llegamos al estacionamiento subterráneo, liberé el rostro de Emma y entrelacé mis dedos con los suyos, sintiendo la tibieza y suavidad de su piel reconfortante. Unos cuantos autos estaban estacionados alrededor, ubiqué el mío rápidamente y no demoramos mucho en alcanzarlo.

Un reportero esperaba fuera, sacó un par de fotos del vehículo cuando dejábamos las instalaciones. No me preocupó, difícilmente podría haber capturado algo más que un auto con los vidrios tintados.

El tráfico no fue lo mejor para mis nervios. Le envié un mensaje a Logan pidiéndole que me esperara en la empresa y traté de concentrarme en conducir evitando accidentes. Emma también estaba intranquila, cuando aparqué cerca de su residencia me vi tentado a quedarme abrazándola, pero lo de Logan era algo que tenía que hacer. La besé en los labios, le prometí que la vería más tarde y que todo estaría bien.

No sabía que no iba a estarlo.

No encontré a Logan, sin embargo, encontré a Daniel y a Mike. La locura de Bonnie había llegado hasta ellos en el tiempo que estuve fuera. Hablamos al respecto, les conté los motivos de que Bonnie diera la impresión de haber enloquecido y Daniel no demoró en

movilizarse para poder librarnos de ella.

Tal vez era demasiado tarde.

La mañana siguiente, el escándalo estaba en todos lados. Internet, radio, periódicos...

LOS MEJORES AMIGOS LO COMPARTEN TODO... ¿INCLUSO A LA CHICA?

*La misteriosa rubia de la que todos hablamos alguna vez ha regresado al punto de mira. Señorita X, sabíamos que no podías irte para siempre como un enigma sin resolver. Tras un par de meses de lo que parecía un tórrido romance con el lobito de Bad Boy, todos nos preguntamos cuál fue el motivo de tan abrupta separación.*

*Sniff sniff Shippers de Jagan, saquen los pañuelos y preparen su corazón para la decepción.*

*Es conocido y celebrado el fuerte lazo de amistad entre estos dos miembros de la banda neoyorquina, pero ¿qué tan real es esa amistad de la que hablamos? ¿Lo suficiente como para compartir a la chica con la que duermen?*

*Al parecer la Señorita X es bastante traviesa como para divertirse con los dos al mismo tiempo. Esta mañana ha llegado a mis manos evidencia que me ha dejado con la boca abierta, como seguramente las dejará a ustedes.*

*Con pruebas tan claras, las dudas nos asaltan, empezando por:*

*¿QUÉ ESTÁ PASANDO CON NUESTROS CHICOS MALOS?*

*¿Logan Price o James Wolf? No queda claro quién es el tercero en discordia.*

*¿Y qué pasa con la afirmación de la Señorita X, ahora identificada como «Bonnie», acerca de James amenazando con quitarse la vida? La información sobre la familia de Wolf tampoco pasa desapercibida, ¿finalmente sabremos algo al respecto?*

*Esto es un caos. Un verdadero lío gordo para el grupo consentido de DJ*

*Johnson. A veces el exceso de amor echa a perder a los niños, ¿no escuchaste sobre eso, Papi Dan?*

*Y mientras esperamos respuesta oficial de las partes involucradas, seguimos cuestionándonos quién es en realidad Bonnie, mejor conocida por el mundo como la Señorita X, que vivió el sueño de cualquier fan al estar con estos dos calientes chicos.*

*GGs del mundo, no me decepcionen, una fanática investigando sobre su ídolo puede ser más efectiva que el mismo Sherlock Holmes. Ya tienen un nombre, tráiganme un poco más sobre ella...*

Carajo.

El primer nombre que vino a mi cabeza fue el de Kaylee. Pero, ¿por qué ella haría algo como esto? Las fotos y el video que estaban exponiendo en todos los medios eran exactamente los mismos que ella me había proporcionado antes, de eso no me cabía duda.

Miré a Mike, que parecía a punto de sufrir un infarto, y apreté los labios con fuerza.

—Buscaremos una estrategia para arreglarlo. Pero tenemos que ser extremadamente cuidadosos, esto es como un campo minado — me advirtió—. ¿Ya has podido contactar a Logan?

Negué con la cabeza en respuesta. Él caminó por la oficina y se detuvo frente a la ventana, abrió las persianas y bufó.

—Ya están llegando —murmuró—. Parece que nunca conoceremos lo que es la paz con ustedes. Voy a hablar con Daniel y el resto de los chicos, permanece aquí de ser posible y trata de localizar a Logan.

—Vale.

—Kaylee... —oí a Mike decir cuando salía, lo que me hizo buscarla con la mirada.

Me topé con sus ojos azul verdosos, que parecían llenos de pánico, y tensé la mandíbula. Mike le dijo algo más antes de irse. Detrás de ella estaba Emma. Ambas parecían acabar de correr una maratón.

—Tenemos que hablar —fue lo primero que dijo Kaylee—. No fui yo. Te lo juro.

Bufé, pellizcándome el puente de la nariz. Emma entró con ella y vino a mi lado, sujetó mi brazo y me dio una mirada de aliento. Seguro ya se había enterado de lo que estaba ocurriendo.

Señalé los sofás que estaban dentro de la oficina, Emma y yo nos sentamos en uno y Kaylee en el otro.

—¿Quieres que los deje hablar a solas? —me preguntó Emma, a lo que me limité a negar con la cabeza.

—Comienza Kaylee —gruñí—. Si no fuiste tú...

—No fui yo —se defendió ella con tono herido, cruzando los brazos sobre el pecho—. Al menos no intencionalmente.

Entorné los ojos, esperando que continuara antes de hacerme perder la cordura. Emma apretó mi mano entre la suya, traté de relajarme un poco.

—Yo... lo lamento tanto, James —gimió, las lágrimas ya habían comenzado a surcarle las mejillas—. Fui una idiota. Nunca pensé que ella fuese a utilizar esas fotos y menos el video. La gente es lista, si comienzan a indagar un poco, comparando fotos, definitivamente van a descubrir que es ella, aunque utilice un nombre artístico diferente al suyo. Por Dios, está en plenas grabaciones de una película. Su imagen va a quedar destrozada con esto y...

—Creo que ahora mismo los únicos que estamos en una mala posición con todo esto somos nosotros, Kaylee —dije, tratando de

hablar con calma—. Me importa una mierda Bonnie, pero quiero saber cómo es que dices que ella pudo ser la que envió esa información a la prensa.

La pelinegra gimió, pasándose una mano temblorosa por la nariz enrojecida.

—Lo siento —repitió—. Todo lo que te di fueron copias que me entregó tiempo después el investigador, James. Cuando hablé con Bonnie en el pasado aceptó irse si le daba las pruebas y una buena cantidad de dinero a cambio. Pensé que estaba haciendo lo correcto por ti y por Logan, pero me equivoqué. Nunca pensé que ella fuera capaz de usar ese material que la incriminaban, no pensé... Perdóname. Creí que las quería para destruirlas nada más, yo... Soy una idiota. Una grandísima idiota.

Respiré hondo, negando con la cabeza.

—Está bien, Kaylee —suspiré—. Te equivocaste. No lo hiciste a propósito, lo entiendo. Deja de llorar.

Estaba molesto por todo lo que ocurría, aunque lo entendía, tampoco me veía consolándola con palabras tiernas por el error que había cometido. Pero quería que dejara de llorar, porque las lágrimas no nos servían de nada justo ahora.

Ella se levantó diciendo que iría al tocador, dejándonos a Emma y a mí a solas.

—Las cosas están realmente feas —murmuré con desazón oprimiéndome el pecho—. Y Logan no me responde el teléfono.

—¿Crees que ya se enteró de todo esto?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Y aquí afuera es todo un caos de reporteros esperando una tajada del pastel de las desgracias. Ni siquiera sé si es seguro llevarte a la residencia ahora o que salgas

por tu cuenta, podrían seguirnos.

Ella hizo una mueca y bajó la mirada. Su teléfono sonó dentro del bolso que llevaba, lo sacó y, tras comprobar quién llamaba, no hizo nada más. El móvil dejó de sonar y a los segundos comenzó de nuevo.

—¿No estás atendiendo eso? —le pregunté, intrigado—. ¿Quién es?

—Ansel...

—No te detengas por mí —le aseguré—. Es tu amigo.

Emma se lo pensó un poco antes de finalmente responder la llamada. Me puse de pie y caminé hacia el ventanal, para darle privacidad. Mientras veía a la gente de seguridad tratando de mantener a raya a los reporteros, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Lo saqué rápidamente, era extraño recibir una llamada de la casa de los padres de Logan.

—¿Hola? —respondí.

—¿Jamie? —sollozó una voz dulce y añorada.

—Kaity —concluí, notando un nudo en la garganta—. ¿Cómo estás?

La oí sorber la nariz.

—Logan no responde el teléfono —murmuró en voz baja, como si estuviese hablando a escondidas—. Mamá está llorando. Todos en casa están alterados y no quieren decirme qué pasa. No me dejan usar la computadora tampoco, así que te llamé ahora que no me ven. ¿Le pasó algo malo a mi hermano? Por favor dime, Jamie...

Mi corazón se rompió un poco al oírla hablar.

—*Shhh, shhh*. Kaity, no llores. Logan está bien, él está bien...

—¿Lo prometes? —gimió.

—Escucha, justo ahora iré a verlo a su casa. Haré que te llamé, ¿vale? Pero deja de llorar, las princesitas como tú no deben llorar.

—Quiero hablar con él —sollozó nuevamente, el nudo en mi garganta se apretó.

—Lo harás —prometí—. Voy a colgar e ir a buscarlo, ¿vale?

—Vale —inhaló, me aparté el teléfono de la oreja y terminé la llamada.

Emma seguía hablando con Ansel y Kaylee ya estaba sentada en el sofá de antes. Necesitaba hacer algo rápido.

—¿Puedo? —dije, señalando su teléfono.

Ella me lo entregó un poco recelosa.

—¿Emma? —oí a Ansel preguntar.

—Escucha, no tengo mucho tiempo —inicié—. Soy James. Necesito tu ayuda, presta atención, por favor..

Le expliqué lo que estaba pasando y lo que necesitaba que él hiciera. Una vez confirmó que entendió el plan, se lo expuse a Emma y a Kaylee. No demoramos mucho en llevarlo a cabo.

# Capítulo 48

Tras dejar a Logan y llamar a Daniel para informarle de la situación, fui a buscar a Emma. Ella estaba con Kaylee y Ansel en el apartamento de este último.

Al entrar, cuando vi las maletas de Ansel esperando junto a la entrada, admito que me sorprendí.

—¿Estás mudándote? —no pude evitar preguntarle, él se pasó una mano por su cabellera y asintió con una mueca mientras me dirigía a donde estaban las chicas.

—Al final parece que siempre termino volviendo a Los Ángeles, no importa qué tan lejos vaya —murmuró de mala gana—. Es una larga historia —añadió después, restándole importancia.

Asentí.

En la sala de estar, Emma se acercó a mí apenas me vio. La estreché entre mis brazos y besé su coronilla. Kaylee agachó la mirada, tenía la sensación de que pasaría un tiempo para que ella dejara de sentirse culpable por todo el caos que se ocasionó con la prensa.

—¿Todo bien? —murmuró Emma, preocupada.

Afirmé con la cabeza y saqué las llaves del auto de Kaylee para devolvérselas.

Puesto que el vuelo de Ansel salía pronto, y ya iba con retraso, las despedidas fueron rápidas. Le agradecí por su ayuda y le deseé un buen viaje, Emma compartió un abrazo con él y Kaylee un simple apretón de manos. La pelinegra nos llevó a Emma y a mí a mi

departamento; no fue el trayecto más cómodo, sin embargo, tampoco fue del todo insoportable.

—¿Quieres algo de beber? —le ofrecí a Emma, que acababa de tomar asiento en la sala de estar. Negó con la cabeza—. ¿Ver la televisión? ¿Comer?

Tenía que admitir que solo estaba tratando de distraerme, de hacer algo que me mantuviera ocupado y me permitiera retrasar un poco las explicaciones que tenía que darle. Ayer habíamos hablado, sin embargo, no fue exactamente la conversación que debíamos tener, sobre todo porque el tema ameritaba que fuese presencial y no por teléfono.

—James.*No.* —Emma negó con la cabeza, enarcando una ceja, y yo me rendí.

Tendió su mano hacia mí y yo fui a tomarla, me senté a su lado, concentrándome en la textura de su piel, en sus dedos delgados contra los míos y en el sonido bajo de nuestras respiraciones durante un puñado de minutos.

—Los últimos días han sido de locos —murmuré, mirándola de reojo. Ella asintió—. Imagino que tienes muchas preguntas y..

—James... —me interrumpió, poniendo una mano en mi barbilla para guiar mi rostro al suyo y presionar sus labios contra los míos brevemente—. No estoy haciendo preguntas y no voy a hacerlas. Estoy aquí, contigo, y voy a escuchar únicamente lo que tú quieras decir.

Sus manos buscaron las mías y, aunque eran más grandes que las tuyas, las acunaron protectoramente. Acarició suavemente con sus pulgares mis dorsos y me dio una sonrisa comprensiva.

—Solo... no te cierres, por favor —me pidió—. No te guardes para

ti mismo lo que estás sintiendo porque todo esto es algo digno para enloquecer a una persona, y tú no eres de acero.

Le miré a los ojos durante lo que pareció un largo minuto y finalmente dejé caer la armadura que llevaba encima. Me abracé a ella, hundiendo el rostro en la curva de su cuello, y cerré los ojos con fuerza. Respiré sobre su piel y fue un alivio el simple hecho de poder hacerlo.

Cuando la solté, ella acarició mi mejilla.

—Bonnie intentaba chantajearte —comencé con la parte que ella conocía—. Logan me alertó y entonces sus planes fracasaron. Lo que ocurrió con ellos... yo ya lo sabía. Kaylee me lo dijo poco antes del viaje a Kansas. Yo no quería creerle, dolía pensar que era cierto, pero ella me dio las pruebas. Las mismas jodidas pruebas que hoy están circulando por todos lados.

» El día que fuiste internada después de que discutimos —me mordí los labios, probé el sabor amargo del recuerdo—, ese día fue cuando comprobé que Kaylee no mentía. Y dolía, dolía mucho Emma. Estaba trastornado y antes de darme cuenta me encontraba buscando consuelo en ti... —Le pasé un mechón de cabello detrás de la oreja, ella me escuchaba atentamente mientras que mi voz parecía algo inestable a punto de quebrarse con la sensación de ahogo que me invadía—. ¿Recuerdas la vez que descubriste toda la mierda de mi familia en Coney Island? No lo sabía realmente, pero creo que necesitaba que me sostuvieras de la misma forma en la que lo hiciste aquel día... necesitaba desahogarme con alguien, *contigo*, para evitar que el cabreo que sentía me llevara a matar a golpes a Logan.

—James, yo... —titubeó, una expresión de pesar le cruzó el rostro—. Nunca imaginé lo que estaba pasando ese día, tú estabas

gritándome por Ansel y perdí mis cabales. Me había rendido contigo desde el momento en que Bonnie apareció y en ese momento solo estaba enojada porque quería ser capaz de dejarte atrás y seguir mi vida, pero parecía que te empeñarías en impedírmelo y.. Lo siento.

Negué con la cabeza, tragando el nudo en mi garganta.

—Yo fui quien estuvo reprimiendo y ocultando todo lo que sentía, fui el que te alejó y te dejó pensar cualquier cosa porque tenía miedo y estaba demasiado liado conmigo mismo como para decirte que te quería.

Sostuvo mi mano contra su mejilla y me obsequió una pequeña sonrisa. Tomé un respiro profundo antes de continuar.

—Los días siguientes, estando contigo en el hospital, no tuve tiempo para perder la cabeza por el asunto de Logan y Bonnie, el enojo que me había consumido al principio no era nada comparado con lo que sentía al saber que tu vida estaba en peligro.

» El tiempo se me escapó entre los dedos; creo que una parte de mí no quería remover la herida y por eso evadió las oportunidades de hablar con Logan cuando las tuve. Me enfoqué en ti, solo en ti, y cuando finalmente estuve listo para recibir una explicación, él se marchó a ver a su familia. Yo sabía que llegaba el lunes en la noche, le dije que necesitábamos hablar y entonces de alguna forma pasó todo el desastre de la azotea...

—Bonnie estuvo en la residencia de nuevo ese día —confesó con una pequeña mueca—. Dijo que tenía que encontrarme con ella en Grinders para hablar de algo importante y yo le dije que no lo haría. Entonces recibí esa llamada de Logan, él solo dijo que subiera a la azotea y que no me asustara pasara lo que pasara, que todo estaría bien. En realidad, eso me preocupó más, él sonaba extraño, no como

el Logan que conocía, así que acudí lo más rápido que pude...

Le tomé las manos y se las besé, el silencio reinó entre nosotros. Entendí en este momento que callarte lo que sientes y tragarte el dolor por orgullo no es un signo de fortaleza, que llorar y decir en voz alta lo mucho que duele no te hace débil, y que exactamente era esto lo que necesitaba para purgar mi alma, para liberarla de los demonios que la ennegrecían y que, de mantenerlos en mí, siempre me impedirían ser el hombre que quería ser. Así que lo hice. Dejé que se formaran y fluyeran los surcos salados en mis mejillas mientras sacaba todos esos malos sentimientos que no necesitaba.

De algún modo terminé acurrucado entre los brazos de Emma, arrullado como un niño pequeño que ha despertado de una pesadilla. Es curioso que las cosas que más duelen o asustan no se encuentran en los malos sueños, sino que en la realidad misma... a veces a la luz del día.



Carter, acompañado por dos hombres mastodónticos, apareció en mi puerta temprano por la mañana. Fruncí el ceño, confundido, y mi amigo se quitó la gorra de los Piratas de Pittsburgh para colocársela de nuevo con la visera hacia atrás.

—James, estos son Hachiro —señaló al moreno de ojos rasgados— y Darren —señaló entonces al que usaba lentes oscuros y una barba rubia de candado. Ambos hombres hicieron un asentimiento hacia mí, gesto que correspondí de la misma manera—. Digamos que como las cosas no van muy bien últimamente, papi Dan básicamente no quiere que nos separemos de ellos. Volvemos a los días del debut. ¿La buena noticia? Rafiki también volvió, solo que fue asignado a Logan.

—Vaya... —Parpadeé y finalmente me moví de la entrada, permitiéndoles pasar.

Los dos hombres decidieron quedarse en el corredor mientras que Carter y yo fuimos a la sala de estar.

—Vi las noticias... Si Dan no me hubiese dicho lo que pasó, realmente estaría creyendo que Logan intentó quitarse la vida mientras estaba bajo los efectos del alcohol y tú evitaste que eso pasara. Sé que no quieres saberlo, pero los titulares de las noticias del día de hoy probablemente son peores que los de ayer.

—Lo sé. —Apoyé los codos en mis rodillas y escondí la cara tras mis manos un momento—. Logan no había bebido siquiera. No al grado de perder el juicio como para hacer una tontería de ese tamaño, solo estaba allí sentado, quizá observando el caos... —suspiré—. No lo salvé de nada, Carter. Llegué por mera coincidencia, fui a hablar con él porque nos lo debíamos.

Él asintió despacio mientras colocaba uno de los cojines sobre sus piernas. Se rascó la barbilla y luego me dio una mirada curiosa, como si no se atreviera del todo a decir lo que pasaba por su mente.

—Escuché... escuché que ustedes como que se arreglaron... —Ladeó el rostro—. O sea, todo esto ha sido muy sorprendente. Cuando desperté y vi las noticias de ayer... simplemente no lo podía creer. Que Logan te hiciera eso... —se removió con incomodidad—. Y entonces Dan dijo algo como que hablaste con él y.. ¿fue así de fácil para ti?

Crucé los brazos sobre el pecho, respirando hondo.

—No creo que haya una parte fácil sobre esto Carter, no desde el momento en que me enteré de todo poco antes de ir a Kansas y hasta el día de ayer. Incluso hoy no es fácil.

Él bajó la mirada y dio unos golpecitos con el pie, denotando algo de agobio. Se llevó ambas manos a la cara e inhaló profundo antes de volver a verme con pesar.

—Lo siento... lo siento, James. Es solo que no puedo evitar comparar esta situación con lo que viví con Blake y Lia y... Soy un imbécil. Quiero decir, todo indica que Logan estuvo con Bonnie mientras ella tenía una relación contigo al mismo tiempo y tú le dijiste a él que van a poder solucionarlo, ¿no? —Asentí—. Hace más de un año estaba en un bar con Blake y él me preguntó si yo sentía algo por Lia... le aseguré que solo era una amiga para mí. Yo no recordaba eso para el momento en que estábamos en el resort y los vi besándose... Yo solo me sentía muy herido y estaba cabreado con ellos porque me dolía.

» Aunque el tiempo ha aliviado ese dolor, yo no he podido verlos de la misma forma que antes. Dejé de hablar con ambos, los he evitado todo lo posible y... yo ni siquiera fui realmente engañado. No de la forma en la que pasó contigo.

Aplané los labios y asentí, comprendiendo lo que quería decirme.

—Tú quieres saber por qué ha sido «fácil» para mí perdonar algo como lo que ellos hicieron, ¿no? —algo avergonzado, Carter asintió—. Mira, Cart, he sido mucho tiempo una persona que no me gusta, una de la que no estoy orgulloso, pero tomé la decisión de cambiar eso. Y perdonar no es fácil, nunca lo es, menos cuando quien te lastima es alguien a quien amas. Lamentablemente las malas decisiones que tomamos suelen terminar siendo errores con consecuencias que debemos pagar. Y entre los que cometen errores, yo soy un experto. Yo sé lo que es equivocarse, sé lo que es creerle ciegamente a alguien que no merece esa confianza y sé que errar es

tan humano como respirar.

» Logan siempre ha sido un hermano para mí, él y yo prácticamente nos criamos juntos. Pero entonces mi papá murió y yo tuve que mudarme con mi madre y su estúpido marido porque era menor de edad, así que mi mejor amigo estaba del otro lado del país, las frecuentes visitas que le hacía terminaron y además ya no tenía conmigo a Marie porque Aiden convenció a mi madre de que yo era lo suficientemente grande como para tener una nana. Fue un año duro, creo que empecé a perderme a mí mismo a partir de ese momento. Luego Logan vino a buscarme, me emancipé y ya sabes la historia sobre cómo perseguimos a Daniel hasta que finalmente lo conocimos y lo convencimos de tener una banda.

» Entonces pensaba que estaba todo bien conmigo, pero quizá eso no era tan cierto, ya había empezado a cerrarme a los demás, aunque no tanto como hasta hace poco. El asunto es que soy una persona jodida en muchos sentidos, Carter, y no busco la perfección, pero quiero ser la mejor versión de mí mismo que pueda ser.

—Entiendo eso. De verdad lo hago.

Hice un gesto, asintiendo.

—Mi padre era un hombre muy inteligente, le encantaba leer y le emocionaban los pequeños placeres de la vida como tomar una taza de café. Yo siempre lo admiré, aunque a veces lo que decía carecía de sentido para mí. Cuando mi madre nos abandonó yo estaba furioso con ella y le dije que la odiaba. Entonces él me dijo algo que se quedó grabado aquí. —Me toqué la sien con el índice y sonreí con nostalgia, recordando las palabras exactas—. Me dijo: «Eres humano, James, y no estás exento a equivocarte. Si tú no eres capaz de perdonar, tampoco serás digno de que te perdonen cuando te equivoques.»

—Yo... —Carter miró al suelo, se llenó de aire las mejillas y lo soltó todo de a poco, quizá meditando las palabras—. No sé qué decir justo ahora. No esperaba esto, es decir, yo... yo nunca había pensado de esa manera las cosas. Si te soy honesto creía que habías decidido perdonarlo solo porque Bonnie no te importa y ahora tú estás con Emma. Me siento bastante idiota en este momento, ¿sabes?

No pude evitar reír mientras negaba con la cabeza.

—Todos procesamos las cosas de manera diferente, Carter, no tienes que sentirte idiota. Lo que sí puedo decirte es que perdonar de verdad, de corazón, te alivia más a ti mismo que a la persona a la que perdonas. Después de todo ellos todavía tienen que perdonarse a sí mismos para conseguir ese mismo alivio y, créeme, eso es todavía algo más difícil de hacer porque la culpa nos hace juzgarnos más severamente.



Mi madre y Marie se enteraron de las noticias y estaban vueltas locas de la preocupación. A pesar de que hablé con ellas la noche anterior, cuando aún estaba con Emma, volvieron a llamarme poco después de que Carter se marchara con Hachiro, dejando a Darren custodiándome.

El hombretón, que la verdad resultaba más amable que el que iba detrás de Blake siendo dueño de una mortal seriedad, me llevó a buscar a Emma cuando terminaron sus clases para luego llevarnos a casa de los Sanders, en Staten Island. Acordamos que lo más sensato era que usáramos el auto que él conducía, así que lo hicimos de esa manera.

Entrelacé mis dedos con los de Emma mientras nos dirigíamos al pórtico y tocábamos el timbre. Me di cuenta de que Darren

comprobaba discretamente el perímetro, asegurándose de que realmente estábamos a salvo. Bueno, lo estábamos, la casa de los Sanders era uno de esos sitios imperturbables para nosotros.

—¡Jamie! —Mamá Molly estiró sus brazos para apretujarme en un abrazo, le besé la mejilla y luego casi me deja sordo cuando chilló al darse cuenta de quién me acompañaba—. ¡Emma!

También la abrazó y le besuqueó las mejillas, diciéndole lo contenta que estaba de verla recuperada. Estuvo a punto de llorar.

—Pasen, pasen —nos indicó siendo toda sonrisas, dejando de lado la nostalgia—. ¿Y cuál es tu nombre?

—Darren, señora. Esperaré afuera si mi presencia le hace sentir incómoda —le aseguró el aludido con tono serio y profesional.

—¡Patrañas! Hasta parece que los entrenaron a todos para decir lo mismo —bufó, era gracioso ver a una mujer tan pequeña enfrentándose al corpulento guardaespaldas, que parecía encogerse ante ella—. Adelante, pasa, seguro conoces a Terry y a Hachiro, ¿verdad? Tampoco querían entrar a la casa, pero ellos ya aprendieron que no se contradice a Molly Sanders. Así que no me hagas dar la explicación larga por segunda vez en el día.

Darren asintió, ligeramente desconcertado.

—No venimos en mal momento, ¿verdad?

—Para nada, mi cielo —me aseguró—. Vengan por aquí, todos están en el jardín trasero.

Nos guió hasta allí mientras nos contaba acerca de lo que estaba cocinando, dejando claro que no podíamos negarnos a quedarnos a la cena.

Los otros dos hombres de seguridad, efectivamente, se encontraban sentados con Carter, Eric y el padre de éste último

alrededor de una mesita mientras jugaban a las cartas.

—La hija adoptiva de lo Sanders está aquí finalmente —dijo Eric a Emma mientras la abrazaba—. Bienvenida de nuevo a casa.

—Hola Eric —respondió ella mientras reía y le devolvía el abrazo para luego saludar al resto.

—¿Quieren algo de beber? —nos preguntó mamá Molly pero, antes de que pudiésemos responder, su esposo habló.

—Así que estás saliendo con mi hija adoptiva, Jamie —me dijo Donovan, apuntó con dos dedos sus ojos entrecerrados y luego me señaló con los mismos—. Mucho cuidado, te estaré observando.

—*Estaremos*—le corrigió Eric, haciendo reír al resto.

—Bueno, puedo lidiar con eso. Pudo ser una reacción peor.

Sí, peor como la del real padre de Emma que hasta donde sabía seguía sin quererme cerca de ella.

—Basta de sus cosas, chicos, mi Jamie es pura dulzura y confío en que él hará las cosas bien —me defendió mamá Molly, pellizcándome una mejilla mientras lo decía—. Ahora tú y Darren siéntense a jugar con ellos mientras me robo a la chica un rato. Emma, querida, tú y yo tenemos que ponernos al día sobre muchas cosas. Andando.

Emma me dio una mirada y se encogió de hombros mientras dejaba que mamá Molly entrelazara su brazo con el de ella y la llevara consigo.

—Ah —se detuvo, obligando a Emma a hacer lo mismo—. Les mandaré sus bebidas y unos aperitivos para todos mientras termino de preparar la cena con ayuda de Emma.

—Oh, maldición, la dejaré ayudarlo con la cena —jadeó Eric—. Ella no lo hace con cualquiera. ¡Emma, más vale que recuerdes que prometiste no robarme el puesto de hijo favorito! —gritó cuando

ellas ya estaban entrando a la casa.

—Eres un celoso —se burló Carter, ganándose un puchero como respuesta.

Don organizó las cosas, haciéndonos lugar en la mesa de juego a Darren y a mí. Era agradable estar jugando a los naipes con ellos mientras conversábamos, un auténtico respiro de los problemas en los que estábamos metidos.

La situación de Bad Boy era crítica, Daniel y Mike simplemente habían lanzado un comunicado de prensa anunciando el cese de actividades durante los próximos seis meses, sin embargo, acordaron que el lunes a primera hora de la mañana tendríamos una reunión para decidir en conjunto el futuro de la banda. Y la verdad era que no pintaba nada bien, pero no quería pensar en ello en este momento.

Cuando nos reunimos más tarde en el comedor para cenar, todo olía delicioso. Había tanta comida que parecía incluso demasiada para la cantidad de personas que estábamos alrededor de la mesa. Y no éramos pocos.

—Hola familia, buenas noches. Vaya, tenemos casa llena. — Marley nos sonrió mientras se quitaba el saco de encima—. Y encontré a una persona más en la entrada, así que creo que necesitamos dos puestos más en la mesa, mamá.

Detrás de ella, una rubia de ojos claros, alta y de nariz respingona, sonrió también.

—¡Pensé que no llegarías a tiempo, Lily! —dijo Eric con una enorme sonrisa mientras se ponía de pie para saludarla con un beso en la mejilla.

—Claro. Y Marley que se muera, ella no se merece un beso de su hermanito al cual no ha visto en varios días —se quejó Mar en broma,

aun así, Eric fue a darle un beso en la mejilla mientras que los lugares extra en la mesa eran puestos.

La rubia, Lily, se sentó junto a Eric; ambos conversaban sobre algo que parecía tenerlos muy entretenidos mientras que el resto nos manteníamos en una conversación más global que incluía muchos halagos a la deliciosa comida de mamá Molly. Entonces, mientras observaba a Eric y su *amiga*, pensé en lo que Carter dijo el otro día y se me ocurrió que quizá mis suposiciones de que había algo entre el primero y Aria, la compañera de dormitorio de Emma, habían sido equivocadas.

Emma y yo teníamos asientos contiguos en la mesa, me agradó ver lo feliz que se encontraba aquí. Me gustó la forma en la que sonreía y conversaba con todos. Sin duda la casa de los Sanders siempre era un buen lugar para estar.

Le tomé la mano por debajo de la mesa y le sonreí.

—¿Así que estuviste en una cocina y no hubo un incendio? —susurré para que solo ella me escuchara.

—¡Oye! —hizo un puchero de enfado que resultaba gracioso—. Qué pesado. La verdad es que solo hice cosas muy fáciles vigilada por mamá Molly, lo que se traduce a que realmente no hice nada que pudiera ocasionar un incendio.

—¿O habríamos tenido que llamar a los bomberos? —dije para molestarla.

—Gracias por la fe que me tienes como cocinera —rodó los ojos—. Puedes apostar que aprenderé un día, pero entonces no voy a cocinarte nada.

—Bien —me encogí de hombros y arrugué la nariz—. De cualquier forma, no quiero que me cocines, quiero que me beses.

Frunció los labios y entonces aproveché para robarle un beso antes de que replicara.

— ¿Ves? Justo de esa manera.

— ¡Estoy vigilándote, James! —advirtió Don, llamando nuestra atención. Las mejillas de Emma se colorearon de un color rojizo y yo me eché a reír.

Pronto me encontraba conduciendo el auto de Kaylee mientras que ella y Emma estaban en el de Ansel. Usar la puerta de acceso para los proveedores del comedor fue la mejor opción para salir sin toparnos con la horda de reporteros.

Conduje hasta SoHo, las cosas no eran mejores por aquí. Fuera de la torre departamental donde vivía Logan se hallaban una buena cantidad de reporteros haciendo su trabajo. En el balcón del quinto piso, Logan estaba sentado en el filo con la mirada perdida y una botella en las manos. Mierda. Bajé del auto a las prisas, me abrí paso entre la gente tan rápido que cuando se dieron cuenta de que se trataba de mí fue demasiado tarde para ellos. El guardia de la entrada, que manejaba con trabajo junto a otros dos muchachos el mantener a los buitres fuera del edificio, me reconoció y me dejó ingresar.

Subí corriendo, sin tiempo de esperar el maldito elevador, y cuando llegué al piso indicado corrí hasta su puerta, jadeando. Hice memoria, con el miedo royéndome, y tecleé la clave de acceso que Logan me había confiado.

Corrí a su habitación, saliendo directamente al balcón, pero me detuve en seco al llegar hasta allí; temía hacer un movimiento brusco que causara cosas irremediables. Logan giró el rostro, encontrándome, tenía los ojos enrojecidos y turbios. Abrió la boca y

la cerró al instante, lucía confundido. Se removió un poco y yo pensé que podía caer, lo que me hizo tensar.

—¿James? ¿Qué...? —Respiró profundamente y luego sacudió la cabeza, devolviendo su cuerpo completamente al lado seguro del balcón, donde ya no me preocupaba que hiciera un mal movimiento. Se inclinó y dejó la botella en el suelo, apenas le había dado un trago, al parecer—. ¿Qué haces aquí?

—Vine... para que hablemos. Sobre Bonnie —expliqué lentamente, midiendo mis palabras—. Entremos, Logan. No les des el poder sobre tu vida dejando que te vean de esta manera, dando la impresión de que ibas a suicidarte o algo por el estilo. Si no quieres hacerlo por ti mismo, hazlo por tu familia. ¿Qué mierda piensas que están diciendo todos esos reporteros al verte sentado en el balcón de esa manera luego de lo que está pasando? ¿Crees que tu mamá estará bien leyendo ese tipo de noticias? ¿Y Kaity?

Tragó saliva y sorbió la nariz mientras bajaba la mirada. No me respondió, sin embargo, se adentró en la habitación. Lo seguí hasta la sala, nos sentamos allí y esperé unos minutos, meditando la forma de comenzar la conversación.

—Todo es un puto caos —dijo él, apoyando los codos en sus piernas y hundiendo la cara en las manos—. Y es mi jodida culpa.

—Yo... vi ese video y las fotos cuando estábamos en Kansas. Kaylee me había dicho al respecto antes, pero fue hasta el viaje que hicimos por la boda de Freya y Hudson que lo vi con mis propios ojos. Es una larga historia, pero estamos seguros de que fue Bonnie quien hizo todo esto de enviar la información a la prensa.

—Tiene sentido, ella solo es feliz si puede dañar a los demás —murmuró, pasándose las manos por el rostro de aspecto desaliñado

—. Pensé que estabas actuando raro conmigo desde entonces, debí haber imaginado algo como esto. Kaylee me habló el domingo y me dijo que te lo había dicho. Realmente lamento que todo el mundo esté hablando sobre ti por mi culpa, James. Realmente lo hago.

—Honestamente, Logan, me importa una mierda todo el mundo y lo que estén hablando en estos momentos sobre mí. La razón por la que estoy aquí es porque has sido mi mejor amigo durante toda una jodida vida, y ¡maldición!, quiero saber por qué hiciste esto. Quiero saber por qué nunca me dijiste lo que pasaba contigo y Bonnie.

La garganta se me atenazó y noté los ojos acuosos.

Después de lo que me parecieron unos demasiado lentos segundos, él llenó de oxígeno sus pulmones y comenzó a hablar.

—Te hablé de ella, James, sí lo hice. Acabábamos de terminar el tour, Daniel nos dio un descanso y lo primero que hice fue tomar un avión para ir con mi familia. Leighton llegó unos días después a la casa con su nueva mejor amiga y me la presentó. Era guapa y todo un encanto, a estas alturas creo que ambos sabemos que a Bonnie se le facilita engatusar a la gente. Pasé con ella todas las vacaciones escuchándola hablar sobre su sueño de ser actriz y sobre su familia disfuncional con la que no era feliz. Me dijo algo sobre su padrastro maltratándola... no sé si sea cierto o no, pero parecía que sí. Así que le prometí ayudarla a llegar a Beat, dejé toda su información sobre el escritorio de Daniel cuando regresé a Nueva York y fue cuestión de tiempo para que él la contactara para ingresar al programa de aprendices. Yo...

Fruncí el ceño, notando algo pesado aplastándome el pecho. Recordaba esas vacaciones, recordaba la mención de una chica sobre la que luego nunca más volvió a hablar.

—¿Ella era «B»? —pregunté, sabiendo de antemano la respuesta.

Logan asintió lentamente, los músculos de su rostro tensándose.

—Ella era B. —Cerré los ojos, apretándome el puente de la nariz con dos dedos—. Todo fue muy rápido cuando llegó a Nueva York. Salieron unas fotos de mí con una chica en un bar y ella lo usó como pretexto para terminar conmigo. Lo siguiente de lo que me enteré es que tú la conociste y estabas tan entusiasmado con ella...

—¿Por qué no me lo dijiste entonces? ¿Por qué, Logan?

—No pude hacerlo. Traté, pero no pude. Todavía pensaba que ella era buena en ese entonces, James. Y sabía que tú eras una mejor opción que yo como pareja, así que decidí hacerme a un lado para que ustedes... —Se llevó las manos al rostro—. Nunca te había visto tan entusiasmado por una chica como lo estabas con ella, James.

—Entonces... ¿ese era el plan? ¿Me cedías a la chica, pero seguirías follando con ella cuando tuvieras oportunidad?

Él se mordió los labios, la barbilla le tembló.

—No, no es así. Iba a hacerme a un lado totalmente porque creí que ustedes podían ser felices juntos. —Se encogió de hombros y cepilló su cabello con sus dedos, frustrado—. Por un tiempo lo creí de verdad, pero entonces ella vino a decirme todo esto sobre ti y las cosas se salieron de control. Dijo que estabas mal, que estabas obsesionado con ella y la obligabas a estar contigo. Bonnie... ella es la mejor actriz que he conocido, James. Cuando lloraba de esa manera, me doblegaba. Nunca me gustó ver llorar a una mujer, y ella lo supo usar a su favor.

—Pensé... pensé que me conocías mejor.

—Lo sé —musitó, mirándome a los ojos. El agua salada se derramó por los bordes de los suyos—. No intento justificarme, de

verdad que no, pero todo fue complicado y confuso para mí en esa época. Ella tenía tu voz en una grabación diciendo exactamente las cosas que corroboraban que no mentía... Me estaba volviendo loco, no sabía cómo ayudar a ninguno de los dos. Fue hasta que ella se marchó, cuando te encontré escuchando otra grabación parecida, que me enteré por ti que la ayudabas con sus puñeteros libretos. —Pasó sus manos por su cabello—. Todo había sido planeado, y si me lo preguntas, yo todavía no entiendo la razón, no entiendo por qué ella quería estar con los dos. No entiendo por qué me dejó, por qué inició algo contigo y luego volvió a buscarme con mentiras... no lo hago.

—Yo... —llevé las manos a mi rostro, me sentía sofocado—. No sé qué pensar en este momento, Logan.

—No estoy justificándome. Me equivoqué, si estás odiándome es porque lo merezco. Te traicioné, traicioné nuestra amistad y fui un cobarde al quedarme callado todo este tiempo. Dejé que Bonnie me envolviera, actué de la forma en que ella quería, justo como le convenía. Debí ser honesto contigo desde el principio, pero no puedo cambiar las decisiones que tomé en el pasado por mucho que quiera. Elegí el silencio porque creí que no era el momento adecuado para decirte la verdad, pero lo cierto es que ningún momento iba a ser el adecuado, James. Yo solo estaba jodidamente aterrado ante la idea de que no quisieras escucharme, de que pensaras que había sido mi culpa que ella se fuera de tu lado... Yo... no quería arruinar las cosas entre nosotros. Pero supongo que lo único que hice fue retrasar lo inevitable.

—Cuando ella me dejó, ¿tú sabías la verdad del por qué se iba? ¿Sabías que estaba torturándome por alguien que ni siquiera valía la pena?

Agachó la cabeza.

—La última vez que la vi, antes de que desapareciera, discutimos fuertemente. Dios, le dije cosas que ningún hombre tendría que decirle a una mujer jamás. Y eso no se sintió bien, no lo hizo. Pero yo estaba tan cansado de todo. Ella me estaba asfixiando, ya no podía aguantarlo más. Le había pedido en varias ocasiones que te confrontara, le dije que si realmente estaba viviendo un infierno entonces ella tenía que hablar, decirlo todo. Y no solo a mí, tenía que enfrentarte y conseguir ayuda para ambos. Yo estaba cansado de guardar su secreto y de tener que ir a su encuentro cada vez que ella me llamaba. Tal vez a ti te torturó su ausencia, pero te aseguro yo viví el tormento de su presencia.

» La forma en que reaccionó cuando le dije que me encargaría yo mismo de resolver las cosas terminó de quitarme la venda de los ojos. Ella no podía ser tan honesta si se negaba con tanto ahínco a seguir callando lo que decía que ocurría contigo. Cuando se fue, pensé que era lo mejor que podía pasarnos a todos. Me sentía miserable porque estabas sufriendo por alguien que no valía la pena, pero, a pesar de ello, no pude decirte la verdad, aunque lo intenté en más de una ocasión. Tú lo has dicho, James, has sido mi mejor amigo de toda la vida... Yo no me atrevía a aceptar que no soy digno de esa amistad.

Me llevé ambas manos al rostro, sentía la cabeza embotada y punzante con tantas cosas cruzándome el pensamiento a toda velocidad.

—Lo siento, James. Estoy pidiéndote perdón por no haber sido el amigo que merecías, por ocultarte las cosas, por no creer en ti... por todo. Ojalá nunca la hubiese conocido y nunca la hubiese traído a

nuestras vidas. Mira cómo ha terminado, estoy arruinándolos a todos.

Me puse de pie, tragando el nudo que me atenazaba la garganta, y cogí el teléfono de la base que estaba en la mesita. Me acerqué a Logan y se lo tendí.

—Vamos a arreglar las cosas de algún modo. Dame un poco de tiempo, necesito pensar con calma, ¿vale? Solo necesito algo de tiempo.

Asintió, sombrío.

—Ahora quiero que llames a Kaity y le digas que estás bien, me llamó muy asustada preguntando por ti. Habla con tu familia y no hagas esa tontería de sentarte en ese balcón como si tuvieses intenciones de quitarte la vida. Tú no eres ese cobarde y vas a recordarlo en este momento, Logan Price. Te equivocaste y actuaste como uno en una cosa, pero no tienes que hacer lo mismo el resto de tu vida. Si no quieres verme realmente cabreado, mejor hazme caso.

Le entregué el teléfono y apreté mi mano en su hombro. En este momento era más de lo que me sentía capaz de hacer. Necesitaba digerir todo lo que habíamos hablado y depurarme de ello.

—Voy a llamarte más tarde. —Liberé su hombro y me encaminé hacia la puerta, me volví hacia él antes de abrir—. Vamos a salir de esta, Logan. Hasta en las mejores familias hay problemas. No me decepciones.

# Capítulo 49

Desde el momento exacto en el que vi las caras de Eric, Blake y Carter al llegar supe que algo no iba bien. Frunciendo el ceño me acerqué a ellos, que rodeaban el escritorio de Lori, quien se mordía los labios mientras pasaba la mirada por los rostros de los tres.

—¿Qué está pasando? —pregunté, consiguiendo que voltearan a verme—. ¿No está Daniel?

Los chicos hicieron muecas, viéndose los unos a los otros.

—Está dentro... hablando con Logan —me informó Lori—. Llevan allí un rato y me pidió que nadie los interrumpa.

Por la forma en la que lo dijo eso no podía significar algo bueno. Se supone que los cinco hablaríamos hoy con Daniel, no solo Logan. El teléfono de Lori sonó, haciéndola dar un brinco y luego maldecir. Ella comprobó el número de quien llamaba y luego revisó una pequeña agenda antes de decidir que no atendería.

—¿Estás bien? —le preguntó Eric, inclinándose hacia ella con preocupación.

Lori hizo un gesto, sacudiendo las manos.

—Ellos no se cansan de llamar. Daniel dijo que ya no tengo que atenderlos, estoy bien, Eric. Gracias por preguntar. El trabajo se puso un poco agitado, es todo.

—Ve por un té y toma cinco minutos para ti, ¿vale?

—Tengo un montón de trabajo...

—*Shhh*—le puso la mano en el hombro y le sonrió—. Cariño, te ves estresada. Tienes un montón de trabajo y estrés y es apenas

media mañana, no creo que vaya a salir bien si no te tomas cinco minutos para ti misma. Nosotros —se señaló a sí mismo y a nosotros — cuidamos la base por ti, ¿de acuerdo?

Lori llenó sus pulmones de aire y al expulsarlo todo, se rindió.

—Bueno. Solo cinco minutos, gracias de nuevo, Eric.

El aludido le sonrió mientras asentía y ella dejó su lugar, siguiendo el consejo.

—¿Acabas de coquetear con Lori? —preguntó Blake, enarcando una ceja.

Eric se volvió hacia él con una sonrisa pretenciosa.

—Solo he sido amable con ella, no me interesa destruir su matrimonio de casi cinco años con un buen hombre que por cierto es el padre de su hijo. Además, sabes que te soy fiel a ti —le guiñó un ojo y Blake resopló.

—¿Fiel a él o a la rubia?

—Oh, Carter, no trates de sembrar la discordia entre nosotros solo porque te da envidia que nuestro *bromance* sea tan genial. Yo sé que duele, pero eres mejor que esto. Y, por cierto, solo te recuerdo que la «rubia» tiene un nombre.

—Sí, tiene el nombre de la chica con la que no funcionó una vez, así que no sé qué te hace pensar que funcionará ahora.

—Okay, ¿podemos detenernos un minuto? —pedí, agobiado—. Estoy estresándome por lo que pueda estar ocurriendo allí adentro como para seguir oyendo esta conversación. ¿Nadie más lo está?

El ambiente se enserió, creo que todo el parloteo era simplemente un distractor de la realidad. Una realidad que podría ser no muy buena. Blake, que tenía los brazos cruzados, se aclaró la garganta.

—Hay algo que debo decirles. Sobre Logan.

—¿Sabes algo sobre esto? —señalé la puerta de la oficina de Daniel, él se mordió los labios y asintió.

—Estamos escuchándote, no te detengas —le instó Carter.

—No estoy seguro, pero creo que él podría estar negociando su salida de la banda.

—¡¿Qué?! —jadeó Eric, reaccionando por el resto de nosotros.

Blake hizo un puño en su cabeza, arrancándose el gorrito de lana negro que llevaba puesto.

—Me pasé por su casa este fin de semana. No me dijo que fuera a hacerlo, pero creo que se trata de eso... Es una situación complicada.

Apreté los labios, frustrado.

—No sé ustedes, chicos, pero no voy a quedarme aquí esperando a que salgan a darme esa noticia. Todos somos parte de Bad Boy, irse o quedarse no es algo que se deba discutir sin nosotros.

—James... —me detuvo Blake, poniéndome la mano en el hombro con la suficiente fuerza como para hacerme ver que no sería muy listo tratar de soltarme—. Espera un poco. Habla conmigo primero.

Me alejó del resto para hablar en privado, lo cual me molestó porque no me gustó la posibilidad de que él pudiera querer intentar disuadirme.

—No puedo dejar que se vaya, Blake. —Me crucé de brazos—. Todos hicimos una promesa, ¿recuerdas? Bad Boy son cinco personas, no cuatro. Y esto es estúpido, le dije que lo íbamos a arreglar.

—Tampoco quiero que se vaya, James. —Se pasó la mano por el mentón cubierto de un rastro de barba y ladeó el rostro, tratando de encontrar cómo continuar—. Pero esto no es fácil. Escucha, tú tienes todo mi respeto porque has hecho algo que la mayoría de las personas no puede hacer. ¿Perdonar? Gran parte de la gente prefiere

perder un pedazo de su alma antes que hacerlo. La verdad es que el orgullo es cabrón, hermano. Mi madre suele decir que entre más orgulloso el hombre, más grande es su soledad. A lo que quiero llegar es que creo que toda esta situación es una mierda y no debes estarla pasando bien, pero creo que es peor para Logan. Y no estoy compadeciéndolo, él tomó sus decisiones, cometió sus errores y ahora los está pagando. Esa es la manera en la que funciona la vida.

—Lo entiendo, Blake, pero...

—Pero —me interrumpió— debes entender también que quizá no va a haber nada que podamos hacer para convencerlo. Tú puedes tener las cosas claras, puedes haberlo perdonado, pero él no se perdona a sí mismo de la forma en la que muchas otras personas no lo perdonan ni lo perdonarán...

Fruncí el ceño, no entendiendo qué quería decir con eso último.

—¿A qué te refieres?

—A que somos figuras públicas, James. Y este problema entre ustedes dos se hizo un problema de millones de personas más en el momento en que salió en las noticias. Tú tienes la simpatía, eres el chico que fue traicionado y engañado, pero él es quien traicionó y engañó. Y, ¿sabes?, las fans son algo maravilloso, pueden amarte intensamente un día como odiarte con el mismo ardor al siguiente. No somos perfectos ni súper especiales, pero a veces creo que ellas piensan que sí. Los errores no se admiten para nosotros porque eso es algo común de los simples humanos y ellas nos han idealizado como algo más que eso. Entonces Logan no solo te traicionó a ti, traicionó también a un montón de fanáticas que no esperaban algo así de él. Y quizá tú puedas perdonar, pero muchas de ellas no.

» Hemos tenido algunas experiencias muy locas con las chicas del

club de fans local, algunas que asustan como el hecho de que consiguieran colarse dentro de tu departamento. Pero déjame decirte, James, que hay algo que asusta más que esas chicas que te persiguen porque te aman y eso es las chicas que te persiguen porque te odian. Por ello no sé si sería lo mejor añadirle esta presión a Logan en este momento. Él tiene mucho que arreglar consigo mismo, el hombre está mal al grado de decir que habría preferido que lo golpearas y lo odiaras por lo que hizo. Lidiar con la culpa es más difícil cuando sientes que no has recibido el castigo que mereces...

Antes de que pudiera decirle algo en respuesta, la puerta de la oficina de Daniel se abrió, acaparando nuestra atención. Ni Logan ni Daniel parecían sorprendidos de vernos allí.

—Chicos —dijo Dan, haciendo una mueca—. Vengan todos, necesitamos hablar sobre algo importante.

—¿De verdad quieres irte? —le preguntó Eric a Logan, quien me miró a los ojos y agachó la cabeza al instante. No dijo nada.

—Pasen y hablaremos al respecto —insistió Daniel.

—Tienes razón —murmuré en voz baja a Blake finalmente—. Pero tú sabes lo que dejarlo ir significa, ¿verdad?

—Lo sé. Todos lo sabemos.

Asintió y yo lo hice también, entonces avancé con furiosas zancadas hacia Logan, cerré mi puño y lo estrellé en un lado de su cara, haciendo que mis nudillos crujieran con el impacto.

—¡James! —gritó Daniel, sosteniendo a Logan, que ya tenía una mano en el lugar donde le golpeé.

Estaba cabreado. Mucho.

—Esto no es porque te hayas acostado con Bonnie cuando era mi novia, ni porque le creyeras a ella en lugar de hablar conmigo o

porque te callaras todo este tiempo. ¿Querías que te golpeará? —le apunté con el dedo en el pecho, mostrándole los dientes—. Ahora lo tienes, pero ni por un segundo te sientas mejor pensando que es porque te odio por lo que hiciste. Esto es por la estúpida decisión que has tomado por tu cuenta sin considerarnos.

—James —Daniel me dio una mirada severa—. Entra a la oficina. Todos entren. *Ahora*. Y tú, Lori, consigue por favor algo para el golpe en la cara de este chico —ordenó, enviándole una mirada a su asistente, que acababa de regresar, antes de entrar de primero a su oficina.

Bufando, choqué el hombro de Logan al ir tras Daniel. Lo seguí por la puerta que conectaba a la sala de juntas y tomé asiento, los demás no demoraron mucho en unírseos.

Casi enseguida entraron también Michael y Lia.

—Como todos saben —inició Daniel— la situación de Bad Boy en este momento es crítica. Los escándalos recientes han tenido demasiados efectos negativos, hemos estado estudiando el caso y no mentiré, no se ve como algo fácil para resolver. Lia, explícales por favor.

La pelinegra asintió y comenzó a detallar un reporte de daños. Habló, entre varias cosas, sobre las estadísticas de las redes sociales, donde las reacciones negativas podían apreciarse claramente. En pocas palabras nada de lo que dijo era alentador.

El pesimismo se apoderó de la sala de juntas para cuando Lia terminó de hablar. Lori apareció con una bolsa de hielo que le entregó a Logan, quien enseguida la colocó en el área de su cara que ya se encontraba de un color poco sano.

—¿Entonces no hay esperanza? ¿Estamos enterrados ya? —

preguntó Eric, abatido.

—Creo que no diría eso —dijo ella—. Bad Boy podría superar esto, el problema es... —miró a Logan y se mordió los labios, bajando la mirada.

—Su imagen está muy dañada en este momento —intervino Michael con su tono de hombre de negocios—. Nunca pensé que llegaría el día en que diría esto, pero justo ahora la gente no quiere a Logan.

—Y él lo sabe —indicó Daniel—. Razón por la que cree que sería mejor para todos si él deja la banda —añadió, enviándome una mirada—. Le dije que eso teníamos que discutirlo en conjunto. Pero gracias, James, por hacerle saber con tu puño que no aprobamos la idea. La siguiente vez, por favor, las palabras serían una mejor opción.

Puse los ojos en blanco.

—La realidad es, chicos, que salir de este bache los cinco juntos será una tarea complicada, por no decir imposible, que es lo que la gente está diciendo —murmuró Michael, produciendo quejas de varios de los presentes—. Y créanme, me duele como no tienen idea. Pero estamos aquí para tomar una decisión y quiero que eso sea lo mejor para todos, así que tómenlo con calma.

—Así que nuestras opciones son continuar los cinco y fracasar o sacar a Logan y seguir los otros cuatro como si nada pasara, ¿no? —escupió Carter.

—Bad Boy solo puede existir con los cinco de nosotros —declaró Blake seriamente.

—Escuchen, esto es mi culpa, mis errores. No voy a compartir las consecuencias con ustedes —dijo Logan, alterado, arrojando la bolsa

de hielo en la mesa—. Ya he hecho bastante como para arrastrarlos en la mierda a todos ustedes también. No hay decisión que pensar, ¿sí? Demostré que no merezco el lugar, así que no tenemos que hacer todo esto complicado.

—Si se trata de eso estoy bastante seguro de que ninguno lo merece —respondió Blake tranquilamente—. Cada uno de nosotros ha fallado de algún modo, en algún momento.

—No así de mal —replicó Logan, pellizcándose el puente de la nariz—. Aprecio esto, de verdad, pero no puedo permitirme arruinarlos más.

—Entonces eso es todo, ¿no? —dije, compartiendo una mirada con Blake, Eric y Carter para comprobar que estábamos todos de acuerdo, entonces me puse de pie y miré a Daniel—. Lo más sensato es que Logan se vaya, él quiere irse y nosotros no vamos a continuar como una banda de cuatro miembros. Ustedes pueden hacer el anuncio cuando quieran, Bad Boy ha terminado.

—James, eso es demasiado apresurado, no puedes tomar esa decisión por ti mismo —saltó enseguida Michael.

—De hecho, tienes razón, Mike, es una decisión que nos corresponde a todos. Y yo estoy de acuerdo con James —indicó Blake, poniéndose de pie.

Carter y Eric dejaron sus sillas también.

—Creo que no hay más que discutir, ¿no? —murmuró Carter—. Ninguno de nosotros está feliz con esto, pero es lo que es.

—Empezamos cinco, nos vamos cinco —dijo Eric.

Daniel se llevó ambas manos a la cara, frustrado.

—Chicos, por favor —suplicó Logan, en un desesperado intento de hacernos cambiar de opinión—. No hagan esto.

—Es nuestra decisión, no tuya —acertó a decir Blake—. Iniciamos esto con una promesa, nos vamos a ir cumpliéndola. No habría honor en quedarnos... no sería lo mismo. Después de que hagan el anuncio oficial —se dirigió a Dan y Mike— me gustaría que pudiéramos despedirnos de forma apropiada de nuestras fans.

【◆◆◆】

Miré al techo por horas. Se me oprimía el pecho y se me ponía un nudo en la garganta cada vez que pensaba acerca de la decisión que habíamos tomado, pero sabía que era lo correcto. Hacía un tiempo, cuando estaba cegado por las mentiras de Bonnie, llegué a desear dejar la banda. Sentía que la fama me asfixiaba y solo podía ver las cosas malas, pero ahora que el momento de dejar Bad Boy era algo real me daba cuenta de lo mucho que dolía. Decir adiós no sería fácil de sobrellevar.

Oí golpes en la puerta, así que me levanté del sofá, tirando sin querer la lata vacía de Mountain Dew que estaba a mis pies, y fui a abrir.

—Hola. —Emma me sonrió, llevaba las manos dentro de los bolsillos de su cárdigan de colores—. ¿Puedo entrar?

—Eres siempre bienvenida —aseguré, inclinándome para darle un beso antes de moverme del camino para que entrara.

—Me alegro de que las reglas de tu «cueva» cambiaran.

—Eres mi novia, es justo que cambiaran —cerré la puerta y la invité a sentarse en el sofá.

Emma rió, dejando su bolso a un lado mientras tomaba asiento.

Me senté a su lado y puse mi mano en su rodilla.

—¿Cómo ha ido tu día? —me preguntó.

—Um... no quiero hablar de eso ahora. Primero cuéntame sobre el

tuyo, ahora que lo pienso no me habías escrito ni dijiste que vendrías.

—Sí, tuve un día ocupado. Estaba en la biblioteca que está cerca e imaginé que estabas aquí así que vine en lugar de llamar. Me sorprendió que no hubiese reporteros afuera...

—Daniel se encargó de ello.

—Qué bueno. ¿Y quieres saber otra cosa que me sorprendió?

—¿Qué? —dije, mirándola con atención.

—Allá abajo Bonnie acaba de hacer todo un espectáculo.

—¿De qué hablas? —fruncí el ceño—. ¿Te hizo algo?

—No, creo que ni siquiera me vio. Lo que pasa es que estaba bastante ocupada despotricando y llegando incluso a los golpes con su manager y unos hombres que al parecer son de la producción de la película en la que participaba.

—¿En serio?

—Estaba enloquecida —asintió—. Creo que a la gente de la producción no le gustó saber que su protagonista estaba en un escándalo gigantesco de infidelidad con los miembros de Bad Boy.

—Oh Dios, ¿la descubrieron?

—La gente no es tonta, James, esta mañana los medios revelaron su identidad y por supuesto la ligaron a la película que filmaba. Pensé que ya lo sabrías para este momento...

—Nope. Ha sido un día duro, lo menos por lo que me preocupé fue por enterarme de las noticias.

—Bueno, ahora lo sabes. Su venganza no le salió tan bien porque ahora oficialmente su carrera de actriz ha muerto. Como sea, ¿quieres hablar de tu día duro conmigo?

—Quiero. —Le sonreí, tomándole la barbilla con dos dedos para

dirigir su boca a la mía y besarla—. Pero que sea mientras cenamos en algún sitio o algo, ¿vale? No aquí.

—De acuerdo, vamos.

Salimos tomados de la mano, bajamos las escaleras y luego continuamos por el ascensor hasta la recepción. Había poco movimiento en la empresa a esta hora, me despedí de Ted, quien estaba recogiendo sus cosas para ir a casa como el resto, y recordé que no había dejado el auto en el estacionamiento subterráneo.

—¿Qué pasa?

—Espérame en la entrada, ¿sí? Voy a buscar el auto.

Ella entrecerró los ojos hacia mí.

—Todavía te preocupa que nos vean juntos, ¿verdad?

—No es por mí. —Ubiqué mi mano en un lado de su mejilla, acariciándosela—. Es que una vez que tengan una confirmación de lo nuestro puede que las cosas se agiten un poco para ti... o bastante.

—Me gusta mi vida siendo tranquila, James, y la fama no es mi sueño. Pero no vamos a ocultarnos para siempre porque no estamos haciendo nada malo. Si tengo que lidiar con un poco de atención de ellos, está bien, creo que puede ser sofocante unos días, pero luego se va a calmar. Esa es la cosa con los chismes, siempre habrá uno nuevo que interese más que el anterior.

Lentamente dejé que una sonrisa ocupara lugar en mi cara, y acuné su rostro con mis dos manos.

—¿Te he dicho alguna vez que eres asombrosa?

—Quizás, pero deberías repetirlo más seguido —rodó los ojos, riendo.

—Eres asombrosa —dije, y la besé al instante siguiente. Moví mis labios sobre los suyos lentamente, disfrutando del contacto y del

sabor de su boca.

La sentí sonreír en medio del beso. Uní mi frente a la suya y tomé un respiro hondo antes de depositar un beso más, ahora en su frente.

—Vamos.

Entrelazamos las manos y al salir, encontramos un pequeño desastre en nuestro camino. Cerca de una de las columnas exteriores había tres chicas y un hombre que vestía de negro que parecía ser su víctima. Una de ellas tenía una cámara en la mano, misma que despedazó al lanzarla al suelo al instante siguiente. Fruncí el ceño y de forma automática coloqué a Emma detrás de mí. Solo me bastó verlas un momento para reconocerlas. Una de ellas había estado en mi departamento una vez y había enloquecido al verme con Bonnie, la otra había conseguido ser mi asistente el año pasado por un escaso periodo de tiempo.

Mierda.

El hombre comenzó a maldecirlas por romper su cámara, misma que ya podía imaginarme qué fotos contenían.

—Hay que irnos —le dije a Emma, pero fue tarde.

—¡James! —oí el grito a mis espaldas, ellas nos vieron.

Al volverme, las tres me miraban. El hombre al que habían estado amenazando antes se tiró sobre los restos de su cámara y creo que encontró algo que le hizo feliz, porque enseguida lo tomó y se levantó para irse corriendo como si hubiese encontrado el billete ganador de la lotería.

—¿Quién es esta chica? —preguntó una de ellas, una de las dos morenas, la que llevaba el cabello a la altura de los hombros.

Al no recibir una respuesta, dio un paso al frente.

—¿Qué demonios piensas que haces? —me recriminó—. ¿No

puedes ver el maldito problema en el que están metidos todos ustedes? ¡No necesitan más escándalos para alimentar a esos gordos paparazis! ¡¿Qué mierda piensas exhibiéndote con esta chica?!

—No tengo por qué responder nada de eso —dije, mirándola seriamente—. Vámonos.

Apreté la mano de Emma para que me siguiera, pero las chicas también se movieron, cerrándonos el paso. La morena tenía lágrimas saltándole en los ojos y me miraba con resentimiento.

—Nosotras hemos estado siempre ahí para ti —dijo, decepcionada—. Somos tus fans. Te hemos apoyado. Tú no puedes pagarnos de esta manera. Tendrías que estar siempre para nosotras... ¿Y qué es lo que estás haciendo ahora que todo es un desastre? Bad Boy está cayendo, tu deber es arreglarlo, asegurarnos que todo estará bien, no besuquearte con esta chica mientras te toman fotos para publicar nuevos escándalos mañana. Parece que no te importara la banda, quizá por eso te merecías que Logan durmiera con tu puta. Te veo y no puedo reconocerte en este momento. El J-Wolf que conozco, admiro y amo estaría haciendo hasta lo imposible por rescatar a Bad Boy, no hundirlo más.

—Tal vez tienes algo de razón en lo que dices, pero te equivocas. Créeme, yo les agradezco todo ese apoyo del que hablas, agradezco que les guste mi trabajo y el hecho de que sean parte de lo que hizo que Bad Boy llegara hasta donde llegó. Las fans hacen al artista. Una carrera que no tiene apoyo está destinada a morir y yo les doy las gracias por todo este tiempo que no nos dejaron caer, pero esto no significa que ustedes hayan adquirido un poder sobre nosotros. Ser una fanática no les da el derecho de controlar nuestras vidas. Hoy he estado pensando mucho en ustedes y me siento realmente triste

porque durante los últimos años he sentido todo este enojo, he pensado lo peor de todas por unas cuantas situaciones y me arrepiento tanto por ello. He estado mal, pero ustedes también. Creo que en el fondo lo saben —le di una mirada a Amber, la morena que el año pasado fue por un par de días mi asistente, quien se limitó a mirar a otro lado—. La música nos unió. Eso es lo que nosotros hacemos para ustedes, música, no sé en qué momento se perdieron las líneas. No sé cuándo comenzaron a hacer cosas que no eran correctas y no sé por qué no hicimos algo para detenerlo en el momento. Pequeñas travesuras de vez en cuando están bien, pero hay cosas que han ido mucho más allá de ser una travesura. Vive y deja vivir. ¿Estoy pidiendo demasiado? Creo que ser una fan es más que perseguirnos o esperar que actuemos de la forma en la que ustedes desean, ser una fan es compartir y disfrutar con nosotros lo que amamos hacer. No me pidan que me reprima más de lo que me he reprimido durante tanto tiempo, porque entonces van a estar muy decepcionadas. Esta chica aquí... —señalé con una rápida mirada a Emma—, yo la amo. Y no estoy pidiendo que ustedes la amen también, no necesitan hacerlo, solo pido que la respeten. A ella y a nuestra relación. Ahora, por favor, vayan a casa. Hacer esto no es bueno para nadie, ese hombre al que atacaron las podría denunciar. La vida está pasando allí mientras ustedes hacen cosas que no las llevarán a ningún buen lugar. No quiero eso para las personas que me ayudaron a cumplir mi sueño, ustedes merecen algo mejor.

Solté la mano de Emma y di un paso hacia las chicas.

—Por favor —tendí mi mano hacia la rubia, quien tenía gruesas lágrimas corriendo en sus mejillas.

Tardó cerca de un minuto antes de dejar escapar un sollozo y

finalmente estrechar mi mano, lo que terminó de algún modo en un abrazo. La solté y me volví hacia la que conocía un poco más, Amber.

Ella se mordió los labios y asintió despacio. Su mano temblorosa se levantó hacia mí con una media sonrisa y yo se la tomé.

—Gracias —finalicé antes de volverme a la otra chica, quien negó con la cabeza.

—Ni siquiera lo pienses —declaró duramente, limpiándose una lágrima que se le escapó—. No soy como ellas, no voy a pretender que todo está bien luego de un discurso barato porque no lo está. Te odio.

Dicho lo anterior, dio la vuelta y comenzó a alejarse. Sus amigas o compañeras, no sé lo que eran realmente, se disculparon antes de ir tras ella.

Emma puso su mano en mi brazo, volteé a verla y ella hizo un gesto que pretendía animarme.

—¿Me creerías si te dijera que acabas de enamorarme por completo con ese discurso? Lo hiciste de maravilla —dijo—. No te culpes porque ella no lo pudo comprender.

—No lo hago. —Respondí honestamente, ofreciéndole una pequeña sonrisa. Inesperadamente me sentía bien conmigo mismo luego del encuentro con esas chicas—. Vamos, voy a llevarte a cenar al lugar que quieras ir. ¿Qué se te antoja?

La abracé mientras caminábamos hacia el auto. Ese tipo de libertad se sentía tan bien.

—¿Qué tal algo de comida tailandesa? —sugirió.

—Conozco el lugar adecuado.

# Capítulo 50

Eventualmente las cosas estaban saliendo a la luz, nada permanece oculto para siempre, después de todo. Respiré profundo y saqué mi celular para redactar un mensaje para Emma.

*«Buenos días... Um... Así que las cosas podrían ponerse un poco locas el día de hoy. Supongo que en este momento estás en clases, pero quiero que recuerdes que estamos juntos en esto, ¿vale?»*

Dejé el aparato sobre la mesa, sabiendo que probablemente la respuesta llegaría una o dos horas más tarde, y apuré un pedazo de tostada con mermelada. Mis desayunos no eran tan gloriosos como los de Marie, quien seguía con mi madre en Coney Island, pero al menos no moría de hambre.

Estaba llevándome el jugo de manzana a los labios cuando mi teléfono vibró contra el cristal de la mesa al anunciar un nuevo mensaje. Me sorprendió descubrir que era de Emma.

*«Se vale tener miedo, pero no se vale usarlo como una excusa para huir. Buenos días James, las cosas están muy tranquilas por aquí, estoy comiendo un delicioso croissant mientras bebo un café con Aria porque mi alarma me traicionó y no me desperté a tiempo para mi primera clase que inició hace una hora. ¿Qué tal va tu mañana?»*

Sonreí sin poder evitarlo.

*«Es probable que mi mañana haya iniciado hace una media hora apenas... Voy a ducharme para luego ir a Beat. ¿Esa sabia frase es del repertorio de tu mamá?»*

La respuesta llegó casi al instante.

*«Es más como del mío propio. Como sea, Aria está arrastrándome porque quiere que la acompañe a algún lugar antes de ir a clases... Ella dice hola, por cierto. Te escribo más tarde, ¿okay? Te quiero»*

*«Okay, te quiero. Pd: Envío un hola para Aria y un beso para ti...»*

Devolví mi celular a la mesa, bebí el jugo de manzana y fui a ducharme. Acababa de ponerme unos pantalones de mezclilla cuando oí que llamaban a la puerta. Con la camisa en las manos fui a asomarme por la mirilla para ver de quién se trataba, apenas comprobarlo abrí de inmediato. Debía admitir que estaba asombrado de tener a Logan aquí.

—¿Puedo pasar? —preguntó, incómodo.

No pude evitar sentirme un poco mal por el moretón en su cara. Respiré profundamente y le indiqué que entrara primero. Lo alcancé luego de colocarme la camiseta. Ocupé asiento en el mueble adyacente al que se encontraba él y esperé que dijera algo primero.

Él apoyó los codos en sus piernas, inclinándose al frente, y resopló.

—Lamento lo del golpe —dije primero, él me miró sorprendido por unos segundos. Dudó antes de decir algo.

—No, está bien. Lo merecía. Yo solo... creí que estaba haciendo lo correcto para todos. Al parecer es difícil para mí dejar de equivocarme.

Lo observé un momento, negando con la cabeza.

—La única razón por la que lo hice, Logan, es para mostrarte un punto que quizá no estás entendiendo justo ahora. Escucha, el hecho de que te haya golpeado no solucionó nada, ¿verdad? Y pudo ser un golpe o cien, pero el resultado sería siempre el mismo. Cuando ustedes salieron de la oficina Blake acababa de decirme lo que le

dijiste de preferir que te golpeará...

Bajó la cabeza, asintiendo.

—Entiendo.

—Si lo entiendes, supongo que comprendes también que no estás pensando claramente al decir cosas como esas, ¿verdad? O que Bad Boy estaría mejor sin ti —arrugué la nariz y negué con la cabeza—. Eso es mentira.

—Pero no puedo ser feliz ni estar tranquilo con la banda llegando a su fin, James. No de esta manera y por mi culpa.

—Te recuerdo que la decisión la tomamos todos. Sé que no te sientes bien, pero yo no podría continuar en un escenario sin alguno de ustedes. Creo que ninguno de los otros podría tampoco. Amo hacer música, lo hago, amo subir al escenario y oír las voces de las fans coreando las canciones, la vibra cuando cantan a todo pulmón, pero la cosa que amo más es disfrutar de eso con los monos estúpidos de mis mejores amigos. No tengo hermanos por imposición genética, Logan, pero tengo cuatro por decisión propia.

» Cuando dije la primera vez que podíamos arreglarlo, fue en serio. La verdad es que ya he perdido suficiente como para darme el lujo de, además, mandar al demonio a alguien que me importa. Y es cierto que hay quienes dicen que perdonarte me haría un idiota, creen que sería invitarte a volver a hacer lo mismo otra vez porque creerías que no hay consecuencias de tus actos. Sí, he estado leyendo los comentarios en los sitios de fans —rodé los ojos—. La cosa es que ellos probablemente nunca van a verlo del modo en que yo lo veo, Logan. No estoy diciéndote que puedes cometer el mismo error de nuevo y salir bien librado, porque dos veces el mismo error ya no sería una equivocación. Lo que trato de decirte es que creo en ti, en tu

arrepentimiento y en darte una segunda oportunidad. Y creo también en que tú no necesitas que alguien te golpee o te recrimine por lo que hiciste, es bastante obvio que no estás pasándola de maravilla con todo esto tampoco, así que deja de implorar más castigo. No es un castigo lo que necesitas, lo que necesitas es perdonarte a ti mismo por tus errores, aprender del pasado, soltarlo y moverte hacia adelante...

—Estoy bastante seguro de que no es tan fácil como decirlo.

—Oh, no es fácil. Absolutamente no. Mi experiencia habla por sí sola, me tropecé un millón de veces antes de comprender las cosas y hacerlas bien, pero gran parte del motivo fue debido a que me encerré en mi burbuja y no dejé entrar a las personas que me querían ayudar. Me descarté enseguida, diciéndome que era alguien insalvable, cuando no era verdad. La amargura, el dolor y la rabia que sentía contra mí mismo no me dejaron ver las cosas con claridad. Te lo digo en serio, vas a evitarte sufrimiento a ti mismo y a quienes te rodean si no te empeñas en odiarte y guardarte todos esos sentimientos solo para ti.

Era algo que comprendía muy bien. Había llegado a la conclusión de que, si no hubiese sentido ese odio contra mí y toda esa impotencia por haber creído que había sido mi incapacidad de protegerla lo que la hizo marcharse, entonces la partida de Bonnie quizá sí me habría dolido un tiempo, lo cual habría sido normal, pero no me habría dañado tanto como lo hizo. Si ella hubiese terminado conmigo sin jugar el papel de víctima, sin decir todo lo que dijo, entonces las cosas habrían sido diferentes. No era Bonnie a quien no podía superar, ni mis sentimientos por ella, lo que me había tenido atado al pasado por tanto tiempo era la forma en la que la relación

terminó, pero al mismo tiempo no lo hizo.

—Eres mejor persona de lo que muchos creen, James.

Me encogí de hombros.

—No soy un santo, también me he equivocado un montón y he hecho muchas estupideces, pero estoy teniendo mi segunda oportunidad y la estoy aprovechando para hacer las cosas lo mejor que puedo. Sé que tú puedes hacer lo mismo.

—No puedes imaginarte lo que significa que a pesar de todo tú creas en mí —murmuró, presionando sus dedos índice y pulgar en sus lagrimales—. En serio, James.

—Bueno, lo hago. Los chicos también, y Daniel y Kaity y toda tu familia, Logan. Creo que solo faltas tú en unirte al club de los que creemos en ti.

Me puse de pie y le tendí la mano, él la tomó y se levantó.

—Voy a hacer mi mejor esfuerzo, lo prometo.

—Genial. Ahora, no es que te corra, pero debo ir a Beat a averiguar cómo está resultando lo de la noticia de mi relación con Emma...

Encontré mis tenis y volví a sentarme un momento para poder ponérmelos mientras Logan esperaba.

—Tú y *Piglet*... Emma, quiero decir —se corrigió rápidamente—. Ustedes dos juntos es algo bueno. Una parte de mí siempre supo que terminarías estando con ella.

—Esa es la parte de ti que me conoce bien, Logan. Quizá estuvo confundida, pero siempre ha estado allí —terminé de atar mis agujetas y fui por las llaves antes de que saliéramos del apartamento.

Abajo, en el estacionamiento interior, me alegré de ver a Rafiki esperando por Logan mientras conversaba con Darren, que se

encontraba puntual para no dejarme ir a ningún lado solo. Me detuve a saludar al primero mientras que Darren dijo que iría por el carro.

—¿Qué le pasó? —pregunté con el ceño fruncido cuando mis ojos captaron y reconocieron el auto de Logan, al cual alguien le había arrancado parte de la pintura con algún objeto punzante para escribir la palabra «traidor» en uno de sus lados.

—Bueno, no hay duda de que hay chicas muy apasionadas, Jamie —me respondió Rafiki.

—Es una cosa sin importancia —añadió Logan con un gesto de manos—. Vamos a llevarlo al taller y usaremos un auto de la agencia como ese... —señaló el carro que Darren parqueó a un lado, haciéndome una seña para que supiera que estaba listo para irnos.

—Sí, por supuesto, chico —ironizó Rafiki, enviándole una mirada significativa a Logan.

—No te retrases más, James.

—Sí... Y tú recuerda lo que te dije, ¿quieres? Todo.

Se limitó a asentir como respuesta. Me despedí de Rafiki y me monté en el asiento del copiloto, junto a Darren, quien se encargó de llevarme hasta la empresa.

—Las aves de rapiña están aquí —murmuró Darren, echando un vistazo a los reporteros que se apostaban fuera de la oficina de seguridad de la entrada principal—. No bajes el cristal por ningún motivo y mantén la calma.

No había terminado de darme instrucciones cuando se encontraba llamando a seguridad para pedir que se encargaran de darnos acceso y evitar que se colaran los periodistas. Fue una entrada más rápida de lo que pensé que sería, un par de hombres de seguridad se encargaron de despejar la entrada para nosotros, lo que

nos permitió ir hasta el parking subterráneo sin ningún problema, donde usamos el ascensor para ir directo a la oficina de Daniel.

—Puedes ir a comer o algo Darren, estaré aquí un rato. Si hay algún cambio te envío un mensaje.

El corpulento hombre rubio asintió y yo bajé del ascensor, dejándolo a él allí. Oí unas cuantas risas viniendo de la sala de espera, por lo que saludé rápidamente a Lori antes de reunirme con Eric y Lia.

—¿Qué hacen? —pregunté, acercándomeles.

Lia giró sobre sus pies para encararme, lanzándome una copia de un archivo sacado de internet donde lo más relevante era la foto donde aparecíamos Emma y yo besándonos.

—Derritiéndome —dijo Lia con una sonrisita—. James «Témpano de hielo» Wolf, luces adorable besando a la chica. Literalmente grité cuando los vi. Es una linda foto, por lo que yo recomiendo que no enloquezcas y mejor mantengas tu lado paranoico a raya en esta situación. No es la gran cosa, la cara de Emma ni siquiera se ve del todo, así que van a estar bien...

—Okay.

—¡¿Okay?! —Jadeó la pelinegra—. Perdón, ¿escuché bien?

—De hecho, estaba consciente de esta foto, nos la tomaron hace unas noches.

—Guau, Eric por favor sostenme —dijo Lia, apoyándose un poco contra el aludido, quien se rió, pero le puso las manos en los hombros de todos modos—. ¿James lo sabía y no está ni un poco alterado por esto? ¿Estoy soñando? Alguien pellízqueme.

—Todo está bien, eres una dramática Lia.

—Creo que ese no es ningún secreto —añadió Blake,

uniéndonos de la nada.

La pelinegra no le respondió nada, pero no me perdí de la forma en la que apretó los labios y se enserió. Eric y yo nos miramos, compartiendo una palabra no pronunciada que describía el momento: incómodo.

—Debo ir a arreglar unos asuntos —dijo, tomando su copia de la noticia del beso y doblándola por la mitad para guardarla en el medio de su libreta roja de cuero—. Nos vemos luego, chicos.

Los tres la vimos marchar hacia el pasillo que llevaba al ascensor, donde se perdió de nuestra vista. Blake suspiró y se mordió el labio inferior antes de regresar la mirada a nosotros, específicamente a Eric.

—¡Ahhh! —Gritó Eric, llevando su mano a cubrir los ojos de Blake—. No me veas a los ojos, hombre jodido. No te atrevas.

Blake le apartó la mano, frunciéndole el ceño por su repentina (y fuera de contexto) reacción exagerada.

—¿Qué mierdas te pasa?

Eric entornó los ojos.

—¿Creíste que nunca nos íbamos a enterar? Ya lo leí todo en internet.

—¿Ahora qué puta madre leíste en internet? —Blake rodó los ojos y yo me reí por lo bajo, seguramente Eric estaba sobreactuando por alguna tontería con las que siempre bromeaba, como cuando descubrió la existencia de los fanfics, leyó un *oneshot* le reclamó a Blake por haberlo engañado con Carter el día de su cumpleaños.

—Todas las fans lo dicen, Blake Edward Walker —dijo con los ojos entornados—. Que eres tan caliente que las embarazas con tu penetrante mirada. Con esas malditas habilidades paranormales yo

no me siento seguro ni siquiera por ser hombre y saber que es fisiológicamente imposible estar embarazado.

—No jodas, Eric. Estás demente, cabrón.

—Di lo que quieras, señor”*Embarazo a la gente con mi penetrante mirada*”, sabrá Dios cuántos hijos tienes regados por el mundo.

Esta vez sí que me reí con ganas.

Estuve un rato más con los chicos, que pasaron de hablar de un Blake que embaraza con la mirada a las chicas al hecho de que Eric y su papá me matarían si se llegaran a enterar que yo tuviera la misma imposible habilidad.

Cuando Heaven salió de la oficina de Daniel se detuvo a saludarnos y luego se marchó con Ron, su manager. Hablé con Dan sobre las fotos y mi postura, no iba a ocultar mi relación con Emma y él estuvo de acuerdo.

—Bad Boy está a nada de ser historia y sigo acudiendo a ti por estas cosas, lo siento, Dan.

—Ni siquiera pienses por un segundo en disculparte, James. Ustedes siempre serán mis niños. Y yo siempre voy a cuidar de ustedes.

Suspiré, peinándome el cabello hacia atrás con los dedos.

—¿Cuándo van a emitir el comunicado oficial?

—Estamos trabajando en ello —respondió pensativamente, entrelazando sus dedos antes de dirigirme una mirada algo extraña—. No les he dicho a los otros aun, pero creo que sería una buena idea ir todos a la casa de Los Hamptons este verano. Y por «todos» me refiero a Bad Boy, los cinco.

—Siempre cinco.

—Lo sé —asintió con una sonrisa nostálgica—. Creo que será

bueno que se tomen ese tiempo juntos allí, después de todo Bad Boy nació en esa casa.

—Terminar el ciclo en el lugar que inició... —comprendí, asintiendo—. Creo que será algo bueno.

—Sí, sí. Ya le diré a los otros, pero me complace saber que estás de acuerdo. Uno menos que persuadir —me sonrió—. Por cierto, el próximo sábado dos de junio, al medio día, festejaremos el cumpleaños de Hazel. Es algo familiar, será en el jardín de la casa. Estás invitado, y por supuesto Emma también. Ah, esa foto de ustedes besándose es una buena foto, la enmarcaré para ponerla por aquí porque me hace feliz —movió el dedo índice en círculos, señalando la oficina, y rió.

—No sé cómo pretenden que los artistas de esta empresa seamos cuerdos cuando ni siquiera el dueño lo está.

Negué con la cabeza, divertido, y le ofrecí la mano como despedida antes de dejar su oficina, asegurándole que asistiría con Emma al cumpleaños de la pequeña Hazel.



El sábado pasé temprano a recoger a Emma, estaba usando un bonito y sencillo vestido floreado de mangas cortas, con un delgado cinturón marrón, que le sentaba bien a su figura. Aunque todavía no había alcanzado su peso ideal, sí había ganado unos kilos que le daban un aspecto más saludable.

—Así que... ¿cómo te va el asunto de todo el mundo sabiendo de nosotros? —le pregunté mientras conducía hacia la casa de Dan y Tessa.

—No es como si todo el mundo lo supiera, no difundieron mi nombre y eso ha sido bueno. Aunque, claro, los que me conocen me

reconocieron en la foto. Lo que incluye a mi familia, sí. Y a mis amigos. Kate casi sufrió un infarto cuando le confirmé que era yo la de la foto. Algunas chicas en la universidad se me quedan viendo, pero no se atreven a acercarse. Creo que lo más extremo ha sido Abbie, quien me llamó «perra mentirosa» cuando le dije que sí era yo.

—Um... ¿Abbie quién?

—Abbie, la chica que nos vio saliendo de la residencia cuando fuiste por mí para la fiesta que Logan organizó.

—Ah...

—Sí. Es algo muy tonto, me llamó así porque una vez, a principios del semestre pasado, estábamos comiendo juntas y en la televisión pasaron un video de Bad Boy. Me preguntó si me gustaban y yo dije que no. En mi defensa me encontraba dolida porque me había topado contigo poco antes... —Rodó los ojos con un suspiro—. Como sea, luego de explicarle las cosas, y de tener el respaldo de una muy persuasiva e intimidante Aria, ella se calmó.

Le sujeté la mano y le besé el dorso.

—Me alegra que la hicieran recapacitar.

Al llegar a nuestro destino, Darren, que venía en un auto detrás de nosotros, nos hizo una seña para que entrásemos mientras él se quedaba fuera con Hachiro.

La niñera fue quien nos recibió y nos dirigió al patio trasero, que estaba adornado con globos, serpentinas, letreros y mesas llenas de golosinas y postres. Saludamos a los padres de la cumpleañera y luego a la pequeña Hazel, quien pareció contenta de verme y de conocer a Emma y, por supuesto, de recibir los regalos que le llevamos. La niña no perdió la oportunidad de indicarnos dónde

estaba su preciosa hermanita menor, quien soltaba risotadas en los brazos de Haley Johnson. Ella y Kaylee estaban entre los invitados, desde luego. Hice un asentimiento hacia ellas mientras nos dirigíamos a saludar a Eric y Carter, que conversaban animadamente en un rincón.

—¿Dónde está tu amante? —le pregunté a Eric.

—No vendrá, está trabajando para mantener a todos los hijos que tiene regados por el mundo. ¿Sabías que aparentemente embarazó con la mirada? Como tu hermano adoptivo te prohíbo ver a Blake a los ojos, Emma.

—No lo haré —le aseguró ella, siguiéndole la corriente.

—No te preocupes, yo me encargo de que no lo haga —dije, pasando mi brazo por detrás de la espalda de Emma para acercarla más a mí y besar su mejilla.

—Puaj, demasiada miel —se quejó Eric, sacando la lengua.

—Ignórenlo, chicos, él solo se siente amargado porque su rubia teñida no pudo venir a acompañarlo.

—¿Qué tienes tú en contra de las rubias teñidas?

—No es sobre las rubias teñidas, es solo sobre *turubia* teñida. —Carter rodó los ojos—. Iré por algo de beber, hace calor.

—¡Carter! —gruñó Eric, yendo tras él para continuar la discusión.

Aprovechando que nos quedamos solos, puse ambas manos en la cintura de Emma, ubicándome frente a ella.

—Sabes que me gustas de cualquier forma, Emma, y vistiendo cualquier cosa, pero debo decir que es algo *lindo* verte usando un vestido.

Tenía que admitirlo, ella tenía unas buenas piernas para admirar que llamaban la atención estando en un vestido, ni siquiera el haber

perdido peso había cambiado eso. Me dio una sonrisa y yo me incliné para presionar mis labios sobre los suyos.

—UGH. Deténganse, por favor, hay niños presentes.

Liberé a Emma para encontrarnos con Lia y Heaven, que al parecer acababan de llegar juntas a la fiesta. La segunda nos ofrecía una de sus típicas enormes sonrisas, de esas que parecían ocupar todo su rostro, y la primera mostraba una un poco más reservada.

Ellas se llevaron a Emma para platicar, así que fui con los chicos, que ya habían dejado de lado el tema del interés amoroso actual de Eric. Daniel se acercó a conversar con nosotros, por lo que nos enteramos de cuando Logan le llamó para felicitar a Hazel y disculparse por no poder asistir. Dan sacó el tema de Los Hamptons poco después, preguntándole a los chicos si ya habían pensado en su propuesta.



Emma estaba parada junto a la ventana, observando lo que sea que hubiese captado su atención en el exterior. La verdad era que no había una gran vista para apreciar como la que se tenía desde el penthouse, ese era el precio de obtener un departamento más privado.

La fiesta de Hazel fue una buena fiesta que nos hizo pasar a todos los invitados un gran rato. Me acerqué a Emma y la abracé por detrás, uniendo mis manos sobre su abdomen. Deposité un beso en su hombro, sobre la tela de su vestido, y luego apoyé mi mentón allí.

—¿Qué vas a hacer este verano? —le pregunté al oído, notando cómo se estremecía. No dijo nada, dio la vuelta entre mis brazos para quedar frente mí y ladeó el rostro con una pequeña mueca.

—Estoy bastante segura de que papá me tiene un boleto de avión esperando para ir a casa. ¿Por qué?

Desplacé mis manos a sus hombros, apartándole el cabello hacia atrás con cuidado mientras me seguía su atenta mirada.

—Porque realmente me gustaría que fueras a Los Hamptons conmigo.

—¿Los Hamptons?

—Allí se encuentra la casa donde estuvimos viviendo antes de debutar —le explico—. Daniel quiere que vayamos todos allí, ya sabes... para poder darle un buen final al ciclo de Bad Boy. Hablé con él y no pareció molestarle la idea de que te invitara a ir.

—¡Oh, cállate! —Cerró los ojos y me dio un golpecito en el pecho antes de abrazarme—. La gorda fan en mí sigue llorando por ello. No puedo creer que esté pasando de verdad, James. No puedo. Mi corazón duele.

—Estoy bastante seguro de que tu médico no amará oír eso.

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo, separándose un poco solo para rodarme los ojos, que le brillaban con gotitas saladas que no habían sido derramadas—. Duele de verdad.

—Lo sé —acaricié la línea de su mandíbula—. También me duele mucho esto, Emma. Mucho.

—Todavía faltan tres semanas para que termine el semestre, voy a hablar con mis papás, ¿vale? Quizá llegue a un acuerdo con ellos. Quisiera decirte que soy la fabulosa chica universitaria que dirige su vida por completo sin rendirle cuentas a nadie, pero lamentablemente no es cierto, todavía tengo consultar con mis padres cosas como esta. Y luego de lo que pasó en Kansas, será difícil que acepten como sin nada no verme durante todo el verano.

—Okay —asentí, acunando su rostro entre mis manos—. Entonces crucemos los dedos para que consigamos un buen acuerdo

con ellos, porque yo tampoco me siento capaz de dejar de verte por dos largos meses.

—Tampoco quiero eso. Seré tan persuasiva como pueda.

—Yo sé que sí —le ofrecí una sonrisa antes de cubrir su boca con la mía, acariciando sus labios lentamente, con suavidad, explorando a profundidad la interacción entre nuestras lenguas.

# Capítulo 51

Era extraño y, debía admitir, muy satisfactorio el poder estar a plena luz del día, en un sitio público y sosteniendo la mano de Emma. No íbamos solos, por supuesto, Darren venía detrás de nosotros percatándose tan perfectamente como yo de que no pasábamos desapercibidos entre la gente.

Entramos a la heladería del aeropuerto y tomamos una mesa libre después de ordenar una banana Split para compartir. Darren aceptó un cono doble de chocolate y decidió sentarse en una mesa consecutiva para darnos algo de privacidad.

Emma acababa de documentar su equipaje, su vuelo salía en poco menos de una hora. No se había ido aun y yo sentía ya el malestar por su partida. Por ahora no había tregua, su papá se opuso rotundamente a dejarla pasar el verano conmigo, lo cual comprendía muy en el fondo, pero eso no evitaba que no deseara que fuese diferente. Quería que él me diera una oportunidad para demostrarle que yo podía ser el hombre adecuado para su hija.

—Voy a hablar con él, quizá en persona resulte más persuasiva que por teléfono —dijo, llevándose una cucharada del helado bañado con sirope de chocolate y crema batida a la boca.

—Rogaré al cielo porque sea así —respondí, tomando la cucharilla de su mano para comer un poco del helado también.

—Voy... a extrañarte —confesó, haciendo un gesto que le formó una arruguita en la frente.

Le sujeté la barbilla con dos dedos y presioné mi boca contra la

suya, fue un contacto frío y dulce por el postre que comíamos. Ella tomó mi mano y la apretó mientras me obsequiaba con una pequeña sonrisa.

—Yo también te extrañaré. Pero siempre puedo tomar un avión para ir a verte si tu papá no cede.

—No creo que me deje regresar al menos dentro de un mes, si soy honesta.

—Iré reservando los vuelos para ir de visita, entonces —dije, resignado a encontrar maneras para estar juntos de alguna forma—. Y bajaré esa aplicación que Rachel tanto ha insistido que descargue para tener videollamadas en el portátil...

—¿Skype?

—Lo que sea —me encogí de hombros—. ¿Tienes cuenta allí?

—La tengo. —Sonrió y me enseñó un pulgar en alto—. Por cierto, va a haber un evento en mi familia a finales de Julio... Mi tío Scott finalmente va a casarse. Dios, yo quiero poner un altar para Alice, no tengo idea de cómo hizo ella para reformar al tío Scott y conseguir que sentara cabeza y... —se detuvo al ver que se desviaba del punto e hizo un pequeño gesto de disculpa—. Bueno, el asunto es que, si quieres ir conmigo a esa boda, entonces estás invitado. Será algo familiar.

—¿Quieres que vaya? —pregunté tontamente, porque seguramente que no me estaría invitando si no quisiera que fuera con ella.

—Quiero. A pesar de que mis primas podrían emocionarse con tu presencia y probablemente tratarían de acapararte para que les cuentes cosas sobre ser famoso, alguna seguramente va a pedirte un autógrafo y foto para presumir con sus amigas y mis primos van a

avergonzarme diciéndote que solía besar tu póster o algo peor. Lo cual, dicho sea de paso, es una vil mentira —bufó, rodando los ojos—. Yo nunca hice eso.

—¿Segura? —dije, molestándola.

—No llegué a ese nivel, lo prometo —apostilló, y luego se mordió la esquina del labio y miró al techo, denotando que mentía—. Vale, está bien, fue solo un besito y fue a la pantalla de mi celular, no al póster. Es que estaba leyendo una nota donde decías que el mes siguiente liberarían nuevo material discográfico, por lo que me emocioné e hice lo de besar la pantalla sin pensar, ¿mi error? Que fue delante de mis maliciosos primos, quienes me quitaron el teléfono, vieron tu foto que aparecía al final del artículo y desde entonces me gastan bromas pesadas al respecto. Los odio.

Me eché a reír.

—Emma, tú no odias a nadie.

—Bueno, no... —balbuceó—. Pero sí que me dan ganas de ahorcarlos cada vez que empiezan con su "*Oh sí, James, bésame duro de nuevo bebé. Oh, oh*"—Ella se puso roja mientras remedaba con voz carente de emoción la forma en la que sus primos la molestaban y yo no pude evitar reírme—. Quiero matarlos cada vez que lo dicen. Porque sí, aun lo hacen; y dicen cosas peores los pervertidos esos. Quizá si alguna vez revisaras tus redes sociales habrías visto los vergonzosos tuits que te estuvieron enviando con el hashtag "*JamesPorfaBesaAMiPrima*".

—Oh, ellos promueven que nos besemos. Ya me agradan.

—Lo promovían.

—Seguro que seguirán apoyando la causa —añadí, tomando un poco de helado con la cuchara para llevarlo a su boca. Ella aceptó el

bocado, presionando sus dedos sobre sus labios y apretando los ojos mientras lo degustaba.

—Dientes sensibles —se quejó—, haciéndome sufrir al comer helado desde tiempos inmemorables.

—Usa Sensodyne o algo...

—Shh —me puso un dedo en los labios y entrecerró los ojos—. ¿Acaso te pagan por mencionar la marca? Solo debo ir con mi dentista por un poco de flúor y me desharé del problema por un tiempo... porque siempre vuelve. Siempre.

Le tomé la mano, cuyos dedos me silenciaban, y se la besé.

—En verdad voy a extrañarte.

—Lo sé —hizo una mueca—. Y lamento no poder estar contigo el día que liberan el comunicado sobre Bad Boy. Pero estaré llorando en casa por ello, así que...

Se me puso un nudo en la garganta. En seis días la empresa finalmente sacaría el comunicado de prensa para informar al público de la desintegración de Bad Boy. Mierda.

—Sabes, ahora que toda la presión se ha disipado un poco siento este vacío dentro de mí y no puedo creerme que de verdad es el final. Yo solo... no sé.

—¿Tienes el propósito de hacerme llorar en este momento o algo?

Situé mi mano en su nuca y la acerqué un poquito para besar su frente. Luego froté su espalda, tratando de confortarla, y pasé los siguientes minutos susurrándole tonterías al oído que lograron hacerla reír y su risa me hizo olvidar a mí cuánto dolía hablar del final de Bad Boy.

Cuando oí que la silla de Darren se arrastraba porque él se ponía en pie de golpe, volteé a verlo y luego seguí la dirección de su

mirada. Fuera, del otro lado del cristal, una chica de unos quince años o poco más sostenía un teléfono con el que nos apuntaba. Seguramente nos había fotografiado. Ella miró un momento a Darren, que estaba detrás de nosotros, y luego bajó la vista, encontrándose con mi mirada. Una nerviosa sonrisa bailó en sus labios mientras ondeaba su mano en el gesto universal de saludo. Miré de reojo a Emma, ella le sonreía a la chica, o quizá solo sonreía al ver a la chica, que parecía entusiasmada.

Sonreí también y le envié un saludo de regreso, lo que ocasionó que ella saltara mientras intentaba reprimir al mismo tiempo los gritos de su garganta. Su cara, que era muy blanca, se había puesto roja.

—Ella está muy feliz —murmuró Emma—. Y solo porque la saludaste de lejos... Imagínate si la chica obtuviera una foto con su ídolo, yo... guau, eso sería lindo de ver.

La miré. La forma en la que Emma enarcaba la ceja y su sonrisa de complicidad me hacían recordar a Marie y sus métodos para convencerme de hacer cosas, como la vez que me hizo ir tras ella cuando llovía.

—¿Todo bien, James?

—Todo bien, Darren.

Entonces le hice una seña a la chica para que entrara, cosa que le tomó más de un minuto comprender.

—Hola, ¿cuál es tu nombre? —Le extendí la mano y ella se limpió la suya en la pernera de su pantalón antes de aceptar mi saludo. Me pareció que fue debido a que le sudaba, porque aun la tenía un poco húmeda.

—Lucienne —dijo con voz temblorosa y un marcado acento

francés—. Oh mi Dios, no puedo creer mi suerte. Esto es tan loco. No quería interrumpir, pero ya que me has (Oh Dios mío) invitado a acercarme, ¿podrías...? —al parecer se le acabó el aire luego del cúmulo de palabras atropelladas que soltó.

—¿Una foto?

Asintió, aferrando con fuerza su teléfono celular.

—La tomaré por ustedes —se ofreció Emma, poniéndose en pie también. Ella parecía tan emocionada como Lucienne, quien le entregó su teléfono y posó a mi lado con una enorme sonrisa.

Emma se alejó unos pasos para sacar mejor la foto, la fan no dejaba de murmurar que iba a desmayarse.

—Listo —Emma le tendió su teléfono de vuelta.

—Gracias, ay... —Pronunció algunas palabras en francés, mirando hacia el techo, y luego respiró hondo—. Gracias. Esto es... guau. Yo solo... gracias. Voy a dejarlos ya, es que mis piernas están temblando y creo que me voy a caer. —Soltó una risita que me hizo sonreír.

—¿Quieres sentarte un momento? —le ofrecí, ella negó repetidamente con la cabeza.

—No, no, mis padres van a matarme. Se supone que solo iba al baño, pero los vi y.. Ay, ustedes lucen tan lindos juntos. Estoy shippeandolos tan fuertemente en este momento que estoy mordiéndome la lengua para no decirles que necesito que tengan hijos pronto —respingó, dándose cuenta de que ya lo había dicho—. Diablos. Solo... dame el nombre, por favor —suplicó enviándole una mirada a Emma—. Tu nombre. Necesito un nombre para shippearlos...

—Conozco el sentimiento —aseguró a mi lado Emma, extendiendo su mano hacia la chica—. Soy Emma.

Lucienne respiró como si hubiese estado conteniendo el aliento.

—Emma —repitió mientras le estrechaba la mano—. Emmes... Jamma... ¡Jemma! Eso me gusta.

—Mi amiga Rachel piensa lo mismo —comenté, haciendo que ella me mirara satisfecha con sus habilidades para nombrar parejas.

Su teléfono comenzó a sonar y ella se puso pálida, me pareció que maldecía en su idioma natal.

—Okay, debo irme... —caminó de espaldas hacia la salida—. Solo una cosa más, James...

—¿Sí?

—Sé que las cosas están siendo difíciles contigo y con Logan, pero yo todavía los amo a ambos. A los cinco de ustedes, en realidad. Y a papi Dan.... y al tío Mike... a todos. Hasta el final de los tiempos —prometió levantando su meñique y su teléfono volvió a sonar—. ¡Gracias! —gritó antes de correr a toda prisa.

—Ella es linda.*Hasta el final de los tiempos*, me hizo recordar cosas del fandom —murmuró Emma y yo le di un apretoncito en la mano, porque sabía de lo que estaba hablando.

Nos estábamos sentando de nuevo cuando un hombre mayor se acercó tímidamente a nosotros junto a Darren, quien explicó que el señor, al ver el alboroto de la chica, preguntó si se trataba de mí y al recibir una confirmación quería saber si podía darle un autógrafo para su hija, autógrafo que definitivamente obtuvo.

—Las fans no somos tan aterradoras, ¿verdad? —preguntó Emma mientras caminábamos al área donde tendría que dejarla ir por su cuenta para que abordara.

—No, no lo son —consentí—. Aunque debes admitir que esas chicas metiéndose en nuestras casas, autos o en las regaderas de la

empresa sí están un poco locas. Me dio gusto poder hablar con un par de ellas la otra vez, creo que sirvió de algo. Mike comentó que tuvo una charla con todas las chicas del fanclub anteayer. Están implementando nuevas normas, la presidenta ha sido destituida porque no estaba de acuerdo y al parecer se retira con un par más que la apoyan, pero la cosa buena es que el resto está dispuesta a delimitar el espacio y respetar nuestras vidas privadas. Lo gracioso es que hemos conseguido esto cuando el grupo ha llegado a su fin.

—De todos modos, es una buena noticia.

—Sí, al menos algo por lo que estar un poco feliz ahora que te vas.

Nos detuvimos al llegar a la fila de revisión. Había unas cuantas personas por delante. Me incliné y estreché a Emma entre mis brazos, besándole la coronilla. No quería soltarla, pero debía hacerlo.

—Llámame cuando estés allí —dije, acunándole el rostro entre mis manos antes de deslizar mis labios sobre los suyos, obteniendo una pequeña dosis que no sería suficiente para los días que no la vería.

—Llamaré —aseguró, era su turno para avanzar.

La liberé y le hice un gesto para que fuera. Ella asintió y, dándome la espalda, se encaminó hacia la bandeja a depositar su bolso y cualquier cosa metálica que trajera consigo.

—Emma... —la detuve justo cuando iba a pasar por el escáner, avancé los pasos que nos separaban y volví a besarla—. Te amo.

Ella apretó sus brazos a mi alrededor.

—Te amo —murmuró contra mi camisa, y esas simples dos palabras significaron el mundo para mí en este momento.

El hombre del aeropuerto apresuró a Emma, por lo que tuve que soltarla de nuevo y dejarla ir. Esperé hasta que estuvo del otro lado y

luego caminó a la sala de embarque, perdiéndose de mi vista.

Sentí una pesada mano posarse en mi hombro.

—No se va para siempre, muchacho.

【◆◆◆】

Estaba tumbado en un sofá viendo una película con Carter, el gordo Leroy se hallaba echado junto a él, que le acariciaba detrás de las orejas, y Tango se encontraba a mi lado. A esos perros les gustaba ser mimados y la verdad era que viviendo con Carter eso no les faltaba, por eso es que ambos estaban de vacaciones con nosotros.

Llegamos a Los Hamptons dos días atrás. Todos excepto Blake, que llegaba esta noche por una complicación con lo de las grabaciones de su película.

—¿Qué ven, simios feos? —preguntó Eric mientras entraba a la sala de estar con un tazón grande rebosado de palomitas y algunos paquetes de dulces en las manos.

Se dejó caer entre Carter y yo mientras Tango soltaba un bostezo, abriendo todo su hocico achatado.

—M&M's para ti y pretzels chocolatados para ti, engordemos juntos. —Eric me lanzó lo primero a mí y lo otro a Carter.

—Gracias —dije, tomando el paquetito para abrirlo y comenzar a comer—. Y estamos viendo *Closer*.

—Natalie Portman es una diosa —murmuró Carter, concentrado en la pantalla mientras se llevaba un pretzel a la boca—. Tengo un flechazo por ella en este momento, ayer también vi una de sus películas.

—Vaya, señor flechazo. ¿Arruinarías tu política de no salir con personas del medio por Natalie Portman si ella no tuviera un hijo y siguiera con el papá del niño?

—Tal vez lo pensaría... —admitió Carter.

—Hombre, tienes voluntad. Yo debo admitir que he caído por los encantos de actrices y modelos un par de veces.

—Y no dio resultado, por eso es que sales con la rubia teñida.

—Ya te dije que se llama Lily.

—Sí, como sea. Ahora cállate que no me dejas oír la película.

Eric le lanzó un puñado de palomitas a Carter, mismas que Leroy se encargó de recoger con su lengua para comérselas antes de que su dueño se las ganara.

—Si Leroy vomita tú vas a limpiarlo —advirtió Carter a Eric, quien solo se encogió de hombros con un chasquido de lengua.

【◆◆◆】

Me encontré con Logan en el pasillo, iba cubierto en sudor, su playera sin mangas tenía grandes manchas oscuras, lo que era lógico porque había pasado más de tres horas en el gimnasio con Rafiki, quien me había mandado un mensaje para que yo fuese allí también.

Cuando entré, me pidió que cerrara la puerta. Él estaba vestido con una camisa negra, anchos pantalones estilo basquetbolista y tenis. Se encontraba parado junto a una pera de box.

—¿Qué ocurre, Raf? —pregunté mientras me acercaba, él se inclinó a recoger unos guantes y me los lanzó, golpeándome en el pecho.

—Póntelos, muchacho.

—¿Vamos a entrenar o algo? La verdad es que no tengo muchas ganas...

—Póntelos, James —insistió con seriedad—. Si creyeron que vinieron aquí solo para vacacionar, entonces ustedes están equivocados. Y si pensaron que volví solo para cuidarles el trasero,

aún más equivocados. Póntelos.

Algo desconcertado hice lo que me ordenó, protegiendo mis manos con vendas antes de ponerme los guantes, sintiéndome estúpido porque no llevaba ropa de entrenamiento, sino que unos jeans y nada más. Incluso iba descalzo.

—¿Vas a explicarme de qué va todo esto? —me atreví a preguntar.

—Va de que quiero a los cinco chicos que conocí en esta casa hace años de regreso. Va de que necesito ver nuevamente ese lazo de fraternidad y confianza que había antes entre ustedes, así que vamos a hacer lo necesario para conseguirlo. —Él le dio un puñetazo al saco de box, haciendo que se bamboleara—. Párate aquí —ordenó, y yo le obedecí porque no sabía muy bien qué pensar de lo que estaba diciendo—. Quiero que cierres los ojos James, hazlo —lo hice—. Y ahora vas a imaginar que esta pera de box es Logan y le vas a pegar.

Abrí los ojos al momento, retrocediendo un paso.

—Oye, no. No quiero pegarle a Logan.

Él me apuntó con el dedo, frunciendo el ceño.

—Lo vas a hacer, James.

—No, Raf, yo ya lo perdoné.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿No queda ni un rastro dentro de ti de resentimiento, dolor o desconfianza hacia él? Necesitas sacarlo James, todo. Y te estoy dando esta oportunidad. ¿Qué sentiste cuando viste ese video? ¿Cuándo te enteraste de que se folló a la misma chica que tú te follabas? Golpéalo. Recuerda lo que sentiste, no lo guardes, guardarlo no sirve de nada. Tráelo a tu mente y golpea esta puta pera de box ahora...

Lo primero que pensé es que él estaba loco. ¿Acaso quería que odiara a Logan? ¿Que lo matara a golpes o algo por el estilo? Yo no

quería hacerlo. Nosotros nos estábamos arreglando. Las cosas iban a estar bien.

Entonces el siguió hablando y yo sentí que me zumbaban los oídos, el calor invadía mi cara y el corazón me latía a toda prisa. Y entonces solo escuché la voz de Rafiki, cerré los ojos y me trasladé a aquel día en Kansas cuando vi el video. Y antes de darme cuenta estaba lanzando golpes al bulto frente a mí, que los recibía sin chistar.

Se me calentaron los brazos, me ardían, y yo seguía enviando puñetazos sin detenerme. Sentí algo caliente resbalando en mi cara, probablemente lágrimas, y el picor en los ojos cuando me entraba el sudor.

No supe cuánto tiempo pasó hasta que me desplomé en el suelo, demasiado cansado y con el corazón acelerado aplastándome las costillas. Mi respiración era irregular y la vena de mi cuello latía con fuerza, tanta que temía que explotara.

Oí que Rafiki arrastraba algo, pero me encontraba demasiado cansado como para comprobar qué era. Él me lanzó una toalla a la cara. No me molesté en tratar de limpiarme el sudor porque los brazos me dolían demasiado como para intentarlo. Estaba molido.

—Quítate los guantes y toma un poco de la bebida rehidratante —me dijo.

A pesar del cansancio, me arrastré prácticamente para quedar sentado, apoyando la espalda contra la pared, y me quité los guantes. Toda mi piel se sentía como si estuviese palpitando por el cansancio. Tomé la toalla, me limpié la frente para que dejara de caer el sudor en mis ojos y luego tomé la botella que él me había dejado cerca.

Me bebí todo el contenido de la botella mientras Rafiki me pedía

que lo hiciera con calma. Joder, estaba demasiado sediento como para irme con calma.

—Ahora un poco de agua simple. —Me lanzó otra botella—. ¿Cómo te sientes?

—De la puta madre. Acabado. Molido. ¿Estás loco?

—Fue solo la primera sesión, Jamie.

—¿Primera sesión? —Jadeé, todavía sin recuperar el aliento—. Hombre, ¿me quieres matar?

—No, quiero ayudarte. A ti y a los otros, claro, a sanar las heridas y las grietas que se abrieron entre ustedes durante los últimos años. Dijiste que ya no estabas enojado y que lo habías perdonado, ¿de dónde salió toda esa furia con la que golpeaste hasta hace un momento?

—Yo... —respiré por la boca—. Yo creí... Ya no me sentía enojado con Logan, yo estaba seguro de todo lo que dije de haberlo perdonado. Lo hice de corazón, Raf. Lo juro.

—Y te creo, sé que lo hiciste —me aseguró—. Pero si de verdad querías liberar ese pasado entre ustedes, créeme, hacía falta esto.

—Yo no creo que los golpes solucionen las cosas.

—No, los golpes a las personas que nos lastimaron no. Pero aquí golpeaste algo que no traerá consecuencias y quemaste cualquier residuo de mal sentimiento que pudiera quedar dentro de ti sobre Logan. Eso es lo que quería que hicieras. Que se fuera toda esa energía negativa que sentiste en algún momento pasado, antes de que pensaras las cosas y actuaras como el hombre racional que sé que eres. Porque no creo que en el momento exacto en que supiste lo que pasó dijiste campantemente que lo perdonabas sin sentir nada.

Le di una sonrisa de medio lado.

—Creo que entiendo tu punto...

—Bien. Ahora ve a ducharte para que descanses.

Me tendió la mano para ayudarme a ponerme de pie. Diablos, me dolían los nudillos como el infierno. Todo el cuerpo me dolía en realidad.

Nos encaminamos a la salida.

—Oye, Raf, cuando dijiste que esta era la primera sesión, ¿a qué te referías con exactitud, viejo? No vamos a hacer esto de nuevo, ¿no?

—Claro que sí.

—Oh, joder. Tú sí quieres matarme. ¿No fue suficiente hoy? De verdad que me siento mucho mejor a pesar de que creí que estabas loco y del hecho de que siento que no podré levantar los brazos en una semana. ¿Cuántas veces más repetiremos esto?

—No muchas. Todavía hay personas a las que les debes unos cuantos puñetazos, me parece que incluido tú mismo, ¿o me equivoco? Todos hemos sentido a veces que nos merecemos unos buenos guamazos, no creo que seas la excepción. Por cierto, no comentes con los otros lo que hicimos. Voy a trabajar con los que faltan mañana.

—Tu terapia o lo que sea es muy ortodoxa...

—Pero funciona, créeme. Y además Daniel la aprobó.

Daniel estaba loco, así que le creía.

Me duché y me puse unos pantalones de chándal negros antes de bajar a la sala donde Logan estaba tirado en un sofá con aspecto de que un tren le había pasado encima, justo de la forma en la que yo me sentía.

Me dejé caer en el otro sofá, como un peso muerto, y sus ojos verdes me captaron.

—¿Estás muerto?

—Estoy casi seguro de que sí.

Oímos voces, pero creo que ninguno de los dos podría haber levantado la cabeza para comprobar quienes eran, aunque quisiéramos. Al final, cuando entraron a la sala, me di cuenta de que se trataba de Eric y Blake, quien seguramente acababa de llegar.

—¿Y a ustedes qué les pasó?

Logan y yo compartimos una mirada.

—Nada —dijimos al mismo tiempo. No, no, a esos cabrones también les tocaría su sesión con Rafiki, no les íbamos a advertir para que intentaran evadirlo.

—Mierda —ese fue Eric—. Joder. No mamen, ¿Rafiki se les tiró encima y los malogró a los dos?

Me reí de la estupidez que dijo y eso hizo que se acentuara el dolor de mi cuerpo.

—Si sigues diciendo eso él se va a sentar sobre ti en serio, por jodido. Rafiki es genial.

—Él solo habla muy valientemente porque su amante llegó —le acusé.

Vi de reojo que Blake levantaba las manos.

—Yo no voy a defenderte, Eric.

—Púdrete. Ya está, se acabó. No más Bleric. De todos modos, no quiero a un hombre que tiene miles de hijos regados por el mundo.

—Imbécil —se rio Blake.

—Sí, ya lo encontré —dijo la voz de Carter, entrando en la habitación—. Sí, pues al parecer está rompiendo con el verdadero amor de su vida. En serio te usa solo de tapadera, ¿verdad, Mily? Lily, eso quise decir, lo siento.

—¡Cabron! —gruñó Eric. Hice el esfuerzo de mover mi cabeza un poco para verlo lanzarse encima a Carter, quien tenía su celular contra el oído—. ¿Lily? —dijo cuando por fin pudo recuperar su teléfono, y salió de la sala para hablar con algo de privacidad.

—Oye, Sunshine —dijo Logan, su voz sonaba ahogada contra el sofá—, eres más perverso de lo que la gente te cree, ¿eh?

—Yo solo diré que ni a Leroy ni a Tango les agrada Lily. Y si a ellos no les agrada debe haber una razón poderosa. Confía en los perros, ellos no son tan estúpidos como nosotros.

—Quizá los perros se equivocaron esta vez. Lily me parece agradable —indicó Blake—. Y muy guapa, hay que admitir.

—Las carilindas a veces son engañosas —Carter se encogió de hombros—. Como sea, no quiero arruinar a Eric, solo me gustaría que piense mejor lo que está haciendo...

—Oye, tú, carilindo... —le llamé—. ¿Me haces un sándwich? No puedo mover ni el dedo meñique y tengo hambre. Por favor.

—Te aprovechas de mí, Wolf. Pero vale, un sándwich para ti. ¿Alguien más?

Tanto Blake como Logan aceptaron el ofrecimiento, por lo que Carter se fue rumbo a la cocina con sus dos amiguitos trotando tras él. Tango podía ir más rápido desde que le pusieron una especie de prótesis con una ruedita para sustituir la pata que le faltaba.

Mientras esperábamos, Logan y Blake comenzaron a hablar de lo que el segundo había estado haciendo con la gente de la película y yo hice la dolorosa tarea de sacar mi celular de mi bolsillo para poder de ese modo obtener mi dosis de felicidad llamando a Emma.

# Capítulo 52

Así que a pesar de estar exhausto, y de creer que no podría levantar los brazos en una buena temporada, al día siguiente conseguí hacerlo de nuevo. Y no fue la última vez.

Para el final de la semana Logan y yo no éramos los únicos que lucíamos molidos. Eric ni siquiera había salido a la playa, cosa que amaba hacer. Los cinco nos arrastrábamos por la enorme casa con cuerpos adoloridos y ganas de no hacer nada que implicara más esfuerzo que el que nos acarrecaba cumplir las sesiones en el gimnasio con el saco de box y Rafiki.

Me toqué los nudillos de la mano izquierda, los tenía pelados por el roce con la parte interior de los guantes, a pesar de usar vendas. Chasqueé los dedos y luego dejé caer la mano en el sofá. Leroy, que estaba echado a un lado, sacó la lengua y me lamió la palma, dejando una viscosa capa de baba allí.

Me limpié en la pernera del pantalón y luego le acaricié el lomo. Apenas un minuto más tarde oímos el característico ruido que producía la prótesis de Tango, que entró corriendo, con la lengua de fuera, por delante de Carter.

—¿Es normal sentirse tan mal físicamente pero también al mismo tiempo? —dijo mientras me entregaba una de las dos latas de soda de cereza que llevaba consigo. Se dejó caer en la otra punta del sofá, destapando su lata.

—¿Como si por dentro te sintieras capaz de levantar cualquier cosa de una tonelada, pero por fuera te quejaras solo al sostener una

lata? —Elevé la lata un poco antes de apoyarla en mi pierna para destaparla y darle un trago—. No sé si es normal, pero también me siento así.

—¿Dónde están los otros?

—Eric durmiendo en su cuarto, Blake en su hora del dolor con Rafiki y me parece que Logan se ha quedado dormido en las tumbonas de la piscina. Por cierto, Dan llamó. La conferencia es a las cuatro de la tarde y él vendrá aquí con Mike después de eso.

—Sigo pensando que debimos estar presentes —comentó con una mueca—. Van a hacer oficial que Bad Boy dejará de existir y nosotros ni siquiera vamos a estar allí para dar unas palabras o algo. ¿No van ellos a pensar que estamos tan mal que no queremos ni estar cerca los unos de los otros?

—Daniel sabe lo que hace. —Me encogí de hombros—. Aunque también me habría gustado asistir. Supongo que van a organizar una rueda de prensa para nosotros más adelante, cuando se calmen un poco las aguas, no sé.

—Supongo... —Se miró las manos, que sostenían la soda, y pareció pensativo durante un rato—. Siento que estoy perdiendo una parte de mí, James —confesó de pronto—. Y eso asusta. He pasado los últimos años con ustedes, son parte de mi familia, y ahora no sé qué va a pasar. Probablemente volveré a Massachusetts, pero voy a extrañar estar en un escenario con ustedes y compartiendo un autobús para recorrer el país durante las giras tanto como un hombre que perdió un miembro de su cuerpo extrañaría utilizar esa parte que le falta.

Traté de decir algo, pero la verdad es que no pude. No tenía nada para animarlo cuando me encontraba igual de deprimido al respecto

que él. Habíamos tomado la decisión de disolver la banda seis semanas atrás, pero todavía no resultaba fácil aceptarlo del todo. La cosa de haber pasado los últimos días compartiendo esta casa, conviviendo prácticamente a todas horas, era que eso no solo hacía más fuerte nuestro vínculo, sino que también volvía más dolorosa la decisión que tomamos.

Estar en esta casa nos hacía recordar todo lo que habíamos vivido, lo difícil que había sido empezar. Bad Boy había nacido aquí, literalmente, cuando cinco extraños se conocieron. A excepción de Logan, nunca había visto a ninguno de los otros chicos hasta que Daniel nos puso a vivir juntos en esta casa.

Aquí tuvimos nuestras primeras riñas, bromas y conversaciones de media noche donde aprendimos a convivir y conocernos. Aquí hicimos estupideces y locuras, conocimos a Rafiki, rasgamos las cuerdas de nuestras viejas guitarras y unimos palabras que se sumaron en canciones. Asumimos los retos de Daniel, como encontrar el nombre del grupo cuando teníamos poquísimos días de conocernos. Propusimos desde los más tontos y sin gracia hasta los más extravagantes, complicados o ridículos. Aunque no es que la gente entendiera lo que para nosotros significaba «Bad Boy» en realidad, porque el nombre estaba lejos de tratar de decir que éramos chicos malos, con todo y que los publicistas amaron ese concepto.

Todo surgió una noche en la que estábamos rendidos, dispuestos a dejar que la gente de Beat nos nombrara «Los conejitos de Pascua» si se les daba la gana, cuando Logan subió el volumen del estéreo. *I don't wanna miss a thing* era una de sus canciones favoritas, de hecho, una de las favoritas de todos nosotros, cosa de la que nos enteramos en ese momento. Y, dejando atrás el malhumor de no poder hallar un

nombre, decidimos hablar sobre algo más agradable: *Aerosmith*.

—Los chicos malos de Boston —murmuró Eric esa vez, recordando cómo la gente solía llamar a la legendaria banda.

Entonces estábamos bromeando acerca del sueño loco de ser recordados como los chicos malos de Nueva York algún día, cosa que nos llevó a pensar que podía ser un buen nombre, pero era demasiado largo. Alguien sugirió que lo acortáramos simplemente a «Bad Boy's», pero al final decidimos quitar la apóstrofe y la «s» que indicaban un plural para quedarnos simplemente como «Bad Boy» en singular. Uno solo. Los cinco formaríamos un todo, después de todo.

Era loco, quizá algo tonto, pero fue la primera vez que estuvimos de acuerdo en algo y quisimos conservarlo como un homenaje a esa tarea de talla olímpica que era hacer que cinco chicos como nosotros encontraran algo en común.

—Sabes, cuando escucho a personas diciendo que Bad Boy salvó sus vidas, que nuestra música llegó en el momento que más lo necesitaban como una mano amiga que te detiene de caer al precipicio, siempre les creo —continuó Carter después de un rato—. Les creo porque yo también experimenté eso. Yo... —le miré, él tenía la vista clavada en el suelo, con aire pensativo—. A veces me pregunto dónde estaría yo si no le hubiese hecho caso a Dan, qué sería de mí ahora...

—Habrías encontrado la manera de brillar, Cartman. Las personas con luz propia siempre lo hacen.

—Quizá... Es solo que en esa época estaba tan preocupado tratando de ayudar a hacer más sostenible la situación en casa que ni siquiera tenía tiempo para preguntarme qué quería hacer con mi vida realmente.



Robé un puñado de las gomitas de ositos que estaba comiendo Logan y me las llevé a la boca. Los cinco, junto a Rafiki, nos encontrábamos tumbados en el suelo entre cojines, almohadones y todo tipo de golosinas porque, según Eric, eso ayudaría a hacer menos amargo el momento. Y también teníamos una pequeña nevera con unas cuantas latas de cerveza porque lo cierto es que el momento sería amargo de todos modos.

Rafiki tomó una cerveza y se mantuvo bebiendo de ella desde que se nos unió. El programa ya había empezado, cuando prendimos la televisión ya se encontraba el reportero anunciando la entrada del director general de la empresa.

Daniel, Michael y Lia fueron enfocados por el lente de la cámara cuando salían a reunirse con los periodistas. Se levantó un murmullo inentendible mientras Dan se ubicaba en el pódium y los otros dos permanecían unos pasos por detrás de él.

Dan comenzó a hablar, saludando y agradeciendo a los presentes por estar allí.

—Hasta el final de los días, cabrones... —murmuró Blake con un ápice de nostalgia empañando el tono grave de su voz mientras alzaba su lata a modo de brindis.

—Hasta el final de los días —respondimos el resto, alzando nuestras latas también, para luego beber un trago de ellas.

Me pareció ver a Rafiki negar con la cabeza.

En la enorme pantalla vimos a Daniel cediéndole la palabra a un reportero.

—*¿Dónde está Bad Boy en este momento? Creo no ser el único que esperaba verlos aquí el día de hoy.*

Daniel asintió, indicando con un gesto de manos que hicieran silencio para poder responder. Los flashes de fotografías le iluminaban continuamente.

*—Los cinco se encuentran juntos y, puedo asegurarlo, viendo la conferencia en este preciso momento. Ellos están tomándose un tiempo lejos de las cámaras, por lo que acordamos que sería yo el encargado de dirigir esta rueda de prensa y responder sus preguntas.*

*—¿Entonces es cierto esto?*—preguntó otro reportero, uno rubio de cara afilada, haciéndose oír por encima del resto mientras enseñaba una hoja membretada de la empresa que probablemente contenía el comunicado que detallaba nuestro fin en los escenarios.

*—Me temo que es cierto, señor Poots*—le confirmó Daniel y sentí como si sujetaran mi estómago en un puño y apretaran con fuerza, sacudiéndome por dentro.

Todos nos mantuvimos en silencio, simplemente observando cómo el mundo se enteraba de que, a pesar de no estar listos para hacerlo, Bad Boy se retiraba.

*—Supongo que las cosas deben estar realmente mal respecto al tema de Logan, James y la señorita con la que ambos salieron... o salen, no lo sé, para que estén recurriendo a una medida tan drástica.*

Daniel apretó los dientes. Caterina Stewart era del tipo de reporteros que solo querían causar revueltas con insinuaciones malintencionadas.

*—Hija de puta* —gruñó Eric.

*—¿De qué te extraña? Ella como que tiene un odio por todos nosotros, ¿no recuerdas la nota que sacó cuando se dio a conocer que me había quedado con el papel principal en la película?«Un cara bonita más jugando a ser actor solo porque puede».*

—Qué jodida —escupió Logan de pronto—. ¿De dónde te vio lo cara bonita, para empezar? Con razón lleva lentes, solo que no le sirven para una mierda.

—Pendejo, hablas como si un aborto de mono no fuese más bonito que tú. —Blake le lanzó un cojín que Logan consiguió esquivar.

Nos reímos, y fue bueno. Fue bueno que Logan bromeara después de no haberlo hecho por un tiempo, fue bueno que nos hiciera reír como era su costumbre y que esa incomodidad que había entre todos nosotros comenzara a darnos tregua. Nos faltaba camino por recorrer, ciertamente, pero las cosas mejoraban. Mucho de ello se debía a las rudas sesiones con el saco de box y las charlas con Rafiki.

—¡Va a hablar, cállense!

Dan se rio de la insinuación de la reportera, pasó una mano por su cabello negro y negó con la cabeza.

*—Señorita Stewart, es usted encantadora como siempre, pero se equivoca si piensa que va a obtener respuestas sobre la vida privada de los chicos. Es más, cualquiera que haya venido aquí esperando ese tipo de información está cordialmente invitado a marcharse, la puerta es grande. Nos reunimos para hablar del futuro de Bad Boy, de la carrera de los chicos, no de temas íntimos que nada tienen que ver con la cosa que ellos hacen. Y eso es música, para quienes no sabían.*

*—¿Supongo entonces que no va a hablar tampoco de las fotos donde se puede apreciar un golpe en la cara de Logan, ni a dar más información sobre la aparente nueva novia de James?—atacó ella, enarcando una ceja.*

*—Supone bien—respondió Dan sin perder la compostura—.Lo que puedo decirles es que los cinco se encuentran en perfecto estado y todos están*

*de acuerdo con la decisión que se tomó, misma que se les ha notificado a ustedes, quienes al parecer no están dándole la relevancia adecuada por su afán de hurgar en la vida y relaciones de los chicos. Por ello les pido que seamos profesionales y nos centremos en lo que nos ha reunido el día de hoy.*

La cámara consiguió captar cuando la reportera crispó los labios, cabreada. Bien por Dan, le cerró la boca.

*— Señor Johnson—habló otro más—, me piden en el set tenga usted la amabilidad de hacer el anuncio de viva voz, al parecer nuestras redes sociales han explotado con mensajes de GGs en shock que no van a aceptarlo hasta que usted, o los mismos chicos, les digan que realmente está pasando.*

Daniel asintió.

*—Está pasando, gente. Lastimosamente es real. A partir del día de hoy todas las actividades de Bad Boy oficialmente cesan.*

*—¿Qué implica esto?—preguntó otra persona.*

*—Implica que el tour mundial que estaba por anunciar países y fechas queda cancelado. Implica que no habrá material discográfico nuevo ni ningún tipo de actividad por parte de la banda...—los ojos claros de Daniel vieron directamente a la cámara, por un momento pareció titubear—por tiempo indefinido. Es doloroso pero necesario, Bad Boy quiere hacer buena música que sus fans puedan disfrutar, pero en la situación actual parece complicado que permita a estos chicos ponerse frente a personas que son capaces de agredir no solo verbal, sino que físicamente a uno de sus miembros. No tengo que dar más detalles al respecto porque sé que saben perfectamente de lo que hablo.*

*» Han sido años consecutivos de trabajo y poco descanso, por lo que este receso servirá a los miembros para recuperar energías, atender sus vidas*

*personales y así, en un futuro, volver con más fuerza a los escenarios. Este no es el final de Bad Boy, es solo una pausa en el camino. Espero todos sepan comprender esta decisión.*

Por la forma en la que dijo «todos» y miró a la cámara, supe que se refería a nosotros.

Joder. Mierda. Yo... puta madre.

Alguien apagó el televisor en medio del silencio frugal que nos envolvía. Ninguno esperaba esto.

—¿Él acaba de decir lo que creo que acaba de decir? —jadeó Logan, llevándose ambas manos a la cabeza.

—Si acabas de oír que milagrosamente no estamos malditamente perdidos, acabados, hundidos, enterrados, muertos, finitos... —le respondió Eric, tan pasmado como el resto—. Sí. Jodidamente sí.

—Una pausa —gorjeó Carter, pálido—. Una puta pausa, no el final.

El corazón me latía con violencia en el pecho, era una buena señal de que aún estaba vivo y lo que pasaba era real.

—¿Y eso es todo? Esperaba gritos, saltos, a ustedes llorando como bebecitos... no sé, toda una gran reacción llena de drama cuando finalmente supieran la noticia. Después de todo han estado lloriqueando sobre cómo no querían que la banda terminara, ¿no? Pues ahí lo tienen, no ha terminado.

—No ha terminado —repitió Blake, poniéndose de pie y yendo hacia Raf—. No ha terminado, cabrón. ¡No ha terminado! —gritó antes de agarrarle el rostro con ambas manos y plantarle un sonoro beso en la frente en medio de su euforia, lo que le ganó un empujón que le hizo acabar encima de Carter, cosa que desató la adrenalina de todo el grupo.

Los miré. Reían, incluso un par de ellos tenía los ojos húmedos mientras gritaban como locos y repartían una nueva ronda de cervezas para festejar. Mierda, tenía un nudo en la garganta. Daniel, ¡joder!, Daniel. Era la primera vez que me alegraba que me mintieran y actuaran en mi nombre sin mi consentimiento. Porque a la mierda eso, claro que no iba a negarme si hubiese sabido que había oportunidad de seguir.

Para el momento en que Daniel llegó acompañado por Mike y Lia, la efusividad se había controlado, aunque la sensación de júbilo seguía presente. Tanto así que parecía que ya habíamos olvidado el dolor de nuestros músculos por completo.

Lia, que llevaba mala cara, dio un saludo general para todos además de una felicitación tan seca que parecía que en realidad no se alegraba por nosotros. Ella fue a hacerse ovillo en el sofá, con Leroy, mientras que los demás nos quedamos rodeando la mesa de billar en la que habíamos estado jugando.

—Lo siento, chicos —dijo Daniel—. No quería engañarlos. La cosa es que... ¿saben ustedes lo importantes que son para mí? Joder, yo no iba a dejarlos rendirse, así como así.

—¿Rendirnos? —Replicó Eric—. Pero si ustedes dijeron que era retirarnos todos o continuar solo cuatro. No nos dejaron otra opción.

Mike se rio.

—Lo sabemos, mocosos. Ustedes hicieron justo lo que esperábamos que hicieran.

—Así es —Daniel asintió—. Probaron que aún queda en ustedes esa unión que los hizo llegar hasta donde han llegado. Demostraron que se preocupan más los unos por los otros que por la fama. Esa mierda tal vez se va a ir un día, chicos, la atención de la gente, el

apoyo, eso se acaba en un segundo, pero el lazo que forjen entre ustedes no. Los recuerdos, la hermandad, la confianza... —nos miró a cada uno a los ojos brevemente—. A la mierda el pasado, chicos, esto es oficialmente un nuevo inicio para todo y para todos. Creo que Rafiki ha estado hablando con ustedes, ¿verdad? Están aquí para limar todo aquello que pueda convertirse en un obstáculo en el futuro, vamos a quitar la carga que está en nuestros hombros para que podamos avanzar con paso firme hacia adelante.

—Eres el puto amo —dijo Logan, mordiéndose los labios con expresión de orgullo—. El puto amo. Gracias por esto, joder. Gracias.

—Por favor, Logan —hizo un gesto de barrido con la mano, quitándole hierro al asunto—. Solo hice lo que tenía que hacer, el mérito es de ustedes en realidad... Ahora, no sé qué opinen, pero yo creo que sería genial si encendiéramos la parrilla para continuar el festejo.

Era tarde, pero nadie se opuso a la idea de Daniel. Enseguida nos pusimos manos a la obra para encender la parrilla en el jardín, donde corría una brisa fresca y agradable.

Cuando las hamburguesas estuvieron listas, fui el encargado de despertar a Lia para que comiera con nosotros. En realidad, no estaba dormida, solo estaba recostada en el sofá quejándose mientras se abrazaba el vientre con las manos.

—¿Te sientes mal? No tienes muy buen aspecto —dije, notando que tenía los labios algo pálidos.

—Sí, demos gracias por ello a los jodidos cólicos premenstruales —gruñó en respuesta—. ¿Qué necesitas?

—La comida está lista, gruñona.

—Oh, cállate. Tengo un espantoso dolor de cabeza también —

hizo una mueca y tendió su mano hacia mí—. Vamos, sé bueno y ayúdame a levantarme.

Me reí y le tomé la mano, tirando de ella hacia el frente para que se incorporara. Su piel estaba un poco caliente, pero no de forma preocupante. Mientras nos dirigíamos al jardín, ella me preguntó por Emma.

—Pues me alegra que vayas a ir a esa boda de su tío, es bueno que ustedes sean serios el uno con el otro, quizá podrás ganarte unos puntos con el papá —me palmeó el brazo—. Pero no uses el perfume que traes en este momento, en serio, huele horrible. Vas a hacer que todos huyan.

Le di una mirada, enarcando una ceja, y ella se encogió de hombros.

—Lo siento amigo, es la verdad. Mejor aléjate de mí, zorrillo, con ese intenso olor vas a conseguir marearme y no quiero añadir otro malestar al dolor de cabeza y los cólicos premenstruales —añadió con malicia antes de adelantarse a la mesa donde Eric estaba poniendo un plato con hamburguesas listas para ser devoradas.

Hice la cosa estúpida de olfatearme y puse los ojos en blanco. Lia solo estaba jodiendo, yo ni siquiera estaba usando perfume, solo tenía un suave olor a jabón y desodorante. Ella solo quería molestar.

【◆◆◆】

Emma llevaba un vestido color coral de una tela suave y delicada, era de cuello alto, sin ningún tipo de escote en la parte superior, pero con una abertura discreta por encima de las rodillas que daba un buen vistazo de sus piernas, la parte trasera era más larga que la delantera. Su cabello iba suelto, en ondas, y no iba maquillada en exceso, lucía elegante y guapa.

Me sonrió al verme en la puerta de su habitación. Llegué esta mañana para acompañarla en la boda y poder pasar el fin de semana juntos. A pesar de que su papá no estuvo muy de acuerdo, él no pudo contra su esposa, quien insistió en que me quedara en la habitación de huéspedes de su casa. No era una casa enorme, pero tampoco algo demasiado pequeña para una familia de tres personas.

—Pasa —indicó—. Papá se fue primero porque tenía que ayudar al tío Scott en algo, así que no hay problema.

Asentí y me incliné a besarla antes de cerrar la puerta detrás de mí.

—Estás hermosa.

—Es bueno saberlo. —Sonrió—. Tú no te ves nada mal, ese color hace que tus ojos luzcan más oscuros.

Ella me recorrió con la mirada. Llevaba un traje azul marino con saco, pero sin corbata y con los primeros botones de la camisa blanca abiertos. Ni tan casual ni tan formal.

—Bueno, tenía que estar a la altura de mi pareja —dije mientras echaba un rápido vistazo a su habitación. Las paredes eran de un pálido celeste, tenía algunas siluetas interesantes decorando una de ellas, repisas con libros amontonados en otra y una peinadora con un montón de brochas y productos para maquillar esparcidos encima.

—Vaya, ni un solo póster. Me siento triste justo ahora —bromeé.

Se rio y se acercó, enlazando sus manos detrás de mi cuello mientras me miraba a los ojos.

—Lo quité todo antes de que llegaras, no quería que mi novio creyera que estoy chiflada.

—El póster que besabas debió sentirse desplazado...

—No me puede culpar por el hecho de que besar los labios del

James de carne y hueso sea un millón de veces mejor.

Sonreí contra su boca, que tenía un color apetecible que seguramente se quedaría en mis labios al término del lento e invasivo beso. No había podido besarla de forma apropiada porque no nos habían dado un minuto a solas hasta ahora, y yo agradecía que finalmente lo tuviéramos, la había extrañado. A sus dulces labios, a toda ella.

Llevó sus manos a mi cabeza, peinando mi cabello en el sentido que yo lo había peinado antes.

—Estás guapo.

—¿Más que tu amado Adam?

—Tampoco abuses —respondió antes de soltar una pequeña carcajada—. Vale, quita esa cara, él está de infarto, pero yo no te cambiaría por nada del mundo, *Lobito*. Tú tienes excelentes atributos también. Y si prometes no ser un odioso al respecto, confesaré que tú me gustas más que nadie en este mundo.

—Eso ha sido gratificante de oír.

—Ahora deja que te limpie esto —pasó su pulgar por mis labios, retirando los restos del labial— y aplicaré una nueva capa en los míos para que nadie note lo que pasó aquí.

# Capítulo 53

El enlace nupcial se llevó en el mismo sitio de la recepción, un espectacular jardín japonés que se rentaba para eventos especiales, según me comentó Emma. Era colorido, lleno de árboles de distintos tonos de verde y otros más de un singular color rosa; arbustos se apreciaban por todos lados al igual que las piedras volcánicas de diversos tamaños y un estanque que dominaba el lugar. Los caminos a transitar eran como puentes de madera, con gruesas barandillas del mismo material, y zigzagueaban a través del enorme jardín.

Las mesas para los invitados se encontraban distribuidas cerca del estanque, con toldos blancos que proveían de sombra.

Emma y yo estábamos observando un cisne que flotaba en el agua, aparentemente dormido, cuando un par de chicos nos arribaron. A pesar de que uno era un palmo más bajo que el otro, lucían casi idénticos: piel cetrina, cabello de un tono castaño muy claro, el del más bajo estaba peinado hacia atrás y el del otro iba hacia un lado, tenían ojos verdes y rasgos algo toscos. Destacaban sus sonrisas y miradas astutas. Eran de esas personas de sangre ligera, caían bien solo con verlos. Por la forma en la que Emma gimió con pesar, terminé por comprobar mis sospechas: eran los primos de los que me había hablado.

—¡Oye, M&M! —dijo el más alto, dirigiéndose a Emma—. ¿No vas a presentarnos a tu chico?

Emma maldijo por lo bajo, cosa que me sorprendió. Había muy pocas cosas que la hacían maldecir.

—¿Notas eso, Flynn? Parece que la pequeña M&M se avergüenza de nosotros. ¿Crees que sea eso? Dios, me está doliendo el corazón.

—Oh, Jett, qué dices. Claro que no. M&M nos ama, somos sus primos favoritos, ¿a que sí, primita?

Emma me vio con ojos atormentados.

—Logan no fue el primero en ponerme un apodo ridículo —murmuró antes de darles una mirada envenenada a los chicos—. James, estos son Jett y Flynn, mis odiosos primos mellizos. Dos tercios de lo que me gusta llamar mi infierno personal. ¿Dónde dejaron a Neal?

—¿Odiosos? —se quejó el más bajo—. Primita, la Gran Manzana sí que te ha cambiado. Gracias al cielo que Neal se quedó tomando un trago o estaría decepcionado de la mala fama que nos estás dando —negó con la cabeza de forma reprobatoria—. Soy Jett, por cierto —dijo, ofreciéndome la mano.

Su apretón fue más fuerte de lo usual.

—Y yo Flynn —añadió el otro mientras estrechaba mi mano de la misma forma que su mellizo—. Y no voy a pretender que no sé quién eres y que mi hermana May no está allí tomando una foto de ti para enviársela a sus amigas.

—¡May! —gritó Emma en dirección de su prima, que efectivamente nos apuntaba disimuladamente con su teléfono desde la otra punta. La chica, que tenía el cabello del mismo tono que sus hermanos, abrió mucho los ojos y nos dio la espalda enseguida al ser atrapada.

—Es un gusto conocerlos —dije finalmente, poniendo mi mano en la cintura de Emma para tenerla más cerca. Esperaba que el gesto la relajara un poco, porque parecía algo tensa.

No me perdí que los mellizos intercambiaron una mirada inmediatamente.

—Así que, James, dinos algo... ¿Sabías que Emma solía besar apasionadamente un póster tuyo?

—¿En serio? —fingí demencia.

—En serio —aseguró Flynn—, ella tenía toda esta pasión desbordante por ti desde hace tiempo, estuvimos a punto de enviar a imprimir una imagen tuya a tamaño real y de cuerpo completo para su cumpleaños del año pasado.

Emma estaba muy roja.

—Toda una loca chica caliente por ti —añadió Jett—. ¿Qué opinas, Wolf?

Me mordí los labios, reprimiendo la risa.

—Supongo que es bueno que ella haya practicado la cosa de los besos entre nosotros. —Me encogí de hombros, restándole importancia.

Ellos se miraron uno al otro y sonrieron mientras asentían. Jett palmeó mi brazo con un gesto de camaradería.

—Así se habla, hombre —aseguró—. Si actuabas como un idiota pretencioso te habríamos tirado al estanque a conocer de cerca a los patos, pero supongo que no eres el tipo creído y fanfarrón que no merece a nuestra pequeña M&M. —Estiró la mano y le apretó la mejilla a Emma, quien se quejó y lo apartó con un manotazo—. Yo creo que merecen el regalito, Flynn.

—Sin duda lo merecen, Jett.

—El tío Tom nos va a matar si se entera.

—Entonces que no se entere, ¿verdad? El tío Tom es algo chapado a la antigua —dijo Flynn, guiñándome un ojo.

—Ay no —jadeó Emma—. ¿Qué están tramando ustedes dos? Ya váyanse, ¿no tienen a alguien más para fastidiar?

—Sí, pero a ti no te tenemos cerca todo el año, M&M, tenemos que cubrir la cuota de fastidio para ti. No es justo que quieras librarte solo porque ya no vives aquí.

Emma gruñó.

—Ya, ya nos vamos, primita. —Jett se metió la mano al saco y sacó una pequeña bolsa negra de terciopelo con un listón dorado—. Toma... —la puso en la mano de Emma—. Úsenlo sabiamente y no se vuelvan adictos... o bueno, hagan lo que quieran.

—James, un placer conocerte —indicó Flynn—. M&M... tú solo respira, respira...

Jett le puso una mano en el brazo a su hermano.

—Respira y aprovecha que ahora tienes algo más que un trozo de papel babeado. —Le guiñó un ojo y rápidamente los dos se alejaron de nosotros, yendo hacia una mesa llena de señoras mayores que al parecer los adoraban.

—No acaban de darnos droga, ¿verdad?

Emma respiró profundamente y negó con la cabeza mientras se volvía hacia el lago, dándole la espalda a la gente. La imité, observando la bolsita que descansaba en la palma de su mano.

—Acércate, si es lo que creo que es y alguien lo ve no saldremos vivos de aquí... —indicó, por lo que me pegué más a ella—. Los voy a matar.

—¿Qué hay allí?

Emma abrió la bolsita y sacó con dos dedos un empaque pequeño y cuadrado de aluminio que no era difícil de imaginar lo que contenía.

—Malditos —gruñó, dándole la vuelta al empaque para dejar ver una interesante y colorida notita hecha a mano que rezaba: «*Más barato que tener un bebé. Con amor, Flynn y Jett*». Me reí.

—¿Ellos siempre le han dado condones a todos tus novios cuando los conocieron o debo sentirme halagado?

—¡Oh, cállate! —refunfuñó mientras devolvía el paquetito a la bolsa bruscamente—. Ellos pagarán por esto. Lo harán. Han venido tan campantes como «Oh, James, toma a nuestra prima y ten sexo con ella, te damos permiso». ¡Los mataré!

Traté de no reírme, pero fallé.

—Míralo por el lado amable, Emma, tus primos solo quieren que tengamos sexo con protección. —Me fulminó con la mirada—. Y además te lo dieron a ti, ¿viste? Lo que significa que ellos saben que su «permiso» no significa nada porque el único permiso que necesitamos para usar ese preservativo es el tuyo.

Se mordió los labios y ladeó el rostro, estudiándome con la mirada.

—¿Qué hay de tu permiso? Eso no es cosa de una sola persona, por si no sabías.

—Emma, créeme, siempre que tú estés dispuesta yo también voy a estarlo. Mi consentimiento para ello no es un problema.

Sus ojos se entrecerraron más mientras acercaba la bolsita de terciopelo a mi pecho.

—¿Y si solo dependiera de ti?

Enarqué una ceja y me humedecí los labios.

—No necesitas oír esa respuesta para saberla —aseguré mientras ponía ambas manos en su cintura y me acercaba a presionar mi boca contra la suya.

Alguien carraspeó la garganta, Emma se sobresaltó y yo maldije para mis adentros cuando reconocí la voz de su papá preguntando si interrumpía.

—Claro que no, papá. ¿Qué ocurre?

Tom me miraba fijamente y con desconfianza. Quise pasarme la mano por la boca, por si había quedado algo del labial de su hija allí, pero me contuve porque no pensé que fuese el movimiento más inteligente.

Joder. Si él hubiese llegado dos minutos antes y hubiese oído la conversación... Mierda. Contuve el aliento, tratando de no hacer nada que provocara que le desagradara más.

—¿Por qué no vas con Kate, Emma? Ella y su familia acaban de llegar.

—Claro —respondió y entrelazó sus dedos con los míos—. Vamos, James.

—Si no te molesta —interrumpió el señor Hayes antes de que yo pudiese decir algo—, me gustaría hablar un momento contigo. —Sus ojos se dirigieron de mí a su hija—. ¿Nos permites, Emma?

No me molestaba, en realidad me preocupaba un poco, sin embargo, asentí. A Emma no le agradó mucho, pero al final susurró algo en el oído de su papá, le dio un beso y me envió una mirada de aliento antes de ir con su amiga. Se reunieron en una mesa a unos metros de distancia, Kate lucía mucho mejor que la última vez que la vi. Claro que esa última vez ella estaba en el hospital tras un accidente automovilístico, era difícil que se viera mejor.

El papá de Emma me hizo una seña y comenzamos a caminar, alejándonos del bullicio de la fiesta. Marchamos por los serpenteantes caminos de madera en un incómodo silencio hasta

detenernos cerca de un solitario estanque menor. Opté por continuar callado hasta que él hablara, pero la verdad era que me temía que fuese a pedirme algo como que me alejara de Emma.

—No creo ser un hombre que pueda disimular cuando algo no le gusta —inició, haciéndome tragar con dificultad mientras le miraba de reojo—. Y te dije que no me gustas para mi hija.

—Lo hizo —asentí.

—Y sabes que si fuese mi decisión entonces Emma no regresaría a Nueva York, ella se quedaría aquí y no te volvería a ver porque, vamos, ¿qué padre quiere para su hija un hombre que actuó de la manera en que tú lo hiciste con ella?

—Lo sé. —Agaché la cabeza un momento antes de verle a los ojos—. Y sé que no es ninguna justificación, pero, como le dije antes, aunque hice todo de la manera incorrecta, actué mal y dije cosas de las que me arrepiento, siempre, créame señor, *siempre* lo hice pensando que era lo mejor para Emma. Estaba convencido de que le evitaba un daño mayor. Antes hice todo lo posible por alejarla de mí porque creía que era lo correcto, no me daba cuenta de lo equivocado que estaba...

—¿Y ahora? —enarcó una ceja.

—Ahora... Ahora sé que nunca podría perdonarme el no luchar por ella y por lo que sentimos. Incluso si la persona que se opone a lo nuestro, con todo respeto, es usted, no voy a sacrificar nuestra felicidad por su tranquilidad. Emma me quiere y me ha dado esta oportunidad para demostrarnos a ambos que soy capaz de merecerla y hacerla feliz. Y por mucho que me encantaría que usted estuviera de acuerdo, señor, no voy a desistir solo porque no lo está.

—Se necesitan agallas para hablarme de esa manera en lugar de

rogar un poco de simpatía y comprensión, como cualquier otro habría hecho en tu lugar, James.

—Con todo lo que he vivido, señor, me he dado cuenta de que no puedo poner mi felicidad ni mi futuro en las manos de los demás. No voy a decirle que dejaré a Emma para que usted sea feliz y así tratar de conmoerlo con mi buena voluntad para satisfacerlo, no puedo. Lo único que puedo asegurarle es que haré todo lo que esté en mis manos, y más, para ser feliz con su hija. Usted decidirá si quiere compartir esa felicidad con nosotros o no.

—¿Sabes lo que más odio de todo? —murmuró con aire distraído antes de clavar nuevamente sus ojos, idénticos a los de Emma, en los míos—. Que me agradas, muchacho. Y acabas de agradarme más con lo que has dicho. Si hubieses sido un lameculos intentando complacerme te habrías ganado mi odio de verdad.

» Mira, cuando me enteré de todo estaba realmente cabreado contigo, demasiado. Solo vas a entender cómo me sentí cuando tengas una hija y pienses en la idea de alguien haciéndola sufrir. Pero ha pasado un tiempo de eso y me he dado la oportunidad de meditar. Tú, hombre, de alguna manera te has ganado no solo a mi hija, sino que también a mi esposa como aliada. Y nadie a quien mi Lydia vea con buenos ojos puede ser tan malo como a mí me parezca. Así que, James, más vale que nunca me enteré de que hagas sufrir a mi hija de nuevo, porque tal vez no seré capaz de alejarte de ella, pero eso no me impedirá romperte la cara.

Él me tendió la mano con la insinuación de una sonrisa y, por un momento, todo lo que hice fue mirarlo. Esto había tomado un rumbo inesperado. Un instante creía que me declaraba su eterno desagrado y al siguiente él decía exactamente todo lo contrario. Abrí la boca un

segundo y me obligué a cerrarla y reaccionar al siguiente, aceptándole el apretón.

Aunque todo lo que le dije era cierto, realmente me alegraba que él finalmente me diese esta oportunidad. Entonces, mientras volvíamos a la fiesta en medio de una amena conversación sobre lo que planeaba hacer durante el descanso de los escenarios de Bad Boy, recordé las palabras de mi padre.

*Si tú no eres capaz de perdonar, tampoco serás digno de que te perdonen cuando te equivoques.*

Sonreí.



Le ofrecí la mano a Emma para ayudarla a bajar del tren eléctrico miniatura. Ella saltó fuera del vagón y yo pasé mi brazo detrás de su espalda mientras entrábamos al pabellón de las mariposas. Era domingo, mi vuelo salía al día siguiente a primera hora y nosotros llevábamos un buen rato recorriendo el Jardín Botánico de Río Grande.

Era un bonito lugar honestamente, y a Emma parecía encantarle. La mayoría de los visitantes eran padres de familia con sus hijos, solo nos habíamos topado con un par de adolescentes que me reconocieron a pesar de que llevaba gorra y lentes de sol para disimular un poco mi identidad. Me tomé fotos con las fanáticas, cosa que no molestó a Emma. En realidad, comenzaba a creer que ella se entusiasmaba cuando hacía cosas como esa porque no dejaba de sonreír y mirarme como si hubiese hecho algo maravilloso. Probablemente tenía que ver con el hecho de que ella conocía lo que era ser fan.

—Así que mañana me voy..

—Mañana te vas. —Asintió, haciendo que nuestras manos se balancearan hacia delante y hacia atrás mientras caminábamos por los senderos del pabellón.

—Y todavía falta un mes para que finalmente vuelvas a Nueva York por tus clases... —proseguí.

—Lo sé. Al igual que sé que le has vuelto a agradar a mi papá, por cierto. Ya no te frunce el ceño todo el tiempo y casi puedo decir que disfruta de hablar contigo un poco.

—Lo cual es algo realmente bueno, ¿verdad? Anoche le mencioné la cosa de dejarte volver un poco antes para que pases unos días conmigo y dijo que lo va a pensar. No pude ser muy insistente porque, ¡vamos!, no deseo que me vuelva a odiar. Así que ahora es tu turno de completar la misión.

Ella rió.

—Señor, sí, señor.

—Hablo en serio —la hice detenerse y me ubiqué frente a ella, acunándole el rostro—. Todavía nos quedan dos semanas de todo esto de la recuperación como grupo y la intensa terapia de Raf, pero cuando nos de el alta oficialmente los chicos también llevarán invitados a la casa para realmente vacacionar todos juntos y yo amaría que tú estuvieras allí con nosotros.

Emma entornó los ojos y se mordió los labios, lo que me provocó besarla, así que lo hice.

—De acuerdo —rodó los ojos—. Me has convencido, Wolf.

—Y me siento genial por ello. —Presioné de nuevo mi boca contra la suya—. Ahora sigamos con las mariposas y luego vayamos al acuario, ¿te parece? Este lugar es alucinante.

—Vamos —dio un apretoncito en mi mano—. Realmente amarás

ver el resto de este lugar, pero debemos ser rápidos si queremos llegar a tiempo a la comida con Kate. Finalmente va a presentarme al misterioso chico con el que ha comenzado a verse hace poco, lo cual me ha tenido ansiosa todo el verano. La última vez que se involucró con chicos no terminó bien, así que espero que esta vez sea alguien decente y que la respete.

—¿O sea que todo esto de comer juntos es solo para evaluar al novio de tu amiga?

Ella hizo una mueca.

—No, Kate quería tener la oportunidad de verte de nuevo, así que digamos que acepté con la condición de que invitara al chico ese...

—Me has usado como carnada, Emma Hayes.

Abrió la boca y la cerró, haciendo un puchero.

—¿Lo siento? —Se encogió de hombros y señaló hacia su derecha rápidamente—. ¡Mira los colores en las alas de esa mariposa!

Evidentemente ella cambiaba de tema. Me reí y la seguí durante las siguientes horas, dejándome maravillado por los pequeños regalos de la naturaleza, pero, sobre todo, me dejé maravillado por ella. Por la forma en que reía, curioseaba y disfrutaba de todo cuanto llamara su atención. Yo realmente amaba su curiosidad y la forma en la que sus ojos brillaban de una forma especial cuando hallaba algo que le atraía.



Cuando llegamos a un restaurante de sushi en el centro de la ciudad, un local no muy grande, pero de apariencia agradable, Kate nos saludó con la mano al vernos entrar. Llegamos unos minutos tarde porque nos entretuvimos en el acuario más de lo planeado.

—Kate recuerda que según tu biografía en Wikipedia tu comida

favorita es el sushi, así que sugirió que viniéramos aquí —comentó Emma mientras nos acercábamos a su amiga—. Si ella actúa un poco fan, sé bueno, ¿sí?

—Nunca he sido bueno, Emma —dije a modo de broma.

—Gracioso. —Rodó los ojos y rió antes de sonreírle a su amiga, a quien saludó con un beso en la mejilla.

—Hola Kate —dije, saludándola de la misma manera, lo cual me di cuenta de que la puso un poco nerviosa.

—Hola. Qué bueno que llegaron. Pero tomen asiento, vamos, no se queden de pie —indicó mientras se volvía a sentar en su lugar.

—¿Dónde está tu amigo misterioso? —le interrogó Emma enseguida mientras colgaba su bolsa del perchero que habían dispuesto a un lado de nuestra mesa.

—Él vendrá en un rato más —indicó Kate y luego me vio con una gran sonrisa—. Realmente eres tú.

—Soy yo —asentí, un poco divertido.

Ella se rió.

—Lo siento. Es que es difícil de creer... James Wolf, por Dios santo. Integrante de Bad Boy. Tengo un cuaderno con recortes de todos ustedes y las letras de las canciones escritas allí... Qué locura. ¿Recuerdas cuando te convencí de escaparnos a Santa Fe para verlos en concierto, Ems?

—Cómo no recordarlo, Kate, estuve castigada durante un mes cuando volvimos a casa.

Enarqué una ceja hacia ella.

—¿Se escaparon para ir a un concierto?

Emma se encogió de hombros.

—Hace un par de años, y no era solo un concierto, era *el* concierto.

—Rodó los ojos—. Esperamos por el *All or nothing tour*[1] por mucho tiempo. Pero ni siquiera los pudimos ver, o sea, nosotras no teníamos entradas... solo estuvimos paradas afuera del recinto oyendo los gritos y la música mientras lloriqueábamos porque no podíamos entrar. No fuimos fans afortunadas ahora que lo pienso, no nos ocurrió como en esos fanfics donde milagrosamente la protagonista y su mejor amiga consiguen entrar al concierto e incluso colarse *albackstage*.

—Y no olvides a la perra afortunada de Rayita que siempre logra que su integrante favorito la mire a los ojos en medio de la multitud y caiga perdidamente enamorado de ella.

—Toda la razón —rió Emma, enfrascada en el tema, y luego me miró repentinamente cohibida, como si apenas recordara que yo estaba allí—. Um... el punto es que Kate y yo no tuvimos ese tipo de suerte, estuvimos fuera las tres horas que duró el concierto...

Su amiga hizo un puchero mientras asentía, respaldando las palabras de Emma.

—Tan cerca y a la vez tan lejos —se lamentó Kate—. Realmente nos dolió más no poder verlos que los castigos que nos pusieron nuestros padres cuando volvimos a casa.

Bajé la vista un momento a mi celular y respondí un mensaje que tenía de mi madre antes de intervenir en la conversación llena de recuerdos de las chicas.

—Esto es a largo plazo —dije—, pero cuando Bad Boy esté listo para regresar a los escenarios prometo que tendrán entradas aseguradas para el primer concierto que demos.

Emma me dio una amplia sonrisa.

—Oh Dios, no voy a emocionarme, no lo haré... —murmuró Kate,

quien terminó por soltar un chillido—. Dios, ya me emocioné. ¿En serio? ¿Lo prometes? Ya quiero que vuelvan. Algunos no son tan optimistas respecto a este descanso que anunciaron, el fandom vive con el temor de que sea solo una manera de ablandar el golpe de realidad, o sea, que no haya un regreso realmente.

—Bueno, no sé qué pasará mañana, el futuro no está escrito, pero te aseguro que esto del descanso no es para ablandar nada. Si seguimos vivos, volveremos. Ese es el plan, esperemos que podamos cumplirlo.

—¡Genial! —Kate pasó sus manos por su rostro, eliminando una capa de sudor a pesar de que no había calor ya que el local contaba con aire acondicionado; sus ojos cayeron en la entrada y luego revolotearon nerviosamente hacia Emma—. Okay mi amiga, espero tomes esto con calma. No estamos saliendo formalmente, nos encontramos cuando fui a presentar mi examen de admisión para la universidad y entonces como que hemos estado hablando...

—¿De qué hablas? —Emma ladeó el rostro hacia Kate, pocos segundos más tarde nos enteramos a qué se debía la advertencia.

—M&M, James... —Jett hizo un asentimiento hacia nosotros y luego se sentó junto a Kate, susurrándole algo en el oído antes de besarle la mejilla, lo que provocó que el rostro de la amiga de Emma enrojeciera.

—¡Oh, buen Dios! —jadeó Emma—. ¡Jett! ¡Estás saliendo con...*Jett!*

—Oye, primita, lo dices como si fuera la peor noticia del mundo. Y —miró a Kate— no estamos saliendo. Somos amigos hasta que ella acepte que en realidad somos más que eso.

—¡Jett! —se quejó Kate.

—¿Están listos para ordenar? —inquirió el mesero al llegar a nosotros.

—Un segundo más... necesito digerir esto primero —murmuró Emma, que parecía consternada con la noticia de que el misterioso chico de su amiga era su propio primo—. Okay, bien, suficiente. Pidamos de comer y hagamos esto menos raro de lo que es.

Revisamos el menú y ordenamos pronto, sin demorar demasiado eligiendo. Las bebidas se nos sirvieron enseguida. Mientras esperábamos que la comida llegara, se hizo un silencio pesado en la mesa. Jett cruzó los brazos sobre el pecho y, paseando su mirada de Emma a mí, nos sonrió de oreja a oreja.

—Así que... ¿ya usaron el regalo que les dimos Flynn y yo?

Emma, que estaba bebiendo de su naranjada, casi la escupió toda mientras su cara se ponía roja. Jett se rió y yo le di unas palmaditas en la espalda a Emma mientras ella tosía.

—¿Estás mejor? —preguntó Kate, preocupada.

Emma había dejado de toser, pero seguía roja.

—Sí —respondió, enviándole una mirada asesina a su primo.

Me mordí los labios, evitando reír para no hacerla sufrir más con el tema, y continué dando gentiles palmaditas en su espalda.

—¿Esa respuesta fue para mí o para Kate, M&M? —inquirió Jett, subiendo y bajando las cejas.

Resultaba evidente que a él le encantaba poner en apuros a Emma.... o a cualquier persona que se lo permitiera, en realidad. Lo cierto era que Jett era un tipo agradable y ocurrente, lo que aportó bastante diversión a la reunión que se prolongó por más de tres horas.

Aproveché con Emma cada minuto del tiempo que me quedaba

antes de dejar Albuquerque y volver a la casa de Los Hamptons, confiaba en que ella me diera pronto la noticia de que habíamos convencido a su padre.

# Capítulo 54

Puse a reproducir una vez más la canción número cinco, oprimiendo los audífonos en mis orejas para oír mejor, y cerré los ojos mientras la melodía se fusionaba con una voz poderosa y ligeramente dulzona que resultaba espléndida.

Sí, era música buena.

Me quité los audífonos al terminar la canción, los desconecté de la notebook y dejé que se repitieran todas las canciones mientras me estiraba hacia el buró para alcanzar mi móvil. Encontré entre mis contactos a Heaven y le llamé.

Ella respondió después de varios timbrazos.

—¿Te llegó mi correo? —fue lo primero que me preguntó, haciéndome reír.

—Hola, Heaven, estoy muy bien, gracias por preguntar. ¿Qué tal tú?

—Aw, lo siento, hola —rió—. Solo estoy ansiosa porque ellos quieren aprobarlo ya, pero no quería hacerlo hasta que me dieras tu opinión.

—Bueno, acabo de oír todo lo que enviaste y solo puedo decir que es material de calidad. Me gustaron los arreglos que hicieron para las últimas dos canciones, ya no está ese sonido raro que molestaba en las melodías.

—Sip, se los mencioné y ellos hicieron los arreglos.

Hizo un ruido extraño, como si ella estuviese brincando o algo.

—Pues todo quedó muy bien —aseguré—. Y nuevamente lamento

haber tenido que dejarte sola con ello cuando se supone que te ayudaría en todo el proceso.

—No, ni siquiera lo pienses. Tú estás en el sitio que debes estar, así que no te preocupes. Además, técnicamente me has ayudado a distancia, así que eso está bien. —Respiró hondo y luego soltó el aire mientras se quejaba un poco.

—¿Está todo bien? —inquirí, frunciendo el ceño—. Te escuchas algo agitada.

Ella se quejó nuevamente, como si estuviese peleando contra algo o alguien, y al mismo tiempo la puerta de mi habitación se abrió. Carter asomó las narices y me hizo un gesto, le indiqué que esperara.

—Lo... siento —continuó con mayor dificultad Heaven—. Estoy teniendo una... batalla... con... el cierre... de este... jodido... vestido... que no... ¡cede! ¡Agh!

—¿Okay?

—¡Lia! —su grito se oyó algo lejano, al igual que la respuesta que recibió—. *Por favor, ayuda. Me muero.* —Me reí, pasando una mano por mi cabellera mientras esperaba en la línea—. Okay, debo colgar, James. Tengo una emergencia que me enseñará a nunca tratar de meterme de nuevo en una talla cero, por muy bonito que esté el vestido. Hay lecciones de vida que solo se aprenden de la mala manera. Gracias por todo.

—Un placer —dije entre risas—. Y espero puedas sacarte de encima ese vestido rápidamente.

—Espero lo mismo, gracias —indicó y, antes de que se cortara la llamada, alcancé a oír la voz de Lia mientras le decía que contuviera la respiración para poder bajarle la cremallera.

—¿Teniendo sexo telefónico con Piglet? —Carter enarcó una ceja

hacia mí con diversión mientras me miraba desde el otro extremo de la cama, apoyado hacia atrás en sus codos.

Le lancé una almohada, pero él reaccionó a tiempo, atrapándola al vuelo, y la colocó enseguida detrás de su cabeza.

—Sucio pervertido, no estaba hablando con Emma.

Abrió la boca, fingiendo sorpresa.

—Eso solo lo vuelve peor, James.

—Era Heaven —aclaré, rodando los ojos.

—Sexo telefónico con Heaven —jadeó—. Vamos a admitir que ella tiene una buena voz, pero de todos modos...

—¡Por el amor de Dios, no era sexo telefónico!

Carter se rió con ganas.

—Vale, vale, te creo. —Rodó los ojos—. Esa canción que suena en tu portátil es de ella, ¿verdad?

—Lo es.

Por un momento él cerró los ojos, dejándose envolver por la canción mientras movía suavemente la cabeza al ritmo de la misma.

—Me gusta —dijo después de un rato, abriendo los ojos y asintiendo firmemente—. Ese instante en el que su voz pasa de ser algo suave y delicado para explotar con fuerza, llenando de energía la canción, es extraordinario. Compraré su CD.

—Y también puedes formarte en la fila para recibir un autógrafo mientras llevas una camiseta que diga «Te amo Heaven» —apostillé, solo para molestarle.

—Ja, ja. Qué chistoso.

Me reí.

—Oye, lo digo en serio, podrías ser un gran... um, ¿cuál es el nombre de sus fans?

Esbozó una mueca.

—Somos unos pésimos colegas y amigos, tampoco lo sé. En realidad, no estoy seguro de que ya hayan sido bautizados.

—Habrá que averiguarlo —fue mi respuesta—. Por cierto, ¿a qué has venido?

—Ah, sí, sí. Vamos, ya es hora de la fogata. Los demás ya estaban yendo para allá cuando subí a buscarte.

—Pues vamos —me puse en pie, encontrando mis chanclas bajo la cama, y ambos nos encaminamos rumbo a las escaleras.

—Creo que me llamarán masoquista, pero extrañaré la cosa de golpear el saco de box. Me compraré uno.

—Lo dices porque, entre todos, tú y Eric fueron los que terminaron menos molidos durante las sesiones.

—Es porque no somos unos perezosos que buscan cualquier pretexto para saltarse sus rutinas físicas como ustedes. ¿Cuántas veces has hecho ejercicio este año?

—Mucho... si contamos las últimas semanas, claro.

—Pues, mi amigo, lamento decirte no vas a mantener el jovial cuerpo de veinteañero para siempre, debes ayudarte un poco. Y, sobre todo, hazlo por salud.

Salimos por la puerta doble ubicada en la parte trasera de la casa, misma que llevaba hacia un amplio jardín con alberca y, después de la valla que lo rodeaba, a la playa.

—Trataré de dejar de ser seducido por mi cama y retomaré lo de levantarme temprano a ejercitarme antes de que sea demasiado tarde —aseguré, rodando los ojos—. Como sea, ¿viene tu familia?

—Solo Kurt.

Kurt era su hermano menor, debía tener unos quince o dieciséis

años ya.

—Genial, hace tiempo que no lo veo —dije mientras ubicaba a los demás reunidos muy cerca de la orilla de la playa.

—¿Qué hay de ti? ¿Lograste convencer a papá sargento al final?

Esbocé una pequeña mueca.

—Emma va a avisarme aún. Espero sea un sí.

Él dio unas palmaditas en mi espalda y, sin ahondar en detalles, alcanzamos al resto junto a la fogata que apenas comenzaba a crepitar, soltando partículas brillantes que se apagaban apenas desprenderse de la hoguera.

Los demás llevaron sillas plegables y una nevera junto a lo que me pareció que eran un par de cajas de galletas, bolsas de malvaviscos y chocolate para los famososs'*mores*. Carter fue a sentarse junto a Eric y Rafiki enseguida, mientras éramos abucheados por llegar tarde.

Cuando Rafiki preguntó si teníamos lo que nos encargó, me hurgué los bolsillos de la bermuda y encontré la hoja doblada múltiples veces en el izquierdo.

Me senté en medio de Blake y Logan, observando un cielo que dejaba atrás el color naranja intenso para ir a un tono violeta que se oscurecía rápidamente.

—Así que, montón de simios —comenzó Raf, sosteniendo una lata de cerveza en la mano—, esto no se trata de un final. A lo que hemos hecho todos estos días y ustedes llaman tortura, yo prefiero llamarle sanación. Tal vez les he parecido un hijo de puta sin alma que los ha presionado y llevado al límite, pero era necesario para conseguir lo que todos ustedes necesitaban. No vamos a entrar en detalles, pero sabemos que todos tenían cosas que liberar para poder

continuar. ¿No se siente como que han quitado peso de sus hombros? Yo creo que sí.

» Espero sepan que con todo esto yo no esperaba que ustedes volviesen a ser los cinco simios locos que conocí hace algunos años en esta casa, en realidad habría sido decepcionante eso, han vivido y han cometido errores, lo que espero es que puedan aprender de ello para tratar de ser mejores. La fase uno ha terminado, ahora solo debemos confiar y dejar que el tiempo nos muestre la efectividad de esto. El cambio real está en ustedes demostrarlo.

Blake me tendió una cerveza, la destapé y le di un trago mientras escuchaba a Rafiki hablar. Él tenía razón al decir que quizá en alguna ocasión lo habíamos tachado de loco o algo peor, al menos yo lo hice al principio. No creí que traer al presente esas heridas que quería enterrar para no verlas nunca más fuese de algún modo a ayudar, todo lo contrario, pero me equivoqué y debía reconocerlo.

—Regresé porque creía y sigo creyendo en Bad Boy, y porque ustedes necesitaban con urgencia volver a creer en sí mismos. Ahora, antes de aburrirlos con tanta palabrería, voy a pedirles una cosa más para que podamos pasar a la hora feliz de comers' *moresy* tomar cerveza hasta que les duela la panza o se emborrachen... o ambas. Como sea, quiero que tomen lo que escribieron, lo lean una última vez para ustedes mismos y lo arrojen al fuego como un acto simbólico. Voy a suponer que realmente ustedes eso ya lo liberaron con el saco de box.

Tras unas cuantas risas, y con Eric murmurando que si alguien nos llegase a ver creería que estábamos en medio de un ritual satánico, los cinco leímos en silencio el contenido de las hojas.

Leí lo que escribí sobre las personas que me hirieron o fallaron,

incluyéndome en la lista. Leí cuánto me había dolido la muerte de mi padre, el abandono de mi madre y el haber permitido que mi sueño se transformara en una pesadilla. Leí sobre Logan, sobre Bonnie, sobre Aiden... Sobre todo.

Contemplé a Logan de soslayo, que parecía morderse el interior de las mejillas mientras leía lo suyo, y luego estudié al resto por breves instantes antes de cerrar los ojos, respirar profundamente y finalmente dejar caer la hoja al fuego.

La observé consumirse y volverse cenizas, y me recordé las palabras que me dijo Rafiki la última vez que me hizo golpear el saco como un desquiciado.

«Recuerda todo lo vivido, pero no te estanques ni martirices pensando en lo que debiste o no debiste haber hecho para que fuera diferente. El pasado no se cambia, el presente se vive y el futuro se construye con las decisiones que tomas hoy basadas en lo que aprendiste ayer».

Hasta altas horas de la noche, con la luna plateada flotando en el cielo y su reflejo en el agua, conversamos, bromeamos, reímos y nos hartamos con *loss'moresque* preparamos al calor del fuego donde las letras ardieron.



Tiré de mi cabello mientras caminaba por la sala de juegos con el teléfono pegado a mi oreja. Tenía que ser una broma, ¡joder!, creía que esto iba a tener un resultado diferente.

—¿Estás hablando en serio? —pregunté, haciendo lo posible por no dejar ver mi malestar ante la noticia recién recibida.

—Hablé con él, le supliqué incluso, pero dijo rotundamente que no. Llegaré en dos semanas, lo siento.

Respiré hondo y, masajeando mis sienes con una mano, me ordené calmarme. Emma no tenía la culpa de que su papá no accediera.

Suspiré.

—Vale, entiendo, entonces espero que no le moleste verme por allá los próximos días. Haré una reservación ahora mismo, si tengo suerte quizá encuentro un vuelo para esta tarde.

Blake, dándole gustosamente una mordida a una baguette, entró seguido de Eric. El primero se dejó caer en el mueble para terminar de comer, y el otro tomó un taco y comenzó a golpear las bolas de billar distraídamente, dejándome continuar con la llamada.

—Oye, tómalo con calma, no te precipites.

—No me precipito, sencillamente quiero estar contigo.

—Lo sé, lo sé, también yo. Pero estamos haciendo un pequeño viaje para visitar a mi tía abuela, así que sería inútil que vinieras hoy. Lo mejor es que dejes que te llame mañana y te confirme que estemos de regreso en casa antes de que hagas la reservación, ¿vale?

Suspiré nuevamente.

—Vale, es solo que te extraño.

Eric carraspeó la garganta y me envió una sonrisita pícaro mientras subía y bajaba las cejas. Rodé los ojos y, yendo hacia la ventana, continué la llamada.

—También te extraño, rarito —murmuró Emma—. Y mucho. Pero debo colgar, ya me están esperando en el auto.

—Vale, envíale mis saludos a tu mamá. Incluso a tu papá, aunque haya sido malvado no dejándote venir, dile que conduzca con cuidado.

Ella rió suavemente.

—Les diré.

—Y, Emma... —dije rápidamente, antes de que colgara—, te amo.

Ser capaz de expresar lo que sentía me hacía bien. Decirle a Emma que la amaba era como una bocanada de aire fresco en un día caluroso.

—Es bueno saberlo, James, porque tú haces que te ame también y ahora que estamos en una relación real me alegra no ser la única teniendo sentimientos.

Reí.

—Estoy bastante seguro de que aquel póster también te amaba. Es decir, le dabas unos buenos besos, no creo que no sintiera nada...

—¡James! —se quejó—. Dios, debí mantener a mis primos ocultos de ti para siempre.

—Ellos me agradan. Estoy ansioso por verlos de nuevo y compartir recuerdos.

—Ash, odioso. Ya voy a colgar, adiós.

Antes de que yo pudiese decir algo más, efectivamente ella cortó la llamada.

Sonreí a pesar de la decepción que había instalado en mí la noticia de que ella no venía. Me eché el celular al bolsillo y observé por la ventana el momento en el que la camioneta conducida por Rafiki aparcaba en la casa.

—Llegaron los primeros invitados —anuncié.

—Los primeros fueron Leroy y Tango, no lo olvides o entrarás en la lista negra de Carter —repuso Eric, empujando el taco contra las bolas, que se dispersaron de manera caótica en la mesa.

—Mi error. —Fui a sentarme junto a Blake y encendí el televisor—. ¿De qué es? —pregunté, haciendo referencia a su baguette.

—Jamón, salami y queso, mucho queso. Tengo este agujero en mi estómago que parece no llenarse con nada, es el segundo que me como en la última hora.

—¿Efecto secundario de la resaca de anoche?

—Lo más seguro. —Se encogió de hombros y dio otro mordisco a la baguette.

—O quizás es el efecto secundario de su depresión porque no está esperando invitados.

—No estoy deprimido, viajaré a casa la próxima semana —arguyó Blake—. Mis hermanos son lo suficientemente grandes como para tener un trabajo que no les permite viajar, y mamá está ocupada cuidando de la esposa de Dawson. Ella está en la cuenta para dar a luz, entenderás que la primera nieta de los Walker está volviendo locos a todos en casa. Incluso yo estoy ansioso por conocerla.

—Bah, patrañas —refutó Eric—. Sigo pensando que estás deprimido.

El aludido simplemente rodó los ojos.

—Si de eso se trata, entonces dame unas baguettes a mí, tampoco viene nadie conmigo. El papá de Emma no le dio permiso y Céline y Marie se fueron de viaje juntas, vuelven dentro de un mes.

—¡Tu mamá ha robado a tu nana! —exclamó Eric, soltando el taco y llevándose las manos a la cara de forma dramática.

—Lo sé, ella ha robado a mi Marie. Yo solo quería que pasaran tiempo juntas porque creí que les haría bien y bueno, lo hace. Y en cierta forma me ha servido a mí para estar tranquilo sabiendo que ella no ha vuelto a ver a Aiden y que, de hecho, ella parece ser seria con lo del divorcio. Pero igual extraño a Marie.

—Al fin tu mamá se va a librar de ese inservible —murmuró

Blake—. Así que déjala tener su aventura de amigas maduras viajando por el mundo con Marie, seguro le ayuda a relajarse antes de visitar los tribunales, porque apuesto que el parásito va a pelear por dinero y no le dará el divorcio muy fácil.

—Será interesante que él descubra que realmente no hay mucho que pueda quitarle. Si bien mi padre no la dejó desamparada, incluso cuando ya no era su esposa y no tenía ninguna obligación real con ella, tampoco fue un tonto poniendo propiedades a su nombre o dejando alguna cuenta a la que tuviera acceso sin restricciones. Céline recibe una manutención mensual y puede vivir en la casa de Coney Island por tanto tiempo como quiera, las escrituras están a mi nombre, pero no tengo autoridad para echarla de allí porque así lo estipuló mi papá. No es como si yo hubiese pensado alguna vez en echarla, de todos modos. Ni siquiera cuando vivía Aiden allí.

—Pues qué mejor, ya no tienes que preocuparte en ese aspecto —indicó Eric, tomando tres bolas de billar para comenzar a hacer malabares—. Pronto tu mamá será libre.

—Y pronto también te podremos vender a ti al circo —sugirió Blake, observando con fijeza el movimiento de las manos de Eric, que sin dificultad lanzaban y atrapaban las bolas a un ritmo constante—. El niño de mamá es habilidoso con las manos, eh.

—Eso es lo que mi novia dice —respondió, deteniendo los malabares para ofrecernos un guiño astuto.

—Perverso —reí, negando con la cabeza—. Si mamá Molly escuchara lo que dice su angelito...

—Ella no está aquí y no tiene por qué enterarse —dijo, mirándome con ojos entornados que últimamente se encontraban visibles ya que su cabellera llena de ondas estaba atada hacia atrás

con una liga, despejando su frente.

Oímos el bullicio de los recién llegados, por lo que decidimos salir a saludar. La mayoría estaba en la sala de estar.

A la primera que vi fue a Leighton, la hermana mayor de Logan, que sonreía mientras observaba a su hermano levantar a un risueño y rubio bebé de meses que reía fuertemente.

—¡Jamie! —ese fue el grito de Kaity, a quien vi a tiempo corriendo hacia mí para lanzarse a mis brazos.

Sonreí, abrazando a la rubiecita.

—Oye, pero qué grande y guapa estás —dije, poniendo mi mano en su cabeza—. La última vez que te vi eras mucho más baja y no tenías un diente.

—Lo sé, mira... —Se agarró de mis brazos y me enseñó todos los dientes, el tendón de su cuello tensándose por el esfuerzo—. Ahora están completos, pero mamá dice que van a tener que ponerme frenillos. Yo no quiero, voy a verme fea.

—Oye no, no hay forma de que tú te veas fea —le aseguré, haciendo que ella volviera a abrazarme.

—¿Podemos ir a ver la alberca?

—Primero déjame terminar de saludar.

—Sí, Gatita Kaity, no me has saludado aún. ¿Acaso ya no te acuerdas de mí?

—¡Ricitos! —gritó Kaity, dejándome para ir con Eric.

Me acerqué a donde Logan y Blake conversaban con Leighton, quien ya tenía a su bebé contra su pecho. Fui a darle un beso en la mejilla y no pude evitar tomar en brazos al regordete niño que estiraba sus manitas hacia mí.

—¿Cómo se llama? —pregunté, sosteniéndolo mientras él

intentaba atrapar mi nariz con su pequeña mano.

—Peter —indicó Leí, poniendo los brazos como jarras.

—Hola, Pete —le dije al bebé, que resultaba ser encantador aun conmigo, que prácticamente era un desconocido.

—¿Y dónde están Carter y Kurt? —inquirí, dándome cuenta de que aún no los había visto.

—Aquí —respondió una voz que sonaba muy diferente de la última vez que la había escuchado, oficialmente Kurt era un adolescente ahora.

Él bajó a las prisas las escaleras, con Carter escoltándolo, y vino enseguida a saludarnos.

【◆◆◆】

Estaba en el jardín trasero, jugando con Kaity al *Adivina quién*, cuando el timbre de la casa sonó. Quizá eran los Sanders, ya solo faltaban mamá Molly y Don por llegar. Lily llegó hacía un rato, apenas nos saludó antes de encerrarse con Eric en su habitación. Todos fingimos no saber el motivo de la urgencia de privacidad.

—Yo voy, no se preocupen —dijo Blake, levantándose de la tumbona como si los huesos le pesaran una tonelada.

Me encogí de hombros.

—¿Tu personaje usa lentes? —me preguntó Kaity.

—No. —Ella bajó un par de las tarjetillas de su tablero—. ¿El tuyo tiene barba?

—Sí.

Proseguimos con el juego de preguntas hasta que Blake vino a interrumpirnos.

—¿Quién llegó?

—Lia.

—Yo —dijo la pelinegra, ondeando su mano hacia mí mientras se encaminaba a donde estaban Carter y Kurt.

—Como sea, tienes una llamada en el teléfono fijo.

—¿Y dónde está el teléfono, Blake?

Era consciente de que hablábamos de un teléfono inalámbrico.

—En la cocina.

Le di una mala mirada.

—Pudiste traerlo, ¿sabes?

—Te he avisado, sé feliz con eso. —Se encogió de hombros y tiró de mí, haciéndome levantar del pasto—. Ahora largo, yo sigo jugando con Kaity.

Resoplando, me encaminé a la cocina en busca del teléfono. El maldito teléfono que no aparecía por ningún lado. Revisaba la encimera, que estaba llena de objetos, cuando alguien se asomó desde el otro lado, sorprendiéndome.

—¿Buscabas esto? —El teléfono estaba en su mano, y una enorme sonrisa que me fascinaba en su rostro.

—¡Emma! —jadeé, ella amplió la sonrisa y yo me apresuré a rodear la barra para ir hasta ella.

Puse mis manos en su cintura, ella llevó las suyas detrás de mi cuello y me incliné para alcanzar sus labios. Sabía que no estaba soñando, que ella estaba aquí, pero las explicaciones de cómo eso había pasado eran lo de menos, yo simplemente tenía la necesidad de besarla lenta y profundamente, acariciando su lengua con la mía hasta que se nos terminara el oxígeno. Un buen beso de reencuentro, eso era todo lo que quería.

—Bueno, hola James —dijo, desplazando sus manos por mis hombros; respiró hondo y casi me tenté a besarla de nuevo porque su

boca algo inflamada lucía apetecible.

—Hola. —Sonreí y presioné de nuevo mis labios sobre los suyos brevemente—. Esta es una gran sorpresa, creí que estarías llegando a casa de tu tía abuela para este momento.

Ella rió.

—Una pequeña mentira que tuve que decir para poder sorprenderte, Lia me recogió en el aeropuerto y luego me trajo hasta aquí. —Se elevó en las puntas de sus pies, sosteniéndose de mis hombros, y besó mi mentón—. Tu cumpleaños es en un par de días, por supuesto que tenía que venir.

—¿Mi cumpleaños?

Joder, lo había olvidado. Seguramente yo era la única persona en la tierra olvidando su cumpleaños siempre.

—Sí, tu cumpleaños, rarito mío. —Presionó ambas manos en mis mejillas, haciendo sobresalir mi labio inferior—. Ahora, ¿serías tan amable de indicarme dónde me quedaré y ayudarme a llevar mi equipaje?

—Por supuesto.

Entrelacé mis dedos con los suyos y la llevé conmigo. Recogimos las dos maletas en la entrada de la casa y la guié hasta a la segunda planta. Abrí la puerta de mi habitación y dejé su equipaje en un rincón. Cuando me volví a verla me di cuenta de que ella estudiaba todo con detenimiento.

Sus ojos color avellana oliva se detuvieron en mí. Bueno, la emoción me había ganado. Quizá ella prefería una habitación por separado. Me acerqué lentamente, con una mano en la nuca.

—¿Me quedaré en tu habitación?

Decidí ser honesto.

—Eso es algo que me gustaría.

Emma asintió lentamente.

—Esa es una cama amplia —indicó—, y no es la primera vez que dormimos juntos, ¿verdad?

Le tomé la mano y besé sus dedos.

—Verdad.

—Solo... que mi papá no se entere, ¿vale?

—Vale.

Me reí y, acunando su rostro, volví a besarla.

【◆◆◆】

Emma estaba hecha un ovillo, profundamente dormida, a mi lado. Su viaje había sido agotador, y si a eso le sumábamos el hecho de que Kaity nos trajo de arriba abajo, siguiéndole sus juegos, era comprensible que tras ducharse se hubiese quedado dormida.

Dejé el ejemplar de *Harry Potter y el cáliz de fuego* que leía en la mesita de noche. Todavía me faltaban varios libros para terminar la saga, pero debía admitir que la historia atrapaba desde el primero. Honestamente disfrutaba de leer las aventuras del trío de amigos, y Emma disfrutaba diciendo que ya me estaba *desmugglelizando*.

Le aparté unos cabellos del rostro, respiré hondo, absorbiendo su aroma, y dejé un beso en su mejilla, recordando aquel primer beso que le robé en Coney Island.

Sonreí y me levanté, saliendo de la recámara para buscar un poco de agua. A excepción de una tenue luz que venía de la sala de estar, toda la casa estaba en penumbras. No era raro, pasaban de la una y ya todos debían estar durmiendo.

Todos excepto los dueños de las voces que conversaban en la sala de estar. Me detuve, reconociendo que se trataba de Logan y

Leighton.

—Ya se tranquilizó —dijo la afable voz de Leí, susurrando una nana—. Tu sobrino es un llorón cuando tiene hambre.

—Bueno, mierda, cualquiera podría llorar de hambre, Leí.

Ella rió y yo estuve a punto de interrumpirlos, pero lo siguiente que dijo me hizo parar en seco.

—¿Están James y tú bien? ¿Realmente?

Contuve el aliento y me ordené irme, sin embargo, me quedé.

—Eso parece —respondió Logan tras unos instantes.

—Todo lo que pasó, Loggie, fue tan... mierdoso. Yo... —me pareció que sollozó—. Yo me siento muy culpable. Nunca debí presentarte a esa mujer. No sabes lo mucho que me arrepiento.

Durante más de un minuto hubo silencio. Me dejé caer despacio en el escalón, apoyando los codos en mis muslos y mi cara en mis manos.

—Tú no eres culpable de nada, Lei. Qué hiciste tú, por Dios. Has sido mi apoyo, mi roca, me has escuchado y no me has juzgado. Nunca has hecho otra cosa más que tratar de convencerme de que no era tan culpable como me sentía.

—Hay... algo que siempre he querido preguntarte —dijo ella—. Tú... ¿estabas enamorado?

—No —respondió terminantemente—. *No*.

—Logan...

—No, Lei, no. Me niego a creer eso. Yo... no voy a mentir, desde el momento en que la conocí supe que me atraía más de lo normal, me hacía querer conocerla. No fue un simple polvo o aventurilla de vacaciones, llegó a importarme de verdad. Por eso la ayudé cuando me lo pidió, ella siempre estaba aterrada sobre su padrastro y yo no

podía solo irme y dejarla en ese infierno.

» Tarde me di cuenta de que a veces las personas pasan tanto tiempo en el infierno que terminan llevándolo consigo a donde quiera que van. Ella es muy talentosa y persuasiva, por ello no tuve que hacer gran cosa para conseguirle un lugar la empresa. Se podría decir que yo no hice nada, hizo más ella con sus facultades de buena mentirosa. Todo fue rápido, llevaba poco tiempo en la ciudad cuando conoció a James...

—Y entonces te cambió por él.

—Supongo.

—No sé cómo solo dejaste pasar algo como eso, Logan.

—Ya lo sabes, Lei. Porque creí que ellos se hacían bien el uno al otro. Bonnie la había pasado mal gran parte de su vida, yo confiaba en que con James estaría segura. Y él... desde lo de su padre no había sonreído tanto como lo hacía con ella. Se veía más feliz, más entusiasta.

Me puse finalmente de pie y me apoyé de la moldura de la puerta, observando a ambos hermanos. Respiré hondo y me crucé de brazos.

—Solo estaba encandilado —dije, sobresaltándolos.

Leighton abrió mucho los ojos y Logan volteó, igual de sorprendido, a verme.

—James...

—Lei, ¿podrías darnos un momento a solas?

Ella se puso de pie con el pequeñín adormitado en sus brazos, que no dejaba de succionar el chupete del biberón.

—Iré a acostar a Peter —fue todo lo que dijo antes de salir a las prisas.

Oí sus pasos en las escaleras mientras me sentaba en el lugar que

ella había ocupado antes.

—Les debo una disculpa, escuché su conversación.

Logan se llenó las mejillas de aire y lo soltó todo entre dientes.

—Está bien, no importa.

—Sé que ya tuvimos nuestro momento de hablar del tema, y sé que hicimos todo esto con Rafiki para dejarlo atrás, pero quiero decirte que si tú la querías... está bien. Incluso aunque ella no lo mereciera, está bien. Lo sentimientos eran tuyos.

Negó con la cabeza, pasando sus dedos por su cabellera.

—Yo solo... no, no quiero que sea real.

—Saber que la amabas quizás me habría ayudado en su momento a comprender un poco mejor la forma en la que actuaste cuando descubrí lo que pasó.

—Quizás, pero el asunto es que uno no puede ni debe ir por la vida jodiendo todo para luego simplemente justificarse diciendo que fue por amor. No me parece justo y yo no voy a hacerlo, James, porque enamorado o no, eso no cambia lo que pasó ni disminuye el daño que causé. Nada lo cambia, ni siquiera las circunstancias, James.

» La única cosa que puedo hacer con los errores que cometí es aceptar sus consecuencias, aprender para no volver a cometerlos y seguir adelante.

Me di cuenta en este instante de que, sin importar si lo creían o no, las últimas semanas realmente significaban un cambio para cada uno de nosotros, un escalón arriba en la escalera de la madurez.

# Capítulo 55

Tenía los codos hundidos en el colchón de la cama y mis dedos jugando con las puntas del cabello de Emma mientras la besaba. Sus manos frotaban los lados de mi cuello, haciendo un suave masaje.

Tiré de su labio inferior con mis dientes y ella soltó un suspiro, relajando las manos en mis hombros. La miré, conteniendo las ganas de seguir besándola, y le sonreí.

—¿Y si te quedas aquí, conmigo? —pregunté, sacando el labio inferior en un puchero para tratar de persuadirla.

Emma se rió y negó con la cabeza.

—Le prometí a Kaity que iría a la playa con ella —indicó—. Se supone que solo subí a cambiarme de ropa.

—Me declaro culpable por distraerte. No pude resistirme, lo siento —dije, moviéndome de encima de ella y dejando caer mi espalda contra las almohadas, a su lado.

—Fue una buena distracción —respondió con una sonrisita juguetona antes de relamerse los labios.

Se hizo de lado, apoyándose en su codo, y fui incapaz de ignorar que el pareo que llevaba atado a la cintura se abrió, exponiendo sus piernas. Contuve el aliento, tragué saliva y me limité a mirarla a los ojos con una pequeña sonrisa.

Ella me estudiaba con curiosidad. Ubicó su mano en mi pecho, rozando con las puntas de sus dedos la tinta de mi tatuaje. Le tomé esa misma mano y la llevé hasta mis labios, dejando un beso en sus nudillos.

—No me canso de verlo —admitió—. No soy una persona de tatuajes, es decir, yo no me haría uno, pero me gusta ver los de los demás. Y... me gusta saber lo que los tuyos significan.

Le sonreí, ubicando mi mano en la parte trasera de su cabeza para atraerla hacia mí y besarla de nuevo.

—Vete antes de que sea más difícil dejarte ir —susurré contra sus labios y la sentí sonreír.

—¿Vas a alcanzarnos después? —preguntó, arrastrándose fuera de la cama.

—Apenas vuelva de hacer las compras con los chicos —prometí.

Mi teléfono móvil sonó, estaba sobre la mesita esquinera. Emma, que estaba cerca, lo alcanzó por mí.

—Te veo más tarde —dijo, poniendo el aparato en mi mano antes de irse.

Le agradecí y la seguí con la mirada hasta que la puerta se cerró tras ella. Puse mi atención en el teléfono y fruncí el ceño inmediatamente al revisar el mensaje nuevo en mi buzón.

*«Anoche otra vez soñé contigo. La forma en la que tus manos me tocaron en ese sueño, hasta hacerme delirar, todavía pone a mis piernas temblorosas. Te necesito...»*

Mierda.

Dos mensajes muy parecidos a este llegaron hace poco. El último fue hace cuatro días. Pensaba que quien sea que se hubiese equivocado de número ya se habría dado cuenta de su error, pero este tercer mensaje indicaba todo lo contrario.

No me agradó.

Con una mueca, tecleé rápidamente una respuesta para el número desconocido, notificándole su equivocación.

Poco después oí golpes en la puerta, así que me levanté de la cama para abrir mientras guardaba el móvil en el bolsillo de mis bermudas.

Era Blake.

—Ya nos vamos —indicó, a lo que yo asentí mientras me ponía una camiseta.

Recogí mi gorra y cartera, y salí con él.

—Luces... cansado —señalé mientras bajábamos las escaleras.

Blake quitó los lentes de sol del cuello de su camiseta y se los colocó, ocultando sus ojos, con una mueca.

—Dormí poco —medio gruñó, pero no le vi intenciones de decir algo más al respecto.

—¿Ya, señoritas? —nos atacó Eric, que esperaba por nosotros con Carter, Kurt y Logan en la entrada.

Blake bostezó, ignorándolo y saliendo de primero.

—¿Están teniendo problemas maritales? —le pregunté al moreno, que llevaba sus risos ocultos bajo una gorra de béisbol.

—Está celoso de Lily, ya se le pasará —bromeó, haciendo un gesto de barrido con la mano.

Afuera, Rafiki ya se encontraba detrás del volante de la van para llevarnos a surtir la despensa. Con más personas quedándose en la casa, era una tarea necesaria. Y, al igual que la primera vez que estuvimos aquí, realizar las compras era algo que nos correspondía a los cinco.

【◆◆◆】

Después de acomodar todo en la despensa bajo la dirección de mamá Molly, me escapé a la playa con Carter, Logan y Kurt, mientras que Blake volvió a su habitación a descansar y Eric fue en busca de

Lily.

En la orilla de la playa, bajo una amplia sombrilla de colores enterrada en la arena, Emma tenía en brazos a Peter mientras conversaba animadamente con Leighton y Kaity hacía castillos de arena a una corta distancia.

—¿Una carrera hasta la caseta del guardavidas? —oí a Kurt diciéndole a Carter.

—No lo sé, Kurt... —respondió el aludido, llevándose una mano detrás del cuello.

—¿Tienes miedo de perder, Cartman?

—Tengo miedo de que llores cuando te gane, hermano —apuntó Carter, dándole un empujón antes de echarse a correr, riendo.

—¡Eso es trampa! —gruñó Kurt, corriendo a toda prisa detrás de él para alcanzarlo.

Logan y yo reímos.

Llegamos hasta donde estaban sus hermanas y Emma, quienes miraban en la dirección que acababan de pasar los hermanos Ward Lee.

—¡Hola Jamie y Logan! —exclamó Kaity, sacudiendo la mano llena de arena hacia nosotros y entrecerrando los ojos a causa del sol.

—Hola, Kaity Cat —le saludé.

—Alguien necesita ayuda —susurró Leigh, enviándole una mirada significativa a Logan—. Ha estado esperando que llegues para que la ayudes a hacer su castillo, así que...

—¿Logan? —murmuró Kaity.

—El deber de hermano mayor me llama —indicó el rubio, encogiéndose de hombros antes de ir a sentarse con Kaity.

Me dejé caer junto a Emma, notando que el bebé estaba dormido

en sus brazos.

—¿Sabes si Logan compró los pañales que le encargué? —inquirió Leighton, sacudiendo la arena de los juguetes de su hijo antes de guardarlos en el bolso de playa que estaba a su lado.

—Los compró —respondí—. También la leche de fórmula. La cajera creyó que él tenía un hijo.

—Un futuro ahijado, es prácticamente lo mismo —rió Leigh, poniéndose de pie.

—¿Ya te vas? —le preguntó Emma.

—Llevaré a Peter a la cama para que continúe su siesta —indicó, señalando al rubio bebé dormilón.

Emma asintió y puso al pequeño Peter de vuelta en los brazos de Leighton. Se ofreció a acompañarla de regreso, pero Lei dijo que no era necesario.

La vimos marcharse hacia la casa con el bebé en brazos y su bolso de playa colgando del hombro.

Emma soltó un suspiro.

—Ella es muy agradable —dijo—. Y Peter es un bebé tan risueño... Ni siquiera lloró o estuvo renuente cuando lo cargué.

Sonreí, apoyando los antebrazos en mis rodillas.

—Totalmente de acuerdo —admití—. Sabes, siempre he visto a Lei como una hermana mayor... —murmuré—. Prácticamente crecí con ella y con Logan. Cuando teníamos cuatro años y ella siete, nos hizo jugar al salón de belleza. Nos ató el cabello con pequeñas ligas que hacían doler nuestra cabeza y nos pintó la cara como payasos. Creo que en su casa todavía hay una foto de eso... Fania, su mamá, estaba enfadada por la travesura, pero dijo que nos veíamos tan adorables que no pudo evitar sacarnos una foto de todos modos.

Emma alcanzó una de mis manos y entrelazó nuestros dedos.

—Quiero ver esa foto alguna vez —dijo con una pequeña sonrisa—. No es tan malo ser hijo único cuando creces con otros niños, ¿verdad? Yo tuve a mis primos y primas.

Oímos las estruendosas risas de Carter y Kurt, que volvían caminando por la orilla del agua, salpicándose el uno al otro.

—¿Por qué no entramos un rato? —sugerí, señalando el agua con un movimiento de cabeza.

Emma asintió con entusiasmo, poniéndose de pie y deshaciéndose de su pareo. Su bañador era gris con morado y de una sola pieza, los tirantes se cruzaban en su espalda, coronando la abertura que dejaba a la vista la curva de su columna. Me levanté, quitándome la camisa, y entramos juntos a jugar en el agua.



Emma estaba hablando por teléfono con Lia, quien se había ido la noche anterior, mientras los demás poníamos la mesa.

Mamá Molly se encargó de preparar la cena para todos y, por supuesto, nadie se negaría a comer los manjares que cocinaba esa bendita mujer.

Reuní los platos necesarios para llevarlos a la mesa mientras que Carter regresaba por más vasos a la alacena.

—Un poco de ayuda no nos vendría mal —dijo antes de entrar a la cocina, lanzando la indirecta hacia Eric, que estaba algo ocupado besando a Lily en un rincón del comedor.

Deposité todos los platos en la mesa, para acomodarlos en cada uno de los lugares, y vi a Lily separarse de Eric, poniéndole las manos en los hombros. Le dijo que Carter tenía razón y Eric protestó sin mucho éxito.

Silbé, riendo por lo bajo, y continué con mi labor mientras la parejita dejaba los arrumacos y se ponía manos a la obra.

Kurt se acercó a mí y tomó un par de platos, ayudándome a distribuirlos en silencio. Él había crecido bastante desde la última vez que lo vi, ahora era apenas un poco más bajo que su hermano y había embarnecido, ya no era más el niño flacucho que estaba acostumbrado a ver.

Carter se acercó con la última tanda de vasos, repartiéndolos en cada lugar mientras le comentaba a Kurt algo de la llamada que había hecho a su madre más temprano.

—Cubiertos a la orden —dijo Eric, regresando al comedor—. ¿Alguien ha visto a Blake el día de hoy? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Creo que no ha salido de su habitación desde que volvimos de las compras —informó Carter—. ¿Debimos comprobar que no se haya amarrado una soga al cuello porque lo estás ignorando gracias Mimi?

—Es Lily, Carter, *Lily*—Eric rodó los ojos, dejando todos los cubiertos en la mesa—. Iré a verlo, ya vuelvo.

—Oye, primero termina esto —dije, señalando los cubiertos amontonados sobre uno de los platos.

—Logan lo hará por mí —aseveró él, señalando al aludido, que llegaba en este momento.

—¿Hacer qué? —inquirió.

—¡Poner los cubiertos! ¡Gracias, Loggie! —gritó desde el inicio de las escaleras, antes de subir trotando a toda prisa.

Logan le miró con confusión un momento y sacudió la cabeza antes de encogerse de hombros y venir a ayudarnos.

Si acaso dos o tres minutos más tarde mamá Molly salió de la cocina con la comida lista, asistida por Emma y Lily, diciendo que llamáramos a los que faltaban.

Todo olía y se veía seriamente delicioso.

Emma colocó el recipiente de la ensalada de patatas con tocino en el centro, junto al pastel de carne, y se acercó a mí, sacando mi teléfono del bolsillo de su pantalón para entregármelo.

—Gracias por prestármelo.

—No hay problema. ¿Está ella bien?

—Sí, es lo que dijo.

—¿Por qué no se quedó? Anoche era tarde para que condujera sola de regreso.

—Tenía un asunto familiar que atender hoy por la mañana, si se quedaba no iba a llegar a tiempo —comentó, encogiéndose de hombros—. Iré a lavar mis manos y regreso, ¿vale?

Asentí, observando el aparato que acababa de entregarme. La pantalla marcaba un nuevo mensaje, así que coloqué el código de desbloqueo para poder leerlo.

*«No es un error, bebé. Quisiera que estuvieras aquí conmigo, te necesito. Tu cama es muy grande para mí. ¿Cuándo harás que esos sueños míos sean reales? Puedo hacerte disfrutar...»*

—¿Estás bien? —Emma, que ya estaba de regreso, me sujetó el brazo, ladeando el rostro mientras me miraba con preocupación.

—Sí, no es nada —asentí, tratando de despejar cual fuese que fuera la expresión de mi cara—. Debo hacer una llamada, ya vuelvo.

Me encaminé a la sala, ansioso, y marqué el número de Mike. Ese puto mensaje no me gustó en lo absoluto. En cuanto me respondió, le conté lo que ocurría y le pedí que fuese a mi apartamento a revisar

que todo estuviese en orden.

No quería ponerme paranoico, pero si de verdad esos mensajes eran para mí, la persona detrás de ellos encajaba muy bien en el perfil de una fanática loca. Tan loca como la expresidenta del fanclub y las otras chicas que, como ella, no quisieron entender que en la relación fan-artista existe un límite que no se debe cruzar y que nuestra privacidad es algo que deben respetar.



Desorientado, tenté con la mano hasta alcanzar mi teléfono para atender la llamada que sonaba. Di un bostezo mientras llevaba el aparato a mi oreja, todavía con un lado de mi cara aplastado contra la almohada.

—¿Um? —fue lo único que conseguí hacer salir de mi garganta.

Instante siguiente tenía a las voces de Marie y de mi madre cantando la canción de «Feliz cumpleaños» para mí. Inevitablemente sonreí y, fijándome que Emma seguía dormida, me levanté cuidadosamente de la cama y salí al pasillo, sentándome allí afuera con la espalda contra la pared y las rodillas pegadas al pecho.

—Mi dulce niño, feliz cumpleaños —dijo Marie, no era de extrañar que esas palabras viniesen de ella.

A pesar de que mi madre y yo estábamos reconstruyendo nuestra relación, pasamos muchos años distanciados y eso, quisiéramos o no, dejaba huella.

—Gracias, Marie. ¿Cómo va su viaje?

—De maravilla, Jamie, pero aquí lo importante eres tú. ¿Llamamos en mal momento? Cece y yo somos un desastre con la diferencia de horarios.

Reí.

—Es un buen momento, no se preocupen.

—Bien —la imaginé sonriendo—. Entonces déjame decirte que espero este sea un día grandioso para ti, mi niño. Aunque no esté para darte un abrazo en este momento, espero recuerdes que te quiero. Ahora voy a pasarle el teléfono a tu madre, ¿vale?

—Vale, Marie, gracias. Yo también te quiero.

Oí un murmullo antes de que la voz algo insegura de mamá me saludara.

—Tu cumpleaños... —murmuró nerviosamente—. El año pasado solo envié un regalo para ti, pero este he querido hacer las cosas diferentes. Te mereces el mundo entero, hijo, pero en este momento lo único que puedo darte son dos palabras que durante mucho tiempo no te dije, pero que son completamente ciertas: te amo. En verdad lo hago, James.

Se me puso un nudo en la garganta y sentí algo extraño en mi pecho mientras una media sonrisa ocupaba mi rostro.

—A veces, mamá, esas dos palabras significan el mundo entero. Yo también te amo.

Hablamos un rato más, les conté que no tenía ningún plan para celebrar y ellas me hablaron sobre cómo se habían divertido en Londres y las actividades que planearon para su estadía en España.

Cuando nos despedimos, deposité mi teléfono en el piso y me quedé allí sentado, pensando. Anoche bloqueé el número de los mensajes y Mike comprobó que todo se encontraba en orden en mi apartamento, nadie había entrado sin autorización, lo que me tranquilizó un poco. De cualquier forma, fuese una simple broma o no, no me gustaba que quien sea hubiese sido capaz de conseguir mi número privado.

La puerta de la habitación se abrió y una soñolienta Emma en pijama, que consistía en una blusa de tirantes y un pantalón holgado y corto, salió. Llevaba el cabello recogido en un moño alto y desarreglado y la cara recién lavada.

—Oh, aquí estás... —señaló al verme, frunció el ceño con confusión un segundo después—. ¿Qué haces aquí?

Se apoyó en mi hombro mientras se dejaba caer a mi lado. Ladeé el rostro, observándola con una minúscula sonrisa de labios unidos. Amaba el pequeño desastre que era Emma al despertar. ¿Quién podría preocuparse por los cabellos alborotados o el rostro algo hinchado de dormir cuando ella sonreía de esa manera?

—Atendía una llamada —respondí—. Buenos días, Emma.

—Buenos días...—Me puso las manos en las mejillas y atrajo mi rostro hacia el suyo, plantando un beso mis labios—. *Y muy feliz cumpleaños a ti, James.*

Volvió a presionar su boca sobre la mía, tirando de mi labio inferior con gentileza antes de separarse.

—Vaya —inhalé—, ese es el modo en el que todos mis días y mis cumpleaños deberían iniciar.

—Tal vez algún día —contestó después de un momento.

—Esa suena como una promesa, Emma.

En respuesta, ella se encogió de hombros.

【◆◆◆】

Me llevé las manos a la cara, negando con la cabeza. Desde que inició mi adolescencia dejé de ser un aficionado de las fiestas de cumpleaños, prefería celebrar de manera tranquila y con pocas personas.

Hoy había iniciado de esa manera. Primero la llamada de mamá,

el pequeño momento con Emma en el pasillo y luego un desayuno delicioso a base de panqueques hechos por mamá Molly. Panqueques que me fueron servidos en una torre con sirope, fruta picada e incluso un poco de crema batida en la cima, que estaba coronada por una velita.

Me cantaron la canción de cumpleaños también, la cara se me puso roja y la incomodidad dominó mi expresión durante todo el rato. Era fácil para mí subir a un escenario con un instrumento y cantar frente miles e incluso millones de personas, pero que me cantaran a mí era diferente. Nunca era fácil.

—Creo que ahora es el momento en el que dices que esta es la mejor sorpresa de tu vida y que nos amas por planear todo para ti, James —demandó Eric.

—Mierda, ¿estás odiando esto? —preguntó Logan, preocupado.

—Es una puta buena sorpresa, no puedes odiarla —intervino Blake—. Ni siquiera yo la odiaría.

—¿James? —me instó Carter.

—¡Vamos a jugar, Jamie! —gritó Kaity, lanzándome una pelotita desde la alberca.

—Mierda —jadeé—. Ustedes están... locos. Mira eso —señalé el castillo inflable gigante que ocupaba gran parte del jardín trasero—. Y eso —apunté a la piscina que ahora estaba llena de pelotitas de colores y luego volteé a ver a Emma—. ¡Tú los ayudaste!

Por supuesto, dos horas buscando una muy específica marca de tampones no podían ser nada más que una distracción para mantenerme fuera de la casa mientras ellos se encargaban de hacer todo esto.

—Pensé que sería divertido —admitió ella.

Volteé a ver a los chicos, los cuatro me sonrieron.

—Lo amas, admítelo. Y si no lo amas, amigo, te jodiste porque esto es lo que hay —dijo Eric—. Ahora... ¿quién quiere subirse a esa cosa?

Él señaló el inflable y los «yo» junto a manos levantadas no demoraron en responder.

Kurt pasó corriendo a mi lado, empujando a los chicos del camino para subir al inflable de primero.

Emma me alcanzó y tomó mi mano.

—¿Ha sido una mala idea todo esto? —preguntó, mirándome a los ojos.

—No tenía esto en mente... pero hace años que rebasé la altura y edad mínima para que me dejaran subir a una de esas cosas y no planeo desperdiciar la oportunidad ahora mismo. —Me encogí de hombros con un pequeño gesto—. ¿Qué tal si nos divertimos un rato también?

—A divertirnos. —Asintió, apretó mi mano con seguridad y fuimos los siguientes en subir al castillo inflable.

El pequeño Peter se quedó en los brazos de mamá Molly, que observaba todo con diversión. Lily, Kaity y Leighton se nos unieron poco después. Incluso Don subió con nosotros, aunque terminó con un dolor lumbar luego de un rato.

Fue loco y divertido. Y debía admitir que fue una buena sorpresa, una que disfruté de verdad.



Dejé sobre la mesita de noche el libro de Harry Potter que leía cuando Emma salió del baño. La observé envolver su cabello en la toalla y luego voltear a verme rápidamente, antes de acuclillarse

junto a su maleta y rebuscar en ella.

Cuando se puso de pie nuevamente, con una bolsa de papel en las manos, se acercó a mí y se sentó en la orilla de la cama. Acaricié su brazo, sonriéndole.

Ella suspiró, frunciendo la nariz.

—¿Qué pasa?

—Estuve pensando en tu cumpleaños y en lo que podría obsequiarte porque, seamos honestos, tú podrías tener cualquier cosa material que quisieras. Pensé que tendría que romperme la cabeza, pero la verdad fue más fácil de lo que creí. Así que... aquí tienes. —Me entregó la bolsa, que estaba más pesada de lo que aparentaba, y soltó un suspiro—. Fue tan fácil que temo haberme equivocado.

—No tenías que comprarme nada —murmuré—. Por cursi que sea, estar contigo ha sido el mejor regalo. Pero gracias.

Emma frunció los labios y se inclinó a dejar un beso sobre los míos.

—No *tenía* que hacerlo, pero quería. Ahora voy a terminar de alistarme para que nos vayamos, ¿vale?

—Vale.

Asintió y entró al baño nuevamente, dejando la puerta abierta en esta ocasión. Entonces puse mi atención en la bolsa de papel y decidí ver qué contenía.

—Si lo odias puedes decírmelo —la escuché decir desde el baño y negué con la cabeza.

Lo primero que saqué fue una taza. Y sí, no había forma de que la odiara porque tenía el diseño de un amplificador y era absolutamente genial, combinaba dos cosas que yo amaba: la música

y el café.

—No puedo odiar esta jodidamente increíble taza, la amo — aseguré lo suficientemente alto para que ella escuchara.

Emma se asomó desde la puerta del baño.

—¡Punto para mí! —celebró—. Pero todavía hay algo más... — indicó antes de volverse a lo suyo.

Sonreí y, dejando mi nueva taza favorita sobre la mesita de noche, hurgué nuevamente en la bolsa y mis dedos palparon una textura conocida. Antes de verlo supe que se trataba de un libro y debía admitirlo, la expectativa me emocionó.

Cuando tuve el ejemplar en mis manos, lo aprecié a detalle. Era de un color azul rey con dorado, lleno de florituras en relieve. Estaba ligeramente desgastado de una esquina y se le notaba antiguo. Lo abrí por la mitad, acariciando las amarillentas páginas llenas de tinta, y disfruté el pequeño placer que me producían los libros que habían vivido una larga vida cuando llegaban a mis manos. El título rezaba *Effi Briest*, el autor era Theodor Fontane.

Deposité el libro sobre la cama y me puse de pie, fui al baño y, sonriéndole a través del espejo a Emma, que terminaba de cepillarse el cabello, la abracé por detrás, apoyando mi mentón en su hombro antes de plantar un beso en su mejilla.

—No te equivocaste. No sé de qué va el libro, pero hasta el momento lo estoy amando por la portada.

Ella rió y dio la vuelta entre mis brazos, quedando frente a mí.

—Es un alivio saber que no lo has leído. Estuve varios días tratando de encontrar cuál comprarte hasta que llegué a ese. El hombre que me lo vendió dijo que, si te gustaba *Madame Bovary* y *Ana Karenina*, libros que he visto en tu librero, entonces *Effi Briest*

era una buena opción para ti.

—Te dejaré saber mi opinión cuando terminé de leer —aseguré, ubicando mis manos en su cintura con el fin de robarle unos minutos a sus labios.

Estaba a punto de hacerlo, pero los golpes en la puerta me detuvieron y ella reaccionó.

—¡Es tarde! —jadeó.

Un par de golpes más se oyeron.

—¡Los estamos esperando! —gritó a quien reconocí inmediatamente como Logan—. ¿Cuánto más van a demorar?

—¡Ya vamos! —grité en respuesta, saliendo del baño.

Emma salió a toda prisa detrás de mí y fue a colocarse sus sandalias mientras murmuraba palabras inentendibles.

—¿Por casualidad sabes a qué restaurante vamos? Después de esta tarde no me sorprendería que ellos hubiesen planeado una cena en el área de juegos de McDonald's o en cualquier restaurante infantil.

Emma rió, dando brinquitos en un solo pie mientras se abrochaba las correas de su sandalia.

—La verdad es que no sé. Ellos no me contaron de esto, lo prometo.

—Bueno... —Me encogí de hombros.

No demoramos mucho en salir. El impaciente Logan nos recibió fuera de la puerta y prácticamente nos arrastró al exterior, hasta mi auto. El cielo ya era oscuro para este momento.

—Rafiki se llevó la van desde hace horas, así que iremos en nuestros autos. Como eres el cumpleañosero y *Piglettu* novia, y además yo no tengo mi auto, seré tu chofer esta noche.

Logan desactivó los seguros del Bentley y abrió la puerta, indicando que subiéramos.

—Puedo ir de copiloto, no hay necesidad...

—No vas a dejar sola a Piglet en el escabroso asiento trasero, ¿verdad? Solo pon tu culo allí de una vez para que nos vayamos.

Preferí no discutir sobre sus ganas de sentirse un chofer y abordé el auto en la parte trasera, con Emma. Logan encendió la marcha y, cuando dejábamos atrás la casa, vi que Carter y Kurt se montaban en el auto del primero, por lo que no demorarían en alcanzarnos.

—¿Puedo saber ahora a dónde vamos? —le pregunté a Logan, que a pesar de encontrarse concentrado en conducir mantenía una sonrisa en sus labios.

—Un momento Jamie, no seas tan desesperado.

Hice una mueca, Emma apretó mi mano y se pegó a mi lado, acoplándose a mi cuerpo. En el trayecto recibí una llamada de su mamá para felicitar me, no negaré que fue un gesto que me conmovió. Lydia se había ganado mi cariño y saber que era correspondido se sentía bien.

Fruncí el ceño al darme cuenta de la desviación que tomó Logan. Estábamos yendo en línea recta por un camino sin asfaltar, escoltado por árboles.

—¿Puedo desesperarme ahora, Logan?

—Ya casi estamos allí...

Emma miró alrededor, notando lo mismo que yo: que ni de broma habría un restaurante por aquí.

—No soy una persona que disfrute mucho de los misterios Logan, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo... Solo dame dos minutos más.

Bufé, dándome cuenta de que detrás de nosotros venía el auto de Carter. Le envié un mensaje de texto preguntándole a dónde nos dirigíamos, pero no obtuve una respuesta.

—¡Y ahí está! —festejó Logan, llamando mi atención.

Una especie de casa o cabaña de techos planos estaba iluminada al final del camino. Logan avanzó solo un poco más antes de estacionarse y hacernos bajar.

Carter aparcó justo detrás y se apeó mientras que Kurt permanecía en el asiento del copiloto.

—Así que... —murmuré, echándole un rápido vistazo a Emma, que se abrazaba a sí misma mientras recorría con la mirada el lugar, apoyándose del capó del Bentley.

Logan se paró frente a mí con una sonrisa de oreja a oreja, se metió una mano al bolsillo del pantalón y sacó unas llaves.

—Mi regalo de cumpleaños para ti, James —indicó, entregándome dichas llaves—. Este sitio es tuyo por los siguientes tres días. Me encargué de abastecerlo con todo lo que pensé que podrían ocupar... Disfrútalo.

Él me dio un guiño e inmediatamente entendí lo que eso significaba. Mierda.

Carter nos arribó entonces, él tenía mi equipaje y el de Emma, quien se sorprendió al darse cuenta de ello.

—¿Por qué...? —murmuró ella, señalando su maleta.

Carter se encogió de hombros.

—En esta ocasión solo sigo las órdenes del rubio.

—Amarás el lugar, Piglet —dijo Logan—. Hay un pequeño estanque del otro lado. La vista al amanecer seguro es preciosa.

Ella enarcó las cejas y me envió una mirada.

—Dejo esto aquí —apuntó Carter, situando las maletas en el suelo—. Logan... te espero. James, Emma.... nos vemos luego.

Carter volvió a su auto y un incómodo silencio se instaló entre los tres. Logan suspiró y me tendió las llaves del Bentley.

—Tampoco es como un secuestro o algo, quiten esas caras. Si ustedes no quieren quedarse aquí, nadie los obligará.

Sin mediar más palabra, subió al auto de Carter y pronto nos dejaron atrás. Observé a Emma y luego a las llaves que tenía en cada mano. Una abría el pabellón en el que podríamos quedarnos los siguientes tres días y la otra encendía la marcha del auto para regresar a la casa con todos los demás. Yo sabía perfectamente cuál sería mi elección.

Respiré hondo y avancé un paso hacia Emma.

—Podemos irnos o quedarnos —apunté—. Es tu decisión.

## Capítulo 56

La cabaña era amplia, moderna, un pequeño refugio instalado en el centro de la naturaleza. Además de la puerta que llevaba a un baño, cerca del área donde estaba ubicada la cama tamaño matrimonial, no había más divisiones en el interior. A la izquierda había una cocina no muy grande que parecía estar equipada y abastecida con todo lo necesario para sobrevivir tres días, justo como había indicado Logan. Había una mesita redonda con tres sillas y un sofá-cama a unos pocos metros de distancia, y eso era todo. El lado de la cabaña que daba hacia el lago estaba compuesto por puertas de cristal en su mayoría, por lo que teníamos una excelente vista del vasto terreno verde rodeado de altos árboles y un lago del que sobresalían rocas de diferentes formas y tamaño. Seguro que la vista sería mejor en la mañana.

Emma se encontraba con las manos y la frente pegadas al cristal mientras observaba el exterior. Me relamí los labios mientras la observaba, cuando se volvió hacia mí me ofreció una pequeña sonrisa.

—Voy a revisar la nevera, tengo hambre —indicó mientras arrugaba la nariz en un gesto y acariciaba con la punta de su pie descalzo la alfombra sobre la que estaba parada.

Asentí, echándole un rápido vistazo a las maletas que acababa de dejar a un lado, contra la pared. Habían pasado menos de diez minutos desde que Emma tomó la llave de la cabaña como respuesta a mi pregunta, tenía que admitir que estaba sintiéndome algo tenso.

No me preocupaba estar a solas con ella, sabía que era capaz de controlarme a mí mismo, pero temía la clase de sorpresa que Logan pudiese haber dejado aquí. No quería que Emma se sintiera presionada a absolutamente nada.

—Mira esto —la oí decir, por lo que fui hasta donde se encontraba, cuando se volvió hacia mí tenía un molde refractario en las manos—. Lasaña que huele deliciosa. Podemos tener una cena de cumpleaños muy italiana para ti.

—Me gusta como suena eso —dije, apoyándome del mesón mientras la observaba.

Ella me sonrió ampliamente antes de dejar el recipiente de nuestra cena en la barra, frente a mí.

—¿Mejor que una cena en el área de juegos de McDonald's?

—Definitivamente mejor.

—Buscaré los platos, lleva la lasaña a la mesa. Puede que seas el cumpleañosero, pero debes ayudar. Y también dar las gracias porque ellos dejaron la cena lista, no habría sido lindo ponerte a cocinar en tu cumpleaños. Me habría sentido mal.

Reí, tomando el recipiente por las agarraderas.

—Claro, *tú*te sentirías mal —recalqué mientras lo llevaba hasta el centro de la pequeña mesa.

—La culpa no me dejaría vivir —murmuró, encogiéndose de hombros mientras llevaba dos platos de loza para colocarlos en cada sitio.

Negué, dejando un beso en su cabeza mientras pasaba a su lado, rumbo a la nevera.

—¿Qué buscas? —me preguntó.

—Algo para beber —dije, decidiendo entre las bebidas que

habían allí.

—Creo que en el fregadero hay una botella.

Fui hasta allí y, en efecto, dentro de una cubeta de aluminio se encontraba una botella de Merlot junto a una nota garabateada claramente por Logan que rezaba: *"Dejé una en el congelador, esta es para que la enfríen si hace falta"*.

—Es vino —indiqué, yendo hacia la nevera nuevamente, abriendo la puertecilla del congelador—. ¿Cómo te iría eso?

—No creo que una copa me mate —respondió mientras sacaba cubiertos de uno de los cajones de madera, volteó a verme al instante siguiente—. Mis padres hicieron que tuviera citas médicas con al menos tres especialistas estas vacaciones para asegurarse de que me encuentro recuperada. Obviamente debo tomar ciertos medicamentos y tener revisiones periódicas, pero estoy bien. Tarde o temprano tenía que recibir esa operación para mejorar mi calidad de vida.

—Si hubiese sido yo, quizá habría añadido una cita con un cuarto especialista...

Ella se acercó a mí.

—Solo porque eres paranoico, James. —Sonrió y se puso de puntitas para presionar sus labios sobre los míos, por lo que me incliné un poco para facilitarle las cosas—. No soy estúpida, no accedería a nada que pusiera en riesgo mi salud de forma innecesaria porque descubrí que detesto los hospitales.

» Ahora trae esa botella y unas copas, ya llevo el descorchador. Es tu cumpleaños y vamos a terminar de celebrar como debe ser.

Me mordí el labio inferior, suspirando mientras asentía. Ella fue hacia la mesa y yo me volví en busca de las copas que encontré en

uno de los estantes superiores.

—Vi una tarta en la nevera, supongo que será el postre —dije mientras cerraba la puertita y cargaba todo conmigo para llevarlo a la mesa.

Coloqué la botella en el centro y las copas junto a nuestros respectivos platos antes de ocupar mi silla. Emma estaba cortando una porción de la lasaña para posteriormente servirla, así que me encargué de descorchar el Merlot y verterlo en las copas. Fue cuestión de minutos antes de que estuviésemos cenando una delicia, que seguramente era obra de mamá Molly, y recordando los sucesos del día.

Absolutamente una cena que incluía lasaña, vino tinto y a Emma era una buena forma de pasar lo que quedaba de mi cumpleaños, el cual había sido bueno desde el inicio, tenía que admitirlo. Hacía años que no la pasaba tan bien.

Emma se llevó una cucharada de tarta a la boca y un poco de la misma le cayó sobre su vestido de tirantes color beige con flores rojas, amarillas y azules que extrañamente lucían bien en conjunto. Me frunció el ceño cuando me reí y se limpió con una servilleta de papel, pero la pequeña mancha no se fue del todo.

Entrecerró los ojos hacia mí

—Deja de reírte y termina de contarme lo que estabas por decir.

—¿Aunque después de oírlo pienses que soy un completo desquiciado?

—James —se inclinó un poco sobre la mesa—, eso ya lo pienso. Ahora habla.

Respiré profundamente.

—Es que te besé... —confesé.

—Me besaste, sí, me has besado mucho.

—No, me refiero a cuando te besé por primera vez. —Ella asintió, pero no la dejé hablar—. En Coney... En la casa de Céline, mi madre.

Parpadeó.

—Me besaste.

—Estabas durmiendo prácticamente en mis brazos... Ni siquiera me di cuenta de que lo hacía hasta que pasó. Fue... —mordí mi labio inferior—. Solo ocurrió. Mis labios tocaron a los tuyos por unos segundos, eso fue todo y...

—Me besaste y yo no me enteré... —jadeó y yo temí que hubiese sido mala idea contarle—. Me perdí ese maldito beso, James Wolf. ¿Acaso no pudiste dármelo mientras estaba despierta? —Se detuvo a pensarlo un segundo y frunció el ceño—. Aunque... olvídalo. Ya era demasiado difícil tratar de comprender qué sentías por mí en ese momento, un beso probablemente me habría frustrado. Pero aún me siento estafada por no haber participado en ese beso.

—Puedo compensártelo de ahora en adelante —aseguré, lo que la hizo sonreír mientras se llevaba la copa a los labios y daba un sorbito a lo que restaba del líquido.

—Esa es una buena idea. Puedes compensarme apropiadamente después de que lave mis dientes —arrugó la nariz—. Odio no lavar mis dientes inmediatamente después de comer. Me declaro culpable de llevar un cepillo portátil y dentífrico en mi bolsa todo el tiempo, no lo puedo evitar.

Me reí de su manía y continuamos conversando por un rato más sobre cualquier tema que se nos ocurriera, antes de recoger la mesa, guardar lo que restaba de la comida y el vino en la nevera y lavar los pocos trastes que ensuciamos.

Fui primero al baño porque ella no encontraba su dentífrico especial para dientes sensibles en su maleta, cuando salí ya estaba esperando para entrar. Traté de darle un beso y ella me esquivó.

—Lavaré mis dientes primero —fue todo lo que dijo, haciéndome rodar los ojos y sonreír al mismo tiempo.

Mientras ella estaba en el baño acomodé nuestro equipaje en el pequeño closet para que no estorbara, siendo cuidadoso de no dejar caer la ropa que ella había sacado para cambiarse. Revisé la hora en mi móvil y luego observé el espacio donde dormiríamos. No parecía haber nada extraño, pero no me fiaba del todo así que fui a revisar los cajones de las mesitas de noche.

Mierda.

Abrí el del lado izquierdo y estaba lleno de condones en sus respectivos empaques, además de una nota que decía «diviértanse» junto al dibujo de unas manos haciendo señas muy explícitas sobre el momento en el que podríamos usar los preservativos, por descontado era obra de Logan. Cerré el cajón y rodeé la cama rápidamente para revisar la otra mesita de noche.

Y, por supuesto, el cajón estaba lleno también. Incluso aunque Emma y yo fuésemos a usarlos, esa cantidad que había allí era exagerada.

Estaba decidiendo entre pretender no saber nada al respecto o deshacerme de todo cuando la puerta del baño se abrió y estúpidamente lancé al suelo un buen número de preservativos que tenía en la mano.

Cayeron a los pies de Emma y yo maldije para mis adentros. Ella se inclinó y la vi recogerlos, sin decir nada. Observó unos segundos los paquetitos que tenía en las manos y luego sus ojos, esa mezcla de

avellana y oliva, me observaron detrás del velo de sus largas pestañas.

No estaba seguro de si estaba desconcertada, asustada, molesta o qué.

—Lo siento —dije, acunando sus manos con las mías para tomar los preservativos y devolverlos al cajón, me llevé una mano a la nuca cuando volví a tenerla de frente—. Seguramente que es obra de Logan, no quería que lo vieras y pensaras que...

Me silenció. Se puso de puntillas, enganchó sus manos detrás de mi cuello y me besó para terminar con mi balbuceo. Me sentía demasiado torpe, pero es que se trataba de Emma y por mucho que deseara tocarla de mil maneras diferentes, también quería hacer las cosas bien con ella. No quería asustarla ni presionarla.

Unió su frente a la mía, sin quitar las manos de mi cuello. Yo abrí los ojos un poco antes de que ella lo hiciera.

—¿Qué es lo que iba a pensar? —susurró y negó con la cabeza suavemente—. Estoy algo... nerviosa. Pero, James, no habría decidido quedarme a solas en este lugar contigo si no estuviese segura de que, llegado el momento, no tendría dudas para avanzar.

—Joder. ¿Estás diciendo...?

Abrí mucho los ojos mientras ella se reía, con las mejillas coloradas, y sostenía ambos lados de mi cara.

—Estuve pensando mucho al respecto desde esa conversación que tuvimos en la boda de mi tío. En resumen, dijiste que teníamos tu permiso para dar el siguiente paso, entonces lo que estoy diciendo ahora mismo es que también tenemos el mío y realmente no hay nada impidiendo que pase justo ahora.

—Lo siento —susurré, retirando sus manos de mi cara para

colocarlas detrás de mi cuello, la levanté, subiéndola a la cama, donde quedaba unos palmos por encima que yo, y continué sosteniéndola por la cintura—. No quiero sonar como si no quisiera hacerlo, porque Dios sabe lo jodidamente mucho que quiero, pero me siento obligado a preguntarte si estás segura, Emma.

En respuesta ella se inclinó y unió su boca a la mía en un beso profundo que haría realmente doloroso para mí el que terminara por arrepentirse.

—Ya te lo dije —murmuró contra mi boca, con la respiración irregular—. No voy a hacer algo de lo que no esté convencida.

Le sonreí y volví a besarla, lentamente deslizándonos sobre el colchón. Mordí su labio inferior y ella enterró sus manos en mi cabello, pero noté cómo se tensaba cuando mis dedos comenzaron a recorrer sus muslos, dentro de su vestido.

Decidí ir lentamente, no teníamos prisa, así que por un rato simplemente mantuve una de mis manos acariciando su pierna sin avanzar más mientras el beso consistía en lenguas perezosas explorando calmadamente.

Cuando hubo algo más de intensidad, Emma jadeó, colocando sus manos en mi pecho, lo que fue mi señal para detenerme. Sus labios inflamados me provocaban, pero hice un esfuerzo sobrehumano por controlarme.

Ella parpadeó y tragó saliva con dificultad.

—No está funcionando —dijo—. Necesito... relajarme.

—No pienses demasiado en lo que estamos haciendo, solo hay que dejarlo pasar... ¿Aún va a pasar?

Mierda. No quería estar en esta situación de comenzar sin llegar a terminar; esa era la razón por la que todo el tiempo había tratado de

enfocarme en otros aspectos que amo de estar con ella, para evitar esto hasta que ella estuviese realmente segura.

Hizo amago de incorporarse, por lo que me retiré de encima de ella, sentándome a su lado con algo de frustración.

—Va a pasar, pero necesito una ducha primero.

Ella puso los brazos como jarras.

—Emma, te duchaste hace poco, antes de venir aquí...

Pasó su lengua por su labio superior, humedeciéndolo, y me pareció absurdamente excitante. Se aclaró la garganta y yo me removí con incomodidad, enfocándome en la situación que teníamos en este momento.

—Me refiero a que necesito una ducha...*contigo*—indicó, cambiando la perspectiva—. El agua me relaja.

Me tendió la mano y yo se la tomé en silencio, la dejé guiarme hasta el interior del baño, que era uno no tan amplio, pero sí lo suficiente para compartirlo sin problemas.

Estábamos parados frente a frente, y por un momento dudé de mi siguiente movimiento, pero decidí darle algo de confianza siendo el primero en deshacerse de la ropa. Me quité la camiseta que estaba vistiendo, tirándola a un lado, y luego dejé ir mis pantalones, quedándome solamente en el bóxer gris que llevaba debajo.

—¿Confías en mí? —pregunté, a lo que ella asintió con firmeza. Creo que fue eso lo que evitó que le dijera que lo dejáramos para después y simplemente durmiéramos esa noche.

Le sujeté por la cintura, acercándola a mí, y desplazé mis manos hasta su espalda. Alcancé el cierre de su vestido y comencé a deslizarlo hacia abajo, abriéndolo, mientras ella pasaba sus dedos por mi abdomen tímidamente.

—La cicatriz tiene unos cinco centímetros... —murmuró mientras me deshacía de su vestido—. No es algo horroroso, definitivamente ha mejorado desde la operación, pero tampoco es como que pueda pasar desapercibida. Está entre mis costillas.

—No somos las cicatrices en nuestros cuerpos, Emma, pero ellas son parte de nosotros. Y esta —rocé el contorno de la suya suavemente con la yema de mi pulgar, provocando que se le erizara la piel— es parte de ti... Y si no estuviera allí, quizá tú no estarías aquí conmigo, así que no te avergüences de ella —dije, concentrándome de nuevo en hacer descender su vestido por completo.

La sentí sonreír mientras me facilitaba la tarea, lo que hizo que solo unos segundos después el vestido resbalara por su cuerpo, agrupándose alrededor de sus tobillos, en el suelo.

Respiré profundamente, detallando su cuerpo con la mirada. No llevaba algo extremadamente revelador, pero tenía que admitir que el conjunto color turquesa de bragas con un lacito al frente y el sostén que resguardaba a sus pechos resultaba demasiado tentador. Y definitivamente me tenía a la expectativa, con el pulso acelerado.

Le tomé la mano, que le temblaba un poco, y la guie hasta la regadera. Abrí el paso de agua, comprobando que la temperatura fuese buena, y luego me volví hacia ella. Los chorros de agua caían detrás de mí, ya habían empapado gran parte de mi cabello y escurrían gotas por mi cuello y hombros hasta mi abdomen y más allá, hasta mis piernas.

—Nada en el mundo te prepara para ver esta escena —dijo de la nada, escaneándome con la mirada con el rubor haciendo acto de presencia en sus mejillas—. Mi corazón está latiendo muy deprisa —

añadió, haciéndome reír.

—Créeme, la vista que tengo de ti está matándome en este momento.

Alcancé su mano para hacerla entrar al agua conmigo. Le di la vuelta de modo que su espalda quedó contra mi pecho mientras la abrazaba y el agua caía sobre nosotros. Y era bueno, era malditamente bueno sentir su cuerpo acoplándose al mío.

Por un instante solo la abracé de esa manera, hundiendo mi barbilla en su cuello mientras mis manos descansaban entrelazadas sobre su vientre y su cabello se oscurecía a medida que quedaba empapado.

—Lamento si esto está resultando un desastre, James.

Sonreí, le aparté el cabello hacia un lado y dejé un beso en su hombro.

—En realidad estoy disfrutando mucho de esto, Emma —aseveré, y dejé un beso más cerca de la base de su cuello ahora—. Puedo estar ansioso, pero no tengo prisa por terminar. Podría saborearte lentamente hasta el amanecer, sólo quiero que disfrutes esto conmigo.

Ella atajó un suspiro, ladeando la cabeza para verme. Su mirada, la forma en la que me vio, sin ninguna clase de temor a mis palabras, fue un incentivo.

Después de unos minutos sus hombros se habían relajado bajo el agua, ella parecía más segura, y yo decidí intentar hacer algo más que abrazarla.

Llevé mis manos hasta el broche de su sostén y liberé ojal por ojal hasta que las partes se separaron. La sentí estremecerse cuando llevé mis labios hasta el centro de sus omóplatos unos segundos y luego

deslicé el sostén fuera de su cuerpo. Todavía se hallaba de espaldas a mí, y yo realmente quería poder apreciar la vista frontal, pero me recordé a mí mismo ir con calma.

Sentí la tensión en mi bóxer mientras mis manos se ubicaban nuevamente en su abdomen, subiendo con una caricia que le erizaba la piel.

—Amo la forma en la que tu piel se siente en mis manos y cómo reaccionas ante mi tacto —no pude evitar susurrar en su oído, mordiendo el lóbulo de su oreja de manera juguetona—. Te amo a ti, Emma.

Palpé cuidadosamente la delgada cicatriz que le había dejado la cirugía y finalmente mis manos llegaron a su destino. Ella respingó ante el contacto.

Acaricié la piel delicada y suave que endurecía bajo mis manos mientras repartía al mismo tiempo besos húmedos desde la punta de su hombro hasta su cuello, detrás de su oreja.

El sonido de su deleite me complació casi tanto como el poder tocarla de esta manera finalmente. Si quedaba algún rastro de nerviosismo o inseguridad, creo fue en este momento en el que se desvaneció.

Ella giró en mis brazos, obsequiándome un vistazo de sus pechos pequeños y redondos, que acababan de estar entre mis manos, recorridos por gotas de agua que me vi tentado a lamer. Estaba totalmente perdido por Emma. La amaba de una forma que no esperaba amar a nadie, y la deseaba con la misma intensidad.

Ella enredó sus manos en mi cuello y tiró de mí hacia abajo para besarme, mordisqueando mi labio inferior, enloqueciéndome.

Era Emma, mi Emma, despojándose de la timidez para darle paso

un fuego en el que estábamos destinados a arder.

La llevé contra la pared y la levanté para estar más cómodo mientras la besaba. Ella enredó las piernas en mis caderas y la fricción entre nuestros cuerpos me hizo liberar un gruñido que se ahogó entre sus labios.

Mordisqueó mi barbilla y descendió por mi cuello dejando besos con los labios entreabiertos, hasta mi clavícula, lo que estaba volviendo complicada mi decisión de ir lento.

—Dime realmente, Emma, ¿el agua te relaja o hace algo más contigo? Porque si ese es el secreto, juro que voy a tomarlo en cuenta de ahora en adelante.

Ella despegó sus labios de mí clavícula y se afianzó de mi cuello para mirarme a los ojos con una ceja enarcada.

—No vas a hacerme avergonzar justo ahora, James —dijo, su voz se oía igual de afectada que la mía, y entornó los ojos mientras se removía un poco, torturándome—. Puedo sentirte, así que no hablemos de lo que el agua está haciendo a quién.

Me empujé contra ella, reduciendo los espacios hasta que mi boca estuvo a la altura de su oído.

—El agua no me está haciendo nada a mí —susurré, arrastrando las palabras—. Es tu cuerpo Emma. Eres tú, sólo tú.

Ella jadeó y yo me las arreglé para sostenerla mientras nuestras bocas se derretían en un beso profundo. Manos continuaron tocando y explorando cada rincón desconocido del cuerpo del otro, pequeños sonidos de placer escapando de nuestras gargantas y un deseo mutuo consumiéndonos.

La afiancé del trasero para sostenerla, ambos sabíamos que había sido suficiente de los juegos previos y necesitábamos lo siguiente.

Cerré la regadera y salí con ella, dejándola sentada sobre el mueble del lavamanos un momento para alcanzar unas toallas.

Puse una sobre sus piernas para que se secara un poco e hice lo propio con la otra.

—Esto fue... divertido. Fue bueno, demasiado bueno.

Le miré con una ceja enarcada. Por la forma en la que lo dijo, daba por sentado que eso sería todo. Y no voy a negar que fue malditamente excitante que pareciera algo decepcionada de terminar tan pronto.

—No hemos acabado, Emma —aclaré, ella masticó su labio inferior sin apartarme la mirada—. Simplemente no queremos empapar las sábanas y el colchón, ¿verdad? Porque allí es donde quiero continuar ahora mismo...

—Así que voy a decir esto, pero si te burlas date por muerto, Wolf...

—Ni siquiera sonreiré —prometí.

—La que acabas de darme ha sido una... grandiosa noticia —confesó y tuve que morderme los labios para no reír, como prometí. En cambio, le sostuve el rostro y besé su frente, sus mejillas habían adquirido algo de color.

—No me reí —señalé—. Ahora tú debes prometerme que nunca vas a quedarte con las ganas. Yo odiaría que eso ocurriera. Seguimos con la cosa de decirnos lo que pensamos, Emma. Y si lo que piensas es que esto ha sido bueno, pero no suficiente, debes decirlo sin ningún problema.

Ella asintió, mordiendo el interior de sus mejillas mientras reprimía una sonrisa.

—De acuerdo, lo diré. Ha sido grandioso, pero no suficiente,

James —murmuró y yo me reí, era adorable que se sonrojara, pero amaba que luchara contra ello.

—Entonces apresurémonos, Emma, porque no creo estar siendo bueno en ocultar lo mucho que necesito continuar.

Terminamos rápidamente de secarnos y volví a cargarla de la misma forma que antes para salir del baño. Caminé lo largo de un lado de la cama con ella, deteniéndonos junto a la mesita de noche. Recorrí la suave curva de su cintura al depositarla en sus pies y pasé mi pulgar por la cicatriz bajo su seno antes de darle un beso en los labios y sentarme en la orilla del colchón.

Besé su abdomen, justo en el área inferior a su ombligo, y recorrí el borde de sus bragas. Le miré a los ojos y supe que podía liberarla de la última prenda.

Deslicé las bragas fuera de ella, tomándome mi tiempo para acariciar sus piernas, y la sujeté por la cadera antes de iniciar un camino de besos que comenzó en su vientre, pasó por el valle entre sus pechos y terminó en su boca, conmigo estando nuevamente de pie y evidentemente afectado.

Me alejé un paso para deshacerme de mi bóxer también y abrir uno de los preservativos del cajón para enfundarme bajo su atenta mirada.

Cuando terminé, enarqué una ceja hacia ella.

Emma jadeó.

—¿Eso... era privado? —balbuceó—. Soy curiosa, James y...

—*Shhhh...*—Negué con la cabeza y la atraje hacia mí, hundí la nariz en su cuello y respiré hondo—. Si es incómodo o quieres parar en algún momento solo tienes que decirlo.

Se limitó a asentir y entonces asalté su boca, devorándola con

movimientos concienzudos antes de que ella abriera la suya, permitiéndole el acceso a mi lengua. En algún momento acabamos sobre el colchón, repitiendo otro poco de lo que hicimos bajo la regadera, solo un aperitivo para lo que mi cuerpo exigía y era cada vez más complicado demorar.

La escuché susurrar mi nombre y aquello bastó para hacerme perder el control. Ubicado entre sus piernas, con las zonas sensibles palpitando de necesidad a una corta distancia, sellé mis labios sobre los suyos mientras me introducía en su interior tan suave y lento como podía, midiendo sus reacciones para saber que no la estaba lastimando.

Emma se tensó y sus uñas se enterraron en mis hombros. Traté de no hacer ningún movimiento brusco durante un instante, mientras su cuerpo asimilaba al mío. Permanecí quieto, apoyado en mis codos, dejando pequeños besos en sus labios hasta que ella abrió los ojos. Había una expresión desencajada en su mirada que me preocupó.

— ¿Estamos bien?

Ella parpadeó antes de asentir silenciosamente y arquearse un poco, apretando sus piernas alrededor de mis caderas, instándome a abandonar la quietud.

Poco a poco, con el constante vaivén de nuestros cuerpos y el sudor brillando en nuestras pieles, se volvió más sencillo deslizarme fuera y dentro de su cuerpo, arrancándole suspiros a sus labios cuando no estaban siendo devorados por los míos.

Gruñí de placer más de una vez al perderme en el calor de su cuerpo, y dejé que mis manos y boca participaran tanto como las suyas mientras hacíamos el amor.

Por dos segundos aquellas últimas palabras me golpearon, pero

aceptarlas fue más sencillo que cualquier otra cosa que haya hecho en mi vida. Tenía que confesar que nunca había creído que existiera una diferencia entre el sexo y «hacer el amor» hasta este momento.

No era solo el deseo carnal, era algo mucho más profundo. Era amarla, cuidarla y mimarla sin reparos, sin inhibiciones, sentir una conexión que no había alcanzado con nadie más.

Más que algo físico, era acariciarle el alma.

Y era totalmente increíble.

Gruñí al empujar profundamente una vez más dentro de ella, sintiendo tensar cada músculo de mi cuerpo con la liberación. El cuerpo de Emma cedió, sus ojos me observaron con una expresión en la que se mezclaba lo que parecía ser satisfacción y cansancio.

Soltó un suspiro mientras sus manos me soltaban.

—Te amo —dije, y presioné mi boca contra la suya una vez más antes de retirarme de ella, haciéndola respingar.

Me deshice del látex en la papelera del baño y volví con ella. Me coloqué un bóxer limpio y le alcancé unas bragas y el top de su pijama que estaban sobre su maleta.

La sostuve entre mis brazos por varios minutos cuando se puso de pie, ella me devolvió el abrazo sin decir nada. La sentí respirar hondo después, plantó un beso en mi pecho y me soltó para ir al baño.

Arreglé las sábanas mientras la esperaba.

Cuando volvió apagué las luces y nos acurrucamos en la cama, la punta de mi nariz pegándose a su nuca, respirando el aroma de su cabello.

—¿En qué piensas? —le pregunté, consciente de que no se había dormido todavía.

Se dio la vuelta, quedando frente a mí, y me pellizcó la nariz antes de ubicar su mano en mi mejilla.

—Pienso en que yo también te amo, James. Y en que dormir así contigo es algo a lo que me estoy acostumbrando. Me gusta mucho cómo se siente tener tus brazos rodeándome y despertar a tu lado. Y pienso en que esta ha sido una gran experiencia que me alegra haber decidido compartir contigo, porque lo cierto es que eres más dulce de lo que te gusta admitir, aunque es adorable que lo niegues.

Sonreí y me incliné a besar la punta de su nariz antes de un dejar escapar un prolongado suspiro.

—Tú me haces sentir afortunado, Emma. Más de lo que nunca pude haberme sentido alguna vez. Es que... Joder. En este momento no puedo encontrar las palabras correctas para explicarte lo mucho que te amo.

—Tal vez tú no puedas decirlo, James, pero yo puedo sentirlo —se acurrucó más contra mí, escondiendo el rostro en mi pecho.

Depositó un beso en su coronilla y luego apoyó en el mismo sitio mi mentón, cerrando los ojos.

—Buenas noches, Emma.

—Buenas noches... Y feliz cumpleaños nuevamente para ti, James.

Ya no era mi cumpleaños, pero definitivamente había sido el más feliz.

# Capítulo 57

Apreté entre mis dedos la piedra y la lancé al lago. La vi rebotar tres veces, creando ondas sobre la superficie del agua, antes de hundirse.

Respiré hondo, llenándome los pulmones de oxígeno, y aprecié el paisaje que me rodeaba mientras los rayos del sol me escocían la piel.

No escuché el sonido de sus pasos, pero la noté cuando se deslizó a mi lado, apoyándose de mi hombro.

La miré de refilón: sus ojos contemplaban el frente, maravillados, cosa que me hizo sonreír. Pasé mi brazo detrás de su espalda y la atraje hacia mí, dejando un beso en su sien.

—Buenos días, Emma.

—Buenos días —murmuró en respuesta.

Descansó su cabeza contra mi pecho, su aliento tibio acariciando mi piel era reconfortante.

—Este lugar es fantástico.

—Absolutamente —coincidí.

—No puedo creer que hoy nos vamos.

—Podemos quedarnos una noche más —besé su mejilla, haciéndola sonreír.

—¿Podemos?

Levantó el rostro para verme a los ojos. Tracé una caricia en la línea de su mandíbula, concentrado en el color avellana de sus iris.

—¿Por qué no?

Emma subió una mano hasta mi cuello, y tiró de mí hacia abajo

para alcanzar mis labios.

Sujeté su cintura con ambas manos mientras nos besábamos, y me eché hacia atrás, llevándola sobre mi cuerpo. Ella rió contra mi boca, agarrándose con fuerza de mis hombros, y luego hundió el rostro en mi cuello, provocándome cosquillas.

—Entonces... —Se impulsó hacia arriba para poder verme a los ojos—. Una noche más.

—Todas las que quieras, Emma.

Besé su hombro anguloso, que se encontraba descubierto por la blusa de tirantes que estaba usando, y le sonreí. Ella me observó repentinamente con curiosidad, como si acabara de descubrirme. Frunció el ceño y me apretó las mejillas.

—¿Qué? —dije.

Parpadeó.

—Simplemente me siento tan... —frunció el ceño— enamorada de ti.

—¿Y eso es algo malo?

Hizo gestos que resultaban graciosos. El cielo azul constituía el paisaje detrás de ella, juro que podía haberla contemplado de esta manera todo el día.

—No, no es algo malo —dijo por fin—. Es... raro. Es como... —hizo otra mueca, arrugando más el entrecejo—. Pensé que sabía cómo se sentía, James, pero esto es totalmente diferente a cualquier cosa que he sentido antes... Es como si en el pasado los sentimientos hubiesen estado ahí, desdibujados y débiles, y ahora son tan nítidos, tan... —Negó con la cabeza—. Debo parecerte loquísima en este momento.

—No, sé exactamente de lo que estás hablando —aseguré.

Lo sabía perfectamente.

Yo también solía creer que sabía cómo se sentía estar enamorado, pero, al igual que ella, estaba equivocado. En el pasado había amado la idea de una persona que no existía, había amado la idea de alguien que decía amarme y que me hacía sentir comprendido. Creí que encajábamos juntos, ella se amoldaba a mi forma de ser de una manera sorprendente, coincidiendo en cosas en las que parecía imposible coincidir. A estas alturas, honestamente, no me sorprendería descubrir que todo hubiera sido premeditado. Con ella todo era mentiras.

Ahora sabía que esa persona a la que los románticos suelen denominar «mi otra mitad» no es quien pretende ser una copia de ti mismo para hacerte sentir cómodo a su alrededor. Se trata en realidad de aquella persona que puede tener una personalidad totalmente diferente a la tuya, aquella con la que tal vez no estarás de acuerdo en todo pero que, a pesar de las diferencias, te complementa.

Y eso era lo que Emma hacía conmigo, me complementaba. Añadía nuevos colores en el lienzo, me ayudaba a ver el panorama desde diferentes perspectivas.

Cuando entramos nuevamente a la cabaña, ella fue directo a la cocina. Revoloteó por el pequeño espacio y terminó sirviéndose un vaso con agua.

Me senté en la orilla de la cama tras desconectar mi móvil, que se encontraba enchufado con el cargador a la toma de corriente, y tecleé un breve mensaje para Logan.

*«Nos quedaremos hasta mañana. ¿Puedes arreglarlo con el arrendador? Te haré una transferencia para el pago...»*

Alcé la vista hacia Emma, ella estaba sentada sobre la encimera,

meciendo los pies, mientras hablaba por teléfono con alguien. Apenas había pasado un minuto cuando mi teléfono vibró, anunciando la respuesta.

*«Así que una noche más, eh. Ustedes están disfrutando con ganas. Ni siquiera intentes negarlo, sé que no hay televisión (me aseguré de que no hubiera) ... ¿Debería enviarles más condones?»*

*«Bastardo. ¿Arreglarás lo del arrendador o no?»*

*«JAJAJAJA Dalo por hecho. Ustedes sigan ejercitándose y sudando en esa bonita cama todo el tiempo que quieran.»*

*«Estaremos de regreso con ustedes mañana. Gracias.»*

*«¡Hecho, Wolfie!»*

Dejé mi móvil sobre la cama y fui hasta el mesón donde Emma estaba sentada observando la pantalla de su teléfono con gesto de ternura. Coloqué mis manos en su cintura, ubicándome entre sus piernas, y le besé la frente.

— ¿Qué estás viendo?

— Esto... —respondió, girando su celular para enseñarme la imagen que aparecía en la pantalla.

— Eso es un... bebé —murmuré, sorprendido.

— Un bebé en el interior de su mami. Estos ultrasonidos en tercera dimensión son sorprendentes. Se ve tan claramente su naricita y cómo tiene las manitas en puños. ¿No es algo adorable?

Mis dedos se colaron dentro de su blusa, acariciando de manera distraída su abdomen mientras observaba todavía la imagen del ultrasonido.

— Lo veo. Así que... ¿Quién está por convertirse en la mamá de un lindo bebé que practica boxeo en su interior?

Emma respingó.

—Es cierto, no te lo he contado aún. La mamá del lindo bebé se llama Jocelyn. En realidad, no la conozco, pero al papá sí.

—¿Okay?

—Es Ansel —añadió, sorprendiéndome.

—¿Ansel? ¿Te refieres a Ansel Steimberg?

—El mismo —asintió—. Toda la cosa de que tuviera que mudarse de regreso a California fue por ello. La pasada Navidad él y su ex se pusieron algo cariñosos y... ya sabes.

Llevé mis manos a sus hombros, digiriendo la noticia.

—Siempre pensé que él estaba interesado en ti.

Emma me miró a los ojos, abriendo mucho los suyos, y las mejillas se le tiñeron de rojo.

—Bueno...

—Lo estaba, ¿no? —suspiré.

Asintió, mordiéndose los labios.

—Pero es mi amigo —indicó, entrecerrando los ojos—. Y seguirá siéndolo.

Entendí el mensaje y negué con la cabeza, poniendo los ojos en blanco.

—Emma, no es como si fuera a prohibírtelo. Esa es tu decisión.

—Lo sé, tampoco es como si yo fuera a permitir que me prohibieras eso o cualquier otra cosa. —Una media sonrisa apareció en sus labios; luego se encogió de hombros y arrugó la nariz—. Solo quería saber que estamos en la misma página.

—Lo estamos —aseguré, plantando un beso en su boca.

【◆◆◆】

Emma se quedó en la sala de estar con Leighton, el pequeño Pete y mamá Molly luego de que regresáramos esta mañana a la casa. Me

escabullí a la sala de juegos del segundo piso para dejarlas conversar a gusto. Apenas entré, me topé de frente con Logan, quien entornó los ojos hacia mí con sospecha.

—¿Qué? —dije, buscando a los demás con la mirada.

Blake se encontraba en una esquina, al teléfono, y parecía algo ocupado. Eric estaba atirantado en el sofá, soltando bostezos, y los hermanos Ward Lee se hallaban sentados en la alfombra, jugando con Leroy y Tango.

Volví la vista al rubio, quien estaba dándome unas extrañas miradas y sonrisas. Se inclinó al frente y me olfateó, inhalando hondo, lo que me hizo enarcar una ceja.

—Hueles a sexo.

Rodé los ojos.

—Cállate —dijo Eric desde el sofá mientras los otros reían—. No quiero saber acerca de James oliendo a sexo con Emma, me tomo en serio mi papel de hermano mayor.

—No estoy hablando al respecto —aseguré, esquivando a Logan para sentarme en el sofá libre.

—Lo que significa que sí ocurrió —indicó Carter, subiendo y bajando las cejas, luego chasqueó la lengua—. Por supuesto que ocurrió, te ves relajado.

—Te dije que ellos lo necesitaban —añadió Logan, señalándolo mientras iba a la mesa de billar con un taco para golpear las bolas en la mano.

Kurt se rió por lo bajo.

—Y yo dije que no quería escuchar —insistió Eric.

—¿Estás de malas o algo? —le pregunté al moreno, quien se echó un cojín sobre la cara.

—Kiki se fue esta mañana, debe ser eso —respondió Carter, tomando el rostro de Leroy entre sus manos para sacudirlo juguetonamente.

El cojín que estaba sobre la cara de Eric voló al segundo siguiente, aterrizando en la cabeza de Carter.

—Su nombre es Lily. Estoy jodidamente cansado de repetirlo.

—Lo que sea. —Carter se encogió de hombros y le lanzó el almohadón de regreso antes de depositar toda su atención en Leroy.

—¿Por qué se fue antes? —inquirí, oyendo el sonido de las bolas de billar chocando unas con otras en la mesa donde Logan jugaba.

—Trabajo —dijo Eric—. Debe arreglar algunos pendientes para poder viajar el próximo viernes.

—¿Viajar?

Él asintió.

—Conmigo. Tomaremos unas vacaciones fuera del país.

—Vaya, esa es una novedad. Parece algo bueno —murmuré, asintiendo.

—La brillante idea se les ocurrió este fin de semana —agregó Carter.

Eric rodó los ojos y negó con la cabeza sin decir nada. Blake finalmente terminó su llamada y se sentó en el reposabrazos del sofá donde estaba el primero estirando uno de sus rizos. Apoyó las manos en sus rodillas y respiró hondo.

—Me voy mañana —dijo, ganando la atención de todos—. ¿Qué es esa maldita reacción que están teniendo? Ya les había dicho que me iba a casa esta semana. El nacimiento de mi sobrina está programado para dentro de pocos días, así que...

—¿Tomarás un vuelo? —cuestionó Eric.

Blake negó con la cabeza.

—Hablé con Dan hace un momento, quiero conducir hasta allí. Big Jim vendrá mañana para ir conmigo.

—El intimidante Big Jim —dijo Eric—. Ese seguro será un viaje en carretera placentero.

Blake se encogió de hombros.

—Él es huraño y no le gusta que le hable, estaré satisfecho con un viaje silencioso hasta casa. Y Dan estará satisfecho porque no iré solo. Todos felices.

—No puedo creer que me abandonas, ¿quién te crees que eres? —le reclamó Eric.

—Tú te vas de vacaciones fuera del país por no sé cuánto tiempo, no me vengas con esos reclamos ahora.

—¡Oh Dulce Jesús! —se quejó Logan—, el viejo matrimonio *Wandersva* a comenzar a discutir.

—Un momento... ¿Por qué siempre él va primero? Quiero mi apellido al principio. Que sea Sanker... o Sandalker... o....

Logan rodó los ojos, riendo.

【◆◆◆】

Emma mecía entre sus brazos a Peter mientras Kaity caminaba a su alrededor, mostrándole las tarjetas de un juego de mesa que quería que jugara con ella. Leighton había subido a ducharse, así que Emma se ofreció a cuidar al bebé. Le tomé una fotografía sin que se diera cuenta y sonreí.

—Ella es la correcta, ¿no?

Volteé a ver a Blake, quien se ubicó junto a mí con una bolsa de papel que depositó en la encimera. El olor grasoso de las papas fritas llenó mis fosas nasales cuando abrió la bolsa y sacó la comida.

Miré de nuevo hacia donde estaba Emma sonriéndole a Kaity y palmeando con suavidad la espalda de Peter antes de respirar hondo y encogerme de hombros.

—Las cosas se sienten correctas con ella... Yo me siento así.

Blake esbozó una sonrisa de medio lado, asintió y chasqueó la lengua antes de desenvolver su hamburguesa para darle una mordida.

—Estoy feliz por ti, cabrón. Quiero decir... —se detuvo—. ¿Quieres? —Me ofreció de lo que comía y yo negué con la cabeza—. Bueno, como te decía, creo que las cosas están acomodándose en su sitio poco a poco. No lo sé, por un tiempo te convertiste en un mar embravecido e inestable con el que era difícil lidiar, pero las aguas se han asentado, entrando lentamente en la calma. Y eso es bueno. Has vuelto a parecerte al tipo que conocí hace casi ocho años.

Pensando al respecto, asentí.

El año pasado había iniciado un proceso en mi vida, conmigo mismo, sin darme cuenta. Había estado librando batallas contra mis propios demonios desde entonces. Y había perdido muchas veces antes de comenzar a ganar.

—Supongo que esa es una buena forma de decirlo —admití—. Era una bomba inestable de cólera, no estaba en paz ni conmigo mismo, ¿cómo podía haberlo estado con los demás?

Blake sorbió la nariz y terminó de masticar lo que tenía en la boca. La mitad de su hamburguesa casi había desaparecido por completo.

—Habría sido milagroso que lo consiguieras. Pero me alegra que las cosas estén mejorando.

Asentí y me llené los pulmones de aire, comprobando la hora en la pantalla de mi celular.

—Son las once con quince, ¿a qué hora te vas?

Blake tragó lo que masticaba antes de sorber de su soda usando la pajilla y responderme.

—Solo estoy esperando a Big Jim. Mi equipaje ya está en el auto, apenas llegue nos iremos.

Kurt entró a la sala de estar, yendo directamente con Emma para tomar al pequeño Peter de sus brazos, cosa que Kaity aprovechó, finalmente pudo hacer que Emma se sentara en el suelo a jugar con ella.

—Niños... —murmuré.

—Habrá uno en mi familia pronto. Dawson será papá. ¿Puedes creer que he tenido estos sueños locos imaginando cómo será mi sobrina? Creo que estoy algo ansioso por conocerla.

—Si tú estás así, no sé cómo estará tu hermano.

Blake rió mientras masticaba una papa frita.

—Dawson está en calma, supongo que su momento de alterarse será cuando la bebé nazca y se de cuenta de que es real.

—No lo dudo. Tener un bebé debe ser como ingresar en una aventura épica en la que nunca sabes qué esperar.

—Debe ser más como una locura —afirmó, rascándose la barbilla—. Pero sólo soy el tío que puede mimarla y dejarla en los brazos de sus papis cuando comience a llorar o haya que cambiarle el pañal, no tengo que preocuparme sobre enloquecer.

Me reí. Sí, definitivamente era más cómodo ser el tío que uno de los padres. Aunque, por las palabras que Tessa Johnson me había dicho una vez, ser papá podía ser algo bastante bueno también. Sabía que en algún momento sería algo que yo querría.

Carter apareció antes de que dijéramos algo más. Él levantó los

brazos y los dejó caer a sus lados mientras respiraba profusamente.

—Está hecho, gente —anunció—. He amado pasar este tiempo con ustedes, pero los Lee también nos marchamos a casa. Kurt y yo tenemos boletos para el tren de las cinco menos quince de mañana. Oye —señaló a su hermano— arregla tus cosas porque tenemos que estar en Penn Station a tiempo.

—¿Por qué se van en tren? —preguntó Eric, que entró detrás de él en ese momento.

—Porque yo malditamente amo *puedo* viajar en tren —respondió Carter, acercándose a robar de las papas fritas de Blake. Era bueno ver que la relación entre ellos había mejorado.

En general, la relación de todos nosotros había mejorado.

Eric bufó.

—Como sea, tengo malas noticias. Big Jim llegó, lo que significa que nuestro *Big Bird* se va. Voy a extrañarte, puto.

—¿En serio?

Blake lanzó la basura al bote y se sacudió las manos.

La voz de Rafiki confirmó la llegada del otro guardaespaldas, Blake se despidió de nosotros y fue en busca del resto antes de marcharse, prometiendo que nos llamaría en cuanto hubiese llegado a Toronto.

Los días en Los Hamptons se terminaban, Bad Boy estaba oficialmente en pausa por tiempo indefinido y los chicos tenían ya sus planes para este tiempo libre.

Estaba a punto de unirme a Emma y Kaity cuando mi celular comenzó a sonar, anunciando un mensaje. Fruncí el ceño al ver que se trataba de un número desconocido, sin embargo, abrí el contenido de todos modos.

Me tensé al ver una foto donde aparecíamos Emma y yo caminando de la mano en el aeropuerto Sunport de Albuquerque. Descendí rápidamente para leer el texto que acompañaba a la imagen.

*«Ella no se ve bien contigo, no me gusta. J-Wolf merece más que una chica simplona como esa, ¿no puedes verlo? No soy la única diciéndolo, cariño. Debes darte cuenta...»*

Apenas terminaba de leer el mensaje cuando otro más llegó del mismo número.

*«Este es mi nuevo número, creo que el otro dejó de funcionar entre nosotros... no estabas recibiendo mis mensajes, ¿verdad? Espero que ahora ese sea un problema arreglado, cariño. Te extraño realmente, estoy esperando por ti, yo podría esperar para siempre, pero te necesito...»*

Mierda.

— ¿Te encuentras bien?

Volteé a ver a Emma, ella estaba frunciendo el ceño mientras me miraba. A su lado, Kaity y Kurt también dirigieron su atención a mí.

— Parece que viste un fantasma, hombre — dijo Kurt.

— ¿Fantasma? — Kaity abrió mucho los ojos, asustada, y luego negó con la cabeza—. No. Mi mami dice que no existen.

— Tu mami tiene razón — indicó Emma, haciendo inmediatamente un gesto hacia mí.

— Los fantasmas no son a los que temo — murmuré preocupado, masticando mi labio inferior—. Algo no anda del todo bien, debo llamar a Daniel y Mike.

— James... — Emma enarcó una ceja.

— Te contaré en cuanto termine esta llamada, lo prometo.

No esperé una respuesta de su parte, me dirigí al jardín trasero

marcando el número de Mike en primera estancia.



Eran pasadas las once de la noche cuando Blake avisó que había llegado a salvo a la casa de sus padres, en Toronto, el martes. Al día siguiente, tal como anunció Carter, él y Kurt abordaron un tren rumbo a Boston. El resto de nosotros nos quedamos un día más en Los Hamptons.

Mamá Molly me besuqueó las mejillas, al igual que al resto, al despedirnos. Tenía los ojos llenos de lágrimas mientras insistía en que debíamos ir a visitarla tanto como pudiésemos. Era una mujer tan sentimental, no había manera de no quererla. Ella, Donovan y Eric partieron junto a un guardaespaldas (cuyo nombre no conocía) hacia Staten Island mientras Emma y yo terminábamos de subir nuestro equipaje al auto.

Darren estaba conversando con Rafiki, quien llevaba un par de maletas al carro en el que él, Logan y sus hermanas se marcharían.

—¿Todo listo? —preguntó Leighton, saliendo de la casa con su bebé, que estiró los brazos hacia Emma, tratando de llamar su atención.

—Acabamos de subir las cosas al maletero —le respondió ella, desviando rápidamente su atención hacia el rubio bebé—. Aw, ven aquí, niño bonito. Te extrañaré.

Emma sujetó a Peter, quien balbuceaba y reía.

—¡Arre caballito! —chilló Kaity, que estaba montada en los hombros de su hermano y parecía muy alegre saliendo de la casa.

No hicimos muy largas las despedidas, de cualquier forma, nos veríamos pronto, Leighton nos había invitado a cenar el sábado. Fue cuestión de minutos antes de que cada uno se encontrara en el

vehículo correspondiente y la casa donde pasamos uno de los veranos más locos se quedara atrás.

—Tenemos una semana antes de que inicien tus clases — murmuré, apretando la mano de Emma mientras mantenía los ojos fijos en la carretera.

Podía ver el auto de Darren siguiéndonos a través del espejo retrovisor.

—Lo sé.

—La pregunta es... ¿el pent-house con vista al Hudson o ese perfecto apartamento que una vez dijiste que te parecía tan vacío que te provocaba escalofríos?

Emma se carcajeó.

—Cielos, ¿no lo has olvidado? Fue hace casi un año.

—Yo recuerdo muchas cosas, Emma.

Ella suspiró y, de reojo, la vi negar con la cabeza.

—Me estaba matando que sonaras tan pretencioso y altanero sobre tu casa, yo sólo dejé salir de mi boca lo primero que se me ocurrió. Quise patearte tan fuertemente en muchas ocasiones como esa.

—Pero no lo hiciste —apunté—. No peleaste como en nuestro primer encuentro, lo recuerdo. Firmaste ese contrato para ser mi asistente y empezaste a controlar demasiado bien tu cabreo.

—Lo hice —la oí chasquear la lengua—. No estaba trabajando contigo por placer. Yo no deseaba pelear más, tenía el firme propósito de lidiar contigo de forma civilizada. Al menos uno de nosotros debía mostrar cordura.

—En ese momento no quería dejar entrar a nadie en mi desastrosa vida —recordé—. No era sobre ti, era sobre mi miedo e

impotencia. No deseaba querer a nadie más y que esa persona terminara siendo lastimada por mi culpa.

—Creíste que alejar a los demás era lo correcto.

Asentí.

—Una solución cobarde y errónea a mi problema.

—Una respuesta bastante humana ante el miedo que sentías —murmuró, acariciando mis dedos.

—Tal vez... Pero lo cierto es que me compliqué bastante la vida yo solito, no puedes negarlo.

—A veces hay que vivirlo para aprenderlo —repuso con suavidad—. La vida es un proceso de crecimiento que cada uno vive de manera diferente.

Llevé su mano hasta mis labios, dejando un beso en su dorso.

—¿Tratas de hacerme sentir mejor al respecto?

—Nop. Solo digo lo que pienso.

Reí.

—Bueno, me ha hecho sentir mejor de todos modos. —Liberé su mano un momento para hacer el cambio de velocidad e inspiré—. Así que... ¿a dónde iremos?

—A tu perfecto apartamento de hielo, quizá podamos darle algo de calidez nosotros dos.

—¿Con eso te refieres a... —le miré de reojo y me callé el resto de la pregunta. Emma entrecerró los ojos.

—¿Estás siendo un perverso justo ahora, James Wolf?

—Absolutamente no —aseguré, mordiéndome los labios para no reír. Ella enarcó más la ceja—. Okay, quizá un poco. Sólo un poquito.

【◆◆◆】

Estaba sentado frente al televisor con mi teléfono en la mano.

Mike dijo que no me preocupara por el asunto de los mensajes, se encargó de que la compañía telefónica deshabilitara mi línea y me dieran un nuevo número, y también estaba tratando de averiguar quién estaba detrás de todo ello para cortar el problema de raíz. Aún así me preocupaba.

Emma tenía el cabello hecho una maraña y estaba vistiendo una camiseta blanca mía con unos pantaloncitos cortos de pijama. Sonriendo, salió de la cocina cargando con dos tazas humeantes. Cuando estuvo lo suficientemente cerca la atraje a mi regazo y ella presionó su boca contra la mía antes de ofrecerme una de las tazas.

—No soy Robert, tampoco soy una buena cocinera, pero creo que el café que preparo es decente. Mi padre lo cree, y él es tan exigente como tú en este tema.

—¿Sin azúcar? —inquirí, inhalando el aroma.

Emma asintió y yo le di un sorbito al café con algo de renuencia. No quería hacerla sentir mal si no me gustaba.

Paladeé el sabor bajo su atenta mirada y levanté la vista, encontrándome con sus ojos color avellana oliva, sorprendido.

—¿Crees que mi café y yo hemos pasado la prueba?

—Creo que podría estar enamorándome de tu café tanto como de ti.

—Tonto —rió, llevándose con dos manos su taza a los labios—. Pero es bueno saber que apruebas mi café.

—Hoy en la noche es la cena con los Price, ¿verdad?

—Umju —asintió, su mirada se desvió hasta mi celular—. ¿Sigues preocupado por lo de los mensajes?

Hice una mueca. Tal como había dicho, luego de hablar con Daniel y Mike le conté a Emma lo que estaba ocurriendo. Creo que el

hecho de que ella pareciera tan tranquila al respecto era lo que mantenía a raya mi paranoia.

—Sólo un poco —confesé.

—No deberías. Quiero decir, sabemos que no a todo el mundo le agrada saber sobre nosotros. Es normal. Lo que decía ese mensaje no es nada comparado con otros comentarios que han hecho, créeme.

—¿Has estado leyendo comentarios sobre nosotros? —enarqué una ceja.

—Hace mucho tiempo que me suscribí a foros de Bad Boy.. ¿Qué puedo decirte? Las notificaciones de nuevas entradas llegan a mi correo siempre. —Se encogió de hombros, resoplando—. He leído por curiosidad... es muy loco. Alguien escribió un testamento resaltando mis defectos físicos y todas las razones por las que tú deberías estar con Chanel Marriot y no conmigo. Ah, y toma nota, dijo que soy una trepadora en busca de fama. Más vale que te cuides de mí.

—Eso es una locura.

Emma se acurrucó contra mí, sonriendo.

—No estoy enloqueciendo por ello. El punto es que las cosas son de este modo, James, no podemos agrada a todo el mundo. Es algo imposible.

—Sólo queda vivir con ello, ¿no?

—Nada más que eso —asintió—. Además, también hay chicas defendiéndonos. Kate es una de ellas, se pone loca cuando lee los malos comentarios.

Sonreí.

—¿Ella y tu primo son oficialmente novios ya?

—No, ella se lo pone difícil.

—Pobre Jett.

—Está bien, me alegra que ella lo haga sufrir un poco. Es su karma por ser tan fastidioso toda la vida.

【◆◆◆】

—Marie y mi madre regresan el próximo martes —comenté mientras ataba mis botas.

—¿En serio? Creí que volverían hasta mediados de septiembre.

Emma estaba frente al tocador, arreglando su cabello. Estábamos por salir rumbo al apartamento de Logan, donde él y sus hermanas nos esperaban para la cena.

Terminé de atar mis botas y me puse de pie, alcanzando la camisa azul de cuadros que había dejado sobre una silla.

—Sí, yo también creía eso, pero llamaron hace un rato, mientras te duchabas, y me dieron la noticia. Es algo sobre el cumpleaños de la hija de Marie por lo que vuelven...

—Oh, no sabía que ella tiene una hija.

—Es su sobrina en realidad, pero la quiere como a una hija —le conté—. Marie la crió hasta que la chica cumplió los diez años, luego sus padres se la llevaron de regreso con ellos y Marie comenzó a trabajar en mi casa.

—Ha estado a tu lado mucho tiempo, ¿no?

—Toda una vida —asentí—. ¿Estás lista para irnos?

La observé terminar de aplicarse el brillo labial antes de darse la vuelta hacia mí y asentir.

Tomó su bolso y dejamos el apartamento. Ya instalados en mi automóvil, tras saludar a Darren e indicarle a dónde nos dirigíamos, mi teléfono sonó. Le pedí a Emma que lo revisara por mí mientras yo encendía la marcha del Bentley.

—¿Quién es? —pregunté.

—Logan.

—¿Necesita que llevemos algo para la cena?

—No, en realidad parece que la cena se cancela.

Me detuve de lo que hacía y miré a Emma, confundido.

—¿Por qué?

—Escucha lo que dice el mensaje: *Hey, Jamie, no creo que sea buena idea que vengan tú y Piglet en este momento. Sucedió algo. ¿Podemos dejarlo para mañana?*

—No me gusta cómo suena eso, voy a llamarlo.

Emma asintió y me tendió el teléfono, enseguida efectué la llamada. Me envió al buzón. Lo intenté una vez más, obteniendo el mismo resultado.

—¿Nada? —preguntó Emma, negué con la cabeza—. ¿Regresamos al apartamento, entonces?

—Creo que antes quisiera averiguar qué es ese «algo» que sucedió con los Price. ¿Te importa?

—Adelante —aseguró.

En el camino, Emma trató de comunicarse con Leighton, pero saltaba al buzón también. No me gustó eso. Y me gustó mucho menos el hecho de que, al llegar a la calle del edificio donde Logan vivía, lo primero que vi fue a un grupo de policías y otro más de reporteros.

# Capítulo 58

—Okay, solo... no sueltes mi mano por ningún motivo, mira tu camino y pretende que ellos no están. ¿De acuerdo? Darren estará cerca de nosotros.

Emma mordió su labio superior en un claro intento de reprimir una sonrisa.

—Lo entiendo, James. Tómalo con calma, puedo manejar esto, ¿de acuerdo? Confía en mí.

La miré a los ojos un momento, empapándome de su confianza para alejar mi temor, y atraje su rostro para besarla. La suavidad y calidez de la tierna piel de su boca contra la mía fue reconfortante. Sabía que ella podía lidiar con la prensa e inclusive con fanáticas, Emma era mucho más fuerte de lo que yo creía, simplemente era que esa sensación de pánico que me había acompañado durante los últimos casi tres años no desaparecía por completo. En los últimos meses había progresado significativamente, por supuesto, pero el sentimiento de renuencia todavía estaba allí. Suponía que tomaría un tiempo para que desapareciera por completo... o tal vez nunca lo haría, sin embargo, no estaba dispuesto a dejar que me dominara nuevamente.

Respiré hondo, devolviéndole la sonrisa antes de finalmente descender del automóvil. Ella bajo al mismo tiempo, con su bolso colgando de su hombro, y yo la alcancé enseguida para sujetar su mano.

Comprobé que Darren venía solo unos pasos por detrás.

Caminamos hombro con hombro rumbo a la entrada del edificio los tres. No fue necesario esperar mucho antes de que nos golpearan los primeros flashes de las cámaras. Se armó un barullo entre los paparazis y los oficiales que se encargaban de controlarlos. Escuché mi nombre en repetidas ocasiones y apreté la mano de Emma cuando una reportera se dirigió directamente a ella, haciéndola titubear.

Fuese como fuere, y aunque los flashes no cesaron, me sentí más tranquilo cuando estuvimos en el interior. El conserje, un amable hombre canoso que llevaba años laborando en el edificio, me reconoció al verme.

—Qué locura hay allí afuera, esa gente no sabe respetar —dijo, mirando con disgusto hacia el exterior—. Viene a visitar a su amigo, el del quinto piso, ¿verdad?

—Así es.

—No lo he visto hoy —apostilló, pensativo—. Pero vi a la señorita, la hermana mayor. Salió muy apurada con el bebé en brazos cuando esta gente comenzó a llegar, el hombre de seguridad que suele acompañarlos la estaba esperando afuera en un auto. Él no dejó que nadie se les acercara.

Fruncí el ceño. No me agradaba cómo sonaba eso.

Le agradecí al hombre por la información antes de continuar el camino hasta el piso de Logan. Darren se cercioró de que todo estuviese en orden antes de ubicarse entre el elevador y las escaleras, esperando.

Tras tocar el timbre en tres ocasiones sin obtener una respuesta, aceptamos que no había nadie en el apartamento e insistimos con las llamadas, que tampoco fueron atendidas.

—¿Crees que debería llamar a Mike o a Daniel?

Emma comprobó la hora en su móvil y negó con la cabeza.

—Vamos a darles al menos media hora, quizá están por regresar, ¿okay? Si no vuelven en ese tiempo, y tampoco responden las llamadas, bueno... ya veremos qué hacer.

—Okay —acepté, masticando mi labio inferior con ansiedad.

Exactamente treinta y siete minutos más tarde, mientras Emma y yo estábamos sentados en el pasillo, haciendo chocar nuestras manos en silencio, el elevador abrió sus puertas para mostrar a los Price luciendo agotados y sorprendidos de encontrarnos allí. Detrás de ellos estaba Rafiki, quien envió un saludo hacia nosotros antes de detenerse a hablar con Darren.

Leighton sostenía a Peter en brazos, quien parecía inquieto y molesto, mientras que Logan llevaba a Kaity, que probablemente estaba dormida.

Me puse de pie, ayudando a Emma a hacer lo mismo. Logan parpadeó cuando lo tuvimos a un metro de distancia y Leighton, cuyo bebé tenía un cabreo en aumento, se ocupó de abrir la puerta tras darnos un corto saludo.

—¿Qué pasó? —pregunté sin rodeos.

Logan abrió la boca y, en lugar de responder, terminó por exhalar con frustración.

—Pasen —indicó.

Entramos detrás de él, observándolo ir directamente a una de las habitaciones, seguramente para recostar a Kaity. No me gustó algo que noté en la niña. Por la mirada que Emma me dio, seguro se dio cuenta de lo mismo que yo.

Peter seguía llorando en su portabebés mientras que Lei se apresuraba a preparar un biberón en la cocina. Sólo me tranquilizaba

un poco saber que, dentro de lo que cabía, estaban bien.

Logan volvió con nosotros, ocupando el asiento individual de la sala de estar. Apoyó los codos en sus muslos y unió las manos al frente, suspirando con un gesto de cansancio. Había sangre en su camiseta.

—Lamento haberles cancelado —dijo, reacio.

Lo analicé con la mirada. Era claro que no quería tener la conversación que estábamos a punto de tener.

—¿Qué le pasó a Kaity?

Leighton ya arrullaba a Peter mientras le daba el biberón, por lo que el niño había dejado de llorar.

Logan se pellizcó el puente de la nariz.

—Acaba de recibir tres puntos de sutura —dijo con malestar—. Ya le hicieron estudios y le dieron medicamento para el dolor, el doctor dice que ella se encuentra bien.

—Dios, pobrecilla. ¿Cómo es que eso sucedió? —preguntó Emma, preocupada.

Y sí, por la mueca de Logan supe que esta era la parte que le costaba contar.

—Ha sido mi culpa —inspiró hondo—. La llevé a hacer unas compras para la cena mientras Lei cocinaba y Raf no estaba aquí. Como hay un supermercado unas cuadas de distancia, fuimos caminando —comenzó, pronunciando cada palabra de forma lenta—. Veníamos de regreso y nos encontramos con unas chicas.

Enarqué una ceja.

—¿Fanáticas?

—Antis, específicamente —confesó, incómodo, y rodó los ojos—. Estaban gritando cosas y Kaity estaba asustada, así que la cargué

para poder llegar más rápido a casa. El hecho de que no me detuviera a escucharlas lanzarme mierda las cabreó, entonces una de ellas ni siquiera lo pensó y tiró su teléfono hacia nosotros, dando en el blanco equivocado. Estaba a punto de enloquecer cuando vi que Kaity sangraba y entonces un jodido reportero apareció de la nada con su cámara. La gente y él estaban ahí nada más sacando fotos y videos. Es... puta madre, James. Ellos estaban grabando a mi hermanita que sangraba y lloraba, pero no movieron un maldito dedo para hacer algo para ayudarla —resopló y pasó las manos por su cara, tranquilizándose un poco—. Finalmente, unos policías se detuvieron al ver el tumulto en la calle y nos llevaron en su patrulla a una clínica cercana, te envié el mensaje para cancelar, llamé a Leighton y... Mierda. Mi celular. No sé dónde lo dejé, agh. Todo ha sido... un desastre. Y por mi culpa, no debí llevarla fuera sin Raf. Expuse a Kaity de forma estúpida.

—No puedes estar asumiendo la culpa de esto, hombre —objeté, abrumado. Abrumado y cabreado por todo lo que acababa de oír.

Emma apretó con suavidad mi rodilla.

—James tiene razón, Logan.

—No lo hago —afirmó, sin embargo, parecía estar en conflicto consigo mismo—. O sea, no por completo. Sé que la chica no debió hacer lo que hizo, pero también sé que he sido irresponsable. Estoy lidiando con ello, yo sólo... —se detuvo un instante, mirándome a los ojos— no quiero que mis errores sigan afectando a las personas que me importan. Es jodido.

—Tenemos que vivir con el hecho de que no podemos ser perfectos, Loggie —intervino Lei, acercándose a la sala de estar. Besó la coronilla de su bebé, que dormía plácidamente en sus brazos, y

suspiró—. Ahora... Kaity está bien, James y Emma están aquí y el lomo de cerdo hawaiano que preparé quedó delicioso, incluso aunque no haya puré de patatas para acompañar, podemos arreglárnoslas con el pan.

—Eso suena grandioso —asintió Emma, obsequiándole una sonrisa a Leighton.

—Perfecto —dijo ella, satisfecha—. Denme unos minutos para acostar a este pastelito en la cama y entonces les dejaré halagar mis extraordinarias habilidades culinarias.

Para ser justos con Leighton, ella no mentía al decir que era una talentosa cocinera. La comida le quedó estupenda.

Al final, dejando de lado la preocupación, la lesión de Kaity y el hecho de que tuvimos que dar vueltas durante una hora para perder a un reportero que nos seguía al volver a casa, la noche no había sido tan mala.



Emma le dio un mordisco a su pretzel y suspiró cuando se dio cuenta de que alguien tomaba una foto del momento a lo lejos. Era domingo por la tarde y estábamos ocupando una banca en Central Park, frente al lago.

Mastiqué mi labio inferior, nervioso.

—¿Te estás cansando de esto?

—¿Estás loco? Este pretzel es delicioso, podría incluso quitarte el tuyo si tú no te apresuras a comerlo.

La esquina de mi boca se curvó en una media sonrisa.

—Sabes que no es a lo que me refiero.

Ella me miró y, arrugando la nariz, se encogió de hombros.

—Ya lo sé.

—Podemos volver al apartamento si quieres...

—Nop —hizo una mueca—. No quiero esconderme como si el hecho de comer un pretzel con mi novio en Central Park fuese un pecado. Aunque seguro esas fotos de mí comiendo serán un pecado que querré desaparecer de la faz del planeta cuando las vea después...

Reí, pellizcándole una mejilla.

—Seguro te verás adorable.

—De ninguna manera —refutó, alejando mi mano—. ¿Tanto tiempo en el negocio y sé esto mejor que tú, James Wolf? Los paparazzi son expertos en captar los peores momentos de las personas.

—A veces —admití, riendo.

—Sí, no puedes negarlo.

Mi teléfono comenzó a sonar, por lo que le hice una seña para que esperara mientras atendía la llamada.

—Hola... —estaba por decir su nombre de pila por costumbre, pero me recordé a mí mismo poner empeño en mejorar nuestra relación— *mamá*. —Me aclaré la garganta—. ¿Va todo bien?

—Todo bien, Jamie —me respondió, alegre—. Marie y yo estamos despidiéndonos de Europa. Llegamos el martes a las cinco de la tarde, hora de Nueva York.

—Anotado, iré a recogerlas, no te preocupes.

—A recogerme a mí, en realidad —me aclaró—. Marie tomará otro vuelo para ir con su hija en cuanto lleguemos.

—Oh, entiendo —asentí a pesar de que ella no podía verme—. Entonces nos veremos a tu llegada, ¿okay?

—Okay.

—Buen viaje, mamá. Saluda a Marie por mí.

—Gracias, lo haré. —Por unos segundos ambos permanecemos en silencio, hasta que ella volvió a hablar—. Te quiero, Jamie. Mucho.

—Te quiero también —admití.

Observé mi teléfono tras terminar la llamada y luego a Emma, que estaba mirándome con una minúscula sonrisa en los labios y ojos curiosos.

—Tú eres adorable a veces —dijo, ensanchando la sonrisa mientras se acercaba a besar mi mejilla—. Yo también te quiero.

—Yo te quiero más a ti —objeté, acariciando la punta de su nariz con la mía antes de presionar mis labios contra los suyos en un corto beso de pico.

—Te lo advierto, no voy a entrar en esa absurda y típica discusión de quién quiere más a quien.

—Oh, acabas de matar todas mis esperanzas al respecto —mentí, riendo.

—Lo siento, pero no lo siento. —Me llevé una mano al pecho, fingiendo dolor, y ella se encogió de hombros, sabiendo que sólo bromeaba—. Volviendo al tema de las mamás, la mía te envía sus saludos. Llamé a casa esta mañana.

—¿Sigue tu papá demandando pruebas de que dormimos en habitaciones separadas?

Suspiró, negando con la cabeza.

—Tuvimos una larga charla, no detallada, obviamente. Ahora él está tratando de aceptar el asunto con madurez. Y no, no ha vuelto a odiarte, si es lo que te preocupa.

—¡Gracias, buen Dios! —exclamé, provocando su risa y que me llamara exagerado.



Emma pasaba lentamente las yemas de sus dedos sobre los lomos de los libros, estudiando los títulos juiciosamente. Le dije que podía tomar el que quisiese, así que se encontraba en la búsqueda del indicado mientras que yo revisaba la bandeja de entrada de mi correo electrónico y bebía una lata de refresco de cereza. No tenía motivos para estar en Beat, pero la verdad era que disfrutaba pasar el rato en este pequeño espacio del último piso de la empresa.

Esta mañana finalmente decidí hacer uso de mis redes sociales para comentar sobre el descanso de Bad Boy. Yo era el único que faltaba en hacerlo, el resto de los chicos habían escrito mensajes en sus diferentes cuentas públicas.

Por mi parte, subí a Twitter una fotografía de nosotros cinco ensayando para la que fue nuestra primera presentación en vivo y la acompañé de un breve mensaje que exponía todo lo que tenía que decir al respecto:

VOLVEREMOS.

A pesar de que no había publicado nada en casi un año, la publicación tuvo respuesta inmediata.

—Adivina qué —dijo Emma, sentándose en la silla frente a mi escritorio, ya tenía un libro en sus manos.

Desvié mi atención de la pantalla de la computadora hacia ella.

—¿Qué?

—¿Recuerdas a Aria, mi compañera de dormitorio? —Asentí—. Bueno, me llamó esta mañana muy emocionada, hablando tan rápido que apenas pude seguirle el hilo, para hacerme una propuesta. Una... que he aceptado. Y eres la primera persona en saberlo.

—¿De verdad? —Ella asintió, notablemente inquieta—. Vaya, yo...

—Ladeé el rostro y fruncí el ceño; mitad sorprendido, mitad confundido—. ¿De qué va exactamente esa propuesta de Aria que has aceptado?

—Nos mudaremos a un apartamento este semestre.

—Wow, yo...*wow*.

Ella hizo una mueca.

—Sí, esa no es la reacción que esperaba.

—No, no me malinterpretes, creo que es algo genial. Simplemente... ¿no tendrían que haberlo decidido antes para buscar el lugar? Las clases inician la próxima semana. Aunque, claro, puedes seguir quedándote conmigo mientras buscan...

Mi respuesta hizo que su mueca se transformara en una bonita sonrisa.

—No será necesario —aseguró—. Aria se encargó de todo... En realidad, fue cosa de su hermano. —Rodó los ojos mientras explicaba—. Él es agente inmobiliario en Stamford, pero trabajó en Nueva York hace algún tiempo, por lo que tiene contactos. El punto es que nos ha conseguido un buen lugar.

—Creo que es grandioso. ¿Y sabes por qué? Porque parece realmente emocionada al respecto.

—Lo estoy —admitió, mordiéndose los labios—. Esto es un gran paso para mí, James. —Su entrecejo se frunció y ella bajó la mirada—. Mira, crecí siendo sobreprotegida debido a mi enfermedad... y la verdad es que llegó un punto en el que era asfixiante. ¿Por qué crees tú que decidí transferirme a Nueva York? La universidad en la que estudié el primer año tenía un excelente programa académico, pero lo único que yo quería era distancia.

» Es decir... sí, amo a mis padres y sé que todos sus esfuerzos por

protegerme son porque me aman también, pero era necesario que tanto ellos como yo nos diésemos cuenta de que he crecido y puedo cuidarme por mí misma. Vivir en una ciudad a más de treinta horas de distancia de casa fue mi primera decisión para probarlo.

Alcancé su mano sobre el escritorio y le di un apretoncito.

—Eres valiente, Emma. ¿Te lo había dicho antes? Muchas personas le temen al cambio, a dejar la comodidad de casa y enfrentarse a una nueva ciudad, sobre todo una como esta.

Me sonrió con orgullo.

—Nunca estuve asustada de La Gran Manzana, en realidad a lo que temía es a que mis padres nunca me soltaran por miedo a que me cayera y ellos no estuvieran allí para protegerme. Afortunadamente lo están haciendo... aunque les cuesta un poco.

Un par de golpes sonaron en la puerta. Miré en esa dirección y Emma se puso de pie al acto.

—Yo voy —ofreció, a lo que asentí.

Regrese un instante la vista al correo que estaba leyendo un poco antes. Se trataba de una invitación a la premier de una película. No seguí leyendo lo que decía, puesto que Emma abrió la puerta y yo reconocí la sorpresa en su voz al pronunciar el nombre de la recién llegada.

—¿Puedo pasar? —Kaylee preguntó lo anterior a Emma antes de echar un vistazo hacia donde yo estaba. Ante la falta de respuesta, levantó las manos y ofreció una sonrisa avergonzada—. Vengo en paz, lo prometo.

Emma se aclaró la garganta y asintió, moviéndose para dejarla entrar y cerrar la puerta. Me reuní con ellas, sintiéndome algo incómodo. No había visto a Kaylee prácticamente en todo el verano,

ella parecía diferente de alguna manera.

—Así que... —dijo, meciendo las manos al frente, terminando con el embarazoso silencio—. Estaba en la oficina de mi tío y él mencionó que se encontraban aquí, así que decidí aprovechar la oportunidad para disculparme con ustedes por todo lo que hice mal en el pasado. No fui la mejor persona, lo sé, actué como toda una loca. —Rodó los ojos, resoplando—. El punto es que lo lamento y espero que algún día lo olviden, porque es realmente vergonzoso para mí. Yo... hmm... me alegra poder decirlo ahora, no quería irme sin hacerlo.

—¿Irte? —Emma le dio voz a mis pensamientos con esa pregunta. Kaylee se humedeció los labios y asintió en respuesta.

—A Inglaterra. Haley tramitó su cambio de universidad para ir conmigo, nuestro vuelo sale esta misma noche.

—Vaya... es algo sorpresivo —admití, llevándome una mano al cuello—. Pero espero que les vaya muy bien allí.

—Gracias James.

—Por nada. Y, Kay.. un consejo: deja de pensar en el pasado. Todos nos equivocamos. Créeme, sé de lo que te hablo.

La visita de la pelinegra no duró mucho más.

Vaya, nunca esperé que ella fuese a mudarse a otro continente. Las Johnson siempre habían estado alrededor desde que las conocimos, sobre todo Kaylee. Y aunque resultaba honestamente molesto el acoso, tenía que admitir que sería extraño saber que ya no estarían rondando por ahí.



Bajé con Emma a la cafetería de la empresa, y de un momento a otro pasé de tener una comida tranquila con mi novia a estar en el medio de una ruidosa conversación de chicas.

Lia picoteaba la fruta de su plato mientras ella y Emma escuchaban a Heaven hablar con entusiasmo del rodaje de su nuevo video musical.

—Y ahora la noticia bomba... Ni te imaginas con quién he grabado el video.

—¡Oh por Dios, cuéntame! —pidió Emma.

Sofiqué la risa, negando con la cabeza. Dios, estas eran Emma y Heaven en modo*fangirl*.

—Ni más ni menos que el delicioso bombón llamado Devon Laing.

—¡No! —jadeó Emma.

—¡Sí! —aseguró Heaven.

—¡Muero! ¡Devon Laing es guapísimo y tú tuviste sus labios sobre los tuyos!

Enarqué las cejas, pero el gesto fue olímpicamente ignorado por Emma. Por otro lado, Lia sí se dio cuenta y se rió de mí, haciéndome rodar los ojos.

—Fue solo actuación, pero sí —concedió Heaven, toda sonrisas—. Admito que me derretí un poquitín con los besos. Y digo besos porque estaba tan nerviosa grabando la escena que tuvimos que repetirla varias veces... Él fue totalmente lindo y comprensivo conmigo, incluso me dio algunos consejos para que la escena saliera mejor.

Me aclaré la garganta, interrumpiéndola, y me puse de pie.

—Okay, esta conversación se ha tornado incómoda para mí, así que subiré a encontrarme con Mike mientras ustedes siguen babeando por Devon Laing.

—Celoso —se burló Lia, que había estado algo apagada todo el

rato, sobre todo en comparación con las otras dos.

—No lo estoy —alegué, entrecerrando los ojos hacia ella mientras me inclinaba a besar la frente de Emma—. Las veo después. Avísame cuando estés lista para irnos, ¿okay?

Emma asintió en respuesta y yo salí de la cafetería.

No me tomó mucho encontrar a Mike, él estaba en su oficina redactando algún documento cuando lo interrumpí.

—Hombre, no paras. Eres un trabajólico, deberías tomarte unas vacaciones.

—Lo haré en cuanto termine de resolver lo de los mensajes locos que te llegaron y el asunto de las chicas que agredieron a Logan y Kaity.

—¿Van a darles una orden de restricción?

Asintió.

—A la chica que lanzó el teléfono, que resulta ser la loca ex presidenta del fanclub, sí. Estoy harto de ella. Por otro lado, me reuní con los padres de las tres adolescentes que la acompañaban y cometieron agresión verbal, acordamos que ellos se encargarían de sus hijas.

Suspiré, afirmando con la cabeza. De verdad esperaba que no se repitieran ese tipo de situaciones. Estaba en esas cuando algo llamó mi atención en su escritorio.

—¡Mierda! —jadeé, señalando la cajita negra—. Eso es... Tú vas a... Mike la tomó, abriéndola para revelar el anillo que estaba dentro.

—Ya hace tiempo que sé que Helen es la indicada, creo que ahora es momento de que ella lo sepa también —se encogió de hombros—. Los años pasan sin compasión, James, y yo no quiero desperdiciar lejos de ella los que me quedan.



Emma quedó con Aria para ir a ver el apartamento donde se mudarían. Aunque me hubiese encantado acompañarla, no podía porque tenía que ir a recoger a mi madre.

Debido al tráfico, Darren y yo llegamos al aeropuerto un poco después de la hora que mamá me había indicado. Y según la información que mostraba las pantallas, el avión había tocado tierra quince minutos antes de la hora prevista. Así que ella tenía aproximadamente media hora de haber llegado.

La busqué entre el gentío mientras le llamaba por teléfono al mismo tiempo. Después de los tonos de espera, saltó su voz previamente grabada diciendo que dejara un mensaje en el buzón porque no podía atenderme.

Miré a Darren con impaciencia mientras hacía una segunda llamada que terminó de la misma forma que la primera.

—Joder —gruñí.

—¿Otra vez al buzón?

—Tengo malas experiencias con la gente enviándome al buzón, Darren. Es una de las cosas que más detesto.

—Caminemos un poco, quizá entró a alguna de las tiendas a comprar algo.

Accedí a su propuesta mientras llamaba ahora a Marie, quizá ellas todavía estaban esperando el equipaje en la banda de entrega. Mi madre era tan distraída que seguramente tenía el teléfono en silencio.

—¡Jamie! —me saludó con alegría, haciéndome respirar con alivio.

—Marie, hola. ¿Qué tal el vuelo? Estoy esperando por mi madre,

¿crees que demorará mucho más en salir?

—¿De qué hablas, Jamie? Dejé a Cece esperando por ti en la salida hace veinte minutos. Tuvimos la suerte de que nuestro vuelo llegara un poco antes y recogimos las maletas enseguida.

—¿Entonces no estás con ella? —inquirí, aunque la respuesta ya me la había dado.

—No, cariño. Encontré un lugar disponible en el siguiente vuelo a Los Ángeles, así que estoy en la fila de abordaje en este momento. Busca bien a tu madre, seguro que la has pasado de largo sin darte cuenta.

—Seguro... —Asentí, volviéndome a mirar hacia atrás—. Escucha, debo colgar. Ten un buen viaje y llámame cuando llegues, ¿okay? Te quiero.

—También te quiero, mi niño.

Me guardé el teléfono en el bolsillo tras cortar la llamada y le informé a Darren lo que Marie me dijo. Le enseñé una foto de mi madre para que pudiera reconocerla y nos dedicamos a buscarla por la siguiente media hora.

Estaba maldiciendo, pensando que quizá se había aburrido de esperar y había tomado un taxi, cuando mi celular comenzó a sonar. Por todo lo jodido del mundo. Ciertamente fue un alivio comprobar que era una llamada de ella.

Le hice una seña a Darren para que dejara de buscar y me siguiera de regreso al auto antes de atender la llamada.

—Jesús, Céline, ¿dónde te has metido? He estado buscándote como un loco en el aeropuerto.

—Aw, ¡qué ternurita! ¿El pequeño Jamie está buscando a su querida mami? —Me detuve en seco, helándome al reconocer la voz

plagada de sarcasmo que absolutamente no pertenecía a mi madre.

# Capítulo 59

Mi primer pensamiento fue «esta mierda no puede ser real». Ya había terminado con ella, lo que hubo entre nosotros tenía punto final. No quería verla de nuevo ni saber de su vida, ¿entonces por qué acababa de escuchar su voz al otro lado de la línea?

—¿Qué demonios haces tú con el teléfono de mi madre, Bonnie?

—Necesitaba una forma de llegar a ti, pero supuse que te habrías negado a encontrarte conmigo si me limitaba a pedírtelo. Así que estoy en la casa de Coney Island con tu madre, un lugar muy bonito, por cierto. Nunca me trajiste a visitarla cuando estábamos saliendo.

Tensé la mandíbula, furioso. Darren estaba frente a mí, tratando de averiguar el motivo de mi reacción ante la llamada.

—¿Qué mierda quieres? Te lo dije antes, tú y yo acabamos ya. ¿Por qué estás haciendo esto? Es patético que creas que podrías recuperarme de esta manera, o, de cualquier manera, porque eso no va a pasar.

—Jamie, lo patético es que creas que quiero recuperarte. No estoy buscando nada más que poder alejarme de ti y de tu maldita familia, pero eso no pasará si tú no vienes aquí en este momento.

—Quiero hablar con mi madre ahora —gruñí, y Bonnie bufó al otro lado de la línea.

—Relájate. No es como si la tuviera secuestrada. Ella acaba de escuchar lo que quiero hablar contigo, razón por la que me dejó usar su celular para llamarte. Ya te la comunico...

—¿Jamie? —esa fue la voz ansiosa de mi madre un segundo

después, suspiré con alivio tan pronto la oí.

—Cielos, mamá, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien —aseguró, todavía con el tono de ansiedad que no me dejaba del todo tranquilo—. Estoy en Coney Island con esta chica.

—¿Por qué diantres fuiste con ella, Céline? —dije, más duramente de lo que pretendía, llevando mi mano libre a mi cabeza. Me jalé el cabello, frustrado.

—Se me acercó en el aeropuerto diciendo que tú la enviaste a recogerme —respondió a las prisas—. ¿Qué querías que hiciera? No parecía una mala persona, James, simplemente le creí y dejé que me trajera a casa. Pero ella acaba de decirme quién es realmente...

—Mi loca, mentirosa y perversa exnovia. Joder. Voy en camino, no me gusta que estés a solas con ella.

—Ella es más que eso, Jamie.

—¿A qué te refieres? —pregunté mientras le entregaba las llaves del Bentley a Darren, indicándole con señas que condujera.

—No es la clase de cosa que se dice por teléfono, hijo —se le escapó un sollozo bajo—. Tienes que venir.

—Estaré allí tan rápido como pueda —prometí, colocándome el cinturón de seguridad mientras Darren se acomodaba tras el volante y encendía la marcha.

Mamá murmuró que esperaría y la llamada terminó. Sostuve con fuerza el teléfono entre mis manos, ensimismado en mis pensamientos. No estaba seguro de lo que acababa de pasar, ni de lo que vendría, pero no me gustaba. Nada que involucrara a Bonnie podría ser bueno.

—¡James! —Darren me sacudió un poco, haciéndome parpadear y mirarlo con sorpresa; daba la impresión de que no era la primera vez

que me llamaba.

—Eh... ¿sí?

—¿A dónde estamos yendo? —preguntó mientras nos conducía fuera del estacionamiento.

—Coney Island —indiqué, respirando hondo.

Darren apenas asintió en respuesta.

Mi teléfono sonó de nuevo al cabo de un buen rato, haciéndome respingar. Maldije por lo bajo y atendí la llamada de Emma antes de que saltara el buzón.

—¡No vas a creerlo! —fue lo primero que dijo, entusiasmada; aquello me provocó una pequeña sonrisa a pesar del mal momento que estaba pasando—. Este lugar es genial. Más que genial. Me he enamorado, en serio, tienes que verlo. Nosotras definitivamente vamos a vivir aquí... Oh, espera. —Alcancé a oír la voz de Aria diciendo algo a lo que Emma respondió con una negativa—. Lo siento, todavía estamos viendo unos detalles.

—No hay problema —aseguré—. Me alegra que estés tan entusiasmada con lo del apartamento.

—Demasiado, sí. —La imaginé asintiendo y con los ojos empequeñeciéndosele al sonreír—. ¿Estás con tu mamá ya? Aria quiere que vayamos a cenar con su hermano, pensé que tal vez podrías venir con nosotros...

Solté el aire, pellizcándome el puente de la nariz.

—Realmente no creo que pueda esta vez, de verdad lo lamento. Ha surgido algo.

—Okay, no pasa nada —dijo con voz menos entusiasta, dudó un momento y luego volvió a hablar—. ¿Va algo mal, James?

—Tal vez —admití—. Voy hacia Coney Island con Darren, aún no

he visto a mi madre. Ella está en la casa... con Bonnie.

—¿Qué? ¿Cómo que con Bonnie?

—No estoy seguro de lo que está pasando tampoco, así que debo ir allí para averiguarlo.

—Okay.. okay. Déjame saber cualquier cosa que pase, ¿de acuerdo? No me gusta esto.

—Tampoco a mí —froté con la palma de mi mano uno de mis ojos, sintiéndome agobiado—. Te llamaré más tarde, ¿vale?

—Okay. Mantén la calma. Te amo.

—Te amo —murmuré antes de finalizar la llamada, dándome cuenta de que ya nos encontrábamos en la avenida Cropsey, a unos cinco minutos de llegar a nuestro destino.

Le di a Darren las indicaciones de las calles que tenía que tomar, y finalmente aparcamos frente a la casa. El auto que estaba allí estacionado tenía que ser el que conducía Bonnie.

—Vamos —dije, sabiendo que Darren no me dejaría ir solo, aunque se lo ordenara.

Seguimos el camino hasta el pórtico, atravesando un pequeño jardín, y entramos a la casa tras comprobar que la puerta estaba abierta.

Mi madre fue la primera en salir de la sala, lanzándoseme a los brazos. La abracé de regreso, sintiendo el alivio de saber que se encontraba de una pieza. Miré por encima de mi hombro a Darren, él entornaba los ojos con sospecha mientras observaba en busca de cualquier cosa que representara peligro.

En cuanto a mí, el único peligro que percibía era la rubia que acababa de ubicarse en el marco de la entrada a la sala. Su aspecto no había variado mucho desde nuestro último encuentro, aunque

llevaba el cabello recogido en una apretada cola alta y vestía una falda sastre y blusa de botones, como si fuese oficinista.

Bajé la mirada a mi madre y sujeté su rostro entre mis manos un momento, haciendo que me mirara.

—¿Estás bien? —insistí.

Con los ojos enturbiados, asintió. Tenía el delineador corrido, por lo que no era difícil suponer que había llorado, y se le notaba pálida a pesar del maquillaje.

—Bueno, ya les di su momento, ahora dejemos las cursilerías de lado y pasemos a lo importante —intervino Bonnie con tono práctico, descruzando los brazos mientras me miraba con frialdad—. No tengo mucho tiempo.

Con una pequeña mueca dio la vuelta y regresó a la sala de estar. Antes de que pudiera decir algo, mi madre apretó mi brazo y me hizo un gesto, moviendo la cabeza levemente, indicándome que no discutiera.

Volteé a ver a Darren.

—Estaré cerca —aseguró él, mortalmente serio, deteniéndose al pie de la escalera.

Asentí en respuesta y continué hacia la sala.

Bonnie ya había tomado asiento y nos miraba con impaciencia. Resoplé, detestando tener que hacer esto.

Me dejé caer en el sofá, junto a mi madre, y apoyé los codos en mis muslos, uniendo las manos al centro mientras la miraba.

—¿Entonces...? —dije, enarcando una ceja—. Tenías prisa, ¿no? Di lo que tengas que decir de una vez.

Bonnie se removió y una media sonrisa apareció en su rostro mientras me veía como un buitro a su próxima presa.

—Estoy aquí para negociar, James. Tengo información que podría serles útil.

No pude evitar resoplar con sarcasmo.

—¿Hablas en serio? —dije, incrédulo—. ¿Y qué es eso? ¿Algún otro video que podrías enviar a la prensa para crear un nuevo escándalo?

Ella rodó los ojos.

—No. Más bien podría indicarte dónde está Aiden... ¿Qué apellido usaba con ustedes? —entornó los ojos y miró hacia arriba, como si lo estuviera pensando—. Ah, ¿Gladwin? Me parece que sí.

—¿Aiden? —repetí.

Miré de Bonnie a mi madre, quien tenía los ojos fijos en sus manos, que se apretujaban una a la otra con nerviosismo. Regresé la mirada a la primera, ella pareció satisfecha ante mi confusión y aquello no me gustó ni por asomó. Me daba mala espina, toda la situación en general lo hacía, a decir verdad, y mi mente comenzaba a formular ideas sobre qué tenía que ver ella con el pronto exesposo de mi madre.

Sólo podía pensar, en una palabra: amantes. La gente tiende a agruparse con sus afines, no me habría sorprendido descubrir que dos personas tan repulsivas como ellos estuvieran juntos. Aunque había demasiados cabos sueltos, era lo más lógico de alguna manera.

—Déjame contarte una historia para que entiendas todo, *Jamie*. La historia de los Bronson y los Wolf. —Nunca odié que me llamaran así, pero lo hice en este momento; Bonnie hablaba con esa satisfacción morbosa que podría tener alguien al contarle a un niño quién era el hada de los dientes o papá Noel—. Hace alrededor de quince años Bertram Bronson pecó de ingenuo al invertir todo lo que

tenía en un negocio nuevo que prometía triplicar sus ganancias al cabo del primer año. No era el único inversor, por supuesto, había dos más: Gary Palmer y Julián Wolf.

Fruncí el ceño ante la mención de mi padre.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto? —dije, ansioso por acabar la reunión, ella ni se inmutó.

—Te diré lo que pasó con ese negocio, James: se vino abajo apenas cuatro días después de iniciar operaciones. Gary Palmer no era tan honesto como aparentaba, había cosas fuera de la ley y un testigo oculto dio el informe a la policía. ¿Sabes qué es lo curioso? Julián Wolf, tu muy querido padre, había retirado su inversión sin razón alguna justo una semana antes de que todo esto pasara.

Entorné los ojos.

—¿Qué insinúas, Bonnie? No voy a tolerar escucharte hablar tonterías sobre mi padre. —Entonces dirigí una mirada a mi madre—. No lo haré.

—Sólo... déjala continuar, James —me pidió—. Por favor. No es tan descabellado como suena.

Bonnie me ofreció una sonrisa victoriosa.

—No creías que tu amado papito era un santo, ¿o sí? —dijo, haciéndome tensar la mandíbula y mirarla con desprecio—. Por que no lo era, James. Él se lavó las manos de todo el asunto, Palmer huyó cuando escuchó que la policía estaba registrando las oficinas y fue Bronson, quien sólo invirtió en dicho negocio tras ser arduamente persuadido por tu padre, el que cargó con la culpa. Perdió todo por lo que había trabajado en su vida y acabó en la cárcel pagando un crimen que no cometió.

—De acuerdo, lo entiendo, estás diciendo que es culpa de mi

padre lo que le pasó a ese hombre. Bien. Incluso cuando es algo que podría discutirte, porque claramente hay muchos factores que estamos olvidando en esta historia, lo que quiero saber es qué tiene que ver Bronson con Aiden o, para el caso, contigo.

Ella se relamió los labios, tratando de ocultar su sonrisa sin conseguirlo del todo.

—Veamos... ¿cómo decirlo? —fingió pensarlo—. ¿En serio crees que Aiden se fijó en tu madre y estuvo con ella durante todos estos años por amor o algo parecido?

A mi lado, Céline sollozó y yo quise tener frente a mí al hijo de puta para poder molerlo a golpes.

—Nunca creí que fuese por amor, y no porque ella no se merezca esa clase de afecto, sino porque es evidente que él no es capaz de brindarlo. Un zángano como Aiden sólo podría querer dinero.

Bonnie soltó una risotada mordaz.

—Claro que quería dinero, pero no la mísera cantidad que recibe mensualmente tu madre, no seas idiota. Aiden Baxley...*Bronson*, no Gladwin, sedujo a Céline Langford unos meses después de que Bertram fuera encarcelado por dos motivos: porque sabía que era algo que le dolería al traidor tu padre... y porque suponía que ella recibiría la mitad de su fortuna tras el divorcio, dinero del que no le sería difícil apropiarse. Era un plan perfecto, sin embargo, Aiden no esperaba que el acuerdo prenupcial del que Céline le había hablado estipulara que ella sólo conservaría el dinero y las propiedades que hubiese obtenido de manera independiente a su matrimonio, lo que se reducía a una casita en San Diego. El auto, poder vivir en esta casa y la mensualidad que se le otorga desde entonces son sólo un bono que Julián decidió darle después.

Mi mirada se desplazó hasta mi madre, quien se esforzaba por no hacer ruido mientras lloraba con las manos contra el rostro. Me llevé una mano a la cabeza y masajeeé mi sien derecha, donde piquetes de dolor comenzaban a concentrarse.

—Es el hijo de Bertram —dije, esforzándome por no perder la cordura—. Lo capto. Se quería vengar.

—Con toda su alma —asintió Bonnie—. Así que esperó, sabía que si dejaba a Céline ella terminaría por volver con tu padre y nada de lo que había hecho habría valido la pena. Te convenció de apelar por más dinero, ¿no es así? —dijo, dirigiéndose a mi madre; por la mirada de ésta última, Bonnie estaba en lo cierto—. Pero no funcionó. Entonces, tras poco menos de cuatro años infructíferos, decidió lanzar la carnada directamente a Julián, envió a su hermana de diecisiete años a hacer el trabajo. Por desgracia tu padre no estaba interesado en tener un romance con nadie, menos con una chica que tenía edad para ser su hija. Así que los Bronson tuvieron un nuevo fracaso.

Mierda. Solo había un modo para definir esto: locura. Era una completa y total locura. Me aclaré la garganta, tragándome el miedo a seguir escuchándola y comprobar algo que me negaba a creer.

—¿Y entonces? —dije, tan firme como pude—. ¿Él se rindió y decidió conformarse con el dinero que podía obtener de mi madre?

—Entonces tu padre murió —declaró, esas simples palabras me trasladaron por un momento a aquella noche en el pasillo del hospital, diez días después de mi cumpleaños número quince, cuando rogué en silencio que todo saliera bien y recibí más tarde la noticia de que no era así—. Y todo debió solucionarse con ello. Con Julián fuera del camino, tú y el dinero tendrían que haber pasado a

manos de Céline, Aiden tomaría lo que le correspondía a su familia y se marcharía entonces. Pero no, nuevamente los trucos legales se lo impidieron. Era un fastidio, Céline no tenía acceso a nada más que una cantidad mensual más amplia que solventara los gastos de tenerte viviendo con ellos. Aiden estaba perdiendo la cabeza con toda la situación, cada vez que creía que se terminaría, que recuperaría su libertad, las cosas salían mal. Tú eras el único heredero y sólo podías tener acceso a todo el dinero hasta cumplir cierta edad. Aiden nunca te había soportado, pero en ese momento te odió de verdad.

—Parece que tú lo conoces demasiado bien, y desde hace bastante tiempo, ¿verdad? No siento que estés repitiendo una historia que oíste hace poco.

Y ya no sentía tampoco que haberla conocido hubiese sido una mala casualidad del destino. Joder.

Bonnie lucía complacida con mis palabras.

—¿Cómo podría no conocer bien, y de toda la vida, a mi propio hermano? —Se echó el cabello rubio dorado detrás del hombro con una mano, como si lo que acababa de decir fuese algo irrelevante—. ¿No lo habías supuesto a estas alturas? Aiden y yo no somos muy parecidos, pero tenemos el mismo color de ojos que nuestro padre.

Joder. Era verdad, la posibilidad que me negaba a creer era cierta. Ellos dos llevaban la misma jodida sangre corriendo por sus venas.

La mandíbula me tembló.

—Así es como me convertí en su próximo objetivo, ¿no? —escupí, asqueado.

—Y qué difícil que fue llegar a ti —rodó los ojos—. Te emancipaste y te convertiste en una celebridad, ¿quién lo habría

pensado del chico adusto, arrogante y perfeccionista que eras? Tuve que esperar el momento ideal para entrar en tu vida, estudiarte, trazar un plan detallado, sin margen de error. Eras nuestro último tiro. Y, a pesar de todo, las cosas no salieron de acuerdo a lo previsto. Pasé meses ganándome la confianza de Leighton Price, haciéndome su amiga y confidente, para que fuera ella quien actuara de destino, introduciéndome en tu vida. Esa navidad del dos mil ocho tendrías que haber sido tú y no Logan... Pero desafortunadamente decidiste quedarte con tu madre, ¿lo recuerdas? Y yo tenía que seguir adelante, aunque el camino fuese más largo de lo previsto.

Sentí náuseas al escucharla hablar. Todo sonaba tan irreal, pero al mismo tiempo abrumadoramente lleno de sentido. La forma en la que ella pronunciaba datos tan exactos y mi madre llorando en silencio... Dios, iba a enloquecer.

—Esto es tan...*enfermo*. Yo... no sé cómo escondiste este monstruo que eres por tanto tiempo.

—Tu opinión no me hiere, James. Estoy cansada de toda esta mierda. Ya he perdido demasiado, ahora sólo quiero que termine.

—¿Y qué fue eso que perdiste? —no pude contenerme de escupir—. ¿Tu carrera de actriz, que por cierto sabotaste tú misma al enviar el video y toda esa información a la prensa?

Ella esbozó una mueca despectiva.

—Nunca quise ser actriz —confesó—. Pero ese arrebató por el que causé el escándalo también me trajo problemas, si te hace sentir mejor.

—No lo hace —espeté—. Sinceramente me importa una mierda los problemas que tú hayas tenido, tomando en cuenta los que nos causaste a nosotros, ¿okay? La banda ha tenido que someterse a un

descanso obligatorio por tiempo indefinido, Logan no puede ni siquiera salir de su casa sin esperar recibir un ataque de personas que lo odian... yo... ¡Agh!

Tiré de mi cabello con frustración.

Bonnie bajó la mirada con el ceño fruncido y, por primera vez, pensé que tenía remordimientos.

—Nunca quise lastimarlo a él —murmuró a regañadientes, con la mandíbula bien tensa.

Resoplé con ironía.

—¿Ah, no quisiste? ¿Entonces por qué, si ya habías conseguido tu maldito propósito llegando a mí, seguiste burlándote también de él, diciéndole todas esas mentiras sobre mí y haciéndote la víctima?

—No pude evitarlo, joder, ¡no pude! —rugió, con el rostro enrojecido—. Maldita sea, James. Finalmente, las cosas estaban saliendo bien para Aiden y para mí, tú estabas tan desesperado por sentir que alguien te comprendía que fue fácil hacerte creer que yo era esa persona. Fue fácil hacerme indispensable en tu vida, después de todo yo conocía de pies a cabeza todo sobre ti, tenía las armas necesarias para darte a tu chica perfecta. Y lo hice bien, estaba segura de que con un poco más de esfuerzo terminarías por poner un anillo en mi dedo, pero... detestaba tan fuertemente encontrar aversión en sus ojos cuando me miraba. No quería que él me odiara, así que tomé decisiones imprudentes y terminé arruinando todo porque la estúpida acosadora de Kaylee metió sus narices.

Por un momento nos quedamos en silencio. Me sentía demasiado abrumado.

—Me das... asco —murmuré, pasándome las manos por la cara, tratando de asimilar que realmente alguien podía tener tanto cinismo

—. ¿Qué es lo que quieres realmente? Estoy seguro de que esta no es una confesión de arrepentimiento y busca de perdón.

Ella respiró hondo y levantó la barbilla. Junto a mí, mi madre sorbía la nariz sin hacer un solo comentario.

—Estás en lo correcto, no me interesa tu perdón. Lo que quiero es dinero, lo suficiente para largarme lejos de aquí, y tú me lo vas a dar a cambio de la ubicación de Aiden.

Enarqué las cejas, incrédulo.

—¿Estás vendiendo a tu propio hermano?

Se encogió de hombros.

—Gracias a él perdí lo único que realmente quería en mi vida. Aiden ha dejado que la venganza lo consuma por completo y yo no estoy dispuesta a seguir sus pasos, ya tiré a la basura demasiados años con sus estúpidos planes. Lo último que se le ocurrió es demasiado, no voy a ir a prisión sólo por seguirle la corriente.

—¿De qué se trata?

—Quiere secuestrar a Céline —la señaló con la mirada y mi madre se encogió con horror— para obligarte a ceder ante sus peticiones a cambio de liberarla, y planea hacerlo esta noche.

» En realidad quería hacerlo a tu llegada al aeropuerto —se dirigió a mi madre—, él ha tenido acceso a todo el itinerario de tu viaje gracias a que nunca cambiaste la contraseña de tu correo electrónico. Sin embargo, lo convencí de que no era prudente llevar a cabo su plan en un lugar tan público, accedió a esperar a que estuvieras en la casa. Todavía cree que voy a colaborar en esta estupidez, lo que me dio tiempo para venir a hablar con ustedes. Entonces... es tú decisión, James. Me das el dinero que necesito y yo les doy la dirección de donde él ha estado viviendo, lugar que cuenta con la suficiente

evidencia para que, con mi declaración voluntaria, puedan encerrarlo de una vez por todas... o no lo haces y te sientas a esperar que un día de estos él termine haciendo algo que no se pueda solucionar.

Dejé de mirar a Bonnie, pensando en lo que acababa de decir, y contemplé a mi madre. Estaba aterrada. Ni ella ni yo íbamos a dormir tranquilos sabiendo que ese desquiciado andaba suelto, esperando la oportunidad de cometer una locura.

Le pasé un brazo por la espalda y la atraje hacia mí, dejando un beso en la cima de su cabeza. Me jodía tener que aceptar algo que viniese de Bonnie, saber que de cierta manera ella se saldría con la suya, pero si esta era la forma de librarnos de ellos y de esa estúpida venganza, tomaría el riesgo.

—De acuerdo, te daré el dinero —dije con un suspiro de resignación—. Pero vamos a hacer las cosas a mi modo. Como bien comprenderás, no confío en ti.

—Como quieras —aceptó, cruzando los brazos sobre el pecho.

Me puse de pie, apretando suavemente el hombro de mi madre, y salí a encontrarme con Darren.

—Mantén un ojo en ella —dije, sabiendo que había oído toda la conversación—. Llamaré a la policía.

【◆◆◆】

Pasaban de la una de la madrugada cuando Darren nos dejó a mi madre y a mí en el apartamento. Las últimas horas habían sido una especie de pesadilla entre policías y abogados que continuaría por los próximos días, hasta que la sentencia a Aiden Bronson fuera dictada por un juez.

Las luces estaban encendidas, al igual que el televisor, y Emma se encontraba profundamente dormida a lo largo del sofá.

—*Shh*, es solo Emma —dije a mi madre cuando la notó y se detuvo, como si temiera que fuese a atacarla—. Está dormida. Vamos, necesitas descansar también.

La guié a la habitación de huéspedes y le entregué la maleta, que todavía tenía las etiquetas de la aerolínea, para que buscara su pijama.

Saqué cobijas limpias del clóset y acomodé la cama para ella. La esperé hasta que salió del baño con la cara lavada y la pijama puesta. Se metió entre las sábanas y me quedé a su lado un rato, abrazándola hasta que la oí comenzar a llorar otra vez. Era extraño, pero se sentía de cierto modo correcto. No podía recordar cuando había sido la última vez que habíamos compartido un abrazo sincero.

—Estás a salvo aquí —murmuré, tratando de consolarla—. Sé que toda esta situación ha sido una mierda, yo todavía me siento como si fuera un mal sueño, pero...

—Pero es real —se lamentó con voz ahogada, sus ojos enrojecidos se fijaron en los míos y pude ver entonces cuán herida se encontraba—. Una parte de mí, James, deseaba fervientemente que ella estuviera mintiendo... que hubiese una explicación lógica a tantas coincidencias. Dios, la oí relatar en unos minutos los últimos años de mi vida desde una perspectiva que yo nunca había ni siquiera imaginado... ¿Cómo pude ser tan ciega? Todo este tiempo no fui más que una manipulable pieza de un horrible juego de vendetta.

—En este punto parece que todos lo fuimos.

—Pero yo... —murmuró con repulsión—. Tú la oíste, esa chica intentó hacer con tu padre lo que Aiden hizo conmigo, pero él no se dejó envolver. Se mantuvo firme incluso cuando nosotros ya estábamos separados, y en cambio yo...

—Tomaste decisiones —la interrumpí—. Todos lo hemos hecho, mamá, y no siempre elegimos correctamente. Alguien me dijo que lo único que podemos hacer con ello es aceptar las consecuencias, y tiene razón.

» Pasé dos años culpándome porque Bonnie se fue, pensando cada maldito día en qué era lo que tendría que haber hecho diferente y en qué había fallado. Pero eso no resolvió nada, sólo terminé alejando a los que se preocupaban por mí y me encerré en mi miseria. No hagas eso, no vivas pensando en cómo cambiar lo que hiciste en el pasado, no vale la pena...

Más tarde, cuando salí de la habitación, fui hasta la mía en busca de una frazada y regresé a la sala, donde estaba Emma. Apagué el televisor, le eché la manta encima y me acuclillé cerca de ella, notando que tenía su teléfono férreamente apretado entre las manos.

Contemplar su expresión tranquila al dormir me dio el instante de paz que necesitaba después de lo que había pasado en el día. Suspiré y, con cuidado, le retiré el teléfono de las manos, depositándolo en la mesita de centro. Besé un lado de su frente y la dejé seguir durmiendo.

Estaba exhausto, pero sabía que no iba a poder dormirme enseguida, aunque lo intentara, así que llené la bañera y, con las luces tenues, me sumergí en el agua jabonosa. Y me mantuve allí, apoyando los brazos en el borde, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, tratando de no pensar en nada.

—¿James? —Abrí los ojos al oír la voz de Emma preguntando por mí, ella estaba asomándose desde la puerta.

—Hey —murmuré, llevándome una mano a la parte trasera de la cabeza. Había estado a punto de quedarme dormido en la tina.

Emma titubeó un momento y finalmente se acercó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, preocupada.

—Sí, yo... las últimas horas han sido algo pesadas. Una completa locura, en realidad.

Ella asintió con gesto comprensivo.

—¿Ocupas algo de compañía allí dentro? —ofreció con un poco de timidez—. Sabes que soy buena escuchando si quieres hablar.

—Eso es algo que apreciaría mucho —respondí, asintiendo, invitándola a unírseme en el agua.

—Bien —asintió y, pacientemente, se deslizó fuera de la ropa que la cubría. No fui capaz de pasar por alto los detalles de su cuerpo desnudo.

Le tendí la mano y ella me la sujetó para ayudarse a entrar en la bañera, instantes más tarde su espalda descansaba contra mi pecho y mis manos estaban entrelazadas sobre su vientre.

—Estoy escuchándote —susurró, alzando el rostro hacia mí, y besó un punto en mi mandíbula antes de volver a mirar al frente.

Así que le conté lo que pasó desde que llegué al aeropuerto para recoger a mi madre hasta el momento en que la dejé durmiendo en el cuarto de visitas. Le dije todo, la historia que Bonnie recitó sobre nuestras familias, sus propósitos y los de su hermano, y cómo me sentí con ello, le conté también lo que ocurrió más tarde con la policía, luego de aceptar el trato que Bonnie proponía. Aiden fue arrestado y los abogados estaban seguros de que, con toda la evidencia en su contra, sumándole el hecho de que lo hallaron en una situación comprometedoramente con una menor de edad, él no podría librarse de ir a la cárcel.

—El asunto terminará realmente hasta que la sentencia esté

dictada por un juez —murmuré, arrastrando mis labios a lo largo de su cuello.

—Dios, qué desastre. No puedo imaginar cuán dañado tiene que estar alguien para pasar tantos años tratando de consumir una venganza. Es una locura.

—Lo es —asentí, guiando su rostro al mío para presionar un beso en sus labios—. Una completa locura. Y no quiero seguir pensando al respecto, Emma, al menos no en este momento.

Froté la punta de mi nariz con la suya antes de trazar un camino hasta su cuello y dejar un beso en el punto exacto en el que éste se unía con su hombro. Al mismo tiempo, mis manos se aventuraron a abandonar su abdomen, descendiendo sobre la suavidad de su piel con anhelo.

—Tu mamá está en la otra habitación, James, no deberíamos... —trató de decir, con voz temblorosa y agitada, sin convicción, retorciéndose ante las caricias de mis manos en su cuerpo.

—Podemos ser silenciosos...

La miré a los ojos, esperando que me diera luz verde. Mi cansancio se había disipado, estaba muy despierto y relajado tras el tiempo en la bañera y la larga conversación que tuvimos, ahora era demasiado consciente de la cercanía y desnudez de nuestros cuerpos en un espacio tan pequeño.

Todo lo que deseaba era a ella.

Emma se relamió los labios, vacilante. Apoyó las manos en mi pecho, por un momento haciéndome pensar que se iría, pero sólo dio la vuelta, quedando a horcajadas sobre mí, frente a frente. Sus ojos color avellana oliva recorrieron mi rostro mientras sus manos se trasladaban a mis hombros. Hice un pequeño gesto, enarcando las

cejas, preguntando sin palabras «*¿Eso es un sí?*», a lo que ella respondió reprimiendo una sonrisa mientras afirmaba con la cabeza.

Sonreí.

Presioné mis manos en su espalda baja, ella me echó los brazos al cuello y yo la atraje lo más cerca posible, alcanzando su boca con labios ansiosos por devorarla.

# Capítulo 60

Había pasado casi una semana desde que Aiden Baxley Bronson fue detenido por la policía, razón por la que los últimos días habían sido extenuantes para mi madre y para mí, a pesar de que los abogados hacían su mejor esfuerzo para que el proceso se agilizará.

Lo único que me tranquilizaba era el saber que Aiden no tenía forma de escapar de una larga condena. Le habían asignado un defensor público, sin embargo, no había mucho que defender. El apartamento donde lo detuvieron estaba plagado de evidencia y su propia hermana se presentaba como testigo en su contra. No era sólo el hecho de portar documentación falsa, sustancias ilegales y un arma de fuego sin permiso, o de haber urdido detalladamente un plan de secuestro que habría llevado a cabo de no haber sido por la confesión de Bonnie, Aiden estaba acusado de otros cargos entre los que destacaba el estupro. La chica con la que estaba el martes pasado era una menor de edad, de quince años, y tal vez fue debido a que se sintió acorralada cuando la arrestaron junto a él que terminó declarando que se encontraba allí en contra de su voluntad. Aiden juraba que ella mentía, pero su palabra no tenía mucha valía en contra de la de una adolescente que, hasta hacía poco, había observado una conducta intachable según la declaración de sus familiares y profesores. Si la chica mentía o no, honestamente me daba lo mismo.

Mi madre parecía más afectada con todo esto, después de todo ella no podía dejar de reprocharse a sí misma el haber vivido bajo el mismo techo que el enemigo por tanto tiempo. Por difícil de asimilar

que fuese, ella tenía que comprender que esas son cosas que suceden... Que podemos vivir una vida entera junto a otra persona y aun así no conocerla en lo más mínimo.

Briggs, asesor legal y amigo de toda la vida de mi padre, me recibió en su oficina esta mañana. Había estado en este lugar en contadas ocasiones, un par de veces con mi papá y luego, después de que él muriera, cuando busqué ayuda para emanciparme.

Briggs estaba más canoso y arrugado desde nuestro último encuentro, pero seguía llevando sus lentes de aumento y vestía un impecable traje gris de tweed, tal como lo recordaba. Me sonrió apenas verme, y me dio una especie de abrazo paternal mientras me invitaba a tomar asiento. A pesar de que no habíamos perdido el contacto en los últimos años (ya que era él quien se encargaba de vigilar que la empresa de mi padre siguiera funcionando debidamente), no nos habíamos visto en persona en un buen tiempo.

—Encontré lo que me pediste, James —indicó, yendo a sentarse tras su escritorio. Lo vi abrir, sin titubear, la primera gaveta a su derecha y extraer de allí una carpeta azul marino con la insignia de la firma de abogados en el frente. Me la tendió y, apoyando los codos del escritorio, entrelazó las manos mientras me observaba.

—Gracias —murmuré, vacilante.

—Julián era un gran hombre, James. Que no te quepa duda de eso —señaló con benevolencia.

Asentí, tan convencido como él de sus palabras.

—Lo sé —suspiré—. Esto no es para mí.

Él hizo un gesto de comprensión.

—No fue fácil conseguir la información, pero afortunadamente tengo viejos conocidos que nos ayudaron —sonrió un poco antes de

aclararse la garganta y enseriarse—. La verdad es que el embrollo con Palmer y Bronson era algo que ya tenía bien olvidado. Tú padre cortó relación con ambos cuando se enteró del verdadero propósito de aquel negocio: lavado de dinero. Bronson tendría que haber hecho lo mismo que Julián, pero dejó que Palmer le endulzara el oído con promesas inverosímiles, la ambición le ganó y decidió seguir adelante a pesar de las advertencias. No tenían ni siquiera una semana de haber empezado a operar cuando el aviso llegó a la policía y se les cayó el negocio.

—¿Averiguaste quien fue el informante que los delató? — pregunté, él ya me había confirmado por teléfono que no había sido mi padre.

—Fue lo que me llevó más tiempo, pero sí, lo hice —asintió—. La persona que alertó a la policía fue la misma Dolores Bronson, difunta esposa de Bertram. De acuerdo a mi contacto, Dolores se presentó en la comisaría tras escuchar una conversación telefónica de su marido sobre lo que estaba sucediendo con el nuevo negocio. Pretendía conseguir indulgencia para Bertram, pero una vez que confesó, no pudo hacer mucho para conseguirla. Palmer huyó apenas se enteró que les había caído la policía, así que la culpa recayó en Bronson. Lo procesaron y declararon culpable, y su mujer terminó por suicidarse al poco tiempo. La versión oficial dice que Dolores no soportó descubrir las actividades delictivas de su esposo, que éste estuviera en la cárcel y haber perdido, además de todo, su privilegiada posición económica, lo que la arrojó a una depresión y pérdida de la cordura por las cuales terminó quitándose la vida; sin embargo, los pocos que saben que fue ella la chivata apuestan más a que lo que no soportó fue la culpa.

—Todo esto es tan... descabellado —comenté, todavía abrumado por la información.

—Mucho —reconoció Briggs—. ¿Quién iba a imaginarse que los hijos de los Bronson habrían enloquecido también? Mira que querer vengarse de tu padre y crear una telaraña de mentiras tan grande y retorcida en todo este tiempo... —chasqueó la lengua, negando con la cabeza—. Pero ¿qué se podía esperar de ellos? El padre en prisión, la madre muerta (y de qué manera) y ese tío borracho con el que los dejaron no es que fuese la mejor opción. Es una pena, una verdadera pena que hayan acabado de esta manera. Me enteré de lo que pasó el viernes entre ellos, cuando tuvieron el careo. Hicieron falta cuatro hombres para evitar que la matara.

Hice una mueca y asentí, sabiendo perfectamente de lo que hablaba.



Respiré con alivio por primera vez en varios días en el momento en que la jueza Florence Copeland declaró el miércoles cinco de septiembre el veredicto final del juicio contra Aiden. Se le declaró culpable de una serie de acusaciones que lo mantendrían tras las rejas una temporada demasiado larga como para preocuparse por el día de su liberación, si es que seguía con vida para ese entonces.

Apreté a mi madre a mi lado y besé su frente, susurrándole que todo había terminado, mientras la gente se ponía de pie para marcharse y los guardias escoltaban a Aiden fuera de la sala.

—¿Pueden adelantarse con Darren? —dije, mirando de mi madre a Emma—. Las alcanzaré en un minuto.

Ambas asintieron. Emma entrelazó su brazo con el de mi mamá, que temblaba un poco, y se marcharon con Darren.

Con la carpeta azul marino en una mano, me acerqué a la última hilera de asientos. Bonnie estaba sentada ahí, con la mirada inexpresiva apuntando al frente. Llevaba puesto un collarín alrededor del cuello, sin embargo, las marcas donde Aiden le había apretado con demasiada fuerza se le notaban hasta la mandíbula. No era lo más llamativo de su aspecto, su hermano enloqueció al descubrir su traición y cuando la tuvo en frente se le fue encima como un animal. Cogió lo que estuvo a su alcance, un bolígrafo del fiscal que los interrogaba, y le atravesó con él un surco en diagonal desde el pómulo derecho hasta la barbilla antes de que pudieran controlarlo. El vendaje que llevaba debía estar cubriendo la herida que eventualmente se convertiría en una cicatriz.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo, sin mirarme.

—Toma —le ofrecí la carpeta y ella volteó a verme con recelo—. Agárrala —insistí.

Finalmente se puso en pie y la tomó.

—¿Qué es? —preguntó con hosquedad.

—Mi padre no los delató —dije—. Tal vez el tuyo quería proteger la imagen que ustedes tenían de él y por eso les mintió, no lo sé. Ahí está toda la verdad, es tu decisión lo que hagas con esa carpeta. —Encontramos las miradas—. Lamento todo lo que pasó con tu familia, no debió ser nada fácil, pero tú y Aiden tomaron sus decisiones y ahora están pagando las consecuencias. Así es como funciona la vida: lo que haces aquí, aquí lo pagas. —El labio inferior le tembló—. Espero elijas mejor de ahora en adelante, Bonnie Bronson. Este es el adiós entre nosotros, hemos terminado para siempre.

No aguardé por su respuesta, le eché un último vistazo y la dejé atrás. Y por primera vez me di cuenta de que ya no sentía ni siquiera

rabia hacia ella, simplemente no sentía nada. Entendía por qué parecía que ella se había ensañado conmigo, por qué había actuado como lo había hecho, ahora podía cerrar ese ciclo sin necesidad de mirar atrás otra vez.

Este era el verdadero final.



Apenas Robert nos entregó las bebidas, Logan y yo salimos del establecimiento. Le pasamos sus batidos a Rafiki y Darren, que habían estado esperándonos fuera, y decidimos caminar un poco por los alrededores. Mientras lo hacíamos, le conté a detalle lo ocurrido los últimos días, incluidas las razones por las que Bonnie se hizo amiga de su hermana en primer lugar. No era fácil hablar sobre ella con él, me daba cuenta de que era algo que lo incomodaba, pero Logan tenía que superarlo y evadiendo el tema no lo conseguiría.

—Céline dice, y lleva algo de razón en sus palabras, que todos fuimos piezas de un juego cuya existencia desconocíamos. Si hay algo que destacar de los hermanos Bronson, eso sería la increíble capacidad para manipular que poseen.

Logan asintió, pensativo.

—¿Crees que ese tío del que te habló Briggs, el que se quedó con la custodia de ellos, golpeará a... —se aclaró la garganta— *aella?*

Me le quedé mirando, ralentizando mis pasos.

—Tal vez —respondí, encogiéndome de hombros—. Por lo que dijo Briggs de él, no me extrañaría. —Logan asintió y yo entorné los ojos, estudiándolo—. ¿Por qué lo preguntas?

Se llevó una mano a la nuca y apretó un poco el vaso de su batido de mango con la otra.

—Cuando... Cuando la conocí ella dijo algo sobre su padrastro

siendo violento. Había evidencia de los moretones... no lo sé. — Resopló, frustrado.

Permanecimos en silencio durante un rato.

—No sabría qué decirte. Con Bonnie es difícil saber qué fue real y qué fue mentira, pero honestamente no creo que a estas alturas averiguarlo haga una diferencia.

Lo vi morderse el labio superior y asentir.

—Tienes razón. Sólo... es difícil pensar que alguien tan falso puede ser tan convincente. Me hace sentir como un gran tonto.

—Entonces todos seríamos tontos —objeté, soltando un resoplido—. Simplemente ser convincente y persuasivo es un don de la gente manipuladora.

—Demasiado —musitó.

Tomé una honda bocanada de aire y decidí cambiar un poco el tema.

—Escuché que sigues golpeando el saco de box todos los días...

—Es un buen ejercicio —se excusó.

—Por supuesto —respondí con sarcasmo.

—No es tan fácil, sabes. —Se llevó una mano a la cabeza, alborotándose el cabello rubio—. Necesito tiempo. Me siento mucho mejor, sí, y no sólo porque Raf me haya hecho lanzar golpes hasta el cansancio. Ese tiempo que pasamos juntos en la casa me ha ayudado como no tienes idea. —Hizo una pausa, cruzamos al siguiente bloque de la calle y lo oí suspirar—. Cuando dije que quería dejar la banda, no quería eso en realidad. Simplemente en ese momento creí que *debía* hacerlo. ¿Por qué sacrificar a los cinco cuando el del problema era yo? La única cabeza que debía rodar era la mía. Me sentía miserable y estaba cayendo en una patética autocompasión.

Pero ustedes no dudaron al decir que éramos todos o ninguno; y a pesar de mis errores, prefirieron disolver la banda antes que dejarme ir solo. Mi estado no me permitía comprender por qué tomaban una decisión como esa. Entonces mi papá llamó y dijo que yo tenía que dejar de lamer mis heridas, levantarme y demostrar que era capaz de merecer la confianza que me estaban dando.

Esboqué una pequeña sonrisa mientras bebía de mi café, recordando otras palabras que Frederick, el padre de Logan, le dijo a éste la navidad que mi amigo creyó que no recibiría nada porque poco antes había estado a punto de ser expulsado del colegio. A la pobre Fania, su madre, casi le daba el soponcio. Ambos estaban muy cabreados, pero a pesar de ello le dieron la guitarra que él había estado deseando por meses. Logan no se lo podía creer, así que Fred le dijo lo siguiente después de ser lo suficientemente fastidiado:

*«Deja de cuestionar las razones y simplemente acepta el regalo de tus padres que te aman, ¿okay? A veces ese es el único motivo por el que alguien hace algo bueno por ti: que te ama más de lo que odia tus errores y defectos. Y sí, por enésima vez, todavía estás malditamente castigado por los próximos dos meses y no, no puedes formar una banda en el garaje. Por el momento no tienes tanta suerte».*

—Fred es de pocas palabras, pero cuando habla es contundente  
—murmuré.

Logan asintió con una sonrisa y dejó escapar un suspiro.

—En fin —dijo—, el punto es que estoy haciendo esto, moviéndome hacia delante, y he hecho un avance enorme gracias a ustedes. Cuando hicimos todo eso de la fogata en la playa me sentí tranquilo, en paz, como si fuese un borrón y cuenta nueva. Pero regresamos aquí y me he dado cuenta de que no existe el borrón y

cuenta nueva en realidad, porque las consecuencias no desaparecen.

» Tengo a personas recordándome mis errores constantemente, y a veces es algo difícil de manejar, así que estoy lidiando con ello. Pelarme los nudillos golpeando ese saco es lo que está ayudándome...

Sonreí, palmeándole la espalda con la mano libre mientras asentía.

—Lo importante es que estás haciendo algo al respecto y no estás dejando que la mierda se acumule. Créeme, esa sí sería una mala idea. Y sí, lo digo por experiencia.

—James... —Ambos nos detuvimos cuando Darren me llamó desde atrás. Volteé a verlo y él se acercó, tendiéndome su teléfono—. Es Mike.

Le acepté el móvil y atendí rápidamente.

—¿Sí? —murmuré.

—¿Apagaste tu teléfono? Traté de llamarte. Como sea, escucha, ¿puedes venir a Beat ahora? Es importante.

—Okay.. —dije, receloso—. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Tú sólo preocúpate por venir.

—Okay —no había terminado de pronunciar cuando él cortó la llamada.

Le devolví su teléfono a Darren y les expliqué que tenía que ir a Beat. Los cuatro volvimos por los autos, que no estaban demasiado lejos todavía, y fuimos a la empresa.

Saludé a Ted en la recepción y, acompañado por Logan, subí a la oficina de Mike. Al ver a éste último me di cuenta de que estaba algo ansioso.

—Ah, estaban juntos —dijo—. Muy bien, muy bien. De todos modos, tenía que hablar contigo también —le envió una mirada a

Logan y luego chasqueó la lengua—. Siéntense, vamos.

—Estás actuando raro, Michael —comentó Logan, mirándolo con suspicacia.

No podía negar que tenía razón. Me removí en la silla y enarcando una ceja, esperé la respuesta de Mike.

—Por fin tengo noticias sobre Isabella Prescott —anunció con cierta emoción, pero debió ver la confusión en nuestros rostros, porque enseguida añadió para aclarar—: La expresidenta del fanclub de la ciudad, ¿recuerdan? Una mujer que nos ha dado bastantes problemas.

Logan bufó y yo imaginé que recordaba muy bien a Isabella después de que por culpa de ella terminara llevando a Kaity a emergencias.

—¿Y bien? —inquirí—. ¿Qué sucedió con ella?

—Lo que puedo decirles es que Prescott tendrá que responder por sus actos, entre ellos los perjuicios ocasionados a una menor de edad, a Kaity —dijo, mirando a Logan—. Y obviamente tiene una orden de restricción para que no vuelva a acercarse a ninguno de ustedes.

—Perfecto —farfulló Logan.

—Además, hemos encontrado algo interesante —continuó Mike, mirándome—. Los mensajes locos que estuviste recibiendo también son obra de Isabella, James. La chica tiene recursos para conseguir lo que se propone... o los tenía, mejor dicho. Su padre se enteró ya de todo el embrollo en el que está metida. El hombre no está nada contento sabiendo que la que creía una madura y sensata hija de veinticinco años se ha granjeado todos estos problemas por una obsesión más propia de adolescentes.

Enarcando las cejas, llené mis pulmones de aire y exhalé al

instante siguiente, asintiendo. Con todo lo que pasó en los últimos días había olvidado por completo esos mensajes, pero saber que la persona responsable ya no era un misterio era un alivio.

—Sólo quería informarles de esto para que se quitaran el pendiente de encima —explicó Mike—. Nos encargaremos de lo que sigue, pero creo que podemos considerar esto un caso cerrado. Estoy muy seguro de que Prescott no volverá a ser un problema.

Hablamos con Mike durante un corto tiempo más antes de ponernos de pie para marcharnos.

—Gracias por todo —le dije—. Y, en serio, consíguete algo de descanso. Este ritmo loco de las últimas semanas no te hará ningún bien.

—James tiene razón, viejo —secundó Logan—. Estás tenso todo el tiempo y a nadie le gusta que el tío Mike tenga esas ojeras enormes. Deberías ir por, ya sabes, uno de esos masajes con final feliz para que te relajes. Conozco un lugar, si te hace falta. —Le guiñó un ojo y Mike bufó, despotricando sobre cuán cínico era Logan al hacerle tal ofrecimiento.



Días más tarde, las cosas comenzaban a cobrar normalidad. De cierto modo, al menos. La verdad era que mi madre no deseaba volver a la casa de Coney Island, dijo que buscaría un apartamento para vivir y yo le ofrecí una solución que ella terminó por aceptar. No viviríamos juntos porque no era prudente a estas alturas, los dos necesitábamos nuestro propio espacio, pero le cedería el departamento donde había estado viviendo y me mudaría al penthouse de West Street, en Tribeca.

Era algo que había aplazado por demasiado tiempo. Mi padre

murió antes de que pudiéramos mudarnos allí y yo no me había atrevido a hacerlo solo después. Ir a vivir al pent-house por mi cuenta no se sentía bien porque una parte de mí seguía esperando ese momento en el que papá regresaría del trabajo, tomaríamos nuestras cosas del hotel y nos iríamos juntos. Pero ese momento no iba a llegar nunca, él se había ido y yo tenía que aceptarlo de una vez por todas.

La muerte de mi padre era esa espina que nunca quise sacarme del corazón, porque el constante dolor de su partida mantenía vivo su recuerdo en mi memoria. Sin embargo, tenía que dejarlo ir.

Contemplé por largo rato la lápida que rezaba su nombre, no había estado ahí desde el día en que lo enterraron, y entonces pronuncié en voz alta palabras que nunca imaginé que le diría:

—Te perdono. Te perdono, papá.

Y no porque él me hubiese lastimado a propósito, pero tenía que decirlo porque me di cuenta de la razón por la que no había podido visitar su tumba con anterioridad: porque, a pesar de saber que había sido un accidente, su muerte me hizo sentir abandonado. En ese cuarto de hospital donde lo vi por última vez, yo quise gritarle porque me estaba dejando, porque se iba sin mí, pero estaba demasiado asustado como para hacerlo. En cambio, callé, me tragué los sentimientos y comencé a huir desde entonces.

Yo no volvería a escapar.

Respiré hondo, sonreí como si él estuviese frente a mí, sonriéndome de vuelta, y entonces le dije también cuánto lo amaba y añoraba.



Me arreglé las mangas de la camisa negra de botones mientras

esperaba a que Emma abriera la puerta. El nuevo edificio donde ella y Aria vivían era un lugar agradable. Sin duda era mucho más fácil visitarla aquí que colarme en la residencia estudiantil donde estaba antes.

—¡Ya voy, ya voy! —gritó apurada Emma, no demoró mucho en abrir y recibirme con una amplia sonrisa.

Avancé un paso, sonriéndole de regreso, le sujeté el mentón con dos dedos y dirigí su boca a la mía para saludarla con un beso.

—Hola. ¿Están listas?

Emma se relamió los labios y negó con la cabeza.

—Cinco minutos más —prometió—. Pasa.

Pero ella tenía todavía sus manos en mis hombros, así que no me moví. Se puso de puntitas y me besó de nuevo antes de inhalar hondo y guiarme al interior del apartamento.

—Solo me cambiaré los zapatos —dijo mientras entrábamos a la que era su habitación—. Aria está terminando de maquillarse.

—Está bien, todavía hay tiempo —dije, sentándome en la orilla de su cama mientras la detallaba con la mirada.

Llevaba un top negro de mangas y una falda plisada color beige de talle alto. Su cabello estaba suelto, en ondas, y su maquillaje era sutil. Pensé que luego del beso que compartimos ella tendría que aplicarse una nueva capa de labial, porque éste había desaparecido de sus labios. Instintivamente toqué los míos, sonriendo mientras la seguía con la mirada. Emma revoloteaba en el armario en busca de sus zapatos.

—¡Al fin! —jadeó cuando encontró la caja que contenía un par de zapatillas negras que combinaban con su atuendo—. Estoy lista —me informó tras calzárselas, con las manos en la cadera, y le gritó a Aria

que nos avisara cuando terminara de alistarse.

La atraje a mi regazo, sosteniéndola por la cintura, y ella entrelazó las manos detrás de mi cuello.

—¿Nerviosa? —pregunté.

—No, qué va —rodó los ojos con una mueca graciosa—. Si sólo será la primera vez que vaya a un evento de este tipo, donde habrá fotógrafos y reporteros. Pff. ¿Por qué estaría nerviosa? No es nada del otro mundo.

Me reí.

—En realidad no es nada del otro mundo —le aseguré—. Los buitres sólo estarán en la entrada, una vez dentro podemos olvidarnos de ellos. Los fotógrafos que cubrirán el evento pertenecen a Beat, así que no hay nada que temer, no publicarán nada que no sea aprobado por la gente de Daniel.

—¿Y si me caigo mientras caminamos al interior, frente a esos buitres de los que hablas?

—Estaré sosteniéndote todo el tiempo, no te dejaré caer.

Ella frunció los labios y yo aproveché para darle un beso de pico que la hizo sonreír.

—No te preocupes, saldrá bien —prometí—. Ahora, creo que he robado todo tu labial, así que...

—Ya, es cierto —dijo, levantándose en busca de su bolso, donde guardaba el lápiz labial.

Estaba retocándose la pintura cuando Aria se asomó por la puerta luciendo un entallado vestido azul marino con rayas blancas que le llegaba a mitad de los muslos.

—¿Lista? —le preguntó Emma.

—¡Jodidamente lista y emocionada! —chilló la rubia, aplaudiendo

mientras se las arreglaba para dar unos saltos en sus altos tacones.

—Vamos —dije, besando la mejilla de Emma antes de que nos pusiéramos de pie y dejáramos el apartamento para ir al hotel donde se celebraría el lanzamiento del nuevo álbum de Heaven.

Nuestra primera aparición oficial como pareja ante los medios no fue perfecta, pero tampoco un desastre. De hecho, a pesar de sus nervios, Emma lo hizo bastante bien. El problema fue mío, me dejó un sabor amargo en la boca que los buitres me hicieran preguntas sobre lo que pasó con Aiden. Claro, no sabían sobre él realmente, pero querían averiguar a qué se debía tanto movimiento con los abogados y las visitas al juzgado. Además, la maliciosa reportera de *Celebrity Gossip* también me lanzó un comentario mordaz sobre Logan. Empleé todo mi autocontrol para sonreírle y no mandarla a la mierda.

—Está bien —dijo Emma, hablando fuerte para oírse sobre la música, mientras me bebía de un trago el coctel que nos ofrecieron en la entrada—. La respuesta que les diste fue educada. El hecho de que seas una figura pública no significa que estés obligado a contarles con detalle todo lo que pasa en tu vida.

—Se llama privacidad, amigo —añadió Aria, que parecía algo ansiosa, como una niña en un parque de diversiones que esperaba la aprobación de sus padres para correr a subir a todos los juegos—. Oye, ¿esa de allá es Cami Fischer? —Emma le envió una mirada y ella se encogió de hombros—. ¿Qué? No soy una fanática, pero la reconozco.

—Sí, definitivamente es Cami —dije, divertido, olvidándome de los reporteros.

—¡Lo sabía! —celebró Aria.

Heaven nos arribó entonces. Estaba tan sonriente como siempre, y muy guapa en su vestido verde de una sola manga. Nos saludó a cada uno con un abrazo efusivo, agradeciendo que asistiéramos al evento.

—Logan, Carter y su hermano también están aquí —me dijo, buscándolos brevemente con la mirada sin encontrarlos—. En algún lugar, no sé dónde. Los vi hace un rato cerca de la barra.

—Estoy seguro de que nos encontraremos tarde o temprano —le sonreí.

Heaven asintió y se volvió hacia Emma y Aria con emoción desbordándole de los ojos azules mientras hablaba.

—¿Y saben quién más está aquí? ¡El delicioso bombón de Devon Laing! Cielos, tienen que verlo, chicas. Qué hombre.

Tras el jadeo de Emma y Aria, quien claramente también reconocía el nombre del actor, decidí que no quería estar cerca mientras babeaban por él.

—Iré a buscar a los chicos —informé, plantando un beso en la sien de Emma antes de alejarme del pequeño círculo de fans de Laing.

Saludé a algunas personas con las que me topé, incluido Ron, el desagradable manager de Heaven, y finalmente ubiqué a Logan, Carter y Kurt en una de las salas lounge del fondo. Me acerqué a saludarlos y tomé asiento con ellos, percatándome del cambio en la apariencia del rubio.

—Estrenando corte de cabello, ¿huh?

Su melena rubia había desaparecido casi por completo, sólo una vez en el pasado lo había llevado así de corto. Logan arrugó la nariz y se encogió de hombros en respuesta.

—Y tatuaje nuevo —se adelantó a decir Carter—. Es uno bueno, lo vi. Me gusta. Ahora, si son tan amables, tomémonos una foto para enviársela a los dos jodidos que no vendrán esta noche.

Me reí, sabiendo que se refería a Blake y Eric. El primero estaba en Canadá con su familia, su sobrina Dawn tenía tres días de haber nacido, y el segundo se encontraba de vacaciones en Brasil con Lily.

—Yo la tomo —se ofreció Kurt, quitándole el teléfono de la mano a Carter al tiempo que se ponía en pie, buscando un buen ángulo.

No habían pasado ni dos minutos desde que Carter les envió la foto cuando llegó la respuesta de Blake.

—Él dice:«*Perras. Diviértanse y feliciten a Heaven por mí, yo estoy ocupado atendiendo a esta princesita*».Aw miren eso, envió una foto de él y Dawn.

Carter nos pasó el teléfono para que pudiéramos ver la foto de Blake cargando a la lindura de su sobrina recién nacida, por lo que tenía el teléfono en mis manos cuando saltó en la pantalla un aviso que decía que Eric quería iniciar una videollamada. Tuve la confianza de atenderlo, sabiendo que Carter no se molestaría.

Eric estaba en algún restaurante de ambiente festivo con Lily, su piel se hallaba más bronceada de lo usual y parecía contento, las vacaciones le sentaban bien. Platicamos y bromeamos con él durante un buen rato, riendo a carcajadas incluso.

Cuando perdí de vista a Emma, dejé a los chicos para ir en su búsqueda. Ya no estaba con Heaven y Aria, quienes reían con el que reconocí como el famoso Devon Laing, en cambio la encontré manteniendo lo que daba la impresión de ser una seria conversación con Lia.

—Lo siento —dije, arrepintiéndome de haberlas interrumpido—.

Las dejaré seguir y..

—No, no —atajó Lia, sacudiendo las manos—. Yo debo ir a encontrar a Daniel de todos modos. Heaven va a dar unas palabras a los invitados y el muy idiota de Ron quiere obligarla a leer las estúpidas tarjetas que él le escribió. Quiero estrangular a ese hombre —resopló—. En fin, ustedes diviértanse. Emma, luego hablamos.

—Oh, eso puedes apostar —respondió Emma muy seria, compartiendo una mirada con la pelinegra antes de que ésta suspirara y se marchara.

—¿Todo bien? —inquirí, colocando mis manos en su cintura.

—Sí, no es nada —aseguró, frunciendo la nariz.

—Bueno —dije, llevando sus manos detrás de mi cuello—. ¿Ya te dije hoy lo guapa que te ves?

—Justo antes de subir al auto —rió—. Pero no te preocupes, siempre es lindo escucharte decirlo.

Me incliné un poco, pegándola a mí, y mis labios rozaron su lóbulo derecho.

—Amaría que te quedaras esta noche conmigo, pero me temo que mi madre sigue en el apartamento y últimamente le está costando dormir...

Emma se echó un poco hacia atrás para verme a la cara. Sus cejas se juntaron.

—Sabes que ya no vivo en la residencia, ¿verdad?

Me mordí los labios con diversión.

—¿Me estás ofreciendo un lugar en tu cama?

Se encogió de hombros, mirando al techo. Riendo, presioné mi boca sobre la suya suavemente y susurré:

—Acepto, Hayes, ya que eres tan insistente.

Emma abrió la boca para replicar, pero la música se detuvo y se oyó la voz de Heaven a través del micrófono, por lo que al final no dijo nada.

Riendo por lo bajo, apreté su mano entre la mía y nos acercamos a escuchar a Heaven dar un alegre discurso de agradecimiento por su nuevo álbum de estudio titulado *Rain*.

【◆◆◆】

Terminé de acomodar en el estante el último DVD que quedaba en la caja justo cuando el timbre sonó. Me sequé la frente con un paño que llevaba sujeto a la trabilla de mis vaqueros y, dejándolo seguidamente sobre la superficie del mueble, me encaminé hasta la puerta para recibir la pizza que había ordenado.

Le entregué unos billetes al guardia para que le pagara al repartidor, añadiendo una propina para él también, y dejé la pizza en la mesita baja de la sala de estar antes de ir directamente a mi nueva habitación.

Emma estaba ayudándome a colgar la ropa en el clóset; desde el sábado que le siguió a la fiesta de Heaven comenzamos con el trabajo de empacar y desempacar. A pesar de que ella tenía los audífonos puestos, se volvió hacia mí apenas entré, se los sacó y los lanzó junto con su iPod a la cama.

—¿Terminaste con las películas y los libros? —inquirió, colgando las tres camisas que faltaban.

—Sí —adelanté un paso—. Parece que oficialmente he terminado de mudarme gracias a tu ayuda.

Sonriendo, avanzó el tramo que nos separaba y pellizcó mi nariz juguetonamente antes de rodearme con sus brazos, haciendo gestos chistosos.

—Soy una persona solidaria, ¿qué puedo decirte?

—Muy solidaria y bondadosa —murmuré—. Ha sido lindo tenerte aquí los últimos cuatro días ayudándome a arreglar mis cosas y, mi parte favorita, a mantener desordenada mi cama.

—¡James! —se quejó, enterrando el rostro en mi pecho—. Eres un tonto.

La estreché con fuerza contra mí, riendo, y besé su coronilla.

—Pero sabes que no estoy mintiendo, hay pruebas. El colchón es testigo. —Lo señalé con un movimiento de cabeza—. Y también otras específicas áreas de este pent-house, ahora que lo pienso.

Emma se echó para atrás, entrecerrando los ojos acusadoramente hacia mí.

—Tonto —repitió con un mohín, dando un suave puñetazo en mi hombro.

—Tonta —imité su gesto y le besé la punta de la nariz—. ¿Quieres ayudarme a seguir creando buenos recuerdos aquí? Porque tengo en mente un improvisado picnic...

—Eso suena genial. —Entrelazó su mano con la mía—. ¿Haremos emparedados otra vez?

—Aunque amo tus limitadas (pero existentes) dotes culinarias, allá afuera hay una pizza calentita esperando que la comamos.

—¿Pizza?!

—¿No te gustaba la pizza? —pregunté mientras dejábamos la habitación—. Creí que sí...

—No, sí me gusta, pero... ¿la pediste con anchoas y esas cosas raras que te gustan a ti?

Chasqué la lengua, ofendido.

—Sólo la mitad. La otra parte es de pepperoni, como te gusta a ti.

¿Qué clase de novio sería si no recordara qué pizza le gusta a mi novia?

—Uno muy malo —declaró con diversión, haciéndome rodar los ojos.

Tomamos la caja de la pizza, un par de sodas y una manta, e instalamos nuestro improvisado picnic en el exterior, donde los rayos del sol todavía estaban presentes.

Comimos en medio de una charla animada y risas, disfrutando de la compañía del otro. La verdad es que yo amaba cada momento con Emma.

Alguna vez me reprendí a mí mismo por haber demorado tanto en dejar que las cosas se dieran entre nosotros, por haber puesto tantas barreras para impedir que sucediera lo inevitable, pero me reconfortó pensar que, aunque quizás no fue el camino más rápido ni el menos complicado, cuando abrí mi corazón a Emma fue porque estuve seguro de que ya le pertenecía a ella por completo.

Con la luz de la lámpara iluminándonos desde arriba, Emma se hallaba sentada entre mis piernas, descansando su espalda en mi pecho. El calor de su cuerpo contra el mío y el aroma que despedía su cabello era algo que estaba disfrutando. Mis manos se encontraban entrelazadas sobre su vientre y ella sostenía el libro que alguna vez le perteneció a su abuelo mientras leía para mí con voz cadenciosa, permitiéndome cerrar los ojos y transportarme a la historia con esas palabras que habían estado muy presentes en mí desde la primera vez que las leí.

*«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la*

*esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto».*

Sydney Carton era un hombre difícil de comprender. Era brillante, lo tenía todo para ser exitoso, pero se condenaba a sí mismo a la desdicha. Como él, pasé un largo tiempo considerándome indigno de la felicidad. Me entregué a la sombra de mis demonios, a la apatía y la hostilidad, empujando lejos a todo el que pretendía acercárseme.

Me aborrecía a mí mismo por creer que había fallado, que estaba condenado *asiemprefallar* y dañar a las personas que me importaban... Condenado a que ellos me abandonaran. Me engañé diciéndome que era más fácil lidiar con la soledad, y me tomó mi tiempo ver las cosas con claridad.

Es absurdo creer que somos dueños por completo del control de nuestros sentimientos. Quizá era parte de la razón por la que intenté alejar a Emma de mí con tanta desesperación, porque algo en mí presentía que terminaría cayendo por ella. Y yo no quería eso, no deseaba aceptar los riesgos que conllevaba el amar porque me sentía un inepto en la materia.

Pero ahí estaba yo, que había terminado amando a Emma como no había amado a ninguna otra persona en mi vida. Y tenía la certeza de que ella me quería de la misma manera.

La estreché con fuerza entre mis brazos mientras llegaba al final del capítulo uno de *Historia de dos ciudades*, y enterré mi nariz en su cuello, respirando profusamente. La sentí estremecerse y girar su rostro un poco, en busca del mío.

—¿Qué? —dijo—. ¿Te he dado sueño con la lectura?

—No —sonreí, rozando las palabras en la comisura de su boca—.

Simplemente estoy pensando en cuán afortunado soy por haberte encontrado en mi camino... Literal y metafóricamente —susurré, recordando nuestro primer encuentro—. Y pienso en cuán inmensamente feliz me hace estar contigo, Emma, porque te amo, y amarte se siente tan bien...*me hace bien*. ¿Estoy sonando muy loco?

Con una pequeña sonrisa, su mano derecha dejó el libro que sostenía y subió hasta mi mejilla al tiempo que apoyaba su frente en mi mejilla.

—También te amo, James Wolf. Aunque digan que eres un témpano de hielo, he visto lo dulce que puedes llegar a ser con las personas que te importan. —Reí por lo bajo, buscando su boca con la mía, pero consiguiendo únicamente que nuestras narices chocaran—. Te amé como una fan, te detesté un poco como tu asistente y me enamoré de ti como una simple chica que conoció al hombre que dejó de temer enseñarle quien era él en realidad: no un inalcanzable músico, famoso y atractivo que revoluciona las hormonas femeninas, sino que un simple hombre que ella podía amar. *Queyo* podía amar.

Mordiéndome el labio inferior, la contemplé con ternura y deshice la distancia entre nosotros, acariciando su boca con la mía en un beso lento y profundo.

Fui un ciego tanto tiempo. Las diferencias entre nosotros me parecían abismales, subestimé a Emma y a mí mismo, y subestimé la capacidad de enfrentar las adversidades que poseen dos personas que realmente quieren estar juntas.

Estaba convencido de que yo era algo podrido, algo malo, y me esforzaba por demostrarlo.

Pero incluso la música tiene silencios, no es todo sobre la melodía. Y si me preguntaban ahora quién era yo, diría que

definitivamente no el chico bueno... pero tampoco el tipo malo. Era las canciones llenas de melodías, ritmos y silencios que me gustaba oír, y también aquellas que me dedicaba a escribir.

# Epílogo

*Nueva York, 16 de mayo del 2014*

Era esa mirada en sus dulces ojos color avellana la que le provocaba un vuelco a mi corazón y me sacudía hasta el alma. Era ese brillo en sus pupilas el que me guiaba en los momentos más oscuros, recordándome que había luz en mí, a pesar de mis demonios.

Emma Hayes tenía una manera de mirarme que me robaba el aliento y me aceleraba el ritmo cardíaco. La estreché entre mis brazos, haciéndola reír, y me incliné lo suficiente para besarle el hombro. Mantuve mis labios sobre su tibia piel acaramelada, deleitándome con la suavidad y aroma que me enloquecían.

Dejé caer mi cabeza de regreso sobre la almohada y acuné su rostro con una mano, vagando perezosamente a lo largo de su columna con la otra. Las puntas de su cabello castaño y ondulado, que ahora le llegaban a la altura de los hombros, enmarcaban su rostro sonriente.

Dos años atrás creí que no podía amarla más de lo que la amaba en ese instante, pero me equivocaba. Sí que podía. Mi amor por Emma crecía con cada momento de alegría y tempestad compartido, con cada tropiezo que nos detuvo y con cada paso que avanzamos juntos. No éramos la pareja perfecta, no siempre amanecíamos con los días soleados, también teníamos nuestras tormentas. Pero estaba bien, porque estábamos juntos. Y juntos atravesábamos las dificultades.

—Estoy irremediablemente enamorado de ti, Emma Hayes —  
susurré, acariciando con mi pulgar la línea de su mandíbula.

Su sonrisa se amplió mientras se inclinaba, apoyando las manos en mi pecho, para alcanzar mis labios.

—También te amo, aunque seas una pésima influencia para mí, ¿sabes?

Me reí.

—¿Conque pésima influencia, ¿eh? —Enarqué una ceja y nos hice rodar en el colchón, su cuerpo quedó bajo el mío y sus manos inmediatamente se engancharon detrás de mi cuello—. La verdad es que no recuerdo que pusieras mucha resistencia a mi idea de faltar a clases para quedarte aquí conmigo, ahora que lo pienso...

Ella arrugó la nariz en un mohín adorable y yo se la besé.

—Bueno, con todo el estrés pre-graduación en mis hombros sumado al hecho de que apenas te he visto últimamente, y que además vuelves a abandonarme en dos días, la verdad es que no me podía negar, ¿verdad? Tuviste una buena idea esta mañana.

—Yo siempre tengo buenas ideas, Emma —aseveré, y ella apretó mi barbilla con dos dedos, meneando mi rostro de izquierda a derecha.

—No, la verdad es que no, James.

Bufé, rodando los ojos.

—De acuerdo, no siempre tengo las mejores ideas. Pero esta fue muy buena, tienes que admitirlo.

—Te concedo eso —sonrió, dando un golpecito con su índice en mi nariz—. Además, lo merecíamos, nuestro aniversario número dos pasó como un borrón.

Ella hizo un puchero y yo asentí. Nosotros habíamos tomado el veintitrés de abril como fecha oficial en nuestra relación. Ese día solo salimos a cenar, Emma había estado muy ocupada con la universidad

y yo apenas había llegado a tiempo de Las Vegas. Literalmente hice todo el viaje en avión solamente para estar con ella por un poco más de dos horas y luego tuve que volar para alcanzar a los chicos en Los Ángeles.

Pero esta mañana, libre de compromisos, la sorprendí llegando a casa muy temprano y la convencí de que se quedara conmigo en lugar de ir a la universidad. No que pusiera mucha resistencia, la verdad. Solo íbamos a tener escasas cuarenta y ocho horas para estar juntos antes de que yo tuviera que subirme a un avión de nuevo y poner un océano de distancia entre nosotros, así que teníamos que aprovecharlas al máximo.

—Lo sé. —Hice una mueca—. Tal vez debí sugerir que nos escapáramos a estrenar nuestro regalo de aniversario en lugar de quedarnos aquí.

Emma sacudió la cabeza.

—No. Está bien aquí. Desde que me mudé apenas hemos estado juntos en este lugar. No estarás huyendo de mí, ¿o sí? —Entornó los ojos—. Porque, oye, si no me querías cerca habría bastado con que no me pidieras que me mudara contigo.

Me reí contra sus labios, capturándolos entre mis dientes con suavidad antes de besarla.

—Sí, seguramente no te quiero cerca, Emma. ¿No ves mi cara de amargura en este momento por estar así, encima de ti de la mejor manera? Se nota a leguas que preferiría estar en cualquier otro lugar..

Ella se rió.

—Sabía que esa sonrisa tuya era falsa, Wolf.

—La sonrisa es totalmente falsa, Hayes.

Toqué la punta de su nariz con la mía, necesitando ese pequeño contacto. Dios, la extrañaría demasiado ahora que tuviera que irme. Teníamos solo tres meses de haber comenzado a vivir juntos y no habíamos podido disfrutar demasiado de ello, incluso cuando la decisión provocó que su padre enloqueciera con nosotros. Thomas Hayes era un hombre duro y conservador, pero en los dos años que había estado saliendo con su hija aprendí que en el fondo era tan blando como su mujer. Ya había comenzado a hablar con Emma de nuevo, así que esperaba que no tardara demasiado en perdonarme también.

—Tonto... te amo —dijo, subiendo ambas manos a mis mejillas—. Y, por cierto, todavía no puedo creer que compraras ese lugar. Estás loco de remate.

Le besé la nariz y me tumbé sobre mi costado, ella rodó sobre el suyo y se apoyó en un codo para verme a la cara. Me estaba enarcando las cejas, claro indicio de que esperaba tener la conversación que no habíamos podido tener por lo agitadas que habían sido las últimas semanas.

—Me tomaste por sorpresa cuando me diste esas llaves.

Puse la expresión más inocente que pude y, muy incapaz de mantenerme quieto, mi mano fue a parar a su cadera, haciendo un suave masaje allí que, probablemente, me estaba sirviendo más a mí que a ella.

—Bueno, es que... detestaba la idea de desconocidos estando allí y tocando todo. Es nuestro, se ha sentido como nuestro desde la primera vez, así que Logan me contactó con el dueño, hablé con el hombre y lo persuadí para venderme el lugar. Sólo piénsalo... ¿no es bueno que podamos ir siempre que queramos, sin tener que

preocuparnos por si está ocupado o no? Y ahora podremos llevar cosas nuestras... poner fotografías en las paredes, redecorar, llenar un librer...

Las manos de Emma se apretaron en mis mejillas y sus labios alcanzaron los míos, silenciándome. Sonreí contra su boca, librándome rápidamente de la sorpresa para ponerme al día con el beso, entregándome a la magnífica sensación de su lengua enredándose con la mía.

—Okay.. —dijo más tarde, tomándose el tiempo para recuperar su respiración mientras mantenía mi rostro firme con ambas manos; había acabado nuevamente sobre ella, mis labios ardían y los suyos se veían como un pecado—. Este es el asunto: estás loco como el infierno. ¿Comprar ese lugar para ir una o dos veces al año? Sólo a alguien como tú se le podría ocurrir, Señor Extravagante.

—Podemos ir más de dos veces... —ofrecí inocentemente, encogiéndome de hombros.

Emma rodó los ojos y acarició mi mejilla.

—Estás en serio loco, James. Pero... no estoy reaccionando como con lo del auto, si es lo que te estás temiendo, ¿okay? Esto es diferente y ya tuve tiempo para asimilar la idea. El lugar está a tu nombre... ¿Lo está, ¿verdad? —Asentí con una mueca—. Bien. Entonces simplemente voy a disfrutar contigo de los beneficios de que seas el propietario. Es tu dinero y puedes gastarlo de la forma en la que tú quieres.

Excepto regalándole un auto, al parecer. Ni siquiera porque era uno modesto y muy económico, no algo ostentoso que sabía que definitivamente ella no aprobaría. Y, ¡sorpresa, James!, aún así no lo aprobó.

—De acuerdo. —Suspiré—. Entonces estamos bien con ese asunto, ¿verdad? —Recibí un asentimiento como respuesta, lo que me dio cierto alivio—. Estupendo. Ahora, antes de que sea más difícil, y créeme que ya estoy sintiendo la tortura, ¿por qué no vamos a la cocina, preparamos algo de comer y desayunamos en la terraza?

Emma se rió.

—Otra buena idea por aquí, Wolf. Solo porque habíamos estado en sequía no significa que agotaremos el recurso de golpe ahora que lo tenemos, ¿verdad? Es mejor que te controles. Nos quedan todavía muchas horas para disfrutar antes de que te vayas, pero ahora mismo estoy muriendo de hambre... ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

Negué con la cabeza, sofocando la risa.

—Me culpas a mí, pero creo que la verdadera mala influencia en tu vida es esa rubia escandalosa de Aria Brown.

—¡Oye! —se quejó.

—Solo bromeo. Sabes bien que Aria me agrada a pesar de que está loca como el infierno.

Deposité un beso en su frente antes de salir de la cama para que ella pudiera hacer lo mismo. Encontré mis vaqueros en el desastre que había en el suelo y los recogí para ponérmelos mientras ella se apropiaba de mi camiseta blanca, deslizándola sobre su cuerpo.

—Bueno, no puedo negar que está loca, pero también es muy divertida. La adoro... Y la extraño. Es probable que me haya ido a pasar unos días con ella mientras no estabas.

—Vaya, siento la traición aquí. Me voy unos días y tú corres a sus brazos.

—¡Dramático! —me lanzó una almohada—. Por cierto, ¿sabes si Carter ya le llamó? La semana pasada me pidió su número y dijo que

lo haría.

Rodeó la cama y me alcanzó en la puerta, donde la acorralé un momento.

—Um... no tengo idea —respondí.

Emma frunció los labios.

—¿Y cómo está llevándolo él? Quiero decir, sé que no está en su mejor momento y... no lo sé, me preocupa.

—¿Sabes que esa es una de las cosas que amo de ti? Que te preocupas por los demás siempre. —Le acomodé un mechón de su alborotado cabello detrás de la oreja—. Y Carter está... bueno, no sé cómo está exactamente. Todavía pienso que habría sido mejor si aplazábamos un poco más lo de la gira, pero él está empeñado en que sigamos adelante, así que...

—Tal vez necesita alejarse un tiempo. Ya sabes, Europa y Asia probablemente le sienten bien para relajarse y pensar todo con calma.

—Tal vez —le concedí—. Y tal vez Europa y Asia también te sentarían bien a ti, ¿has pensado en mi propuesta de unirnos en la gira?

—Lo he pensado —admitió, tomándome de la mano y arrastrándome hacia la cocina—. Supongo que lo de conseguir trabajo puede esperar un poco, ¿verdad?

—Claro que puede. Llevas años estudiando, te mereces unas muy buenas vacaciones como regalo de graduación.

—Y nunca he ido a Europa ni a Asia...

—¿Qué mejor que ir por primera vez con tu novio?

La hice detener, abrazándola por la espalda y hundiendo mi mentón en su hombro al tiempo que su mano sujetaba la puerta del

refrigerador para abrirla.

—De verdad quiero y necesito que digas que sí, Emma. Tengo grandes planes para nosotros dos en este viaje, pero, obviamente, te necesito allí para cumplirlos.

Ella se dio la vuelta entre mis brazos y apoyó la barbilla en mi pecho, mirándome a los ojos con una pequeña sonrisa.

—¿No vas a estar súper ocupado todo el tiempo entre los conciertos, entrevistas y demás eventos?

Le di un golpecito con mi dedo índice en la nariz.

—Nop. Planeamos esta gira de modo que tuviéramos algo de tiempo libre para disfrutar, ya que las veces anteriores fue todo sobre el trabajo y la verdad es que ir a otros países y conocer solo el interior de sus hoteles es una mierda.

—Seguro que sí.

—Lo es. Y, hablando de la excelente planificación de este tour, te confirmo de una vez mi asistencia a tu graduación.

El rostro se le iluminó tras oír lo que dije, incluso dio un saltito de emoción.

—¡¿En serio vendrás?!

Afiancé mi agarre en su cintura y asentí.

—Llego el día del evento y me voy a la mañana siguiente, el jetlag me matará, pero sí, claro que vendré. No me lo perdería por nada del mundo.

Emma se empujó sobre las puntas de sus pies para darme un beso que recibí de buena gana.

—¡Eres el mejor! —exclamó, y luego me señaló con un dedo acusador y ojos entornados—. ¡Pero que no se te suba a la cabeza!

—Tonta —le pellizqué la mejilla juguetonamente y luego la moví

del camino para abrir la puerta del refrigerador—. Hagamos unos sándwiches, ¿qué te parece?

—Es lo más rápido y muero de hambre, así que no voy a negarme.

—Perfecto.

Comencé a sacar los ingredientes y dejarlos sobre la barra. Emma fue por los platos, la tabla de picar y un cuchillo al mismo tiempo.

—Hay jugo de naranja y puedo hacer café —indicó.

—Eso me encantaría. Amo tu café.

—Sigue sintiéndose como un halago después de todo este tiempo —se rió.

—Lo es, créeme.

Prepararnos un desayuno tardío no nos llevó mucho tiempo. Pronto estuvimos sentados en la terraza, disfrutando del exterior, mientras comíamos y conversábamos sobre lo que hicimos durante los días que estuvimos separados. Si bien la mayoría de las cosas nos las habíamos contado por teléfono, tenía su encanto volver a oír todo en persona.

—Ni siquiera me hagas recordarla —gruñó Emma con el rostro enrojecido, gesticulando de forma graciosa—. Esa Caterina Stewart es una arpía. ¿No puede meterse en sus propios asuntos?

—Emma, cariño, dijiste arpía. Eso es grave, creo que realmente la detestas.

—¡Oh, cállate! —me dio un manotazo en el brazo—. Como si tú le tuvieras mucho amor a esa malvada mujer. Después de las cosas que estuvo diciendo de nuestros amigos... ¡Argh! Está en mi lista negra junto a un par más de venenosas arruina-vidas. En serio no puedo creer que ahora haya publicado esas terribles cosas sobre Devon, él no lo merecía. Esa Stewart es peor que Rita Skeeter.

—Por supuesto que nadie merece que ventilen su vida privada sin ninguna clase de consideración. Esa mujer parece disfrutar haciéndole daño a los demás, vive de ello. Y aunque esta vez le ha tocado a Devon, no podemos decir que no tiene un gusto especial por atacar a los miembros de Bad Boy.

Emma esbozó una mueca de disgusto al afirmar con la cabeza.

—Pues sí, aunque desde lo de Blake ha estado algo calmada con ustedes, buscando otras víctimas. Pobre Devon... —volvió a lamentarse—. Al menos Heaven dice que él está más tranquilo ahora.

—Confiemos en que así es. —Me le acerqué, aplanando mi frente contra la suya y arrugando la nariz, sus ojos en línea directa con los míos—. En fin... Como que se me antoja tomar un baño en la tina, y creo que ya tuvimos un buen descanso por aquí, así que estás cordialmente invitada a unírte.

Emma apretó sus manos a los lados de mi cara.

—Invitación cordialmente aceptada.

Me obsequió con una sonrisa y un beso de pico.

Recogimos todo, metimos los pocos platos, cubiertos, tazas y vasos sucios al lavavajillas y luego fuimos directamente a la habitación que compartíamos, donde se encontraba la puerta de acceso al cuarto de baño.

—Oh, no...

—¿Qué? —pregunté.

—El aceite para el cabello que estaba en mi bolsa —dijo, agachándose a recoger la botellita que yacía vacía sobre la colcha, que habíamos tirado de la cama en algún momento con la emoción del reencuentro, junto a otros artículos desparramados de su bolso abierto—. Manchó todo, lo siento. Sé cómo eres de cuidadoso con tus

cosas, seguramente no lo cerré bien y...

—Oye, está bien. Es un pequeño desastre que hicimos los dos, no hay problema. Así que, anda, olvidemos eso y vayamos a esa bonita bañera a....

—¿Qué tal si la preparas mientras me deshago del pequeño desastre? —sugirió—. Eso me haría sentir mejor.

—De acuerdo, bien. Pero no demores mucho.

—Seré súper rápida, lo prometo.

Me envió un beso soplado mientras recogía las sábanas y yo me reí, entrando en el baño. Puse a llenar la bañera con agua tibia y encontré en las repisas lo necesario para que nuestra bañera tuviera burbujas y esencias relajantes.

Me senté en la orilla y vigilé que el agua se elevara hasta el nivel requerido antes de cerrar la llave. Entonces eché una mirada hacia la puerta, Emma todavía no regresaba.

Salí a buscarla y descubrí que no estaba en la habitación, así como tampoco estaban las colchas y sábanas. Una idea cruzó mi cabeza y... mierda.

Corrí hasta el cuarto donde se guardaban las sábanas, manteles y toallas limpias. Como esperaba, allí estaba ella.

Me detuve en la entrada, apoyándome en la moldura al tiempo que llevaba una mano a mi frente, analizando la situación. Emma tenía un montón de sábanas y toallas limpias sobre las piernas y a su alrededor, como si se le hubieran caído encima (lo que probable había ocurrido). Ella no se había dado cuenta de mi presencia porque estaba demasiado ocupada leyendo el libro de aspecto rústico, que en la portada llevaba una pequeña placa rectangular dorada con nuestros nombres grabados en ella, que yo había escondido allí unas

semanas antes. Mierda. Los cambios de sábanas los hacía Marie, quien insistía en venir dos veces al mes a hacer limpieza a pesar de que ahora vivía con mi madre. Yo sabía que, aunque Emma la ayudaba los días que venía, Marie la mantenía siempre alejada de aquí. Yo contaba con eso, por ello era un buen lugar para guardar el libro.

—Emma...

—Somos nosotros... —murmuré, pasando los dedos sobre la superficie de la fotografía que estaba pegada en la página por la cual tenía abierto el libro—. ¿Qué es esto, James?

—¿Un... libro?

Joder, no era esta la manera en la que quería que ella lo viera por primera vez. No se suponía que fuera así.

Emma me dio una rápida mirada suspicaz, mordiéndose el labio inferior, y regresó su atención por completo al libro entre sus manos.

—Un libro sobre nosotros escrito por ti...

—Sí... —vacilé, frotándome las sienes con impaciencia—. No se suponía que lo vieras todavía...

—¿Iba a ser mi regalo de graduación?

—Pues...

—Mira esto, somos Jane y yo en la pasada Nochebuena... ¿A qué hora nos tomaste esta foto? Ni siquiera me enteré...

Nervioso, me rasqué la nuca.

—Soy tu paparazzi personal.

—Sí, me estoy dando cuenta.

—Oye, quizá deberías devolverme eso y esperar...

—¡No! —declaró terminantemente con una firme mirada—. Esto me encanta, James. Las fotos, los recuerdos y las cosas que has

escrito... Lamento si sientes que se arruinó el regalo sorpresa para mi graduación, pero no puedo solo dejarlo ir ahora. Además, si me lo hubieses dado ese día probablemente habría terminado arruinando mi esmerado maquillaje para la ocasión con un montón de lágrimas que estoy reteniendo justo ahora. Es mejor así, mira esto... ¿Así que crees que yo sería una buena mamá para tus hijos?

—Emma... —dije, impaciente.

Ella cambió de página, ignorándome, y yo exhalé con pesar. La mujer era terca como ella sola.

—Esto no... —gruñí—. Bueno, ya está, ¡a la mierda! Espérame aquí...

—No tengo intenciones de irme a ningún lado, leer todo lo que has escrito es demasiado interesante.

Rodé los ojos y salí en busca de mi equipaje, que se hallaba en la entrada del pent-house. Encontré la maleta más pequeña, me hice con lo que había comprado para ella y regresé a su lado. Al parecer me había tardado lo suficiente para...

—¿Qué significa esto, James? —preguntó con una nota de pánico en la voz y mirándome con recelo, porque había llegado a la última página en la que yo había pegado una nota adhesiva.

Me guardé en el bolsillo de los vaqueros el pequeño objeto que tenía en la mano y me arrodillé a su lado, entre las desperdigadas sábanas. Tomé el libro de sus manos con un suspiro de resignación.

—Significa justo lo que dice esa nota, Emma.«*Capítulo reservado para la fotografía de tu mano llevando el anillo y la increíble historia de cómo te pedí que te casaras conmigo*».

Me miró con aprensión.

—Eso no... Eso no es gracioso, James.

Cerré el libro y lo deposité a un lado.

—No, no es gracioso. —Acuné su rostro y rocé su nariz cariñosamente con la mía—. La verdad es que tu testarudez sobre no soltar este libro acaba de dañar cualquier plan romántico que hubiese considerando llevar a cabo en París, Venecia, Florencia o cualquier otra ciudad europea que la gente considere romántica, Emma. —Ella parpadeó, aturdida, y yo me reí suavemente, acariciándole la mejilla—. ¿Por qué crees que he insistido tanto en que fueras conmigo a la gira? Tenía planes para hacer esto a lo grande, pero, ¡al demonio todo!, ya estamos aquí y mi amor, si algo puede hacer que esta lamentable propuesta se convierta en una maravillosa, eso sería que tú aceptaras ser mi esposa.

Emma abrió la boca, pero no hubo más palabras que el débil susurro de mi nombre.

—Escucha, ¿sí? —Coloqué mis manos en sus hombros, masajeándole con suavidad—. Oficialmente cumplimos dos años juntos, pero sabemos que ha sido más que eso. Tú y yo hemos pasado por un montón, y hoy seguimos aquí, aunque no siempre ha sido fácil. No puedo prometerte que todo será como en un cuento de hadas a partir de ahora o que no vamos a fastidiar las cosas algunas veces, Emma, pero sí puedo asegurarte que estoy dispuesto a seguir amándote y luchando a tu lado por lo nuestro cada día que venga... Todavía quedan muchas páginas por escribir en el libro, y quisiera que pudiéramos llenarlas con más recuerdos nuestros. Así que, por favor, dime que tú también crees en nosotros. Ya tienes mi corazón, ahora acepta este anillo y cástate conmigo, Emma Hayes.

Me humedecí los labios y me saqué del bolsillo del pantalón el anillo, que acababa de poner ahí unos minutos atrás, para

ofrecérselo. La reluciente alianza de oro blanco con un solitario diamante corte princesa y yo aguardamos en silencio por su respuesta.

El corazón se me había trasladado a la garganta, y debía admitir que estaba muy nervioso. Tenía confianza en que Emma me amaba de la misma manera que yo a ella, pero, ¡hombre!, ¿en serio alguien podía permanecer completamente inalterable cuando estaba haciendo una propuesta como esta?

Las lágrimas se acumularon en los bordes de sus ojos, el labio inferior le tembló y entonces ella me echó los brazos encima. Me abrazó con la fuerza de un vendaval, recordándome que siempre había sido más fuerte de lo que yo la había creído.

—Eres un idiota y loco, James —sollozó contra mi mejilla, sin soltarme—. El más grande...

—... idiota en la historia de los idiotas, lo sé. —La estreché entre mis brazos—. ¿Te he dicho ya que tienes la peor respuesta para mis declaraciones más románticas?

Riendo, se separó de mí y ahuecó sus manos a los lados de mi cara. Me contempló, mordiéndose los labios al tiempo que ríos de agua salada le surcaban los carrillos, y me plantó un beso en la boca.

—No puedo encontrar una sola razón que valga la pena para decirte que no, James, pero se me ocurren millones por las cuales decir sí. Y la primera es que te amo. Te amo y nunca me he sentido tan amada como cuando me miras, así que pon ese anillo en mi dedo, porque yo malditamente creo en nosotros dos y definitivamente quiero casarme contigo.

FIN

# Agradecimientos

Bueeeeeeno (sí, con muchas "e"), todavía no me puedo creer que llegamos al final de esta historia. Fue un largo camino el que recorrí con los personajes de este libro, mismo que muchas de ustedes caminaron conmigo desde el inicio mientras que otras más se fueron sumando con el tiempo.

Me tomó un año con diez meses ponerle el punto final a James y Emma. Sí, hasta yo me sorprendo de eso, pero es que hubo momentos en los que me desesperaba mucho y quería mandar todo al demonio (si me tienen en Facebook lo habrán notado). Por suerte nunca he sido de tomar decisiones arrebatadas como borrar la historia sin consultar mil veces antes los pros y los contras. Y, si bien ha habido críticas y comentarios hirientes que me han hecho desde rabiar hasta llorar, también me he encontrado con un montón de hermosas personas que me han apoyado y aconsejado para mejorar de la manera más amable. En verdad, mil gracias por ello, cada una de ustedes tiene un pedacito de mi muy mexicano y blandengue corazón.

Así que, ya que estamos en las gracias, quiero agradecer también a mis amadas sensei de la maldad Steff y comare Yeri, con quienes tuve la oportunidad de escribir en conjunto esos locos crossovers donde sus chicos y los míos interactuaron. ¡Ha sido una de las experiencias que más he disfrutado! Las amo y admiro mucho, hermosas ♥

Gracias también a mis chicas de TotallyWritable, Naty, Andie y

Emi, por sus consejos, amistad y las ingeniosas actividades que se les ocurrían a Naty y Andie para hacer que los personajes cobraran vida en ese pequeño mundo que era el grupo. ¿Recuerdan esa entrevista que le hicieron a mis chicos? ¿Los meetings con otros personajes? ¡Lo amé todo!

Gracias a mi parabatai Jackie, que ha sobrevivido a todos los bombardeos de spoilers que siempre le doy, que fangirlea conmigo sobre lo que escribo, me da su visto bueno en portadas, booktrailers y adelantos, tiene mis libros en su librero y cree que estoy loca cuando hablo de las voces que cuentan historias en mi cabeza, pero aún así no cree que deban ponerme una de esas camisas de "me quiero mucho" (para pacientes trastornados) ja, ja, ja. Ella es de las pocas personas de mi entorno que conocen por completo mi amor por la escritura, otra es mi buena amiga Ana Paulina, que incluso se hizo cuenta en Wattpad para poder leer esta historia. Las quiero muchísimo a ambas ♥

Aunque probablemente no van a leer esto, quiero agradecer a mi familia (incluidos aquellos que no son de sangre, pero sí de corazón) por estar ahí para mí siempre y ser parte de las razones por las que puedo sonreír cada que despierto a un nuevo día.

Gracias a Dios por manifestarse en mi vida diariamente con el simple hecho de permitirme respirar y seguir escribiendo. En sus manos estoy y en Él confío para continuar.

Gracias también a las bellas, locas y pervertidas Saltamontes del grupo de Whatsapp y a todas aquellas que se han declarado "GG's" después de conocer a mis niños.

Gracias a Karen, Rubí, Yoshira y todas esas queridas amigas que han estado conmigo desde que nos conocimos en MILK o FFBOF.

Gracias a esa aparente minoría (Jackie, Pau, Steff, Willa, Du, Any, Agus, Nat, Crissa, Javi, Gaby, Alex y todas las que pueda olvidar mencionar por los nervios) que fue capaz de quitarse sus zapatos y ponerse los de James, tratando de entenderlo en lugar de juzgarlo. Y un reconocimiento a la loca de Marian, que, contra todo su malévolo y reconcoroso ser, se esforzó mucho (MUCHO realmente) en ser comprensiva con James y otros personajes *coff Logan coff*. Creo que se volvió tan blanda que hasta le tiene cariño a Bonnie ja, ja, ja.

Pues bueno, si de algo me di cuenta en esta historia es de que muchas defendían a capa y espada a las fanáticas (y lo entiendo, porque creo que la mayoría de aquí somos o hemos sido fangirls en algún momento de nuestras vidas, por lo que estamos predispuestas a ponernos de su lado), pero espero hayan podido comprender aunque sea un poco a James y su postura como celebridad. No es que yo sea una, pero uno de los motivos por los que nació esta historia fue para tratar de entender a aquellos que viven bajo la constante presión de los flashes y reflectores. Muchas veces los idealizamos como seres perfectos o alguna especie de dioses, cuando la verdad es que no son más que simples personas dotadas de un talento que les apasiona compartir con los demás. Sufren, se enojan, lloran, se equivocan, ríen, odian, aman... en fin, supongo que lo que quiero decir es que *sientenyviven* igual que nosotros (algunos con más lujos y estrés, tal vez ja, ja, ja). Así que... tratemos de ser más empáticos con el mundo, no solo con celebridades, y reflexionemos un poco antes de comernos vivos a los demás. Como puso Scott Fitzgerald en *El Gran Gatsby*: «*Siempre que sientas deseos de criticar a alguien, recuerda que no a todo el mundo se le han dado tantas facilidades como a ti*». No es fácil esto de la empatía, pero al menos podemos intentarlo, ¿verdad?

Y finalmente, si es que no te has dormido con mi discurso para este punto, no me queda más que darte las gracias a ti que estás leyendo esto por haberle dedicado algo de tu tiempo a esta historia. Como siempre digo: para mí el tiempo no es oro, es vida. Entonces, ¿cómo no apreciarte a ti, lector, por obsequiarme de algo tan inestimable como lo es eso?

**\*\*\*Interrumpimos su lectura para informarle que la portada del 2do libro "*Definitivamente más que atracción*" podrán encontrarla en la página de Facebook en los próximos cinco minutos. También, más adelante avisaré en un apartado por aquí cuando puedan agregar la historia a sus bibliotecas. Mientras tanto recuerden que aun nos quedan los extras en "*Definitivamente Bad Boy*". Y si quieren unirse al grupo de whatsapp, envíen sus números por inbox, para el de Facebook solo tienen que enviar la solicitud\*\*\***